# OBRAS, TOMO I (1894-1901)

**V. I. Lenin**

**Edición:** Progreso, Moscú 1973.
**Lengua:** Castellano.
**Digitalización:** Koba.
**Distribución:** http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

## INTRODUCCIÓN.

Editorial Progreso publica en español *Obras Escogidas* de Vladímir Ilich Lenin en doce tornos. Aunque por su volumen representan menos de una cuarta parte del legado literario de V. I. Lenin aparecido en ruso, las importantísimas obras recopiladas en la presente edición reflejan con gran amplitud todo el proceso de formación y desarrollo del leninismo, que es el marxismo de nuestra época: la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, la época del hundimiento del colonialismo y de la victoria de los movimientos de liberación nacional, la época del paso de la humanidad del capitalismo al socialismo y de la construcción de la sociedad comunista.

Es imposible determinar con las medidas humanas habituales la importancia de las obras de Lenin y de su intensa actividad, reflejada en ellas. Lenin fue un gran sabio y político perspicaz, revolucionario apasionado y estratega sagaz, periodista brillante y tribuno insuperable, organizador de las masas y estadista. No hay, en la práctica, un solo ámbito del desenvolvimiento de la sociedad humana en el que no haya penetrado el pensamiento de Lenin ni hayan dejado una profundísima huella sus actividades. Lenin consagró toda su vida consciente, hasta el último aliento, a la causa de transformar la sociedad humana, encabezó el movimiento más poderoso de las masas trabajadoras conocido en la historia y logró tales resultados que señalaron el comienzo de una nueva época de la historia universal.

El mérito de Lenin ante la humanidad consiste, ante todo, en que *hizo una magna aportación a la teoría del desarrollo y la transformación revolucionaria de la sociedad humana.* El marxismo no era para él simplemente una doctrina tomada de los grandes fundadores alemanes del comunismo científico, Carlos Marx y Federico Engels. "Rusia *hizo suyo* el marxismo, como única teoría revolucionaria justa, en medio siglo de sufrimientos y sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de búsquedas abnegadas, de estudio, de pruebas en la práctica, de desengaños, de comprobación y de comparación con la experiencia de Europa"*, Lenin dominó brillantemente el método del marxismo, el materialismo dialéctico, derrotó en toda la línea a sus enemigos y adulteradores filosóficos y caló hondo "en lo que constituye la esencia misma, el alma viva del marxismo: el análisis concreto de la situación concreta"**. Analizó en todos sus aspectos la situación creada en el mundo al comenzar la última fase del capitalismo -el imperialismo-, descubrió la regularidad de su evolución y perecimiento y formuló las leyes fundamentales que rigen el devenir y el desarrollo de la sociedad nueva: el socialismo.

El mérito de Lenin consiste, además, en que su talento *unió la teoría revolucionaria con el movimiento revolucionario práctico.* Lenin fue el fundador del primer partido proletario marxista de nuevo tipo en Rusia y el iniciador e inspirador del movimiento comunista en el mundo entero. Pertrechó a la vanguardia del proletariado con una potente arma: la síntesis de la ciencia de la estrategia revolucionaría y del arte de la táctica revolucionaria.

Lenin demostró en la práctica, con toda su lucha infatigable y abnegada, la justedad de las leyes descubiertas por él, así como la veracidad de la estrategia y la táctica que él concibiera, y llevó a las masas trabajadoras de Rusia a la victoria de la revolución socialista.

El mérito histórico un i versal de Lenin consiste, por último, en que creó *el primer Estado socialista del mundo,* que también en nuestros días vive fiel a sus preceptos y cumple el programa que él trazara. Lenin elaboró, argumentó científicamente y aplicó los principios del Estado socialista, de su desarrollo económico y cultural y de la solución socialista del problema nacional. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, fundada por él sobre las ruinas del imperio zarista tomando como base la unión voluntaria de las naciones, dio comienzo a la formación y el robustecimiento de la comunidad mundial de países socialistas, que se extiende hoy desde Vietnam hasta Cuba.

El leninismo es una doctrina internacional, y gracias a ello se ha convertido, en manos de los proletarios de todos los países, en una poderosa arma de transformación del mundo. Únicamente quienes desconocen el leninismo, o son enemigos de la revolución, pueden afirmar que sólo es aplicable en las condiciones de Rusia o de Europa y no puede proporcionar la clave para comprender la situación actual en otras partes del planeta. Lenin abarcó con su mirada todo el mundo, todo el sistema del imperialismo: con sus centros y sus zonas periféricas, con sus rasgos generales y sus manifestaciones peculiares en los distintos países. Los inmensos

* V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo. (Obras Completas, 5ª,* ed. en ruso, t. 41, pág. 8. En lo sucesivo, *O. C.,* t., pág.)

** V. I. Lenin. *El Comunismo. (O.C.,* t. 41, pág. 136.)

conocimientos, verdaderamente enciclopédicos, sobre cerca de cien países de que se trata en las obras de Lenin le permitieron legarnos modelos insuperables de tipología marxista de los países capitalistas y definir su lugar en el sistema del imperialismo, así como prever el curso de los acontecimientos mundiales y las posibles variantes del desarrollo de la revolución.

Internacionalista por naturaleza, Lenin inició su actividad científica y revolucionaria luchando contra quienes afirmaban, faltando a la verdad, que Rusia seguía un camino excepcional, no subordinado a las leyes generales descubiertas por Marx, y que no podía aplicarse a ella la teoría revolucionaria del marxismo. Al conducir al proletariado ruso a la victoria, Lenin consideraba que la revolución en Rusia no era más que el comienzo y una parte de la revolución mundial. Consagró muchas energías a desarrollar el movimiento comunista internacional y previó con gran antelación las perspectivas de avance del proceso revolucionario mundial.

De ahí que recurran a Lenin, al tesoro de sus ideas, todos los hombres avanzados del mundo, cuantos luchan por la liberación nacional y social, por la transformación de la sociedad sobre bases socialistas, por el comunismo. "No ha habido ni hay en el mundo personas cuyas obras hayan alcanzado la difusión que tienen las de Lenin, editadas en 117 idiomas. Las tiradas de los libros de Lenin suman cientos de millones de ejemplares. Las leen y aprenden en ellas a vivir y luchar hombres de todos los países, de todos los continentes"[*].

* * *

La presente edición de *Obras Escogidas* de V. I. Lenin está destinada a vastos sectores de opinión de los países de habla española, en primer término, de América Latina. Los lectores de este continente en lucha extraerán de las obras de Lenin muchas enseñanzas importantes y valiosas, que les ayudarán a comprender más a fondo y mejor la situación actual en sus países, a ver las perspectivas y adoptar posiciones justas en la lucha por la independencia y el progreso social.

Lenin seguía con atención la vida de los países de América Latina, como lo prueban muchas de sus obras, borradores y esquemas, apuntes y extractos. Incluía a estas naciones entre "los países dependientes que desde un punto de vista formal, político, gozan de independencia, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática"[**]. Los *Cuadernos sobre el imperialismo* -extractos y apuntes analíticos de Lenin para su obra clásica *El imperialismo, fase superior del capitalismo-* evidencian, que precisamente el estudio del estado de cosas en América Latina le sirvió de base para llegar a la conclusión de que el advenimiento de la época del imperialismo significa, en particular, no sólo la culminación del reparto territorial del mundo, sino también el comienzo de su reparto económico entre los monopolios.

Lenin subrayaba que el rasgo peculiar de la política colonial del capital financiero, a diferencia del colonialismo de las épocas precedentes, es, ante todo, el sojuzgamiento económico.

"El capital financiero -firmó- es una fuerza tan considerable, puede decirse decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales que es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa"[***]. Basándose en esta conclusión, Lenin previó genialmente el fenómeno del neocolonialismo. "Precisamente desde el punto de vista de los imperialistas -dijo- *a veces* es mucho más ventajoso tener como aliada una pequeña nación independiente en el aspecto político, pero dependiente en el financiero... Por ello es plenamente posible que, a la par con la política de estrangulación directa de las pequeñas naciones, a la que el imperialismo jamás podrá renunciar por completo, aplique en algunos casos una política de alianza "voluntaria" (es decir, originada sólo por la estrangulación financiera) con nuevos Estados nacionales pequeños o con caricaturas de Estados"[****].

Los hechos que se registran en el mundo entero, y en América Latina en particular, confirman a diario la razón que asistía a Lenin. Los EE.UU. han impuesto a los países latinoamericanos no pocas "alianzas" de todo género: de "defensa" del Hemisferio Occidental, para el "progreso", la Organización de los Estados Americanos, "pactos" bilaterales, etc., etc. En esta región hay también Estados fantasmas, como Puerto Rico. El imperialismo norteamericano tampoco ha renunciado aún a las amenazas y las intervenciones militares directas.

El imperialismo es extraordinariamente vivaz y se adapta con relativa rapidez a todo género de "medicamentos" de tipo nacionalista burgués. Los monopolios han aprendido a la perfección a eludir los obstáculos legislativos más diversos, como las restricciones del porcentaje del paquete de control de las acciones, la exportación de ganancias; etc. Hoy prefieren, en general, no figurar como capital extranjero y ocultan cuidadosamente sus empresas bajo el falso rótulo de "nacionales". Lenin ponía siempre en guardia precisamente contra eso: "Es imposible -advirtió- vigilar los complicadísimos,

[*] L. I. Brézhnev, *Por el camino de Lenin,* ed. en español, Moscú, 1972, págs. 276-277.

[**] V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo. (O. C.,* t. 27, pág. 383.)

[***] Ibíd., pág. 379.

[****] V. I. Lenin. *Borrador de las tesis de un llamamiento a la Comisión Socialista Internacional y a todos los partidos socialistas. (O. C.,* t. 30, págs. 281-282.)

embrolladísimos y sutilísimos procedimientos a que se recurre al hacer los balances, al fundar empresas y sucursales ficticias, al hacer intervenir a hombres de paja, etc., etc."[*].

Los nacionalistas burgueses, que se confabulan con el imperialismo ante la amenaza de que el movimiento antiimperialista se transforme en anticapitalista, remplazan a menudo el fondo auténtico de la independencia nacional con sus atributos externos. "Hablan -decía Lenin- de liberación *nacional...,* dejando en la sombra la liberación *económica.* Pero, en realidad, esta última es, precisamente, lo principal"[**].

Mas, al mismo tiempo, Lenin opinaba que con el capitalismo es prácticamente imposible conseguir lo principal: la liberación económica de un país oprimido por el capital financiero. Esto, decía, "es realizable, como regla general, sólo con el socialismo; con el capitalismo… es realizable a título de excepción o mediante una serie de revoluciones e insurrecciones"[***]. Los acontecimientos de la historia universal de nuestros días corroboran del modo más convincente la justedad de este enunciado. La sola pertenencia al sistema de economía capitalista mundial -en el que dominan los monopolios imperialistas y las relaciones dependen, como regla general, del poder del capital- condena a un país dependiente a someterse. Los países y los pueblos que se han señalado la meta de sacudirse plenamente las cadenas del imperialismo no pueden dejar de buscar hoy apoyo para su lucha en el socialismo mundial y han de marchar ellos mismos hacia el socialismo, por difícil y complejo que sea este camino.

El testimonio más brillante de ese desarrollo de los acontecimientos es la Revolución Cubana, que se ha transformado de democrática y antiimperialista en socialista en virtud de la propia lógica de la lucha, consecuente hasta el fin, contra la dominación de los monopolios extranjeros y sus mercenarios locales.

La historia misma ha determinado ya la orientación general del desarrollo. También para América Latina ha llegado el momento de que hablara Lenin: "El desarrollo hacia adelante -si se exceptúan posibles pasos atrás de carácter temporal- sólo es realizable hacia la sociedad *socialista,* hacia *la revolución socialista"*[****]. Las masas trabajadoras de América Latina comprenden más claramente cada día esta verdad. Incluso la máquina de votar burguesa, con más de un siglo de experiencia de servicio a la oligarquía, no pudo impedir que los trabajadores chilenos llevaran al poder a un gobierno popular y antiimperialista, el cual proclamó con toda claridad que su objetivo era preparar las condiciones para pasar al socialismo. Y sólo la traición de los mercenarios del imperialismo y las decenas de miles de víctimas de la represión han detenido temporalmente el avance hacia el socialismo en un país más de América Latina.

Pero este movimiento es ineluctable e invencible. El desarrollo por la vía capitalista bajo la "tutela" del imperialismo USA lleva a América Latina a un callejón sin salida. En estas condiciones, un sector cada día más vasto de representantes de distintas clases, corrientes y grupos ideológicos y políticos habla de la alternativa socialista como de la única salida para los pueblos del continente.

Si analizamos a rasgos muy generales el curso del proceso histórico en América Latina durante los últimos decenios, podremos descubrir tres factores principales que llevan de modo inevitable a los países del continente a la necesidad de una salida revolucionaria y de una orientación socialista:

1. **El desarrollo de los países latinoamericanos por la vía del capitalismo dependiente los condena a la reproducción ampliada de la dependencia y del atraso**. En vísperas de la segunda guerra mundial, el capital extranjero en los países de esta región estaba representado por un número relativamente limitado de empresas bien conocidas y era posible calcularlo de una manera aproximada. Hoy, en cambio, las posiciones efectivas del imperialismo son tan amplias, se han infiltrado tan a fondo en todas partes y están disimuladas hasta tal punto que sería prácticamente inútil tratar de determinarlas con cierto grado de veracidad tomando como base las estadísticas oficiales. Pero incluso estas últimas no pueden ocultar la tendencia a la extensión de la dependencia: en un solo decenio (1960-1970), a pesar de la pérdida de Cuba, de las nacionalizaciones parciales y de las leyes restrictivas en otros países, las inversiones directas de los EE.UU. registradas oficialmente en América Latina aumentaron en más del doble (alcanzando la cifra de 16.000 millones de dólares) y la exportación de ganancias casi se triplicó, mientras que el producto bruto interno de la región aumentó apenas en la mitad. Se agrava de modo más patente aún la dependencia crediticia de América Latina: sólo la deuda exterior de los Estados llegó en 1971 a 22.400 millones de dólares (frente a 2.200 millones en 1950). A medida que aumentan la industria y la infraestructura, adquieren una significación cada día mayor nuevas formas de dependencia: la dependencia tecno-científica y tecnológica, el control de patentes y licencias, etc. Las crecientes proporciones del saqueo de América Latina reducen las posibilidades de inversiones internas de capitales en la economía. La alianza del imperialismo con las

[*] V. I. Lenin. *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla. (O. C.,* t. 34, pág. 163.)

[**] V. I. Lenin. *La significación social de las victorias serbio-búlgaras. (O. C.,* t. 22, pág. 187.)

[***] V. I. Lenin. *Balance de la discusión sobre la autodeterminación. (O. C.,* t. 30, pág. 35.)

[****] V. I. Lenin. *Sobre el folleto de Junius. (O. C.,* t. 30, pág. 13.)

oligarquías locales asegura la vitalidad de las más atrasadas estructuras sociales, de las reminiscencias del feudalismo y del latifundismo. A consecuencia de todo ello, el continente no puede alcanzar el ritmo de incremento de la industria de los países capitalistas adelantados, que monopolizan los frutos de la revolución tecno-científica, y se rezaga más y más del nivel medio mundial de fomento industrial. Se profundiza con singular rapidez y evidencia el abismo económico entre los países latinoamericanos y los EE.UU.

2) **Los movimientos democráticos burgueses de los países latinoamericanos, que intentaron conseguir un desarrollo capitalista independiente y acelerado, no han podido alanzar estos fines y padecen una crisis cada vez más profunda**. La transformación del antiimperialismo burgués, desde la revolución mexicana de 1910-1917 y la presidencia de Cárdenas hasta nuestros días, está vinculada tanto al cambio en la correlación de las fuerzas motrices de los movimientos democráticos burgueses -el proletariado, el campesinado y las clases medias- como a la modificación de la propia burguesía nacional, de su estructura y de su potencial revolucionario. Mientras se trata de conquistar el derecho a la explotación independiente de "sus" pueblos, de liberar el capital nacional del yugo asfixiante de los monopolios extranjeros y de la oligarquía agraria local, la democracia burguesa está dispuesta a ir bastante lejos por el camino de las transformaciones; pero si, a la par con ello, surge una amenaza a sus intereses de clase, una amenaza a la "sacrosanta" propiedad privada, la burguesía nacional traiciona sin vacilar la revolución, desertando del campo de batalla o confabulándose directamente con el imperialismo y la oligarquía. La creciente participación del proletariado en el movimiento liberador masivo de los principales países latinoamericanos ha conducido, de hecho, a una situación en la que los dirigentes burgueses de los movimientos democráticos, dicho sea con palabras de Lenin, "temen su propia victoria". De esta formal el antiimperialismo democrático burgués deja de ser un movimiento revolucionario nacional, como lo fue en México, para degenerar en nacional-reformismo, capaz, en el mejor de los casos, de regatear con el imperialismo el precio de sus concesiones. Incluso la burguesía mexicana, en otros tiempos la más revolucionaria de América Latina y hasta ahora la más "independiente", ha sido incapaz de impedir el proceso de intensa penetración del capital norteamericano en la economía del país después de la segunda guerra mundial. La manifestación más viva de la crisis del nacional-reformismo es el fracaso de la política del Partido Demócrata Cristiano de Chile y la descarada confabulación de sus líderes derechistas con el imperialismo y con los traidores para salvar a toda costa el capitalismo.

3) **Se extiende constantemente la lucha de clase y antiimperialista del proletariado**. En América Latina -donde las relaciones capitalistas, a diferencia de la mayoría de los países de Asia y África, han alcanzado una madurez relativa- se ha formado el proletariado industrial. Este proceso ha tenido en cada país sus peculiaridades, que han condicionado el distinto grado de organización, conciencia y fuerza del proletariado. La formación del movimiento proletario emancipador consciente empezó, de hecho, bajo la influencia de la Revolución de Octubre en Rusia, bajo la influencia de las ideas de Lenin. Hoy puede considerarse terminado, en lo fundamental, el proceso de ganar para el marxismo-leninismo a la vanguardia de la clase obrera: en todas partes actúan partidos comunistas, que ejercen un influjo cada día: más decisivo en la lucha de masas, dándole en grado creciente conciencia de clase proletaria. Está claro que el imperialismo se esfuerza por obstaculizar el desarrollo del movimiento obrero, dividir a la clase obrera, llevarla al cauce del economismo e impedir la fusión de la lucha de clases con la lucha antiimperialista. Pero, cualesquiera que sean las dificultades, es evidente a todas luces que la única fuerza con perspectivas, capaz de encabezar y llevar a la victoria completa la causa de la emancipación nacional y social de los pueblos de América Latina, es la clase obrera, pertrechada con la teoría revolucionaria avanzada.

El desarrollo y la concatenación de estas tres líneas principales se observan con claridad en la historia contemporánea de los países latinoamericanos y determinan la extensión de la crisis general, cada vez más profunda, de toda su estructura socioeconómica y política. Y cuanto más se pudre el "pantano" del reformismo nacional, cuanto más se polarizan las fuerzas clasistas y políticas, tanto más categórica es la alternativa: o antiimperialismo y profundas transformaciones sociales, o dictadura terrorista policíaco-militar y "cooperación" ilimitada con el capital extranjeros.

Por supuesto, el desenlace de la confrontación entro las fuerzas de la reacción y las del progreso no será determinado solamente por los factores internos. La lucha entre el imperialismo y el socialismo se sostiene a escala mundial. Lenin dijo nada más triunfar la Revolución de Octubre: "Todos los acontecimientos de la política mundial convergen de manera inevitable en un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, la cual agrupa necesariamente en torno suyo, de una parte, los movimientos de los obreros avanzados de todos los países en pro del régimen soviético y, de otra parte, todos los movimientos de liberación nacional de las colonias y de los pueblos oprimidos ... "[*]

[*] V. I. Lenin. *Esbozo inicial de las tesis sobre los problemas nacional y colonial para el II Congreso de la Internacional Comunista. (O. C.,* t. 41, pág. 163.)

La actual correlación de fuerzas entre el imperialismo y el socialismo crea condiciones favorables para la autodeterminación de los pueblos y obstaculiza resueltamente la intervención militar directa del imperialismo contra los pueblos que se liberan. "La mera existencia de la Unión Soviética -ha destacado Fidel Castro- constituye un freno a las aventuras militaristas de las fuerzas agresivas del mundo imperialista"[*]. El poderío de los países socialistas, la fuerza de atracción de su ejemplo y su solidaridad fraternal con los pueblos en lucha son hoy factores importantísimos del feliz desarrollo del movimiento liberador en los países de Asia, África y América Latina.

Así pues, las condiciones internas y la situación internacional de las naciones de América Latina son tales que en un número cada día mayor de países del continente son posibles las crisis políticas generales y la salida de ellas por la vía de la independencia y de las profundas transformaciones sociales.

El marxismo-leninismo enseña que la situación revolucionaria, la crisis política nacional o incluso la propia revolución son resultado de la acción de factores objetivos. Pero el carácter de la salida de la crisis, el resultado de la revolución, su triunfo o su fracaso dependen del grado de preparación de la vanguardia consciente del proletariado y de toda la clase para llevar a cabo la revolución; de la capacidad del proletariado para dirigir las acciones de las grandes masas que se alzan a la lucha; de la disposición de estas masas, ante todo del campesinado, para apoyar las acciones conscientes del proletariado.

Lenin fue y sigue siendo el más grande maestro del proletariado. Puso en manos de éste una poderosa arma: las leyes fundamentales de la revolución, los principios básicos de la estrategia y la táctica de la transformación revolucionaria del mundo. Ahora bien; sería un craso error buscar en las obras de Lenin fórmulas preparadas, soluciones acabadas para los problemas concretos de tal o cual país, así como traspasar mecánicamente la experiencia de una revolución a otra. Lenin sentía una aversión orgánica al dogmatismo y al escolasticismo, no soportaba clisés en la teoría y la práctica revolucionarias ni imitaciones ciegas. "Preparar una receta o una regla general... para todos los casos es absurdo"[**]. Al mismo tiempo que luchaba sin desmayo contra el oportunismo de derecha y el doctrinarismo de "izquierda", por la pureza de los principios marxistas básicos de la estrategia y la táctica revolucionarias, Lenin exigía "una aplicación tal de los principios *fundamentales* del comunismo... que *modifique acertadamente* estos principios *en sus detalles,* que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales"[***].

Uno de los principios fundamentales del marxismo, que Lenin defendió siempre en el combate contra los oportunistas de derecha y de "izquierda", consiste en que los fines subjetivos de la vanguardia consciente en la revolución deben corresponder a las tareas objetivas de esta última. De una parte, Lenin condenó con indignación el rumbo oportunista de derecha, orientado a conquistar "por lo menos" reformas, diciendo:

"O lucha de clases revolucionaria, cuyo producto accesorio son *siempre* las reformas (en caso de éxito incompleto de la revolución), *o* ninguna reforma.

"Porque *la única fuerza verdadera* que obliga a efectuar cambios es sólo la energía revolucionaria de las masas…"[****]

De otra parte, Lenin rechazó también enérgicamente los afanes subjetivistas de "saltarse" etapas imprescindibles de la revolución. "Cada país -dijo- debe pasar por determinadas etapas políticas"[*****]. Insistió en que era necesario enfocar con la mayor responsabilidad las consignas inmediatas de la revolución en cada una de sus etapas. "'La exacerbación de la lucha es una frase huera de los subjetivistas, quienes olvidan que el marxismo exige, para justificar toda consigna, un análisis exacto de la realidad *económica,* de la situación *política* y del significado *político* de esta consigna"[******].

Todos estos postulados de Lenin tienen una importancia extrema al apreciar el actual estado de cosas en los países de América Latina. El desarrollo del proceso revolucionario ha llegado en ellos a una situación en la que las vanguardias conscientes de los trabajadores tienen planteados en todo su volumen problemas muy serios: determinar las consignas inmediatas de la revolución y sus etapas, la estrategia y la táctica de las fuerzas revolucionarias. En la propia América Latina, la experiencia victoriosa de la Revolución Cubana, las enseñanzas de la revolución chilena y la historia del movimiento liberador en otros países proporcionan abundantes elementos de juicio en este terreno y demuestran de manera convincente la justedad y el valor de la orientación leninista.

La tarea, enseñaba Lenin, consiste en lograr en cada etapa de la revolución una gran superioridad de fuerzas en el momento decisivo, en ganarse a las

[*] *Pravda,* 31 de enero de 1974.

[**] V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo. (O.* C., t. 41, pág. 52.)

[***] Ibíd., pág. 77.

[****] V. I. Lenin, *Borrador de las tesis de un llamamiento a la Comisión Socialista Internacional y a todos los partidos socialistas. (O. C.,* t. 30, pág. 282.)

[*****] V. I. Lenin, *Informe pronunciado en la sesión conjunta del CEC de toda Rusia, del Soviet de Moscú, de los comités de fábrica y de los sindicatos el* 22 de octubre de 1918, *(O, C.,* t. 37, pág. 121.)

[******] V. I. Lenin. *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista". (O. C.,* t. 30, pág. 118.)

masas en el curso mismo de la revolución e impedir que las utilicen sus enemigos. A esto precisamente debe estar subordinada la determinación de los objetivos y de las consignas inmediatas de la revolución en cada una de sus etapas. El yugo de los monopolios extranjeros, la prepotencia, del latifundismo, la existencia de arraigadísimos vestigios de las relaciones precapitalistas en el campo y el atraso socioeconómico general de estos países prueban que el camino del socialismo en el continente pasa por la revolución democrática popular y antiimperialista.

La Revolución Cubana comenzó por la conquista del poder, creando en el momento decisivo una gran superioridad de fuerzas mediante la unión de la lucha del Ejército Rebelde con la huelga general de los trabajadores. La consigna de "¡Abajo la sangrienta dictadura de Batista!" aseguró la más vasta coalición de las fuerzas motrices de la revolución e incluso, en cierta medida, la neutralidad del imperialismo norteamericano, el cual, según la expresión de Fidel Castro, menospreció al pueblo cubano y decidió que podría detener la revolución sustituyendo el régimen "impopular" de Batista con otro (es interesante recordar aquí, a título de comparación, la consigna de "¡Abajo la autocracia!", que lanzaron los bolcheviques rusos en 1905 y en febrero de 1917). La Revolución Cubana pasó luego por la etapa democrática popular y antiimperialista. Esto permitió, digámoslo con palabras de Lenin, "arrebatar a la burguesía y a la democracia pequeñoburguesa *"sus" masas,* es decir, las masas que les seguían, para lo cual *satisface por vía revolucionaria sus necesidades económicas más apremiantes"*[*], expropiando los bienes de los monopolios norteamericanos y suprimiendo el latifundismo. Y sólo después de eso, la revolución entró en la etapa siguiente y empezó a realizar paso a paso la liquidación del régimen capitalista, emprendiendo transformaciones socialistas. Es natural que en esta etapa desertaran al campo de la contrarrevolución no pocos elementos de los sectores burgueses que al principio habían apoyado la revolución. Pero era ya tarde: habían sido privados de las masas, se había conseguido de nuevo una gran superioridad de fuerzas en el momento decisivo y los "gusanos" se vieron obligados a huir a los EE.UU.

En un mitin de amistad soviético-cubana celebrado en La Habana en enero de 1974, Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, subrayó que la grandeza de la hazaña realizada por los revolucionarios cubanos consiste en que "supieron determinar el camino certero de desarrollo de la Cuba Libre. Este camino está iluminado por la luz de la doctrina leninista. El Partido Comunista de Cuba aprovecha con espíritu creador la experiencia de la Gran Revolución de Octubre y la experiencia de varios decenios de desarrollo del socialismo en otros países"[**].

La revolución chilena intentó llegar al socialismo por un camino pacífico jamás experimentado. Lenin habló más de una vez de la posibilidad teórica de este camino, que puede surgir en ligazón con un cambio de la situación internacional. Ya en 1916 señalaba: "No se puede negar que en casos particulares, a título de excepción -por ejemplo, en algún Estado pequeño después de que un país vecino grande haya realizado la revolución social-, sea *posible* la cesión pacífica del poder por la burguesía, si ésta se convence de que su resistencia será inútil y prefiere conservar la cabeza". Y en el acto agregaba: "...en nuestro ideal no hay lugar para la, violencia"[***]. Lenin, gran humanista, estimaba que la transición pacífica al socialismo era muy deseable, valiosa y ventajosa para el pueblo, Mas, al mismo tiempo, consideraba de una manera real las inmensas dificultades de este camino. La revolución, dijo, "razonando desde un punto de vista puramente teórico y enfocando el problema en abstracto, podría producirse de una manera legal si, por ejemplo, la Asamblea Constituyente convocada por la burguesía diera una mayoría, contra ella, diera la mayoría a los partidos de los obreros y los campesinos pobres"[*****], Pero más adelante señalaba, y repitió esta idea en muchas de sus obras, que "la, vida real, la historia de las revoluciones efectivas muestran que "las simpatías de la mayoría de los trabajadores" no pueden ser demostradas muchas veces por ninguna votación (sin hablar ya de las votaciones organizadas por los explotadores, ¡a base de la "igualdad" entre explotadores y explotados!")[******].

Esta es la razón de que Lenin advirtiera insistentemente a los revolucionarios que era necesario crear una gran superioridad de fuerzas reales en los momentos decisivos de la, revolución. La vía pacífica exige eso en grado mayor aún. Porque si en la lucha armada tiene importancia no sólo e incluso no tanto la cantidad de fuerzas como su distribución, el arte de maniobrar y el estado moral, en cambio, la vía pacífica puede ser asegurada únicamente con una correlación de fuerzas en la que la burguesía, sin combate, sin guerra civil, pueda "convencerse de que su resistencia será inútil".

La clase obrera de Chile, que conquistó una grandiosa victoria con la creación del Gobierno de la Unidad Popular, no supo aprovechar hasta el fin las posibilidades de la etapa antiimperialista,

---

[*] V. I. Lenin. *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado. (O. C.,* t. 40, pág. 13.)

[**] *Pravda,* 31 de enero de 1974.

[***] V. I. Lenin, *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista". (O. C.,* t. 30, pág. 122.)

[****] V. I. Lenin. *Del diario de un publicista. Los errores de nuestro partido, (O. C.,* t. 34, pág. 259.)

[*****] V. I. Lenin. *Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes, (O, C.,* t. 39, pág. 219.)

democrática popular, de la revolución para ganarse a los sectores trabajadores no proletarios, a las clases medias. La contrarrevolución se le adelantó en este terreno y, cifrando sus esperanzas en el ejército, creado para defender los intereses de clase de la burguesía y que conservó lazos estrechos con el imperialismo, organizó el golpe fascista de los generales traidores.

Es indudable que las enseñanzas de la revolución chilena y los errores de la Unidad popular serán estudiados minuciosamente y proporcionarán a los revolucionarios nueva experiencia para conquistar la victoria. Estos errores han estado vinculados, y no en último lugar, al influjo que ejercieron en la política de la Unidad Popular, por una parte, los oportunistas de derecha, los conciliadores, y, por otra, los elementos “ultraizquierdistas". Los conciliadores hablaban constantemente de la "legalidad", viendo inexistentes infracciones de ella, o la posibilidad de que se cometieran, en cada iniciativa revolucionaria de las masas; paralizaron esta iniciativa e impidieron que las masas se organizaran en una fuerza real. Parte considerable de los radicales de derecha que al comienzo formaron parte de la Unidad Popular, aprovechando estos pretextos de la lucha por la revolución "en el marco de la democracia y la legalidad", se pasaron al campo de la contrarrevolución descarada. Por otro lado, los irresponsables elementos “ultraizquierdistas" empujaron a la revolución a las aventuras, a "saltarse" etapas, a abolir inmediatamente "toda explotación", toda empresa privada, sin tener en cuenta la correlación real de fuerzas. La contrarrevolución utilizó intensamente las acciones de los "ultraizquierdistas" para organizar el pánico entre las clases medias y apartarlas de la revolución.

Debe decirse que en los últimos años han aparecido en América Latina no pocos grupos "ultraizquierdistas" de distinto pelaje, cosa perfectamente comprensible. Lenin calificó el "izquierdismo" de "enfermedad de crecimiento del movimiento". Esta enfermedad acompaña al movimiento obrero desde su aparición, agravándose de modo singular en los períodos de ascenso y de victorias de la lucha proletaria. Durante los cien años últimos ha cambiado poco la esencia de esta enfermedad, que Marx caracterizó muy bien con las siguientes palabras: "En vez de las relaciones verdaderas, se presenta *la voluntad* como lo principal en la revolución. Mientras que nosotros decimos a los obreros: "Quizá tengáis que soportar aún quince, veinte o cincuenta años de guerra civil para cambiar las condiciones existentes y haceros capaces de dominar", en lugar de esto se les dice: "Debemos tomar el poder *inmediatamente,* o, de lo contrario, podemos echarnos a dormir"[*].

Está claro que entre los "izquierdistas" actuales de América Latina hay hombres de tipos diferentes por completo. Una parte considerable de ellos son revolucionarios sinceros, que ansían la "acción inmediata" independientemente de las circunstancias, pero que consideran una pérdida inútil de tiempo la prolija labor cotidiana encaminada a educar y organizar al proletariado y a las grandes masas populares y a prepararlos para la revolución. Lenin estimaba necesario esforzarse por hacer cambiar de opinión a tales personas, por poner al desnudo y corregir sus errores, y dedicó a esta cuestión no pocos de sus escritos y discursos. Pero entre los "izquierdistas" hay también otros, a los que Lenin calificaba habitualmente de "malhadados revolucionarios" que se suman a la revolución "por simple entusiasmo, -por seguir la moda e incluso, a veces, por interés personal de hacer carrera". A diferencia de los "hombres de acción", estos últimos hablan mucho y escriben de prisa, buscando una "base teórica" adecuada para justificar las acciones "impacientes" de los otros. Sin conocer como es debido el marxismo-leninismo, se ponen a "refutar" las "tesis marxistas tradicionales", adulterándolas y falseando la realidad existente. El doctrinarismo y el sectarismo de "izquierda" causan un gran daño al movimiento revolucionario, dividiéndolo, desorientándolo y provocándolo a acciones precipitadas condenadas al fracaso.

La situación actual en América Latina se caracteriza por un ahondamiento sucesivo de la crisis del dominio imperialista de la crisis del camino de desarrollo capitalista dependiente. El imperialismo y la reacción esperaban que la derrota de la revolución en Chile minaría el prestigio del socialismo en América Latina y alentaría a la contrarrevolución en otros países. Pero ha ocurrido lo contrario. Los pueblos latinoamericanos han visto con mayor claridad que nunca las perspectivas de su destino: el imperialismo, que se apoyará cada día más en el fascismo, el terror y el atraso, o la lucha por la independencia, la democracia y el progreso social. Ya después del golpe de Estado en Chile comenzó un intenso desmoronamiento de la Organización de los Estados Americanos, en la que en otros tiempos fue regla indiscutible el sometimiento total a la batuta norteamericana. En la Conferencia de la UEA celebrada en Quito en noviembre de 1974, más de la mitad de los países participantes votaron en contra de los EE.UU., por la abolición de las sanciones económicas y políticas, que impuso este país, contra la Cuba socialista y por el restablecimiento de relaciones normales con ella. El reconocimiento oficial del Estado socialista cubano por diez países del Hemisferio Occidental en un solo año (1974) ha significado el fracaso no sólo del bloqueo norteamericano de la Isla de la Libertad, sino

[*] C. Marx. *Reunión del Comité Central de la Liga de los Comunistas,* 15 *de septiembre de 1850.* (C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed, en ruso, t. 8, pág. 582.)

también de las esperanzas del imperialismo en afianzar y continuar su dominación. En América Latina se acerca, cada día más visible e irreversible, el momento de los cambios decisivos.

En tales condiciones adquiere una importancia creciente el pertrechamiento ideológico de quienes luchan por transformar la sociedad. Es indudable que la publicación de estas *Obras Escogidas* de V. I. Lenin ayudará a comprender a fondo la situación, las tendencias del desarrollo y las vías de los cambios sociales.

Prof. V. VOLSKI.

## PREFACIO.

En el primer tomo de la presente edición se han incluido obras escritas por Vladimir Ilich Lenin durante el período comprendido entre 1894 y 1901.

En aquellos años se intensificó en la economía mundial el proceso de desarrollo del capital monopolista, de transformación del capitalismo en imperialismo. Se operaron también profundos cambios en el Imperio ruso. Después de ser abolida la servidumbre en 1861, el capitalismo empezó a desarrollarse a ritmo rápido. El país se cubrió de una red de vías férreas. En San Petersburgo, Moscú y las provincias circundantes, en el Sur de Rusia, en los Urales y en otras regiones del país surgieron empresas metalúrgicas y de construcción de maquinaria, minas, fábricas textiles y de otros tipos. El capitalismo penetró igualmente en la agricultura. Avanzó el proceso de disociación del campesinado: en un polo se destacó un pequeño grupo de campesinos enriquecidos, de capitalistas rurales (kulaks), que explotaban brutalmente a sus convecinos; en el otro, aumentó sin cesar la masa de campesinos pobres, poseedores de una insignificante parcela o carentes en absoluto de tierra, que se veían obligados a trabajar como braceros para los kulaks o a trasladarse a las fábricas y empresas de las ciudades en busca de un jornal, a convertirse en proletarios. Los campesinos arruinados que abandonaban las aldeas engrosaban rápidamente las filas de la clase obrera de Rusia.

Las condiciones de trabajo en las fábricas y empresas eran entonces terribles: jornada de catorce a quince horas, salarios bajos en extremo, ningún a protección del trabajo y ninguna asistencia médica para los obreros, que vivían hacinados en cuarteles, en condiciones antihigiénicas en extremo. Además, estaba prohibida rigurosamente toda asociación de los obreros y no existían sindicatos.

Llevados a la desesperación, los obreros declaraban huelgas espontáneas, tratando de arrancar a los fabricantes algún mejoramiento de su situación. Pero estas acciones aisladas eran sofocadas con rapidez, encarcelándose y deportándose a docenas de huelguistas.

En la vida social de Rusia, los años 80 y 90 del siglo pasado representaron un período de reacción feroz. Fracasada la heroica lucha que sostuvieron los revolucionarios (incluidos los populistas revolucionarios) contra el zarismo en los años 50 y 70, las organizaciones populistas fueron aniquiladas, y centenares y miles de revolucionarios, ejecutados, encarcelados o deportados a Siberia. La prensa progresista estaba amordazada, y la censura hacía estragos. Los artículos y comentarios de carácter reaccionario, que glorificaban a la autocracia, llenaban las páginas de periódicos y revistas. El propio populismo, que en los años 70 y en la primera mitad de la década del 80 había promovido a luchadores abnegados, degeneró en los años 90 en una corriente que abjuró de la lucha revolucionaria. Vinieron a sustituirlo otros combatientes y una nueva ideología, una doctrina revolucionaria argumentada científicamente el marxismo.

A comienzos de los años 90 empezaron a surgir los primeros círculos marxistas en San Petersburgo, Nizhni Nóvgorod, Samara, Kíev, Minsk y otras ciudades de Rusia. Al principio eran poco numerosos, no estaban vinculados entre sí y los formaban principalmente jóvenes estudiantes y obreros avanzados, los más instruidos. Los componentes de los círculos estudiaban las obras de Marx y Engels, hacían propaganda rigurosamente clandestina en algunas fábricas y organizaban reuniones de obreros en domicilios particulares. Entre los organizadores de los primeros círculos marxistas de Samara, en 1892, figuró Vladímir Uliánov, joven de veintidós años que acababa de ser expulsado de la Universidad de Kazán por participar en el movimiento estudiantil revolucionario.

En el otoño de 1893, Vladímir Uliánov (que más tarde se haría famoso en el mundo entero con el nombre de Lenin) se trasladó a San Petersburgo, a la sazón capital del Imperio ruso. Con un grupo de camaradas laboró para agrupar en una sola organización -la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera- los círculos marxistas existentes en diversas barriadas de la ciudad. Se señalaron como perspectiva unificar en un partido revolucionario único de la clase obrera todos los círculos marxistas diseminados por ciudades y centros industriales de Rusia.

En 1895 se constituyó en San Petersburgo la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, que, como habría de decir más tarde Lenin, fue el "embrión" del partido de la clase obrera. Lenin se reveló no sólo como un organizador de talento, sino también como un destacado teórico, y en aquel período la labor teórica era extraordinariamente necesaria. Había, ante todo, que defender el marxismo y demostrar su razón frente a las concepciones populistas, predominantes entonces entre los intelectuales progresistas. Había que poner al desnudo el carácter, totalmente erróneo,

reaccionario e ilusorio de los pronósticos de Mijailovskí, Krivenko, Yuzhakov y otros ideólogos del populismo sobre el desarrollo ulterior de Rusia y Lenin lo hizo en sus escritos.

Las más importantes de estas obras figuran en el presente tomo. Entre ellas ocupa un lugar central el libro *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas.*

Lenin hizo en este documento programático una profunda definición del comunismo científico y criticó en todos sus aspectos las concepciones filosóficas, económicas y políticas de los populistas liberales, su programa y su táctica. Desenmascaró a los teóricos del populísmo como representantes del método subjetivista, anticientífico, en la sociología, como idealistas que negaban el carácter objetivo del desarrollo social y el papel decisivo de las masas populares en la historia. En esta obra, Lenin señaló por vez primera ante la socialdemocracia de Rusia el objetivo de crear el partido marxista de la clase obrera y adelantó la idea de la alianza de la clase obrera y del campesinado como medio principal para derrocar el zarismo, a los terratenientes y a la burguesía.

De los trabajos de este período dedicados a problemas económicos se ha incluido en el presente tomo la obra *Contribución a la caracterización del romanticismo económico,* dirigida contra el economista suizo Sismondi y sus adeptos rusas: los populistas. Lenin destaca en ella los méritos de Sismondi, que señaló la existencia de contradicciones en la sociedad capitalista; pero, al mismo tiempo, pone al desnudo el utopísmo de las concepciones de Sismondi y muestra que éste criticó el capitalismo desde el punto de vista del pequeño burgués, idealizador de la anticuada organización gremial de la industria y de la hacienda campesina patriarcal. Lenin demuestra que la doctrina económica de los populistas no es más que una variante rusa del romanticismo económico europeo.

En el tomo figura asimismo la necrología *Federico Engels.* Contiene una característica profunda y detallada de Engels como el mejor maestro del proletariado, después de Marx, que consagró toda su vida a la lucha de la clase obrera.

Cierta el tomo el artículo *¿Por dónde empezar?,* publicado en el periódico *Iskra* el 4 de mayo de 1901, en el que Lenin expone un plan detallado de creación del partido obrero marxista de toda Rusia.

Todas las obras incluidas en el torno figuran en orden cronológico. Han sido traducidas de la 5ª edición en ruso de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, indicándose al pie de cada trabajo el tomo y las páginas correspondientes. Al final del tomo se insertan notas aclaratorias.

LA EDITORIAL

# QUIENES SON LOS “AMIGOS DEL PUEBLO” Y COMO LUCHAN CONTRA LOS SOCIALDEMÓCRATAS.

*Respuesta a los artículos de Rússkoie Bogatstvo contra los marxistas*

**Fascículo I**

*Rússkoie Bogatstvo*[1] ha iniciado una campaña contra los socialdemócratas. En el núm. 10 del año pasado, el señor N. Mijailovski, uno de los cabecillas de dicha revista, anunció ya una "polémica" contra "nuestros llamados marxistas o socialdemócratas"[2]. Más tarde aparecieron un artículo del señor S. Krivenko, titulado *Acerca de los intelectuales solitarios* (núm. 12) y otro del señor N. Mijailovski, titulado *La literatura y la vida* (núms. 1 y 2 de R. B. de 1894). En cuanto a la idea que la revista tiene de nuestra realidad económica, ha sido formulada con mayor amplitud en el artículo del señor S. Yuzhakov *Problemas del desarrollo económico de Rusia* (en los núms. 11 y 12). Estos señores que, en general, pretenden presentar en su revista las ideas y la táctica de los verdaderos "amigos del pueblo", son enemigos jurados de la socialdemocracia. Intentemos, pues, examinar detenidamente a estos "amigos del pueblo", su crítica del marxismo, sus ideas y su táctica.

- - -

El señor N. Mijailovski dirige con preferencia la atención a los fundamentos teóricos del marxismo y, por lo tanto, se detiene especialmente a analizar la concepción materialista de la historia. Después de exponer a grandes rasgos el contenido de las múltiples obras marxistas que explican: esta doctrina, el señor Mijailovski comienza su crítica por el siguiente pasaje:

"Ante todo -dice- surge por sí sola una pregunta: ¿En qué obra ha expuesto Marx su concepción materialista de la historia? En *El Capital* nos ha ofrecido un modelo de unión de la fuerza lógica con la erudición, con el estudio minucioso tanto de todas las publicaciones de economía como de los hechos respectivos. Ha sacado a la luz del día a teóricos de la ciencia económica olvidados hace ya mucho tiempo o desconocidos hoy de todo el mundo y ha prestado atención a los detalles más nimios de informes de inspectores de fábricas o declaraciones de peritos de diversas comisiones especiales; en pocas palabras, ha rebuscado en una inmensidad de escritos documentados, bien para argumentar sus teorías económicas bien para ilustrarlas. Si ha ideado una concepción "completamente nueva" del proceso histórico, explicando todo el pasado de la humanidad desde un punto de vista nuevo, y resumido todas las teorías histórico-filosóficas antes existentes, lo ha hecho, naturalmente, con la misma escrupulosidad: en efecto, ha revisado y sometido a un análisis crítico todas las teorías conocidas del proceso histórico, ha analizado una infinitud de hechos de la historia universal. El parangón con Darwin, tan corriente en los escritos marxistas, confirma este aserto más aún. ¿En qué consiste toda la obra de Darwin? En algunas ideas generalizadoras, estrechamente vinculadas entre sí, que coronan todo un Mont-Blanc de hechos. Pero ¿dónde está la correspondiente obra de Marx? No existe. Y no sólo no existe obra semejante de Marx, sino que no existe tal obra entre todos los libros marxistas, pese a su amplitud cuantitativa y a su difusión".

Todo este pasaje es típico en grado sumo para darse cuenta de lo poco que la gente entiende *El Capital* y a Marx. Anonadados por la inmensa fuerza probatoria de lo expuesto, se deshacen en reverencias ante Marx y lo alaban; pero, al mismo tiempo, pasan completamente por alto el contenido fundamental de su doctrina y continúan, como si tal cosa, las viejas cantilenas de la "sociología subjetiva". No se puedo menos de recordar con este motivo el acertadísimo epígrafe que Kautsky eligió para su libro sobre la doctrina económica de Marx.

*¿Quién dejará de alabar a Klopstock?*
*¿Pero lo leerán muchos?*
*No. ¡Nosotros preferimos que nos ensalcen menos,*
*pero que nos lean más!*
Leassing.

¡Exactamente! El señor Mijailovski debería ensalzar menos a Marx y leerlo con mayor aplicación, o mejor, meditar más en serio en lo que lee.

"En *El Capital*, Marx nos ha ofrecido un modelo de unión de la fuerza lógica con la erudición", dice el señor Mijailovski. El señor Mijailovski, en esta frase, nos ha ofrecido un modelo de unión de una frase brillante con un contenido huero, según ha observado un marxista. Y la observación es justa del todo. Efectivamente, ¿en qué se ha manifestado esta fuerza lógica de Marx? ¿Qué resultados ha tenido? Al leer el pasaje del señor Mijailovski que acabamos de reproducir, se puede creer que toda esa fuerza se ha concentrado sólo en las "teorías económicas", en el sentido más estricto de la palabra. Y para subrayar aún más los estrechos límites del terreno en que Marx ha manifestado su fuerza lógica, el señor Mijailovski acentúa lo de "los detalles más nimios",

lo de "la minuciosidad", lo de "los teóricos desconocidos de todo el mundo", etc. Es como si Marx no hubiera aportado a los métodos de construcción de estas teorías nada sustancialmente nuevo, nada digno de mención, como si hubiera dejado las ciencias económicas dentro de los mismos límites en que las encontrara en las obras de los economistas anteriores, sin ampliarlas, sin aportar una concepción "completamente nueva" de esta misma ciencia. Pero todo el que haya leído *El Capital* sabe que esta afirmación está en completa pugna con la verdad. No se puede menos de recordar con este motivo lo que el señor Mijailovski escribió sobre Marx hace 16 años, cuando polemizaba con el señor Y. Zhukovski[3], vulgar burgués. Acaso corrieran otros tiempos, ó quizá fuesen más recientes los sentimientos; lo cierto es que el tono y el contenido de aquel artículo del señor Mijailovski eran completamente distintos.

"El objetivo final de esta obra es demostrar la ley del desarrollo (en el original: *Das ökonomische Bewegungsgesetz*, o sea, la ley económica del movimiento) de la sociedad moderna, dice C. Marx de *El Capital*, y se atiene estrictamente a su programa". Así opinaba el señor Mijailovski en 1877. Veamos, pues, más de cerca este programa consecuente en rigor, según reconoció el propio crítico. El programa consiste en "demostrar la ley económica del desarrollo de la sociedad moderna".

Esta fórmula nos coloca ya frente a varios problemas que exigen explicación. ¿Por qué trata Marx de la sociedad "moderna (*modern*)", cuando todos los economistas anteriores a él tratan de la sociedad en general? ¿En qué sentido emplea la palabra "moderna" y cuáles son los rasgos que distinguen especialmente a esta sociedad moderna? Y luego: ¿qué significa "la ley económica del movimiento de la sociedad"? Estamos acostumbrados a oír decir a los economistas -siendo ésta, por cierto, una de las ideas preferidas de los publicistas y economistas del medio a que pertenece *Rússkoie Bogatstvo*- que sólo la producción de valores está supeditada únicamente a leyes económicas, mientras que la distribución, según ellos, depende de la política, de la forma en que las autoridades, los intelectuales, etc., influyan en la sociedad. ¿En qué sentido, pues, habla Marx de la ley económica del movimiento de la sociedad, llamándola por añadidura unos renglones más abajo *Naturgesetz*, ley natural? ¿Cómo entender esto cuando tantos sociólogos de nuestro país han llenado montones de papel para decir que el campo de los fenómenos sociales ocupa un lugar aparte del de los fenómenos naturales y que, por lo tanto, para estudiar los primeros, es necesario emplear un método distinto por completo, el "método subjetivo en la sociología"?

Todas estas dudas surgen de un modo natural e inevitable y, claro está, sólo por crasa ignorancia pueden ser dadas de lado, al hablar de *El Capital*. Para dilucidar estas cuestiones, citemos previamente un pasaje más del mismo prólogo de *El Capital*, a renglón seguido:

"Yo concibo -dice Marx- el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso natural"[4].

Basta sencillamente comparar, aunque sólo sean estas dos citas del prólogo, para percatarse de que en eso mismo consiste la idea fundamental de *El Capital*, aplicada, como dijo Mijailovski, con estricta consecuencia y rara fuerza lógica. Fijémonos al respecto, ante todo, en dos circunstancias: Marx se refiere a una sola "formación socioeconómica", a la formación capitalista, es decir, afirma haber investigado la ley del desarrollo de esta sola formación y de ninguna más. Esto, en primer lugar. Y en segundo, hacemos notar los métodos que Marx empleó para sacar sus conclusiones: como hemos visto poco antes, el señor Mijailovski dice que estos métodos consistían en "el estudio minucioso de los hechos respectivos".

Pasemos ahora a analizar esta idea fundamental de *El Capital*, idea que con tanta habilidad intentó pasar por alto nuestro filósofo subjetivista. ¿En qué consiste propiamente el concepto de formación socioeconómica y en qué sentido puede y debe ser considerado el desarrollo de semejante formación como proceso natural? Estos son los problemas que ahora se nos plantean. Ya he indicado que desde el punto de vista de los economistas y sociólogos viejos (que no lo son para Rusia), el concepto de formación socioeconómica es superfluo por completo: hablan de la sociedad en general, discuten con los Spencer de qué es la sociedad en general, de los fines y de la esencia de la sociedad en general, etc. En tales disquisiciones, estos sociólogos subjetivistas se apoyan en argumentos por el estilo de los que afirman que el fin de la sociedad consiste en procurar ventajas para todos sus miembros y que, por ello, la justicia exige una organización determinada, y los regímenes que no corresponden a esta organización ideal ("La sociología debe comenzar por cierta utopía", dice uno de los autores del método subjetivista, el señor Mijailovski, lo que caracteriza perfectamente la naturaleza de sus procedimientos) no son normales y deben ser eliminados. "La tarea esencial de la sociología -razona, por ejemplo, el señor Mijailovski- consiste en aclarar las condiciones sociales en que esta o la otra necesidad de la naturaleza humana es satisfecha". Como se ve, a este sociólogo sólo le interesa una sociedad que satisfaga a la naturaleza humana, pero no le interesa en absoluto ninguna formación social que, por añadidura, pueda estar basada en fenómenos tan en pugna con la "naturaleza humana" como la esclavización de la mayoría por la minoría. Se ve también que, desde el punto de vista de este sociólogo, ni hablar cabe de considerar el desarrollo de la sociedad como un proceso natural. ("Al

reconocer algo como deseable o indeseable, el sociólogo debe hallar las condiciones necesarias para realizar lo deseable o para eliminar lo indeseable", "para realizar tales o cuales ideales", razona el mismo señor Mijailovski.) Más aún, ni hablar cabe siquiera de un desarrollo, sino de diversas desviaciones de "lo deseable", de "defectos" registrados en la historia a causa... a causa de que los hombres no han sido inteligentes, no han sabido comprender bien lo que exige la naturaleza humana, no han sabido hallar las condiciones para plasmar estos regímenes racionales. Es evidente que la idea fundamental de Marx sobre el proceso natural de desarrollo de las formaciones socioeconómicas socava hasta las raíces esa moraleja infantil que pretende llamarse sociología. Pero ¿cómo llegó Marx a esta idea fundamental? Lo hizo destacando de los diversos campos de la vida de la sociedad el de la economía, destacando de todas las relaciones sociales *las relaciones de producción*, por ser las fundamentales, las primarias, las que determinan todas las demás. El mismo Marx describe el proceso de su razonamiento sobre esta cuestión de la siguiente manera:

"Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del Derecho. Mi investigación tenía por resultado que ni las relaciones jurídicas ni las formas de Estado pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida, cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, con el nombre de "sociedad civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. El resultado general a que llegué (por el estudio de la economía política) puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas *relaciones de producción*, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona los procesos de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona más o menos rápidamente toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción, que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción... A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués"[5].

Esta idea del materialismo en la sociología era, ya de por sí, genial. Es claro que, *por el momento*, no pasaba de ser una hipótesis, pero una hipótesis que permitía adoptar por vez primera una actitud rigurosamente científica ante los problemas históricos y sociales. Hasta entonces, los sociólogos, incapaces de descender a relaciones tan elementales y primarias como las de producción, emprendían de plano la investigación y el estudio de las formas políticas y jurídicas, tropezaban con el surgimiento de estas formas de ideas determinadas de la humanidad en un momento dado y no pasaban de ahí; resultaba en apariencia que las relaciones sociales son establecidas de manera consciente por los hombres. Pero esta conclusión, que se vio plenamente expresada en la idea del *Contrato Social*[6] (cuyos vestigios, se notan con vigor en todos los sistemas del socialismo utópico), estaba en contradicción absoluta con todas las observaciones históricas. Jamás ha ocurrido, ni ocurre, que los miembros de la sociedad se imaginen el conjunto de las relaciones sociales en que viven como algo determinado, íntegro e impregnado de cierto principio; por el contrario, la masa se adapta inconscientemente a esas relaciones, y es tan escasa la idea que tiene de ellas como relaciones sociales históricas especiales que, por ejemplo, sólo en los últimos tiempos se ha dado una explicación de las relaciones de intercambio, en las que han vivido los hombres durante muchos siglos. El materialismo ha suprimido esta contradicción, ahondando el análisis hasta llegar al origen de esas mismas ideas sociales del hombre, y su conclusión de que el curso de las ideas depende del de las cosas es la única compatible con la psicología científica. Además, esta hipótesis ha elevado por primera vez, también desde otro punto de vista, la sociología al grado de ciencia. Hasta entonces, a los sociólogos les costaba trabajo

distinguir, en la complicada red de fenómenos sociales, los fenómenos importantes de los no importantes (en ello radica el subjetivismo en la sociología) y encontrar un criterio objetivo para hacer esta distinción. El materialismo ha proporcionado un criterio objetivo por entero, al destacar las *relaciones de producción* como estructura de la sociedad y ofrecer la posibilidad de aplicar a estas relaciones el criterio científico general de la repetición, cosa que los subjetivistas negaban a la sociología. Mientras ellos se limitaban a las relaciones sociales ideológicas (o sea, a las que pasan por la conciencia de los hombres antes de tomar forma)[*], no podían advertir la repetición y la regularidad de los fenómenos sociales en los distintos países, y su ciencia se circunscribía, en el mejor de los casos, a describir esos fenómenos, a recoger materia prima. El análisis de las relaciones sociales materiales (es decir, de las que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres: al intercambiar productos, los hombres establecen relaciones de producción, incluso sin tener conciencia de que existe en ello una relación social de producción) permitió en el acto observar la repetición y la regularidad y sintetizar los regímenes de los distintos países en un solo concepto fundamental de *formación social*. Esta síntesis es la única que hizo posible pasar de la descripción de los fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis estrictamente científico, que destaca, pongamos por caso, lo que diferencia a un país capitalista de otro y estudia lo que tienen de común todos ellos.

En tercer y último lugar, esta hipótesis ha brindado por vez primera la posibilidad de una sociología científica, porque sólo reduciendo las relaciones sociales a las de producción, y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se ha logrado una base firme para concebir el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso natural. Y se comprende por sí solo que sin semejante concepción no puede haber tampoco ciencia social. (Los subjetivistas, por ejemplo, aun reconociendo que los fenómenos históricos se rigen por leyes, no fueron capaces, sin embargo, de ver su evolución como un proceso natural justamente porque se detenían en las ideas y fines sociales del hombre, sin saber reducir estas ideas y estos fines a las relaciones materiales de la sociedad.)

Pero Marx, que formuló esta hipótesis en la década del 40, emprende el estudio efectivo (sirva esto de *nota bene*) de los hechos. Toma una de las formaciones socioeconómicas -el sistema de la economía mercantil- y apoyándose en una inmensidad de datos (que ha estudiado durante no menos de veinticinco años), hace un análisis sumamente minucioso de las leyes que rigen el funcionamiento y desarrollo de dicha formación. Este análisis se limita a las relaciones de producción entre los miembros de la sociedad: sin recurrir ni una sola vez, para explicar las cosas, a nada que se halle al margen de estas relaciones de producción, Marx permite ver cómo se desenvuelve la organización mercantil de la economía social y cómo se transforma en organización capitalista, creando (dentro ya del marco de las relaciones de producción) dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado; cómo desarrolla esta organización la productividad del trabajo social, aportando con ello un elemento que entra en contradicción inconciliable con los fundamentos de esta misma organización capitalista.

Tal es el *esqueleto* de *El Capital*. Pero todo estriba, sin embargo, en que Marx no se dio por satisfecho con este esqueleto; en que no se limitó a la "teoría económica", en el sentido habitual de la palabra; en que, *al explicar exclusivamente* por las relaciones de producción la estructura y el desarrollo de la formación social dada, Marx, pese a ello, analizó siempre y en todas partes las superestructuras que corresponden a estas relaciones de producción, recubriendo de carne el esqueleto e inyectando sangre a este organismo. *El Capital* tuvo un éxito tan inmenso precisamente porque este libro de un "economista alemán" mostró al lector toda la formación social capitalista como organismo vivo: con sus diversos aspectos de la vida cotidiana, con la manifestación social efectiva del antagonismo de clases propio de tales relaciones de producción, con su superestructura política burguesa que protege la dominación de la clase de los capitalistas, con sus ideas burguesas de libertad, igualdad, etc., con sus relaciones familiares burguesas. Se comprende ahora que la comparación con Darwin es exacta por completo: *El Capital* no es otra cosa que "algunas ideas generalizadoras, estrechamente vinculadas entre sí, que coronan todo un Mont-Blanc de hechos". Y si hay alguien que, al leer *El Capital*, no haya sabido reparar en estas ideas generalizadoras, la culpa no será de Marx, quien, como hemos visto, habla de ellas incluso en el prólogo. Es más, semejante comparación es acertada no sólo en su aspecto externo (que, no se sabe por qué, ha interesado especialmente al señor Mijailovski), sino también en su aspecto interno. De la misma manera que Darwin puso fin a la opinión de que las especies de animales y plantas no tienen ninguna ligazón, de que son casuales, "obra de Dios" e inmutables, y dio por primera vez a la biología una base completamente científica, al descubrir la mutabilidad de las especies y su continuidad; de esa misma manera, Marx puso fin a la concepción que se tenía de que la sociedad es un agregado mecánico de individuos que admite toda clase de cambios por voluntad de los jefes (o, lo que es igual, por voluntad de la sociedad y del gobierno), agregado que surge y

---

[*] Es decir, se trata en todo momento, por supuesto, sólo de la conciencia de las relaciones *sociales*.

se modifica casualmente, y dio por vez primera a la sociología una base científica, al formular el concepto de formación socioeconómica como conjunto de determinadas relaciones de producción y dejar sentado que el desarrollo de estas formaciones constituye un proceso natural.

Ahora, desde que apareció *El Capital*, la concepción materialista de la historia ha dejado de ser una hipótesis para convertirse en una tesis demostrada con argumentos científicos. Y mientras no contemos con otra tentativa de explicar científicamente el funcionamiento y el desarrollo de alguna formación social, cualquiera que ésta sea -precisamente de una formación social y no de la vida cotidiana de un país, de un pueblo e incluso de una clase, etc.-; mientras no contemos con otra tentativa de poner orden en "los hechos respectivos" con la misma exactitud que ha sabido realizarlo el materialismo, con la misma exactitud que ha sabido dar un cuadro vivo de una formación determinada, explicándola de un modo estrictamente científico; mientras no contemos con eso, la concepción materialista de la historia será sinónimo de ciencia social. El materialismo no es "en lo fundamental, una concepción científica de la historia" como piensa el señor Mijailovski, sino la única concepción científica de ella.

Ahora bien, ¿puede imaginarse un caso más curioso que el de personas que, habiendo leído *El Capital*, no hayan sabido encontrar materialismo en él? ¿Dónde está?, pregunta con sincera perplejidad el señor Mijailovski.

El señor Mijailovski ha leído el *Manifiesto Comunista* y no ha visto que en él se da una explicación materialista de los sistemas contemporáneos -jurídicos, políticos, familiares, religiosos, filosóficos- y que incluso la crítica de las teorías socialistas y comunistas busca y halla el origen de dichos sistemas en tales o cuales relaciones de producción.

Ha leído la *Miseria de la Filosofía* y no ha visto que el análisis de la sociología de Proudhon se hace allí desde el punto de vista materialista, que la crítica de la solución de las más diversas cuestiones históricas propuestas por Proudhon parte de los principios del materialismo; que las indicaciones mismas del autor sobre las fuentes en que se deben buscar los datos para resolver estos problemas se reducen a apelar a las relaciones de producción.

Ha leído *El Capital* y no ha visto que tiene delante un modelo de análisis científico según el método materialista de una sola -y la más complicada-formación social, un modelo por todos aceptado y por nadie superado. Y helo aquí abismado en su profunda meditación sobre este profundo problema: "¿En qué obra ha expuesto Marx su concepción materialista de la historia?"

Todo el que conozca las obras de Marx le respondería a esa pregunta con otra: ¿en qué obra no ha expuesto Marx su concepción materialista de la historia? Pero es posible que el señor Mijailovski no conozca los estudios materialistas de Marx más que cuando vayan señalados en las acotaciones correspondientes en algún trabajo historiosófico de algún Karéiev bajo la rúbrica de "materialismo económico".

Pero lo más curioso de todo es que el señor Mijailovski acusa a Marx de no haber "revisado (*¡sic!*) todas las teorías conocidas del proceso histórico". Esto es ya divertidísimo. Pero ¿en qué consistían las nueve décimas partes de esas teorías? En suposiciones puramente apriorísticas, dogmáticas y abstractas de qué es la sociedad, qué es el progreso, etc. (Tomo adrede ejemplos del gusto y entender del señor Mijailovski.) El mal de estas teorías estriba en el mismo hecho de que existen, en sus métodos principales, en su carácter total e irremediablemente metafísico. Porque comenzar por indagar qué es la sociedad y qué es el progreso significa comenzar por el final. ¿De dónde sacará usted el concepto de sociedad y de progreso en general, sin haber estudiado en particular formación social alguna, sin haber sabido siquiera determinar ese concepto, sin haber sabido siquiera llegar a estudiar en serio, a analizar objetivamente, basándose en los hechos, cualesquiera relaciones sociales? Es el síntoma más evidente de la metafísica por la que comenzaba toda ciencia: mientras no se sabía iniciar el estudio de los hechos, siempre se inventaba *a priori* teorías generales que eran estériles en todos los casos. El químico metafísico que aún no sabía estudiar en la práctica los procesos químicos, inventaba una teoría que aclarase qué fuerza era la afinidad química. El biólogo metafísico argüía qué eran la vida y la fuerza vital. El psicólogo metafísico razonaba sobre el alma. El procedimiento mismo era ya absurdo. No se puede razonar sobre el alma sin explicar en particular los procesos psíquicos: aquí el progreso debe consistir precisamente en abandonar las teorías generales y los sistemas filosóficos sobre lo que es el alma y saber proporcionar una base científica al estudio de los hechos que caracterizan tales o cuales procesos síquicos. Por ello, la acusación del señor Mijailovski es exactamente igual que la de un psicólogo metafísico lanzada después de haberse pasado la vida escribiendo sobre el alma (sin saber explicar con exactitud ni el fenómeno psíquico más elemental) contra un psicólogo científico de no haber revisado todas las teorías conocidas sobre el alma. Este psicólogo científico ha rechazado las teorías filosóficas del alma y ha empezado de lleno por el estudio del substrato material de los fenómenos síquicos: los procesos nerviosos, analizando y explicando, por ejemplo, tales o cuales procesos síquicos. Y he aquí a nuestro psicólogo metafísico leyendo este trabajo, alabándolo porque están bien descritos los procesos y estudiados los hechos; pero queda insatisfecho. ¡Cómo! -se agita emocionado el

filósofo, al oír hablar a su alrededor de la concepción completamente nueva que este sabio tiene de la psicología, del método especial de la psicología científica-, ¿en qué obra se ha expuesto este método? ¡Pero si en este trabajo hay "sólo hechos"! ¡No contiene ni un ápice de revisión "de ninguna de las teorías filosóficas conocidas sobre el alma"! ¡No es la obra adecuad a en absoluto!

De idéntica manera, por supuesto, *El Capital* no es una obra adecuada para el sociólogo metafísico que no advierte la esterilidad de los razonamientos apriorísticos sobre la sociedad, ni comprende que, en lugar de estudiar y explicar, estos métodos sólo conducen a sustituir el concepto de sociedad por las ideas burguesas de un mercader inglés o por los filisteos ideales socialistas de un demócrata ruso, y nada más. Por eso mismo han surgido y reventado como pompas de jabón todas estas teorías históricas filosóficas, siendo, en el mejor de los casos, síntomas de las ideas y relaciones sociales de su tiempo, sin haber propiciado el menor avance al hombre en *la comprensión* de las relaciones sociales, aunque sólo sean relaciones aisladas, pero reales (y no las que "correspondan a la naturaleza humana"). El gigantesco paso adelante que dio Marx en este sentido consistió, precisamente, en haber arrojado por la borda todos esos razonamientos sobre la sociedad y el progreso en general, ofreciendo, en cambio, un análisis *científico* de *una sociedad* y de *un progreso*: de la sociedad y del progreso capitalistas. ¡Y el señor Mijailovski lo acusa de haber comenzado por el principio y no por el fin; por el análisis de los hechos y no por las conclusiones finales; por el estudio de relaciones sociales particulares, determinadas por la historia, y no por teorías generales sobre lo que son estas relaciones sociales en general! Y pregunta: "¿dónde está la obra adecuada?" ¡¡Oh, sapientísimo sociólogo subjetivista!!

Si nuestro filósofo subjetivista se hubiera limitado a mostrar su perplejidad por no haber podido ver en qué obras ha sido argumentado el materialismo, la desgracia sería a medias. Pero él -pese a no haber encontrado en ninguna parte no sólo una argumentación, sino ni siquiera una exposición de la concepción materialista de la historia (o quizá por el mero hecho de no haberla encontrado)-, comienza a atribuir a esta doctrina pretensiones que ella jamás ha manifestado. Citando a Blos, quien dijo que Marx había proclamado *una concepción* nueva por completo de la historia, pasa luego a decir con todo descaro que esta teoría pretende haber "explicado a la humanidad su pasado", haber explicado "todo (¿¿*sic*!!) el pasado de la humanidad", etc. ¡Pero si esto es falso del comienzo al fin! Esta teoría no pretende sino explicar la organización social capitalista, y ninguna otra. Si la aplicación del materialismo al análisis y la explicación de una sola formación social ha dado resultados tan brillantes, es completamente natural que el materialismo aplicado a la historia no sea ya una hipótesis, sino una teoría científicamente probada; es de todo punto natural que la necesidad de semejante método se extienda también a las demás formaciones sociales, aunque éstas no hayan sido sometidas a un estudio especial de los hechos ni a un análisis detallado, exactamente igual que la idea del transformismo, demostrada con respecto a un número suficiente de hechos, se extiende a todo el campo de la biología, si bien con respecto a algunas especies de animales y plantas no se ha llegado a comprobar todavía con exactitud su transformación. Y de la misma manera que el transformismo está lejos de pretender explicar "toda" la historia de la formación de las especies, pues aspira sólo a poner los métodos de esta explicación a nivel científico, el materialismo aplicado a la historia jamás ha pretendido explicarlo todo, sino solamente indicar, como se expresó Marx en *El Capital*, "el único método científico" de explicar la historia. Puede juzgarse por esto de lo ingeniosos, serios y decentes que son los métodos empleados por el señor Mijailovski en su polémica, cuando comienza por tergiversar a Marx, atribuyendo al materialismo aplicado a la historia las absurdas pretensiones de "explicarlo todo", de hallar "la llave de todas las cerraduras de la historia" (pretensiones que Marx, naturalmente, rechazó al punto, y en forma muy mordaz, en su *Carta* acerca de los artículos de Mijailovski)[7], ironiza luego a propósito de estas pretensiones inventadas por él mismo y, finalmente, citando pensamientos exactos de Engels -exactos, porque esta vez nos da una cita y no un paráfrasis- de que la economía política, tal como la entienden los materialistas, "está todavía por crear", que "todo lo que de ella hemos recibido se limita" a la historia de la sociedad capitalista[8], ¡saca la conclusión de que "estas palabras restringen mucho el campo de acción del materialismo económico"! ¡Qué ilimitada ingenuidad o qué ilimitada presunción debe tener una persona para creer que semejantes supercherías pasarán inadvertidas! ¡Primero tergiversa a Marx, luego ironiza con motivo de su propia mentira, más tarde cita pensamientos exactos y, por último, tiene la insolencia de anunciar que con ellos se restringe el campo de acción del materialismo económico!

La estofa y el jaez de la ironía del señor Mijailovski pueden verse en el ejemplo siguiente: "Marx no las argumenta en ninguna parte" -es decir, las bases de la teoría del materialismo económico-, dice el señor Mijailovski. "Es cierto que Marx y Engels tenían el propósito de escribir juntos una obra de carácter filosófico-histórico e histórico-filosófico e incluso la escribieron (en 1845-46), pero no la publicaron nunca. Engels dice: "La primera parte, de esa obra[9] es una exposición de la concepción materialista de la historia que sólo demuestra cuán escasos eran entonces nuestros conocimientos de historia de la economía". De este modo -concluye el

señor Mijailovski-, los puntos fundamentales del "socialismo científico" y de la teoría del materialismo económico fueron descubiertos y más tarde expuestos en el *Manifiesto* en una época en que, según propia confesión de uno de sus autores, eran escasos los conocimientos que poseían para emprender semejante obra".

¿Verdad que tiene gracia semejante crítica? Engels dice que eran escasos los conocimientos que ellos tenían de "historia" de la economía y que, por lo mismo, no publicaron su obra de carácter histórico-filosófico "general". El señor Mijailovski lo tergiversa de tal manera que resulta que ellos tenían conocimientos escasos "para emprender una obra" como la de exponer "los puntos fundamentales del socialismo científico", es decir, de la crítica científica del régimen *burgués* que ya se había formulado en el *Manifiesto*. Una de dos: o el señor Mijailovski es incapaz de comprender la diferencia que existe entre el intento de abarcar toda la filosofía de la historia y el de explicar científicamente el régimen burgués, o supone que Marx y Engels no tenían conocimientos suficientes para hacer la crítica de la economía política. En este caso, el señor Mijailovski es muy cruel, porque no nos participa sus opiniones de dicha insuficiencia, sus enmiendas y adiciones. La decisión de Marx y Engels de no publicar su obra histórico-filosófica y de concentrar todas sus fuerzas en el análisis científico de una sola organización social no demuestra sino el más alto grado de honradez científica. En cambio, la decisión del señor Mijailovski de ironizar con motivo de esta adulteración suya, diciendo que Marx y Engels, al exponer sus concepciones, reconocían ellos mismos la insuficiencia de sus conocimientos para desplegarlas, sólo caracteriza unos métodos polémicos que no atestiguan ni inteligencia ni sentido del decoro.

Otro ejemplo más: "Para argumentar el materialismo económico como teoría histórica -dice el señor Mijailovski-, ha hecho más Engels, el *alter ego* de Marx. Engels tiene un trabajo especial de historia: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado en relación (im Anschluss) con los conceptos de Morgan*. Este *Anschluss* es sumamente notable. El libro del norteamericano Morgan apareció muchos años después de que Marx y Engels proclamaran las bases del materialismo económico y de una manera independiente por completo de éste". Y así resulta, según él, que "los adeptos del materialismo económico se han adherido" a este libro y, además, como en los tiempos prehistóricos no había lucha de clases, han introducido la siguiente "enmienda" a la fórmula de la concepción materialista de la historia: paralelamente a la producción de bienes materiales, es elemento determinante la producción del hombre mismo, es decir, la procreación, que desempeñaba un papel preponderante en la época primitiva, cuando el trabajo estaba aún muy poco desarrollado en cuanto a su productividad.

"El gran mérito de Morgan -dice Engels- consiste en haber encontrado en las uniones gentilicias de los indios norteamericanos la clave para descifrar importantísimos enigmas, no resueltos aún, de la historia antigua de Grecia, Roma y Alemania"[10].

"De modo -sentencia sobre este punto el señor Mijailovski- que a fines de la década del 40 se descubrió y proclamó una concepción nueva por completo, materialista, auténticamente científica de la historia, concepción que ha sido para la ciencia de la historia lo que la teoría de Darwin para las actuales ciencias naturales". Pero esta concepción -repite una vez más el señor Mijailovski- jamás ha sido argumentada con base científica. "No sólo no ha sido comprobada en el extenso y variado campo de los hechos (¡*El Capital* no es la obra "adecuada", pues no contiene más que hechos y estudios minuciosos!), sino que ni siquiera ha sido bastante motivada, aunque fuera simplemente por la crítica y la eliminación de otros sistemas histórico-filosóficos". El libro de Engels *La subversión de la ciencia por el señor Eugenio Dühring* "sólo contiene ingeniosos intentos hechos de paso", y el señor Mijailovski, por lo tanto, considera posible eludir completamente muchísimos problemas sustanciales tratados en esta obra, a pesar de que estos "ingeniosos intentos" demuestran con gran ingenio la vacuidad de las sociologías que "comienzan por las utopías", a pesar de que en dicha obra se somete a una crítica minuciosa la "teoría de la violencia" -que con tanto tesón defienden los señores publicistas en *Rússkoie Bogatstvo*-, según la cual son los regímenes político-jurídicos los que determinan los regímenes económicos. En efecto, no cabe la menor duda de que es mucho más fácil pronunciar sobre esa obra varias frases que no dicen nada que analizar seriamente aunque sea uno solo de los problemas resueltos de manera materialista en dicha obra; además, no hay peligro de hacerlo, puesto que es de suponer que la censura jamás autorizará la traducción de dicha obra, de modo que el señor Mijailovski puede llamarla ingeniosa sin temer por su propia filosofía subjetiva.

Aún es más característica e instructiva (como ilustración de que el hombre tiene la lengua para ocultar sus pensamientos o para dar forma de pensamiento a la vacuidad) la opinión sobre *El Capital* de Marx. "*El Capital* contiene brillantes páginas de fondo histórico, *pero* (un "pero" magnífico, que ni siquiera es "pero", sino el famoso "*mais*" francés que, puesto en claro, significa: "de puntillas no se es más alto") por el objetivo mismo de la obra, esas páginas están adaptadas a un solo período histórico determinado, y no es que confirmen las tesis fundamentales del materialismo económico, sino que, simplemente, se refieren al aspecto económico de un grupo determinado de fenómenos

históricos". Dicho de otro modo: *El Capital* -dedicado precisamente sólo al estudio de la sociedad capitalista- ofrece un análisis materialista de esta sociedad y de sus superestructuras, "pero" el señor Mijailovski prefiere pasar por alto este análisis: se trata, para que vean ustedes, de "un" solo período, mientras que el señor Mijailovski quiere englobar todos los períodos, haciéndolo, además, de manera que no se trate de ninguno en particular. Se entiende que, para conseguirlo, es decir, para abarcar todos los períodos, sin tratar ninguno en el fondo, existe un solo camino: el de los lugares y frases comunes, "brillantes", pero vacíos. Y nadie podrá competir con el señor Mijailovski en el arte de salir del paso con frases. Resulta, pues, que no vale la pena referirse (por separado) al fondo de los estudios de Marx, porque Marx "no afirma las tesis fundamentales del materialismo económico, sino que simplemente se refiere al aspecto económico de un grupo determinado de fenómenos históricos". ¡Qué profundidad de pensamiento! ¡"No afirma", sino que "simplemente se refiere"! ¡Con qué sencillez, en realidad, se puede escamotear cualquier problema con una frase! Por ejemplo, cuando Marx señala reiteradamente cómo las relaciones de los productores de mercancías forman la base de la igualdad de derechos civiles, del contrato libre y otros fundamentos del Estado jurídico, ¿qué es esto?, ¿confirma así el materialismo o "simplemente" se refiere a él? Con la modestia que le es propia, nuestro filósofo se abstiene de responder sobre el fondo del asunto y saca directamente conclusiones de sus "intentos ingeniosos" de dar muestras de brillante elocuencia sin decir nada de particular.

"No es extraño -dice en su conclusión- que, cuarenta años después de haberse proclamado la teoría que pretendía explicar la historia universal, para ella siguiera siendo un enigma indescifrado la historia antigua de Grecia, Roma y Alemania; y que la clave para descifrarlo la hallara, primero, un hombre completamente ajeno a la teoría del materialismo económico, que no sabía nada de ella, y, segundo, mediante un factor no económico. Produce una impresión algo cómica el término de "producción del hombre mismo", es decir, la procreación, término al cual se aferra Engels para conservar al menos el nexo verbal con la formula fundamental del materialismo económico. Mas, sin embargo, se ve obligado a reconocer que la vida de la humanidad no se adaptó durante muchos siglos a esta fórmula". ¡En efecto, señor Mijailovski, su manera de polemizar no es nada extraña! La teoría consistía en que, para "explicar" la historia, hay que buscar la base no en las relaciones ideológicas, sino en las relaciones materiales de la sociedad. La escasez de datos basados en hechos no hizo posible aplicar este método al análisis de algunos fenómenos importantísimos de la historia antigua de Europa, por ejemplo, la organización gentilicia[11], que, por ello, seguía siendo un enigma*. Pero he ahí que el abundante material reunido en América por Morgan le permite analizar la esencia de la organización gentilicia, y él llega a la conclusión de que no se debe buscar la explicación en las relaciones ideológicas (por ejemplo, en las de carácter jurídico o religioso), sino en las relaciones materiales. Es evidente que este hecho confirma brillantemente el método materialista, y nada más. Y cuando el señor Mijailovski *reprocha* a esta doctrina que, primero, la clave para descifrar estos dificilísimos enigmas históricos la halló un hombre "completamente ajeno" a la teoría del materialismo económico, no puede uno sino extrañarse del grado en que las personas no saben distinguir entre lo que está a su favor y lo que les asesta rudos golpes. Segundo, razona nuestro filósofo, la procreación no es un factor económico. Pero ¿en qué obra de Marx o Engels ha leído usted que ellos se refirieran de modo inexorable al materialismo económico? Al definir su concepción del mundo, la llaman sencillamente materialismo. Su idea fundamental (expuesta de manera muy concreta, aunque sólo sea en la cita de Marx antes aducida) consiste en que las relaciones sociales se dividen en materiales e ideológicas. Las últimas no constituyen más que la superestructura de las primeras, que se van formando al margen de la voluntad y de la conciencia del hombre, como (resultado) forma de las actividades del hombre dirigidas a asegurar su existencia. La explicación de las formas político-jurídicas -dice Marx en la cita mencionada- hay que buscarla en las "relaciones materiales de la vida". Y bien, ¿no creerá el señor Mijailovski que las relaciones referentes a la procreación pertenecen a las relaciones ideológicas? Las explicaciones del señor Mijailovski sobre este punto son tan típicas que vale la pena detenerse en ellas. "Por más que nos devanemos los sesos con la procreación -dice-, tratando de ver aunque sólo sea un vínculo verbal entre ella y el materialismo económico; por más que se entrelace en la complicada red de fenómenos de la vida social con otros fenómenos, incluyendo fenómenos económicos, tiene sus raíces fisiológicas y síquicas propias. (Señor Mijailovski, ¿no dirá usted para los niños de pecho que la procreación tiene sus raíces fisiológicas? ¿A quién pretende usted embaucar?) Y esto nos recuerda que los teóricos del materialismo económico no han ajustado sus cuentas ni con la historia, ni con la psicología. No cabe la menor duda de que los vínculos gentilicios han perdido su valor en la historia de los países

* Tampoco en este caso pierde el señor Mijailovski la ocasión de hacer gracia: ¿Cómo es eso? ¡Tenemos una concepción científica de la historia, y resulta que la historia antigua es un enigma! En cualquier manual podrá usted ver, señor Mijailovski, que el problema de la organización gentilicia es de los más difíciles, y que para explicarlo se han expuesto numerosas teorías.

civilizados, mas no se podría afirmar otro tanto con igual seguridad de las relaciones estrictamente sexuales y familiares. Por supuesto, éstas han sufrido grandes cambios bajo la presión de la vida, que, en general, se hace más compleja, pero con cierta destreza dialéctica se podría demostrar que no sólo las relaciones jurídicas, sino también las relaciones económicas mismas constituyen una superestructura de las relaciones sexuales y familiares. No nos vamos a ocupar de ello, pero indicaremos aunque sólo sea la institución de la herencia".

Por fin ha tenido nuestro filósofo la suerte de salir del dominio de las frases vacías* y llegar al de hechos determinados que hacen posible una comprobación e impiden "embaucar" con tanta facilidad en cuanto al fondo del asunto. Veamos, pues, cómo demuestra nuestro crítico de Marx que la institución de la herencia es una superestructura de las relaciones sexuales y familiares. "Se dejan en herencia -razona el señor Mijailovski- productos de la producción económica. (¡"Productos de la producción económica"! ¡Qué corrección en la escritura! ¡Qué bien suena! ¡Y qué elegancia de lenguaje!) La misma institución de la herencia está condicionada hasta cierto punto por el hecho de que existe la competencia económica. Pero, primero, también se dejan en herencia valores no materiales, lo que se manifiesta en la preocupación por educar a los hijos a semejanza de los padres". ¡De modo que la educación de los hijos se incluye en la categoría de la herencia! Por ejemplo, el Código civil de Rusia contiene un artículo donde se dice que "los padres deben procurar formar los principios morales de sus hijos mediante la educación familiar, contribuyendo a las miras del gobierno". ¿Será eso lo que nuestro filósofo llama institución de la herencia? "Y segundo -pisando exclusivamente el terreno económico-, si la institución de la herencia es inconcebible sin productos de la producción que se transmiten por herencia, tampoco es concebible sin los productos de la "procreación", sin ellos y sin la compleja e intensa mentalidad que se le adhiere directamente". (¡Pero fíjense en el lenguaje: la mentalidad compleja "se adhiere" a los productos de la procreación! ¡Qué maravilla!) ¡De modo que la institución de la herencia es una superestructura de las relaciones familiares y sexuales porque la herencia es inconcebible sin la procreación! ¡Pero si esto es un verdadero descubrimiento de América! Hasta ahora todo el mundo suponía que la procreación podía explicar tan poco la institución de la herencia como la necesidad de alimentarse puede explicar la institución de la propiedad. Hasta hoy todo el mundo creía que si en Rusia, por ejemplo, en la época del florecimiento del sistema de los *pomestie*[12], la tierra no podía transmitirse por herencia (ya que era considerada sólo como propiedad condicional), había que buscar la explicación de esto en las peculiaridades de la organización social de entonces. El señor Mijailovski, por lo visto, cree que la explicación está, simplemente, en que la mentalidad que se adhería a los productos de la procreación de los terratenientes de aquella época se distinguía por su insuficiente complejidad.

Escarben en el "amigo del pueblo" -podemos decir, remedando una conocida sentencia- y encontrarán al burgués. En realidad, ¡qué otro sentido pueden tener estas disquisiciones del señor Mijailovski sobre el nexo de la institución de la herencia con la educación de los niños, con la mentalidad de la procreación, etc., sino el de que la institución de la herencia es tan eterna, necesaria y sagrada como la educación de los niños! Ciertamente, el señor Mijailovski ha procurado dejarse una salida, declarando que "la institución de la herencia está condicionada, hasta cierto punto, por el hecho de que existe la competencia económica". Pero esto no es sino un intento de eludir la cuestión sin dar una respuesta clara y, además, un intento llevado a cabo con medios inadecuados. ¿Cómo podemos tener presente esta observación, cuando nada se nos dice de hasta qué "cierto punto" exactamente la herencia depende de la competencia, ni se dilucida para nada qué es precisamente lo que explica esta relación entre la una y la otra? En efecto, la institución de la herencia presupone ya la propiedad privada, y ésta surge solamente con la aparición del intercambio. Se basa en la especialización ya naciente del trabajo social y en la venta de los productos en el mercado. Por ejemplo, mientras todos los miembros de la primitiva comunidad india elaboraban colectivamente los productos que necesitaban, no era posible la propiedad privada. Pero cuando en la comunidad penetró la división del trabajo, y sus miembros empezaron a ocuparse por separado en la producción de un objeto cualquiera, vendiéndolo en el mercado, entonces surgió la institución de la propiedad privada como manifestación de este aislamiento material de los productores de mercancías. Tanto la propiedad privada como la herencia son categorías de sistemas sociales en los que ya se han formado familias aisladas poco numerosas (monogámicas) y ha empezado a desarrollarse el intercambio. El ejemplo del señor Mijailovski demuestra justamente lo contrario de lo que él queda demostrar.

¡El señor Mijailovski indica otro hecho más, y esta indicación es también una perla en su género! "En cuanto a los nexos gentilicios -sigue el señor Mijailovski corrigiendo el materialismo-, éstos han

* En realidad, ¿de qué otro modo podría llamarse el método de reprochar a los materialistas de no haber ajustado sus cuentas con la historia, sin intentar, no obstante, analizar literalmente ninguna de las numerosas explicaciones materialistas que ellos dieron de los diversos problemas históricos, o el de afirmar que se podría demostrar, pero no vamos a ocuparnos de ello?

palidecido en la historia de los pueblos civilizados, en parte, y por cierto, bajo la influencia de las formas de producción (ahí va otro subterfugio, sólo que más evidente aún. ¿Qué clase de formas de producción? ¡Otra frase vacía!), pero, en parte, se han disuelto en su propia continuación y generalización en los vínculos nacionales". ¡De manera que los vínculos nacionales constituyen la continuación y la generalización de los nexos gentilicios! El señor Mijailovski extrae, evidentemente, sus nociones de historia de la sociedad de los cuentos infantiles que se enseñan a los escolares. La historia de la sociedad -versa este catecismo de perogrulladas- consiste en que al comienzo existía la familia, esta célula de toda sociedad*; luego la familia aumentó hasta formar una tribu, y ésta, hasta formar un Estado. Si el señor Mijailovski repite este absurdo infantil con aire grave, sólo demuestra -aparte de todo lo demás- que no tiene la menor idea de la marcha de la historia ni siquiera de Rusia. Si se puede hablar de vida gentilicia en la Rus antigua, no cabe duda de que en la Edad Media, en la época del reino de Moscovia, no existían ya estos nexos gentilicios, es decir, que el Estado no se basaba en uniones gentilicias, sino en uniones locales: los terratenientes y los conventos aceptaban a campesinos de diversos lugares, y las comunidades formadas de este modo constituían uniones puramente territoriales. Pero apenas si cabría hablar entonces de vínculos nacionales en el sentido propio de la palabra: el Estado se dividía en varios "territorios" aislados, algunos de los cuales eran incluso principados, que conservaban vestigios vivos de su anterior autonomía, peculiaridades administrativas y, a veces, tropas propias (los boyardos locales iban a la guerra con sus propias mesnadas), aduanas propias, etc. Sólo el nuevo período de la historia rusa (aproximadamente desde el siglo XVII) se caracteriza por la fusión efectiva de todas estas regiones, territorios y principados en un todo único. Pero no fueron los nexos gentilicios, estimadísimo señor Mijailovski, y ni siquiera su continuación ni su generalización los que motivaron esta fusión, sino el haberse intensificado el intercambio entre las regiones, el haber crecido gradualmente la circulación de mercancías, el haberse concentrado los pequeños mercados locales en un solo mercado de toda Rusia. Y como los dirigentes y amos de este proceso fueron los mercaderes capitalistas, la formación de estos vínculos nacionales no podía ser otra cosa que la de vínculos burgueses. Con los dos hechos que indica, el señor Mijailovski se ha rebatido a sí mismo sin proporcionarnos nada más que modelos de trivialidades burguesas: *trivialidades* porque explicaba la institución de la herencia por la procreación y su mentalidad; y la nación, por los nexos gentilicios: *burguesas*, porque confunde las categorías y superestructuras de una formación social históricamente determinada (basada en el intercambio) con categorías tan generales y eternas como la educación de los hijos y las relaciones "directamente" sexuales.

En este sentido es sumamente característico el que, en cuanto nuestro filósofo subjetivista intenta pasar de las frases a las indicaciones concretas, basadas en hechos, hace el ridículo. Y, por lo visto, se encuentra perfectamente en esa situación nada decorosa; se arrellana en su asiento, se emperejila y lanza improperios en derredor. Se le antoja, por ejemplo, refutar la tesis de que la historia es una serie de episodios de la lucha de clases, y helo ahí declarando, con aire de gran pensador, que esto es un "extremismo". Dice: "la Asociación Internacional de los Trabajadores[13] fundada por Marx, organizada para la lucha de clase, no impidió que los obreros franceses y alemanes se mataran y arruinaran mutuamente", lo cual demuestra, según él, que el materialismo no ajustó las cuentas "al demonio del amor propio nacional y del odio nacional". Semejante afirmación demuestra, por parte del crítico, la más crasa incomprensión de que intereses muy reales de la burguesía comercial e industrial constituyen la base principal de este odio y que decir que el sentimiento nacional es un factor independiente no es sino escamotear el fondo del problema. Por cierto, ya hemos visto cuán profunda es la idea que nuestro filósofo tiene de la nación. El señor Mijailovski no sabe hablar de la Internacional más que en el irónico tono propio de Burenin: "Marx es el jefe de la Asociación Internacional de los Trabajadores que, por cierto, se ha disuelto, pero que ha de renacer". Claro está que si se ve el *nec plus ultra* de la solidaridad internacional en el sistema del intercambio "justo", como se explaya con trivialidad de filisteo el cronista de noticias del interior en el núm. 2 de *Rússkoie Bogatstvo*, y no se entiende que el intercambio, tanto el justo como el injusto, presupone y comprende siempre el dominio de la burguesía y que sin aniquilar la organización económica basada en el intercambio es imposible poner fin a las colisiones internacionales, se comprenderá por qué no hace sino mofarse de la Internacional. Entonces se comprenderá que el señor Mijailovski en modo alguno puede concebir la sencilla verdad de que no existe más medio de combatir el odio nacional que la organización y el agrupamiento estrecho de la clase de los oprimidos para luchar contra la clase de los opresores en cada país, que la unión de estas organizaciones nacionales de obreros en un solo ejército obrero internacional para luchar contra el capital internacional, En cuanto

* Idea puramente burguesa: las pequeñas familias aisladas empezaron a predominar solamente en el régimen burgués; no existían en absoluto en las épocas prehistóricas. No hay nada que caracterice más a un burgués que la aplicación de los rasgos del régimen contemporáneo a todas las épocas y a todos los pueblos.

a eso de que la Internacional no impidió la matanza mutua de los obreros, bastara recordar al señor Mijailovski los acontecimientos de la Comuna de París[14] que demostraron la verdadera posición del proletariado organizado frente a las clases dirigentes en guerra.

Lo que más indigna en toda esta polémica del señor Mijailovski son precisamente sus métodos. Si no le satisface la táctica de la Internacional, si no comparte las ideas en aras de las cuales se organizan los obreros europeos, debería, por lo menos, criticarlas abierta y francamente, exponiendo sus puntos de vista sobre una táctica más conveniente y sobre unas concepciones más acertadas. Pero no hace ninguna objeción precisa ni clara, y se limita lisa y llanamente a prodigar, entre un mar inmenso de frases, burlas absurdas. ¿Cómo no calificar todo esto de improperios? Sobre todo, teniendo en cuenta que en Rusia no está permitida la defensa legal de las ideas y la táctica de la Internacional. Los mismos métodos emplea el señor Mijailovski para polemizar con los marxistas rusos: sin tomarse la molestia de formular de buena fe y con exactitud tales o cuales tesis de éstos para someterlas a una crítica directa y concreta, prefiere asirse a los retazos de argumentación marxista oídos al vuelo y deformar dicha argumentación. Juzgue el lector por sí mismo: "Marx era demasiado inteligente y demasiado sabio para creer que había sido él precisamente quien había descubierto la idea de la necesidad histórica y de que los fenómenos sociales se rigen de acuerdo con leyes determinadas... En los peldaños más bajos (de la escalera marxista)* no lo saben (lo de que "la idea de la necesidad histórica no es una novedad inventada o descubierta por Marx, sino una verdad averiguada hace ya mucho") o, por lo menos, tienen una idea vaga de las fuerzas y energías intelectuales que se han gastado durante siglos para averiguar dicha verdad".

Claro que semejantes declaraciones pueden impresionar de verdad al público que oye hablar por primera vez de marxismo, y entre este público puede lograrse fácilmente el objetivo del crítico: tergiversar, ironizar y "triunfar" (según dicen, en estos términos comentan los colaboradores de *Rússkoie Bogatstvo* los artículos del señor Mijailovski). Todo el que conozca, por poco que sea, a Marx, verá en seguida hasta qué punto son falsos y están inflados semejantes métodos. Se puede discrepar de Marx; pero no se puede negar que fue él quien formuló con la mayor precisión las concepciones suyas que constituyeron una *novedad* con respecto a los socialistas anteriores. La novedad consistía en que éstos, para argumentar sus concepciones, consideraban suficiente demostrar la opresión de las masas en el régimen contemporáneo, la superioridad de un régimen en el que cada cual reciba por lo que hace, demostrar que tal régimen ideal corresponde a la "naturaleza humana", al concepto de una vida racional y moral, etc. Marx tenía por imposible conformarse con semejante socialismo. No limitándose a caracterizar el régimen contemporáneo, a aquilatarlo en su valor y condenarlo, le dio una explicación científica, reduciendo este régimen contemporáneo, que es diferente en los distintos Estados de Europa y fuera de Europa, a una base común: a la formación social capitalista, cuyas leyes de funcionamiento y desarrollo analizó objetivamente (demostró la *necesidad* de la explotación en semejante régimen). Tampoco creía posible Marx conformarse con la afirmación de que sólo el régimen socialista corresponde a la naturaleza humana, como sostenían los grandes socialistas utópicos y sus pobres epígonos, los sociólogos subjetivistas. Con el mismo análisis objetivo del régimen capitalista demostró la *necesidad* de su transformación en régimen socialista. (Todavía hemos de volver a la cuestión de cómo lo demostró precisamente Marx y cómo lo refuta el señor Mijailovski.) Esta es la fuente de la invocación a la necesidad que puede verse con tanta frecuencia entre los marxistas. La tergiversación de este problema por el señor Mijailovski es evidente: ha pasado por alto todo el contenido real de la teoría, toda su esencia, presentando la cuestión de manera que, según él, toda la teoría se reduce a una sola palabra, a la "necesidad" (que "no puede ser la única base cuando se trata de cuestiones prácticas complicadas"), como si la *demostración* de esta teoría consistiese en que así lo exige la necesidad histórica. Con otras palabras y silenciando el contenido de la doctrina, se aferra sólo a su denominación y comienza a ironizar de nuevo a propósito de la "moneda desgastada" en la que él mismo se afanó por convertir la doctrina de Marx. Naturalmente, no hemos de seguir paso a paso estas muecas, porque ya las conocemos de sobra. Dejémosle que gesticule para divertir y complacer al señor Burenin (que no en vano estimula al señor Mijailovski en *Nóvoie Vremia*[15]), que siga ladrándole por la espalda a Marx después de haberse descubierto ante él: "la polémica que sostuvo con los utopistas e idealistas es de por sí unilateral", o sea, lo es sin que los marxistas repitan sus argumentos. No podemos dar a estas salidas de tono otro nombre que el de ladridos, porque el señor Mijailovski no aporta

* A propósito de este término absurdo es preciso observar que el señor Mijailovski destaca en especial a Marx (demasiado inteligente y demasiado sabio para que nuestro crítico pueda criticar directa y abiertamente alguna de sus tesis), luego a Engels (“de una inteligencia no tan creadora”), y después a personas más o menos independientes, como Kautsky y otros marxistas. Pero ¿qué significado serio puede tener esta clasificación? Si al crítico no le satisfacen los divulgadores de Marx, ¿quién le impide corregidos de acuerdo con Marx? No hace nada de eso. Por lo visto, ha intentado hacer gracia, pero ha resultado trivial.

literalmente ni una sola objeción real, concreta, comprobable, contra esta polémica; de manera que, por más que intervendríamos gustosos en esta polémica, considerándola de suma importancia para resolver los problemas socialistas rusos, no estamos en condiciones de responder a esos ladridos y sólo podemos encogernos de hombros:

"¡Bravo debe ser el gozque, cuando ladra al elefante!"[16]

No deja de tener interés el razonamiento que el señor Mijailovski insertó a continuación sobre la necesidad histórica, pues nos descubre, aunque sea parcialmente, el verdadero bagaje ideológico de "nuestro conocido sociólogo" (título del que goza el señor Mijailovski junto con el señor V. V. entre los liberales de nuestra "sociedad culta"). Se refiere al "conflicto entre la idea de la necesidad histórica y el significado de la actividad individual": se equivocan los hombres públicos al considerarse actores, puesto que son "actuados", puesto que no son más que "títeres movidos desde misteriosos bastidores por las leyes inmanentes de la necesidad histórica": tal es la conclusión que, según él, se saca de esta idea, por lo cual es calificada de "estéril" y "difusa". Quizás no todos los lectores comprendan de dónde ha tomado el señor Mijailovski esta necedad de los títeres, etc. Es uno de los temas preferidos por el filósofo subjetivista: la idea del conflicto entre el determinismo y la moralidad, entre la necesidad histórica y la significación del individuo. Ha emborronado para ello un montón de cuartillas, diciendo un sinfín de sandeces sentimentales de filisteo para dilucidar el conflicto a favor de la moralidad y el papel del individuo. En realidad, no existe tal conflicto: lo ha inventado el señor Mijailovski, temeroso (y no sin razón) de que el determinismo gane terreno a la moralidad filistea, por la que tanto cariño siente. La idea del determinismo, que establece la necesidad de los actos del hombre y rechaza la absurda leyenda del libre albedrío, no anula en absoluto la inteligencia ni la conciencia del hombre, como tampoco la valoración de sus acciones. Todo lo contrario, solamente la concepción determinista permite valorar con rigor y tino en vez de imputar al libre albedrío lo que venga en gana. Del mismo modo, tampoco la idea de la necesidad histórica menoscaba en nada el papel del individuo en la historia: toda la historia se compone precisamente de acciones de individuos, que son indudablemente los actores. La cuestión real que surge al valorar la actuación social del individuo consiste en saber cuáles son las condiciones que aseguran el éxito de esta actuación, dónde está la garantía de que esa actividad no resulte un acto individual que se hunde en un mar de actos opuestos. En ello estriba también el problema que solucionan de manera diferente los socialdemócratas y los demás socialistas rusos: la actividad dirigida a hacer realidad el régimen socialista ¿cómo ha de ganarse a las masas para que tenga resultados serios? Es evidente que la solución de este problema depende directa e inmediatamente de lo que se piense de la agrupación de las fuerzas sociales en Rusia y de la lucha de clases que constituye la realidad rusa: y aquí el señor Mijailovski sólo vuelve a dar rodeos en torno al problema, sin intentar siquiera plantearlo con exactitud y tratar de darle esta o la otra solución. Como es sabido, la solución socialdemócrata del problema se basa en el concepto de que el régimen económico ruso es el de una sociedad burguesa, de la que sólo puede haber una salida dimanante necesariamente de la esencia misma del régimen burgués: a saber, la lucha de clase del proletariado contra la burguesía. Es evidente que una crítica seria debería impugnar precisamente ora la idea de que nuestro régimen es un régimen burgués ora la concepción de la esencia de este régimen y de las leyes de su desarrollo; pero al señor Mijailovski ni se le pasa por la imaginación abordar problemas serios. Prefiere salirse por la tangente con frases sin contenido, diciendo que la necesidad es un concepto demasiado general, etc. ¡Pero toda idea, señor Mijailovski, será un concepto demasiado general si usted le saca previamente las entrañas, como si se tratara de cecial, y luego se ocupa sólo de las mondaduras! Estas mondaduras, que tapan problemas realmente serios y de candente actualidad, es el campo predilecto del señor Mijailovski, quien subraya con especial orgullo, por ejemplo, que "el materialismo económico da de lado o enfoca erróneamente la cuestión de los héroes y de la multitud". Figúrense ustedes: determinar qué clases en lucha constituyen precisamente la realidad rusa contemporánea y en qué base descansa ésta es, por lo visto, para el señor Mijailovski una cuestión demasiado general y la pasa por alto. En cambio, las relaciones entre el héroe y la multitud -indistintamente de si esta multitud se compone de obreros, campesinos, fabricantes o terratenientes- le interesan en extremo. Es posible que éstos sean problemas "interesantes", pero reprochar a los materialistas el que apliquen todos sus esfuerzos a resolverlos directamente relacionados con la liberación de la clase trabajadora significa ser aficionado a la ciencia filistea, y nada más. Concluyendo su "crítica" (?) del materialismo, el señor Mijailovski nos ofrece otro intento de falsear los hechos y otro truco más. Pone en duda que Engels tenga razón al decir que *El Capital* fue silenciado por los economistas gremiales[17] (aduciendo como argumento la peregrina afirmación de que ¡en Alemania hay numerosas universidades!) y dice: "Marx en modo alguno se refería precisamente a este sector de lectores (los obreros) y esperaba algo también de los hombres de ciencia". Esto es falso por completo: Marx comprendía muy bien cuán poca imparcialidad y crítica científica podía esperarse de los hombres de ciencia burgueses,

y en las *Palabras finales a la segunda edición de El Capital* lo dijo con toda claridad: "No podía apetecer mejor recompensa para mi trabajo que la rápida comprensión que *El Capital* ha encontrado en amplios sectores de la clase obrera alemana. Un hombre que económicamente pisa terreno burgués, el señor Mayer, fabricante de Viena, dijo acertadamente en un folleto publicado durante la guerra franco-alemana[18], que las llamadas clases cultas alemanas habían perdido por completo el gran sentido teórico (*der grosse theoretische Sinn*) considerado como patrimonio tradicional de Alemania, el cual revive, en cambio, en su clase obrera"[19].

El truco atañe una vez más al materialismo y es de idéntico jaez que el primero: "La teoría (del materialismo) jamás ha sido argumentada científicamente ni comprobada". Tal es la tesis. Y sigue la demostración: "Algunas buenas páginas de fondo histórico de Engels, Kautsky y otros (como también en el estimado trabajo de Blos) podrían pasarse sin el marbete de materialismo económico, puesto que (fíjense ustedes: ¡"puesto que"!) de hecho (*¡sic!*) en ellas se tiene en cuenta toda la vida social en conjunto, aunque en este acorde prevalece la nota económica". Conclusión...: "El materialismo económico no se ha justificado en la ciencia"

¡Conocido procedimiento! Para demostrar que una teoría no tiene fundamento, el señor Mijailovski comienza por tergiversarla, atribuyéndole el propósito absurdo de no tener en cuenta toda la vida social en conjunto, mientras que; muy al contrario, los materialistas (los marxistas) han sido los primeros socialistas que han subrayado la necesidad de analizar no sólo el aspecto económico, sino todos los aspectos de la vida social*; luego hace constar que, "de hecho", los materialistas explicaban "bien" toda la vida de la sociedad en conjunto por el factor económico (hecho que, evidentemente, refuta al autor) y, por último, llega a la conclusión de que el materialismo "no se ha justificado". ¡En cambio, señor Mijailovski, sus trucos están perfectamente justificados!

Esto es todo lo que el señor Mijailovski esgrime para "refutar" el materialismo. Repito que no se trata de crítica alguna, sino de hueras y presuntuosas habladurías. Si preguntásemos a cualquiera qué objeciones hace el señor Mijailovski al criterio de que las relaciones de producción son la base de las demás; cómo ha refutado la exactitud de los conceptos, elaborados por Marx con el método materialista, de formación social y de proceso natural del desarrollo de las formaciones sociales en la historia; cómo ha demostrado que son erróneas las explicaciones materialistas, al menos las de los autores que él cita, de los diversos problemas de la historia; si preguntásemos todo esto a cualquiera, la respuesta seria la misma: no ha refutado nada, no ha opuesto nada y no ha señalado ninguna inexactitud. Sólo ha estado dando vueltas alrededor del problema, tratando de escamotear con frases su fondo e ideando de paso diversos subterfugios de poca monta.

Difícilmente puede esperarse algo serio de un crítico como éste, cuando en el núm. 2 de *Rússkoie Bogatstvo* sigue refutando el marxismo. Toda la diferencia consiste en que su capacidad para inventar trucos se ha agotado ya y empieza a utilizar los inventados por otros.

Para comenzar, lanza una perorata sobre lo "compleja" que es la vida social. Tomemos, por ejemplo, el galvanismo, dice; está igualmente relacionado con el materialismo económico, ya que los experimentos de Galvani "causaron impresión" también a Hegel. ¡Qué ingenioso! ¡Con el mismo éxito se podría relacionar al señor Mijailovski con el emperador de China! ¿Qué otra cosa se deduce de todo esto sino que hay personas que se complacen en decir tonterías!

"La esencia del curso histórico de las cosas -continúa el señor Mijailovski-, incapturable en general, tampoco ha sido captada por la doctrina del materialismo económico, aunque, por lo visto, se apoya en dos pilares: en el descubrimiento de que las formas de producción e intercambio son siempre las que lo determinan todo, y en la ineluctabilidad del proceso dialéctico".

¡De modo que los materialistas se apoyan en la "ineluctabilidad" del proceso dialéctico! Esto es, basan sus teorías sociológicas en las tríadas[21] de Hegel. Estamos ante la acusación estereotipada de que el marxismo acepta la dialéctica hegeliana, acusación que parecía ya bastante manida por los

---

* Lo ponen de manifiesto con claridad *El Capital* y la táctica de los socialdemócratas, a diferencia de los socialistas anteriores. Marx exigía claramente que la labor no se limitara al aspecto económico. En 1843, haciendo un proyecto de programa de una revista que se proyectaba editar[20], Marx escribía a Ruge: “El principio socialista; en conjunto, presenta siempre un solo aspecto... Nosotros, en cambio, debemos prestar igual atención también a otro aspecto, a la existencia teórica del hombre, haciendo, por tanto, objeto de nuestra crítica a religión, la ciencia, etc... Lo mismo que *la religión* nos presenta el índice de las luchas teóricas de la humanidad, el Estado político nos presenta el índice de las luchas prácticas de la humanidad. De este modo, el *Estado político* manifiesta entre los límites de su forma *sub specie rei publicae* (bajo el aspecto político) todas las luchas, necesidades e intereses sociales. Por tanto, hacer objeto de crítica el problema político más especial -por ejemplo, la diferencia entre el sistema estamental y el representativo- en modo alguno significa descender de *l'hauteur des principes* (de la altura de los principios. *N. de la Edit.*), pues este problema expresa en el lenguaje *político* la diferencia existente entre la dominación del hombre y la dominación de la propiedad privada. De modo que el crítico no sólo puede, sino que debe referirse a estos problemas políticos (problemas que a un socialista empedernido le parecen no merecer atención alguna)”.

críticos burgueses de Marx. Incapaces de oponer algo sustancial a la doctrina, aquellos señores se aferraban a la manera de expresarse de Marx y atacaban la procedencia de su teoría, creyendo poder socavar así su fondo. Y el señor Mijailovski no tiene escrúpulos para recurrir a tales métodos. Le ha dado pie un capítulo de la obra de Engels contra Dühring[22]. Al rebatir los ataques de Dühring contra la dialéctica de Marx, Engels dice que a Marx ni siquiera se le ocurrió nunca "demostrar" algo con las tríadas de Hegel; que Marx sólo estudiaba e indagaba el proceso real, y el único criterio de una teoría era para él su conformidad con la realidad. Y si al hacerlo, dice, resultaba a veces que el desarrollo de algún fenómeno social coincidía con el esquema de Hegel: tesis-negación-negación de la negación, eso no tenía nada de extraño, porque no es raro en la naturaleza en general. Y Engels empieza a poner ejemplos del terreno de la historia natural (la evolución de la semilla) y social (primero existió el comunismo primitivo, luego la propiedad privada y más tarde la socialización capitalista del trabajo; o al principio el materialismo primitivo, luego el idealismo y, finalmente, el materialismo científico, etc.). Para todo el mundo es evidente el centro de gravedad de la argumentación de Engels, a saber: la misión de los materialistas consiste en describir con acierto y exactitud el verdadero proceso histórico; hacer hincapié en la dialéctica y seleccionar ejemplos demostrativos de que la tríada es cierta no son sino vestigios del hegelianismo que dio origen al socialismo científico, vestigios de su manera de expresarse. En efecto, una vez se ha declarado categóricamente que es absurdo "demostrar" algo con las tríadas, cosa que nadie pensaba hacer, ¿qué significado pueden tener los ejemplos de procesos "dialécticos"? ¿No está claro que se trata sólo de una indicación del origen de la doctrina? El mismo señor Mijailovski lo siente, al decir que no debe echarse en cara a la teoría su origen. Pero, para ver en los razonamientos de Engels algo más que el origen de la teoría, es evidente que se debería demostrar que los materialistas han resuelto, por lo menos, un *problema* de historia sin basarse en los hechos respectivos, sino mediante las tríadas. ¿Ha probado a demostrarlo el señor Mijailovski? En modo alguno. Por el contrario, él mismo se ha visto obligado a reconocer que "Marx ha llenado hasta tal punto de un contenido basado en hechos el esquema dialéctico vacío que a este contenido se le puede quitar el esquema igual que se quita la tapa de un recipiente, sin cambiarlo para nada" (luego hablaremos de la excepción que hace aquí el señor Mijailovski, refiriéndose al futuro). Si esto es así, ¿por qué, pues, el" señor Mijailovski se empeña tanto en trajinar con la tapa que nada cambia? ¿Para qué habla de que los materialistas "se basan" en la ineluctabilidad del proceso dialéctico? ¿Por qué declara, al impugnar esta tapa, que rebate uno de los "pilares" del socialismo científico, siendo esto una completa falsedad?

Se sobrentiende que no voy a seguir paso a paso la forma en que el señor Mijailovski analiza los ejemplos de las tríadas, porque, repito, esto nada tiene que ver ni con el materialismo científico ni con el marxismo ruso. Sería, sin embargo, interesante saber qué fundamento ha tenido el señor Mijailovski para tergiversar de tal modo la actitud de los marxistas ante la dialéctica. Dos fundamentos: en primer lugar, ha oído campanas y no sabe dónde; en segundo lugar, ha hecho (o mejor dicho, ha tomado de Dühring) una superchería más.

Ad 1)*. Leyendo publicaciones marxistas, el señor Mijailovski ha topado continuamente con el "método dialéctico" en la ciencia social, con el "pensamiento dialéctico", siempre en la esfera de las cuestiones sociales (a la que sólo nos referimos), etc. En su simpleza espiritual (y menos mal si fuese sólo por simpleza) creyó que este método consistía en resolver todas las cuestiones sociológicas según las leyes de la triada de Hegel. Si se hubiera fijado un poco más, por fuerza se habría convencido de lo absurdo de esta idea. Marx y Engels llamaban método dialéctico -por oposición al metafísico-, sencillamente al método científico en sociología, consistente en que la sociedad es considerada un organismo vivo en constante desarrollo (y no algo mecánicamente cohesionado y que, por lo mismo, permite toda clase de combinaciones arbitrarias de elementos sociales aislados), para cuyo estudio es necesario hacer un análisis objetivo de las relaciones de producción, que constituyen una formación social determinada, e investigar las leyes de su funcionamiento y desarrollo. Procuraremos ilustrar en adelante con ejemplos de los propios razonamientos del señor Mijailovski la relación existente entre el método dialéctico y el metafísico (que sin duda engloba asimismo el método subjetivista en sociología). Ahora nos limitaremos a señalar que todo el que haya leído la definición y la descripción del método dialéctico que ofrece Engels (en la polémica contra Dühring: *Del socialismo utópico al socialismo científico*) o Marx (en varias notas de *El Capital* y las *Palabras finales a la segunda edición*, así como en la *Miseria de la Filosofía*) habrá visto que para nada se habla allí de las tríadas de Hegel y que todo se reduce a examinar la evolución social como un proceso natural del desarrollo de las formaciones socioeconómicas. Para demostrarlo, citaré *in extenso* la descripción que sobre el método dialéctico hace la revista *Véstnik Evropy* en su núm. 5 de 1872 (en el comentario: *El punto de vista de la crítica de C. Marx sobre la economía política*[23]) y que Marx reproduce en las Palabras finales a la segunda edición de *El Capital*. Marx dice allí que el método empleado por él en *El Capital* había sido mal entendido. "Los críticos

* En cuanto al punto 1º. (*N. de la Edit.*)

alemanes ponen el grito en el cielo, naturalmente, diciendo que se trata de sofistería hegeliana". Y, para exponer con mayor claridad su método, Marx transcribe la descripción hecha de él en dicho comentario: Marx sólo persigue una finalidad, se dice allí: descubrir la ley de los fenómenos de cuya investigación se ocupa. Le interesa además, y sobre todo, le ley que rige sus cambios, su evolución, es decir, el tránsito de una forma a otra, de uno a otro orden de interdependencia. Por tanto, Marx sólo se preocupa de una cosa: demostrar mediante una concienzuda investigación científica la necesidad de determinados órdenes de relaciones sociales y poner de manifiesto del modo más impecable los hechos que le sirven de punto de partida y apoyo. Para ello, le basta plenamente con probar, a la par que la necesidad del orden presente, la necesidad de un orden nuevo hacia el que aquél tiene inevitablemente que derivar, siendo igual para estos efectos que los hombres lo crean o no, que tengan o no conciencia de ello. Marx concibe el movimiento social como un proceso natural regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que, además, determinan su voluntad, su conciencia y sus intenciones. (Tomen nota los señores subjetivistas que separan la evolución en la sociedad de la evolución en la naturaleza precisamente porque el hombre se fija "objetivos" conscientes y se rige por ideales determinados.) Basta fijarse en el papel tan secundario que el elemento consciente representa en la historia de la cultura y se comprenderá sin ningún esfuerzo que la crítica que versa sobre la propia cultura es la que menos puede tener por base una forma o un resultado cualquiera de la conciencia. Por tanto, lo que puede servirle de punto de partida no es la idea, sino el fenómeno exterior exclusivamente. La crítica tiene que limitarse a comparar y contrastar un hecho no con la idea, sino con otro hecho. Lo que a la crítica le importa es, sencillamente, que ambos hechos sean investigados de la manera más escrupulosa posible y que formen real y verdaderamente, el uno respecto del otro, distintos momentos de desarrollo, y le importa sobre todo el que se investigue con la misma escrupulosidad la serie en que aparecen enlazados los órdenes, la sucesión y articulación en que enlazan las distintas fases del desarrollo... Esto es precisamente lo que niega Marx, la idea de que las leyes de la vida económica son las mismas para el pasado y para el presente. En su modo de entender, ocurre lo contrario: cada época histórica tiene sus propias leyes... En una palabra, la vida económica nos brinda un fenómeno análogo al que nos ofrece la evolución en otros campos de la biología... Los viejos economistas desconocían el carácter de las leyes económicas cuando las comparaban a las leyes de la física y la química... Un análisis un poco profundo de los fenómenos demuestra que los organismos sociales se distinguen unos de otros tan radicalmente como los organismos vegetales y animales... Trazándose como meta investigar y explicar el orden económico capitalista con este criterio, Marx se limita a formular con el máximo rigor científico la meta que toda investigación exacta de la vida económica debe proponerse... El valor científico de tales investigaciones estriba en el esclarecimiento de las leyes especiales que presiden el nacimiento, la existencia, el desarrollo y la muerte de un determinado organismo social y su sustitución por otro más elevado.

He aquí una descripción del método dialéctico que Marx recogió de entre una infinidad de notas de revistas y periódicos sobre *El Capital* y que tradujo al alemán porque esta caracterización de su método, según él mismo afirma, es completamente exacta. Cabe preguntar si hay en esta descripción aunque sólo sea una palabra sobre las tríadas, las tricotomías, la ineluctabilidad del proceso dialéctico y otras sandeces semejantes contra las que tan caballerescamente sale a batirse el señor Mijailovski. Y Marx, después de dicha descripción, dice con toda claridad que su método es "diametralmente opuesto" al método de Hegel. Según Hegel, el desarrollo de la idea, con arreglo a las leyes dialécticas de la tríada, determina el desarrollo de la realidad. Sólo en este caso, claro está, puede hablarse de la significación de las tríadas, de la ineluctabilidad del proceso dialéctico. Por el contrario, a mi modo de ver -dice Marx-, "lo ideal no es más que el reflejo de lo material". Y todo se reduce entonces a una "concepción positiva del presente y de su desarrollo necesario". Las tríadas quedan así reducidas al papel de la tapa y las mondaduras ("yo he coqueteado con el lenguaje de Hegel", dice Marx en el lugar citado), papel del que son capaces de interesarse los filisteos nada más. Pero cabe preguntar: ¿Cómo debemos juzgar de un hombre que ha querido criticar uno de los "pilares" del materialismo científico, es decir, la dialéctica, y se ha puesto a hablar de todo lo que se quiera, incluso de las ranas y de Napoleón, pero sin referirse para nada a qué es la dialéctica ni a si el desarrollo de la sociedad es realmente un proceso natural? ¿Es justa la concepción materialista de que las formaciones socioeconómicas son organismos sociales de carácter especial? ¿Son certeros los métodos del análisis objetivo de estas formaciones? ¿Es cierto que no son las ideas sociales las que determinan el desarrollo de la sociedad, sino que es este desarrollo el que las determina a ellas?, etc. ¿Puede suponerse que en este caso se trata sólo de incomprensión?

Ad 2)*. Después de semejante "crítica" de la dialéctica, el señor Mijailovski atribuye a Marx esos métodos de demostración "mediante" la tríada de Hegel y, naturalmente, sale victorioso de la guerra

---

* En cuanto al punto 2ª. (*N. de la Edit.*)

contra ellos. "Respecto al futuro -dice-, las leyes inmanentes de la sociedad son exclusivamente dialécticas". (En ello consiste la antedicha excepción.) El razonamiento de Marx de que la expropiación de los expropiadores es inevitable, en virtud de las leyes del desarrollo del capitalismo, tiene "un carácter exclusivamente dialéctico". El "ideal" de Marx sobre la propiedad común de la tierra y del capital, "en el sentido de su inevitabilidad y carácter indudable, se sostiene exclusivamente en el último eslabón de la cadena tricótoma hegeliana".

Este argumento *está íntegramente tomado* de Dühring, que lo ha expuesto en su libro *Historia crítica de la economía nacional y del socialismo*, (3ª ed., 1879. Págs. 486-487), pero el señor Mijailovski no menciona para nada a Dühring. ¿Será posible que haya llegado por su cuenta a esa tergiversación de Marx?

Engels dio una magnífica respuesta a Dühring, y como el señor Mijailovski cita asimismo la crítica de Dühring, nos limitaremos a reproducir esta respuesta de Engels[24]. El lector verá que le cuadra plenamente al señor Mijailovski.

""Este bosquejo histórico (la génesis de la llamada acumulación originaria del capital en Inglaterra) -dice Dühring- es, además, relativamente la mejor parte del libro de Marx y lo sería más aún si no se apoyara en las muletas dialécticas, además de las científicas. La negación de la negación de Hegel desempeña aquí -a falta de argumentos mejores y más claros- el papel de la comadrona, merced a cuyos servicios el porvenir surge del seno del pasado. La eliminación de la propiedad individual, que de esta manera se ha producido desde el siglo XVI, representa la primera negación. Le seguirá otra, caracterizada como la negación de la negación, y, consiguientemente, restauración de la "propiedad individual", pero en forma superior, basada en la propiedad común de la tierra y de los instrumentos de trabajo. Si el señor Marx llama al mismo tiempo "propiedad social" a esta nueva "propiedad individual", en ello se refleja precisamente la unidad superior hegeliana, en la que la contradicción queda neutralizada (*aufgehoben*, término especial de Hegel), es decir, según el juego de palabras de Hegel, la contradicción se supera en la misma medida en que se conserva.

"...La expropiación de los expropiadores viene a ser, de este modo, una especie de producto automático de la realidad histórica en sus condiciones materiales exteriores... Dudo que haya una persona razonable que se convenza de la necesidad de implantar la posesión comunal de la tierra y del capital, basándose en la fe en las prestidigitaciones hegelianas, por el estilo de la negación de la negación... Por lo demás, la visión monstruosa de la concepción de Marx no puede extrañar a quien sepa lo que puede hacerse concordar, tomando como base científica la dialéctica de Hegel o, mejor dicho, los absurdos que, partiendo de tal base, deben resultar. Para los que no conozcan estas artes diré expresamente que la primera negación de Hegel desempeña el papel de la idea del pecado original en el catecismo, y la segunda negación, el papel de la unidad superior que conduce a la expiación. La lógica de los hechos no puede basarse ya, naturalmente, en semejantes prestidigitaciones de analogía, tomadas del campo religioso... El señor Marx se conforma con su visión nebulosa de la propiedad individual y simultáneamente social y deja a sus adeptos la solución de este profundo enigma dialéctico". Así razona el señor Dühring.

"Así pues -concluye Engels-, Marx no puede demostrar la necesidad de la revolución social, la necesidad de implantar la propiedad común de la tierra y de los medios de producción fabricados con el trabajo sin acudir a la negación de la negación de Hegel; basando su teoría socialista en estas prestidigitaciones de analogía tomadas de la religión llega a la conclusión de que en la sociedad futura habrá propiedad simultáneamente individual y social, como unidad superior hegeliana de la contradicción neutralizada*.

"Dejemos por ahora la negación de la negación y veamos qué es esa "propiedad simultáneamente individual y social". El señor Dühring la llama "visión nebulosa" y -por extraño que parezca- tiene efectivamente razón en este sentido. Por desgracia, no es Marx, ni mucho menos, quien cae en esta "visión nebulosa", sino una vez más el propio señor Dühring... Corrigiendo a Marx con arreglo a Hegel, le atribuye una unidad superior de la propiedad, de la que Marx no dice ni palabra.

"Marx dice: "Esto es la negación de la negación.

* Que semejante exposición de las concepciones de Dühring cuadra también plenamente al señor Mijailovski lo demuestra asimismo el siguiente pasaje de su artículo: *C. Marx ante el juzgado del señor Y. Zhukovski*. Al replicar al señor Zhukovski, quien afirmaba que Marx era un defensor de la propiedad privada, el señor Mijailovski señala este esquema de Marx, explicándolo de la siguiente manera: "El esquema de Marx comprende dos prestidigitaciones muy conocidas de la dialéctica hegeliana: en primer lugar, el esquema está estructurado según la ley de la tríada hegeliana; en segundo lugar, la síntesis se basa en la identidad de los contrarios: propiedad individual y social. De modo que aquí la palabra "individual" tiene un sentido especial, puramente convencional, como elemento del proceso dialéctico, y no se puede basar en ella absolutamente nada". Esto lo decía con las mejores intenciones un hombre para defender ante el público ruso al "sanguíneo" Marx contra el burgués señor Zhukovski. ¡Con tan buenas intenciones que, según esto, resulta que Marx basa su concepción del proceso en "prestidigitaciones"! El señor Mijailovski podría deducir de ello una moraleja que le sería bastante útil: las buenas intenciones por si solas son algo insuficientes para cualquier empresa.

Crea nuevamente la propiedad individual, pero sobre la base de las conquistas de la era capitalista, sobre la base de la cooperación de los obreros libres y de su propiedad común de la tierra y de los medios de producción fabricados por ellos. La transformación de la propiedad privada y dispersa de los individuos, basada en el trabajo propio, en propiedad capitalista, es, naturalmente, un proceso incomparablemente más largo, difícil y penoso que la transformación de la propiedad privada capitalista, que de hecho se basa ya en un proceso social de producción, en propiedad social". Eso es todo. De modo que el orden de cosas creado por la expropiación de los expropiadores se define como restauración de la propiedad individual *basada* en la propiedad común de la tierra y de los medios de producción fabricados por los propios trabajadores. Para cualquiera que entienda el alemán (y el ruso, señor Mijailovski, porque la. traducción es completamente fiel), esto significa que la propiedad común se extiende a la tierra y a otros medios de producción, y la propiedad individual a los demás productos, esto es, a los artículos de consumo. Y para que lo comprendan hasta los niños de seis años, Marx, en la pág. 56 (30 de la ed. rusa)[25], supone una "unión de hombres libres que trabajan empleando medios de producción comunes y gastan paulatinamente sus fuerzas individuales de trabajo como una fuerza social de trabajo", esto es, una comunidad organizada de un modo socialista, y agrega: "Todo el producto del trabajo de la comunidad es un producto social. Parte de este producto sirve nuevamente como medio de producción. *Esta parte sigue siendo propiedad social*. Pero otra parte la consumen, como medio de subsistencia, los miembros de la comunidad. *Por lo mismo, debe ser distribuida entre ellos*". Debe estar bastante claro hasta para el señor Dühring.

"La propiedad simultáneamente individual y común, esta nebulosa monstruosidad, este absurdo resultante de la dialéctica hegeliana, este embrollo, este profundo enigma dialéctico, cuya solución deja Marx a sus adeptos, es, nuevamente, una libre creación e invención del señor Dühring…

"Y ahora -continúa Engels-¿qué papel desempeña en Marx la negación de la negación? En la página 791 y siguientes (en ruso, pág. 648 y siguientes)[26] expone los resultados definitivos del estudio económico e histórico, expuesto en las cincuenta páginas anteriores (en ruso, las treinta y cinco páginas anteriores) de la llamada acumulación originaria del capital. Hasta la era capitalista existía, al menos en Inglaterra, la pequeña producción basada en la propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción. La llamada acumulación originaria del capital consistió, en este caso, en la expropiación de dichos productores directos, es decir, en la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo propio. Esta destrucción fue posible porque la pequeña producción que hemos mencionado sólo es compatible con los estrechos marcos primitivos de la producción y de la sociedad y, en cierto grado de su desarrollo, ella misma crea las bases materiales de su destrucción. Esta destrucción, esta transformación de los medios de producción individuales y dispersos en medios de producción concentrados en la sociedad constituye la prehistoria del capital. En cuanto los trabajadores se convirtieron en proletarios, y sus medios de producción en capital, en cuanto se consolidó el modo capitalista de producción, adquirieron una forma nueva la socialización ulterior del trabajo y la ulterior transformación de la tierra y de los otros medios de producción (en capital), por tanto, la ulterior expropiación de los propietarios privados. "Ahora ya no es el trabajador que gobierna su economía el que debe ser expropiado, sino el capitalista que explota a numerosos obreros. Esta expropiación se lleva a cabo por el juego de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, debido a la concentración de los capitales. Un capitalista devora a muchos otros. Paralelamente a esta concentración o expropiación de una multitud de capitalistas por unos pocos se desarrolla cada vez a mayor escala la forma cooperativa del proceso del trabajo, se desarrolla la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la metódica explotación en común de la tierra, los instrumentos de trabajo se convierten en medios que sólo pueden ser utilizados en común, y se economizan todos los medios de producción, porque se utilizan como medios de producción comunes del trabajo social combinado. A la par con la disminución constante del número de magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, aumentan en masa la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación y la explotación; pero aumenta asimismo la indignación de la clase obrera, que crece sin cesar en número, se instruye, unifica y organiza por el propio mecanismo del proceso capitalista de producción. El capital se convierte en traba del modo de producción que ha prosperado junto con él y bajo su amparo. La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a tal punto que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta se rompe. La hora de la propiedad privada capitalista ha sonado. Los expropiadores son expropiados".

Y ahora pregunto yo al lector: ¿dónde están los enrevesados jeroglíficos y arabescos dialécticos, dónde está la confusión de conceptos que reduce todas las diferencias a la nada, dónde están los milagros dialécticos para los fieles y las prestidigitaciones con arreglo a la doctrina de Hegel sobre el lagos, cosas sin las que Marx, a juicio de Dühring, no hubiera podido exponer hasta el fin sus ideas? Marx demuestra históricamente, y lo resume aquí en términos escuetos, que lo mismo que la pequeña producción engendró en su tiempo con su propio desarrollo las condiciones de su destrucción,

ahora la producción capitalista ha engendrado igualmente ella misma las condiciones materiales que la llevarán a su hundimiento. Tal es el proceso histórico, y si resulta al mismo tiempo dialéctico, no es ya culpa de Marx, por fatal que ello le parezca al señor Dühring.

Sólo ahora, al llegar a este punto, al terminar con su demostración histórico-económica, continúa Marx: "El modo capitalista de producción y apropiación y, por consiguiente, la propiedad privada capitalista constituyen la primera negación de la propiedad individual basada en el trabajo propio. La negación de la producción capitalista se realiza por ella misma con la necesidad de un proceso natural. Esto es la negación de la negación", etc. (tal como lo hemos citado antes).

Por lo tanto, al llamar a este proceso negación de la negación, Marx no pensaba siquiera ver en ello una demostración de su necesidad histórica. Por el contrario: después de demostrar históricamente que este proceso se ha operado ya en parte en la práctica y en parte debe aún operarse, sólo después de esto lo define como proceso que se opera también de acuerdo con una ley dialéctica determinada. Y nada más. De modo que también exagera aquí el señor Dühring, al afirmar que la negación de la negación presta los servicios de la comadrona con cuya ayuda el porvenir surge del seno del pasado, o que Marx exige que nos convenzamos de la necesidad de la propiedad común de la tierra y del capital por la fe en la ley de la negación de la negación" (pág. 125).

Cómo ve el lector, toda esta magnífica réplica de Engels a Dühring puede aplicarse también íntegra al señor Mijailovski, quien afirma palabra por palabra lo mismo: el porvenir, en Marx, se sostiene exclusivamente en un extremo de la cadena hegeliana, y sólo por fe se puede abrigarla convicción de que es inevitable[*].

Toda la diferencia entre Dühring y el señor Mijailovski se reduce a los dos pequeños puntos siguientes: en primer lugar, aunque Dühring no puede hablar de Marx sin espumarajos en la boca, consideró necesario mencionar en el párrafo siguiente de su *Historia* que Marx rechaza de plano en las *Palabras finales*[27] la acusación de ser hegeliano. En cambio, el señor Mijailovski no dice nada de la exposición de Marx (antes citada), concreta y clara del todo, sobre lo que él entiende por método dialéctico.

En segundo lugar, el otro rasgo original del señor Mijailovski consiste en haber concentrado toda su atención en el empleo de los tiempos de los verbos. ¿Por qué, al hablar del futuro, emplea Marx el presente?, pregunta con aire triunfal nuestro filósofo. Puede usted, muy respetado crítico, mirar en cualquier gramática y verá que el presente se usa en lugar del futuro cuando este futuro es tenido por algo inevitable e indudable. Pero ¿por qué, por qué es eso indudable?, se inquieta el señor Mijailovski, deseando mostrar una emoción tan fuerte que le permita justificar incluso una superchería. También sobre este punto Marx da una respuesta muy determinada. Se puede tener por insuficiente o inexacta esta respuesta, pero entonces hay que demostrar *en qué y por qué precisamente* es inexacta, y no decir absurdos del hegelianismo.

Hubo tiempos en los que no sólo sabía el señor Mijailovski en qué consistía esta respuesta, sino que se lo explicaba a los demás. El señor Zhukovski -decía en 1877- ha podido considerar problemática con razón la construcción teórica de Marx sobre el futuro, pero "no tenía el derecho moral" de eludir la cuestión de la socialización del trabajo, "a la que Marx concede una importancia enorme". ¡Naturalmente, en 1877 Zhukovski no tenía el derecho moral de eludir la cuestión, pero sí lo tiene el señor Mijailovski en 1894! ¿No será porque *lo que es lícito para Júpiter, no lo es para el buey*?

No puedo menos de recordar aquí un caso curioso: la forma en que cierta vez se entendía esta socialización en *Otiéchestvennie Zapiski*[28]. En el núm. 7 de 1883 se publicó una *Carta a la Redacción* de cierto señor Postoronni, quien, lo mismo que el señor Mijailovski, consideraba problemática la "construcción teórica" de Marx sobre el porvenir. "En el fondo -razonaba aquel señor-, la forma social del trabajo en el capitalismo se reduce a que unos centenares o miles de obreros tornean, martillean, enroscan, superponen, agregan, estiran y realizan una multitud de otras operaciones en un local común. Pero el carácter general de este régimen lo expresa perfectamente el adagio: "Cada uno para sí y Dios para todos". ¿Qué tiene que ver con ello la forma social del trabajo?"

¡En seguida se ve lo bien que el hombre ha comprendido de qué se trata! ¡¡"La forma social del trabajo" "se reduce" al "trabajo en un local común"!! Y después de ideas tan descabelladas, por añadidura en una de las mejores revistas rusas, nos quieren hacer creer que la parte teórica de *El Capital* ha sido universalmente reconocida por la ciencia. Cierto es que no teniendo en absoluto nada serio que objetar a *El Capital*, la "ciencia universalmente reconocida" comenzó a descubrirse ante él, pero siguió al mismo tiempo dando pruebas de la ignorancia más su pina y repitiendo las antiguas trivialidades de la economía

[*] Creo que no estará de más señalar con este motivo que toda esta explicación de Engels aparece inserta en el mismo capítulo donde habla de la semilla, de la doctrina de Rousseau y de otros ejemplos del proceso dialéctico. Creyérase que basta por completo el parangón de estos ejemplos con las declaraciones tan claras y categóricas de Engels (y de Marx, a quien se había leído previamente el manuscrito de esa obra), cuando dice que ni hablar se puede de *probar* algo con las tríadas o de introducir en la descripción del proceso real “los elementos convencionales” de estas tríadas para comprender cuán absurdo es acusar al marxismo de dialéctica hegeliana.

escolar. Debo detenerme algo en esta cuestión para demostrar al señor Mijailovski en qué consiste el fondo del asunto, que él, según su costumbre de siempre, ha pasado completamente por alto.

La socialización del trabajo por la producción capitalista no consiste en absoluto en que se trabaje en un local común (esto sólo constituye una partícula del proceso), sino en que la concentración de capitales va acompañada de la especialización del trabajo social, de una disminución del número de capitalistas en cada industria y de un aumento de la cantidad de industrias especiales; en que múltiples procesos dispersos se funden en un solo proceso social de producción. Así, por ejemplo, cuando la tejeduría era una industria de oficio, los pequeños productores hilaban y tejían ellos mismos, y la industria tenía pocos ramos (estaban fundidas las operaciones de hilar y tejer). En cambio, una vez socializada la producción por el capitalismo, aumenta el número de ramos especiales de la industria; se realizan por separado las operaciones de hilar el algodón y tejerlo; la propia especialización y la concentración de la producción dan origen a nuevas industrias de fabricación de maquinaria, extracción de hulla, etc. En cada industria, ya más especializada, el número de capitalistas es cada vez menor. Eso significa que es cada vez más fuerte el vínculo social que une a los productores entre sí: los productores van agrupándose estrechamente en un bloque único. Cada uno de los pequeños productores dispersos realizaba varias operaciones, y, por tanto, era relativamente independiente de los demás: si, por ejemplo, el artesano sembraba él mismo el lino, lo hilaba y lo tejía, era casi independiente de los demás. A semejante régimen de pequeños productores de mercancías disgregados (y únicamente a semejante régimen) es aplicable el adagio: "Cada uno para sí y Dios para todos", es decir, la anarquía de las oscilaciones del mercado. Es muy distinta la situación en las condiciones de la socialización del trabajo lograda gracias al capitalismo. El fabricante de tejidos depende del de hilados de algodón; este último, del capitalista dueño de las plantaciones de algodón, del dueño de la fábrica que construye maquinaria, de la mina de hulla, etc., etc. Por consiguiente, ningún capitalista puede prescindir de los demás. Es evidente que el adagio "Cada uno para sí" ya no es aplicable a semejante régimen: ahí cada uno trabaja ya para todos y todos para cada uno (y a Dios no le queda ya lugar alguno, ni en calidad de fantasía celestial ni como "becerro de oro" terrestre). Cambia completamente el carácter del régimen. Cuando en el régimen de las pequeñas empresas aisladas se paralizaba el trabajo en alguna de ellas, esto repercutía sólo en un número reducido de miembros de la sociedad, sin causar ningún desbarajuste general y, por consiguiente, no llamaba la atención de todo el mundo, no daba motivo a una intervención de la sociedad. Pero si semejante paralización ocurre en una gran empresa dedicada a un ramo industrial muy especializado, por lo cual trabaja para casi toda la sociedad y, a su vez, depende de toda la sociedad (para mayor claridad, pongo por ejemplo un caso en que la socialización ha llegado a su punto culminante), entonces tiene ya que paralizarse el trabajo en todas las demás empresas de la sociedad, pues sólo pueden recibir los productos necesarios de aquella empresa y sólo pueden colocar todas sus mercancías cuando existen las mercancías de aquella empresa. Todas las empresas se funden de esta manera en un proceso productivo único de la sociedad; pero, al mismo tiempo, cada empresa es dirigida por un capitalista, depende de su arbitrio, y los productos sociales pasan a ser propiedad privada de él. ¿No está claro que la forma de producción entra en contradicción inconciliable con la forma de apropiación? ¿No es evidente que esta última no puede menos de adaptarse a la primera, no puede dejar de convertirse en una forma también social, esto es, socialista? Pero el ingenioso filisteo de *Otiéchestvennie Zapiski* lo reduce todo al trabajo en un local común. Es verdaderamente lo que se dice "tomar el rábano por las hojas". (He descrito sólo el proceso material, sólo el cambio de las relaciones de producción, sin referirme al aspecto social de este proceso, a la agrupación, cohesión y organización de los obreros, pues éste es un fenómeno derivado, secundario.)

La razón de que sea necesario explicar a los "demócratas" de Rusia cosas tan elementales está en que se han atascado hasta tal punto en las ideas pequeñoburguesas que ni imaginarse pueden otro régimen que no sea el de los pequeños burgueses.

Pero volvamos al señor Mijailovski. ¿Qué opone a los hechos y a los razonamientos en que Marx basa su conclusión de que el régimen socialista es inevitable en virtud de las leyes mismas del desarrollo del capitalismo? ¿Ha demostrado que, con la organización mercantil de la economía de la sociedad, no aumenta realmente la especialización del proceso social del trabajo, la concentración de capitales y empresas, la socialización de todo el proceso del trabajo? No, no ha señalado nada que refute estos hechos. ¿Ha hecho que se tambalee la tesis de que la anarquía, inconciliable con la socialización del trabajo, es propia de la sociedad capitalista? No ha dicho nada sobre este punto. ¿Ha demostrado que la unificación del proceso del trabajo de todos los capitalistas en un solo proceso social del trabajo puede amoldarse a la propiedad privada? ¿Ha demostrado que es posible y concebible otra salida de esta contradicción que la indicada por Marx? No, no ha dicho ni una palabra sobre esto.

¿En qué se basa, pues, su crítica? En trucos, supercherías y en un torrente de frases, que no son más que sonajas.

Porque, en efecto, no pueden calificarse de otro modo los métodos de un crítico que -después de

haber dicho muchas tonterías sobre los consecuentes pasos tricótomos de la historia- pregunta a Marx, poniendo cara seria, lo siguiente: "¿Y después?", o sea, cuál será el curso de la historia más allá de la última fase, descrita por Marx, del proceso. No olvidéis que Marx, desde el comienzo mismo de su actuación literaria y revolucionaria, dijo con la mayor precisión lo que exigía de una teoría sociológica: debe dar una idea exacta del proceso real, y nada más (véase, por ejemplo, en el *Manifiesto Comunista*, el criterio de la teoría de los comunistas[29]). En *El Capital*, Marx observó con rigor esta exigencia: habiéndose fijado la tarea de analizar científicamente la formación social capitalista, puso punto final cuando hubo demostrado que el desarrollo de esta organización, que transcurre en realidad a nuestra vista, sigue una tendencia determinada, y que debe sucumbir ineluctablemente y convertirse en otra organización, en una organización superior. Pero el señor Mijailovski, pasando por alto toda la esencia de la doctrina de Marx, hace su necia pregunta: "¿Y después?", y agrega con profundidad de pensamiento: "Debo ser franco y confesar que no veo con toda claridad la respuesta de Engels". ¡En cambio, nosotros debemos confesar francamente, señor Mijailovski, que sí vemos con toda claridad el espíritu y los métodos de semejante "crítica"!

O tomemos otro razonamiento: "En la Edad Media, la propiedad individual que trata Marx, basada en el trabajo propio, no era el único factor, ni el factor predominante, ni siquiera en el campo de las relaciones económicas. Al lado de ella existían otros muchos fenómenos a los que, sin embargo, el método dialéctico en la interpretación de Marx (¿no será en la tergiversación del señor Mijailovski?) no propone volver... Es evidente que todos estos esquemas no representan el cuadro de la realidad histórica, ni siquiera de sus proporciones, y sólo satisfacen la inclinación de la inteligencia humana a concebir cada objeto en su estado pasado, presente y futuro". ¡Ni siquiera los métodos de las supercherías suyas, señor Mijailovski, varían algo para no dar náuseas! Primero atribuye al esquema de Marx, que sólo pretende dar una fórmula del proceso real del desarrollo del capitalismo*, la intención de demostrar con las tríadas todo lo que se quiera y luego hace constar que el esquema de Marx no corresponde a este plan que el propio señor Mijailovski le impone (la tercera fase restablece sólo un aspecto de la primera, omitiendo todos los demás) y saca con mucho desparpajo la conclusión de que "¡el esquema, evidentemente, no representa el cuadro de la realidad histórica!"

¿Es concebible polemizar en serio con este hombre que (empleando la expresión de Engels sobre Dühring) no es capaz de aducir una cita exacta, ni siquiera por excepción? ¿Es posible objetar aquí algo cuando se asegura al público que el esquema "evidentemente" no corresponde a la realidad y no se intenta siquiera mostrar en algo que es erróneo?

En lugar de criticar el verdadero contenido de las concepciones marxistas, el señor Mijailovski ejercita su ingenio con categorías del pasado, del presente y del futuro. Engels, por ejemplo, al refutar las "verdades eternas" del señor Dühring, dice que "nos predican en la actualidad" tres tipos de moral: la cristiana-feudal, la burguesa y la proletaria, de modo que el pasado, el presente y el futuro tienen sus teorías de la moral[30]. El señor Mijailovski opina sobre esto: "Creo que todas esas divisiones triples de la historia en períodos se basan precisamente en las categorías del pasado, del presente y del futuro". ¡Qué profundidad de pensamiento! Pero ¿quién ignora que, al examinar cualquier fenómeno social en el proceso de su desarrollo, siempre se hallarán en él vestigios del pasado, bases del presente y gérmenes del futuro? Pero Engels, por ejemplo, ¿quería afirmar acaso que la historia de la moral (sólo se refería al "presente") se limitaba a los tres momentos indicados, quería decir que la moral feudal no ha sido precedida, por ejemplo, de la moral esclavista, y esta última, de la moral comunista de la comunidad primitiva? ¡En lugar de criticar seriamente el intento de Engels de orientarse en las corrientes contemporáneas de las ideas morales mediante su explicación materialista, el señor Mijailovski nos obsequia con la más vacua de las fraseologías!

Respecto a estos métodos de "crítica" del señor Mijailovski, crítica iniciada con la declaración de que no sabe en qué obra se expone la concepción materialista de la historia, quizá sea conveniente recordar que hubo tiempos en que el autor conocía una de estas obras y sabía apreciarla con más tino. En 1877, el señor Mijailovski opinaba lo siguiente de *El Capital*: "Si se quita a *El Capital* la tapa pesada, tosca e innecesaria de la dialéctica hegeliana (pero ¡qué cosa más extraña! ¿Por qué en 1877 la "dialéctica hegeliana" era "innecesaria", y en 1894 resulta que el materialismo se basa en "la ineluctabilidad del proceso dialéctico"?), entonces, independientemente de otros méritos de esta obra, veremos en ella un material trabajado a la perfección para resolver el problema general de la relación entre las formas y las condiciones materiales de su existencia y una magnífica manera de plantear esta cuestión para cierto campo". La "relación entre las formas y las condiciones materiales de su existencia" es precisamente el problema de la correlación de los diversos aspectos de la vida social, de la superestructura de las relaciones sociales ideológicas

* Se omiten otros rasgos de los regímenes económicos de la Edad Media precisamente porque pertenecen a la formación social del feudalismo, y Marx analiza sólo la formación *capitalista*. El proceso de desarrollo del capitalismo propiamente dicho comenzó en realidad (verbigracia, en Inglaterra) por el régimen de los pequeños productores de mercancías diseminados y su propiedad individual basada en el trabajo.

sobre las materiales, problema cuya solución conocida constituye justamente la doctrina del materialismo. Sigamos:

"Propiamente dicho, *todo "El Capital"* (subrayado por mí) está dedicado a investigar cómo una forma social, una vez surgida, sigue desarrollándose, consolida sus rasgos típicos, subordinando, asimilando los descubrimientos, los inventos, las mejoras de los 'modos de producción, los nuevos mercados, la ciencia misma, obligándoles a trabajar para esta forma social y cómo, finalmente, dicha forma no puede soportar los nuevos cambios de las condiciones materiales".

¡Caso extraño! ¡En 1877, "todo *El Capital*" estaba dedicado a la investigación materialista de una forma social determinada (¿en qué consiste el materialismo, sino en la explicación de las formas sociales por las condiciones materiales?), y en 1894 resulta que ni siquiera se sabe en qué obra hay que buscar la exposición de este materialismo!

En 1877, *El Capital* contenía la "investigación" de cómo "una forma (es decir, la forma capitalista, ¿verdad?) no puede soportar los nuevos cambios de las condiciones materiales" (¡tomen nota de esto!), pero en 1894 resulta que no hay investigación alguna y que el convencimiento de que la forma capitalista no puede soportar el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, ¡se sostiene "exclusivamente en un extremo de la tríada hegeliana"! En 1877, el señor Mijailovski decía que "el análisis de las relaciones entre esta forma social y las condiciones materiales de su existencia seguiría siendo *siempre* (subrayado por mí) una prueba de la fuerza lógica y de la inmensa erudición del autor", pero en 1894 declara que la doctrina del materialismo jamás y en parte alguna ha sido comprobada ni fundamentada científicamente.

¡Caso extraño! ¿Qué significa esto en realidad? ¿Qué ha sucedido?

Han sucedido dos cosas: primera, el socialismo *ruso*, el socialismo campesino de la década del 70 que "rezongaba" contra la libertad por su carácter burgués y luchaba contra los "liberales de frente serena", empeñados en velar los antagonismos de la vida rusa, y que soñaba con una revolución campesina, se ha corrompido por completo y ha dado origen a este trivial liberalismo filisteo que saca "impresiones alentadoras" de las tendencias progresivas de la hacienda rural, olvidando que las acompaña (y las condiciona) la expropiación en masa de los campesinos. Segunda, en 1877 se entusiasmó tanto el señor Mijailovski con su tarea de defender al "sanguíneo" (es decir, al socialista revolucionario) Marx de sus críticos liberales que no vio la incompatibilidad del método de Marx con su propio método. Pero un día le explicaron el antagonismo inconciliable que existe entre el materialismo dialéctico y la sociología subjetiva: se lo explicaron los artículos y las obras de Engels; se lo explicaron los socialdemócratas rusos (en las obras de Plejánov encontramos a menudo observaciones muy certeras, dirigidas al señor Mijailovski), y el señor Mijailovski, en lugar de volver a estudiar en serio el problema, se desboca simplemente. En vez de elogiar a Marx (como lo hizo en 1872 y en 1877)[31], ladra ahora contra él desde el escondrijo de una serie de alabanzas de dudosa calidad y vocifera y echa espumarajos contra los marxistas rusos que no quieren contentarse con la "defensa de los más débiles en el aspecto económico", con unos depósitos de mercancías y algunas mejoras en el campo, con museos y arteles para los artesanos y demás progresos altruistas pequeñoburgueses, sino que quieren seguir siendo "sanguíneos", partidarios de la revolución social, enseñar, dirigir y organizar a los elementos verdaderamente revolucionarios de la sociedad.

Después de esta breve digresión a la esfera de un pasado remoto, creo que podemos terminar el análisis de la "crítica" de la teoría de Marx por el señor Mijailovski. Intentemos, pues, hacer un balance y resumir los "argumentos" del crítico.

La doctrina que él intentó aniquilar se basa, primero, en la concepción materialista de la historia y, segundo, en el método dialéctico.

En cuanto a lo primero, el crítico ha declarado, ante todo, que no sabe en qué obra está expuesto el materialismo. Al no haber encontrado en ninguna parte esta exposición, se puso a inventar él mismo qué es el materialismo. Para dar una idea de las desmedidas pretensiones de este materialismo, inventó que los materialistas pretenden haber explicado todo el pasado, el presente y el futuro de la humanidad; y cuando más tarde, al confrontar sus afirmaciones con la declaración auténtica de los marxistas, resultó que éstos consideran explicada sólo una formación social, el crítico resolvió que los materialistas restringen el campo de acción del materialismo, con lo cual se refutan a sí mismos. Para dar una idea de los métodos de elaboración de este materialismo, inventó que los mismos materialistas reconocían que les faltaban conocimientos para una obra como la elaboración del socialismo científico, aunque Marx y Engels reconocían la insuficiencia de sus conocimientos (en 1845-1846) de historia de la economía en general y aunque ellos jamás publicaron dicha obra, que era la prueba de la insuficiencia de sus conocimientos. Después de estos preámbulos nos brinda también una crítica: *El Capital* ha quedado reducido a la nada porque se refiere a un solo período, mientras que el crítico necesita todos los períodos, y, además, porque *El Capital* no afirma el materialismo económico, sino que lo trata sólo; por lo visto, son argumentos tan serios y profundos que se hubo de reconocer que el materialismo jamás ha tenido base científica. Luego se ha citado en contra del materialismo el hecho de que un hombre totalmente ajeno a esta doctrina, que

ha estudiado las épocas prehistóricas en un país distinto por completo, ha llegado también a conclusiones materialistas. Para demostrar después que la procreación ha sido traída por error al materialismo, que sólo se trata de un subterfugio verbal, el crítico intentó demostrar que las relaciones económicas constituyen una superestructura de las relaciones sexuales y familiares. Las indicaciones que con este motivo da tan sabio crítico para aleccionar a los materialistas nos han enseñado la profunda verdad de que la herencia es imposible sin la procreación, de que a los productos de esta procreación se "adhiere" una mentalidad compleja y de que los hijos se educan a semejanza de los padres. De paso nos hemos enterado también de que los vínculos nacionales son una continuación y una generalización de los vínculos gentilicios. Prosiguiendo sus indagaciones teóricas sobre el materialismo, el crítico observó que el contenido de muchos argumentos de los marxistas consiste en que la opresión y la explotación de las masas son "necesarias" bajo el régimen burgués y que este régimen debe transformarse "necesariamente" en socialista, y entonces se apresuró a declarar que la necesidad es un concepto demasiado general (si no se dice qué es lo que las personas consideran taxativamente necesario) y que, por lo tanto, los marxistas son místicos y metafísicos. Asimismo declara el crítico que la polémica de Marx con los idealistas es "unilateral", pero sin decir una palabra del punto de vista de estos idealistas sobre el método subjetivo y la opinión que tiene de ellos el materialismo dialéctico de Marx.

En cuanto al segundo pilar del marxismo -el método dialéctico- bastaba un solo empujón del valiente crítico para derrumbarlo. Y el empujón ha sido muy acertado: el crítico se revolvía y deshacía en esfuerzos increíbles para refutar que pudiera demostrarse algo con las tríadas, silenciando que el método dialéctico no consiste en absoluto en las tríadas, sino precisamente en la negación de los métodos del idealismo y del subjetivismo en sociología. Otro empujón iba dirigido especialmente contra Marx: con la ayuda del valeroso señor Dühring, el crítico le atribuye a Marx la estupidez inverosímil de demostrar mediante las tríadas la necesidad del hundimiento del capitalismo y luego combate victoriosamente contra esta estupidez.

¡He aquí le epopeya de los brillantes "triunfos" de "nuestro célebre sociólogo"! ¿Verdad que es muy "instructiva" (como dice Burenin) la contemplación de estos triunfos?

No podemos menos de referirnos aquí a otra circunstancia más, que no tiene relación directa con la crítica de la doctrina de Marx, pero que es característica en sumo grado para comprender los ideales del crítico y su visión de la realidad. Se trata de su actitud ante el movimiento obrero de Occidente.

Más arriba hemos visto cómo declara el señor Mijailovski que el materialismo no se ha justificado en la "ciencia" (¿quizás en la ciencia de los "amigos del pueblo" alemanes?); pero este materialismo, razona el señor Mijailovski, "se difunde realmente con mucha rapidez entre la clase obrera". ¿Cómo explica este hecho el señor Mijailovski? "En cuanto al éxito en extensión, por decirlo así, de que goza el materialismo económico -afirma-; en cuanto a su difusión en forma no comprobada con criterio crítico, el centro de gravedad de este éxito no estriba en la ciencia, sino en la práctica de la vida, establecida por las perspectivas del porvenir". ¿Qué otro sentido puede tener esta frase torpe sobre la práctica "establecida" por las perspectivas del porvenir como no sea el de que el materialismo se propaga, no por haber explicado con acierto la realidad, sino por haberse apartado de esta realidad hacia las perspectivas? Y más adelante dice: "Estas perspectivas no exigen de la clase obrera alemana, que las hace suyas, ni de las personas que se preocupan ardientemente por su destino, conocimientos ni esfuerzo del pensamiento crítico. Sólo exigen fe". Dicho con otras palabras, la difusión del materialismo y del socialismo científico en extensión ¡depende de que esta doctrina promete a los obreros un porvenir mejor! ¡Pero si basta el conocimiento más elemental de la historia del socialismo y del movimiento obrero de Occidente para ver cuán absurda y falsa es esta explicación! Todo el mundo sabe que el socialismo científico jamás ha trazado ninguna perspectiva del porvenir, sino que se ha limitado a analizar el régimen burgués contemporáneo, estudiando las tendencias del desarrollo de la organización social capitalista, y nada más. "No decimos al mundo -escribía Marx ya en 1843 y cumplió a rajatabla este programa-, no decimos al mundo: "deja de luchar, toda tu lucha no vale nada"; nosotros le proporcionamos la verdadera consigna de lucha. Sólo mostramos al mundo por qué lucha realmente, y la conciencia es una cosa que el mundo debe adquirir, quiéralo o no"[32]. Todos saben, por ejemplo, que *El Capital*, obra principal y fundamental que expone el socialismo científico, en lo tocante al porvenir se limita a alusiones de carácter muy general, examinando solamente los elementos ya existentes, de los que surge el régimen futuro. En cuanto a las perspectivas para el porvenir, todo el mundo sabe que las ofrecían en mucho mayor número los socialistas anteriores, que pintaban con todo detalle la sociedad futura, deseando entusiasmar a la humanidad con un cuadro de regímenes en los que no hubiera necesidad de lucha, en los que las relaciones sociales no se basaran en la explotación, sino en los verdaderos principios del progreso, que se hallan en consonancia con las condiciones de la naturaleza humana. Sin embargo, pese a toda una pléyade de personas de gran talento que exponían estas ideas y de socialistas convencidísimos, sus

teorías quedaban al margen de la vida, y sus programas al margen de los movimientos políticos populares, hasta que la gran industria mecanizada arrastró a la vorágine de la vida política a las masas del proletariado obrero, hasta que se encontró la verdadera consigna de su lucha. Y la encontró Marx, que "no es un utopista, sino un científico a carta cabal, y, a veces, hasta escueto" (según opinaba el señor Mijailovski en tiempos remotos, en 1872), y no la encontró mediante unas perspectivas cualesquiera, sino haciendo un análisis científico del régimen burgués contemporáneo, aclarando que la explotación es *necesaria* mientras exista este régimen, estudiando las leyes del desarrollo de este régimen. El señor Mijailovski, naturalmente, puede asegurar a los lectores de *Rússkoie Bogatstvo* que para comprender este análisis no hacen falta conocimientos ni esfuerzo de pensamiento, pero ya hemos visto en su ejemplo mismo (y lo veremos en mayor grado aún en el de su colaborador economista[33]) una incomprensión tan burda de las verdades más elementales, aclaradas por dicho análisis, que semejante declaración, claro está, sólo puede despertar una sonrisa. Sigue siendo un hecho irrefutable que el movimiento obrero se extiende y desarrolla precisamente en los lugares y en la medida en que se desarrolla la gran industria mecanizada capitalista; que la doctrina socialista tiene éxito precisamente cuando deja de divagar en torno a las condiciones sociales que corresponden a la naturaleza humana, emprende el análisis materialista de las relaciones sociales contemporáneas y aclara que el actual régimen de explotación es necesario.

Después de haber intentado pasar por alto las verdaderas causas del éxito del materialismo entre los obreros, dando una caracterización diametralmente opuesta a la verdad del parecer que esta doctrina tiene de las "perspectivas", el señor Mijailovski comienza a burlarse de la manera más vulgar y filistea de las ideas y de la táctica del movimiento obrero de Europa Occidental. Como hemos visto, no pudo aducir ni un solo argumento contra las pruebas de Marx sobre la inevitabilidad de la transformación del régimen capitalista en régimen socialista, debido a la socialización del trabajo. Y aun así, eso no le impedía ironizar con el mayor descaro a propósito de que el "ejército de los proletarios" prepara la expropiación de los capitalistas, "después de lo cual cesará ya toda lucha de clases y reinará en la tierra la paz y la concordia entre los hombres". El señor Mijailovski conoce caminos mucho más llanos y seguros que éste para hacer realidad el socialismo: sólo hace falta que los "amigos del pueblo" indiquen con mayores detalles los caminos "claros e ineluctables" de la "evolución económica deseada", y entonces, seguramente, "se llamará" a estos "amigos del pueblo" para resolver "los problemas económicos prácticos" (véase el artículo del señor Yuzhakov *Problemas del desarrollo económico de Rusia*, núm. 11 de *Rússkoie Bogatstvo*); mientras tanto... mientras tanto los obreros deben esperar, confiar en los "amigos del pueblo" y no comenzar "con infundada seguridad en sí mismos" a luchar por su cuenta contra los explotadores. Deseando asestar un golpe mortal a esta "infundada seguridad en sí mismos", nuestro autor se indigna patéticamente contra "esta ciencia que casi cabe en un diccionario de bolsillo". ¡¡Qué horror, en efecto: la ciencia y folletos socialdemócratas que cuestan unos céntimos y caben en el bolsillo!! Vemos bien claro con qué poco fundamento están seguras de sí mismas las personas que sólo aprecian la ciencia porque enseña a los explotados a luchar por su cuenta en aras de su emancipación, a apartarse de toda clase de "amigos del pueblo" que disimulan el antagonismo entre las clases y que quieren encargarse ellos mismos de todo esto, las personas que, por lo mismo, exponen esta ciencia en ediciones baratas que tanto chocan a los filisteos. ¡Qué distinto sería si los obreros confiaran su suerte a los "amigos del pueblo"! Estos les enseñarían la ciencia verdadera, expuesta en numerosos tomos, la ciencia universitaria y filistea; les darían a conocer con detalle la organización social que corresponde a la naturaleza humana, siempre que los obreros... accediesen a esperar y no comenzasen la lucha por cuenta propia con tan infundada seguridad en sí mismos!

- - -

Antes de pasar a la segunda parte de la "crítica" del señor Mijailovski, dirigida ya contra los socialdemócratas rusos en particular, y no contra la teoría de Marx en general, hemos de hacer una pequeña digresión. Porque el señor Mijailovski, procediendo exactamente lo mismo que cuando, al criticar a Marx, no sólo no ha intentado exponer con exactitud su teoría, sino que la ha deformado sin más ni más, hace otro tanto al tergiversar, ya sin pudor alguno, las ideas de los socialdemócratas rusos, Es necesario, pues, restablecer la verdad. El modo más fácil de hacerla es comparar las ideas de los socialistas rusos anteriores con las ideas de los socialdemócratas. Tomo la exposición de las primeras de un artículo del señor Mijailovski, publicado en el núm. 6 de *Rússkaya Mysl*[34] de 1892, en el que también se refiere al marxismo (y, dicho sea reprochando a su autor, con decoro, sin tratar los problemas que, en la prensa sometida a la censura, sólo pueden ser tratados al estilo de Burenin, sin cubrir a los marxistas de toda clase de inmundicias), oponiéndole la exposición de sus propios conceptos o exponiéndolos al menos de un modo paralelo. Claro está que no tengo el menor deseo de ofender en nada ni al señor Mijailovski, incluyéndolo entre los socialistas, ni a los socialistas rusos, comparándolos con el señor Mijailovski: sólo pienso que *el curso de la argumentación* de aquéllos y de éste es, en el fondo, el mismo, y la diferencia consiste en el grado de firmeza, sinceridad y consecuencia de las

convicciones.

Exponiendo las ideas de *Otiéchestvennie Zapiski*, decía el señor Mijailovski: "Entre los ideales de carácter moral y político incluíamos la posesión de la tierra en manos del agricultor y de los medios de producción en manos del productor". Punto de partida, como se ve, de lo más altruista, rebosante de los mejores deseos... "Las formas medievales de trabajo* que aún subsisten en nuestro país están muy quebrantadas, pero nosotros no veíamos razón alguna para acabar con ellas definitivamente en beneficio de una doctrina, cualquiera que sea, liberal o no liberal".

¡Extraño razonamiento! Pues una "forma de trabajo", cualquiera que sea, no puede quebrantarse más que remplazándola con alguna otra; pero no hallamos en la exposición de nuestro autor (y no lo hallaríamos en ninguno de sus correligionarios) ni siquiera un intento de analizar y explicar estas nuevas formas ni las causas por las que las nuevas formas desalojan a las viejas. Más extraña aún es la segunda parte del pasaje: "No veíamos la razón para acabar con estas formas en beneficio de doctrinas". ¿De qué medios disponemos "nosotros" (es decir, los socialistas; véase la salvedad hecha más arriba) para "acabar" con las formas de trabajo, es decir, para transformar las relaciones de producción existentes entre los miembros de la sociedad? ¿No es, acaso, absurda la idea de reformar estas relaciones conforme a una doctrina? Veamos más adelante: "'Nuestra tarea no consiste en cultivar sin falta una civilización "autóctona" nutrida en nuestras propias fuentes nacionales, pero tampoco consiste en trasplantar íntegramente a nuestro terreno la civilización occidental con todas las contradicciones que la desgarran: hay que recoger lo bueno, venga de donde venga, y el que sea propio o ajeno no es ya cuestión de principio, sino de comodidad práctica. Por lo visto, esto es tan sencillo, claro y comprensible que huelgan las palabras". En efecto, ¡qué sencillo! ¡"Recoger" lo bueno de todas partes y asunto acabado! De las formas medievales "recoger" el hecho de que los medios de producción pertenecen al que trabaja, y de las nuevas formas (es decir, de las capitalistas) "recoger" la libertad, la igualdad, la instrucción y la cultura. ¡Y huelgan palabras! Aquí tenemos, íntegro, el método subjetivo en la sociología: ésta comienza por la utopía de que la tierra pertenece al que la cultiva, e indica las condiciones de realización de lo deseable: "recoger" lo bueno de aquí y de allá. Este filósofo ve las relaciones sociales desde un punto de vista puramente metafísico, como un simple conglomerado mecánico de tales o cuales instituciones, una simple cohesión mecánica de estos o de les otros fenómenos. Arranca uno de estos fenómenos -el hecho de que la tierra pertenecía al agricultor en las formas medievales- y piensa que se le puede trasplantar a cualquier otra forma, lo mismo que se pasa un ladrillo de un edificio a otro. Pero esto significa no estudiar las relaciones sociales, sino mutilar el material que se ha de estudiar, pues la realidad no conoce esta posesión, aislada e independiente, como ustedes la consideran, de la tierra en manos del agricultor: no es sino uno de los eslabones de las relaciones de producción que entonces existían y que estribaban en que la tierra estaba dividida entre los grandes propietarios territoriales, los terratenientes feudales, y en que éstos concedían a los campesinos tierras para explotarlos; de modo que la tierra era algo así como salario en especie: proporcionaba al campesino los productos necesarios a fin de que éste pudiera dar plusproducto para el terrateniente; la tierra constituía el fondo que hacía posible que los campesinos pagasen los tributos al terrateniente. ¿Por qué no ha analizado el autor este sistema de relaciones de producción, limitándose a separar un solo fenómeno, presentándolo así de manera equivocada por completo? Porque el autor no sabe tratar las cuestiones sociales; ni siquiera se propone (repito que utilizo los razonamientos del señor Mijailovski sólo, como ejemplo para la crítica de todo el socialismo ruso) *explicar* las "formas de trabajo" que existían entonces, presentarlas como un sistema dado de relaciones de producción, como una determinada formación social. Utilizando una expresión de Marx, el autor no acepta el método dialéctico que impone el deber de considerar la sociedad un organismo vivo en funcionamiento y desarrollo.

Sin plantearse siquiera qué causas hacen que las nuevas formas de trabajo desplacen a las viejas, repite en su razonamiento sobre estas nuevas formas el mismísimo error. Se contenta con hacer constar que estas formas "quebrantan" la pertenencia de la tierra al agricultor, es decir, hablando en términos generales, que se expresan en la separación del productor de los medios de producción; se contenta con condenar esto como algo que no corresponde al ideal. Y de nuevo su razonamiento es absurdo por completo: separa un solo fenómeno (la privación de la tierra), sin intentar presentado como elemento que es ya de otro sistema de relaciones de producción, sistema basado en la *economía mercantil*, que necesariamente origina la competencia entre los productores de mercancías, la desigualdad, la ruina de unos y el enriquecimiento de otros. Subraya un solo fenómeno: la ruina de las masas; pero aparta otro fenómeno: el enriquecimiento de la minoría, imposibilitándose así la comprensión de los dos fenómenos.

* “Por formas medievales de trabajo -explica el autor en otro lugar- no sólo debe entenderse la propiedad comunal de la tierra, las industrias de oficio y la organización en arteles. Todas éstas son, indudablemente, formas medievales, pero ha de agregárseles también toda forma de propiedad de la tierra o de los medios de producción en manos de los que trabajan”

Y todavía dice que semejantes métodos equivalen a “buscar respuestas a los problemas de la vida en su forma revestida de carne y hueso" (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 1 de 1894), mientras que él, por el contrario, al no saber ni querer explicar la realidad, al no atreverse a mirarla cara a cara, huye vergonzosamente de estos problemas de la vida, de la lucha del posesor contra el desposeído, al campo de las utopías candorosas. Y a esto lo llama “buscar respuestas a los problemas de la vida en el planteamiento ideal de su compleja y candente realidad" (*R. B.* núm. 1), mientras que en la práctica no ha intentado siquiera analizar ni explicar esta realidad de la vida.

En cambio, nos ofrece una utopía que ha compuesto arrancando del modo más absurdo elementos aislados de diversas formaciones sociales: algo de la medieval, algo de la “moderna", etc. Se entiende que una teoría con semejante base debía quedar por fuerza al margen de la evolución real de la sociedad por la sencilla razón de que nuestros utopistas hubieron de vivir y actuar no en las relaciones sociales compuestas de elementos tomados de aquí y de allá, sino en las relaciones sociales que determinan las existentes entre el campesino y el kulak (mujik acomodado), entre el artesano y el intermediario, entre el obrero y el fabricante, relaciones que aquéllos no comprendieron en absoluto. Las tentativas y los esfuerzos que hicieron para transformar conforme a su idea estas relaciones no comprendidas tuvieron necesariamente que fracasar.

He aquí, a rasgos de lo más generales, un esbozo de la situación en que se hallaba el problema del socialismo en Rusia cuando “surgieron los marxistas rusos".

Los marxistas comenzaron precisamente por la crítica de los métodos subjetivos de los socialistas de antes; no contentos con hacer constar la explotación y condenada, quisieron *explicarla*. Al ver que toda la historia de Rusia posterior a la abolición de la servidumbre consiste en la ruina de las masas y en el enriquecimiento de una minoría, al percibir la gigantesca expropiación de los pequeños productores, paralelamente al progreso técnico que se registraba en todas partes, y al notar que estas corrientes opuestas surgen y se afianzan en los lugares y en la medida en que se desarrolla y se afianza la economía mercantil, no podían menos de concluir que se trataba de una organización burguesa (capitalista) de la economía social, organización que *necesariamente* origina la expropiación y la opresión de las masas. Y esta convicción determinaba directamente ya su programa práctico, que estribaba en adherirse a esta lucha del proletariado contra la burguesía, a la lucha de las clases desposeídas contra las poseedoras, lucha que constituye el contenido principal de la realidad económica de Rusia, comenzando por la aldea más perdida y terminando por la fábrica moderna más perfeccionada. Pero ¿cómo adherirse? La misma realidad les dictó esta vez también la respuesta. El capitalismo había convertido las principales ramas industriales en grandes industrias mecanizadas; al socializar de este modo la producción, había creado las condiciones materiales del nuevo régimen y, al mismo tiempo, una nueva fuerza social: la clase de los obreros fabriles, del proletariado urbano. Sometida a una explotación burguesa idéntica, por su fondo económico, a la que sufre toda la población trabajadora de Rusia, esta clase se encuentra, sin embargo, en condiciones especialmente ventajosas en cuanto a su liberación: nada la liga ya a la vieja sociedad, basada por entero en la explotación; las condiciones mismas de su trabajo y de su vida la organizan, la obligan a reflexionar, le permiten salir a la palestra de la lucha política. Es natural que los socialdemócratas hayan puesto toda su atención y todas sus esperanzas en esta clase, que se propongan como programa desarrollar su conciencia de clase, que hayan orientado toda su actuación en el sentido de ayudarle a alzarse a la lucha política directa contra el régimen contemporáneo y de arrastrar a esta lucha a todo el proletariado ruso.

- - -

Veamos ahora cómo el señor Mijailovski combate a los socialdemócratas. ¿Qué opone a sus concepciones teóricas, a su labor política socialista?

Nuestro crítico expone de la manera siguiente las concepciones teóricas de los marxistas:

"La verdad -según los marxistas, a decir del autor- consiste en que, en virtud de las leyes inmanentes de la necesidad histórica. Rusia desarrollará su producción capitalista con todas las contradicciones internas que le son propias: los grandes capitales devorarán a los pequeños y, mientras tanto, el mujik, separado de la tierra, se convertirá en proletario, se unirá, se socializará, y asunto concluido, no quedándole a la humanidad feliz más que disfrutar de los resultados".

Ahí tienen: los marxistas no se diferencian nada, pues, de los "amigos del pueblo" en la manera de ver la realidad; se distinguen sólo en la forma de imaginarse el porvenir: por lo visto no se ocupan del presente, se ocupan sólo de las "perspectivas". No cabe duda de que así es como piensa el señor Mijailovski. Los marxistas, dice, "están completamente seguros de que en sus previsiones del porvenir no hay nada utópico, de que todo está sopesado y medido según las normas de la ciencia escueta". Y, finalmente, con mayor claridad aún: los marxistas "hacen profesión de fe en la ineluctabilidad de un esquema histórico abstracto".

En suma, estamos ante la acusación más trivial y burda que, para salir airosos, imputan a los marxistas desde hace tiempo todos los que no pueden oponer nada de fondo a sus concepciones. ¡¡"Los marxistas hacen profesión de fe en la ineluctabilidad de un

esquema histórico abstracto"!!

¡Pero si esto es una sarta de mentiras y patrañas!

Ningún marxista ha utilizado nunca ni en parte alguna el argumento de que en Rusia "debe haber" capitalismo "porque" lo ha habido en Occidente, etc. Ningún marxista ha visto jamás en la teoría de Marx una especie de esquema histórico-filosófico obligatorio para todos, algo más que la explicación de una formación socioeconómica concreta. Sólo el filósofo subjetivista señor Mijailovski se las ha ingeniado para no comprender a Marx hasta el punto de ver en su obra una teoría filosófica universal; Marx le contestó con una explicación bien clara, diciéndole que se había equivocado de dirección. Jamás marxista alguno ha basado sus concepciones socialdemócratas en algo que no fuera la conformidad de la teoría con la realidad y con la historia de determinadas relaciones socioeconómicas, es decir, de las relaciones rusas. Y no podía proceder de otro modo, por que el propio fundador del "marxismo", Marx, lo exige de la teoría y lo declara con toda precisión y nitidez, haciendo de esta exigencia la piedra angular de toda su doctrina.

Naturalmente, el señor Mijailovski puede dedicarse cuanto quiera a refutar estas declaraciones, afirmando que ha oído "con sus propios oídos" precisamente una profesión de fe en un esquema histórico abstracto. Pero ¿qué nos importa a nosotros, socialdemócratas, o a cualquier otra persona, que el señor Mijailovski haya tenido que oír toda clase de dislates absurdos de sus interlocutores? ¿No demuestra esto tan sólo que el señor Mijailovski elige con gran acierto a sus interlocutores? Desde luego, es muy posible que estos ingeniosos interlocutores del ingenioso filósofo se hayan dado el nombre de marxistas, de socialdemócratas, etc. Pero ¿quién ignora el hecho (hace ya tiempo observado) de que hoy a cualquier granuja le gusta disfrazarse con ropaje "colorado"*? Y si el señor Mijailovski es tan perspicaz que no puede distinguir a estos "disfrazados" de los verdaderos marxistas, o si ha comprendido tan hondo a Marx que no ha advertido este criterio de toda su doctrina, criterio que Marx destaca con muchísima fuerza (la fórmula de "lo que se está operando"), esto sólo vuelve a demostrar que el señor Mijailovski no es inteligente y nada más.

En todo caso, ya que se puso a polemizar en la prensa contra *los socialdemócratas*, debió referirse al único grupo de socialistas que lleva desde hace ya tiempo este nombre, de manera que no se debe confundir con otros, y este grupo cuenta con buenas plumas: Plejánov y su círculo[35]. Y si hubiera procedido así -como evidentemente habría hecho todo el que tiene algo de honestidad- y hubiera consultado aunque sólo fuese la primera obra socialdemócrata, el libro de Plejánov *Nuestras discrepancias* habría visto allí, ya en las primeras páginas, una declaración categórica del autor en nombre de todos los miembros del círculo:

"En ningún caso queremos escudar nuestro programa en el prestigio de un gran hombre" (es decir, en el prestigio de Marx). ¿Comprende usted el ruso, señor Mijailovski? ¿Comprende usted la diferencia que existe entre profesar fe en esquemas abstractos y negar a Marx prestigio alguno para juzgar de los asuntos rusos?

¿Comprende usted que, exponiendo como si fuera marxista una opinión cualquiera que tuvo usted la suerte de oír en boca de sus interlocutores y dejando a un lado la declaración impresa de un miembro destacado de la socialdemocracia, declaración hecha en nombre de todo el grupo, no ha procedido con honestidad?

Y más adelante, la declaración es más categórica todavía:

"Repito -dice Plejánov- que entre los marxistas más consecuentes puede haber discrepancias en cuanto al enjuiciamiento de la realidad rusa actual"; nuestra doctrina es "el primer ensayo de aplicar esta teoría científica al análisis de unas relaciones sociales sumamente complicadas y embrolladas".

Creo que es difícil hablar más claro: los marxistas, desde luego, sólo toman de la teoría de Marx los métodos más preciosos, sin los cuales es imposible comprender las relaciones sociales, y, por consiguiente, tienen por criterio de su apreciación de estas relaciones la certeza de la teoría y la conformidad de ésta con la vida real y no los esquemas abstractos y otras necedades por el estilo.

¿O tal vez cree usted que, al hacer tales declaraciones, el autor pensaba de otro modo en realidad? Pero eso no es verdad. La pregunta que le preocupaba era la de si "Rusia tiene que pasar por la fase capitalista de desarrollo". Por consiguiente, estaba formulada de un modo que nada tenía de marxista, sino que coincidía con los métodos subjetivos de diversos filósofos de nuestro país que ven los criterios de esta necesidad ora en la política de las autoridades, ora en la actividad de la "sociedad", ora en el ideal de una sociedad "conforme a la naturaleza humana" y otras sandeces del mismo género. Cabe preguntar ahora: ¿Cómo debería responder a tal pregunta una persona que profese fe en esquemas abstractos? Evidentemente, debería hablar de la ineluctabilidad del proceso dialéctico, de la significación filosófica universal de la teoría de Marx, de la inevitabilidad de que cada país pase por la fase... etc., etc.

¿Y cómo respondió Plejánov?

Como únicamente podía responder un marxista:

Dejó por entero a un lado lo de la inevitabilidad de pasar por la fase, como cuestión superflua que

* Escribo todo esto, suponiendo que el señor Mijailovski ha oído realmente esa profesión de fe en esquemas históricos abstractos y no ha tergiversado nada. Considero, sin embargo, absolutamente necesario hacer la salvedad de que lo cuento como me lo contaron.

sólo podía interesar a los subjetivistas, y se refirió a continuación tan sólo a las verdaderas relaciones socioeconómicas, a su evolución real. Por lo mismo, no dio tampoco una respuesta directa a la interrogante formulada con tan poco acierto, respondiendo, en cambio, así: "Rusia *ha emprendido* la senda capitalista".

¡Pero el señor Mijailovski, con aire de perito en la materia, habla de la profesión de fe en un esquema histórico abstracto, de las leyes inmanentes de la necesidad y de otros disparates inverosímiles! ¡¡Y llama a esto "polémica contra los socialdemócratas"!!

Me niego en redondo a comprender: si esto es ser un polemista, ¿qué es entonces ser un charlatán?

Tampoco podemos menos de observar, con respecto al razonamiento del señor Mijailovski, citado más arriba, que expone las concepciones de los socialdemócratas en el sentido de que "Rusia *desarrollará* su propia producción capitalista". Evidentemente, a juicio de este filósofo no existe en Rusia producción capitalista "propia". El autor, por lo visto, se adhiere a la opinión de que el capitalismo ruso se limita a millón y medio de obreros (más adelante volveremos a encontrar esta idea pueril de nuestros “amigos del pueblo”, que clasifican no se sabe cómo todas las demás formas de explotación del trabajo libre), "Rusia desarrollará su propia producción capitalista con todas sus contradicciones internas: y mientras tanto, el mujik separado de la tierra se convertirá en un proletario". ¡A cada paso, un gazapo! ¿De modo que en Rusia no existen "contradicciones internas"?, es decir, sin tapujos, ¿no existe la explotación de las masas del pueblo por un puñado de capitalistas, no se arruina la enorme mayoría de la población mientras se enriquece un puñado de individuos? ¿Es que el mujik no está separado aún de la tierra? ¿En qué consiste toda la historia de Rusia después de la abolición de la servidumbre, sino en una expropiación de los campesinos en masa, expropiación de intensidad jamás vista en parte alguna? Hay que tener mucho valor para proclamar a plena voz semejantes cosas. Y el señor Mijailovski lo tiene, cuando dice: "Marx operaba con un proletariado ya constituido y con un capitalismo ya formado, mientras que nosotros tenemos todavía que crearlos". ¿Rusia tiene que crear todavía su proletariado! En Rusia, único país donde puede verse una miseria tan desconsoladora de las masas y una explotación tan infame de los trabajadores, país que se comparaba (y no sin razón) con Inglaterra por la situación de sus pobres; en Rusia, donde el hambre de millones es un fenómeno permanente y paralelo, por ejemplo, a la creciente exportación de cereales, ¡¡decir que en Rusia no hay proletariado!!

¡Creo que el señor Mijailovski merece un monumento en vida por estas clásicas palabras!*

Dicho sea de pasada, más adelante veremos que ésta es la táctica de siempre, y la más consecuente, de los "amigos del pueblo", táctica que consiste en cerrar farisaicamente los ojos ante la insoportable situación en que se hallan los trabajadores en Rusia y pintada sólo como “quebrantada”, de manera que bastarían los esfuerzos de la “sociedad culta” y del gobierno para llevado todo al buen camino. Esos paladines creen que con cerrar los ojos ante el hecho de que la situación de las masas trabajadoras es mala, y no porque "esté quebrantada" esta situación, sino porque las masas se ven sometidas al saqueo más infame de un puñado de explotadores, creen que con esconder la cabeza como los avestruces, para no ver a los explotadores, éstos desaparecerán. Y cuando los socialdemócratas les dicen que es una cobardía vergonzosa el tener miedo de mirar cara a cara a la realidad; cuando toman por punto de partida este hecho de la explotación y afirman que su única explicación posible reside en la organización burguesa de la sociedad rusa, organización que divide a la masa del pueblo en proletariado y burguesía, y en el carácter de clase del Estado ruso, que no es más que el órgano de la dominación de esa burguesía y que, por lo mismo, *la única solución* está en la lucha de clase del proletariado contra la burguesía; entonces ¡¡esos "amigos del pueblo" ponen el grito en el cielo, afirmando que los socialdemócratas quieren privar de la tierra al pueblo, quieren destruir nuestra organización popular de la economía!!.

Llegamos ahora al lugar más indignante de toda esta "polémica", en el mejor de los casos, indecorosa: a la "crítica" (?) que el señor Mijailovski hace de la actuación política de los socialdemócratas. Todo el mundo comprende que la labor de los socialistas y los agitadores entre los obreros no puede ser discutida con honestidad en nuestra prensa legal y que lo único que en este sentido puede hacer una prensa decente, sometida a la censura, es "tener el tacto de callar". El señor Mijailovski ha olvidado esta regla elemental y no ha sentido escrúpulos para aprovecharse del monopolio de que goza y dirigirse al público leyente con objeto de cubrir de lodo a los socialistas.

¡Pero ya se encontrarán fuera del periodismo legal procedimientos para luchar contra este crítico que no

* Quizás quiera el señor Mijailovski intentar zafarse también en esta ocasión, afirmando: “Yo no quería decir, ni mucho menos, que en Rusia no hay proletariado en general, sino solamente que no hay proletariado capitalista”. Si es así, ¿por qué no lo ha dicho usted? Pues *todo el problema* consiste precisamente en saber si el proletariado ruso tiene los caracteres peculiares del proletariado de la organización burguesa de la economía social o si es un proletariado de algún otro tipo. ¿Quién tiene la culpa de que, en dos artículos enteros, no haya pronunciado usted *ni una palabra* sobre este problema, el único serio e importante, prefiriendo decir toda clase de absurdos y, por añadidura, sin ton ni son y sin medida?

repara en medios!

"A mi entender -el señor Mijailovski se hace el ingenuo-, los marxistas rusos pueden ser divididos en tres categorías: marxistas espectadores (observadores impasibles del proceso), marxistas pasivos (que sólo "alivian los dolores del alumbramiento", "no se interesan por el pueblo arraigado en la tierra y ponen su atención y sus esperanzas en los que ya están privados de medios de producción") y marxistas activos (que insisten expresamente en que el campo siga arruinándose)".

¿Qué significa esto! No es posible que el señor crítico ignore que los marxistas rusos son socialistas que parten del punto de vista de que la realidad en que nos encontramos es una sociedad capitalista, y la única salida de ella es la lucha de clase del proletariado contra la burguesía. ¿Por qué y con qué razón los confunde en un todo con una trivialidad absurda? ¿Qué derecho (moral, claro está) tiene el crítico para hacer extensivo el término de marxistas a personas que evidentemente no aceptan las tesis más elementales y fundamentales del marxismo, a personas que nunca ni en parte alguna han actuado como grupo especial, nunca ni en parte alguna han expuesto un programa especial suyo?

El señor Mijailovski se ha reservado varias escapatorias para justificar esos procedimientos indecorosos.

"El posible -bromea con la ligereza de un fatuo mundano- que no sean verdaderos marxistas, pero ellos se tienen por tales y declaran serlo". ¿Dónde y cuándo lo han declarado? ¿En los salones liberales y radicales de San Petersburgo? ¿En cartas privadas? Supongamos que así sea. Entonces, ¡siga usted charlando con ellos en sus salones y en su correspondencia! Pero usted escribe en la prensa y habla en público contra personas que jamás ni en parte alguna se han manifestado públicamente (bajo la bandera del marxismo). ¡Y todavía se atreve usted a declarar que polemiza contra *los socialdemócratas*, sabiendo que este nombre lo lleva sólo un grupo de socialistas revolucionarios que no debe confundirse con nadie![*]

El señor Mijailovski quiere escurrir el bulto como un escolar sorprendido en una acción reprensible: yo nada tengo que ver con eso -se esfuerza en demostrar al lector-. "Lo he oído con mis propios oídos y lo he visto con mis propios ojos". ¡Perfectamente! Creemos de buen grado que no tiene usted delante sino a gentes vulgares y canallescas. Pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros, con los socialdemócratas? ¿Quién ignora que "en los tiempos actuales, cuando" no sólo la actuación socialista, sino cualquier actividad social algo independiente y honrada provoca una persecución política, que por cada persona que realmente trabaja -bajo una u otra bandera: la del grupo Libertad del Pueblo,[36] la del marxismo o incluso, digamos, la del constitucionalismo-, hay varias docenas de charlatanes que encubren con estos nombres su cobardía liberal y quizás unos cuantos canallas de verdad que enderezan sus propios negocios? ¿No es evidente que sólo la más ruin trivialidad sería capaz de reprochar a alguna de estas tendencias el que cualquier canalla ensucie su bandera (y además no en público ni abiertamente)? Toda, la exposición del señor Mijailovski es una cadena de puras tergiversaciones, desfiguraciones y trucos. Ya hemos visto cómo tergiversó por completo las "verdades" de las que parten los socialdemócratas, ya hemos visto que las ha expuesto como ninguno de los marxistas lo ha hecho ni lo podía hacer jamás en parte alguna. Y si hubiera expuesto la verdadera concepción que los socialdemócratas tienen de la realidad rusa, no habría podido menos de ver que hay *una sola manera* de "tomarlas en consideración": contribuir al desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, organizándolo y cohesionándolo para la lucha política, contra el régimen contemporáneo. Le ha quedado, por cierto, otro subterfugio más. Con aire de pudor ofendido, alza farisaicamente los ojos al cielo y articula con voz meliflua: "Me place mucho oír esto, pero no entiendo contra qué protestan" (así dice en el núm. 2 de *Rússkoie Bogatstvo*). "Lean con mayor atención mi juicio sobre los marxistas pasivos y verán lo que yo afirmo: nada puede objetarse desde el punto de vista ético".

Esto, claro está, no es otra cosa que volver a rumiar los deplorables subterfugios de antes.

Porque ¿cómo podría definirse la actitud de un hombre que pretendiera criticar el populismo social-revolucionario[37] (tomo por ejemplo el período en que aún no se manifestaba otra corriente populista) y que se pusiera a decir poco más o menos lo siguiente?:

"Los populistas, a mi entender, se subdividen en tres categorías: los populistas consecuentes, que aceptan en su plenitud las ideas del mujik y, en estricto acuerdo con sus anhelos, generalizan la

[*] Debo detenerme en uno de los pocos hechos indicados por el señor Mijailovski. Cualquiera que haya leído su artículo tendrá que aceptar que incluye también al señor Skvortsov (autor del artículo *Causas económicas de los años de hambre*) entre los "marxistas". Sin embargo, este señor no se titula a sí mismo marxista, y bastaría el conocimiento más elemental de las obras de los socialdemócratas para ver que, desde su punto de vista, este señor no es sino el más vulgar de los burgueses. ¡Cómo puede ser marxista si no comprende que el ambiente social para el que proyecta sus progresos en un ambiente burgués y que, por lo mismo todas las "mejoras en el cultivo de la tierra", que realmente se observan incluso en la economía campesina, significan un progreso burgués que mejora la situación de la minoría y que proletariza a las masas! ¡Cómo puede ser marxista, si no entiende que el Estado al que se dirige con proyectos es un Estado de clase, sólo capaz de apoyar a la burguesía y de oprimir al proletariado!

práctica de los castigos corporales, de los malos tratos a la mujer y, en general, toda la infame política gubernamental del palo y tente tieso, que por algo se llamó política popular; sigue luego la categoría de los populistas cobardes, que no se interesan por las opiniones del mujik y sólo intentan trasplantar a Rusia por medio de asociaciones, etc., un movimiento revolucionario que le es extraño, contra lo cual, dicho sea de paso, nada puede objetarse desde el punto de vista ético si no es lo escurridizo del camino, que puede desviar fácilmente al populista cobarde al campo de los populistas consecuentes o valerosos; finalmente, los populistas valientes que plasman del todo los ideales populares del mujik acomodado y, por ello, se establecen en el campo para llevar la vida de verdaderos kulaks". Naturalmente, toda persona decente diría que esto es una burla trivial y canallesca. Y si, además, el individuo que tales cosas afirmara no podía ser refutado por los populistas en la misma prensa; si las ideas de estos populistas hubiesen sido expuestas hasta entonces únicamente en forma clandestina y, por lo mismo, hubiera muchas personas que no tuviesen respecto a ellas un concepto exacto y pudiesen dar fácilmente crédito a todo lo que se les dijera de los populistas, todo el mundo estaría de acuerdo en que semejante individuo...

En fin, quizá el mismo señor Mijailovski no haya olvidado aún del todo la palabra que debería ponerse ahí.

- - -

¡Pero basta ya! En los escritos del señor Mijailovski aún quedan muchas insinuaciones de esa índole, pero no conozco trabajo más fatigoso, ingrato e inmundo que revolver ese lodo, recopilar alusiones dispersas por aquí y por allá, compararles y buscar aunque sólo sea una objeción seria.

¡Basta!

Abril de 1894

**Advertencia de los editores.** [38]

En el texto del artículo encontrará el lector notas en las que se hace referencia a un examen ulterior de algunos problemas, siendo así que en realidad no se aborda este examen.

Se debe a que el artículo que ofrecemos a la consideración del lector no forma más que la primera parte de la respuesta a los artículos de *Rússkoie Bogatstvo* acerca del marxismo. La falta extrema de tiempo ha impedido la publicación oportuna de este artículo, pero no consideramos posible demorada por más tiempo; aun así, hemos tardado dos meses. Por eso nos decidimos a publicar por el momento el examen de la "crítica" del señor N. Mijailovski sin esperar que acabe de imprimirse el artículo.

En la segunda y tercera ediciones, en preparación, el lector encontrará, además del examen ofrecido, el de las concepciones socioeconómicas de los otros cabecillas de *Rússkoie Bogatstvo*, los señores S. Yuzhakov y S. Krivenko, en relación con el bosquejo de la realidad económica de Rusia y "con las ideas y la táctica de los socialdemócratas" que de ahí se desprenden.

**A propósito de la presente edición.** [39]

La presente edición es una reproducción exacta de la primera. No habiendo participado en absoluto en la preparación del texto, no nos hemos creído con derecho a someterlo a modificación alguna y nos hemos limitado únicamente a la labor editorial. El motivo que nos ha inducido a emprender esta labor ha sido la seguridad de que la presente obra contribuirá a una cierta reanimación de nuestra propaganda socialdemócrata.

Suponiendo que la disposición a servir a esta propaganda debe ser una consecuencia ineludible de las convicciones socialdemócratas, proponemos a los correligionarios del autor de este folleto que contribuyan con todos los medios (en especial, claro está, reeditándolo) a difundir lo más posible tanto la presente obra como todos los órganos de propaganda marxista en general. El momento actual es propicio en particular para esta contribución. La actividad de *Rússkoie Bogatstvo* adquiere con respecto a nosotros un carácter más retador cada vez. En su aspiración a paralizar la difusión de las ideas socialdemócratas en la sociedad, la revista ha llegado hasta a acusarnos sin rodeos de que nos son indiferentes los intereses del proletariado y de que nos empeñamos en que las masas se arruinen. Nos atrevemos a pensar que, con tales procedimientos, la revista sólo se perjudica a sí misma y prepara nuestra victoria. Sin embargo, no debe olvidarse que los calumniadores, disponen de todos los medios materiales para la más amplia propaganda de sus calumnias. Tienen a su disposición unos cuantos miles de ejemplares de la revista, a su servicio están las salas de lectura y las bibliotecas. Por eso debemos aplicar todos nuestros esfuerzos para demostrar a nuestros adversarios que tampoco las ventajas de una situación privilegiada aseguran siempre el éxito de sus difamaciones. Expresamos la plena seguridad de que no han de faltar estos esfuerzos.

Julio de 1894

**Fascículo III.** [40]

Para terminar, les presento a otro "amigo del pueblo", al señor Krivenko, que también interviene en la guerra abierta contra los socialdemócratas.

Por más que no analizaremos sus artículos (*Acerca de los intelectuales solitarios*, en el núm. 12 de 1893, y *Cartas desde el camino*, en el núm. 1 de 1894) como lo hicimos con relación a los señores Mijailovski y Yuzhakov. Allí, el examen de sus artículos era de todo punto necesario para tener una idea clara, en el primer caso, del contenido de sus objeciones contra el materialismo y el marxismo en general, y en el segundo caso, de sus teorías político-

económicas. Ahora, para formarnos una idea completa de los "amigos del pueblo", debemos conocer su táctica, sus propuestas prácticas, su programa político. Este programa no ha sido expuesto por ellos de un modo directo en ninguna parte con la misma consecuencia y plenitud que sus concepciones teóricas. Por eso me veo obligado a tomarlo de diferentes artículos de la revista, que se distingue por una solidaridad de sus colaboradores lo bastante estrecha para no hallar contradicciones. He de atenerme con preferencia a los citados artículos del señor Krivenko tanto porque facilitan más datos como porque su autor es en esta revista un práctico, un político tan típico como sociólogo el señor Mijailovski y economista el señor Yuzhakov.

Sin embargo, antes de pasar al examen de su programa, se hace de inexcusable necesidad detenernos en un aspecto teórico más. Hemos visto más arriba cómo el señor Yuzhakov sale del paso con frases vacías acerca del arrendamiento popular, que sirve de apoyo a la economía popular, etc., cubriendo con ellas su incomprensión de la economía de nuestros agricultores. A las pequeñas industrias de oficio no hacía referencia, limitándose a los datos sobre el crecimiento de la gran industria fabril. Ahora el señor Krivenko repite frases completamente idénticas sobre las pequeñas industrias de oficio. Opone directamente "nuestra industria popular", es decir, la de oficio, a la industria capitalista (núm. 12, págs. 180-181). "La producción popular (*¡sic!*) -dice- surge en la mayoría de los casos de un modo natural", y la industria capitalista "se crea generalmente de un modo artificial". En otro lugar opone la "pequeña industria popular" a la "grande, a la industria capitalista". Si preguntan ustedes en qué consiste la particularidad de la primera, se enterarán sólo de que es "pequeña"* y de que los instrumentos de trabajo van unidos al productor (tomo esta última definición del artículo mencionado del señor Mijailovski). Pero esto no determina aún, ni mucho menos, su organización económica y, además, es completamente falso. El señor Krivenko dice, por ejemplo, que "la pequeña industria popular sigue dando hasta ahora una suma mucho mayor de producción global y ocupando mayor número de brazos que la gran industria capitalista". El autor alude, evidentemente, a los datos del número de artesanos, que asciende a cuatro millones y, según otro cálculo, a siete millones. Pero ¿quién no sabe que la forma predominante de la economía de nuestras industrias de oficio es el sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio, que la masa de artesanos ocupa en la producción una situación en manera alguna independiente, sino dependiente, subordinada por completo, que no trabaja con su propio material, sino con el material del intermediario, que sólo paga al menestral el salario? Los datos sobre el predominio de esta forma se han dado a conocer hasta en las publicaciones legales. Me refiero, por ejemplo, al excelente trabajo del conocido estadístico S. Jarizoménov en *Yuridícheski Véstnik*[41] (año 1883, núms. 11 y 12). Resumiendo los datos contenidos en las diversas publicaciones sobre nuestras pequeñas industrias de oficio radicadas en las provincias centrales, donde están más desarrolladas, S. Jarizoménov ha llegado a la conclusión del indiscutible predominio del sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio, es decir, de una forma de industria indudablemente capitalista. "Al determinar el papel económico de la pequeña industria independiente -dice-, llegamos a estas conclusiones: en la provincia de Moscú, el 86,5% del giro anual de las pequeñas industrias de oficio lo proporciona el sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio, y sólo el 13,5% pertenece a la pequeña industria independiente. En los distritos de Alexándrov y Pokrovsk, de la provincia de Vladimir, el 96% del giro anual de las pequeñas industrias de oficio recae sobre el sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio y sobre el sistema de manufactura, y sólo el 4 % proviene de la pequeña industria independiente".

Por lo que sabemos, nadie ha intentado refutar estos datos y no es posible refutarlos. ¿Cómo se pueden, pues, pasar por alto y silenciar estos hechos, llamar "popular" a esta industria en oposición a la industria capitalista y hablar de la posibilidad de que salga de ella una verdadera industria?

Omisión tan patente de los hechos sólo puede explicarse por la tendencia general de los "amigos del pueblo", como de todos los liberales de Rusia, a velar el antagonismo de las clases y la explotación del trabajador en Rusia, presentando todo esto en forma de simples "defectos" nada más. Y puede ser también, por cierto, que la causa resida en un conocimiento tan profundo de la materia como el que manifiesta, por ejemplo, el señor Krivenko al llamar a la "producción cuchillera de Pávlovo" "producción de semiartesanía". ¡Es fenomenal, hasta qué grado desfiguran las cosas los "amigos del pueblo"! ¿Cómo se puede hablar aquí de artesanía cuando los cuchilleros de Pávlovo trabajan para el mercado y no por encargo? ¿Acaso no incluye el señor Krivenko en la artesanía tal orden de cosas en que un mercader encarga al menestral artículos para enviarlos a la feria de Nizhni-Nóvgorod? Esto tiene ya demasiada gracia; pero, por lo visto, así es.

En realidad, la producción de cuchillos es (en comparación con las otras industrias de Pávlovo) la que menos ha conservado la forma de pequeña industria de oficio con una independencia (aparente) de los productores: "La producción del cuchillo de

* Se puede uno enterar de una cosa más: que "de ella puede salir una verdadera (*¡sic!*) industria popular", dice el señor Krivenko. Un procedimiento habitual de los "amigos del pueblo" es decir frases inútiles y sin sentido en lugar de caracterizar con exactitud y sin rodeos la realidad.

mesa y del cuchillo de trabajo* -dice N. F. Annenski- se acerca ya en grado considerable a la producción fabril o, mejor dicho, a la manufactura". De los 396 artesanos ocupados en la producción de cuchillos de mesa en la provincia de Nizhni-Nóvgorod, sólo 62 (el 16%) trabajan para el mercado, 273 (el 69%) para patronos** y 61 (el 15%) como obreros asalariados. Por consiguiente, sólo la sexta parte de los artesanos no está subyugada directamente por un contratista. Por lo que se refiere a otro ramo del cuchillo, la producción de navajas (cortaplumas), según palabras del mismo autor, "ocupa un lugar intermedio entre los cuchillos de mesa y las cerraduras: la mayor parte de los maestros trabajan ya aquí para un patrono, pero al lado de ellos hay todavía bastantes artesanos independientes que trabajan para el mercado".

En total, a la producción de navajas se dedican en la provincia de Nizhni-Nóvgorod 2.552 artesanos, de los cuales trabajan para el mercado el 48% (1.236), para patronos el 42% (1.058), y como obreros asalariados el 10% (258). Por lo tanto, también aquí los artesanos independientes (?) constituyen una minoría. Y, naturalmente, sólo en apariencia son independientes los que trabajan para el mercado; pero, en realidad, no están menos subyugados por el *capital* de los intermediarios. Si tomamos los datos de las pequeñas industrias de oficio de todo el distrito de Gorbátovo, de la provincia de Nizhni-Nóvgorod, donde están ocupados en dichas pequeñas industrias 21.983 trabajadores, es decir, el 84,5% *de todos los trabajadores existentes****, tendremos los siguientes datos (en cuanto a la organización económica de las pequeñas industrias de oficio, poseemos datos exactos referentes únicamente a 10.808 operarios ocupados en las siguientes industrias: del metal, de los curtidos, de la sillería del fieltro y del hilado del cáñamo): el 35,6% de los artesanos trabajan para el mercado, el 46,7% trabajan para patronos y el 17,7% se compone de asalariados. Así pues, *vemos también aquí el predominio del sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio, el predominio de unas relaciones en las que el trabajo se halla subyugado por el capital*.

Si los "amigos del pueblo" pasan por alto con tanta ligereza hechos de esa índole es, además, porque en su concepción del capitalismo no han ido más allá de las ideas corrientes y vulgares -el capitalista es un patrono rico e instruido que lleva por su cuenta una gran empresa mecanizada- y no quieren conocer el contenido científico de este concepto. En el capítulo anterior hemos visto cómo el señor Yuzhakov hace partir directamente el capitalismo de la industria mecanizada, saltándose la cooperación simple y la manufactura. Es un error muy difundido que conduce, entre otras cosas, a no conocer la organización capitalista de nuestras pequeñas industrias de oficio.

Desde luego, el sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio es una forma capitalista de industria; aquí están presentes todos sus rasgos: economía mercantil ya en un alto grado de desarrollo, concentración de los medios de producción en manos de individuos determinados, expropiación de la masa de obreros, que no poseen medios de producción propios y, por lo mismo, trabajan con medios de producción de otros, que no trabajan para sí, sino para el capitalista. Evidentemente, la pequeña industria de oficio es, por su organización, capitalismo puro; la particularidad que la distingue de la gran industria mecanizada es su escaso desarrollo técnico (lo que se explica, sobre todo, por el nivel escandalosamente bajo del salario) y la conservación de una minúscula parcela en manos de los operarios. Esta última circunstancia es la que más confunde a los "amigos del pueblo", acostumbrados a pensar, como corresponde a verdaderos metafísicos, con contradicciones directas y desnudas: "una de dos: o sí o no, y lo demás es obra del diablo".

Obreros sin tierra quiere decir capitalismo; si tienen tierra, no hay capitalismo; y ellos se limitan a esta filosofía tranquilizadora, perdiendo de vista toda la organización social de la economía, olvidando el hecho conocido por todos de que la posesión de tierra no acaba en absoluto con la espantosa miseria de estos propietarios de tierra que están sometidos a la más desvergonzada expoliación por parte de otros propietarios de tierras, de otros "campesinos" como ellos.

Al parecer, ni siquiera saben que el capitalismo en parte alguna ha estado en condiciones -por encontrarse en fases relativamente bajas de desarrollo- de separar por completo de la tierra al obrero. Con relación a Europa Occidental, Marx descubrió la ley de que sólo la gran industria mecanizada expropia definitivamente al obrero. Se comprende por tanto que los razonamientos en boga sobre la ausencia de capitalismo en nuestro país, argumentados con que "el pueblo posee tierra", carecen de todo sentido, pues el capitalismo de la cooperación simple y de la manufactura jamás ni en parte alguna estuvo ligado al completo desarraigo del operario de la tierra, sin dejar por eso en lo más mínimo, naturalmente, de ser capitalismo.

Por lo que se refiere a la gran industria mecanizada de Rusia -y esta forma la adquieren

---

* La más importante de todas, que proporciona artículos por valor de 900.000 rublos, ascendiendo a 2.750.000 rublos el valor total de los artículos hechos en Pávlovo.

** Es decir, para el mercader que facilita al artesano material y le paga un salario corriente por el trabajo.

*** Los economistas del desarrollo peculiar de Rusia, que miden el capitalismo ruso por el número de obreros fabriles (*¡sic!*), incluyen sin reparo a estos trabajadores y a infinidad de otros semejantes entre la población ocupada en la agricultura y que no sufre del yugo del capital, sino de presiones artificiales ejercidas sobre el “régimen popular” (???!!).

rápidamente los sectores más grandes e importantes de nuestra industria-, también tiene en nuestro país, pese a todo nuestro particularismo, la misma propiedad que en el resto del Occidente capitalista; ya no se conforma en absoluto con que el obrero siga sujeto a la tierra. Por cierto, este hecho lo ha demostrado Deméntiev con datos estadísticos exactos, de los cuales (independientemente por completo de Marx) ha deducido que la producción mecanizada desvincula sin falta y por completo de la tierra al operario. Esta investigación ha demostrado una vez más que Rusia es un país capitalista, que en ella la vinculación del trabajador a la tierra es tan débil e ilusoria, el poderío del poseedor (dueño del dinero, intermediario, campesino rico, manufacturero, etc.) es tan firme ya que basta con que la técnica dé un paso para que el "campesino" (?? que vive desde hace mucho tiempo de la venta de su fuerza de trabajo) se convierta en obrero puro (el sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio no es sólo un sistema capitalista, sino, además, el peor sistema capitalista, pues une a la explotación más intensa del trabajador una posibilidad menor de que los obreros sostengan la lucha por su emancipación). Sin embargo, la incomprensión por los "amigos del pueblo" de la organización económica de nuestras pequeñas industrias de oficio no se limita, ni mucho menos, a esto. El concepto que ellos tienen incluso de las pequeñas industrias en que no se trabaja "para un patrono" es tan superficial como su concepto del agricultor (ya lo hemos visto más arriba). Esto, por lo demás, es muy natural cuando comienzan a juzgar y tratar de problemas socioeconómicos señores que, por lo visto, sólo saben que hay en el mundo medios de producción que "pueden" estar unidos al trabajador, y eso es magnífico, pero que también "pueden" estar separados de él, y eso es pésimo. Así no se va muy lejos.

Razonando sobre las industrias de oficio que se capitalizan y las que no se capitalizan (en las que "puede existir libremente la pequeña producción"), el señor Krivenko señala, entre otras cosas, que en algunas industrias "los gastos básicos de producción" son muy insignificantes, por lo qué es posible en ellas la pequeña producción. Como ejemplo aduce la pequeña industria ladrillera, en la que el costo de producción puede ser, a su decir, 15 veces menos que el giro anual de las fábricas.

Como ésta es poco menos que la única indicación del autor basada en hechos (repito que es el rasgo más típico de la sociología subjetiva: el temor a caracterizar y analizar directa y exactamente la realidad, remontándose con preferencia a la región de los "ideales"... de la pequeña burguesía), la tomaremos para demostrar hasta qué punto son erróneas las ideas de los "amigos del pueblo" sobre la realidad.

Una descripción de la pequeña industria del ladrillo (de arcilla blanca) la tenemos en la estadística económica del zemstvo de Moscú (*Recopilación*, t. VII, fasc. I, parte 2, etc.). Dicha industria está concentrada principalmente en tres subdistritos del distrito de Bogorodsk, donde hay 233 establecimientos con 1.402 obreros (567 obreros familiares (por obreros “familiares”, en oposición a los obreros asalariados, se entienden los que trabajan y son familia del dueño.), o sea, el 41 %, y 835 asalariados, o sea, el 59%) y con una suma de producción anual de 357.000 rublos. La industria surgió hace mucho tiempo; pero se desarrolló especialmente en los últimos quince años gracias a la construcción de un ferrocarril, que facilitó considerablemente la venta. Antes de inaugurarse el ferrocarril, la forma principal de producción, que ahora da paso a la explotación del trapajo asalariado, era la familiar. Esta industria tampoco está exenta de que los pequeños industriales dependan de los grandes en la venta: como consecuencia de la "escasez de recursos pecuniarios", los primeros venden a los últimos el ladrillo sobre el terreno (a veces en "crudo", no cocido) a precios muy bajos.

Sin embargo, podemos conocer la organización de la industria no sólo por esta dependencia, sino gracias también al empadronamiento de los artesanos adjunto al estudio, donde aparecen indicados el número de obreros y la suma de la producción anual de cada establecimiento.

Para averiguar si es aplicable a esta pequeña industria la ley de que la economía mercantil es una economía capitalista, es decir, de que se transforma sin falta en capitalista cuando alcanza cierto grado de desarrollo, debemos compartir los establecimientos según sus proporciones: el problema estriba precisamente en la relación existente entre los pequeños y grandes establecimientos en cuanto a su función en la producción y a la explotación del trabajo asalariado. Tomando como base el número de operarios, dividimos los establecimientos de los artesanos en tres grupos: I) establecimientos de 1 a 5 operarios (incluyese familiares y asalariados); II) establecimientos de 6 a 10 operarios, y III) establecimientos de más de 10 operarios.

Examinando las proporciones de los establecimientos, el personal obrero y la suma de la producción en cada grupo, obtenemos los siguientes datos:

| Grupos de artesanos por el número de operarios | Promedio de operarios por establecimiento | Porcentaje | | Producción anual del obrero | Distribución del porcentaje | | | Cifras absolutas | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Establecimientos con obreros asalariados | Obreros asalariados | | Establecimientos | Operarios | Total de la producción | Número de establecimientos * | Número de operarios | Total de la producción en rublos |
| I. Establecimientos de 1 a 5 operarios | 2,8 | 25 | 19 | 251 | 72 | 34 | 34 | 167/43 | 476/92 | 119.500 |
| II. Establecimientos de 6 a 10 operarios | 7,3 | 90 | 58 | 249 | 18 | 23 | 22 | 43/39 | 317/186 | 79.000 |
| III. Establecimientos de más de 10 operarios | 26,4 | 100 | 91 | 260 | 10 | 43 | 44 | 23/23 | 609/557 | 158.500 |
| Total | 6 | 45 | 59 | 254 | 100 | 100 | 100 | 233/105 | 1.402/835 | 357.000 |

* Los denominadores indican el número de establecimientos con obreros asalariados y el número de estos. Lo mismo en el cuadro siguiente.

Fíjense en este cuadro y verán la organización burguesa o, lo que es lo mismo, la organización capitalista de la pequeña industria de oficio: a medida que los establecimientos se van haciendo mayores, se eleva la productividad del trabajo* (el grupo medio es una excepción), se intensifica la explotación del trabajo asalariado** y aumenta la concentración de la producción***.

El tercer grupo, que basa casi por entero su economía en el trabajo asalariado, dispone -con un 10% del número total de establecimientos- del 44 % del total de la producción.

Esta concentración de los medios de producción en manos de la minoría, concentración que va ligada a la expropiación de la mayoría (los obreros asalariados), es precisamente la que nos explica tanto la dependencia de los pequeños productores con respecto a los intermediarios (los grandes industriales son precisamente intermediarios) como la opresión del trabajo en esta pequeña industria. Vemos, por consiguiente, que la causa de la expropiación del trabajador y de su explotación reside en las relaciones mismas de producción.

Los socialistas-populistas rusos, como es sabido, se atenían a la opinión contraria y no veían en las relaciones de producción (que se consideraban edificadas sobre un principio que excluía la explotación) la causa de la opresión del trabajo en las pequeñas industrias de oficio; las veían fuera de esas relaciones en la política, precisamente en la política agraria, tributaria, etc. Cabe preguntar: ¿en qué se apoyaba y se apoya esta opinión, que ahora casi ha adquirido ya la solidez de un prejuicio? ¿No será en el predominio que tenía *otra* idea acerca de las relaciones de producción en las pequeñas industrias de oficio? Nada de eso. Dicha opinión persiste únicamente gracias a la ausencia de todo intento de *caracterizar con exactitud y determinación los datos, las formas reales de organización de la economía*; persiste únicamente gracias a que las relaciones de producción no están encasilladas ni sometidas a un análisis aparte. En una palabra, persiste tan sólo porque no se comprende el único método científico de las ciencias sociales: el método materialista. Ahora se comprenderá también el curso de los razonamientos de nuestros viejos socialistas. En cuanto a las pequeñas industrias de oficio, achacan la causa de la explotación a fenómenos registrados *fuera* de las relaciones de producción; en cuanto al gran capitalismo, al capitalismo fabril, no podían dejar de ver que *allí* la causa de la explotación reside precisamente en las relaciones de producción. Resultaba una oposición inconciliable, una falta de correspondencia, y no se comprendía de dónde había podido brotar ese gran capitalismo, siendo así que en las relaciones de producción (¡que, además, no eran analizadas!) de las pequeñas industrias de oficio no hay nada que tenga naturaleza capitalista. La conclusión es natural: al no comprender los lazos que unen la pequeña industria de oficio a la industria capitalista, oponen la primera, conceptuada de "popular", a la segunda o "artificial". Aparece la idea de la contradicción entre el capitalismo y nuestro "régimen popular", idea que se ha extendido mucho y que hace poco ha sido ofrecida de nuevo al público ruso por el señor Nikolái-on en una edición corregida y puesta al día. Se mantiene esta idea, a pesar de su fenomenal falta de lógica, sólo por rutina: se forma una noción del capitalismo fabril por lo que éste es en realidad; y de la industria de oficio, por lo que ésta

* Un operario produce al año, en el I grupo, por valor de 251 rublos; en el II, por valor de 249, y en el III, por valor de 260.

** La proporción de establecimientos con obreros asalariados en el I grupo es del 25%, en el II del 90% y en el III del 100%; la proporción de obreros asalariados es del 19 %, del 58 % y del 91 %, respectivamente.

*** En el I grupo, al 72% de establecimientos corresponde el 34% de la producción; en el II, al 18%, el 22%, y en el III, al 10%, el 44%.

"puede ser"; del primero, por el análisis de las relaciones de producción, y de la segunda, sin intentar siquiera examinar por separado las relaciones de producción y llevando directamente el asunto a la esfera de la política. En cuanto hagamos el análisis de estas relaciones de producción, veremos que el "régimen popular" representa en sí esas mismas relaciones de producción capitalistas, aunque sin desarrollar, en estado embrionario; veremos que si se abandona el cándido prejuicio de creer iguales a todos los artesanos y se expresan con exactitud las diferencias que hay en su seno, lo que distingue al "capitalista" de la fábrica del "artesano" es a veces menos que lo que distingue a un "artesano" de otro; veremos que *el capitalismo no es la antítesis del "régimen popular", sino su continuación directa, más próxima e inmediata, su desarrollo*.

Por lo demás, puede que no se crea apropiado este ejemplo. ¿No se dirá que en el caso dado es en general demasiado alto (no es probable que sea cierto con relación a las pequeñas industrias de oficio de la provincia de Moscú, pero tal vez lo sea respecto a las menos desarrolladas del resto de Rusia) el porcentaje de obreros asalariados? Pero lo que aquí importa no son, ni mucho menos, las cifras absolutas, sino las relaciones que se manifiestan en ellas, relaciones que, por su esencia, son burguesas y no dejan de serlo ni cuando este carácter burgués está muy acusado ni cuando está poco acusado.

Si les place, tomaré otro ejemplo -lo elijo intencionadamente por su débil carácter burgués-: tomaré (del libro del señor Isáiev sobre las industrias de oficio de la provincia de Moscú) la alfarería, "una industria puramente doméstica", según dice el señor catedrático. Esta industria, naturalmente, puede representar a las pequeñas industrias rurales: su técnica es de lo más rudimentaria; sus instrumentos, de lo más insignificantes; la producción es de utensilios corrientes y necesarios. Pues bien, gracias al empadronamiento de los artesanos, y con los mismos datos que en el ejemplo anterior, tenemos la posibilidad de estudiar asimismo la organización económica de esta pequeña industria, sin duda ya típica por completo para toda la inmensidad de pequeñas industrias "populares" rusas. Dividimos a los artesanos en grupos: 1) los que tienen de 1 a 3 operarios (inclúyanse familiares y asalariados); II) los que tienen de 4 a 5 operarios; III) los que tienen más de 5 operarios, y hacemos el mismo cálculo:

| Grupos de artesanos por el número de operarios | Promedio de operarios por un establecimiento | Porcentaje | | Producción anual de un obrero | Distribución del porcentaje | | | Cifras absolutas | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Establecimientos con obreros asalariados | Obreros asalariados | | Establecimientos | Operarios | Total de la producción | Número de establecimientos | Número de operarios | Total de la producción en rublos |
| I. Establecimientos de 1 a 3 operarios | 2,4 | 39 | 19 | 468 | 60 | 38 | 36 | 72/28 | 174/33 | 81.500 |
| II. Establecimientos de 4 a 5 operarios | 4,3 | 48 | 20 | 498 | 27 | 32 | 32 | 33/16 | 144/29 | 71.800 |
| III. Establecimientos de más de 5 operarios | 8,4 | 100 | 65 | 533 | 13 | 30 | 32 | 16/16 | 134/87 | 71.500 |
| Total | 3,7 | 49 | 33 | 497 | 100 | 100 | 100 | 121/60 | 452/149 | 224.800 |

Evidentemente, también en esta pequeña industria -podríamos aducir cuantos ejemplos se quieran- son burguesas las relaciones: vemos la misma disociación basada en la economía mercantil, disociación específicamente capitalista que lleva a la explotación del trabajo asalariado, la cual desempeña ya el papel principal en el grupo superior, que ha concentrado, con la octava parte de todos los establecimientos y un 30% de los operarios, casi un tercio de la producción, con una productividad del trabajo considerablemente mayor que el promedio. Estas relaciones de producción nos explican por sí solas la aparición y la fuerza de los intermediarios. Vemos cómo en manos de una minoría que posee los establecimientos más importantes y más rentables y que recibe del trabajo ajeno un ingreso "neto" (en el grupo superior de puchereros el promedio es de 5,5 obreros asalariados por establecimiento) se acumulan "ahorros", mientras la mayoría se arruina, e incluso a los pequeños patronos (sin hablar ya de los obreros asalariados) les falta lo imprescindible para subsistir. Lógica e inevitablemente, los últimos serán avasallados por los primeros, y lo serán de un modo inexorable debido justamente al carácter capitalista de las relaciones de producción existentes. Estas relaciones consisten en que el producto del trabajo social, organizado por la economía mercantil, pasa a manos de particulares y, en ellas, sirve de instrumento de opresión y esclavización del trabajador, sirve de medio de enriquecimiento personal a costa de la explotación de la masa. Y no se crea que esta explotación, esta opresión se manifiesta menos

porque el carácter capitalista de las relaciones esté todavía poco desarrollado y porque la acumulación de capital, que va a la par de la ruina de los productores, sea insignificante. Todo lo contrario. Esto sólo conduce a formas de explotación más brutales, propias del régimen de la servidumbre, conduce a que el capital, al no estar todavía en condiciones de subordinar directamente al obrero con la simple compra de su fuerza de trabajo por el valor de ésta, ata al trabajador con toda una red de coerciones usurarias, lo sujeta a su dominio con procedimientos de capitalismo agrario, y acaba por despojarlo no sólo de la plusvalía, sino también de una enorme parte del salario y, además, lo acosa, privándole de la posibilidad de cambiar de "patrono", lo ultraja, obligándole a conceptuar como un favor el que le "dé" (*¡sic!*) trabajo. Se comprende que ni un solo obrero se conformaría nunca con cambiar su situación por la del artesano "independiente" ruso en la industria "auténtica", "popular". Se comprende también que ninguna de las medidas preferidas por los radicales de Rusia toca en lo más mínimo la explotación del trabajador y su esclavización por el capital, pues todas ellas o son experimentos aislados (arteles), o empeoran la situación de los trabajadores (inalienabilidad de las parcelas[42]), o purifican, desarrollan y consolidan finalmente dichas relaciones capitalistas (mejoramiento de la técnica, créditos, etc.).

Por lo demás, los "amigos del pueblo" nunca podrán concebir que en la pequeña industria rural, con todo lo mísera que es, con las proporciones relativamente insignificantes de los establecimientos y con la bajísima productividad del trabajo, con la maquinaria primitiva y el pequeño número de obreros asalariados, haya *capitalismo*. Ellos en modo alguno pueden concebir que *el capital* sea relación determinada entre los hombres, relación que no varía, tanto si es mayor como menor el grado de desarrollo de las categorías comparadas. Los economistas burgueses no han podido comprenderlo nunca: siempre han impugnado esta definición del capital. Recuerdo que uno de ellos, hablando en *Rússkaya Mysl* del libro de Zíber (sobre la teoría de Marx), reprodujo esta definición (del capital como relación), puso signos de admiración y se indignó.

Este es el rasgo más característico de los filósofos burgueses: tomar las categorías del régimen burgués por eternas y naturales; por eso emplean también para el capital definiciones como la de trabajo acumulado, por ejemplo, que sirve para la producción ulterior; es decir, lo definen como una categoría eterna para la sociedad humana, velando de este modo la formación económica peculiar y concreta de un período de la historia en la que este *trabajo acumulado*, organizado por la economía mercantil, va a parar a manos de quien no ha trabajado y sirve para explotar trabajo ajeno. Por eso vemos en ellos, en lugar de un análisis y un estudio de un sistema determinado de relaciones de producción, numerosas trivialidades aplicables a todos los regímenes entremezcladas con melifluos sentimentalismos de moral pequeñoburguesa.

Veamos ahora por qué los "amigos del pueblo" llaman "popular" a esta industria, por qué la oponen a la industria capitalista. Sólo porque estos señores son ideólogos de la pequeña burguesía y no pueden siquiera imaginarse que estos pequeños productores viven y actúan bajo el sistema de la economía mercantil (razón por la cual yo los llamo pequeños burgueses) y que su actitud ante el mercado los divide necesaria e inevitablemente en burguesía y proletariado. Prueben ustedes a estudiar la organización real de nuestras pequeñas industrias "populares", en vez de enhilar frases sobre lo que "puede" salir de ellas, y veremos si *encuentran en Rusia una sola industria de oficio, por poco desarrollada que esté, que no se halle organizada de manera capitalista*.

Y si discrepan de que los síntomas imprescindibles y suficientes para este concepto son el monopolio de los medios de producción en manos de una minoría, la expropiación de la mayoría de quienes los poseían y la explotación del trabajo asalariado (hablando en términos generales, la apropiación por individuos particulares del producto del trabajo social, organizado por la economía mercantil: ésta es la esencia del capitalismo), tómense la molestia de dar "su" definición del capitalismo y "su" historia del mismo.

De hecho, la organización de nuestras industrias "populares" de oficio es una magnífica ilustración para la historia general del desarrollo del capitalismo. Esta organización nos muestra de manera fehaciente su aparición, su brote, por ejemplo, en forma de cooperación simple (grupo superior en la alfarería), nos muestra además que los "ahorros" acumulados en manos de particulares -merced a la economía mercantil- se convierten en *capital*, monopolizando al principio la venta (intermediarios y mercaderes) debido a que sólo los dueños de estos "ahorros" cuentan con los medios necesarios para la venta al por mayor que permite esperar hasta colocar las mercancías en mercados remotos; muestra que luego este capital mercantil somete a su dominio a la masa de productores y organiza la manufactura capitalista, el sistema capitalista de gran producción basado en el trabajo a domicilio; que, por fin, la ampliación del mercado y el aumento de la competencia conducen al perfeccionamiento de la técnica; que este capital mercantil se convierte en industrial y organiza la gran producción mecanizada. Y cuando este capital, después de fortalecerse y avasallar a millones de trabajadores, a regiones enteras, comienza directamente ya y con toda desenvoltura a presionar sobre el gobierno, convirtiéndolo en lacayo suyo, entonces nuestros ingeniosos "amigos del pueblo" alzan sus clamores, hablando ¡de "implantación del

capitalismo", de "creación artificiosa" del mismo!

¡Pues sí que se han dado cuenta a tiempo!

Así pues, el señor Krivenko, con sus frases sobre la industria popular, auténtica, justa, etc., ha intentado lisa y llanamente velar el hecho de que nuestras pequeñas industrias de oficio constituyen ese mismo capitalismo en diferentes grados de su desarrollo. Con estos procedimientos nos hemos familiarizado ya lo bastante leyendo al señor Yuzhakov quien, en vez de estudiar la reforma campesina, formuló frases sobre la finalidad principal del famoso manifiesto[43], etc.; en vez de estudiar el sistema de arrendamiento, lo llamó popular; en vez de analizar cómo se va formando el mercado interior del capitalismo, se dedicó a filosofar sobre la ruina indefectible de éste por falta de mercados, y así sucesivamente.

Para demostrar hasta qué punto deforman los hechos los señores "amigos del pueblo", me detendré en otro ejemplo más[*]. Nuestros filósofos subjetivistas nos obsequian tan pocas veces con citas exactas de hechos que sería injusto pasar por alto una de ellas, una de las más exactas que encontramos en sus escritos, precisamente la referencia que el señor Krivenko (número 1 de 1894) hace de los presupuestos campesinos de la provincia de Vorónezh. El ejemplo de los datos por ellos elegidos puede persuadirnos de manera fehaciente de cuál es la idea más acertada de la realidad, la de los radicales y los "amigos del pueblo" rusos o la de los socialdemócratas rusos.

El estadístico del zemstvo[44] de Vorónezh, señor Scherbina, da como apéndice de su descripción de la economía campesina del distrito de Ostrogozhsk veinticuatro presupuestos de haciendas rurales típicas, y los analiza en el texto[**].

El señor Krivenko reproduce este análisis sin ver o, mejor dicho, sin querer ver que los métodos seguidos en él son completamente inadecuados para formarse una idea acerca de la economía de nuestros agricultores-campesinos. Porque estos veinticuatro presupuestos describen haciendas diferentes por completo -acomodadas, medias y pobres-, lo que señala también el mismo señor Krivenko (pág. 159); pero éste, como el señor Scherbina, opera simplemente con *promedios* que agrupan tipos muy diferentes de haciendas y, de este modo, encubre totalmente su disociación. Y la disociación de nuestro pequeño productor es un hecho tan general y tan importante (al que los socialdemócratas llaman desde hace ya mucho tiempo la atención de los socialistas rusos. Véanse las obras de Plejánov), que aparece con absoluta claridad incluso en un número tan reducido de datos como el que ha elegido el señor Krivenko. En lugar de dividir a los campesinos, al hablar de su *hacienda*, en categorías según las dimensiones y el tipo de organización de la misma, los divide, igual que el señor Scherbina, en categorías jurídicas de campesinos que fueron siervos en tierras del Estado y de los que lo fueron de terratenientes, dedicando toda la atención a la mayor prosperidad de los primeros en comparación con los últimos, y pierde de vista que las diferencias entre los campesinos en el seno de estas categorías son mucho mayores que las diferencias entre ellas[***]. Para demostrar el aserto, divido estos veinticuatro presupuestos en tres grupos: a) coloco aparte a seis campesinos acomodados, después b) a once campesinos medios (números 7-10, 16-22 de Scherbina), y c) a siete pobres (números 11-15, 23-24 de los presupuestos en el cuadro de Scherbina). El señor Krivenko dice, por ejemplo, que los gastos hechos en una hacienda de campesinos que fueron siervos en tierras del Estado suman 541,3 rublos, y en una hacienda de campesinos que fueron siervos de terratenientes suman 417,7 rublos. Pierde aquí de vista que estos gastos no son, ni mucho menos, idénticos para los distintos campesinos: entre los que fueron siervos en tierras del Estado hay, por ejemplo, campesino que gasta 84,7 rublos y campesino que gasta *diez veces más*: 887,4 rublos (incluso si dejamos a un lado al colono alemán que gasta 1.456,2 rublos). ¿Qué sentido puede tener el promedio deducido de la suma de tales magnitudes? Si tomamos la división en categorías, hecha por mí, veremos que los gastos por hacienda entre los campesinos acomodados equivalen, por término medio, a 855,86 rublos; entre los campesinos medios, a 471,61 rublos, y entre los campesinos pobres, a 223,78 rublos[****].

---

[*] Aunque este ejemplo se refiere a la disociación de los campesinos, de la que ya se ha hablado mucho, estimo necesario analizar *sus propios datos* para demostrar de manera fehaciente cuán vil es la mentira de que los socialdemócratas no se interesan por la realidad, sino por los "pronósticos del futuro", y qué charlatanes son los "amigos del pueblo" que pasan por alto en la polémica la esencia de nuestras concepciones y salen del paso con frases absurdas.

[**] *Recopilación de datos estadísticos de la provincia de Vorónezh*, t. II, fasc. II. *La hacienda campesina en el distrito de Ostrogozhsk*. Vorónezh, 1887. Los presupuestos van en los apéndices, págs. 42-49. El análisis se hace en el capítulo XVIII: *Composición y presupuestos de las haciendas campesinas*.

[***] Sin duda, el tipo de hacienda del campesino que vive exclusivamente de su tierra y emplea a un jornalero se distingue del de la hacienda del campesino que vive como jornalero y recibe en forma de salario las tres quintas partes de sus ingresos. Y entre estos veinticuatro cabezas de familia hay de los unos y de los otros. ¡Juzguen ustedes mismos qué "ciencia" resultará si agrupamos a los jornaleros con los propietarios que tienen jornaleros y operamos con un promedio general!

[****] Las oscilaciones en la magnitud de una familia mediana son mucho menores: a) 7,83, b) 8,36, c) 5,28 personas por familia.

Resulta una diferencia aproximada en la proporción de 4:2:1.

Prosigamos. El señor Krivenko da, como Scherbina, la magnitud de los gastos hechos en cubrir las necesidades personales en las diferentes categorías jurídicas de campesinos: entre los que fueron siervos en tierras del Estado; por ejemplo, los gastos en alimentación vegetal suman al año 13,4 rublos por boca, y entre los que fueron siervos de terratenientes, 12,2. Mientras que, por categorías económicas, las cifras son: a) 17,7; b) 14,5, y c) 13,1. Los gastos en alimentación de carne y leche suman -entre los que fueron siervos de terratenientes- 5,2 rublos por boca, y entre los que lo fueron del Estado, 7,7 rublos. Y por categorías, 11,7, 5,8 y 3,6. Evidentemente, el cálculo por categorías jurídicas sólo encubre las enormes diferencias existentes. Es claro, por lo mismo, que no sirve para nada. Los ingresos de los campesinos que fueron siervos en tierras del Estado son superiores a los de los antiguos siervos de terratenientes en un 53,7% -dice el señor Krivenko- por término medio, 539 rublos (de veinticuatro presupuestos), y según estas categorías, 600 rublos y pico y cerca de 400 rublos. Mientras que por el grado de prosperidad, los ingresos son: a) 1.053,2 rublos; b) 473,8 rublos; c) 202,4 rublos; es decir, las oscilaciones no son de 3 : 2, sino de 10 : 2.

"El valor de los bienes de las fincas rústicas de los campesinos que fueron siervos del Estado es de 1.060 rublos, y el de las haciendas que fueron de antiguos siervos de terratenientes es de 635 rublos", dice el señor Krivenko. Y por categorías[*] a) 1.737,91 rublos; b) 786,42, y c) 363,38 rublos; de nuevo las oscilaciones son de 10 : 2 y no de 3 : 2. Con su división de *los campesinos* en categorías jurídicas, el autor se ha privado de la posibilidad de formarse una idea acertada de la *economía de estos campesinos*.

Si analizamos las haciendas de los diferentes tipos de campesinos por su grado de prosperidad, veremos que las familias acomodadas tienen por término medio 1.053,2 rublos de ingresos y 855,86 rublos de gastos, es decir, tienen un ingreso neto de 197,34 rublos. Una familia media tiene 473,8 rublos de ingresos y 471,61 rublos de gastos; es decir; un ingreso neto de 2,19 rublos por hacienda (esto sin tener en cuenta aún el crédito y los atrasos en el pago de impuestos); evidentemente, apenas si dispone de lo justo para vivir: de 11 haciendas, 5 tienen déficit. El grupo inferior de campesinos pobres, lleva su hacienda con francas pérdidas: con unos ingresos de 202,4 rublos, los gastos son de 223,78 rublos, es decir, el déficit asciende a 21,38 rublos[**]. Está claro que si agrupamos estas haciendas y tomamos el promedio general (ingreso neto de 44,11), desfiguraremos por completo la realidad. Eludiremos en ese caso (como lo hizo el señor Krivenko) el hecho de que los seis campesinos acomodados que obtienen un ingreso neto emplean jornaleros (8 personas), lo cual nos explica el carácter de su hacienda agrícola (pasa a ser de tipo capitalista), que les da un ingreso neto y los exime casi por completo de la necesidad de recurrir a las "ocupaciones auxiliares". Estos agricultores (todos juntos) cubren con ellas tan sólo el 6,5 % de su presupuesto (412 rublos de 6.319,5); además, estas ocupaciones son -según una indicación del señor Scherbina- tales como el "acarreo" o incluso el "tráfico de ovejas", es decir, que lejos de evidenciar su dependencia, presuponen, por el contrario, la explotación de otros (precisamente en el último caso de los citados, los "ahorros" acumulados se convierten en capital mercantil). Estos agricultores poseen 4 establecimientos industriales que les rinden 320 rublos (5%) de ingresos[***].

Otro es el tipo de hacienda de los campesinos medios: éstos, como hemos visto, apenas si tienen lo justo para vivir. La agricultura no cubre sus necesidades, y ellos obtienen el 19% de sus ingresos de las llamadas "ocupaciones auxiliares". Por el artículo del señor Scherbina nos enteramos de qué clase de ocupaciones son éstas. Las de siete labriegos aparecen indicadas: sólo dos de ellos tienen establecimientos independientes (de sastrería y de carboneo), los cinco restantes venden su fuerza de trabajo ("fue segador", "trabaja de obrero en una bodega", "trabaja a jornal en la recolección de las mieses", "vade pastor", "ha trabajado en una gran finca de la localidad"). Estos son ya medio campesinos y medio obreros. Los trabajos fuera de su hacienda les hacen descuidar ésta, con lo que la llevan definitivamente a la ruina.

Por lo que se refiere a los campesinos pobres, éstos llevan ya la agricultura con francas pérdidas; aumenta más aún la importancia de las "ocupaciones auxiliares" en el presupuesto (dan el 24% de los ingresos), y, a excepción de la de un aldeano, se reducen casi por completo a la venta de la fuerza de trabajo. En dos de estas haciendas predominan las "ocupaciones auxiliares" (trabajo a jornal), que proporcionan las dos terceras partes de los ingresos.

De ahí resulta claro que estamos en presencia de pequeños productores en proceso de completa

[*] Son particularmente grandes las diferencias en cuanto a la posesión de aperos; el valor medio de los aperos por hacienda es de 54,83 rublos. Pero entre los campesinos acomodados es el doble: 111,80 rublos; y entre los campesinos pobres, la tercera parte: 16,04 rublos. Entre los campesinos medios es de 48,44 rublos.

[**] Es interesante señalar que el presupuesto de los jornaleros -dos de siete campesinos pobres- resulta sin déficit: 99 rublos de ingresos y 93,45 rublos de gastos por familia. Uno de los jornaleros recibe del amo la comida, la ropa y el calzado.

[***] Véase el Apéndice I del presente volumen. (*N. de la Edit.*)

disociación, cuyos grupos superiores pasan a la burguesía y los inferiores al proletariado. Se comprende que si tomamos los promedios generales, no veremos nada de eso y no tendremos idea alguna de la economía del campo.

Sólo el empleo de estos ficticios promedios ha permitido al autor semejante procedimiento. Para determinar cuál es el lugar de estas haciendas típicas dentro del modelo de finca rústica común del distrito, el señor Scherbina toma el agrupamiento de los campesinos por la dimensión de las tierras parcelarías y resulta que las veinticuatro haciendas analizadas son superiores (por término medio) a la hacienda media del distrito, en cuanto a grado de prosperidad, en un tercio poco más o menos. Este cálculo no puede ser reconocido satisfactorio tanto porque entre los veinticuatro agricultores se observan enormes diferencias como porque el agrupamiento por tamaño de las parcelas encubre la disociación de los campesinos: la tesis del autor de que "las parcelas constituyen la causa fundamental del bienestar" del campesino es completamente errónea. Todo el mundo sabe que la distribución "igualitaria" de la tierra dentro de la comunidad no impide en lo más mínimo a sus miembros que carecen de caballo abandonar la tierra, entregada en arriendo, irse a otros lugares en busca de ocupación y convertirse en proletarios, y a otros que poseen numerosas caballerías obtener en arriendo grandes extensiones de tierra y explotar una gran finca, una finca rentable. Si tomamos, por ejemplo, nuestros veinticuatro presupuestos, veremos que un campesino rico saca en total de seis desiatinas de tierra parcelaría 758,5 rublos de ingresos; un campesino medio obtiene de 7,1 desiatinas de tierra parcelaría 391,5 rublos, y un campesino pobre, 109,5 rublos de 6,9 desiatinas de tierra parcelaría. En general, hemos visto que la proporción de los ingresos en los diferentes grupos es de 4 : 2 : 1, mientras que la proporción de tierra parcelaria será de 22,1 : 9,2 : 8,5=2,6 : 1,08 : 1. Esto es perfectamente comprensible, porque vemos, por ejemplo, que los campesinos acomodados, teniendo por término medio 22,1 desiatinas cada familia, llevan en arriendo otras 8,8 desiatinas más, mientras que los campesinos medios, teniendo menos tierra parcelaría (9,2 desiatinas), arriendan menos tierra -7,7 desiatinas-, y los campesinos pobres, con menos tierra parcelaría aún (8,5 desiatinas), cultivan en arriendo no más de 2,8 desiatinas (naturalmente, yo no quiero decir que los datos de las veinticuatro haciendas puedan refutar por sí solos la tesis sobre la importancia cardinal de la tierra parcelaria. Pero más arriba han sido expuestos datos de unos cuantos distritos que refutan por completo dicha tesis[45)]). Por eso, cuando el señor Krivenko afirma: "Desgraciadamente, los datos aportados por el señor Scherbina no pueden servir de medida exacta del estado general de cosas no ya en la provincia nada más, sino ni siquiera en el distrito", lo único que cabe replicar es que no pueden servir de medida sólo en el caso de que se recurra al erróneo método de calcular promedios (al cual no debía haber recurrido el señor Krivenko). Hablando en general, los datos del señor Scherbina son tan amplios y valiosos que permiten hacer conclusiones justas, y si el señor Krivenko no las ha hecho, de nada hay que culpar al señor Scherbina.

Este último ofrece, por ejemplo, en la pág. 197 el agrupamiento de los campesinos según el ganado de labor y no según la tierra parcelaría, es decir, un agrupamiento basado en datos económicos y no jurídicos, y este agrupamiento da pleno derecho a decir que las relaciones entre las diferentes categorías de las veinticuatro haciendas típicas mencionadas son completamente idénticas a las relaciones de los distintos grupos económicos para todo el distrito.

Este agrupamiento es el siguiente (la comparación de las veinticuatro haciendas típicas con las categorías de haciendas en todo el distrito ha sido hecha con los mismos métodos utilizados por el señor Scherbina para comparar el promedio de las veinticuatro haciendas mencionadas con los grupos por parcelas):

| Grupos de agricultores por la cantidad de ganado de labor | Número | | Corresponde a una familia | | | Familia media (bocas) | Porcentaje de familias | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | | Tierras desiaticas | | | | | | | | |
| | Agricultores | % de los mismos | Cabezas de ganado mayor | Parcelaria | Arrendada | | Con jornaleros | Con establecimientos mercantiles industriales | Sin casa | Sin jornaleros | Que no trabajan la tierra | Sin aperos |
| I. Sin ganado de labor. | 8.728 | 26,0 | 0,7 | 6,2 | 0,2 | 4,6 | 0,6 | 4,0 | 9,5 | 16,6 | 41,6 | 98,5 |
| II. Con una bestia de labor. | 10.510 | 31,3 | 3,0 | 9,4 | 1,3 | 5,7 | 1,4 | 5,4 | 1,4 | 4,9 | 2,9 | 2,5 |
| III. Con 2 o 3 bestias de labor. | 11.291 | 33,3 | 6,8 | 13,8 | 3,6 | 7,7 | 8,3 | 12,3 | 0,4 | 1,3 | 0,4 | - |
| IV. Con 4 y más. | 3.152 | 9,4 | 14,3 | 21,3 | 12,3 | 11,2 | 25,3 | 34,2 | 0,1 | 0,4 | 0,3 | - |
| Total | 33.581 | 100 | 4,4 | 11,2 | 2,5 | 6,7 | 5,7 | 10,0 | 3,0 | 6,3 | 11,9 | 23,4 |

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| De las 24 haciendas típicas.* | Jornaleros | 0,5 | 7,2 | 0 | 4,5 |
| | Pobres | 2,8 | 8,7 | 3,9 | 5,6 |
| | Medios | 8,1 | 9,2 | 7,7 | 8,3 |
| | Acomodados | 13,5 | 22,1 | 8,8 | 7,8 |
| | Total | 7,2 | 12,2 | 6,6 | 7,3 ** |

* Aquí, de los campesinos pobres han sido excluidos 2 jornaleros (números 14 y 15 de los presupuestos de Scherbina), así que sólo quedan 5 campesinos pobres.

** A propósito de este cuadro, tampoco se puede dejar de señalar que vemos aquí, exactamente lo mismo, un aumento de la cantidad de tierra arrendada a medida que crece el grado de prosperidad, a pesar del aumento de la superficie de tierra parcelaria. Los datos de otro distrito más confirman que es falsa la idea referente a la importancia cardinal de la tierra parcelaria. Por el contrario, vemos que la proporción de tierra parcelaria en el total de tierras en poder de dicho grupo disminuye a medida que aumenta el grado de prosperidad del mismo. Sumando la tierra parcelaria y la tierra arrendada y calculando el porcentaje que en esta suma corresponde a la primera, obtenemos los siguientes datos por grupos: I) 96,8%; II) 85%; III) 79.3%: IV) 63,3%. Y este fenómeno es muy comprensible. Sabemos que, desde la abolición de la servidumbre, la tierra se ha convertido en Rusia en una mercancía. Quien tiene dinero, siempre puede comprar tierra; también la parcelaria hay que comprarla. Está claro que los campesinos acomodados concentran en sus manos la tierra y que esta concentración se expresa más aún en el arriendo a causa de las restricciones medievales puestas a la compra-venta de la tierra parcelaria. Los «amigos del pueblo», que están a favor de dichas restricciones, no comprenden que esta absurda medida reaccionaria no hace sino empeorar la situación de los campesinos pobres: arruinados y privados de aperos, los campesinos deben entregar en todo caso en arriendo la tierra; y la prohibición de este arriendo (o venta) llevará ora a que la entreguen en secreto y, por consiguiente, en peores condiciones para el que la entrega, ora a que los campesinos pobres entreguen gratuitamente la tierra «a la comunidad», es decir, a ese mismo kulak.

No puedo menos de transcribir aquí el razonamiento, profundamente exacto, de Gúrvich acerca de esta famosa «inalienabilidad»:

«Para orientarse en esta cuestión, debemos examinar quién es el comprador de la tierra del campesino. Hemos visto que sólo la parte menor de los lotes de tierra "chetviertnaya" fue comprada por mercaderes. Hablando en general, los pequeños lotes vendidos por los nobles los compran sólo campesinos. Por lo tanto, esta cuestión atañe únicamente a las relaciones entre los campesinos y no lesiona los intereses ni de la nobleza ni de la clase capitalista. Es muy posible que en tal caso sea conveniente para el gobierno ruso dar una limosna a los populistas. Esta extraña unión (*mésalliance*) del paternalismo oriental con un monstruoso prohibicionismo socialista de Estado es difícil que deje de provocar la oposición precisamente de los mismos a quienes se quiere favorecer. Como las causas del proceso de disociación del campo radican con toda evidencia en el interior de éste y no fuera de él, la inalienabilidad de la tierra del campesino será simple sinónimo de "expropiación sin indemnización de los campesinos pobres en beneficio de los ricos de la comunidad.

Vemos que el porcentaje de colonos inmigrados entre los campesinos «chetviertníe»[46], que tenían derecho a enajenar su tierra, era considerablemente más alto que entre los campesinos que fueron siervos del Estado y poseían la tierra en régimen de comunidad: precisamente en el distrito de Ranenburgo (provincia de Riazán), el porcentaje de colonos inmigrados entre los primeros era del 17 %; y entre los segundos, de 19%. En el de Dánkov, entre los primeros era del 12%; y entre los segundos, del 5%. ¿Cuál es el origen de esta diferencia? Quedará claro con un ejemplo concreto:

"En 1881, una pequeña comunidad de cinco labriegos que habían sido siervos de Grigórov, emigró de la aldea de Biguildino, distrito de Dánkov. Vendieron su tierra, 30 desiatinas, a un campesino rico por 1.500 rublos. En su anterior lugar de residencia, estos colonos carecían de medios de subsistencia, y la mayoría de ellos trabajaban como peones todo el año" (*Recopilación de datos estadísticos*, parte II, págs. 115, 247). Según datos del señor Grigóriev (*La migración campesina de la provincia de Riazán*) 300 rublos era el precio del lote medio de tierra de un campesino, lote que tenía seis desiatinas, lo suficiente para que una familia campesina pudiera establecer una hacienda agrícola en el sur de Siberia. De este modo, un campesino completamente arruinado tendría la posibilidad, vendiendo su lote de tierra de la comunidad, de hacerse agricultor en el nuevo territorio. Es poco probable que la veneración de las sagradas costumbres de los antepasados pudiera impedir que se cayera en la tentación a menos que interviniera contra la serenísima burocracia.

«Me acusarán, naturalmente, de pesimismo, como me acusaron recientemente por mis puntos de vista sobre la colonización campesina (*El Mensajero del Norte*, 1892, núm. 5, artículo de Bogdánovski). Por lo común se razona poco más o menos así: admitamos que la descripción corresponde exactamente a la realidad tal y como es, pero las consecuencias perniciosas (de la migración) deben su origen a las condiciones anormales en que viven los campesinos, y en condiciones normales las objeciones (contra la migración) "no tendrían fuerza". Sin embargo, es de lamentar que estas condiciones realmente "anormales" se desarrollen de modo espontáneo, y que no esté en la mano de los bienhechores de los campesinos el crear condiciones "normales" (obra citada, pág. 137)[47].

No cabe ninguna duda de que, en general y por término medio, las veinticuatro haciendas típicas están por encima del modelo de finca rústica común del distrito. Pero si en lugar de estos promedios ficticios tomamos las categorías económicas, podremos hacer comparaciones.

Vemos que las haciendas típicas de los jornaleros están en condiciones algo inferiores a las haciendas campesinas que no poseen ganado de labor, pero muy próximas a ellas. Las condiciones de las haciendas pobres se asemejan mucho a las condiciones de las que disponen de una bestia de labor (si tienen 0,2 menos de ganado: los campesinos pobres tienen 2,8; y los campesinos con un solo caballo, 3; en cambio, tienen algo más de tierra, contándola toda, la parcelada y la arrendada: 12,6

desiatinas contra 10,7). Las condiciones de los campesinos medios son muy poco superiores a las de quienes poseen dos o tres bestias de labor (poseen algo más de ganado y algo menos de tierra), y los campesinos acomodados se asemejan a los que tienen 4 y más bestias de labor, viviendo en condiciones un poco *inferiores* a ellos. Podemos, por tanto, sacar la conclusión de que, en total, en el distrito hay no menos de 0,1 campesinos que llevan con buena mano y rendimiento una economía agrícola y no necesitan buscar ingresos suplementarios. (Es importante señalar que los ingresos procedentes de la agricultura se expresan en dinero y, por consiguiente, presuponen su carácter mercantil.) Explotan su hacienda en grado considerable con obreros asalariados: en no menos de la cuarta parte de estas haciendas trabajan jornaleros permanentes, y se desconoce el número de temporeros que emplean. Siguen los campesinos pobres, que son más de la mitad en el distrito (hasta 0,6: sin caballo o con un caballo, 26% + 31,3% =57,3%) y llevan la hacienda con pérdidas; por consiguiente, arruinándose y viéndose sometidos a una expropiación constante e inexorable. Están precisados a vender su fuerza de trabajo, y cerca de la cuarta parte de ellos vive ya en mucho mayor grado del trabajo asalariado que de la agricultura. El resto son campesinos medios que explotan a trancas y barrancas su hacienda con déficit constante, teniendo que buscar ingresos complementarios y sintiéndose privados, por consiguiente, de la menor estabilidad económica.

Me he detenido a propósito con tanto detalle en estos datos para demostrar hasta qué punto el señor Krivenko ha desvirtuado la realidad. Sin pensarlo mucho toma promedios generales y opera con ellos: se entiende que resulte no sólo una ficción, sino una falsedad incuestionable. Hemos visto, por ejemplo, que un campesino acomodado (de los presupuestos típicos) cubre con sus ingresos netos (+ 197,34) los déficit de *nueve* hogares pobres (-21,38 X 9= -192,42), de manera que el 10% de los campesinos ricos del distrito no sólo cubren los déficit del 57% de los campesinos pobres, sino que dan cierto excedente. Y el señor Krivenko, al calcular del presupuesto medio de veinticuatro haciendas un superávit de 44,14 rublos (y sin crédito ni atrasos, 15,97 rublos), habla de que se empobrecen los campesinos medios y menos que medios. Pero, en realidad, quizás pueda hablarse de empobrecimiento sólo en relación con el campesino medio[*], pues, en cuanto a la masa de campesinos pobres, vemos ya *una expropiación directa*, acompañada, además, de la concentración de los medios de producción en manos de una minoría que posee haciendas relativamente grandes y sólidas.

La omisión de esta última circunstancia no ha dejado al autor ver otro rasgo, muy interesante, de los presupuestos tratados, los cuales demuestran igualmente que *la disociación de los campesinos crea mercado interior*. Por una parte, la importancia de los ingresos procedentes de las ocupaciones auxiliares (6,5%, 18,8%, 23,6% del total del presupuesto de los campesinos acomodados, medios y pobres) aumenta a medida que se desciende del grupo superior al inferior, es decir, debido principalmente a la venta de la fuerza de trabajo. Por otra parte, conforme se pasa de los grupos inferiores a los superiores aumenta el carácter mercantil (más aún: *burgués*, como hemos visto) de la agricultura, aumenta el porcentaje de cereal que va al mercado: los ingresos de la agricultura por categoría de campesinos son:

$$a)\ \frac{3.861.7}{1.774,4}\quad b)\ \frac{3.163,8}{899,9}\quad c)\ \frac{689,9}{175,25}$$

El denominador indica la parte monetaria de los ingresos[**], que constituye el 45,9%, el 28,3% y el 25,4% de la categoría superior a la inferior.

Una vez más vemos claramente aquí cómo se convierten *en capital* los medios de producción que pierden los campesinos expropiados.

Se comprende que el señor Krivenko no podía llegar a conclusiones acertadas de los datos utilizados -o, mejor dicho, mutilados-. Después de describir, con lo que le contó un campesino de Nóvgorod, vecino suyo de vagón en un viaje por ferrocarril, el carácter monetario de la hacienda rural de aquellos lugares, se ve obligado a sacar la justa conclusión de que es precisamente este ambiente, el de la economía mercantil, el que "forma" las "cualidades peculiares" y origina una sola preocupación, la de "cosechar lo más barato posible (siega de hierba)" y "vender lo más caro posible" (pág. 156)[***]. Esta situación sirve

[*] Y aun esto es poco probable que sea cierto, porque el venir a menos supone una pérdida temporal y fortuita de la estabilidad, mientras que el campesino medio, como hemos visto, se encuentra siempre en una situación inestable, al borde de la ruina.

[**] Para deducir los ingresos en dinero de la agricultura (Scherbina no los aduce), hubo que recurrir a cálculos bastante complicados. Del total rentado por los cereales fue preciso descontar los ingresos procedentes de la venta de paja y granzas, destinadas, según palabras del autor, para piensos del ganado. El autor mismo los excluye en el capítulo XVIII, pero sólo del total del distrito y no de los datos relativos a las veinticuatro haciendas tratadas. Yo he deducido de los totales de su cálculo el porcentaje de los ingresos debidos al grano (en comparación con los de todos los procedentes de los cereales, es decir, del grano y de la paja con las granzas, y de este porcentaje he excluido, en el caso presente, la paja y las granzas. Este porcentaje es de 78,98 para el centeno, de 72,67 para el trigo, de 73,32 para la avena, y la cebada, y de 77,78 para el mijo y el trigo sarraceno. Luego se ha calculado ya, descontando la cantidad gastada en la hacienda, la cantidad de grano vendido.

[***] "Hay que contratar al jornalero lo más barato posible y sacar provecho de él" -dice con mucho tino el señor

de "escuela" "que despierta (¡es cierto!) y afina las dotes comerciales". "Se descubren talentos que dan los Kolupáev, los Derunov[48] y otras sanguijuelas[*], y los simplones e ingenuos quedan atrasados, vienen a menos, se arruinan y se convierten en jornaleros" (pág. 156).

De los datos relativos a una provincia agrícola (la de Vorónezh), que se encuentra en condiciones completamente distintas, se derivan las mismas conclusiones. Se diría que la cosa es bastante evidente: aparece ante nosotros con claridad el sistema de economía mercantil como telón de fondo principal de la economía del país en general y de los "campesinos" "comunales" en particular; aparece también ante nosotros *el hecho* de que es la economía mercantil, *y precisamente ella*, la que divide al "pueblo" y a los "campesinos" en proletariado (se arruinan, acaban en jornaleros) y burguesía (sanguijuelas), es decir, se convierte en economía capitalista. ¡Pero los "amigos del pueblo" jamás se deciden a mirar a la realidad cara a cara y a llamar a las cosas por su nombre (esto es demasiado "duro")! El señor Krivenko reflexiona así:

"Algunos consideran este orden completamente natural (habría que añadir: consecuencia completamente natural del carácter capitalista de las relaciones de producción. Entonces sería ésta una exposición exacta de las opiniones "de algunos", ya no se podría salir del paso con frases vacías y habría que tratar el asunto a fondo. Cuando el autor no se proponía el objetivo especial de impugnar a "algunos", él mismo hubo de reconocer que la economía monetaria es precisamente la "escuela" que forma a las sanguijuelas "de talento" y a los jornaleros "simplones") y ven en ella misión insuperable del capitalismo. (¡En efecto! Considerar que es preciso impugnar precisamente la "escuela" y a las "sanguijuelas" que en ella mangonean con sus lacayos administrativos e intelectuales significa creer que el capitalismo es insuperable. En cambio, dejar intacta por completo la "escuela" capitalista con las sanguijuelas y querer eliminar sus productos capitalistas con medias tintas liberales ¡significa ser un verdadero "amigo del pueblo"!) Nosotros tenemos de esto una opinión algo distinta. El capitalismo, sin duda alguna, desempeña aquí un papel considerable, y lo hemos señalado más arriba (se trata precisamente de la alusión anterior a la escuela de sanguijuelas y jornaleros); sin embargo, no se puede afirmar que su papel sea tan universal y decisivo, que en los cambios que se operan en la economía nacional no haya otros factores y que en el futuro no haya otra salida" (pág. 160).

¡Fíjense! En lugar de una definición exacta y directa del régimen contemporáneo, en lugar de una respuesta precisa a la pregunta de por qué *los campesinos* se dividen en sanguijuelas y jornaleros, el señor Krivenko sale del paso con frases que nada explican, "No se puede afirmar que el papel del capitalismo sea decisivo". En eso precisamente estriba toda la cuestión: en si se puede afirmar esto o no.

Para defender su opinión, usted debería haber señalado qué otras causas *deciden* el asunto, qué otra *salida* puede haber además de la que indican los socialdemócratas: la lucha de clase del proletariado contra las sanguijuelas[**]. Sin embargo, no se hace ninguna indicación. Por más que tal vez el autor tome como una indicación lo que va a renglón seguido. Por divertido que ello sea, de los "amigos del pueblo" se puede esperar todo.

"Como hemos visto, vienen a menos, ante todo, las haciendas débiles que disponen de poca tierra", a saber: lotes de menos de 5 desiatinas. "Pero las haciendas típicas de campesinos que fueron siervos en tierras del Estado, con 15,7 desiatinas de tierra parcelaria, se distinguen por su estabilidad... Bien es verdad que para obtener semejante ingreso (líquido, 80 rublos), toman además en arriendo 5 desiatinas, pero esto es sólo un índice de lo que necesitan".

¿A qué se reduce, pues, esta "enmienda" que liga al capitalismo la famosa "escasez de tierras"? Se reduce a que unos pierden lo poco que tienen y a que otros, los que son poseedores (de 15,7 desiatinas), adquieren todavía más[**]. ¡¡Esto es un simple remedo de la tesis de que unos se arruinan y otros se enriquecen!! Ya va siendo hora de abandonar estas frases vacuas sobre la escasez de tierras, que nada explican (ya que a los campesinos no les dan gratis las parcelas, sino, que se las venden) y sólo describen el proceso, con inexactitud además, puesto que, lejos de hablar sólo de la tierra, hay que hacerlo asimismo de los medios de producción en general, y no de que los campesinos tienen "pocos" medios de producción, sino de que los campesinos *son eximidos* de ellos, *son expropiados* por el capitalismo ascendente. "Nosotros en modo alguno queremos decir -afirma

---

Krivenko en el lugar citado.

[*] ¡Señor Yuzhakov! ¿Cómo es eso? Su colega dice que las “sanguijuelas” salen de los “talentos” y usted aseguraba que los hombres se hacen “sanguijuelas” únicamente porque no poseen “mente crítica”. ¡Señores, eso de contradecirse el uno al otro en una misma revista ya no está bien!

[**] Si hasta ahora sólo son capaces de hacer suya la idea de la lucha de clase del proletariado contra la burguesía los obreros fabriles urbanos, y no los jornaleros rurales “simplones e ingenuos”, es decir, precisamente los que han perdido estas buenas cualidades, tan ligadas con las “bases seculares” y con el “espíritu de la comunidad rural”, esto no demuestra sino que la teoría de los socialdemócratas sobre la labor progresiva y revolucionaria del capitalismo ruso es acertada.

[**] No hablo ya de cuán absurda es la noción de que los campesinos que poseen igual lote de tierra son iguales entre sí y no se dividen asimismo en “sanguijuelas” y “jornaleros”.

como conclusión de su filosofía el señor Krivenko- que la agricultura debe y puede, en todas las condiciones, seguir siendo "natural" y estar separada de la industria manufacturera (¡otra vez frases! ¿Pero no se ha visto usted obligado hace un momento a reconocer la existencia, ya en el presente, de la escuela de la economía monetaria, que presupone el intercambio, y, por consiguiente, la separación de la agricultura y la industria manufacturera? ¿Para qué venir de nuevo con ese galimatías de lo que se puede y lo que se debe?), sino que sólo decimos que no es racional crear una industria artificiosamente separada (es interesante saber si están "separadas" las pequeñas industrias de Kimry y Pávlovo y quién, cómo y cuándo las ha "creado artificiosamente") y que el hecho de que el trabajador se vea privado de la tierra y de los aperos sucede bajo la influencia no sólo del capitalismo, sino también de otros factores que le han precedido y han contribuido a su advenimiento".

Aquí, por lo visto, presuponíase de nuevo profundidad de pensamiento acerca de que si el trabajador se ve privado de la tierra, que pasa a manos de las sanguijuelas, es porque el primero tiene "poca tierra" y el segundo "mucha".

¡Y semejante filosofía acusa a los socialdemócratas de "estrechez", siendo así que éstos ven la causa decisiva en el capitalismo!... Me he detenido una vez más a hablar con tanto detalle de la disociación de los campesinos y de los artesanos precisamente porque era necesario dejar bien claro cómo ven y explican el problema los socialdemócratas. Era necesario mostrar que los mismos hechos que para el sociólogo subjetivista son reflejo de que los campesinos "se han empobrecido" y los "buscavidas" y las "sanguijuelas" "han hecho su agosto", desde el punto de vista del materialista lo son de la disociación burguesa de los productores de mercancías, disociación operada inevitablemente en virtud de la economía mercantil misma. Era necesario mostrar en qué hechos se basa la tesis (inserta más arriba, en el primer fascículo[*]) de que la lucha de los poseedores contra los desposeídos se desarrolla en Rusia por todas partes, no sólo en las fábricas y los talleres, sino también en la aldehuela más remota, y que en todas partes es la lucha de la burguesía y el proletariado, clases nacidas de la economía mercantil. La disociación, proceso por el que nuestros campesinos y artesanos se proletarizan y que puede ser descrito con exactitud gracias a datos tan excelentes como la estadística de los zemstvos, es la prueba *fehaciente* de que en lo cierto está precisamente la concepción socialdemócrata de la realidad rusa, según la cual el campesino y el artesano son *pequeños productores* en el sentido "categórico" de la locución, es decir, *pequeños burgueses*. Esta tesis puede ser denominada punto central de la teoría del SOCIALISMO OBRERO con relación al viejo socialismo campesino que no comprendía ni el ambiente de economía mercantil en que vive este pequeño productor ni su disociación capitalista en dicho ambiente. Y por lo tanto, quien quiera criticar en serio la teoría de la socialdemocracia habrá de concentrar su argumentación en eso mismo, deberá demostrar que Rusia, en el sentido político y económico, no es un sistema de economía mercantil, que la disociación de los campesinos no se opera en ese terreno, que la expropiación de la población en masa y la explotación del trabajador pueden ser explicadas por otra razón cualquiera y no por la organización burguesa, capitalista de nuestra economía social (incluida la hacienda rural).

¡Inténtenlo, señores!

Además, hay otra razón que me hace preferir precisamente los datos de la hacienda del campesino, así como del artesano, para ilustrar la teoría socialdemócrata. No me atendría al método materialista si, al criticar los puntos de vista de los "amigos del pueblo", me limitase a confrontar sus ideas con las ideas marxistas. Es necesario, además, explicar las ideas "Populistas", demostrar su fundamento MATERIAL en nuestras relaciones socioeconómicas contemporáneas. Los cuadros y los ejemplos de la hacienda de nuestros campesinos y de la economía de nuestros artesanos muestran quién es este "campesino", ideólogos del cual quieren ser los "amigos del pueblo". Muestran el carácter burgués de la economía de nuestra aldea y confirman así cuán atinado es clasificar a los "amigos del pueblo" entre los ideólogos de la pequeña burguesía. Más aún: muestran que entre las ideas y los programas de nuestros radicales y los intereses de la pequeña burguesía existe un nexo estrechísimo, que se verá más claro aún cuando examinemos detalladamente sus programas y que nos explica la difusión tan amplia que han alcanzado en nuestra "sociedad" estas ideas radicales; dicho nexo explica también perfectamente el servilismo político de los "amigos del pueblo" y su predisposición a los compromisos.

Ha habido, por último, una razón más para que me detenga con tanto detalle en la economía de los aspectos de nuestra vida social de menor desarrollo capitalista que son, por lo común, la fuente donde los populistas han bebido para exponer sus teorías. La manera más fácil de contestar con propiedad a una de las objeciones más difundidas que circulan entre los populistas contra la socialdemocracia era estudiar y describir esta economía. Partiendo de la idea corriente sobre la contradicción entre el capitalismo y el "régimen popular" y viendo que los socialdemócratas conceptúan de fenómeno progresivo el gran capitalismo y quieren apoyarse precisamente en él para luchar contra el régimen expoliador de hoy, nuestros radicales, sin pensarlo mucho, los acusan de que dan de lado los intereses de

[*] Véase el presente volumen., (*N. de la Edit.*)

las masas de la población campesina, quieren "hacer pasar a todos los mujiks por la caldera de la fábrica", etc.

Se fundan todas estas reflexiones en el método de sorprendentes rareza y falta de lógica que consiste en juzgar del capitalismo por lo que éste es en realidad; y de la aldea, por lo que ésta "puede ser". Se comprende que la mejor contestación a eso es mostrarles la aldea *verdadera*, la *verdadera* economía rural.

Quien examine de manera imparcial y científica esta economía, deberá reconocer que la Rusia rural constituye un sistema de mercados pequeños y desmembrados (o de pequeñas secciones de un mercado central) que dominan en la vida socioeconómica de pequeñas zonas sueltas. Y en cada una de estas zonas vemos todos los fenómenos que, en general, lleva implícitos la organización socioeconómica del país que tiene por regulador el mercado: vemos la disociación de los productores directos -en un tiempo iguales, patriarcales- en ricos y pobres, vemos el surgimiento del *capital*, sobre todo del capital mercantil, que teje sus redes sobre el trabajador y le saca todos los jugos. Cuando se compara la descripción que nuestros radicales hacen de la economía rural con los datos exactos que de ella dan las primeras fuentes, uno se admira de que en el sistema de concepciones que criticamos no haya cabido la masa de pequeños mercachifles que pululan en cada uno de estos mercados, la masa de todos esos "sacacuartos", trapaceros y demás zascandiles, como los llaman los campesinos en los pueblos, de toda esta masa de pequeños explotadores que campan por sus respetos en los mercados y oprimen sin piedad al trabajador. De ordinario se les deja simplemente fuera de la cuenta: "éstos -se dice- ya no son campesinos, sino mercachifles". Sí, tienen ustedes toda la razón: éstos "ya no son campesinos". Pero prueben a incluir a todos estos "mercachifles" en un grupo aparte, es decir, empleando el lenguaje exacto de la economía política, a todos los que tienen una empresa comercial y a los que, aunque sólo sea en parte, se apropian trabajo ajeno; prueben ustedes a expresar con datos exactos la fuerza económica de este grupo y el lugar que él ocupa en toda la economía de la zona; prueben después a incluir en un grupo opuesto a todos los que "tampoco son ya campesinos" porque llevan al mercado su fuerza de trabajo, porque no trabajan para sí, sino para otro; prueben a cumplir todos estos requisitos elementales de un estudio imparcial y serio y verán un cuadro tan claro de la disociación burguesa que no les dejará del mito sobre el "régimen popular" más que el recuerdo. Esta masa de pequeños explotadores rurales constituye una fuerza terrible, terrible sobre todo porque abruma al trabajador por separado, uno a uno, porque lo ata a su yugo y le quita toda esperanza de redención; terrible porque esta explotación, dada la barbarie de la aldea como consecuencia del escaso rendimiento del trabajo y de la falta de relaciones propias del sistema descrito, no es sólo un robo del trabajo, sino, además, un ultraje asiático del individuo, ultraje que observamos de continuo en el campo. Si comparan ustedes esta aldea *verdadera* con nuestro capitalismo, comprenderán por qué los socialdemócratas consideran progresiva la labor de nuestro capitalismo cuando éste reúne los pequeños mercados sueltos en un mercado de toda Rusia, cuando crea un puñado de grandes "pilares de la patria" en lugar de la infinidad de pequeñas sanguijuelas adictas al régimen, cuando socializa el trabajo y eleva su productividad, cuando rompe esta subordinación del trabajador a las sanguijuelas locales y crea la subordinación al gran *capital*. Pese a los horrores de la opresión del trabajo, de la agonía lenta, del embrutecimiento, de la mutilación de los organismos de las mujeres y los niños, etc., esta segunda subordinación es un progreso comparada con la primera porque DESPIERTA EL PENSAMIENTO DEL OBRERO, convierte el descontento sordo y confuso en protesta consciente, convierte el motín aislado, pequeño, absurdo en lucha organizada de clase por la emancipación de todo el pueblo trabajador, lucha que extrae su fuerza de las condiciones mismas de existencia de este gran capitalismo y puede contar indiscutiblemente por igual razón con un ÉXITO SEGURO.

Los socialdemócratas, en respuesta a la acusación de que dan de lado a las masas campesinas, pueden apelar con pleno derecho a las palabras de Carlos Marx:

> *"La crítica no ha deshojado las flores imaginarias que adornaban las cadenas para que el hombre las siga llevando despojadas de todo ornato de fantasía, sino para que se sacuda las cadenas y tienda la mano hacia la flor viva*" [49].

Los socialdemócratas rusos deshojan las flores imaginarias que adornan nuestra aldea, luchan contra las idealizaciones y las fantasías, realizan la labor destructiva por la que tanto los odian a muerte los "amigos del pueblo". Y no lo hacen para que la masa de los campesinos permanezca en el actual estado de opresión, agonía lenta y esclavitud, sino para que el proletariado comprenda cuáles son las cadenas que sujetan por todas partes al trabajador, para que comprenda cómo se forjan estas cadenas y sepa alzarse contra ellas a fin de sacudírselas y tender la mano hacia la flor verdadera.

Cuando llevan esta idea a los componentes de la clase trabajadora que, por su situación, son los únicos capaces de adquirir conciencia de clase e iniciar la lucha de clase, los acusan de querer hacer pasar al mujik por la caldera de la fábrica.

¿Y quiénes los acusan?

¡Gentes que cifran en el "gobierno" y en la "sociedad", es decir, en los organismos de esa misma burguesía que ha aherrojado por todas partes a los trabajadores, las esperanzas de verlos emancipados!

¡Y semejantes peleles- se atreven a hablar de que los socialdemócratas no tienen ideales!

- - -

Pasemos al programa político de los "amigos del pueblo", de cuyas concepciones teóricas nos parece que ya nos hemos ocupado demasiado. ¿Con qué medidas quieren "sofocar el incendio"? ¿Dónde ven la salida, que, según el parecer de ellos, los socialdemócratas han señalado erróneamente?

"Reorganización del Banco Campesino -dice el señor Yuzhakov en el artículo *El Ministerio de Agricultura* (núm. 10 de *Rússkoie Bogatstvo*)-, institución del departamento de colonización, ordenación del régimen de arrendamiento de las tierras del Estado en beneficio de la economía nacional..., estudio y regulación de los arrendamientos: tal es el programa de restablecimiento de la economía popular y protección de la misma contra la violencia (*¡sic!*) económica por parte de la naciente plutocracia". Y en el artículo *Problemas del desarrollo económico*, este programa de "restablecimiento de la economía popular" se completa con los "pasos primeros, pero necesarios" que siguen: "supresión de los obstáculos de toda clase que actualmente traban la comunidad rural; liberación de ésta del régimen de tutela, paso al laboreo de la tierra por la comunidad (socialización del trabajo agrícola) y desarrollo de la elaboración por la comunidad de las materias primas obtenidas de la tierra". Y los señores Krivenko y Káryshev añaden: "Crédito barato, organización de haciendas en forma de artel, garantía de venta, posibilidad de prescindir de la ganancia empresarial (de esto se habla especialmente más adelante), invención de motores más baratos y de otras mejoras técnicas"; por último, "museos, almacenes, agencias de corretaje".

Fíjense en este programa y verán que dichos señores pisan con ambos pies el terreno de la sociedad moderna (es decir, el terreno del orden capitalista, sin darse cuenta) y quieren salir del paso poniéndole remiendos y haciéndole composturas, sin comprender que lo único que pueden hacer todos sus progresos -crédito barato, mejoras técnicas, bancos, etc.- es fortalecer y desarrollar a la burguesía.

Nik.-on tiene plena razón, naturalmente -y ésta es una de sus tesis más valiosas, contra la cual no podían menos de protestar los "amigos del pueblo"-, al decir que aquí de nada vale reforma alguna hecha en el régimen actual, que ni el crédito, ni la colonización, ni las reformas tributadas, ni el paso de toda la tierra a manos de los campesinos cambiarán nada de manera esencial, sino que, por el contrario, deben fortalecer y desarrollar la economía capitalista, trabada en el presente por una "tutela" excesiva, por los restos de gabelas feudales, por la sujeción de los campesinos a la tierra, etc. Los economistas que desean un desarrollo extensivo del crédito -dice-, como el príncipe Vasílchikov (indudable "amigo del pueblo" por sus ideas), quieren lo mismo que los economistas "liberales", es decir, burgueses, "tienden a desarrollar y consolidar las relaciones capitalistas". No comprenden el antagonismo de nuestras relaciones de producción (en *el campesinado* lo mismo que en los otros sectores), y en lugar de intentar poner este antagonismo en sendero despejado, en lugar de adherirse abiertamente a los que están esclavizados en virtud de este antagonismo y tratar de fomentarlo para que ellos se alcen, sueñan con poner fin a la lucha aplicando medidas extensivas a todos, medidas tendentes a la conciliación y la unificación. Se comprende cuál puede ser el resultado de todas esas medidas: baste recordar los ejemplos de disociación arriba citados para persuadirse de que sólo estará en condiciones de aprovecharse de todos estos créditos*, mejoras, bancos y demás "progresos" quien, además de explotar una hacienda bien organizada y sólida, tenga ciertos “ahorros", es decir, una insignificante minoría, gente de la pequeña burguesía. Y por mucho que reorganicen el Banco Campesino y otras instituciones semejantes, en nada modificarán el hecho básico y cardinal de que la masa de la población ha sido y continúa siendo expropiada, que lejos de poseer medios para llevar una hacienda bien organizada, no tiene ni siquiera para alimentarse.

Otro tanto hay que decir de los "arteles", del "laboreo de la tierra por la comunidad". El señor Yuzhakov llama "socialización del trabajo agrícola" a este último. El aserto no es, desde luego, más que un caso curioso, ya que, para socializar, hay que organizar la producción, y no en los límites de una aldehuela cualquiera, porque para eso es preciso expropiar a las "sanguijuelas" que han monopolizado los medios de producción y dominan la economía social rusa presente. Para lo cual se necesita luchar, luchar, y luchar y no una fútil moral pequeñoburguesa.

Y por eso, semejantes medidas se convierten en sus manos en tímidas medias tintas liberales que subsisten merced a la generosidad de los burgueses filantrópicos y que, al apartar de la lucha a los explotados, causan un daño mucho mayor que la posible mejora de la situación de algunos, forzosamente mezquina e inestable por cuanto su base general son las relaciones capitalistas. El siguiente juicio del señor Krivenko muestra hasta dónde llega la desfachatez de estos señores en su tentativa de encubrir, claro que con las mejores

* Esta idea -la del apoyo con créditos a la “economía popular”, es decir, a la economía de los pequeños productores en las relaciones capitalistas (y, como hemos visto, los “amigos del pueblo” ya no pueden negar que éstas existen)-, esta absurda idea, que prueba la incomprensión de las verdades elementales de la economía política teórica, muestra con toda evidencia cuán trivial es la teoría de estos señores, que pretenden nadar entre dos aguas.

intenciones, el antagonismo existente en la vida rusa para lograr el cese de la lucha actual, es decir, justamente con las mismas intenciones de que está empedrado el camino del infierno:

"La intelectualidad dirige las empresas de los fabricantes y puede dirigir la industria popular".

Toda su filosofía se reduce a una quejicosa cantinela en torno al tema de que hay lucha y explotación, pero "podría" también no haberla, si... si no hubiese explotadores. En efecto, ¿qué ha querido decir el autor con su absurda frase? ¿Podría negarse acaso que de las universidades y otros centros de enseñanza de Rusia sale cada año una "intelectualidad" (??) que busca únicamente quien le dé el sustento? ¿Por ventura podría negarse que sólo la minoría burguesa posee hoy en Rusia los medios necesarios para la manutención de esta "intelectualidad"? ¿Es que la intelectualidad burguesa en Rusia va a desaparecer por el hecho de que los "amigos del pueblo" digan que "podría" servir a otro dueño que no fuese la burguesía? Sí, "podría", si no fuese burguesa. ¡"Podría" no ser burguesa "si" no hubiese en Rusia burguesía ni capitalismo! ¡Y hay gentes que se pasan la vida repitiendo sólo estos condicionales "si"! Por lo demás, estos señores no sólo se niegan a conceder una importancia decisiva al capitalismo, sino que, en general, no quieren ver nada malo en él. Si se eliminan ciertos "defectos" tal vez no se coloquen ellos muy mal dentro del capitalismo. Véase esta declaración del señor Krivenko:

"La producción capitalista y la capitalización de las industrias de oficio en modo alguno son unas puertas por las que la industria manufacturera pueda tan sólo alejarse del pueblo. Por supuesto, puede alejarse del pueblo, pero puede también entrar en la vida popular y acercarse a la economía rural y a la industria extractiva. Para ello son posibles varias combinaciones, y para tal fin igual pueden servir otras puertas que estas mismas" (161). El señor Krivenko reúne ciertas cualidades muy buenas, en comparación con el señor Mijailovski. Por ejemplo, franqueza y nada de circunloquios. Donde el señor Mijailovski hubiera escrito páginas enteras de frases pulidas y vivaces, dando rodeos al tema sin entrar en él, el afanoso y práctico señor Krivenko va derecho al grano y, sin remordimientos de conciencia, vuelca ante el lector todos los absurdos de sus puntos de vista, sin excepción. Ahí va uno, para que vean: "El capitalismo puede entrar en la vida popular". ¡Es decir, el capitalismo es posible sin separar de los medios de producción al trabajador! Esto es admirable, por cierto; ahora tenemos, al menos, una idea clarísima de lo que quieren los "amigos del pueblo". Quieren economía mercantil sin capitalismo, capitalismo sin expropiación y sin explotación, con sólo pequeña burguesía que vegete en paz bajo la protección de terratenientes humanitarios y administradores liberales. Y con aire serio de funcionarios de ministerio, que tienen la intención de colmar de beneficios a Rusia, se ponen a imaginar combinaciones de un orden de cosas en el que los lobos se hayan dado un hartazgo y las ovejas estén intactas. Para formarse una idea del carácter de estas combinaciones, debemos remitirnos al artículo de este mismo autor inserto en el número 12 (*Acerca de los intelectuales solitarios*): "La forma cooperativa y estatal de industria -razona el señor Krivenko, imaginándose, por lo visto, que lo "han llamado" ya "a resolver problemas económicos prácticos"- en modo alguno ofrece todo lo que cabe en este caso. Es posible, por ejemplo, tal combinación". Y refiere a renglón seguido cómo llegó a la Redacción de *Rússkoie Bogatstvo* un perito con el proyecto de explotación técnica de la región del Don en forma de sociedad anónima por pequeñas acciones (no más de 100 rublos). Se propuso al autor del proyecto que lo modificase aproximadamente de forma que "las acciones no perteneciesen a individuos particulares, sino a comunidades rurales; además, la parte de la población que entrase a trabajar en las empresas recibiría el salario corriente, y las comunidades rurales le asegurar la vinculación a la tierra".

¡Qué genio administrativo!, ¿verdad? ¡Qué llana y fácilmente se introduce el capitalismo en la vida popular y se eliminan sus cualidades perniciosas! Lo único que hace falta es arreglar las cosas de manera que, por mediación de la comunidad, los ricachos rurales compren acciones* y obtengan ingresos de la empresa en que trabajaría "parte de la población", a la cual se aseguraría la vinculación a la tierra; una "vinculación" que no ofrece la posibilidad de vivir de esta tierra (si no, ¿quién iría a trabajar por "el salario corriente"?), pero que es suficiente para atar al hombre al lugar de residencia, esclavizado

* Me refiero a la compra de acciones por los ricachos -a pesar de la salvedad que hace el autor respecto a la pertenencia de las acciones a las comunidades-, porque éste habla, sin embargo, de la compra de acciones por dinero, que sólo poseen los ricachos. Por eso, se lleve o no el asunto por mediación de las comunidades, podrán pagar únicamente los ricachos, de la misma manera que la compra o el arrendamiento de tierra por la comunidad no elimina en absoluto la monopolización de esta tierra por los ricachos. Además, los ingresos (el dividendo) debe recibido también quien ha pagado; de otro modo, la acción no sería acción. Y yo comprendo la propuesta del autor en el sentido de que una determinada parte del beneficio se destine a "asegurar a los obreros la vinculación a la tierra". Ahora bien, si no es eso lo que el autor quería decir (aunque es lo que se desprende inevitablemente de lo dicho por él), sino que los ricachos paguen dinero por las acciones sin recibir dividendo, entonces su proyecto se reduce simplemente a que los poseedores compartan sus bienes con quienes no poseen. Esto se parece a la droga matamoscas del cuento, que requiere primero cazar a la mosca y meterla en el frasco, después de lo cual la mosca muere al instante.

precisamente en la empresa capitalista local y quitarle la posibilidad de cambiar de patrón. Hablo de patrono, de capitalista, con pleno derecho, porque quien paga *un salario* al trabajador no puede ser llamado de otro modo.

Es posible que el lector se queje ya de mí por haberme detenido tanto en un dislate semejante, que, por lo visto, no merece ninguna atención. Mas me sabrá disculpar porque, aun siéndolo, su índole hace útil y necesario estudiarlo, ya que refleja las relaciones socioeconómicas auténticas de Rusia y, en virtud de ello, figura entre ideas sociales extendidísimas en nuestro país que los socialdemócratas habrán de tomar aún en consideración durante mucho tiempo. Se trata de que el paso del régimen de la servidumbre, el paso del modo feudal de producción al modo capitalista en Rusia creó, y en parte crea hoy también, una situación del trabajador en la que el campesino, al no estar en condiciones de vivir de la tierra y *afrontar con los productos obtenidos de ella las cargas que lo obligan ante el terrateniente (y sobre el campesino aún pesan hoy estas cargas*), se vio obligado a buscar "ingresos suplementarios" que, al principio, en los buenos tiempos viejos, presentaban unas veces la forma de trabajo independiente en las pequeñas industrias de oficio (por ejemplo, de acarreo), y otras de trabajo no independiente, pero bien pagado, dentro de lo que cabe, como consecuencia del desarrollo, débil en extremo, de las pequeñas industrias de oficio. Tal estado de cosas aseguraba, en comparación con el actual, cierto bienestar de los campesinos, el bienestar de la gente adscrita a la gleba que vegetaba pacíficamente bajo el patrocinio de cien mil nobles comisarios de policía y nuevos coleccionadores de tierra rusa: los burgueses.

Pues bien, los "amigos del pueblo" idealizan este régimen, dando de lado lisa y llanamente sus aspectos oscuros, y sueñan con él, "sueñan" porque hace ya mucho que no existe en la realidad, porque hace ya mucho que fue destruido por el capitalismo, el cual dio lugar a la expropiación en masa de los campesinos que trabajaban la tierra y convirtió los antiguos "ingresos suplementarios" en la explotación más desenfrenada de los "brazos" afanosos de trabajo que se ofrecían en abundancia.

Nuestros paladines de la pequeña burguesía quieren precisamente que se conserve la "sujeción" del campesino a la tierra, pero rechazan el régimen de la servidumbre, el único que garantizaba esta sujeción y fue desterrado sólo por la economía mercantil y por el capitalismo que la hicieron imposible. Quieren ingresos suplementarios que no desliguen al campesino de la tierra, que -trabajando para el mercado- no originen competencia, no creen *capital* y no sometan a él a la población. Fieles al método subjetivo en sociología, quieren "tomar" lo bueno de aquí y de allá, pero, de hecho, como es natural, este deseo pueril lleva únicamente a sueños reaccionarios que dan la espalda a la realidad; lleva a la incapacidad para comprender y utilizar los aspectos realmente progresistas y revolucionarías del nuevo orden de cosas y a simpatizar con medidas que eternizan el buen régimen viejo de trabajo, mitad de siervos y mitad de hombres libres, que entrañaba todos los horrores de la explotación y de la opresión y que no ofrecía ninguna posibilidad de salida.

Demostraré con dos ejemplos que está en lo cierto la explicación que incluye a los "amigos del pueblo" entre los reaccionarios.

En la estadística del zemstvo de Moscú podemos leer la descripción de la finca de cierta señora K, (distrito de Podolsk) que maravilló (la hacienda y no la descripción) tanto a los estadísticos de Moscú como al señor V. V., si no me falla la memoria (recuerdo que dicho señor escribió de esto en un artículo de una revista).

Esta famosa finca de la señora K. sirve para el señor V. Orlov de "hecho que confirma de manera suasoria en la práctica" su tesis favorita de que "donde la agricultura campesina se encuentra en buen estado, la hacienda de los propietarios particulares va mejor". Por la descripción que el señor Orlov hace de la finca de dicha señora se ve que ésta cultiva la finca con el trabajo de campesinos de la localidad, los cuales laboran la tierra por la harina y demás productos que reciben en préstamo durante el invierno, mostrando la dueña por los campesinos la mayor solicitud y ayudándoles, de manera que ahora éstos son los campesinos que mejor viven en el subdistrito, y el pan les alcanza "casi hasta la nueva cosecha (antes no les alcanzaba ni hasta el día de San Nicolás de diciembre)".

Cabe preguntar: ¿excluye "tal modo de administrar la oposición de intereses entre el campesino y el propietario de la tierra", como piensan los señores N. Kablukov (t. V, pág. 175) y V. Orlov (t. II, págs. 55-59 y otras)? Evidentemente no, pues la señora K. vive del trabajo de sus campesinos. Por tanto, la explotación no ha sido eliminada en absoluto. No ver la explotación tras el buen comportamiento con los explotados es perdonable en la señora K., pero en modo alguno en un economista especializado en estadística que, maravillado de este caso, se asimila totalmente a los "Menschenfreunde" (*Filántropos*) de Occidente, los cuales se admiran del buen comportamiento del capitalista con el obrero y hablan con arrobo de los casos en que el fabricante se preocupa de los obreros, organiza para ellos tiendas de consumo, construye viviendas, etc. Deducir de la existencia (y, por consiguiente, de la "posibilidad") de semejantes "hechos" que no hay oposición de intereses significa no ver el bosque porque los árboles lo impiden. Esto en primer lugar.

En segundo lugar, por el relato del señor Orlov vemos que los campesinos de la señora K., "gracias a las buenas cosechas (la terrateniente les dio buenas semillas), pudieron criar ganado" y llevan sus cosas

"en buena hacienda". Supongan que estos "campesinos hacendosos" se han convertido en unos campesinos no "casi", sino completamente hacendados: el pan les alcanza no "casi" hasta la nueva cosecha y no "a la mayoría", sino que les alcanza cumplidamente a todos. Supongamos que esos campesinos tienen bastante tierra, que tienen "pasto y colada para el ganado", de los cuales ahora carecen (¡qué hacendados son!) y que ellos reciben en arriendo de la señora K. a cambio de trabajo. ¿Acaso el señor Orlov cree que entonces -es decir, si la economía campesina fuese realmente hacendada- estos campesinos "ejecutarían todos los trabajos en la finca de la señora K. con primor, rapidez y a su debido tiempo", como lo hacen ahora? ¿O tal vez la gratitud a la buena señora que tan maternalmente extrae el jugo de los campesinos hacendosos sea un impulso no menos fuerte que la presente situación desesperada de los campesinos que no pueden salir adelante sin pastos ni coladas para el ganado?

Evidentemente, tales son, en esencia, las ideas de los "amigos del pueblo": como auténticos ideólogos de la pequeña burguesía, no quieren que se destruya la explotación, sino que se atenúe; no quieren la lucha, sino la conciliación. La amplitud de sus ideales, desde cuyo punto de vista impugnan con tanta porfía la estrechez de miras de los socialdemócratas, no va más allá de los campesinos "hacendados" que afrontan las "cargas" que los atan a los terratenientes y a los capitalistas con tal de que éstos sean justos con ellos.

Otro ejemplo. El señor Yuzhakov, en su artículo, bastante conocido, *Normas de la propiedad agraria popular en Rusia* (publicado en *Rússkaya Mysl*, 1885, núm. 9), exponía su parecer de las proporciones que debe alcanzar la propiedad agraria "popular", es decir, según la terminología de nuestros liberales, una propiedad agraria que excluye el capitalismo y la explotación. Ahora -después de la magnífica explicación que el señor Krivenko nos ha dado del problema- sabemos que él lo enfocó también desde el punto de vista de la "introducción del capitalismo en la vida popular". Como mínimo de propiedad agraria "popular" toma unas parcelas que bastarían para cubrir "las necesidades de grano y los pagos"*; y lo restante, según él, puede sacarse "de los ingresos suplementarios"... En otras palabras, él se conforma en realidad con un orden de cosas en el que el campesino, conservando la ligazón con la tierra, es sometido a una doble explotación: en parte por el terrateniente -en cuanto a la "parcela", y en parte por el capitalista- en cuanto a "los ingresos suplementarios". Esta situación de los pequeños productores, sometidos a una explotación doble y reducidos, además, a unas condiciones de vida que necesariamente engendran el atraso y el embrutecimiento, privándoles de toda esperanza no sólo en la victoria, sino también en la lucha de clase de los oprimidos, esta situación semimedieval es el *nec plus ultra* del horizonte y de los ideales de los "amigos del pueblo". Y he aquí que cuando el capitalismo, al desarrollarse con vertiginosa rapidez a lo largo de toda la historia de Rusia posterior  la abolición de la servidumbre, comenzó a arrancar de cuajo este pilar de la vieja Rusia –el campesinado patriarcal y semisiervo-, a sacarlo de la situación medieval, semifeudal en que vivía y a colocarlo en una situación novísima, puramente capitalista, obligándole a abandonar sus lugares de arraigo y peregrinar por toda Rusia en busca de trabaja, rompiendo la esclavitud en que se hallaba respecta del "patrono" local y mostrando dónde residen las fundamentas de la explotación en general, de una explotación de clase, y no del pillaje de una víbora determinada; cuando el capitalismo comenzó a meter en masa al resto de la población campesina, embrutecida y reducida a la condición de animales, en la vorágine de la vida sociopolítica, más compleja cada día, nuestras paladines comenzaron a gritar y lamentarse del hundimiento y de la destrucción de los pilares básicos de la sociedad. Y aun hoy siguen gritando y lamentándose de esos buenos tiempos viejos, aunque parece que en la actualidad hay que ser ya ciego para no ver el lado revolucionario de este nueva régimen de vida, para no ver que el capitalismo crea una nueva fuerza social desvinculada por completo del viejo régimen de explotación y puesto en condiciones de luchar contra este régimen.

Sin embargo, a los "amigos del pueblo" no se les ve ni indicio de deseo de que se opere cambio radical alguna en el orden actual de cosas. Se conforman plenamente con medidas liberales adoptadas sobre el terreno existente, y el señor Krivenko muestra en la invención de medidas de esta índole verdadera capacidad administrativa propia de un Pampadour patrio[50].

"En general, este problema -dice, tratando de la necesidad de "estudiar detenidamente y transformar de raíz" "nuestra industria popular"- exige un examen especial y una división de las industrias en grupos de las que tienen aplicación en la vida popular (¡*¡sic!*!) y de otras cuya aplicación encuentra alguna dificultad seria".

Un modelo de división tal en grupos nos la ofrece el mismo señor Krivenko, que divide las pequeñas

* Para mostrarla proporción que hay entre este gasto y la parte restante del presupuesto campesino me baso en los mismos 24 presupuestos del distrito de Ostrogozhsk. El gasto medio de una familia es de 495 rublos y 39 kopeks (en especie y en dinero). De ellos, 109 rublos y 10 kopeks son para el mantenimiento del ganado; 135 rubios y 80 kopeks, para comprar productos alimenticios vegetales y pagar los impuestos; y los restantes 250 rublos y 49 kopeks para los demás gastos: alimentación no vegetal, ropa, aperos, pago de la renta y otros. El señor Yuzhakov carga el mantenimiento del ganado a expensas de los prados y de las tierras auxiliares.

industrias en industrias que no se capitalizan, industrias donde ya se ha producido la capitalización e industrias que pueden "emular con la gran industria por la existencia".

"En el primer caso -decide este administrador-, la pequeña producción puede existir libremente". ¿Y estar libre del mercado, cuyas oscilaciones dividen a los pequeños productores en burguesía y proletariado? ¿Estar libre de la ampliación de los mercados locales y de su concentración en un gran mercado? ¿Estar libre del progreso de la técnica? ¿O tal vez este progreso de la técnica -en la economía mercantil- puede también no ser capitalista? En el último caso, el autor exige "la organización de la producción también en grande": "Es clara -dice- que aquí hace falta ya la organización de la producción también en grande, hacen falta capital fijo, capital circulante, máquinas, etc., o la compensación de estas condiciones con otra cosa cualquiera: crédito barato, eliminación de los intermediarios superfluos, forma cooperativa de la economía y pasibilidad de renunciar al beneficia empresarial, venta asegurada, invención de motores más baratos y otras mejoras técnicas o, por último, cierta rebaja del salario, si es compensada con otras ventajas".

Razonamiento architípico para caracterizar a los "amigos del pueblo" con sus amplias ideales de palabra y su liberalismo estereotipado de hecho. Comienza nuestro filósofo, como ven, ni más ni menos que por la posibilidad de renunciar al beneficio empresarial y por la organización de la gran economía. Magnífico: esto es precisamente LO QUE también quieren los socialdemócratas. ¿Pero cómo lo quieren conseguir los "amigos del pueblo"? Pues para organizar la gran producción sin patronos es preciso, en primer lugar, destruir la organización mercantil de la economía social y sustituirla por la organización comunal, por la organización comunista, en la que el regulador de la producción no sea el mercado, como ahora, sino los productores mismos, la sociedad misma de obreros, y en la que los medios de producción no pertenezcan a individuos particulares, sino a toda la sociedad. Esta sustitución de *la forma* privada de *apropiación* por la forma social exige, evidentemente, una transformación *previa de la forma de producción*, exige la fusión de los procesos dispersos, pequeños y aisladas de producción de los pequeños productores *en un solo proceso social de producción*, exige, en suma, precisamente las condiciones materiales que son creadas por el capitalismo. Pero es que los "amigos del pueblo" no tienen la menor intención de apoyarse en el capitalismo. ¿Cómo, pues, se proponen actuar? No se sabe. Ni siquiera mencionan la destrucción de la economía mercantil: es evidente que sus amplios ideales en modo alguno pueden rebasar las marcas de este sistema de producción social. Además, para abolir el beneficio empresarial habrá que expropiar a los patronos, cuyos "beneficios" provienen precisamente de que han monopolizado los medios de producción. Para esta expropiación de los pilares de nuestra patria es preciso un movimiento popular revolucionario contra el régimen burgués, movimiento que sólo es capaz de sostener el proletariado obrero, en nada ligado con este régimen. Pero a los "amigos del pueblo" ni siquiera se les ocurre pensar en lucha alguna, y no sospechan en la posibilidad ni en la necesidad de cualesquiera otros hombres públicos que no sean órganos administrativos de estos mismos patronos. Es claro que no tienen la menor intención de luchar en serio contra el "beneficio empresarial": el señor Krivenko simplemente ha hablado por hablar. Y en seguida se corrige: se puede, dice, "compensar" una cosa como "la posibilidad de prescindir del beneficio empresarial" "con otra cosa cualquiera", a saber: con el crédito, con la organización de la venta, con las mejoras de la técnica. O sea, que todo ha sido arreglado perfectamente: en lugar de una cosa tan ofensiva para los señores patronos, como la abolición de sus sagrados derechos al "beneficio", han surgido inofensivas medidas liberales que no hacen sino poner en manos del capitalismo mejores armas para la lucha, que no hacen sino fortalecer, reforzar y desarrollar nuestra pequeña burguesía "popular". Y para que no quede ninguna duda de que los "amigos del pueblo" defienden únicamente los intereses de esta pequeña burguesía, el señor Krivenko da aún la magnífica aclaración siguiente. Resulta que la abolición del beneficio empresarial se puede "compensar"... ¡¡¡"con la disminución del salario"!!! A primera vista puede parecer que esto, simplemente, no tiene ni pies ni cabeza. Pero no. Es una aplicación consecuente de las ideas de la pequeña burguesía. El autor observa una realidad -la lucha del gran capital contra el pequeño-, y como verdadero "amigo del pueblo" se coloca, desde luego, al lado del pequeño... *capital*. Por cierto, oyó decir que uno de los más poderosos medios de lucha para los pequeños capitalistas es la disminución del salario, hecho observado con sumo acierto y registrado también en gran número de industrias de Rusia, a la vez que la prolongación de la jornada de trabajo. Y él, queriendo a toda costa salvar a los pequeños... *capitalistas*, propone ¡"una cierta rebaja del salario, si es compensada con otras ventajas"! Los señores patronos, acerca de cuyos "beneficios" se habían dicho al principio cosas al parecer asombrosas, pueden estar completamente tranquilos. Yo creo que incluso nombrarían con gusto ministro de Hacienda a este genial administrador que proyecta *contra* los patronos la disminución del salario.

Se puede aportar un ejemplo más de cómo brota de entre los administradores humanitario-liberales de *R. Bogatstvo* un burgués de pura sangre, en cuanto se trata de cualesquiera problemas prácticos. En la *Crónica de la vida interior*, número 12 de *R. Bogatstvo*, se habla del monopolio.

"Los ideales de una industria desarrollada son el monopolio y el consorcio", dice el autor. Y más adelante se extraña de que estas instituciones surjan también en nuestro país, si bien no hay en él "gran competencia de capitales". "Ni la industria del azúcar ni la del petróleo han alcanzado aún en absoluto un desarrollo singular. El consumo, tanto de azúcar como de petróleo, se encuentra en nuestro país casi en germen, si nos fijamos en la insignificante cantidad que de estos productos corresponde a cada consumidor en comparación con otros países. Pudiera parecer que estas industrias tienen todavía un campo muy vasto, para su desarrollo y que pueden absorber aún muchos capitales".

Es sintomático que el autor haya olvidado aquí precisamente -en una cuestión práctica- la idea preferida de *R. Bogatstvo* sobre la reducción del mercado interior. Se ve obligado a reconocer que este mercado aún tiene por delante la perspectiva de un inmenso desarrollo y no de una reducción. Llega a esta conclusión tras de comparar con Occidente, donde el consumo es mayor. ¿Por qué? Porque la cultura es superior. Pero ¿en qué consisten las bases materiales de esta cultura sino en el desarrollo de la técnica capitalista, en el crecimiento de la economía mercantil y del cambio, que fomentan las relaciones entre las personas y destruyen el aislamiento medieval de las diversas comarcas? En Francia, por ejemplo, antes de la Gran Revolución, cuando aún no se había dividido su campesinado semimedieval en burguesía rural y proletariado ¿no había una cultura en nada superior a la nuestra? Y si el autor hubiera examinado con mayor atención la vida rusa, no habría podido menos de observar, por ejemplo, el que la población campesina de las comarcas que cuentan con un capitalismo desarrollado tiene unas demandas muy superiores a las de las zonas netamente agrícolas. Lo señalan a una todos los investigadores de nuestras pequeñas industrias de oficio en todos los casos en que éstas alcanzan un desarrollo tal que marcan con su impronta industrial toda la vida de la población[*].

Los "amigos del pueblo" no prestan ninguna atención a semejantes "pequeñeces" porque, para ellos, eso se explica "sencillamente" por la cultura o por la vida en general, que va alcanzando una mayor complejidad; además, ni se detienen a preguntarse por las bases materiales de esta cultura y de esta mayor complejidad. Pero si al menos se fijaran en la economía de nuestro campo, habrían de reconocer que precisamente la disociación de los campesinos en burguesía y proletariado crea el mercado interior.

Piensan, por lo visto, que el crecimiento del mercado en modo alguno significa todavía crecimiento de la burguesía. "Entre nosotros -continúa su razonamiento el citado cronista de la vida interior-, dado el débil desarrollo de la producción en general, y dada la falta de espíritu emprendedor y de iniciativa, el monopolio será un nuevo freno para el desarrollo *de las fuerzas del país*". Hablando del monopolio de tabacos, el autor calcula que "éste obtiene de la circulación popular 154 millones de rublos". Aquí se pierde ya abiertamente de vista que la base de nuestro sistema económico es la economía mercantil, dirigida en nuestro país, igual que en todas partes, por la burguesía. Y en vez de hablar de restricción de la burguesía por el monopolio, el autor habla del "país"; en vez de hablar de circulación mercantil, burguesa, habla de circulación "popular"[**]. Por inmensa que sea la diferencia existente entre estos dos conceptos, el burgués nunca puede captarla. Y para mostrar hasta qué punto es evidente en realidad, apelaré a una revista de prestigio entre los "amigos del pueblo": a *Otiéchestvennie Zapiski*. En el artículo *La plutocracia y sus bases*, publicado en el número 2 de 1872, leemos:

"Según la caracterización hecha por Marlowe, el rasgo más esencial de la plutocracia es el amor a la forma liberal de Estado, o, por lo menos, al principio de la libertad de adquisición. Si tomamos este rasgo y nos imaginamos qué había hace ocho o diez años, veremos que, en cuanto a liberalismo, hemos hecho progresos inmensos... Cualquiera que sea el periódico o revista que se tome, todos ellos representan más o menos, al parecer, el principio democrático, todos abogan por los intereses del pueblo. Pero junto a las concepciones democráticas e incluso bajo su manto (*observen* esto), se dan a cada paso, intencionadamente o no, las tendencias plutocráticas".

El autor aduce como ejemplo el mensaje de los comerciantes de San Petersburgo y Moscú al ministro de Hacienda para expresarle la gratitud de este honorabilísimo estamento de la burguesía rusa por el hecho de que "ha basado las finanzas de Rusia en la máxima ampliación posible de la actividad privada, única fecunda". Y el autor del artículo concluye: "Los elementos y las tendencias plutocráticas existen indudablemente en nuestra sociedad y en cantidad suficiente".

Como verán, los predecesores suyos de tiempos remotos, cuando todavía estaban vivas y frescas las impresiones de la gran reforma liberadora (que, según el descubrimiento del señor Yuzhakov, debía despejar las vías apacibles y certeras del desarrollo de la producción "popular", pero que, de hecho, despejó únicamente las del desarrollo de la

[*] A título de ejemplo me referiré, aunque sólo sea, a los artesanos de Pávlovo comparados con los campesinos de las aldeas de los contornos. Véanse las obras de Grigóriev y Annenski. Vuelvo a tomar intencionadamente para ejemplo una aldea que tiene, al parecer, un “régimen popular” especial.

[**] Hay que culpar al autor del uso que hace de este vocablo, tanto más cuanto que *R. Bogatstvo* gusta de emplear la palabra “popular” en oposición a burgués.

plutocracia), no pudieron menos de reconocer el carácter plutocrático, es decir, burgués, del espíritu emprendedor privado en Rusia.

¿Por qué, pues, ha olvidado usted esto? ¿Por qué, al hablar de la circulación "popular" y del desarrollo "de las fuerzas del país" merced al desarrollo "del espíritu emprendedor y de la iniciativa", no hace mención del antagonismo implícito en este desarrollo, del carácter explotador de este espíritu emprendedor y de esta iniciativa? Se pueden y se deben, naturalmente, impugnar los monopolios e instituciones semejantes, ya que es indudable que empeoran la situación del trabajador; pero no se olvide que, además de todas estas trabas medievales, el trabajador está sujeto con otras ligaduras más sólidas y nuevas, con las ligaduras burguesas. Indudablemente, la abolición de los monopolios será útil para todo el "pueblo" porque, habiendo llegado a ser la economía burguesa la base de la economía del país, estos restos del régimen medieval no hacen sino agregar a las penurias capitalistas otras peores aún: las penurias medievales. No cabe la menor duda de que es de inexorable necesidad acabar con ellas -y cuanto antes, cuanto más radical sea la obra, tanto mejor-, a fin de soltar las manos a la clase obrera y facilitarle la lucha contra la burguesía, despojando a la sociedad burguesa de las trabas semifeudales heredadas.

Así es cómo hay que hablar, llamando a las cosas por su nombre: la abolición de los monopolios y de todas las otras restricciones medievales (que en Rusia forman legión) es de todo punto imprescindible para la clase obrera a fin de facilitarle la lucha contra el régimen burgués. Y nada más. Únicamente los burgueses pueden relegar al olvido tras la solidaridad de intereses de todo el "pueblo" contra las instituciones medievales, feudales, el profundo e irreconciliable antagonismo de la burguesía y del proletariado en el seno de este "pueblo".

Por lo demás, sería absurdo creer que con eso se pone en vergüenza a los "amigos del pueblo", cuando, al tratar de lo que se necesita en el campo, dicen, por ejemplo, cosas como éstas:

"Cuando hace unos años -cuenta el señor Krivenko-, ciertos periódicos examinaban qué profesiones y qué tipo de intelectuales se necesitan en el campo, la enumeración resultó muy larga y variada y abarcaba casi todos los órdenes de la vida: los doctores y mujeres-médicos iban seguidos de los practicantes; tras ellos seguían los abogados; tras los abogados, los maestros, los organizadores de bibliotecas y librerías, los agrónomos, los peritos forestales y, en general, las personas que se ocupan de la agricultura, los técnicos de las especialidades más diversas (el terreno es muy extenso y todavía está casi virgen), organizadores y directores de establecimientos de crédito, almacenes de mercancías, etc.".

Detengámonos, aunque sólo sea, en los "intelectuales" (??) cuya actividad se incluye directamente en el dominio económico, en esos peritos forestales, agrónomos, técnicos, etc. En efecto, ¡cuánta falta hacen esos hombres al campo! Pero ¿A QUE campo? Naturalmente, al campo de los propietarios de la tierra, al campo de los labradores hacendados, que tienen "ahorros" y pueden pagar por los servicios a todos estos profesionales, a los que el señor Krivenko tiene a bien llamar "intelectuales". *Este* campo ansía efectivamente desde hace mucho tiempo a peritos, créditos, almacenes de mercancías: lo atestiguan todas las publicaciones de economía. Pero hay también otro campo, mucho más poblado, que no vendría mal a los "amigos del pueblo" recordar con más frecuencia: el de los campesinos arruinados y desnudos, expoliados hasta lo último, carentes no sólo de "ahorros" para pagar el trabajo de los "intelectuales", sino hasta de pan suficiente para no morirse de hambre. ¡¡Y a *este* campo queréis ayudar *con almacenes de mercancías*!! ¿Qué colocarán en estos almacenes de mercancías nuestros campesinos que tienen un solo caballo o no tienen ninguno? ¿Su ropa? Ya la empeñaron en el año 1891 a los kulaks rurales y urbanos, que organizaron entonces, cumpliendo la receta humanitaria y liberal que ustedes proponen, verdaderos "almacenes de mercancías" en sus casas, tabernas y tiendas. Y a no quedan más que "brazos" afanosos de trabajo. Pero para esta mercancía ni siquiera los funcionarios de Rusia han ideado hasta hoy "almacenes de mercancías"...

Es difícil imaginarse una prueba más palmaria de la extrema vulgaridad de estos "demócratas" que ese embeleso con los progresos técnicos del "campesinado" y ese cerrar los ojos a la expropiación en masa del mismo "campesinado". El señor Káryshev, por ejemplo, en el núm. 2 de *R. Bogatstvo* (*Esbozos*, § XII), cuenta con el arrobamiento de un cretino liberal casos de "perfeccionamientos y mejoras" en la economía campesina, casos de "empleo de variedades mejoradas de semillas en las haciendas campesinas": de la avena americana, del centeno Wasa, de la avena de Clydesdale, etc. "En algunos lugares, los campesinos dedican a las semillas pequeñas superficies de tierra en las que, después de un cuidadoso laboreo, se siembran a mano granos seleccionados". "Muchas y muy variadas innovaciones" se registran "en el terreno de los aperos y máquinas perfeccionadas"*: aporcadoras, arados ligeros, trilladoras, aventadoras y triadoras. Se hace constar "el aumento de la diversidad de fertilizantes": fosfatos, harina de hueso, palomina,

* Recordaré al lector cómo estaban repartidos estos aperos perfeccionados en el distrito de Novoúzensk: el 37% de campesinos (pobres), o sea 10.000 de 28.000, poseían ¡7 aperos de 5.724, es decir, 1/8%! Cuatro quintas partes de los aperos están monopolizados por los ricachos, que constituyen tan sólo la cuarta parte de las haciendas.

etc. "Los corresponsales insisten en que es necesario organizar en las aldeas almacenes locales de los zemstvos para la venta de fosfatos", y el señor Káryshev cita la obra del señor V. V., titulada *Las tendencias progresistas en la hacienda campesina* (a ella hace referencia también el señor Krivenko) y cae ya por completo en el éxtasis con motivo de todos estos conmovedores progresos:

"Producen una impresión alentadora y triste a la vez estas noticias que hemos podido exponer tan sólo en breve... Alentadora porque este pueblo, empobrecido, cargado de deudas, en gran parte sin bestias de labor, trabaja con ahínco, no se deja llevar por la desesperación, no cambia de ocupación, sino que guarda fidelidad a la tierra, comprendiendo que en ella, en el buen cultivo de la misma, está su futuro, su fuerza, su riqueza. (¡Pues claro! ¡Se comprende de por sí que es precisamente este mujik empobrecido y sin bestia de labor quien compra fosfatos, triadoras, trilladoras, semillas de avena de Clydesdale! ¡Oh, *sancta simplicitas*! ¡¡Pero si quien escribe esto es un catedrático, un doctor en economía política, y no una colegiala!! Como quieran, pero en este caso no se trata sólo de la santa simplicidad.) Busca febrilmente procedimientos para este buen cultivo, busca nuevas vías, métodos de laboreo, semillas, instrumentos, abonos, todo lo que contribuya a fecundar a su madre-tierra, que lo recompensará con creces tarde o temprano* ... Producen triste impresión las noticias aducidas porque (¿tal vez piensen ustedes que el "amigo del pueblo" recordará aquí, aunque sólo sea, la expropiación en masa de los campesinos que acompaña y origina la concentración de la tierra en manos de los campesinos hacendados, la transformación de ésta en *capital*, en la base de una hacienda *mejorada*, esa precisa expropiación que arroja al mercado "brazos" "libres" y "baratos", los cuales facilitan los éxitos del "espíritu emprendedor" patrio mediante todas esas trilladoras, triadoras y aventadoras? Nada de eso), porque... es a nosotros precisamente a quienes hay que despertar., ¿Dónde está nuestra ayuda a este afán del mujik por la prosperidad de su hacienda? Para nosotros están la ciencia, la literatura, los museos, almacenes y agencias de corretaje. (Es cierto, señores, que aparecen juntas la "ciencia" y las "agencias de corretaje"... A los "amigos del pueblo" no hay que estudiarlos cuando combaten a los socialdemócratas, porque para eso se cubren con un manto andrajoso de "ideales de sus antepasados", sino cuando se ponen su ropaje habitual, cuando discuten detalladamente las cuestiones de la vida cotidiana. Y entonces pueden observar a estos ideólogos de la pequeña burguesía tales y como son en realidad.) ¿Hay algo semejante para el mujik? Hay, naturalmente, embriones, pero no se sabe por qué se desarrollan con dificultad. El mujik quiere ejemplos: ¿dónde están nuestros campos de experimentación, las granjas modelo? El mujik busca la palabra impresa: ¿dónde está nuestra literatura agronómica popular?.. El mujik busca abonos, aperos, semillas: ¿dónde están en nuestro país los almacenes de los zemstvos con todo eso, los acopios al por mayor, las facilidades de compra y distribución? ¿Dónde están ustedes, personajes privados y de los zemstvos? Vayan y trabajen, la hora hace mucho tiempo que ha sonado y

¡Gracias rendidas os dará el pueblo ruso!"[51.]

N. Káryshev ("R. B.", núm. 2, pág. 19).

¡Ahí tienen a estos amigos de los pequeños burgueses "populares" en todo su arrobamiento por sus progresos filisteos!

Se diría que, incluso sin analizar la economía de nuestra aldea, basta con observar este hecho, que salta a la vista, de nuestra historia económica moderna -los progresos comprobados por todos en la hacienda campesina y, simultáneamente, la gigantesca expropiación del *campesinado*- para persuadirse de que es absurda la idea que se tiene del *campesinado* como un todo solidario en su seno y como un todo homogéneo, para persuadirse del carácter burgués de todos estos progresos. Pero los "amigos del pueblo" permanecen sordos a todo eso. Después de perder los aspectos buenos del viejo populismo socialrevolucionario ruso, se han aferrado a uno de sus grandes errores: la incomprensión del antagonismo de clase en el seno del campesinado.

"El populista de los años 70 -dice con gran acierto Gúrvich- no tenía ninguna idea del antagonismo de clase existente en el seno del campesinado mismo, limitándolo exclusivamente a las relaciones entre el "explotador" -kulak o sanguijuela- y su víctima, el campesino, rebosante de espíritu comunista**. Gleb Uspenski era el único escéptico y respondía con una sonrisa de ironía a la ilusión general. Con su excelente conocimiento de los campesinos y con su inmenso talento artístico, que calaba hasta el fondo mismo de los fenómenos, no podía menos de ver que

* Tiene usted toda la razón, honorable señor catedrático, al decir que una hacienda mejorada recompensará *con creces* a este "pueblo" que no "se deja llevar por la desesperación" y "guarda fidelidad a la tierra". ¿Pero no ve usted, ¡oh gran doctor en economía política!, que para adquirir todos estos fosfatos, etc., el "mujik" debe destacarse de la masa de míseros hambrientos por la posesión de dinero *disponible*, y el dinero no es otra cosa que un producto del *trabajo* social, que va a parar a manos de ciertos individuos; que la apropiación de la "recompensa" por esta hacienda mejorada será la apropiación del trabajo *ajeno*; que únicamente los lacayos más miserables de la burguesía pueden ver la fuente de esta abundante recompensa en el celo personal del dueño que, "al trabajar con ahínco", "fecunda a la madre-tierra"?

** “En el seno de la comunidad rural han surgido clases sociales antagónicas”, dice Gúrvich en otro pasaje (pág. 104). Cito a Gúrvich sólo como adición a los datos arriba insertos, basados en hechos.

el individualismo había llegado a ser la base de las relaciones económicas no sólo entre el usurero y el deudor, sino entre los campesinos en general. Véase su artículo *Medidos por el mismo rasero* en *Rússkaya Mysl*, año 1882, núm. 1" (obra cit., pág. 106).

Pero si era permitido e incluso natural caer en esta ilusión en los años 60 y 70 -cuando todavía había tan pocos datos relativamente exactos de la economía del campo, cuando aún no se había puesto de manifiesto con tanta claridad la disociación en el campo-, ahora hay que cerrar adrede los ojos para no ver esta disociación. Es en extremo característico que precisamente en los últimos tiempos, cuando la ruina de los campesinos ha alcanzado, al parecer, su apogeo, se oiga por todas partes hablar de corrientes progresivas en la economía campesina. El señor V. V. (también indiscutible "amigo del pueblo") ha escrito sobre este tema todo un libro. Y no le podréis reprochar inexactitud en los hechos aducidos. Por el contrario, uno es indudable por completo: el del progreso técnico agrícola de los campesinos; pero es igualmente indudable su expropiación en masa. Pues bien, los "amigos del pueblo" concentran toda su atención en cómo el "mujik" busca febrilmente nuevos métodos de laboreo que le ayuden a fecundar a la madre-tierra, perdiendo de vista la otra cara de la medalla, la febril separación del mismo "mujik" de la tierra. Esconden como avestruces la cabeza para no mirar de cara a la realidad, para no ver que asisten precisamente al proceso de conversión en capital de esa tierra de la que son separados los campesinos, al proceso de creación del mercado interior*. ¡Prueben a refutar *la existencia* de estos dos procesos diametralmente opuestos en nuestro campesinado comunal, prueben a *explicarlos* de otro modo que no sea el carácter burgués de nuestra sociedad! ¡No podrán! Cantar el aleluya y deshacerse en frases humanitarias y altruistas: he ahí el alfa y omega de toda su "ciencia", de toda su "actividad" política.

Y erigen incluso en toda una filosofía estos tímidos remiendos liberales del actual orden de cosas. "Una obra pequeña, pero útil -razona con gran profundidad el señor Krivenko- es mucho mejor que un gran ocio". Nuevo e ingenioso. Y además -continúa-, "una obra pequeña en modo alguno es sinónimo de objetivo pequeño". Como ejemplo de esta "ampliación de la actividad", cuando una obra pequeña se convierte en "justa y buena", se aduce la actividad de una señora en la organización de escuelas; después, el ejercicio de la abogacía entre los campesinos, encaminada a poner coto a los picapleitos; el proyecto de los abogados de salir a provincias a sesiones fuera de estrados de los tribunales territoriales para defender a los encartados; por último, la organización, que ya conocemos, de los almacenes de los artesanos: la ampliación de la actividad (hasta alcanzar las proporciones de un gran objetivo) debe consistir aquí en que "las fuerzas conjuntas de los zemstvos" organicen almacenes "en los puntos más animados".

Todo eso son, naturalmente, obras sublimes, humanitarias y liberales: "liberales" porque depurarán el sistema burgués de economía de todas sus restricciones medievales y facilitarán así al obrero la lucha contra este mismo sistema, que, por supuesto, no quedará perjudicado con tales medidas, sino, al contrario, fortalecido. Hace ya mucho que venimos leyendo todo esto en las publicaciones liberales rusas. No valdría la pena salir a su paso si no obligaran a ello los señores de *R. B.*, que han comenzado a alegar estos "tímidos brotes de liberalismo" CONTRA los socialdemócratas y a ponérselos como ejemplo, reprochándoles, además, el haber abjurado de los "ideales de los antepasados". En vista de lo cual no podemos guardarnos de decir que esto es, cuando menos, divertido: impugnar a los socialdemócratas, proponiendo y señalando una actividad *liberal* (o sea, servidora de la burguesía) tan moderada y circunspecta. Y a propósito de los antepasados y de sus ideales hay que observar que, por erróneas y utópicas que fuesen las viejas teorías de los populistas rusos, en todo caso estaban INCONDICIONALMENTE en contra de semejantes "tímidos brotes de liberalismo". Tomo esta última expresión de un suelto del señor N. K. Mijailovski: *A propósito de la edición rusa del libro de C. Marx* ("*Otiéchestvennie Zapiski*", 1872, núm. 4), escrito con estilo muy vivo, ágil y lozano (en comparación con lo que escribe ahora) y que es una violenta protesta contra la proposición de no ofender a nuestros jóvenes liberales.

Pero ha transcurrido ya tanto tiempo, que los "amigos del pueblo" se han olvidado de todo por completo y, con su táctica, han mostrado de manera patente que cuando no hay crítica materialista de las instituciones políticas y no se comprende el carácter de clase del Estado moderno, del radicalismo político al oportunismo político no hay más que un paso.

Veamos algunos ejemplos de este oportunismo:

"La transformación del Ministerio de Bienes del Estado en Ministerio de Agricultura -declara el señor Yuzhakov- puede ejercer una profunda influencia en la marcha de nuestro desarrollo económico, pero puede también resultar tan sólo una cierta permutación de funcionarios" (núm. 10 de *R. B.*).

Todo depende, por tanto, de a quién se "llame": a los amigos del pueblo o a los representantes de los intereses de los terratenientes y capitalistas. Los intereses mismos pueden quedar intactos.

"Proteger al más débil en el aspecto económico

* Las búsquedas de "nuevos métodos de laboreo" son precisamente "febriles" porque el mujik hacendoso se ve precisado a llevar una hacienda mayor, que no puede sacar adelante con ayuda de los viejos métodos; precisamente porque la competencia obliga a estas búsquedas de nuevos métodos, ya que la agricultura adquiere un carácter cada vez más mercantil, burgués.

del económicamente fuerte es la primera tarea natural de la intervención del Estado", continúa en el lugar citado el mismo señor Yuzhakov, a quien hace coro con expresiones idénticas el cronista de la vida interior en el núm. 2 de *R. B.* Y para que no quede ninguna duda de que comprende este absurdo filantrópico* exactamente igual que sus dignos consortes, los ideólogos liberales y radicales del filisteísmo euroccidental, añade a continuación de lo dicho antes:

"Los "landbills" de Gladstone[52], los seguros obreros de Bismarck, la inspección fabril, la idea de nuestro Banco Campesino, la organización de la colonización, las medidas contra los kulaks son intentos de aplicar este principio precisamente de intervención estatal con el fin de defender al más débil en el aspecto económico".

Esto va ya bien, porque está dicho con sinceridad. El autor dice aquí bien claro que quiere pisar el terreno de las relaciones sociales existentes, exactamente igual que los señores Gladstone y Bismarck; quiere zurcir y componer exactamente lo mismo la sociedad moderna (burguesa, cosa que él no comprende, como tampoco lo comprenden los partidarios de Gladstone y Bismarck en Europa Occidental), y no luchar contra ella. En plena armonía con esta concepción teórica fundamental suya se encuentra asimismo la circunstancia de que ven el instrumento de las reformas en el órgano que se ha formado en esta sociedad moderna y que salvaguarda los intereses de las clases dominantes en ella: el Estado. Lo creen en verdad omnipotente y situado por encima de todas las clases y esperan de él no sólo que "apoye" al trabajador, sino también que cree un orden de cosas verdadero y justo (como hemos oído decir al señor Krivenko). Se comprende, por otra parte, que de ellos, como ideólogos puros de la pequeña burguesía, no se puede esperar nada más. Este es uno de los rasgos fundamentales y característicos de la pequeña burguesía, rasgo que, dicho sea de pasada, la convierte en una clase reaccionaria: el pequeño productor, disperso y aislado por las condiciones mismas de la producción, sujeto a un determinado lugar y a un determinado explotador, no está en condiciones de comprender el carácter de clase de esta explotación y de esta opresión, de las que sufre a veces no menos que el proletario, no está en condiciones de comprender que, en la sociedad burguesa, el Estado ha de ser por fuerza un Estado de clase**.

Sin embargo, ¿por qué, pues, honorabilísimos señores "amigos del pueblo", hasta ahora -y con singular energía desde el tiempo de esta misma reforma liberadora- nuestro gobierno "ha apoyado, defendido y fomentado" únicamente a la burguesía y el capitalismo? ¿Por qué tan mala actividad de este gobierno absoluto, supuestamente situado por encima de las clases, ha coincidido precisamente con un período de la historia que se caracteriza en la vida interior por el desarrollo de la economía mercantil, del comercio y de la industria? ¿Por qué creen ustedes que estos últimos cambios en la vida, interior son posteriores, y la política del gobierno es anterior, a pesar de que los primeros cambios fueron tan profundos que el gobierno ni siquiera los advirtió y les opuso infinidad de obstáculos, a pesar de que este mismo gobierno "absoluto", bajo otras condiciones de vida interior, "apoyaba", "defendía" y' "fomentaba" a otra clase?

¡Oh, los "amigos del pueblo" nunca se hacen preguntas semejantes! Todo esto es materialismo y dialéctica, "hegelianismo", "mística y metafísica". Creen sencillamente que si se le pide con encarecimiento y dulzura a este gobierno, él podrá arreglarlo todo bien. Y en cuanto a la dulzura, hay que hacer justicia a *R. Bogatstvo*: en verdad, incluso entre la prensa liberal rusa se destaca por la incapacidad de conducirse con alguna independencia. Juzguen ustedes mismos:

"La abolición del impuesto de la sal y de la capitación, así como la reducción de los pagos de rescate[53] son, a juicio del señor Yuzhakov, "un serio alivio para la economía popular". ¡Naturalmente! Pero la abolición del impuesto de la sal ¿no fue acompañada del establecimiento de gran número de nuevos impuestos indirectos y de la elevación de los viejos? La abolición de la capitación ¿no estuvo acompañada de un aumento de los pagos de los campesinos que fueron siervos en tierras del Estado, haciendo extensiva a ellos la obligación de pagar el rescate? ¿No ha quedado incluso ahora, después de la famosa disminución de los pagos de rescate (con la que el Estado no ha entregado a los campesinos ni siquiera la ganancia obtenida de esta operación), una falta de correspondencia entre los pagos y los ingresos procedentes de la tierra, es decir, una prolongación directa de los tributos del régimen de la servidumbre? ¡No importa! ¡Lo importante aquí no

* Absurdo porque la fuerza del “económicamente fuerte” consiste, dicho sea de paso, en que tiene en sus manos el poder político, sin el cual no podría mantener su dominación económica.

** Por eso los "amigos del pueblo" son los peores reaccionarios cuando sostienen que la tarea natural del Estado es proteger al débil en el aspecto económico (así *debe ser* según su trivial moral de viejas), aunque toda la historia rusa y la política interior atestiguan que la tarea de nuestro Estado consiste en proteger únicamente a los terratenientes feudales y a la gran burguesía y reprimir del modo más feroz todo intento "*de los débiles en el aspecto económico*" de defenderse a sí mismos. Y ésta es, en efecto, su tarea *natural*, porque el absolutismo y la burocracia están impregnados por completo de espíritu burgués-feudal y porque, en el terreno económico, la burguesía reina y gobierna sin cortapisas, teniendo al obrero en total sometimiento.

es más que el "primer paso", el "principio", y luego... luego se podrá pedir más!

Pero esto son sólo algunas florecitas. Veamos ahora todo el ramillete:

"Los años 80 aligeraron el peso que recaía sobre el pueblo (y eso, con las medidas señaladas) y lo salvaron así de la ruina definitiva".

Es también una frase clásica por su desvergüenza lacayuna, frase que acaso podría colocarse únicamente al lado de la citada declaración del señor Mijailovski de que aún tenemos que crear al proletariado. No se puede menos de recordar a este propósito la historia, tan acertadamente narrada por Schedrín, de la evolución del liberal de Rusia[54]. Comienza este liberal pidiendo a las autoridades reformas "en la medida de lo posible"; continúa luego mendigando "algo, lo que sea" y acaba en la eterna e inconmovible posición "adecuada a la vileza". ¡¡Cómo no decir, en efecto, de los "amigos del pueblo" que han ocupado esta posición eterna e inconmovible, cuando ellos, bajo la impresión fresca del hambre sufrida por millones -ante la cual el gobierno se portó al principio con tacañería mercantilista y después con cobardía igualmente mercantilista-, dicen en la prensa que el gobierno salvó al pueblo de la ruina definitiva!! Pasarán unos años con una expropiación más rápida aún de los campesinos, el gobierno agregará a la fundación del Ministerio de Agricultura la abolición de uno o dos impuestos directos y el establecimiento de otros cuantos impuestos indirectos, después el hambre alcanzará a cuarenta millones de personas, y estos señores escribirán exactamente lo mismo: ¿ven?, ¡pasan hambre cuarenta y no cincuenta millones; esto es porque el gobierno ha aliviado el peso que recaía sobre el pueblo y lo ha salvado de la ruina definitiva, esto es porque el gobierno ha escuchado a los "amigos del pueblo" y ha fundado el Ministerio de Agricultura!

Otro ejemplo:

El cronista de la vida interior, hablando en el núm. 2 de *R. B.* de que Rusia ¡¡"por fortuna" (*¡sic!*) es un país atrasado "que conserva elementos para basar su régimen económico en el principio de la solidaridad"*, dice que por eso está en condiciones de actuar "en las relaciones internacionales como vehículo de la solidaridad económica" y que su indiscutible "poderío político" acrecienta las probabilidades de Rusia para ello!!

Este gendarme de Europa, el baluarte permanente y más seguro de toda reacción, que ha llevado al pueblo ruso a una humillación tal que, viviendo subyugado en su propio país, ha servido de instrumento para subyugar a otros pueblos en Occidente, ¡este gendarme es elevado a la categoría de vehículo de la solidaridad económica!

¡Eso es ya demasiado! Los señores "amigos del pueblo" darán ciento y raya a todos los liberales. No sólo ruegan al gobierno, no sólo le cantan loas, sino que lo veneran, lo veneran, haciéndole unas reverencias tan bajas y con tanto celo que a uno se le encoge el corazón cuando oye los golpes de sus frentes de fieles vasallos contra el suelo.

¿Recuerdan ustedes la definición alemana del filisteo?

*¿Qué es un filisteo?*
*Una tripa hueca y rellena*
*de miedo y esperanza...*
*¡de que Dios es misericordioso!*
(Goethe)

Esta definición no cuadra del todo a nuestro país. Dios... En nuestro país, Dios está por entero en segundo plano. En cuanto a las autoridades, eso es ya otra cosa. Y si en esa definición sustituimos la palabra "Dios" con el vocablo "autoridades", tendremos la más exacta expresión del bagaje ideológico, del nivel moral y del valor cívico de los "amigos del pueblo" humanitarios y liberales de Rusia.

A esta concepción tan absurda del gobierno agregan los "amigos del pueblo" la actitud correspondiente ante la llamada "intelectualidad". El señor Krivenko escribe: "La literatura"... debe "valorar los fenómenos según su sentido social y estimular cada intento activo de hacer el bien. Ha insistido y continúa insistiendo en la insuficiencia de maestros, médicos, técnicos, en que el pueblo sufre enfermedades, se empobrece (¡hay pocos técnicos!), no sabe leer ni escribir, etc., y cuando aparecen hombres aburridos de pasar las horas ante el tapete verde, actuar en las funciones teatrales de aficionados y comer empanadas de pescado en las recepciones organizadas en provincias por los mariscales de la nobleza, hombres que, a pesar de los numerosos obstáculos, se ponen a trabajar con una abnegación singular (¡no es para menos: renunciaron al tapete verde, a los espectáculos y a las empanadas!), la literatura debe felicitarlos".

Dos páginas más adelante, con la diligente seriedad del viejo funcionario ducho en la materia, reprende a quienes "han vacilado ante el dilema de aceptar o no los puestos de jefes de los zemstvos[55], alcaldes urbanos, presidentes y vocales de los zemstvos, designados según el nuevo reglamento. En una sociedad que tiene una elevada conciencia de las necesidades y deberes cívicos (¡escuchen, señores: esto vale en verdad por los discursos de los famosos Pompadoures rusos, de unos Baránov o Kósich cualesquiera!) serían inconcebibles tanto las vacilaciones semejantes como tal actitud ante el problema, porque esta sociedad asimilará a su modo

* ¿Entre quiénes? ¿Entre el terrateniente y el campesino? ¿Entre el mujik hacendoso y el campesino depauperado? ¿Entre el fabricante y el obrero? Para comprender este clásico “principio de solidaridad” hay que recordar que la solidaridad entre el patrono y el obrero se consigue “rebajando el salario”.

cada reforma, siempre que en ella haya algo de vida, es decir, utilizará y desarrollará los aspectos de ésta que sean convenientes; en cambio reducirá a letra muerta los aspectos innecesarios; y si la reforma carece de toda vitalidad, será totalmente un cuerpo extraño".

¡El diablo sabrá qué es esto! ¡Un oportunismo barato que se manifiesta con tal exaltación! La tarea de la literatura consiste en reunir chismes de salón contra los pérfidos marxistas, inclinarse ante el gobierno porque está salvando al pueblo de la ruina definitiva, saludar a los hombres que se han hastiado de pasar las horas ante el tapete verde, enseñar al "público" a que no eluda ni siquiera cargos como el de jefe del zemstvo... ¿Qué es lo que leo? ¿*Nedelia*[56] o *Nóvoie Vremia*? No, es *Rússkoie Bogatstvo*, el órgano de los demócratas avanzados de Rusia...

Y semejantes señores se empeñan en hablar de los "ideales de los antepasados", tienen la pretensión de ser ellos, precisamente ellos, quienes conservan las tradiciones de aquellos tiempos en que Francia propagaba por toda Europa las ideas del socialismo[57] y en que la asimilación de estas ideas daba en Rusia las teorías y las doctrinas de Herzen, de Chernyshevski. Esto es ya un verdadero escándalo, y sería indignante y ofensivo por completo si *Rússkoie Bogatstvo* no fuese demasiado divertido, si semejantes declaraciones en las páginas de una revista como ésta no provocasen sino risa homérica. ¡Sí, ustedes cubren de lodo estos ideales! En realidad, ¿en qué consistían estos ideales de los primeros socialistas rusos, de los socialistas de aquella época que Kautsky ha caracterizado con tanto acierto con estas palabras:

- "Cuando cada socialista era poeta, y cada poeta, socialista".

- *La fe en un régimen especial*, *en el régimen comunal de la vida rusa*; de aquí, *la fe en la posibilidad de la revolución socialista campesina*: he aquí lo que los animaba, lo que alzaba a decenas y centenares de hombres a la lucha heroica contra el gobierno. Y no podrán ustedes reprochar a los socialdemócratas que no hayan sabido valorar el inmenso mérito histórico de estos hombres, los mejores hombres de su tiempo, que no hayan sabido respetar profundamente su memoria. Pero yo les pregunto: ¿Dónde está ahora esta fe? No existe, hasta tal punto no existe, que cuando el señor V. V. intentó el año pasado interpretar las cosas en el sentido de que la comunidad educa al pueblo en la actividad solidaria, sirve de hogar de sentimientos altruistas, etc.[58], hasta al señor Mijailovski le dio vergüenza y replicó púdicamente al señor V. V. que "no hay una *investigación* que haya demostrado el vínculo de nuestra comunidad con el altruismo"[59]. Efectivamente, no existe tal investigación. Y para que vean lo que son las cosas: hubo un tiempo en que, sin mediar investigación alguna, los hombres tenían fe, y la tenían sin reservas…

¿Cómo? ¿Por qué? ¿En qué se fundaban?...

- "Cada socialista era poeta, y cada poeta, socialista".

Además -añade este mismo señor Mijailovski-, todos los investigadores concienzudos están de acuerdo en que el campo se escinde, destacando, por una parte, a la masa del proletariado y, por otra, a un puñado de "kulaks" que tienen bajo su dominio al resto de la población. Y de nuevo le asiste la razón: el campo se escinde en realidad. Es más, el campo hace ya mucho tiempo que se ha escindido por completo. Con él se ha escindido también el viejo socialismo campesino ruso, dando paso, por una parte, al socialismo obrero y, por otra parte, degenerando en un vulgar radicalismo pequeñoburgués. Esta transformación no puede ser denominada de otro modo que degeneración. De la doctrina del régimen especial de la vida campesina, de las vías peculiares por entero de nuestro desarrollo ha salido un eclecticismo blandengue que no puede ya negar que la economía mercantil ha pasado a ser el fundamento del desarrollo económico, que la economía mercantil se ha desarrollado hasta transformarse en capitalismo y que únicamente no quiere ver el carácter burgués de todas las relaciones de producción, no quiere ver la necesidad de la lucha de clases bajo este régimen. Del programa político que pretendía *alzar a los campesinos* a la revolución socialista *contra los fundamentos de la sociedad moderna*[*] ha surgido un programa que pretende hacer composturas, "mejorar" la situación de los campesinos, *conservando las bases de la sociedad actual*.

Propiamente dicho, cuanto antecede ha podido ya dar una idea de la "crítica" que se puede esperar de estos señores de *Rússkoie Bogatstvo*, cuando se proponen "fulminar" a los socialdemócratas. No intentan siquiera exponer sin rodeos y a conciencia la idea que los socialdemócratas tienen de la realidad rusa (por lo que se refiere a la censura, esto sería del todo posible si se hiciese particular hincapié en el aspecto económico, si se atuviesen a las expresiones igualmente generales, esópicas en parte, con que se ha desplegado toda su "polémica") y de refutar esta idea, yendo al fondo del asunto, refutar la justedad de las conclusiones prácticas deducidas de dicha idea. En vez de eso prefieren salir del paso con frases hueras sobre esquemas abstractos y la fe en ellos, acerca del convencimiento en la necesidad de que cada país pase por la fase... y otros disparates por el

[*] A esto se reducían, en el fondo, todos nuestros viejos programas revolucionarios, comenzando, aunque sólo sea, por los bakuninistas y los rebeldes[60], continuando por los populistas y terminando por los adeptos de Libertad del Pueblo, entre los cuales también ocupaba un lugar, y no el último, ni mucho menos, la seguridad de que los campesinos enviarían un aplastante número de socialistas al futuro Zemski Sobor[61].

estilo, que hemos tenido sobrada ocasión de ver en el señor Mijailovski. Además, hay tergiversaciones patentes. El señor Krivenko, por ejemplo, declara que Marx "reconocía para nuestro país, si éste lo deseaba (¡¡así pues, *según Marx*, la evolución de las relaciones socioeconómicas depende de la voluntad y de la conciencia de los hombres?? ¿Qué es esto: ignorancia supina o desvergüenza sin par!), y ponía en juego la actividad correspondiente, la posibilidad de evitar las peripecias capitalistas y recorrer otro camino, más conveniente (¡¡*¡sic!*!!)".

Nuestro paladín pudo proferir este disparate, recurriendo a una superchería descarada. Al citar la conocida *Carta de Carlos Marx* (*Yurid. Vést.*, 1888, núm. 10) -el lugar en que Marx habla de su alta estima por Chernyshevski, el cual creía posible para Rusia "no sufrir los tormentos del régimen capitalista"-, el señor Krivenko, cerrando las comillas, es decir, dando por terminada la reproducción exacta de las palabras de Marx (que terminan así: "él (Chernyshevski) se pronuncia en el sentido de la última decisión") -añade: "Y yo, dice Marx, *comparto* (la cursiva es del señor Krivenko) estos puntos de vista" (pág. 186, núm. 12).

Pero Marx, en realidad, dijo: "Y mi honorable crítico tenía, cuando menos, tanto fundamento, dada la estimación que yo siento por este "gran sabio y crítico ruso", para sacar la conclusión de que comparto los puntos de vista de este último sobre dicha cuestión, como para todo lo contrario, para sacar la conclusión de que los rechazo, dada mi salida polémica contra el "literato" y paneslavista ruso"[62] (*Yurid. Vést.*, 1888, núm. 10, pág. 271).

Así, Marx dice que el señor Mijailovski no tenía razón para ver en él a un adversario de la idea del desarrollo peculiar de Rusia, porque también siente estima por quienes propugnan esta idea, y el señor Krivenko la interpreta falseada, al decir que Marx "reconocía" este desarrollo peculiar. Es una patraña manifiesta. La citada afirmación de Marx demuestra con absoluta claridad que rehúye una respuesta que vaya al fondo de la cuestión: "el señor Mijailovski hubiera podido tomar como fundamento cualquiera de las dos observaciones contradictorias, es decir, no tenía razón para basarse ni en la una ni en la otra, al hacer sus conclusiones acerca de mi punto de vista sobre los asuntos rusos en general". Y para que estas observaciones no dieran motivos a falsas interpretaciones, Marx, en esta misma "carta" responde con franqueza a la pregunta de la aplicación que puede tener su teoría en Rusia. Esta respuesta demuestra con singular nitidez que Marx rehúye responder al fondo de la cuestión, elude analizar los datos rusos, que son los únicos que pueden ventilar la cuestión: "Si Rusia -respondía él- tiende a convertirse en una nación capitalista a semejanza de las naciones de Europa Occidental -y en el transcurso de los últimos años se ha perjudicado mucho en este sentido-, no lo conseguirá sin haber transformado previamente en proletarios a una buena parte de sus campesinos".

Parece que está ya claro por completo: el problema consistía precisamente en si Rusia aspiraba a convertirse en una nación capitalista, en si el proceso de ruina de sus campesinos era un proceso de creación del régimen capitalista, del proletariado capitalista; y Marx dice que "si" Rusia tiende a ello, necesita transformar una buena parte de los campesinos en proletarios. Expresado con otras palabras, la teoría de Marx estriba en investigar y explicar la evolución del régimen económico de países concretos, y su "aplicación" a Rusia puede consistir únicamente en INVESTIGAR las relaciones rusas de producción y su evolución, UTILIZANDO los procedimientos elaborados del método MATERIALISTA y de la economía política TEÓRICA* .

La elaboración de la nueva teoría metodológica y político-económica significó un progreso tan gigantesco de la sociología, un paso adelante tan colosal del socialismo que, casi inmediatamente después de haber aparecido *El Capital*, la principal cuestión teórica para los socialistas rusos pasó a ser la del "destino del capitalismo en Rusia"; en torno a esta cuestión giraban las discusiones más acaloradas, en dependencia de ella se decidían las tesis programáticas más importantes. Y es digno de notar que cuando (hace diez años) apareció un grupo especial de socialistas que decidió la cuestión sobre la evolución capitalista de Rusia en sentido afirmativo y basó esta decisión en los datos de la realidad económica rusa, no halló una crítica directa y definida en cuanto al fondo de la cuestión, una crítica que tomase estos mismos fundamentos metodológicos y teóricos generales y explicase de manera distinta los datos respectivos.

Los "amigos del pueblo", que han emprendido toda una campaña contra los marxistas, tampoco arguyen con análisis de datos basados en hechos. Salen del paso con frases, como hemos visto en el primer fascículo. Además, el señor Mijailovski no pierde ocasión de ejercitar su ingenio, diciendo que los marxistas no tienen unanimidad, que no se han puesto de acuerdo. Y "nuestro conocido" N. K. Mijailovski ríe a mandíbula batiente con motivo de su chiste acerca de los marxistas "auténticos" y "no auténticos". Que entre los marxistas no hay completa unanimidad, es cierto. Pero, primero, el señor Mijailovski ha presentado este hecho de una manera inexacta, y, segundo, este hecho no demuestra la debilidad, sino precisamente la fuerza y la vitalidad de la socialdemocracia rusa. Y es que los últimos tiempos se caracterizan singularmente porque los

* Esta conclusión, lo repito, no podía menos de ser clara para todo el que hubiese leído el *Manifiesto Comunista*, *Miseria de la Filosofía* y *El Capital*; sólo el señor Mijailovski necesitaba un esclarecimiento especial.

socialistas llegan a abrazar las concepciones socialdemócratas por diferentes caminos, razón por la cual, estando incondicionalmente de acuerdo en la tesis fundamental y principal de que Rusia es una sociedad burguesa surgida del régimen de la servidumbre, que su forma política es un Estado de clase y que el único camino para abolir la explotación del trabajador estriba en la lucha de clase del proletariado, en muchos problemas parciales discrepan tanto en los métodos de argumentación como en las aclaraciones de detalle de tales o cuales fenómenos de la vida rusa. Por eso puedo anticipar una alegría al señor Mijailovski, declarando que también en las cuestiones que, por ejemplo, han sido tratadas en estas someras notas -sobre la reforma campesina, sobre la economía de la agricultura campesina y de las pequeñas industrias de oficio, sobre el arrendamiento, etc.- existen diferentes opiniones que caben en la tesis fundamental y general para todos los socialdemócratas que acabamos de aducir. La unanimidad de las personas que se calman, reconociendo a una voz las "verdades sublimes" como las referentes a que la reforma campesina *podría* abrir a Rusia vías tranquilas de un desarrollo justo, que el Estado *podría* llamar a los "amigos del pueblo" y no a los representantes de los intereses del capitalismo, que la comunidad *podría* socializar la agricultura junto con la industria manufacturera, a la que el artesano *podría* convertir en gran producción, que el arrendamiento *popular* servía de sostén a la economía *popular*, esta enternecedora y emocionante unanimidad ha sido sustituida por la discrepancia de personas que buscan la explicación de la organización económica *efectiva*, presente de Rusia como sistema de relaciones de producción determinadas, que buscan la explicación de su evolución económica *efectiva*, de sus superestructuras políticas y de toda otra índole.

Y si semejante labor lleva desde diferentes puntos de vista a reconocer la tesis general que indiscutiblemente determina también la actividad política solidaria, y por eso da derecho y obliga a todos los que la aceptan a considerarse y llamarse "SOCIALDEMÓCRATAS", deja todavía amplio campo para discrepancias en gran número de problemas particulares que se pueden resolver en diferentes sentidos, esto, como es natural, no demuestra sino la fuerza y la vitalidad de la socialdemocracia rusa[*].

Por lo demás, las condiciones de esta labor son tan malas que es difícil imaginarse algo peor: no hay ni puede haber un órgano que agrupe los diferentes trabajos; en nuestro régimen policiaco, las relaciones entre particulares están dificultadas al máximo. Se comprende que los socialdemócratas no puedan ponerse de acuerdo como es debido y convenir en los detalles, se comprende que discrepen los unos de los otros...

¿Verdad que esto es realmente cómico?

En la "polémica" del señor Krivenko con los socialdemócratas puede inducir a confusión la circunstancia de que él hable de ciertos "neomarxistas". Algún lector pensará que entre los socialdemócratas ha ocurrido algo parecido a una escisión, que de los viejos socialdemócratas se han separado los "neomarxistas". Nada de eso. Nadie ha hablado en público nunca ni en parte alguna en nombre del marxismo para criticar las teorías y el programa de los socialdemócratas rusos ni para defender otro marxismo. Se trata de que los señores Krivenko y Mijailovski han prestado oído a los diversos chismes de salón acerca de los marxistas, se han fijado mucho en los diferentes liberales que disfrazan de marxismo su esterilidad liberal y, con el ingenio y el tacto que les son propios, provistos de un tal bagaje, han emprendido la "crítica" de los marxistas. No es extraño que esta "crítica" sea una retahíla de ridiculeces e inmundas salidas de tono.

"Para ser consecuente -razona el señor Krivenko- hay que dar a esto una respuesta afirmativa" (a la pregunta de "si conviene esforzarse por desarrollar la industria capitalista") y "no andarse con reparos ni en cuanto a la compra de la tierra campesina ni en cuanto a la apertura de tiendas y tabernas", hay que "alegrarse del éxito de los numerosos taberneros que se sientan en los escaños de la Duma, ayudar a los acaparadores del trigo campesino, más numerosos aún".

Eso es muy divertido, por cierto. Prueben a decir a un "amigo del pueblo" como éste que la explotación del trabajador en Rusia es, por su esencia, capitalista en todas partes, que los mujiks hacendados y los acaparadores del campo deben ser contados entre los representantes del capitalismo por tales y tales rasgos político-económicos que demuestran el carácter burgués de la disociación campesina, y proferirá clamorosos alaridos, llamará a esto increíble herejía, comenzará a decir a voces que se toman a ciegas fórmulas y esquemas abstractos de Europa Occidental (pasando por alto, sin embargo, con el mayor celo el contenido efectivo de la "herética" argumentación). Y cuando hay que pintar

[*] Por la sencilla razón de que hasta ahora estos problemas *no se han resuelto de ninguna manera*. No se puede, en efecto, llamar solución del problema del arrendamiento al aserto de que "el arrendamiento popular sirve de sostén a la economía popular"; o a una exposición como ésta del sistema de cultivo de las tierras de los terratenientes con aperos de los campesinos: "el campesino ha resultado ser más fuerte que el terrateniente", quien "ha sacrificado su independencia en beneficio del campesino independiente"; "el campesino ha arrancado de las manos del terrateniente la gran producción"; "el pueblo resulta vencedor en la lucha por las formas de agricultura". Esta es la vacua charlatanería liberal empleada en *Los destinos del capitalismo* de "nuestro conocido" señor V. V.

los "horrores" que traen los pérfidos marxistas, entonces ya se pueden apartar a un lado la ciencia sublime y los ideales puros, entonces se puede reconocer que los acaparadores del trigo campesino y de la tierra campesina son realmente representantes del capitalismo y no sólo buscavidas "aficionados" a aprovecharse de lo ajeno.

Prueben ustedes a demostrar a este "amigo del pueblo" que la burguesía rusa no sólo se apropia ya ahora en todas partes del trabajo del pueblo, debido a que concentra ella sola los medios de producción, sino que también presiona sobre el gobierno, engendrando, imponiendo y determinando el carácter burgués de su política: se pondrá todo frenético, hablará a gritos de la omnipotencia de nuestro gobierno, de que éste, sólo por un fatal malentendido y una desdichada casualidad, "llama" exclusivamente a los representantes de los intereses del capitalismo y no a los "amigos del pueblo", que el tal gobierno implanta artificiosamente el capitalismo... Y en este barullo, ellos mismos deben reconocer precisamente como representantes del capitalismo a los taberneros que se sientan en los escaños de la Duma, es decir, a uno de los elementos de este mismo gobierno que, a su decir, está por encima de las clases. Pero señores, ¿es que los intereses del capitalismo están representados en Rusia tan sólo en la "Duma" y tan sólo por los "taberneros"?...

Por lo que se refiere a las inmundas salidas de tono, las hemos visto en cantidad más que suficiente en el señor Mijailovski y las volvemos a ver en el señor Krivenko, quien, por ejemplo, queriendo aniquilar la odiada ideología socialdemócrata, cuenta que "algunos van a las fábricas (cuando, por cierto, hay buenos puestos de trabajo técnico y oficinesco), motivando su ingreso exclusivamente en la idea de acelerar el proceso capitalista". Naturalmente, no hay necesidad de responder a semejantes cosas, que no son sino indecencias. Aquí no cabe más que poner punto final.

¡Continúen, señores, en ese mismo espíritu, continúen con resolución! El gobierno imperial -el mismo que, como acabamos de oírles decir, ha tomado ya medidas (aunque con defectos) para salvar al pueblo de la ruina definitiva- tomará medidas, exentas ya de todo defecto, para evitar que les puedan probar a ustedes que han incurrido en trivialidad e ignorancia. La "sociedad culta" seguirá con agrado como hasta ahora, en el intervalo entre una deliciosa empanada de pescado y el tapete verde, hablando del hermano menor y haciendo proyectos humanitarios de "mejora" de su situación; sus representantes se enterarán con satisfacción por ustedes de que, ocupando puestos de jefes de los zemstvos o de cualesquiera otros celadores del bolsillo campesino, muestran una alta conciencia de las necesidades y obligaciones cívicas. ¡Continúen ustedes! Tienen garantizada no sólo la tranquilidad, sino también la aprobación y las alabanzas... en boca de los señores Burenin.

- - -

Como conclusión creo que no estará de más responder a la pregunta que, con toda probabilidad, se le haya ocurrido ya a más de un lector. ¡Valía la pena dialogar tanto tiempo con semejantes señores? ¿Valía la pena contestar a fondo a este torrente de lodo liberal protegido por la censura, que a ellos se les antoja llamar polémica?

Me parece que ha valido la pena, y no por ellos, como es natural, ni por la gente "culta", sino por la provechosa enseñanza que pueden y deben sacar de esta campaña los socialistas rusos. Esta campaña ofrece la prueba más clara y convincente de que la fase del desarrollo social de Rusia, fase en que la democracia y el socialismo se fundían en un todo inseparable, indisoluble (como ocurrió, por ejemplo, en la época de Chernyshevski), ha pasado para no volver más. Ahora ya no hay en absoluto ningún fundamento para pensar -y hasta hoy lo siguen pensando en algunos sitios los socialistas rusos, reflejándose con daño extraordinario tanto en sus teorías como en su práctica- que en Rusia no existe una diferencia profunda y cualitativa entre las ideas de los demócratas y las de los socialistas.

Todo lo contrario: entre estas ideas media todo un abismo, y ya va siendo hora de que los socialistas rusos lo comprendan, de que comprendan la INEVITABILIDAD y LA APREMIANTE NECESIDAD DE UNA RUPTURA COMPLETA y DEFINITIVA con las ideas de los demócratas.

Veamos, en efecto, qué era este demócrata ruso en los tiempos que dieron origen a la citada idea y qué ha llegado a ser. Los "amigos del pueblo" nos brindan suficientes datos para trazar este paralelo.

Es de un interés extraordinario en este sentido la salida de tono del señor Krivenko contra el señor Struve, que se pronunció en una publicación alemana contra el utopismo del señor Nik.-on (su comentario -Contribución al problema del desarrollo capitalista de Rusia; *Zur Beurtheilung der kapitalistischén Entwicklung Russlands*- apareció en *Sozialpolitisches Centralblatt*[63], III, núm. 1, del 2 de octubre de 1893). El señor Krivenko arremete contra el señor Struve porque éste, según él, atribuye al "socialismo nacional" (que, según sus palabras, "es de naturaleza puramente utópica") las ideas de los que "están a favor de la comunidad y de la parcelación de la tierra". Esta terrible acusación de supuesto socialismo saca totalmente de sus casillas al honorabilísimo autor:

"¿Es que -exclama él- no hubo nadie más (fuera de Herzen, Chernyshevski y los populistas) que estuviese a favor de la comunidad y de la parcelación de la tierra? Y los autores del reglamento sobre los campesinos, que basaron la abolición de la servidumbre en la comunidad y en la actividad económica independiente de los campesinos, así como los investigadores de nuestra historia y de la

vida contemporánea, que propugnan estos principios, y casi toda nuestra prensa seria y decente, que también propugna estos principios, ¿acaso todos ellos son víctimas de esa ofuscación llamada "socialismo nacional"?".

¡Tranquilícese, honorabilísimo señor "amigo del pueblo"! Se ha asustado usted tanto de esta terrible acusación de socialismo que ni siquiera se ha tomado la molestia de leer con atención el "pequeño articulejo" del señor Struve. En efecto, ¡qué escandalosa injusticia sería acusar de socialismo a los que están "a favor de la comunidad y de la parcelación de la tierra"! ¡Válgame!, ¿qué hay aquí de socialista? Pues socialismo se llama a la protesta y a la lucha contra la explotación del trabajador, a la lucha encaminada a abolir por entero esta explotación, y "estar a favor de la parcelación" significa ser partidario de que los campesinos paguen el rescate por toda la tierra que se hallaba a su disposición. Incluso sin estar en pro del pago del rescate, sino de que se conceda gratis a los campesinos toda la tierra que tenían en posesión antes de abolirse la servidumbre, incluso en ese caso aún no hay absolutamente nada de socialista ahí, porque precisamente esta propiedad campesina de la tierra (que se fue formando durante el período feudal) ha sido también por todas partes en Occidente, como lo es en Rusia*, la base de la sociedad burguesa. "Estar a favor de la comunidad", es decir, protestar contra la intervención policíaca en los métodos habituales de distribución de la tierra: ¿qué hay ahí de socialista, cuando todo el mundo sabe que la explotación del trabajador cabe perfectamente en el seno de esta comunidad y es engendrada por ella? ¡Esto significa ya alargar hasta lo imposible la palabra "socialismo"; por lo que se ve, habrá que incluir también entre los socialistas al señor Pobedonóstsev!

El señor Struve no comete en absoluto una injusticia tan terrible. Habla del "carácter utópico del socialismo nacional" *de los populistas*, y por el hecho de que llame a *Nuestras discrepancias* de Plejánov polémica con los populistas se ve a quiénes incluye entre ellos. Plejánov polemizaba sin duda con socialistas, con personas que no tienen nada de común con la prensa rusa "seria y decente". Y por eso el señor Krivenko no tenía ningún derecho a adjudicarse cuanto atañe a los populistas. Si quería conocer sin falta la opinión del señor Struve acerca de la corriente a la que él mismo se adhiere, entonces yo me extraño de que no haya prestado atención al siguiente pasaje del artículo del señor Struve y *no lo haya traducido para "Rússkoie Bogatstvo"*:

"A medida que progresa el desarrollo capitalista -dice el autor- la concepción del mundo que acabamos de describir (la concepción populista) debe perder terreno. O degenerará (*wird herabsinken*) en una corriente bastante incolora de reformas, capaz de aceptar y buscar compromisos**, de lo cual se tienen hace ya mucho tiempo anticipos esperanzadores, o tendrá por inevitable el desarrollo efectivo y hará las deducciones teóricas y prácticas pertinentes; dicho de otro modo, dejará de ser utópica".

Si el señor Krivenko no adivina dónde hay en nuestro país anticipos de esta tendencia, capaz únicamente de ir a compromisos, yo le aconsejaría que dé un vistazo a *Rússkoie Bogatstvo*, a las concepciones teóricas de esta revista, que son un lamentable intento de compaginar fragmentos sueltos de la doctrina populista con el reconocimiento del desarrollo capitalista de Rusia, que dé un vistazo al programa político de la revista dirigido a mejorar y restaurar la economía de los pequeños productores basada en el régimen capitalista existente***.

Este es, en general, uno de los fenómenos más característicos y notables de nuestra vida social en los últimos tiempos: la degeneración del populismo en oportunismo pequeñoburgués.

En efecto, si tomamos el contenido del programa de *R. B.* -todas esas regulaciones de la colonización y

---

* La prueba está en la disociación de los campesinos.

** *Ziemlich blasse kompromissfiihige und kompromissföhige Reformrichtung*: creo que en ruso también se puede traducir esto por oportunismo culturalista.

*** Produce en general una impresión deplorable el intento del señor Krivenko de combatir contra el señor Struve. Es la impotencia pueril para objetar algo sustancial, unida a una irritación también infantil. Por ejemplo, el señor Struve dice que el señor Nik.-on es un “utopista”. Y explica con toda claridad por qué lo llama así: 1) porque desconoce “el desarrollo efectivo de Rusia”; 2) porque apela a la “sociedad” y al “Estado”, sin comprender el carácter de clase de nuestro Estado. ¿Qué puede objetar contra esto el señor Krivenko? ¿Niega que nuestro desarrollo es realmente capitalista? ¿Dice que este desarrollo es de otra índole? ¿Que nuestro Estado no es de clase? No, prefiere eludir por completo estas cuestiones y arremeter con furia cómica contra ciertos “clichés” por él mismo inventados. Otro ejemplo más. El señor Struve, además de incomprensión de la lucha de clases, reprocha al señor Nik.-on grandes errores en su teoría, que se refieren al dominio de los “hechos puramente económicos”. Señala, entre otras cosas, que, hablando del número insignificante de nuestra población no agrícola, el señor Nik.-on “no advierte que el desarrollo capitalista de Rusia, tendrá precisamente que atenuar esta diferencia entre el 80% (población rural de Rusia) y el 44% (población rural de Norteamérica): se puede afirmar que en esto consiste su misión histórica”. El señor Krivenko tergiversa, primero, este pasaje, hablando de “nuestra” (?) misión de privar de la tierra a los campesinos, mientras que se trata sencillamente de la tendencia del capitalismo a reducir la población rural, y, segundo, sin decir ni una palabra sobre lo esencial (¿es posible un capitalismo que no conduzca a la disminución de la población rural?), empieza a decir disparates sobre los “dogmáticos”, etc. Véase el Apéndice II (Véase el presente volumen. *N. de la Edit.*).

de los arrendamientos, todos esos créditos baratos, museos, almacenes, perfeccionamientos técnicos, arteles y laboreos en común-, veremos que dicho programa goza efectivamente de enorme difusión en toda la "prensa seria y decente", es decir, en toda la prensa liberal que no pertenece a los órganos feudales o a los reptiles[64]. La idea de la necesidad, la utilidad, la urgencia y el "carácter inofensivo" de estas medidas ha echado profundas raíces en toda la intelectualidad y ha alcanzado una difusión extraordinaria: la encontrarán tanto en las hojas y periódicos de provincias como en todas las investigaciones, recopilaciones y descripciones, etc., etc., de los zemstvos. Indudablemente, si se toma *esto* como populismo, el éxito es inmenso e indiscutible.

Pero eso en modo alguno es populismo (en el viejo y habitual sentido de la palabra), y el éxito y su gran difusión han sido conseguidos a costa de envilecer el populismo, a costa de convertir el populismo socialrevolucionario, que era radicalmente opuesto a nuestro liberalismo, en un oportunismo culturalista que se funde con este liberalismo y sólo expresa los intereses de la pequeña burguesía.

Para persuadirse de esto último, vale la pena dirigir la atención a los cuadros arriba transcritos de la disociación de los campesinos y de los artesanos, y estos cuadros no pintan en absoluto hechos aislados o nuevos, sino que representan sencillamente un intento de expresar en términos de economía política esa "escuela" de "sanguijuelas" y "jornaleros" que ni siquiera nuestros adversarios niegan que exista en nuestra aldea. Se comprende que las medidas "populistas" están en condiciones tan sólo de reforzar la pequeña burguesía; o (los arteles y el laboreo de la tierra por la comunidad) deben ser míseros paliativos, seguir siendo tristes experimentos que con tanta ternura cultiva la burguesía liberal en todas partes de Europa por la sencilla razón de que no conciernen para nada a la propia "escuela". Por esta misma razón no pueden tener nada contra tales progresos ni siquiera los señores Ermólov y Witte. Todo lo contrario. ¡Tengan la bondad! Incluso les concederán fondos "para los experimentos" con tal de apartar a la "intelectualidad" de la labor revolucionaria (labor que consiste en hacer hincapié en el antagonismo, explicarlo al proletariado, intentar encauzar este antagonismo por la senda de la lucha política directa) y hacerla caer en esos remiendos del antagonismo, en la conciliación y en la unificación. ¡Por favor, señores!

Detengámonos un poco en ese proceso que ha conducido a tal degeneración del populismo. En su nacimiento mismo, en su aspecto inicial, esta teoría poseía suficiente unidad interna -partiendo de la idea sobre el régimen especial de la vida popular, creía en los instintos comunistas del campesino "comunal" y por eso veía en los campesinos a los combatientes directos por el socialismo-, pero le faltaba, por una parte, elaboración teórica y confirmación en los hechos de la vida rusa, y por otra, experiencia en la aplicación de un programa político basado en estas supuestas cualidades del campesino.

El desarrollo de la teoría siguió precisamente estas dos direcciones, la teórica y la práctica. La labor teórica estuvo dirigida de un modo principal a estudiar la forma de *posesión* de la tierra, en la que querían ver anticipos de comunismo; y esta labor dio datos de lo más variados y ricos basados en hechos. Pero tales datos, que se refieren con preferencia a las formas de *posesión* de la tierra, hicieron perder de vista por completo la *economía* de la aldea a los que realizaban el estudio. Ocurrió esto de una manera tanto más natural cuanto que, primero, éstos carecían de una teoría firme sobre el método en la ciencia social, de una teoría que explicase la necesidad de destacar y estudiar de manera especial las relaciones de producción; y, segundo, los datos reunidos daban indicaciones directas e inmediatas de las necesidades y penurias más gravosas de los campesinos que pesan cual yugo abrumador sobre la hacienda campesina. Y toda la atención de los investigadores se concentró en el estudio de estas penurias, de la escasez de tierras en manos de los campesinos, de los pagos exorbitantes, de la privación de derechos, del embrutecimiento y la opresión de los labriegos. Todo esto fue descrito, estudiado y aclarado con tal riqueza de datos, con tal minuciosidad en los detalles que, naturalmente, si nuestro Estado no fuese un Estado de clase, si su política no estuviese dirigida por los intereses de las clases gobernantes, sino por el análisis imparcial de las "necesidades populares", debería haberse convencido mil veces de la necesidad de suprimir estas penurias. Los ingenuos investigadores que creían en la posibilidad de "hacer cambiar de convicciones" a la sociedad y al Estado, se hundieron completamente en los pormenores de los hechos reunidos por ellos y perdieron de vista una cosa: la estructura política y económica de la aldea; perdieron de vista el fondo fundamental de la economía, que estaba realmente abrumada por estas penurias gravosas. El resultado fue, como es natural, que la defensa de los intereses de la economía abrumada por la escasez de tierras en poder de los campesinos, etc., vino a ser la defensa de los intereses de la clase que tenía en sus manos esta economía, de la única clase que podía mantenerse y desarrollarse en las relaciones socioeconómicas existentes *en el seno* de la comunidad, en el sistema existente de economía del país.

La labor teórica encaminada a estudiar la institución que debería servir de fundamento y baluarte para eliminar la explotación dio lugar a que se redactase un programa que expresa los intereses de la pequeña burguesía, ¡es decir, precisamente de la clase en que se apoya este régimen de explotación!

Al mismo tiempo, la labor revolucionaria práctica se desarrollaba también en una dirección

completamente inesperada. Es claro que la fe en los instintos comunistas del mujik exigía de los socialistas que dejaran a un lado la política y "fuesen al pueblo". A cumplir este programa se entregó una masa de hombres de gran energía y talento que hubieron de persuadirse en la práctica de cuán ingenua era la idea de los instintos comunistas del mujik. Se comprendió, por lo demás, que la cuestión no residía en el mujik, sino en el gobierno, y toda la labor se dirigió a la lucha contra el gobierno, lucha que ya sostenían los intelectuales solos y *los obreros*, que a veces se unían a ellos. Al principio, esta lucha se mantuvo en nombre del socialismo, basándose en la teoría de que el pueblo está preparado para el socialismo y que con la simple toma del poder se podría llevar a término no sólo la revolución política, sino también la revolución social. En los últimos tiempos, esta teoría, por lo visto, va perdiendo ya todo crédito, y la lucha del grupo Libertad del Pueblo contra el gobierno se convierte en lucha de radicales por la libertad política.

Y de otra parte, por consiguiente, la labor ha conducido a metas diametralmente opuestas a su punto de partida: ha resultado un programa que sólo expresa los intereses de la democracia radical burguesa. Propiamente hablando, este proceso no ha acabado todavía, pero, por lo que parece, ya se ha definido por completo. Semejante desarrollo del populismo ha sido natural e inevitable por completo, ya que la doctrina se basaba en una idea puramente mítica del tipo peculiar (comunal) de la hacienda campesina: al chocar con la realidad, el mito se esfumó, y del socialismo campesino ha resultado una representación democrática radical del campesinado pequeñoburgués.

Veamos unos ejemplos de la evolución del demócrata:

"Hay que preocuparse -razona el señor Krivenko- de que en lugar de un lince no resulte un papanatas ruso lleno sólo de un confuso bullir de buenos sentimientos, pero incapaz de una verdadera abnegación y de hacer algo de peso en la vida". La moraleja es excelente; veamos cuál es su aplicación. "En este último sentido -continúa el señor Krivenko- yo conozco la siguiente amarga experiencia": vivían en el sur de Rusia unos jóvenes "animados de las mejores intenciones y de cariño al hermano menor; dedicaban al mujik toda clase de atenciones y honores; lo colocaban poco menos que en primer puesto, comían con él de un mismo plato, lo obsequiaban con manjares exquisitos; le pagaban por todo más caro que otros, le daban dinero -unas veces prestado, otras de propina y otras sin más ni más- le hablaban del régimen europeo y de las asociaciones obreras, etc. En este mismo lugar vivía también un joven alemán, Schmidt, que era administrador, o, mejor dicho, simple hortelano, un hombre sin ideas humanistas de ningún género, un auténtico alemán de mentalidad estrecha y formalista (¿¿*sic*!!!)", etc. Y después de haber vivido tres o cuatro años en ese lugar, dichos jóvenes se marcharon. Transcurrieron otros veinte años más y el autor, al visitar aquella comarca, se enteró de que "el señor Schmidt" (por su útil actividad le cambiaron el trato de hortelano Schmidt por el de señor Schmidt) había enseñado a los campesinos el cultivo de la vid, que les rinde ahora "cierto ingreso" de 75 a 100 rublos al año, como resultado de lo cual conservan de él "un buen recuerdo", y "de los señores que sólo abrigaban buenos sentimientos al mujik y que no hicieron para él nada sustancial (!), ni siquiera el recuerdo se conserva".

Si hacemos el cálculo, resultará que los acontecimientos descritos se refieren a los años 1869-1870, es decir, precisamente al tiempo aproximado en que intentaron los socialistas-populistas rusos traer a Rusia la particularidad más avanzada e importante del "régimen europeo": la Internacional[65].

Está claro que la impresión producida por el relato del señor Krivenko es demasiado fuerte, por lo que él se apresura a hacer esta salvedad:

"Yo no digo con esto, naturalmente -aclara-, que Schmidt fuese mejor que estos señores, sino que, a pesar de todos sus otros defectos, dejó una huella más honda en este lugar y entre la población. (No digo que fuese mejor, sino digo que dejó una huella más honda: ¿qué tontería es ésta!) No digo tampoco que hiciera algo importante, sino que, por el contrario, cito lo que él hizo como algo insignificante, hecho de paso, sin que le costara nada, pero que fue de indudable provecho".

La salvedad, como verán, es muy ambigua, pero en este caso no se trata de la ambigüedad, sino de que el autor, oponiendo la esterilidad de una actuación al éxito de la otra, ni siquiera sospecha, por lo visto, la diferencia cardinal existente en la dirección de estas dos clases de actividad. En ello reside el quid de la cuestión, que hace este relato tan característico para determinar la fisonomía del demócrata actual.

Al hablar al mujik del "régimen europeo y de las asociaciones obreras", estos jóvenes querían alzar, sin duda, al mujik a la reorganización de las formas de vida de la sociedad (tal vez esta conclusión mía en el caso presente sea errónea, pero todo el mundo estará de acuerdo, pienso yo, en que es legítima, ya que se desprende inevitablemente del citado relato del señor Krivenko), querían alzarlo a la revolución social contra la sociedad actual, que origina una explotación y una opresión tan escandalosas del trabajador, a la vez que un entusiasmo general con motivo de los progresos liberales de todo género. Y "el señor Schmidt", como buen administrador de su propiedad, sólo quería ayudar a los otros propietarios a arreglar sus problemas económicos y nada más. ¿Cómo, pues, se pueden comparar y confrontar estas dos actividades dirigidas en sentido diametralmente opuesto? ¡Es como si alguien comparase el fracaso

de una persona que ha intentado destruir un edificio con el éxito de otra persona que ha querido reforzarlo! Para hacer una comparación que tenga cierto sentido, habría que indagar por qué se malogró el intento de los jóvenes que fueron al pueblo a alzar a los campesinos a la revolución: ¿no será porque dichos jóvenes partían de una idea equivocada, según la cual precisamente el "campesinado" es el representante de la población trabajadora y explotada, cuando los campesinos no son en realidad una clase especial (ilusión que quizás se explique sólo por la influencia refleja de la época de decadencia del régimen de la servidumbre, cuando ellos actuaban realmente como clase, pero de la sociedad feudal nada más), ya que en su mismo seno se forman la clase de la burguesía y la clase del proletariado; en una palabra, era necesario analizar las viejas teorías socialistas y su crítica por los socialdemócratas. Pero el señor Krivenko hace los imposibles para, en lugar de eso, demostrar que la obra "del señor Schmidt" es "de indudable provecho". ¿Pero por qué, honorabilísimo señor "amigo del pueblo", aporrea una puerta abierta? ¿Quién duda de esto? ¿Qué obra puede haber de mayor provecho que la de introducir el cultivo de la vid y recibir de él 75 ó 100 rublos de ingreso?*

Y el autor pasa a explicar que si un propietario introduce en sus campos el cultivo de la vid, esto será una actividad dispersa, pero si lo hacen unos cuantos propietarios, entonces será una actividad colectiva y amplia, que convierte un pequeño trabajo en una obra verdadera, justa, *como, por ejemplo*, la realizada por A. N. Engelhardt, que no sólo aplicó fosfatos en sus tierras, sino que introdujo su aplicación en tierras de otros.

¿No es cierto que se trata de un magnífico demócrata?

Tomemos otro ejemplo de los juicios críticos de la reforma campesina. ¿Qué opinión le mereció a Chernyshevski, un demócrata de la citada época de unión indisoluble de la democracia y el socialismo? Como no podía exteriorizarla francamente, *guardó silencio* y, recurriendo a ambages, caracterizó de este modo la reforma que se preparaba:

*"Supongamos que yo estuviese interesado en adoptar medidas para conservar las provisiones que constituyen el sustento de ustedes. Cae de su peso que si yo hiciese esto únicamente guiado de mi buena disposición hacia ustedes, mi celo se basaría en el supuesto de que las provisiones les pertenecen y de que la comida preparada con ellas es saludable y ventajosa para ustedes. Figúrense cuáles serían mis sentimientos al saber yo que las provisiones no les pertenecen en absoluto y que, por cada comida preparada con ellas, les cobran un precio que, además de ser más caro de lo que cuesta la comida* (esto está escrito *antes* de la reforma. ¡¡Y los señores Yuzhakov aseguran *ahora* que el principio fundamental de ella era asegurar la vida de los campesinos!!), *ustedes no pueden, en general, pagarlo sin caer en una situación de extrema penuria. ¿Qué se me ocurriría pensar ante estos descubrimientos tan extraños?.. ¡Qué necio fui yo al afanarme por una obra para cuya utilidad no estaban aseguradas las debidas condiciones! ¿Quién sino un necio puede afanarse por que se conserve la propiedad en determinadas manos, sin cerciorarse previamente de que la propiedad vaya a parar a estas manos y en condiciones ventajosas?.. ¡Es mejor que se pierdan todas estas provisiones que sólo daño causan a la persona querida por mí! ¡Mejor es que fracase toda la obra que sólo les trae la ruina!*"

Subrayo los pasajes que muestran con mayor relieve la profunda y magnífica comprensión que Chernyshevski tenía de la realidad que le rodeaba, la comprensión de lo que eran los pagos de los campesinos, la comprensión del antagonismo de las clases sociales rusas. Es importante señalar también que semejantes ideas puramente revolucionarias las supo exponer en una prensa sometida a la censura. En sus obras ilegales escribía eso mismo, pero sin tapujos. En el *Prólogo al prólogo* Volguin (en boca del cual Chernyshevski pone sus pensamientos) dice:

*"Que la obra de la liberación de los campesinos sea puesta en manos del partido terrateniente. La diferencia no será grande"***. Y a la objeción de su interlocutor de que, por el contrario, la diferencia sería colosal, ya que el partido de los terratenientes estaba contra la parcelación de tierras para los campesinos, contesta resuelto:

*"No, la diferencia no será colosal, sino insignificante. Sería colosal si los campesinos recibiesen la tierra sin rescate. Hay diferencia entre tomar a una persona una cosa o dejársela, mas no la hay si la persona se queda con ella, pero pagándola. El plan del partido de los terratenientes se diferencia del plan de los progresistas sólo en que es más sencillo y más corto. Por eso es incluso mejor. Menos trámites burocráticos y, probablemente, menos cargas para los campesinos. Los campesinos que tengan dinero comprarán tierra. A los que no lo tengan, no hay por qué obligarles a comprarla. Lo único que esto hará, será arruinarlos. El rescate equivale a la compra"*.

Hacía falta precisamente el genio de Chernyshevski para comprender con tal claridad entonces, en la época de la realización misma de la reforma campesina (cuando todavía no había sido

* ¡Que hubiesen intentado ustedes proponer esta obra "de provecho" a aquellos jóvenes que hablaban al mujik de las asociaciones europeas! ¡Cómo os habrían recibido, qué magnífica réplica les habrían dado! ¡Habrían cobrado un miedo de muerte a sus ideas, tanto como el que ahora tienen ustedes al materialismo y a la dialéctica!

** Tomo la cita del artículo de Plejánov *N. G. Chernyshevski*, inserto en la revista *Sotsial-Demokrat*[66].

bastante dilucidada incluso en Occidente), su carácter fundamental burgués, para comprender que ya entonces, en la "sociedad" y en el "Estado" ruso, ordenaban y mandaban clases sociales hostiles sin discusión al trabajador, las cuales predeterminaban incuestionablemente la ruina y la expropiación de los campesinos. Y Chernyshevski comprendía además que la existencia de un gobierno que encubría nuestras relaciones sociales antagónicas era un mal terrible que empeoraba de manera especial la situación de los trabajadores.

“*A decir verdad* -continúa Volguin- *mejor será que los liberen sin tierra*". (Es decir, si tan fuertes son en nuestro país los terratenientes feudales, mejor será que obren sin tapujos, que hablen con franqueza y hasta el fin en vez de encubrir estos mismos intereses feudales con compromisos de un gobierno hipócrita y absolutista.)

*"La cuestión se plantea de tal manera que no encuentro motivos para acalorarme ni siquiera por si serán o no liberados los campesinos; mucho menos aún por saber quién los liberará, los liberales o los terratenientes. A mi juicio, es igual. Incluso mejor si lo hacen los terratenientes".*

De las *Cartas sin dirección*: "*Se dice: liberar a los campesinos... ¿Dónde están las fuerzas para tal empresa? Todavía no existen esas fuerzas. No se puede abordar una empresa cuando no hay fuerzas para ello. Y ya ven cómo están las cosas; van a comenzar a liberar. Juzguen ustedes mismos qué resulta cuando se pone manos a una obra que no se puede realizar, Se estropea la obra, resulta algo abominable*"[67].

Chernyshevski comprendía que el Estado burocrático-feudal ruso no estaba en condiciones de liberar a los campesinos, es decir, de derrocar a los señores feudales, que únicamente podía realizar "algo abominable", o sea, concertar un mezquino compromiso entre los intereses de los liberales (el rescate equivale a la compra) y de los terratenientes, compromiso que engañaría a los campesinos con una visión de bienestar y libertad, pero que, en realidad, los arruinaría y los entregaría a merced de los terratenientes. y protestaba, maldecía la reforma, deseando su fracaso, deseando que el gobierno se embrollase en sus tejemanejes con los liberales y los terratenientes y sobreviniese una bancarrota que sacase a Rusia a la vía de la franca lucha de clases.

Y *ahora*, cuando las geniales predicciones de Chernyshevski se han hecho realidad, cuando la historia de treinta años ha echado despiadadamente por tierra toda clase de ilusiones económicas y políticas, nuestros "demócratas" contemporáneos cantan loas a la reforma, ven en ella el beneplácito dado a la producción "popular" y se las ingenian para sacar de ella pruebas de la posibilidad de seguir no se sabe qué camino que *eluda* las clases sociales hostiles al trabajador. Repito, la actitud ante la reforma campesina es la prueba más evidente de lo mucho que se han aburguesado nuestros demócratas. Estos señores no han aprendido nada y han olvidado mucho, muchísimo.

A fin de trazar un paralelo, tomaré *Otiéchestvennie Zapiski* de 1872. Ya he trascrito más arriba fragmentos del artículo *La plutocracia y sus bases* a propósito de los progresos en cuanto al liberalismo (que encubría los intereses plutocráticos) hechos por la sociedad rusa en el primer decenio después de la "gran reforma liberadora".

Si antes era frecuente ver a gentes -escribía este mismo autor en este mismo artículo- que se lamentaban de las reformas y deploraban los viejos tiempos, ahora ya no se encuentra a personas tales. "A todos les gusta el nuevo orden de cosas, todos parecen contentos y tranquilos", y el autor señala más adelante que también la literatura "misma se va convirtiendo en un órgano de la plutocracia", protegiendo los intereses y apetitos plutocráticos "bajo el manto de la democracia". Examinen con más atención este razonamiento. El autor muestra su disgusto de que a todos les agrade el nuevo orden de cosas creado por la reforma, de que "todos" (los representantes de la "sociedad" y de la "intelectualidad", naturalmente, y no los trabajadores) estén contentos y tranquilos, a pesar de las evidentes peculiaridades antagónicas, burguesas, de este nuevo orden de cosas; el público no advierte que el liberalismo no hace más que encubrir "la libertad de adquisición", y, claro está, de adquisición a costa de la masa de trabajadores y en perjuicio de ella. Y protesta. Precisamente esta protesta, típica de un socialista, es lo que tiene de valioso en su razonamiento. Observen que esta protesta contra la plutocracia encubierta por la democracia está en contradicción con la teoría general de la revista: pues niegan toda clase de factores, elementos e intereses burgueses en la reforma campesina, niegan el carácter de clase de la intelectualidad rusa y del Estado ruso, niegan la existencia de terreno para el capitalismo en Rusia y, sin embargo, no pueden dejar de percibir, de palpar el capitalismo y el carácter burgués. Y por cuanto *Otiéchestvennie Zapiski*, al percibir el antagonismo de la sociedad rusa, se alzó en armas contra el liberalismo y la democracia de la burguesía, hizo la obra común de todos nuestros primeros socialistas que, si bien no supieron comprender este antagonismo, lo veían y querían combatir la organización misma de la sociedad que lo engendraba; por eso mismo la revista *Otiéchestvennie Zapiski* era progresista (naturalmente, desde el punto de vista del proletariado). Los "amigos del pueblo" han olvidado este antagonismo, han perdido todo olfato para sentir cómo "bajo el manto de la democracia" se ocultan en nuestro país también, en la santa Rusia, burgueses de pura sangre; y por eso mismo son ahora reaccionarios (respecto al proletariado), puesto que escamotean el antagonismo y no hablan de lucha, sino de actividad

culturalista conciliadora.

Pero, señores, ¿es que el liberal ruso de frente serena, el representante democrático de la plutocracia de los años 60 ha dejado de ser el ideólogo de la burguesía en los años 90 sólo porque el rictus del dolor cívico le haya demudado el semblante?

¿Es que la "libertad de adquisición" a gran escala, la libertad de adquisición de grandes créditos, de grandes capitales, de grandes mejoras técnicas deja de ser liberas, es decir, burguesa, manteniéndose intactas las relaciones socioeconómicas existentes sólo porque la sustituya la libertad de adquisición de pequeños créditos, de pequeños capitales, de pequeñas mejoras técnicas?

Repito, no es que hayan cambiado de opinión bajo la influencia de un cambio radical de puntos de vista o de una radical modificación de nuestro orden de cosas. No, simplemente, se han olvidado.

Tras de haber perdido este único rasgo que en otro tiempo hacía progresistas a sus predecesores, pese a toda la inconsistencia de sus teorías, pese a la ingenua concepción utópica que tenían de la realidad, los "amigos del pueblo" no han aprendido en todo este lapso nada en absoluto. Y sin embargo, incluso independientemente del análisis político-económico de la realidad rusa, la sola historia política de Rusia en estos treinta años debía haberles enseñado muchas cosas.

Entonces, en *los años 60*, la fuerza de los terratenientes feudales estaba quebrantada: habían sufrido una derrota, no definitiva por cierto, pero sí tan grande, sin embargo, como para hacerles desaparecer de la escena. Los liberales, por el contrario, levantaron cabeza. Fluyeron a raudales las frases liberales sobre el progreso, la ciencia, el bien, la lucha contra la injusticia, los intereses populares, la conciencia popular, las fuerzas populares, etc., etc., esas mismas frases que dejan escapar hoy también, en los momentos de singular abatimiento, nuestros quejicosos radicales en sus salones y nuestros facundos liberales en sus banquetes conmemorativos y en las páginas de sus revistas y periódicos. Los liberales han resultado ser tan fuertes que han transformado "el nuevo orden de cosas" a su modo, mas no por completo, ni mucho menos, como es natural, pero sí en medida considerable. Aunque tampoco entonces alumbraba en Rusia "la clara luz de una franca lucha de clases", había, sin embargo, más claridad que ahora, de modo que ni siquiera los ideólogos de la clase trabajadora, que no tenían la menor noción de esta lucha de clases, que preferían soñar en un futuro mejor *a explicar* el presente abominable, ni siquiera ellos podían menos de ver que tras el liberalismo se ocultaba la plutocracia, que este nuevo orden de cosas era un orden burgués. Precisamente el haber retirado de la escena a los terratenientes feudales, que ya no desviaban la atención hacia cuestiones mucho más candentes aún, que ya no impedían examinar el nuevo orden de cosas en su aspecto puro (relativamente), era lo que permitía ver eso. Pero nuestros demócratas de entonces, que sabían condenar el liberalismo plutocrático, no podían, sin embargo, comprenderlo y explicarlo científicamente; no podían comprender que era necesario, dada la organización capitalista de nuestra economía social; no podían comprender el carácter progresivo de este nuevo régimen en comparación con el viejo régimen de la servidumbre; no podían comprender el papel revolucionario del proletariado engendrado por él y se limitaban a "refunfuñar" contra este orden de "libertad" y de "humanismo", creían que el carácter burgués era algo casual, esperaban que en el "régimen popular" se manifestasen todavía otras relaciones sociales, no se sabe cuáles.

Pues bien, la historia les ha mostrado estas otras relaciones sociales. Los terratenientes feudales, no aplanados del todo por la reforma campesina, tan escandalosamente mutilada a favor de sus intereses, se han reanimado (por algún tiempo) y han mostrado de modo palpable cuáles son estas otras relaciones sociales nuestras, además de las burguesas. Y lo han mostrado en forma de una reacción tan desenfrenada, tan increíblemente absurda y feroz, que nuestros demócratas se han acobardado, se han agazapado en lugar de avanzar, transformando en socialdemocracia su ingenua democracia, que ha sido capaz de percibir el carácter burgués, pero no de comprenderlo; han retrocedido hacia los liberales y ahora se enorgullecen de que su lloriqueo..., digo, de que sus teorías y sus programas los comparte "toda la prensa seria y decente". Se diría que la enseñanza ha sido de órdago: se ha hecho demasiado evidente la ilusión de los viejos socialistas acerca del tipo especial de la vida popular, acerca de los instintos socialistas del pueblo, acerca del carácter fortuito del capitalismo y de la burguesía; se diría que ya se puede mirar de cara a la realidad y reconocer abiertamente que en Rusia no ha habido ni hay otras relaciones socioeconómicas que las burguesas y las de la servidumbre, en proceso de caducidad, y que por eso mismo no puede haber otro camino al socialismo que no pase por el movimiento obrero. Pero estos demócratas no han aprendido nada, y las ingenuas ilusiones de un socialismo pequeñoburgués han dado paso a la sobriedad práctica de los progresos pequeñoburgueses.

Las teorías de estos ideólogos de la pequeña burguesía son ahora, cuando aparecen como representantes de los intereses de los trabajadores, simplemente reaccionarias. Velan el antagonismo de las modernas relaciones socioeconómicas rusas, al exponer las cosas como si se pudiese favorecer la solución del problema con medidas generales, válidas para todos, que lleven al "auge", al "mejoramiento", etc., como si se pudiese conciliar y unificar. Son reaccionarias porque presentan a nuestro Estado como algo situado por encima de las

clases y, por lo mismo, apto y capaz de prestar una ayuda seria y honesta a la población explotada.

Son reaccionarias, en fin, porque no comprenden en absoluto la necesidad de la lucha, de una lucha desesperada de los trabajadores mismos para emanciparse. Resulta, por ejemplo, que los "amigos del pueblo" pueden, por sí solos, arreglarlo todo. Los obreros pueden estar tranquilos. A la Redacción de *R. B.* ha llegado hasta un perito, y ellos poco menos que han elaborado del todo una de las "combinaciones" para "introducir el capitalismo en la vida popular". Los socialistas deben romper DECIDIDA y DEFINITIVAMENTE con todas las ideas y teorías pequeñoburguesas: HE AQUÍ LA PRINCIPAL ENSEÑANZA ÚTIL que se debe extraer de esta campaña.

Ruego se advierta que hablo de romper con las ideas pequeñoburguesas y no con los "amigos del pueblo" ni con sus ideas, porque no puede haber ruptura con lo que no se ha tenido nunca ligazón. Los "amigos del pueblo" representan sólo una de las tendencias de esta suerte de ideas socialistas pequeñoburguesas. Y si yo, con motivo de este caso, llego a la conclusión de que es preciso romper con las ideas socialistas pequeñoburguesas, con las ideas del viejo socialismo campesino ruso *en general*, es porque la presente campaña que los representantes de las viejas ideas, asustados por el crecimiento del marxismo, llevan contra los marxistas, les ha inducido a describir con singular plenitud y relieve las ideas pequeñoburguesas. Al comparar estas ideas con el socialismo moderno, con los datos modernos sobre la realidad rusa, vemos con asombrosa evidencia hasta qué punto dichas ideas han perdido todo su vigor, todo fundamento teórico coherente, habiendo quedado reducidas en su degeneración a un mísero eclecticismo, al más adocenado programa culturalista-oportunista. Se podrá decir que la culpa no es de las viejas ideas del socialismo en general, sino únicamente de estos señores, a los que, por cierto, nadie incluye entre los socialistas; pero semejante objeción me parece infundada por completo. Yo me he esforzado en todas partes por señalar que esta degeneración de las viejas teorías es imprescindible, me he esforzado en todas partes por dedicar el menor espacio posible a la crítica de estos señores en particular y el mayor posible a las tesis generales y básicas del viejo socialismo ruso. Y si los socialistas conceptúan que las he expuesto de manera errónea, o inexacta, o incompleta, puedo contestar sólo con este humilde ruego: ¡Por favor, señores, expónganlas ustedes mismos, agreguen lo que en ellas falte!

Por cierto, nadie más que los socialdemócratas se alegrarán de la posibilidad que se les brinda de polemizar con los socialistas.

¿Creerán ustedes, acaso, que nos es grato contestar a la "polémica" de semejantes señores y que la habríamos afrontado de no haber habido por su parte un reto directo, insistente y brusco?

¿Será posible que crean ustedes que no nos cuesta ningún esfuerzo sentarnos a leer y releer y enfrascarnos en esta repulsiva amalgama de frases oficioso-liberales y moral pequeñoburguesa?

Pero no tenemos nosotros la culpa de que sean ahora sólo esos señores quienes se dedican a argumentar y exponer tales ideas. Les ruego que se fijen también en que yo hablo de la necesidad de romper con las ideas pequeñoburguesas del *socialismo*. Las teorías pequeñoburguesas que hemos examinado son ABSOLUTAMENTE reaccionarias POR CUANTO se presentan como teorías socialistas.

Ahora bien, si comprendemos que en ellas no hay en realidad absolutamente nada de socialistas, es decir, que ninguna de estas teorías, sin el menor género de dudas, explica la explotación del trabajador y por eso ninguna puede servir en absoluto para su liberación; si comprendemos que, en efecto, todas estas teorías reflejan y defienden los intereses de la pequeña burguesía, entonces deberemos tener un criterio distinto de ellas y formular esta pregunta: *¿cuál debe ser la actitud de la clase obrera ante la pequeña burguesía y sus programas*? Y a esta pregunta no se puede responder sin tener presente el doble carácter de esta clase (en Rusia, este doble carácter es singularmente acusado como consecuencia del menor desarrollo del antagonismo de la pequeña y de la gran burguesía). Es progresista por cuanto presenta reivindicaciones democráticas de carácter general, es decir, por cuanto lucha contra los restos de toda índole de la época medieval y del régimen de la servidumbre; es reaccionaria por cuanto lucha por el mantenimiento de su situación como pequeña burguesía, procurando detener y aun hacer retroceder el desarrollo general del país en el sentido burgués. Reivindicaciones reaccionarias como, por ejemplo, la famosa inalienabilidad de las parcelas, así como otros numerosos proyectos de tutela sobre los campesinos, se encubren ordinariamente con el plausible pretexto de proteger a los trabajadores; pero, en realidad, y es natural que sea así, sólo empeoran su situación, dificultando al mismo tiempo la lucha de éstos por su liberación. Hay que diferenciar rigurosamente estos dos aspectos del programa pequeñoburgués y, al negar todo carácter socialista a dichas teorías, al combatir sus aspectos reaccionarios, no hay que olvidar su parte democrática. Aclararé con un ejemplo de qué forma la completa negación de las teorías pequeñoburguesas por los marxistas, lejos de excluir el espíritu democrático de su programa, exige, por el contrario, que se insista en él con mayor tesón aún. Más arriba hemos señalado tres puntos fundamentales que siempre han explotado en sus teorías los representantes del socialismo pequeñoburgués: la escasez de tierras en manos de los campesinos, los pagos exorbitantes y el yugo de

la administración.

No hay lo que se dice nada de socialista en la reivindicación de acabar con estos males, pues no explican en lo más mínimo la expropiación ni la explotación, y su eliminación no tocará para nada el yugo del capital sobre el trabajo. Pero quitará a este yugo los harapos medievales que lo refuerzan, facilitará al obrero la lucha directa contra el capital y, por lo mismo, como reivindicación democrática, encontrará el apoyo más enérgico de los obreros. Los pagos y los impuestos son, hablando en términos generales, una cuestión a la que únicamente los pequeños burgueses pueden conceder una importancia especial; pero, en nuestro país, los pagos de los campesinos son en muchos sentidos una simple reminiscencia del régimen de la servidumbre: tales son, por ejemplo, los rescates, que deben ser abolidos en el acto y por completo; tales son los impuestos que sólo pesan sobre los campesinos y la pequeña burguesía de las ciudades y de los cuales están exentos los "nobles". Los socialdemócratas apoyarán siempre la reivindicación de abolir estos residuos de las relaciones medievales, que condicionan el estancamiento económico y político. Lo mismo hay que decir de la escasez de tierras en manos campesinas. Antes me he detenido largamente en demostrar el carácter burgués de los clamores en torno a esta escasez de tierras. Sin embargo, es indudable que, por ejemplo, la reforma campesina desvalijó sencillamente con los recortes de tierra[68] a los campesinos en beneficio de los terratenientes, prestando un buen servicio a esta enorme fuerza reaccionaria: directamente, al arrebatar parte de la tierra de los campesinos; e indirectamente, al deslindar con habilidad los lotes campesinos. Y los socialdemócratas insistirán con la mayor energía en que se devuelva inmediatamente a los campesinos la tierra que se les arrebató y en que se expropie por completo de sus posesiones a los terratenientes, baluarte de las instituciones y tradiciones feudales. Este último punto, que coincide con la nacionalización de la tierra, no entraña nada de socialista, porque las relaciones agrarias capitalistas que se van formando ya en nuestro país no harían con ello sino prosperar a más y mejor, pero es de extraordinaria importancia en el sentido democrático, como única medida que podría doblegar definitivamente a la nobleza terrateniente. Por último, sólo los señores Yuzhakov y V. V. pueden, naturalmente, decir que es la falta de derechos de los campesinos su causa de expropiación y explotación; mas el yugo de la administración que pesa sobre los campesinos es no sólo un hecho indudable, sino un yugo nada simple que se manifiesta en el maltrato directo de los labriegos como "chusma vil" que ha de estar sometida a los nobles terratenientes, que tiene concedido el goce de los derechos civiles generales sólo como una merced especial (la colonización*, por ejemplo) y que se encuentra a la disposición de cualquier Pompadour igual que seres encerrados en una colonia de trabajo. Y los socialdemócratas se adhieren incondicionalmente a la exigencia de restituir por entero a los campesinos los derechos civiles, de abolir plenamente toda clase de privilegios de la nobleza, de destruir la tutela burocrática sobre los campesinos y de concederles la autonomía en la administración de sus asuntos.

En general, los comunistas rusos, seguidores del marxismo, más que cualesquiera otros deben llamarse SOCIALDEMÓCRATAS y no olvidar nunca en su actividad la enorme importancia de la DEMOCRACIA**.

En Rusia, los restos de las instituciones medievales, semifeudales tienen todavía una fuerza tan extraordinaria (en comparación con Europa Occidental), pesan con yugo tan opresor sobre el proletariado y sobre el pueblo en general, deteniendo el desarrollo del pensamiento político en todos los estamentos y clases de la sociedad, que no se puede menos de insistir en la enorme importancia que para los obreros tiene la lucha contra las instituciones feudales de toda especie, contra el absolutismo, el régimen estamental y la burocracia. Es preciso mostrar con lujo de pormenores a los obreros la terrible fuerza reaccionaria de estas instituciones, cómo refuerzan el yugo del capital sobre el trabajo; con qué vigor tan humillante presionan sobre los trabajadores, cómo mantienen el capital en sus formas medievales, que no se quedan atrás de las formas novísimas, de las formas industriales, en cuanto a explotación del trabajo, sino que añaden a esta explotación las terribles dificultades de la lucha liberadora. Los obreros deben saber que, sin derribar estos pilares de la reacción***, no tendrán ninguna

---

* No se puede menos de recordar aquí la desvergüenza del terrateniente feudal, sólo posible en Rusia, con que el señor Ermólov, en la actualidad ministro de Agricultura, se opone a la colonización en su libro *Las malas cosechas y las calamidades del pueblo*. A su decir, desde el punto de vista del Estado no puede ser considerada una medida racional, cuando en la Rusia europea los terratenientes aún necesitan brazos libres. En efecto, ¿para qué existen los campesinos sino para dar de comer con su trabajo a los terratenientes-parásitos y a sus "empingorotados" lacayos?

** Este punto es muy importante. Plejánov tiene completa razón cuando dice que para nuestros revolucionarios existen "dos enemigos: los viejos prejuicios no extirpados totalmente aún, por una parte, y la estrecha comprensión del nuevo programa, por otra", Véase el Apéndice III.

*** Una institución reaccionaria que impone sobre todo y ha llamado relativamente poco la atención de nuestros revolucionarios es *la burocracia* patria, la que gobierna *de facto* el Estado ruso. Reclutada, principalmente, de entre los intelectuales de origen no noble[69], esta burocracia es, tanto por su origen como por el destino y el carácter de su actividad, profundamente burguesa; pero el absolutismo y

posibilidad de sostener con éxito la lucha contra la burguesía ya que, mientras existan estos pilares, el proletariado agrícola ruso, cuyo apoyo es condición imprescindible para la victoria de la clase obrera, jamás podrá salir de la situación de gente embrutecida y aplastada, capaz tan sólo de caer en la desesperación ciega y no de protestar y luchar con sensatez y firmeza. Y por eso, la lucha al lado de la democracia radical contra el absolutismo y los estamentos e instituciones reaccionarios es una obligación directa de la clase obrera, que deben inculcarle los socialdemócratas, inculcándole a la vez, sin pérdida de tiempo, que la lucha contra todas estas instituciones es necesaria sólo como medio para facilitar la lucha contra la burguesía, que la clase obrera necesita conquistar las reivindicaciones democráticas de carácter general sólo como medio para desbrozar el camino que conduce a la victoria sobre el enemigo principal de los trabajadores: *el capital*, institución de naturaleza puramente democrática que en Rusia tiende de manera especial a sacrificar su democracia, a aliarse con los reaccionarios para reprimir a los obreros, para retardar más aún la aparición del movimiento obrero.

Lo expuesto define bastante bien, a mi parecer, la actitud de los socialdemócratas ante el absolutismo y la libertad política, así como también su actitud ante la tendencia, singularmente reforzada en los últimos tiempos, a la "agrupación" y a la "unión" de todas las fracciones de revolucionarios para conquistar la libertad política[71].

Es ésta una tendencia bastante original y típica.

Original porque las propuestas de "unión" no parten de un grupo determinado o de grupos determinados con programas determinados que coinciden en ciertos puntos. De ser esto así, el problema de la unión se debería resolver en cada caso por separado, sería un problema concreto que habrían de resolver los representantes de los grupos que la forman. Entonces no podría existir una tendencia "unificadora" especial. Pero tal tendencia existe y parte sencillamente de gentes que se han separado de lo viejo, pero que no se han incorporado a nada de lo nuevo: la teoría en la que se apoyaban hasta ahora los luchadores contra el absolutismo, al parecer, se desmorona, destruyendo a la vez las condiciones de solidaridad y de organización necesarias para la lucha. Y he aquí que los señores "unificadores" y "agrupadores" piensan, por lo visto, que lo más fácil es crear una teoría como ésa, reduciéndola exclusivamente a la protesta contra el absolutismo y a la reivindicación de libertad política, eludiendo todas las demás cuestiones socialistas y no socialistas. Se comprende que ese ingenuo error será refutado indefectiblemente ante los primeros intentos mismos de una unión semejante.

Pero esta corriente "unificadora" es típica porque expresa una de las últimas fases del proceso de conversión del populismo combativo y revolucionario en democracia política radical, proceso que he procurado esbozar más arriba. La unión sólida de todos los grupos revolucionarios no socialdemócratas bajo dicha bandera será posible únicamente cuando se elabore un programa firme de reivindicaciones *democráticas* que termine con los prejuicios de la vieja doctrina del particularismo ruso. Los socialdemócratas estiman, naturalmente, que la creación de semejante partido democrático es un útil paso adelante, y la labor de éstos, dirigida contra el populismo, debe contribuir a ello, debe contribuir a extirpar toda clase de prejuicios y mitos, a agrupar a los socialistas bajo la bandera del marxismo y a formar un partido democrático que esté integrado por los grupos restantes.

Y con este partido, naturalmente, no podrían "unirse" los socialdemócratas, que consideran necesaria la organización independiente de los obreros en un partido obrero especial, pero los obreros prestarían el apoyo más enérgico a toda lucha de los demócratas contra las instituciones reaccionarias.

La degeneración del populismo en la teoría más adocenada del radicalismo pequeñoburgués - degeneración de la que son testimonio tan evidente los "amigos del pueblo"- nos demuestra qué enorme error cometen quienes infunden a los obreros la idea de luchar contra el absolutismo sin explicarles al mismo tiempo el antagonismo de nuestras relaciones sociales, en virtud del cual están asimismo a favor de la libertad política los ideólogos de la burguesía, sin explicarles el papel histórico del obrero ruso como combatiente por la libertad de toda la población trabajadora.

Se ha dado en reprochar a los socialdemócratas que quieren tomar en usufructo exclusivo la teoría de Marx, en tanto que, al decir de esos críticos, su teoría económica es admitida por todos los socialistas. Pero cabe preguntar: ¿qué sentido puede tener explicar a los obreros la forma del valor, la esencia del régimen burgués y el papel revolucionario del proletariado, si en Rusia la explotación del trabajador se explica en

los grandes privilegios políticos de la nobleza terrateniente le han transmitido cualidades singularmente nocivas. Esta burocracia es una constante veleta que ve su tarea suprema en coordinar los intereses del terrateniente y del burgués. Es un Judas[70] que se aprovecha de sus simpatías y relaciones en el mundo de los terratenientes feudales para engañar a los obreros y campesinos, aplicando, so capa de la “protección del débil en el aspecto económico” y de la “tutela” sobre él para defenderlo del kulak y del usurero, medidas que reducen a los trabajadores a la condición de “chusma vil”, entregándolos atados de pies y manos al terrateniente feudal y dejándolos tanto más indefensos a merced de la burguesía. Es el más peligroso de los hipócritas, que, aleccionado por la experiencia de los campeones de la reacción de Europa Occidental, encubre hábilmente sus apetitos a lo Arakchéiev con una hoja de parra de frases de amor al pueblo.

general y por doquier no por la organización burguesa de la economía social, sino, cuando menos, por la escasez de tierras en manos de los campesinos, por los pagos y por el yugo de la administración a que están sometidos?

¿Qué sentido puede tener aclarar a los obreros la teoría de la lucha de clases, si esta teoría no puede explicar siquiera las relaciones entre ellos y el fabricante (nuestro capitalismo ha sido implantado artificiosamente por el gobierno), sin hablar ya de la masa del "pueblo", que no pertenece a la clase constituida de los obreros fabriles?

¿Cómo es posible admitir la teoría económica de Marx, con su conclusión sobre el papel revolucionario del proletariado como organizador del comunismo por mediación del capitalismo, cuando en nuestro país se quieren buscar las vías del comunismo al margen del capitalismo y del proletariado que éste crea?

Es evidente que, en semejantes condiciones, llamar al obrero a luchar por la libertad política equivaldría a llamarlo a sacar las castañas del fuego para la burguesía avanzada, porque no se puede negar (es sintomático que no lo hayan negado siquiera los populistas ni los adeptos del grupo Libertad del Pueblo) que la libertad política servirá, ante todo, a los intereses de la burguesía, no mejorando la situación de los obreros, sino sólo... sólo las condiciones de lucha... *contra esta misma burguesía*. Digo esto contra los socialistas que, sin admitir la teoría de los socialdemócratas, dirigen su agitación a los medios obreros, después de haberse persuadido empíricamente de que sólo en ellos es posible encontrar elementos revolucionarios. Estos socialistas colocan su teoría en contradicción con la práctica y cometen un error de extraordinaria gravedad al distraer a los obreros de su tarea directa: ORGANIZAR EL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO[*].

En ese error se incurrió de una manera natural cuando los antagonismos de clase de la sociedad burguesa estaban todavía sin desarrollar en absoluto, reprimidos por el régimen de la servidumbre; cuando este último despertaba la protesta solidaria y la lucha de toda la intelectualidad, forjando la ilusión de que nuestros intelectuales tienen un espíritu democrático especial y de que no hay ninguna disensión profunda entre las ideas de los liberales y las de los socialistas. Ahora, cuando el desarrollo económico ha avanzado tanto que incluso quienes antes negaban la existencia de terreno para el capitalismo en Rusia, reconocen que hemos entrado precisamente en el camino capitalista de desarrollo, ya no es posible hacerse ninguna ilusión a este respecto. La composición de la "intelectualidad" se perfila de manera tan clara como la composición de la sociedad ocupada en la producción de bienes materiales: si en esta última ordena y manda el capitalista, en la primera marca la pauta una banda, que crece con mayor rapidez cada día, de arribistas y mercenarios de la burguesía, una "intelectualidad" satisfecha y tranquila que no tiene pájaros en la cabeza y sabe muy bien lo que quiere. Nuestros radicales y liberales, lejos de negar este hecho, lo recalcan con fuerza, tratando con el mayor celo de demostrar que es inmoral, tratando con igual celo de condenar, fulminar, avergonzar... y aniquilar. Estas ingenuas pretensiones de avergonzar a la intelectualidad burguesa por su carácter burgués son tan ridículas como la tendencia de los economistas pequeñoburgueses a asustar a nuestra burguesía (aludiendo a la experiencia "de los hermanos mayores"), diciéndole que va hacia la ruina del pueblo, hacia la miseria, el paro forzoso y el hambre de las masas; este juicio contra la burguesía y sus ideólogos recuerda el proceso contra el lucio en el que se dictó la sentencia de arrojarlo al río. Cruzados estos límites, comienza la "intelectualidad" liberal y radical, que se desahoga, soltando un sinfín de frases acerca del progreso, la ciencia, la verdad, el pueblo, etc., que gusta de llorar los años 60, cuando no había discordias, ni decadencia, ni abatimiento, ni apatía, y todos los corazones estaban inflamados de democracia.

Con la ingenuidad que les es propia, estos señores en modo alguno quieren comprender que la solidaridad de entonces era debida a las condiciones materiales de la época, que no pueden volver: el régimen de la servidumbre oprimía por igual a todos, al capataz siervo, que había acumulado dinero y aspiraba a una buena vida; al mujik hacendado que odiaba al señor por las exacciones, porque se inmiscuía en sus asuntos y lo apartaba frecuentemente del trabajo en su propia tierra; al siervo doméstico proletario y al mujik depauperado, que era vendido como siervo al mercader; de dicho régimen sufrían el mercader-fabricante y el operario, el artesano y el encargado de repartir los materiales a domicilio y recoger la producción. A todas estas gentes sólo las unía la hostilidad al régimen de la servidumbre: pasados los límites de esta solidaridad, comenzaba el más acusado antagonismo económico. Hay que estar adormecido totalmente por dulces ensueños para no ver ni aun hoy este antagonismo, que ha alcanzado un desarrollo tan enorme; para llorar a lágrima viva, deseando la vuelta de aquellos

[*] A la conclusión de que es necesario alzar al obrero a la lucha contra el absolutismo se puede llegar por dos caminos: o considerando al obrero único combatiente por el régimen socialista y viendo entonces en la libertad política una de las condiciones que le facilitan la lucha: así lo consideran los socialdemócratas; o viendo en él sencillamente al ser que más sufre a causa del moderno orden de cosas, un ser que ya nada tiene que perder y que puede luchar con más decisión que nadie contra el absolutismo. Pero esto significará obligarle a ir a la zaga de los radicales burgueses, que, tras la solidaridad de todo el "pueblo" contra el absolutismo, no quieren ver el antagonismo existente entre la burguesía y el proletariado.

tiempos de solidaridad, cuando la realidad exige la lucha, exige que quien no quiera ser un auxiliar VOLUNTARIO o INVOLUNTARIO de la burguesía se coloque al lado del proletariado.

Si no creen ustedes en esas frases rimbombantes sobre los "intereses populares" y tratan de ahondar más, verán que nos encontramos ante unos auténticos ideólogos de la pequeña burguesía, la cual sueña con la mejora, el apoyo y la restauración de su economía ("popular" en su lenguaje) mediante diferentes progresos inocuos y es incapaz de comprender en absoluto que, sobre el terreno de las relaciones de producción existentes, lo único que harán todos estos progresos será proletarizar más y más a las masas. No se puede menos de agradecer a los "amigos del pueblo" que hayan contribuido sobremanera a esclarecer el carácter de clase de nuestra intelectualidad y fortalecido así la teoría de los marxistas sobre la naturaleza pequeñoburguesa de nuestros pequeños productores; los "amigos del pueblo" deben acelerar de manera inexorable la extinción de las viejas ilusiones y mitos que han turbado durante tanto tiempo el ánimo a los socialistas rusos. Los "amigos del pueblo" han manoseado, esgrimido sin ton ni son y ensuciado tanto estas teorías que a los socialistas rusos que se atienen a ellas se les presenta indefectiblemente el dilema de revisarlas desde el comienzo o rechazarlas por completo, dejándolas en usufructo exclusivo de los señores que con triunfal fanfarronería anuncian *urbi et orbi* la compra por los campesinos ricachones de aperos perfeccionados y aseguran con cara seria que es necesario felicitar a quienes ya están hartos de pasar las horas tras el tapete verde. ¡Y en este sentido hablan del "régimen popular" y de la "intelectualidad" no sólo con cara seria, sino con colosales frases presuntuosas sobre los amplios ideales y el planteamiento ideal de las cuestiones de la vida!...

La intelectualidad socialista sólo podrá pensar en una labor fecunda cuando acabe con las ilusiones y pase a buscar apoyo en el desarrollo real y no en el desarrollo deseable de Rusia, en las relaciones socioeconómicas efectivas y no en las probables. Su labor TEÓRICA deberá, además, encaminarse al estudio concreto de todas las formas de antagonismo económico existente en Rusia, *al estudio de su conexión y de su desarrollo consecutivo;* deberá *poner al desnudo este antagonismo en todas partes donde esté encubierto por la historia política, por las peculiaridades del orden jurídico y por los prejuicios teóricos establecidos.* Deberá *ofrecer un cuadro completo de nuestra realidad como sistema determinado de relaciones de producción, señalar la necesidad de la explotación y de la expropiación de los trabajadores en este sistema, señalar la salida de este orden de cosas, indicada por el desarrollo económico*.

Esta teoría, basada en el estudio detallado y minucioso de la historia y de la realidad rusa, debe dar respuesta a las demandas del proletariado, y si satisface las exigencias científicas, todo despertar del pensamiento rebelde del proletariado conducirá inevitablemente este pensamiento al cauce de la socialdemocracia. Cuanto más progrese la elaboración de esta teoría tanto más rápido será el crecimiento de la socialdemocracia, ya que los más astutos guardianes del orden actual de cosas no pueden impedir el despertar del pensamiento del proletariado, y no pueden porque este mismo orden de cosas acarrea necesaria e inevitablemente una expropiación creciente de los productores, un aumento cada vez mayor del proletariado y de su ejército de reserva; y esto al lado del aumento de la riqueza social, del inmenso desarrollo de las fuerzas productivas y de la socialización del trabajo por el capitalismo. Por mucho que todavía quede por hacer para elaborar esta teoría, la garantía de que los socialistas realizarán dicha labor es la difusión entre ellos del materialismo, único método científico que exige que todo programa formule exactamente el proceso real; la garantía es el éxito de la socialdemocracia, que abraza estas ideas, éxito que ha inquietado tanto a nuestros liberales y demócratas que sus abultadas revistas, como ha indicado un marxista, han dejado de ser aburridas.

Al recalcar así la necesidad, la importancia y la magnitud de la labor teórica de los socialdemócratas, en manera alguna quiero decir que esta labor esté colocada en primer plano, antes que la labor PRACTICA*; y menos aún que la segunda sea aplazada hasta que se dé fin a la primera. A esta conclusión podrían llegar únicamente los seguidores del "método subjetivo en sociología" o los partidarios del socialismo utópico. Por supuesto, si se considera que la tarea de los socialistas estriba en buscar "otras vías de desarrollo" (que no sean las reales) del país, entonces es natural que la labor práctica sea posible sólo cuando filósofos geniales descubran y muestren esas "otras vías"; y, por el contrario, una vez descubiertos y mostrados estos caminos, termina la labor teórica y comienza la labor de quienes deben llevar a la "patria" por la "otra vía" "recién descubierta". De manera completamente distinta está planteado el problema cuando la tarea de los socialistas se concibe como la de dirigentes ideológicos del proletariado en su lucha efectiva contra los enemigos verdaderos y reales que se alzan en la vía real del presente desarrollo socioeconómico.

* Todo lo contrario. En primer plano se sitúa siempre e indefectiblemente la labor práctica de propaganda y agitación por la razón de que, primero, la labor teórica sólo da respuesta a las demandas que plantea la segunda. Y en segundo lugar, los socialdemócratas se ven obligados con harta frecuencia, por circunstancias que no dependen de ellos, a limitarse al trabajo teórico para no valorar en mucho cada momento en que es posible la labor práctica.

En este caso, las condiciones de la labor teórica y la labor práctica se funden en un todo, en una sola labor, que con tanto acierto ha definido el veterano de la socialdemocracia alemana Liebknecht con estas palabras:

*Estudiar, hacer propaganda, organizar*.

No se puede ser dirigente ideológico sin realizar la indicada labor teórica, como tampoco se puede serlo sin dirigir esta labor de acuerdo con las exigencias de la causa, sin propagar los resultados de esta teoría entre los obreros y ayudarles a que se organicen.

Este planteamiento de la tarea preserva a la socialdemocracia de las deficiencias que tan a menudo aquejan a los grupos socialistas: el dogmatismo y el sectarismo.

No puede haber dogmatismo allí donde el criterio supremo y único de la doctrina es la conformidad de ésta con el proceso real del desarrollo socioeconómico; no puede haber sectarismo cuando la tarea se reduce a contribuir a la organización del proletariado, cuando, por consiguiente, el papel de la "intelectualidad" se reduce a hacer innecesarios los dirigentes intelectuales de tipo especial.

Por eso, a pesar de que existen divergencias entre los marxistas en diferentes cuestiones teóricas, los métodos de su actividad política no han cambiado desde que apareció el grupo y siguen siendo los mismos hasta ahora.

La actividad política de los socialdemócratas estriba en contribuir al desarrollo y organización del movimiento obrero en Rusia, a hacerlo salir del estado actual de conatos de protestas, "motines" y huelgas dispersos y sin una idea directriz, convirtiéndolo en una lucha organizada DE TODA LA CLASE obrera rusa, dirigida contra el régimen burgués y tendente a la expropiación de los expropiadores, a la destrucción del régimen social que se funda en la opresión del trabajador. La base de esta actividad es el convencimiento, común a los marxistas, de que el obrero ruso es el único representante natural de toda la población trabajadora y explotada de Rusia*.

Natural, porque la explotación del trabajador en Rusia es *en todas partes capitalista en el fondo*, si se dejan a un lado los restos caducos de la economía del régimen de la servidumbre; lo único que ocurre es que la explotación de la masa de productores es en pequeño, está dispersa y sin desarrollar, mientras que la explotación del proletariado fabril es en grande, está socializada, concentrada. En el primer caso, esta explotación está todavía envuelta en formas medievales, recargada con diferentes apéndices, artificios y subterfugios políticos, jurídicos y consuetudinarios que impiden al trabajador y a su ideólogo ver la esencia de este orden de cosas que oprime al trabajador, ver dónde está la salida de él y cómo facilitada. Por el contrario, en el último caso la explotación ya está desarrollada por completo y aparece en su aspecto puro sin ninguno de los aditamentos que embrollan la cuestión. El obrero no puede ya dejar de ver que lo que le oprime es *el capital*, que hay que luchar contra la clase de la burguesía. Y esta lucha suya, encaminada a lograr la satisfacción de las necesidades económicas más inmediatas, a mejorar su situación material, exige inevitablemente de los obreros organización, se convierte sin falta en una guerra no contra las personas, sino contra *la clase*, esa misma clase que oprime y subyuga al trabajador en las fábricas, en los talleres y en todas partes. He ahí por qué el obrero fabril no es otra cosa que el representante avanzado de toda la población explotada; y para que pueda ejercer su representación en una lucha organizada y consecuente, se necesita algo muy distinto de atraerlo con unas "perspectivas" cualesquiera; para eso no hace falta más que *aclararle* simplemente su *situación*, aclararle el régimen político y económico del sistema que lo oprime, explicarle la necesidad y la inevitabilidad del antagonismo de clase bajo ese sistema. Esa situación del obrero fabril en el sistema general de relaciones capitalistas lo convierte en el combatiente único por la emancipación de la clase obrera, porque sólo la fase superior de desarrollo del capitalismo, la gran industria mecanizada, crea las condiciones materiales y las fuerzas sociales necesarias para esta lucha. En todos los otros sitios, dadas las formas inferiores de desarrollo del capitalismo, no existen esas condiciones materiales; la producción está dispersa en millares de pequeñísimas haciendas (que no dejan de ser *haciendas* dispersas bajo las formas más igualitarias de *posesión comunal de la tierra*), el explotado, en la mayor parte de los casos, posee todavía una hacienda minúscula, y de ese modo está sujeto a este mismo sistema burgués contra el cual debe luchar; esto detiene y dificulta el desarrollo de las fuerzas sociales capaces de derrocar el capitalismo. La pequeña explotación dispersa y aislada ata a los trabajadores al lugar en que residen, los desliga, no les permite adquirir conciencia de su solidaridad de clase, no les permite unirse después de haber comprendido que la causa de su opresión no es esta o la otra persona, sino todo el sistema económico. Por el contrario, el gran capitalismo rompe de manera inexorable toda ligazón del obrero con la vieja sociedad, con un determinado lugar de residencia y con un determinado explotador, lo une, le obliga a pensar y lo sitúa en condiciones que le permiten

* Los representantes del socialismo campesino, los populistas en la más amplia acepción de la palabra, opinaban que el hombre del futuro en Rusia es el mujik. Los socialdemócratas creen que es el obrero. Así estaba formulado en un manuscrito el punto de vista de los marxistas.

comenzar la lucha organizada. A la clase de los obreros dirigen los socialdemócratas toda su atención y toda su actividad. Cuando sus representantes avanzados asimilen las ideas del socialismo científico, la idea del papel histórico del obrero ruso, cuando estas ideas alcancen una amplia difusión y entre los obreros se creen sólidas organizaciones que transformen la actual guerra económica dispersa de los obreros en una lucha consciente de clase, entonces EL OBRERO ruso, poniéndose al frente de todos los elementos democráticos, derribará el absolutismo y conducirá AL PROLETARIADO RUSO (al lado del proletariado DE TODOS LOS PAÍSES) *por el camino recto de la lucha política abierta a* LA REVOLUCIÓN COMUNISTA VICTORIOSA.

Fin.

1894

**Apéndice I**

Transcribo aquí, en un cuadro estadístico, los datos de los veinticuatro presupuestos de que se habla en el texto.

*Resumen de datos sobre la composición y presupuestos de veinticuatro haciendas campesinas típicas en el distrito de Ostrogozhsk.*

Explicación del cuadro

1) Las primeras veintiuna columnas están tomadas íntegramente de la recopilación. La columna 22 agrupa las columnas de la recopilación correspondientes a centeno, trigo, avena y cebada, mijo y trigo sarraceno, a los restantes cereales, a la patata, las hortalizas y el heno (ocho columnas). En el texto se ha dicho cómo se calcularon los ingresos en concepto de cereales (columna 23), excluidas las granzas y la paja. Después, la columna 24 reúne las de la recopilación correspondiente a: ganado caballar, vacuno, lanar, porcino, aves, cuero y lana, tocino y carne, productos lácteos y mantequilla (nueve columnas). Las columnas 25 a la 29 están tomadas por entero de la recopilación. Las columnas 30 a la 34 reúne las de la recopilación correspondientes a: gastos en centeno, trigo, mijo y trigo sarraceno, patata, hortalizas, sal, mantequilla, tocino y carne, pescado, productos lácteos, vodka, té (doce columnas). La columna 35 agrupa las columnas de la recopilación correspondientes a: jabón, petróleo, velas, ropa y vajilla (cuatro columnas). Las restantes se ven claras.

2) La columna 8 es resultado de la suma del número de desiatinas de tierra arrendada con el número de desiatinas de tierra parcelaría de labor (en la recopilación hay una columna de este género).

3) Las cifras inferiores de las columnas *Distribución de los ingresos y los gastos significan la parte monetaria de los gastos e ingresos*. De la columna 25 a la 28 y de la 37 a la 42 todo el ingreso (o gasto) es en dinero. Se ha determinado la parte monetaria (el autor no la destaca), deduciendo del ingreso global el consumo hecho en la hacienda propia.

| Categorías de campesinos y número de los mismos | | Número de personas de ambos sexos | Número de trabajadores de sexo masculino | Jornaleros: Haciendas con jornaleros | Jornaleros: Número de los mismos de ambos sexo | Tierras adjudicadas en desiatinas |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | | 1 | 2 | 3 | 4 | 5 |
| 6 campesinos hacendados | Total | 47 | 11 | 6 | 8 | 132,6 |
| | Promedio para una hacienda | 7,83 | 1,8 | | | 22,1 |
| 11 campesinos medios | Total | 92 | 26 | 2 | 2 | 101,2 |
| | Promedio para una hacienda | 8,36 | 2,4 | | | 9,2 |
| 7 campesinos pobres | Total | 37 | 10 | 2 | 2 | 57,8 |
| | Promedio para una hacienda | 5,28 | 1,4 | | | 8,5 |
| El total de los 24 campesinos | Total | 176 | 47 | 10 | 12 | 291,6 |
| | Promedio para una hacienda | 7,33 | 1,9 | | | 12,1 |
| 2 mozos de labranza (incluidos en el número de campesinos pobres) | Total | 9 | 2 | | | 14,4 |
| | Promedio para una hacienda | 4,5 | 1 | | | 7,2 |

| Arrendamientos: Haciendas | Arrendamientos: Desiatinas | Total de tierra de labor | Número de casas y dependencias | Número de establecimiento industriales | Número de aperos agrícolas | Ganado (cabezas): Ganado de labor | Ganado (cabezas): Total reducido a ganado mayor |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 | 12 | 13 |
| 6 | 52,8 | 123,4 | 52 | 4 | 224 | 35 | 81 |
| | 8,8 | 20,6 | 8,6 | | 37,3 | 5,8 | 13,5 |

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 10 | 85,5 | 140,2 | 70 | | 338 | 40 | 89,1 |
| | 7,7 | 12,7 | 6,4 | | 30,7 | 3,6 | 8,1 |
| 4 | 19,8 | 49,8 | 31 | | 108 | 7 | 15,3 |
| | 2,8 | 7,1 | 4,4 | | 15,4 | 1 | 2,2 |
| 20 | 158,1 | 313,4 | 153 | 4 | 670 | 82 | 185,4 |
| | 6,6 | 13 | 6,4 | | 27,9 | 3,4 | 7,7 |
| | | 6,8 | 6 | | 11 | | 1,1 |
| | | 3,4 | 3 | | 5,5 | | 0,5 |

| Valor en rublos | | | | | | | Deudas atrasadas en rublos |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Casas y dependencias | Otros bienes inmuebles | Aperos | Enseres | Vestido | Ganado y colmenas | Total | |
| 14 | 15 | 16 | 17 | 18 | 19 | 20 | 21 |
| 2.696 | 2.237 | 270,8 | 453 | 1.294,2 | 3076,5 | 10.427,5 | 80 |
| 449,33 | 372,83 | 111,80 | 75,5 | 215,7 | 512,75 | 1.737,91 | 13,3 |
| 2.362 | 318 | 532,9 | 435,9 | 2.094,2 | 2.907,7 | 8.630,7 | 357 |
| 214,73 | 28,91 | 48,44 | 39,63 | 190,38 | 264,33 | 786,42 | 32,4 |
| 835 | 90 | 112,3 | 254 | 647,1 | 605,3 | 2.543,7 | 233,6 |
| 119,28 | 12,85 | 16,04 | 36,29 | 92,45 | 86,47 | 363,38 | 33,4 |
| 5.893 | 2.645 | 1.316 | 1.142,9 | 4.035,5 | 6.589,5 | 21.621,9 | 670,6 |
| 245,55 | 110,21 | 54,83 | 47,62 | 168,14 | 274,56 | 900,91 | 27,9 |
| 155 | 25 | 6,4 | 76,8 | 129,3 | 9,1 | 401,6 | 50 |
| 77,5 | 12,5 | 3,2 | 38,4 | 64,65 | 4,55 | 200,8 | 25 |

| Distribución de los ingresos | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| De la agricultura | | De la ganadería | De la apicultura y la horticultura | De la industria de oficios | De los establecimientos industriales | Otros ingresos | Total en rublos |
| Total | Incluidos los cereales | | | | | | |
| 22 | 23 | 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 |
| 61,2%<br>3.861,7<br>1.774,4 | <br>2.598,2<br>1,774,4 | 15,4%<br>972,6<br>396,5 | 4,3%<br>271 | 6,5%<br>412 | 5%<br>320 | 7,6%<br>482,2 | 100%<br>6.319,5<br>3.656,1 |
| 643,6 | | 162,1 | 45,2 | 68,6 | 53,3 | 80,4 | 1.053,2<br>609,3 |
| 60,7%<br>3.163,8<br>899,9 | <br>2.203,8<br>899,9 | 16,1%<br>837,5<br>423,2 | 0,7%<br>36,1 | 18,8%<br>979,3 | | 3,7%<br>195,5 | 100%<br>5.212,2<br>2.534 |
| 287,7 | | 76,1 | 3,2 | 89 | | 17,8 | 473,8<br>230 |
| 48,7%<br>689,9<br>175,25 | <br>502,08<br>175,24 | 22,9%<br>324,2<br>216,6 | 1,9%<br>27 | 23,8%<br>336,8 | | 2,7%<br>39 | 100%<br>1.416,9<br>794,64 |
| 98,5 | | 46,3 | 3,9 | 48,1 | | 5,5 | 202,4<br>113,5 |
| 59,6%<br>7.715,4<br>2.849,5 | <br>5.304,8<br>2.849,5 | 16,5%<br>2.134,3<br>1.036,3 | 2,6%<br>334,1 | 13,3%<br>1.728,1 | 2,5%<br>320 | 5,5%<br>716,7 | 100%<br>12.948,6<br>6.984,7 |
| 321,5 | | 88,9 | 13,9 | 72 | 13,3 | 29,9 | 539,5<br>291,03 |
| 59,5<br>3 | | 5,7<br>4,8 | | 128,8 | | 4 | 198<br>140,6 |
| 29,75 | | 2,85 | | 64,4 | | 2 | 99<br>70,3 |

| Distribución de los gastos | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Total | Vegetal | Restante | De ella | | Vestidos y necesidades domésticas | Mantenimiento del ganado | Ganado de labor y aperos |
| | | | Leche, carne, etc. | Sal, vodka, etc. | | | |
| 30 | 31 | 32 | 33 | 34 | 35 | 36 | 37 |
| 29,2%<br>1.500,6<br>218,7 | <br>823,8 | <br>676,8 | <br>561,3<br>103,2 | <br>115,5 | 8,2%<br>423,8<br>58,6 | 24,9%<br>1.276,6 | 9,4%<br>484,5 |
| 250,1 | | | | | 70,63 | 212,76 | 80,75 |

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 37,6%<br>1.951,9<br>257,7 | 1.337,3<br>33,4 | 614,6 | 534,3<br>144 | 80,3 | 10,6%<br>548,1<br>49,5 | 21,2%<br>1.98,2 | 5%<br>256 |
| 177,45 | | | | | 49,83 | 99,84 | 23,27 |
| 42,1%<br>660,8<br>253,46 | 487,7<br>160,96 | 173,1 | 134,3<br>53,8 | 38,7 | 14,6%<br>229,6<br>26,8 | 15,6%<br>243,7 | 7,1%<br>110,6 |
| 94,4 | | | | | 32,8 | 34,81 | 15,8 |
| 34,6%<br>4.113,3<br>729,86 | 2.648,8 | 1.464,5 | 1.230 | 234,5 | 10,1%<br>1.201,5<br>134,9 | 22,2%<br>2.618,5 | 7,1%<br>854,1 |
| 171,39 | | 61,02 | 51,25 | 9,77 | 50,06 | 109,1 | 35,46 |
| 81,7<br>50,7 | 72,1<br>42,5 | 9,6 | 6,1<br>4,7 | 3,5 | 14,9<br>4,6 | 8 | 53,2 |
| 40,85 | | | | | 7,45 | 4 | 26,6 |

| Distribución de los ingresos | | | | | | Ingresos netos + déficit - |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Para jornaleros y pastores | Renta | Impuestos | A los popes | Gastos diversos | Total en rublos | |
| 38 | 39 | 40 | 41 | 42 | 43 | 44 |
| 13,5%<br>691,7 | 6,5%<br>332 | 4,9%<br>253,5 | 1,1%<br>56 | 2,3%<br>116,5 | 100%<br>5.135,2<br>2.211,5 | + 1.184,3 |
| 115,29 | 55,33 | 42,25 | 9,33 | 19,42 | 855,86<br>368,6 | + 197,34 |
| 0,9%<br>47,6 | 6,8%<br>351,7 | 4,9%<br>254,9 | 1,3%<br>69,9 | 11,7%<br>609,4 | 100%<br>5.187,7<br>1.896,7 | + 24,5 |
| 4,33 | 31,97 | 23,17 | 6,35 | 55,4 | 471,6<br>172,5 | + 2,19 |
| 1,6%<br>24,3 | 6%<br>94,5 | 6,5%<br>101,8 | 1,8%<br>28 | 4,7%<br>73,2 | 100%<br>1.566,5<br>712,66 | - 149,6 |
| 3,47 | 13,5 | 14,54 | 4 | 10,46 | 223,78<br>101,8 | - 21,38 |
| 6,4%<br>763,6 | 6,5%<br>778,2 | 5,1%<br>610,2 | 1,3%<br>153,9 | 6,7%<br>799,1 | 100%<br>11.889,4<br>4.820,86 | - 1.059,2 |
| 31,82 | 32,43 | 25,43 | 6,41 | 33,29 | 495,39<br>200,87 | + 44,11 |
| 0,4 | | 22,6 | 2,8 | 3,3 | 186,9<br>137,6 | + 11,1 |
| 0,2 | | 11,3 | 1,4 | 1,65 | 93,45<br>68,8 | + 5,55 |

**Apéndice II**

El señor Struve centra con razón sobrada su crítica de Nik.-on en la tesis de que "el economista político ruso no comparte en absoluto la doctrina de Marx acerca de la lucha de clases y del Estado". Yo no tengo la osadía del señor Krivenko para juzgar tan sólo por este pequeño artículo (de 4 columnitas) del señor Struve del sistema de sus concepciones (desconozco otros artículos suyos); tampoco puedo menos de decir que no me solidarizo con todas las tesis que él sustenta, y por eso no puedo defender más que ciertas tesis fundamentales que él aduce y no su artículo en conjunto. Pero, en todo caso, la mencionada circunstancia ha sido valorada con profundo acierto: en efecto, la incomprensión de la lucha de clases, inherente a la sociedad capitalista, es *el error cardinal* del señor Nik.-on. La rectificación de este solo error sería suficiente para que incluso se dedujesen necesariamente conclusiones socialdemócratas de sus tesis e investigaciones teóricas. Realmente, perder de vista la lucha de clases evidencia la más burda incomprensión del marxismo, incomprensión que debe imputarse al señor Nik.-on con tanto mayor motivo por cuanto, en general, desea hacerse pasar por riguroso admirador de los principios de Marx. ¿Puede alguien, por poco conocedor de Marx que sea, negar que la doctrina de la lucha de clases es el centro de gravedad de todo el sistema de sus concepciones?

El señor Nik.-on podía admitir, sin duda, la teoría de Marx a excepción de este punto, aunque sólo fuese, por ejemplo, porque no corresponde, digamos,

a los datos de la historia y de la realidad rusas; pero entonces, primero, sería imposible afirmar que la teoría de Marx explica nuestro orden de cosas, sería imposible hablar incluso de esta teoría y del capitalismo, ya que habría que rehacer la teoría y formar un concepto de otro capitalismo que no llevara implícitas las relaciones antagónicas y la lucha de clases. En todo caso, habría que hacer con el mayor detenimiento esta salvedad, habría que explicar por qué el autor, después de haber dicho *A*, hablando del marxismo, no quiere decir *B*. El señor Nik.-on no ha intentado siquiera hacer nada semejante.

Y el señor Struve dedujo con plena razón que la incomprensión de la lucha de clases hace del señor Nik.-on *un utopista*, pues quien da de lado la lucha de clases que se desenvuelve en la sociedad capitalista, *ea ipso* da de lado todo el contenido real de la vida sociopolítica de esta sociedad y para ver realizados sus deseos se condena inevitablemente a sumirse en la esfera de los sueños candorosos. Esta incomprensión lo hace *reaccionario*, pues los llamamientos a la "sociedad" y al "Estado", es decir, a los ideólogos y los políticos de la burguesía, sólo pueden desorientar a los socialistas y tomar por aliados a los peores enemigos del proletariado, sólo pueden frenar la lucha de los obreros por la emancipación en lugar de contribuir a intensificar, esclarecer y organizar mejor esta lucha.

\- - -

Puestos a hablar del artículo del señor Struve, no podemos menos de referimos también a la respuesta del señor Nik.-on en el núm. 6 de *R. Bogatstvo*[*].

"Resulta -afirma el señor Nik.-on, aduciendo datos sobre el lento aumento del número de obreros fabriles, que va a la zaga del crecimiento de la población-, resulta que en nuestro país el capitalismo, además de no cumplir su "misión histórica", fija límites a su propio desarrollo. He ahí por qué, entre otras cosas, tienen mil veces razón quienes buscan "para su patria un camino de desarrollo distinto del que ha seguido y sigue Europa Occidental". (¡Y esto lo escribe un hombre que reconoce que Rusia sigue ese mismo camino capitalista!) El señor Nik.-on ve el incumplimiento de esta "misión histórica" en que "la corriente económica hostil a la comunidad (es decir, el capitalismo) destruye los fundamentos mismos de su existencia sin traer esa parte de importancia unificadora tan típica de Europa Occidental y que comienza a manifestarse con singular fuerza en América del Norte".

Con otras palabras, se trata del mismo argumento oficioso contra los socialdemócratas que ha inventado el famoso señor V. V., el cual mira al capitalismo desde el punto de vista del funcionario público que resuelve el problema de Estado de "introducir o no el capitalismo en la vida popular": si cumple su "misión", se le puede admitir; si no la cumple, "no se admite". Aparte de las demás cualidades de este ingenioso razonamiento, el señor V. V. ha comprendido la "misión" misma del capitalismo y, a lo que se ve, el señor Nik.-on la comprende también -de una manera escandalosamente errónea y estrecha hasta lo imposible- y de nuevo, como es natural, estos señores culpan sin ceremonias de la estrechez de su propia comprensión a los socialdemócratas: ¡se les puede calumniar como a los muertos, ya que no tienen acceso a la prensa legal!

Marx veía la labor progresista y revolucionaria del capitalismo en que, al socializar el trabajo, "educa, une y organiza a la clase obrera", al mismo tiempo, por el mecanismo del propio proceso; la educa para la lucha; organiza su "indignación"; la une para "expropiar a los expropiadores", para conquistar el poder político y para arrebatar los medios de producción de manos "de unos cuantos usurpadores" a fin de ponerlos en manos de toda la sociedad (*El Capital*, pág. 650) [72].

Esta es la fórmula de Marx.

Naturalmente, el número de "obreros fabriles" no figura para nada: se habla de la concentración de los medios de producción y de la socialización del trabajo. Es claro que estos criterios no tienen nada que ver con el "número de obreros fabriles".

Pero nuestros exegetas de Marx, que propugnan el desarrollo peculiar de Rusia, han interpretado esto precisamente de forma que la socialización del trabajo en el capitalismo se reduce al trabajo de los obreros fabriles en un mismo local, y por eso, dicen ellos, el grado de labor progresista del capitalismo se mide... ¡¡¡por el número de obreros fabriles!!! Si aumenta el número de obreros fabriles, eso significa que el capitalismo cumple bien su labor progresista; si disminuye, eso significa que "cumple mal su misión histórica" (pág. 103 del artículo del señor Nik.-on) y la "intelectualidad" tiene que "buscar otras vías para su patria".

Y he ahí que la intelectualidad de Rusia se pone a buscar "otras vías". Las busca y las encuentra desde hace más de dos decenios, demostrando[**] con todas

[*] En general, parece que el señor Nik.-on trata afanosamente de demostrar en sus artículos de *R. Bogatstvo* que en manera alguna está tan lejos del radicalismo pequeñoburgués como podía creerse; que él también es capaz de ver en el crecimiento de la burguesía campesina (núm. 6, pág. 118: difusión de instrumentos perfeccionados de trabajo, fosfatos, etc., entre los "campesinos") indicios de que "*el campesinado* mismo" (¿el mismo que es expropiado en masa?) "comprende la necesidad de salir de la situación en que se encuentra".

[**] Estas pruebas se malogran, y no porque sean falsas: la ruina, el empobrecimiento y el hambre del pueblo son secuelas indudables e inevitables del capitalismo; se malogran porque son salvas al aire. La "sociedad", incluso bajo el manto de la democracia, defiende los intereses

sus fuerzas que el capitalismo es un desarrollo "desacertado", pues conduce al paro forzoso y a las crisis. Vean, en 1880 estuvimos ante una crisis; también en 1893: es hora de abandonar este camino, pues, evidentemente, lo pasamos mal.

Pero la burguesía rusa "escucha y come"[73]; realmente, lo estará pasando "mal", pues no puede obtener ganancias fabulosas; hace coro a los liberales y radicales y emprende a porfía, gracias a los capitales que han quedado disponibles y que son más baratos, la construcción de nuevos ferrocarriles. "Nosotros" lo pasamos mal, porque en los viejos sitios ya hemos desvalijado por completo al pueblo y se hace preciso convertir nuestro capital en capital industrial, que no puede enriquecemos tanto como el comercial: pero "nosotros" iremos a los territorios periféricos orientales y septentrionales de la Rusia europea, donde todavía es posible la "acumulación originaria", que rinde beneficios de varios centenares por cien, donde todavía la disociación burguesa de los campesinos está lejos de haber llegado a su punto culminante. La intelectualidad ve todo esto y amenaza sin cesar, diciendo que "nosotros" vamos de nuevo a la bancarrota. En efecto, se declara una nueva bancarrota. Una masa de pequeños capitalistas es desalojada por los grandes, una masa de campesinos es expulsada de la agricultura, que pasa cada vez más a manos de la burguesía; aumenta en proporciones inabarcables el océano de la miseria, del paro forzoso, de la extenuación por hambre, y la "intelectualidad" apela con la conciencia tranquila a sus profecías y vuelve a lamentarse del camino desacertado que se ha seguido, demostrando la debilidad de nuestro capitalismo por la falta de mercados exteriores.

Pero la burguesía rusa "escucha y come". Mientras la "intelectualidad" busca nuevas vías, ella emprende gigantescas obras de tendido de ferrocarriles hacia sus colonias, creando allí un mercado para sí misma, llevando al joven país las maravillas del orden burgués, fomentando con singular rapidez allí también a la burguesía industrial y agrícola y arrojando a la masa de productores a las filas de los sin trabajo y eternamente hambrientos.

¿¿Acaso continuarán los socialistas limitándose a lamentarse de los caminos desacertados y a demostrar la debilidad del capitalismo... por el lento crecimiento del número de obreros fabriles!!

Antes de pasar a examinar esta idea pueril*, no se puede menos de señalar que el señor Nik.-on transcribió con extraordinaria inexactitud el pasaje criticado del artículo del señor Struve. En su artículo se decía literalmente lo siguiente:

"Si el autor (es decir, el señor Nik.-on) señala la diferencia existente entre la composición de la población rusa y la norteamericana por el género de ocupación -para Rusia se admite que el 80% de toda la población dedicada a una actividad económica (*erwerbsthätigen*) trabaja en la agricultura, mientras que en los Estados Unidos sólo el 44 % -, al hacer constar esto no se da cuenta de que el desarrollo del capitalismo en Rusia ha de actuar precisamente en el sentido de la disminución de esta diferencia de 80-44: puede afirmarse que en esto consiste su misión histórica".

Se puede pensar que el empleo de *la palabra* "misión" es aquí muy poco afortunado; pero la idea del señor Struve es clara: el señor Nik.-on no se ha dado cuenta de que el desarrollo capitalista de Rusia (él mismo reconoce que este desarrollo es realmente capitalista) ha de reducir la población rural, cuando esto es una ley general del capitalismo. Por consiguiente, el señor Nik.-on, a fin de refutar esta objeción, debió demostrar o 1) que no perdió de vista esta tendencia del capitalismo, o 2) que el capitalismo no tiene esta tendencia.

En lugar de eso, el señor Nik.-on examina los datos sobre el número de obreros fabriles nuestros (el 1 % de la población, según su cálculo). Pero ¿acaso en el artículo del señor Struve se habla de los obreros fabriles? ¿Acaso el 20% de la población de Rusia y el 56 % de la de Norteamérica son obreros fabriles? ¿Acaso los conceptos de "obreros fabriles" y "población ocupada fuera de la agricultura" son idénticos? ¿Se puede poner en duda que también en Rusia disminuye la parte de población dedicada a la agricultura?

Después de esta enmienda que considero tanto más necesaria cuanto que el señor Krivenko ha tergiversado ya una vez este pasaje en dicha revista, pasamos a examinar la idea misma del señor Nik.-on sobre "lo mal que nuestro capitalismo cumple su misión".

Primero, es absurdo identificar el número de obreros fabriles con el de obreros ocupados en la producción capitalista, como lo hace el autor de los *Ensayos*. Eso significa repetir (*e incluso agrandar*) el error de los economistas pequeñoburgueses de Rusia

---

plutocráticos, y, naturalmente, no es ya la plutocracia la que impugnará al capitalismo. El “gobierno”... -citaré la opinión de un adversario, el señor N. K. Mijailovski-: por poco qué sepamos del programa de nuestro gobierno -decía él en una ocasión-, sabemos lo suficiente para estar seguros de que “la socialización del trabajo” no entra en su programa.

* ¡Cómo no llamar, en efecto, pueril esta idea cuando, para determinar la labor progresista del capitalismo, se toma no el grado de socialización del trabajo, sino un índice tan variable como el desarrollo de una sola rama del trabajo popular! Todo el mundo sabe que el número de obreros no puede menos de ser extraordinariamente inconstante bajo el modo capitalista de producción, que este número depende de multitud de factores secundarios, como las crisis, la magnitud del ejército de reserva, el grado de explotación del trabajo, el grado de intensidad del mismo, etc., etc.

que hacen partir el capitalismo directamente de la gran industria mecanizada. ¿Acaso los millones de artesanos rusos que trabajan para los mercaderes con el material de éstos por un salario corriente no están ocupados en una producción capitalista? ¿Es que los mozos de labranza y los jornaleros en la agricultura no reciben de sus patronos un salario y no dan a éstos plusvalía? ¿Acaso los obreros ocupados en la industria de la construcción (que se ha desarrollado con rapidez en nuestro país después de la reforma campesina) no están sometidos a la explotación capitalista?, etc.[*].

Segundo, es absurdo comparar el número de obreros fabriles (1.400.000) con toda la población y expresar esta relación con un porcentaje. Eso significa en realidad equiparar magnitudes incomparables: la población apta para el trabajo con la no apta, la población ocupada en la producción de bienes materiales con "los estados ideológicos", etc. ¿Acaso cada obrero fabril no mantiene a un número determinado de miembros de su familia que no trabajan? ¿Es que los obreros fabriles no mantienen - aparte de sus patronos y toda una manada de mercaderes- a un montón de soldados, funcionarios y demás señores que ustedes incluyen entre la población agrícola, oponiendo luego todo ese informe conglomerado al obrero fabril? ¿Acaso no hay en Rusia, además, pequeñas industrias como la pesquera y otras, que también es absurdo oponer a la industria fabril, agrupándolas con la agricultura? Si quisieran tener una idea de cómo se compone la población de Rusia por sus ocupaciones, habría que destacar, primero, a la población dedicada a la producción de bienes materiales (excluyendo, por consiguiente, a la población no trabajadora, de una parte, y a los soldados, los funcionarios, los popes, etc., de otra), y, segundo, intentar distribuirla según las diferentes ramas del trabajo popular. Si no hubiera datos para ello, habría que desistir de hacer esos cálculos[**] y no decir tonterías del 1 % (¡¿!!) de

[*] Yo me limito aquí a la crítica del *procedimiento* del señor Nik.-on de juzgar de la “importancia unificadora del capitalismo” por el número de obreros fabriles. No puedo analizar las cifras, ya que no tengo a mano las fuentes que utiliza el señor Nik.-on. Sin embargo, es forzoso reconocer que las ha elegido con escasa fortuna. Al principio toma los datos de la *Recopilación estadística militar para el año 1865* y de la *Guía de fábricas y talleres de 1894 para el año 1890*. Resulta un número de obreros (a excepción de los mineros) de 829.573 y 875.764. Su aumento, del 5,5%, es mucho menor que el de la población (91 y 61,42 millones, o sea, del 48,1%). En *la página siguiente* aduce ya otros datos: tanto para 1865 como para 1890 los toma de la *Guía* del año 1893. Según estos datos, el número de obreros es de 392.718 y 716.792; el aumento es del 82 %. Pero sin contar la industria gravada con impuestos de consumo en la que el número de obreros (pág. 104) era en 1865 de 186.053 y en 1890 de 144.332. Sumando estas últimas cifras a las precedentes, obtenemos un total de obreros (exceptuados los que trabajan en las minas) de 578.771 en 1865 y 861.124 en 1890. El aumento es del 48,7%, habiendo crecido la población en el 48,1%. Así, en cinco páginas el autor aporta datos que señalan un aumento del 5% los unos y un aumento del 48% los otros. ¡¡Y con datos tan contradictorios juzga de la debilidad de nuestro capitalismo!!

Además, ¿por qué no ha tomado el autor los datos del número de obreros que él aporta en los *Ensayos* (cuadros XI y XII) y por los cuales vemos un aumento de éstos entre el 2 y el 3% durante *tres años* (1886-1889), es decir, un aumento que supera rápidamente el de la población? El autor dirá, tal vez, que el lapso es de extraordinaria brevedad. Pero, en cambio, estos datos son homogéneos, comparables, y se distinguen por una mayor veracidad; esto primero. Y segundo, ¿acaso el propio autor no ha utilizado estos mismos datos, a pesar del breve lapso a que se refiere, para juzgar del crecimiento de la industria fabril?

Se comprende que los datos de una sola rama del trabajo popular no pueden menos de ser precarios, cuando se toma un índice tan variable del estado de dicha rama como el número de obreros. ¡Piensen ustedes qué soñador tan infinitamente ingenuo hay que ser para esperar que, con datos semejantes, nuestro capitalismo vaya a derrumbarse, a quedar reducido por sí solo a polvo, sin una lucha tenaz, desesperada, para oponer tales datos al dominio y al desarrollo indudables del capitalismo en todas las ramas del trabajo popular!

[**] El señor Nik.-on procuró hacer este cálculo en los *Ensayos*, pero con el mayor desacierto. En la página 302 leemos:

“En los últimos tiempos se ha hecho el intento de determinar el total de obreros asalariados en las 50 provincias de la Rusia europea (S. A. Korolenko. *El trabajo asalariado*, San Petersburgo, 1892). La investigación del departamento de Agricultura determina el total de población agrícola apta para el trabajo, en las 50 provincias de la Rusia europea, en 35.712.000 personas, mientras que el total de obreros exigidos por las necesidades agrícolas, por la industria manufacturera, extractiva, el transporte, etc., asciende escasamente a 30.124.000 personas. Así pues, el excedente de obreros completamente superfluos se expresa en la gran cantidad de 5.588.000 personas, lo que, con las familias en la proporción que se tiene por norma, constituye no menos de 15 millones de personas”. (Esto se repite en la página 341.)

Si examinamos esta “*investigación*”, veremos que “se ha estudiado” en ella sólo el empleo de trabajo asalariado por los terratenientes, y el señor S. Korolenko añadió a esta investigación un “estudio de los aspectos agrícola e industrial” de la Rusia europea. En este estudio se hace el intento (no basado en una “investigación” cualquiera, sino con arreglo a los viejos datos de que se dispone) de distribuir, según las ocupaciones, a la población obrera de la Rusia europea. En el resumen del señor S. A. Korolenko se obtiene el siguiente resultado: 35.712.000 obreros para las 50 provincias de la Rusia europea. De este número están ocupados:

| | | |
|---|---|---|
| en la agricultura | 27.435.400 | |
| en el cultivo de plantas especiales | 1.466.400 | 30.124.000 |

la población ocupada en la industria fabril.

Tercero -y ésta es la principal y más escandalosa tergiversación de la teoría de Marx sobre la labor progresista y revolucionaria del capitalismo-, ¿de dónde ha sacado usted que "la importancia unificadora" del capitalismo se expresa en la unificación de los obreros fabriles solamente? ¿No habrá sacado esta idea del marxismo de los artículos de *Otiéchestvennie Zapiski* a propósito de la socialización del trabajo? ¿No reducirá usted también dicha socialización al trabajo en un mismo local?

Pero no. Parece que a Nik.-on no se le podría reprochar esto, porque caracteriza con exactitud la socialización del trabajo por el capitalismo en la segunda página de su artículo inserto en el núm. 6 de *R. Bogatstvo*, señalando acertadamente los dos síntomas de esta socialización: 1) trabajo para toda la sociedad y 2) unificación de los obreros aislados para obtener el producto del trabajo común. Sin embargo, si esto es así, ¿qué falta hacia juzgar de la "misión" del capitalismo por el número de obreros fabriles, ya que esta "misión" la cumple el desarrollo del capitalismo y de la socialización del trabajo en general, la creación del proletariado en general, en relación al cual los obreros fabriles no son más que sus filas avanzadas, su vanguardia? Es indiscutible, naturalmente, que el movimiento revolucionario del proletariado depende del número de estos obreros, de su concentración, de su grado de desarrollo, etc., pero todo esto no otorga el menor derecho a *reducir "la importancia unificadora" del capitalismo al número de obreros fabriles*. Esto significa empequeñecer hasta lo imposible la idea de Marx.

Aduciré un ejemplo. En su folleto *Contribución al problema de la vivienda* Federico Engels habla de la industria alemana y señala que en ningún otro país, excepto Alemania -se refiere sólo a Europa Occidental-, existen tantos asalariados que son propietarios de un huerto o una parcela. "*La industria a domicilio rural, practicada en común con la horticultura o el pequeño cultivo* -dice-, *constituye la base amplia de la joven gran industria alemana*" [74]. Esa industria doméstica crece con mayor pujanza cada día conforme aumenta la miseria de los pequeños campesinos alemanes (como en Rusia también, añadimos nosotros); pero, al mismo tiempo, LA UNIÓN de la industria con la agricultura no es condición del BIENESTAR del artesano, sino, por el contrario, de su mayor OPRESIÓN. Como está sujeto al lugar de residencia, se ve obligado a aceptar cualquier precio que se le ofrezca, razón por la cual da al capitalista no sólo plusvalía, sino también gran parte del salario (como en Rusia, con su inmenso desarrollo del sistema de gran producción basado en el trabajo a domicilio).

"*Este no es más que un aspecto de la cuestión* -continúa Engels-, *pero la medalla tiene también su reverso... Con la extensión de la industria a domicilio, las regiones rurales son arrastradas una tras otra al movimiento industrial de hoy. Esta revolución operada en los distritos rurales por la industria a domicilio es la que extiende la revolución industrial en Alemania a una escala mucho más vasta que en Inglaterra y Francia... Esto explica que en Alemania, a diferencia de lo que ocurre en Inglaterra y Francia, el movimiento obrero revolucionario se haya extendido tan considerablemente a la mayor parte del país, en lugar de estar ligado exclusivamente a los centros urbanos. Y esto explica, a su vez, la progresión reposada, segura e irresistible del movimiento. Está claro que en Alemania un levantamiento victorioso en la capital y en las otras grandes ciudades sólo será posible cuando la mayoría de las pequeñas ciudades y una gran parte de las regiones rurales estén igualmente maduras para la revolución*".

Ahí tienen: no sólo "la importancia unificadora del capitalismo", sino también el éxito del movimiento obrero depende, a lo que se ve, además del número de obreros fabriles, ¡del número... de *pequeños productores de la industria a domicilio*! ¡Y nuestros paladines del desarrollo peculiar, haciendo caso omiso de la organización puramente capitalista de la inmensa mayoría de las pequeñas industrias de oficio rusas, las contraponen al capitalismo como si constituyesen una industria "popular", y juzgan del "porcentaje de población que se encuentra a disposición directa del capitalismo" por el número de

| | | |
|---|---|---|
| en la industria fabril y minera | | 1.222.700 |
| Hebreos | | 1.400.400 |
| en la silvicultura | Cerca de | 2.000.000 |
| en la ganadería | Cerca de | 1.000.000 |
| en el transporte ferroviario | Cerca de | 200.000 |
| en la pesca | Cerca de | 200.000 |
| en las pequeñas industrias locales y forasteras, ocupaciones eventuales, caza, captura de animales, etc. | | 787.200 |
| | Total | 35.712.100 |

Así pues, el señor Korolenko ha distribuido (bien o mal), según las ocupaciones, a *todos* los operarios, ¡mientras que el señor Nik.-on ha tomado arbitrariamente los primeros tres renglones y habla de 5.588.000 obreros “excedentes por completo” (??)!

Además de este desacierto, no se puede menos de observar que el cálculo del señor Korolenko es extremadamente burdo e inexacto: la cantidad de obreros agrícolas está determinada según una norma única y común a toda Rusia, no ha sido clasificada aparte la población no productora (el señor Korolenko, siguiendo el antisemitismo de las autoridades, ha incluido aquí... ¡*a los hebreos*! No dedicados a la producción debe haber más de 1.400.000 habitantes; comerciantes, mendigos, vagabundos, delincuentes, etc.); es de una exigüidad escandalosa el número de artesanos (el último renglón que comprende a los obreros forasteros, eventuales y a los ocupados en las pequeñas industrias locales). etc. Sería mucho mejor no aportar semejantes cálculos.

obreros fabriles! Esto recuerda ya el siguiente razonamiento del señor Krivenko: los marxistas quieren centrar toda la atención en los obreros fabriles; pero como estos obreros suman en total un millón de los cien de habitantes, su número constituye solamente un rinconcillo de la vida, y consagrarse a él es tanto como limitarse al trabajo en las instituciones estamentales o benéficas (núm. 12 de *R. B.*). ¡¡Las fábricas y talleres son un rinconcillo tan pequeño de la vida como las instituciones estamentales y las benéficas!! ¡Oh, genial señor Krivenko! ¿No serán precisamente las instituciones estamentales las que producen artículos para toda la sociedad? ¿No será precisamente el orden por el que se rigen las instituciones estamentales el que explica la explotación y la expropiación de los trabajadores? ¿No será precisamente en las instituciones estamentales donde hay que buscar a los representantes de vanguardia del proletariado, capaces de enarbolar la bandera de la emancipación de los obreros?

Tales cosas no son raras en labios de los pequeños filósofos burgueses, pero cuando encontramos algo semejante en el señor Nik.-on, eso ya sabe mal.

En la página 393 de *El Capital* Marx aduce datos de la composición de la población inglesa. En 1861 había en Inglaterra y el País de Gales 20 millones de habitantes en total. El número de obreros ocupados en las ramas principales de la industria fabril era de 1.605.440*. Además, el de criados era de 1.208.648, y en una nota a la segunda edición Marx indica el crecimiento de singular rapidez operado en esta última clase. ¡¡Figúrense ahora que en Inglaterra se encontrasen unos "marxistas" que, para juzgar de la "importancia unificadora del capitalismo", dividiesen 1,6 millones por 20!! Se obtendría un 8%: ¡¡¡*menos de la doceava parte*!!! ¡Cómo, pues, puede hablarse de la "misión" del capitalismo cuando éste no ha unificado ni la doceava parte de la población! ¡Además, aumenta con mayor rapidez la clase de los "esclavos domésticos": una pérdida irrecuperable de "trabajo popular", que testimonia que "nosotros", los ingleses, seguimos "un camino desacertado"! ¿No está claro que "nosotros" tenemos que "buscar para nuestra patria otras vías de desarrollo", no capitalistas?

En la argumentación del señor Nik.-on ha quedado todavía pendiente un punto: al decir que nuestro capitalismo no tiene la misma importancia unificadora "tan típica de Europa Occidental que *comienza a manifestarse con singular fuerza en Norteamérica*", alude, evidentemente, al movimiento obrero. Así, nosotros debemos buscar otras vías, ya que nuestro capitalismo no origina el movimiento obrero. Creo que este argumento ya había sido anticipado por el señor Mijailovski. Marx -aleccionaba el señor Mijailovski a los marxistas- operaba con un proletariado ya constituido. Y en respuesta a la observación que le hizo un marxista de que Mijailovski veía en la miseria solamente miseria, él replicó así: esta observación, como de ordinario, ha sido tomada por entero de Marx. Pero si, decía él, leemos este pasaje de *Miseria de la Filosofía*, veremos que no es aplicable a nuestros asuntos, que nuestra miseria es solamente miseria. Ahora bien, por *Miseria de la Filosofía* aún no veremos nada en realidad. Marx dice allí que los comunistas de la vieja escuela ven en la miseria solamente miseria, sin advertir su lado revolucionario, destructor, que terminará por derrocar a la vieja sociedad. Es evidente que el señor Mijailovski se basa, para afirmar que dicho pasaje no es aplicable a nuestros asuntos, en que el movimiento obrero no "se manifiesta". Con motivo de este juicio observamos, en primer lugar, que sólo el conocimiento más somero de los hechos puede infundir la idea de que Marx operaba con un proletariado ya constituido. Marx redactó su programa comunista antes de 1848. ¿Qué movimiento obrero** existía entonces en Alemania? A la sazón no había ni siquiera libertad política, y la labor de los comunistas se limitaba a los círculos secretos (como en nuestro país ahora). El movimiento obrero socialdemócrata, que ha demostrado a todos de modo evidente el papel revolucionario y unificador del capitalismo, surgió dos decenios más tarde, cuando se hubo formado definitivamente la doctrina del socialismo científico, cuando se extendió con mayor amplitud la gran industria y apareció una pléyade de hombres de talento y energía que difundieron esta doctrina entre los obreros. Además de presentar a una luz incierta los hechos históricos y de olvidar el gigantesco trabajo realizado por los socialistas para dar conciencia y organización al movimiento obrero, nuestros filósofos atribuyen a Marx las más absurdas concepciones fatalistas. A juicio de Marx -dicen estos filósofos-, la organización y la socialización de los obreros sobrevienen por sí mismas y, consiguientemente, si nosotros, al ver el capitalismo,

* 642.607 personas ocupadas en la industria textil, en la producción de medias y encajes (en nuestro país decenas de miles de mujeres ocupadas en la producción de medias y encajes se ven sometidas a la explotación más inverosímil de las "intermediarias", para las cuales trabajan. El salario es tan reducido que llega a veces ¡a 3 (¡sic!) kopeks al día! ¿Es que ellas, señor Nik.-on, no "se encuentran a disposición directa del capitalismo"?); además, 565.835 personas están ocupadas en las minas de carbón y de metales; y 396,998, en todas las industrias metalúrgicas y manufacturas.

** Se puede juzgar de lo reducida que era entonces la clase obrera por el hecho de que veintisiete años después, en 1875, Marx escribía: "El pueblo trabajador, en Alemania, está compuesto, en su mayoría, por campesinos, y no por proletarios"[75]. ¡Ahí tienen lo que significa "operar (??) con un proletariado ya constituido"!

no vemos el movimiento obrero, es porque el capitalismo no cumple su misión y no porque nosotros trabajemos aún poco en el terreno do esta organización y propaganda entre los obreros. No vale la pena siquiera refutar este cobarde subterfugio pequeñoburgués de nuestros filósofos de la peculiaridad rusa: lo refuta toda la actividad de los socialdemócratas de todos los países, lo refuta cada discurso de cualquier marxista. La socialdemocracia, dice con plena razón Kautsky, es la fusión del movimiento obrero con el socialismo. Y para que la labor progresista del capitalismo "se manifieste" también en nuestro país, nuestros socialistas deben poner con toda energía manos a la obra; deben elaborar con mayor detalle la concepción marxista de la historia y de la realidad rusas, estudiando de una manera más concreta todas las formas de la lucha de clases y de la explotación, que en Rusia están singularmente embrolladas y encubiertas. Deben, además, popularizar esta teoría, hacerla llegar al obrero, deben ayudar al obrero a asimilarla e idear la *forma de organización* más ADECUADA *a nuestras condiciones para propagar la ideología de la socialdemocracia y para unir estrechamente a los obreros, constituyendo una fuerza política*. Y los socialdemócratas rusos jamás han dicho que han terminado ya, que han ejecutado este trabajo de ideólogos de la clase obrera (a esta labor no se le ve el fin); por el contrario, siempre han subrayado que no han hecho más que iniciarla, que aún se necesitarán grandes esfuerzos de muchas y muchas personas para llegar a hacer algo de peso.

Además de la comprensión insatisfactoria, estrecha hasta el escándalo, de la teoría de Marx, esta objeción extendida de que a nuestro capitalismo le falta labor progresista se basa también, al parecer, en la absurda idea de un mítico "régimen popular".

Cuando "los campesinos" de la famosa "comunidad" quedan escindidos en descamisados y ricachos, en proletarios y capitalistas (sobre todo de la esfera mercantil), no quieren ver en esto un capitalismo embrionario, medieval. Y dando de lado la estructura política y económica del campo, peroran, en su búsqueda de "otras vías para la patria", a propósito de los cambios de la forma de posesión de la tierra por los campesinos, con la que confunden imperdonablemente la forma de organización económica, como si en el seno de la misma "comunidad igualitaria" no prosperase en nuestro país la disociación puramente burguesa del campesinado. Y cuando este capitalismo, al desarrollarse, rebasa las formas estrechas del capitalismo medieval, rural, destruye el poder avasallador de la tierra y obliga al campesino, hace ya mucho expoliado por completo y hambriento, a abandonar la tierra a la comunidad para su distribución igualitaria entre los kulaks triunfantes, a peregrinar por toda Rusia en busca de sustento, pasando largos períodos sin trabajo, a contratarse hoy con un terrateniente, mañana con un encargado de obras de un ferrocarril, después como peón en alguna ciudad o como bracero de un campesino rico, etc.; cuando este "campesino", cambiando de dueño por toda Rusia, ve que, por dondequiera que pasa, es sometido al más desvergonzado pillaje; ve que saquean a la vez a otros descamisados como él; ve que lo desvalija también "su hermano el mujik", y no necesariamente "el señor", siempre y cuando aquél posea dinero para comprar fuerza de trabajo; ve qué el gobierno está en todas partes al servicio de sus dueños, coartando los derechos de los obreros y reprimiendo so pretexto de motines todo intento de defender sus derechos más elementales; ve que el trabajo del obrero ruso es más arduo cada día y que la riqueza y el lujo aumentan con mayor celeridad cada vez -mientras la situación del obrero empeora, la expropiación se acentúa, y el paro forzoso se convierte en norma-; al mismo tiempo que ocurre todo esto, nuestros críticos del marxismo buscan otras vías para la patria y resuelven el profundo problema de si se puede reconocer en ello la labor progresista del capitalismo, cuando vemos el lento crecimiento del número de obreros fabriles o hay que rechazar y tener por camino desacertado nuestro capitalismo, ya que cumple "tan mal, pero que muy requetemal su misión histórica".

Sublime ocupación de vasto humanismo, ¿verdad?

Y qué doctrinarios tan estrechos son estos pérfidos marxistas cuando dicen que buscar otras vías para la patria, existiendo por todas partes en Rusia la explotación capitalista del trabajador, significa evadirse de la realidad al dominio de las utopías, cuando les parece que no es nuestro capitalismo el que cumple mal con su misión, sino los socialistas rusos, que no quieren comprender que soñar en el apaciguamiento de la secular lucha económica de las clases antagónicas de la sociedad rusa significa caer en él manilovismo[76], que no quieren comprender que hay que esforzarse por dar organización y conciencia a esta lucha y, para ello, emprender la labor socialdemócrata.

- - -

Para concluir, no podemos menos de señalar otra salida de tono del señor Nik.-on contra el señor Struve en ese mismo núm. 6 de *R. B.*

"No se puede menos de prestar atención -dice el señor Nik.-on- a cierta particularidad de la polémica del señor Struve. El escribió para el público alemán, en una revista alemana seria, y empleó procedimientos, al parecer, totalmente inadecuados. Creemos que no sólo el público alemán, sino incluso el ruso ha alcanzado el nivel de "personas lo bastante adultas" para caer en el garlito de los diferentes "espantajos" que plagan su artículo. Expresiones como "utopía", "programa reaccionario" y otras por el estilo se ven en cada una de sus columnas. Pero ¡ay!, estas "palabras tremebundas" no producen ya en

absoluto el efecto que, por lo visto, espera el señor Struve" (pág. 128).

Intentemos aclarar si hay en esta polémica de los señores Nik.-on y Struve "procedimientos inadecuados" y, si los hay, quién los emplea.

El señor Struve es acusado de emplear "procedimientos inadecuados" porque, en un artículo serio, quiere influir en el ánimo del público con "espantajos" y "palabras tremebundas".

Esgrimir "espantajos" y pronunciar "palabras tremebundas" significa dar una caracterización del adversario muy negativa sin motivarla de paso con claridad y precisión, ni dimanar inexorablemente del punto de vista del que escribe (punto de vista expuesto de manera explícita), expresando sin más ni más el deseo de injuriar y pulverizar.

Es evidente que sólo este último indicio convierte en "espantajos" los duros epítetos reprobatorios. Pues el señor Slonimski dio su opinión sobre el señor Nik.-on en términos bruscos; pero como, al hacerlo, formulaba de un modo claro y exacto su punto de vista de liberal común, incapaz en absoluto de comprender el carácter burgués del orden moderno de cosas, como formulaba con plena nitidez sus fenomenales argumentos, se le puede acusar de cuanto se quiera, pero no de emplear "procedimientos inadecuados". El señor Nik.-on también dio su opinión en términos bruscos sobre el señor Slonimski, espetándole, entre otras cosas, para que le sirviera de ejemplo y enseñanza, las palabras de Marx, "que se han confirmado también en nuestro país" (la confesión es del señor Nik.-on), acerca del *carácter reaccionario y utópico* de la defensa de la pequeña producción doméstica y de la pequeña propiedad campesina, defensa en la que está empeñado el señor Slonimski, acusando a éste de "estrechez", de "*ingenuidad*", etc. Como ven, el artículo del señor Nik.-on está "plagado" de los mismos epítetos (subrayados) que el del señor Struve, pero nosotros no podemos hablar de "procedimientos inadecuados", pues todo esto tiene sus argumentos, todo esto se desprende de un punto de vista y de un sistema determinados de concepciones del autor que pueden ser erróneos; pero si son aceptados, sólo puede tratarse al adversario de utopista ingenuo, estrecho y reaccionario.

Veamos cómo están las cosas en el artículo del señor Struve. Al acusar al señor Nik.-on de utopismo, que debía tener por resultado un programa reaccionario, y de ingenuidad, señala con entera claridad las razones que le han hecho llegar a esta opinión. Primera: queriendo la "socialización de la producción", el señor Nik.-on "apela a la sociedad (¡sic!) y al Estado". Esto "demuestra que el especialista ruso en economía política no acepta en absoluto la doctrina de Marx sobre la lucha de clases y sobre el Estado". Nuestro Estado "representa a las clases que gobiernan". Segunda: "si se contrapone al capitalismo *real* un régimen económico *imaginario*, que *debe* aparecer sencillamente porque nosotros lo *queremos*, dicho con otras palabras, si se quiere la socialización de la producción al margen del capitalismo, esto testimonia únicamente una interpretación ingenua, que no corresponde a la historia". Con el desarrollo del capitalismo, con la eliminación de la economía natural y con la reducción de la población rural "el Estado moderno saldrá de las tinieblas que todavía lo envuelven en nuestra época patriarcal (hablamos de Rusia), saldrá a la clara luz de la lucha abierta de clases y, para socializar la producción, habrá que buscar otras fuerzas y factores".

Pues qué, ¿no es esto una motivación bastante clara y precisa? ¿Se puede acaso poner en duda la exactitud de las indicaciones sobre los pensamientos del autor que hace el señor Struve, basándose en los hechos? ¿Acaso el señor Nik.-on ha tomado efectivamente en consideración la lucha de clases, propia de la sociedad capitalista? No. El habla de la sociedad y del Estado, olvidando esta lucha, excluyéndola. Habla, por ejemplo, de que el Estado ha apoyado al capitalismo, en lugar de socializar el trabajo mediante la comunidad, etc. Considera con toda evidencia que el Estado podría actuar de esta y de la otra manera y que, por consiguiente, se hallan *al margen de las clases*. ¿No es claro que la acusación de que el señor Struve esgrime "'espantajos" es una injusticia *escandalosa*? ¿No es claro que la persona que piensa que nuestro Estado es un Estado de clase no puede menos de considerar utopista candoroso y reaccionario al que pide a dicho Estado la socialización del trabajo, es decir, la eliminación de las clases gobernantes? Es más. Cuando se acusa al adversario de que esgrime "espantajos", *silenciando* al mismo tiempo la concepción suya que da origen a su opinión, a pesar de haberla formulado con claridad; cuando, además, se le acusa en una revista sometida a la censura, a la cual no tiene acceso esta concepción, ¿no cabe pensar que éste es "un procedimiento completamente inadecuado"?

Sigamos. El segundo argumento ha sido formulado por el señor Struve con no menos diafanidad. No cabe la menor duda de que la socialización del trabajo al margen del capitalismo, mediante la comunidad, es un régimen imaginario, pues no existe en la realidad. Esta realidad la pinta el mismo señor Nik.-on como sigue: hasta 1861, las unidades productoras eran la "familia" y la "comunidad" (*Ensayos*, págs. 106-107). Esta "producción pequeña, dispersa, que se bastaba a sí misma, no podía desarrollarse de una manera considerable, razón por la cual se caracteriza como rutinaria en extremo, poco productiva". El cambio ulterior consistió en que "la división social del trabajo iba siendo cada vez más profunda". Por consiguiente, el capitalismo rompió las estrechas fronteras de las anteriores unidades de producción y

socializó el trabajo en toda la sociedad. *El señor Nik.-on reconoce también esta socialización del trabajo por nuestro capitalismo*. Por eso, al querer apoyarse, para socializar el trabajo, no en el capitalismo que *ya lo ha socializado*, sino en la comunidad, *cuya destrucción trajo consigo precisamente por primera vez la socialización del trabajo en toda la sociedad*, es un utopista reaccionario. He aquí la idea del señor Struve. Puede estimársela acertada o errónea, pero no se puede negar que de esta opinión se desprende con lógica inevitabilidad la censura dirigida al señor Nik.-on y que por eso no cabe hablar de "espantajos".

Más aún. Cuando el señor Nik.-on termina su polémica con el señor Struve, atribuyéndole el deseo de desposeer de la tierra a los campesinos ("si por programa progresista se entiende desposeer de la tierra a los campesinos... el autor de los *Ensayos* es un conservador") -a pesar de la declaración explícita del señor Struve de que quiere la socialización del trabajo, la quiere mediante el capitalismo, y para eso desea apoyarse en las fuerzas que han de ser vistas bajo "la clara luz de la lucha abierta de clases"-, esto no puede menos de llamarse transmisión diametralmente, opuesta a la verdad. Y si se tiene presente que en la prensa sometida a la censura el señor Struve no podría hablar de las fuerzas que actúan a la clara luz de la lucha de clases y que, por consiguiente, al adversario del señor Nik.-on le han tapado la boca, entonces será difícil poner en duda que el procedimiento del señor Nik.-on es ya "un procedimiento completamente inadecuado".

**Apéndice III**

Al hablar de una comprensión estrecha del marxismo, me refiero a los marxistas mismos. No se puede menos de observar a este propósito que el marxismo es sometido a los más escandalosos empequeñecimiento y tergiversación cuando nuestros liberales y radicales lo exponen en las páginas de la prensa legal. ¡Vaya exposición! ¡Imagínense cómo hay que mutilar esta doctrina revolucionaria para encajada en el lecho de Procusto[77] de la censura rusa! Y nuestros publicistas hacen sin el menor remordimiento semejante operación: tal y como ellos lo exponen, el marxismo se reduce casi a una doctrina de cómo transcurre en el régimen capitalista el desarrollo dialéctico de la propiedad individual basada en el trabajo del propietario, de cómo ésta se convierte en su negación y después se socializa. Y encajan con cara seria en este "esquema" todo el contenido del marxismo, dando de lado las peculiaridades de su método sociológico, omitiendo la doctrina de la lucha de clases, omitiendo la finalidad directa de la investigación: poner al descubierto todas las formas de antagonismo y explotación para ayudar al proletariado a deshacerse de ellas. No es extraño que resulte algo hasta tal punto incoloro y estrecho que nuestros radicales ya empiezan a compadecerse de los pobres marxistas rusos. ¡No es para menos! ¡El absolutismo ruso y la reacción rusa no serían absolutismo ni reacción si, existiendo, se pudiese exponer por entero el marxismo con exactitud y en toda su dimensión, formulando hasta el fin sus deducciones! Y si nuestros liberales y radicales conociesen como es debido el marxismo (aunque sólo fuese por las publicaciones alemanas), les daría vergüenza mutilarlo de esa manera en las páginas de una prensa sometida a la censura. Si no hay la posibilidad de exponer una teoría, cállense o hagan la salvedad de que no la exponen integra, ni mucho menos, que omiten lo más esencial, pero ¿por qué entonces, presentando sólo unos fragmentos, hablan a gritos de estrechez?

Así sólo se puede llegar a casos tan curiosos, posibles únicamente en Rusia, de tomar por marxistas a gentes que no tienen idea de la lucha de clases, del ineluctable antagonismo inherente a la sociedad capitalista ni del desarrollo de este antagonismo, a gentes que no tienen idea del papel revolucionario del proletariado; incluso gentes que propugnan francos proyectos burgueses, con tal de que en ellos aparezcan las palabrejas "economía monetaria", "necesidad" de esta economía y otras por el estilo que, para ser conceptuadas de marxistas genuinas, requieren toda la profundidad de ingenio del señor Mijailovski.

Pero Marx vela todo el valor de su teoría en que "por su misma esencia es una teoría crítica* y revolucionaria"[78]. Y esta última cualidad es, en efecto, inherente por completo y sin la menor duda al *marxismo*, porque esta teoría se propone expresamente el fin de poner al desnudo todas las formas de antagonismo y explotación de la sociedad moderna, de estudiar su evolución, demostrar su carácter transitorio, así como la inevitabilidad de su conversión en otra forma distinta, y *servir así al proletariado para que éste ponga fin lo antes posible y con la mayor facilidad posible a toda explotación*. La insuperable y sugestiva fuerza que atrae hacia esta teoría a los socialistas de todos los países consiste precisamente en que vincula la estricta y suprema cientificidad (siendo como es la última palabra de la ciencia social) con el espíritu revolucionario, y la vincula no casualmente, no sólo porque el fundador de la doctrina reuniera en su persona las cualidades

* Obsérvese que Marx habla aquí de la crítica materialista, la única que él considera científica, es decir, la crítica que compara los hechos político-jurídicos, sociales, habituales y otros con la economía, con el sistema de las relaciones de producción, con los intereses de las clases que inevitablemente se forman en el terreno de todas las relaciones sociales antagónicas. No habrá quien ponga en duda que las relaciones sociales rusas son antagónicas. Pero nadie ha intentado aún tomadas por base para hacer una *tal* crítica.

del científico y del revolucionario, sino porque lo hace en la teoría misma con nexos internos e indisolubles. En efecto, como tarea de la teoría, como finalidad de la ciencia se plantea explícitamente aquí el ayudar a la clase de los oprimidos en su lucha económica real.

> "*Nosotros no decimos al mundo: deja de luchar, toda tu lucha no vale nada. Nosotros le damos la verdadera consigna de lucha*"[79].

Por lo tanto, la tarea directa de la ciencia, según Marx, consiste en dar la verdadera consigna de lucha, es decir, en saber presentar objetivamente la lucha como producto de un determinado sistema de relaciones de producción, en saber *comprender* la necesidad de esta lucha, su contenido, el curso y las condiciones de su desarrollo. No se puede dar "la consigna de lucha" sin estudiar con todo detenimiento cada una de las formas de esta lucha, sin seguir cada paso de la misma en su tránsito de una forma a otra para saber en cada momento concreto determinar la situación sin perder de vista el carácter general de la lucha, su objetivo general: la destrucción completa y definitiva de toda explotación y de toda opresión.

Intenten comparar con la teoría "crítica y revolucionaria" de Marx esa insulsa tontería que exponía en su "crítica" e impugnaba "nuestro conocido" N. K. Mijailovski, y se maravillarán de cómo puede haber en realidad hombres que se consideran "ideólogos de la clase trabajadora", y se contentan... con la "moneda desgastada" en que convierten la teoría de Marx nuestros publicistas, borrando de ella todo lo que tiene de vital.

Intenten comparar con las reivindicaciones de esta teoría nuestras publicaciones populistas, cuyo punto de arranque es el deseo de desempeñar el papel de ideólogo del trabajador -unas publicaciones consagradas a la historia y al estado actual de nuestro régimen económico en general y de los campesinos en particular-, y se extrañarán de que haya podido haber socialistas que se conformasen con semejante teoría, la cual se limitaba a estudiar y describir las calamidades y a predicar una moral a propósito de estas calamidades. El régimen de la servidumbre no es presentado como una forma determinada de organización económica que engendró una explotación determinada, unas clases antagónicas determinadas, unos regímenes políticos, jurídicos, etc., determinados, sino simplemente como abusos de los terratenientes y como una injusticia para con los campesinos. La reforma campesina no es presentada como el choque de formas económicas concretas y clases económicas concretas, sino como una medida de las autoridades "que eligieron" por error "un camino desacertado", a pesar de las mejores intenciones. La Rusia posterior a la abolición de la servidumbre es presentada como una desviación del verdadero camino, acompañada de calamidades para el trabajador, y no como un sistema concreto de relaciones antagónicas de producción que tiene un desarrollo determinado.

Por cierto, ahora es indudable el descrédito de esta teoría, y cuanto antes comprendan los socialistas rusos que, dado el nivel Actual de conocimientos, no puede haber una teoría revolucionaria fuera del marxismo, cuanto antes pongan todas sus fuerzas en aplicar esta teoría a Rusia, en el sentido teórico y práctico, tanto más seguro y rápido será el éxito de la labor revolucionaria.

- - -

Para ilustrar de manera palpable la corrupción que los señores "amigos del pueblo" introducen en "el pobre pensamiento ruso" contemporáneo con su llamamiento a la intelectualidad a que ejerza influencia cultural en "el pueblo" para "crear" una industria bien organizada y auténtica, etc., transcribiremos la opinión de gentes que piensan de manera muy distinta de la nuestra: los adeptos del Derecho del Pueblo, estos sucesores directos e inmediatos de Libertad del Pueblo. (Véase el folleto *Un problema palpitante*, 1894, editorial del Partido del Derecho del Pueblo.)

Después de dar una magnífica réplica a esa clase de populistas que dicen "que de ninguna manera, ni siquiera bajo la condición de una amplia libertad, debe Rusia abandonar su organización económica, que asegura (!) al trabajador una situación de independencia en la producción"; que dicen: "no necesitamos reformas políticas, sino reformas económicas sistemáticas, aplicadas paulatinamente", los adeptos del Partido del Derecho del Pueblo continúan:

"No somos defensores de la burguesía y menos aún admiradores de sus ideales, pero si la mala fortuna diera al pueblo a elegir entre "reformas económicas paulatinas" bajo la protección de los jefes de los zemstvos, que las protegiesen celosamente de los atentados de la burguesía, y esta última en un terreno de libertad política, es decir, en condiciones que *aseguren* al pueblo la defensa organizada de sus intereses, consideramos que, al optar por la segunda, el pueblo saldría netamente ganancioso. En nuestro país no hay ahora "reformas políticas" que amenacen con arrebatar al pueblo su organización económica independiente en apariencia, y hay lo que por todos y en todas partes se ha dado en considerar política burguesa, que se manifiesta en la más escandalosa explotación del trabajo popular. En nuestro país no hay ahora libertad, ni amplia ni reducida, sino protección de los intereses estamentales, protección que han dejado ya de añorar los grandes propietarios de tierras y los capitalistas de los países constitucionales. En nuestro país no hay ahora "parlamentarismo burgués", a la sociedad no se le permite siquiera acercarse a las funciones de la administración, y existen los señores Naidiónov, Morózov, Kazi y Belov[80], que exigen en sus discursos que se levante una muralla china para

proteger sus intereses, al lado de "nuestra nobleza fiel", que ha llegado a reclamar un crédito gratuito de cien rublos por desiatina. Se les invita a participar en comisiones, se les escucha con respeto, su voz tiene una importancia decisiva en las cuestiones más trascendentales de la vida económica del país. Y, al mismo tiempo, ¿quién y dónde aboga en pro del pueblo? ¿Ellos, los jefes de los zemstvos? ¿No se proyectan las compañías de obreros agrícolas para encuadrar al pueblo en ellas? ¿No se ha declarado ahora con una franqueza rayana en el cinismo que las parcelas han sido entregadas al pueblo para que pague los impuestos y cumpla con sus obligaciones públicas, como se ha expresado en su circular el gobernador de Vólogda? Este no ha hecho más que formular y decir en voz alta lo que con su política realiza fatalmente la autocracia, o, para ser más exactos, el absolutismo burocrático".

Por confusas que aún sean las ideas de los adeptos del Partido del Derecho del Pueblo sobre "el pueblo", cuyos intereses quieren defender, sobre "la sociedad" en la cual siguen viendo un órgano merecedor de confianza para proteger los intereses del trabajo, en todo caso no se puede menos de reconocer que la formación de dicho partido es un paso adelante, un paso en el sentido de abandonar definitivamente las ilusiones y los sueños en "otras vías para la patria", en el sentido de aceptar sin temor las vías verdaderas y buscar en su terreno elementos para la lucha revolucionaria. Aquí se descubre claramente la tendencia a constituir un partido democrático. Hablo sólo de "tendencia" porque, por desgracia, los adeptos del Derecho del Pueblo no aplican de manera consecuente su punto de vista fundamental. Y aún hablan de unión y agrupamiento con los socialistas sin querer comprender que arrastrar a los obreros al simple radicalismo político no significa sino separar a los intelectuales obreros de la masa obrera, condenar a la impotencia el movimiento obrero, ya que éste puede ser fuerte sólo en el terreno de la defensa completa y polifacética de los intereses de la clase obrera, en el terreno de la lucha económica contra el capital, que se funde indisolublemente con la lucha política contra los lacayos del capital. Ellos no quieren comprender que la "unión" de todos los elementos revolucionarios se consigue mucho mejor mediante la organización independiente de los individuos que tienen diferentes intereses* y la acción mancomunada de uno y otro partido en determinados casos. Ellos llaman todavía a su partido "socialrevolucionario" (véase el *Manifiesto del Partido del Derecho del Pueblo*, con fecha del 19 de febrero de 1894), aunque, al mismo tiempo, se limitan exclusivamente a reformas políticas, eludiendo con el mayor cuidado nuestros "malditos" problemas socialistas. Un partido que llama con tanto ardor a combatir las ilusiones no debería sembradas en los demás con las primeras palabras mismas de su "manifiesto"; no debería hablar de *socialismo* allí donde no hay nada más que *constitucionalismo*. Repito, sin embargo" que no se puede valorar a los adeptos del Derecho del Pueblo sin tomar en consideración que proceden de Libertad del Pueblo. Es forzoso reconocer por eso que dan un paso adelante, al basar la lucha exclusivamente político, sin relación alguna con el socialismo, en un programa exclusivamente político. Los socialdemócratas les desean éxito de todo corazón, les desean que su partido crezca y se desarrolle, les desean mayor proximidad a los elementos sociales que pisan el terreno del régimen económico existente** y cuyos intereses *cotidianos* están ligados en realidad de la manera más estrecha con la *democracia*.

El populismo conciliador, cobarde, sentimental y soñador de los "amigos del pueblo" no podrá sostenerse mucho tiempo cuando sea atacado por ambos lados: por los radicales políticos, porque aquéllos son capaces de mostrar confianza en la burocracia y no comprenden la necesidad absoluta de la lucha política; y por los socialdemócratas, porque aquéllos intentan actuar poco menos que como socialistas sin tener la menor relación con el socialismo, sin tener la menor idea de las causas de la opresión del trabajador y del carácter de la presente lucha de clases

*Escrito durante la primavera y el verano de 1894.*
*Publicado en hectógrafo en 1894.*
*T. 1, págs. 125-346.*

---

* Ellos mismos protestan contra la fe en el poder taumatúrgico de la intelectualidad y hablan de la necesidad de incorporar a la lucha al pueblo mismo. Para ello es necesario ligar esta lucha con determinados intereses de la vida cotidiana, es necesario, por consiguiente, diferenciar los distintos intereses e incluidos por separado en la lucha... Pero si se encubren estos intereses distintos con reivindicaciones sólo políticas, comprensibles únicamente para la intelectualidad, ¿no significa esto, retroceder de nuevo, limitarse de nuevo a la lucha de la sola intelectualidad cuya impotencia acaba de ser reconocida?

** (Es decir, capitalista), y no sobre el terreno de la negación imprescindible de este régimen económico y de la lucha despiadada contra él.

## FEDERICO ENGELS.

*¡Qué lumbrera intelectual se ha apagado!*
*¡Qué gran corazón ha dejado de latir!* [81]

El 5 de agosto de 1895 murió en Londres Federico Engels. Después de su amigo Carlos Marx (fallecido en 1883), Engels fue el más destacado sabio y maestro del proletariado contemporáneo de todo el mundo civilizado. Desde que el destino hizo amigos a Carlos Marx y Federico Engels, la labor de toda su vida se convirtió en una obra común. De ahí que, para comprender lo que Federico Engels ha hecho por el proletariado, sea necesario ver claramente la importancia de la doctrina y la actividad de Marx en el desarrollo del movimiento obrero contemporáneo. Marx y Engels fueron los primeros en demostrar que la clase obrera, con sus reivindicaciones, es un producto necesario del sistema económico existente, el cual, junto con la burguesía, crea y organiza inevitablemente al proletariado. Demostraron que no serán las tentativas bienintencionadas de generosos individuos aislados, sino la lucha de clase del proletariado organizado lo que liberará a la humanidad de las calamidades que la agobian. Marx y Engels fueron los primeros en dilucidar en sus obras científicas que el socialismo no es una invención de soñadores, sino la meta y el resultado ineluctable del desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad contemporánea. Toda la historia escrita ha sido hasta ahora la historia de la lucha de clases, la sucesión del dominio y las victorias de unas clases sociales sobre otras. Y esto continuará hasta que desaparezcan las bases de la lucha de clases y de la dominación de clase: la propiedad privada y la producción social caótica. Los intereses del proletariado exigen que estas bases sean destruidas, por lo cual la lucha de clase consciente de los obreros organizados debe estar dirigida contra ellas. Y toda lucha de clases es una lucha política.

Estas ideas de Marx y Engels las ha hecho suyas en nuestros días todo el proletariado en lucha por su emancipación. Pero cuando, en la década del 40, colaboraban como buenos amigos en las publicaciones socialistas y participaban en los movimientos sociales de su tiempo, estas concepciones eran completamente nuevas. Entonces había muchos hombres de talento y sin talento, honestos y deshonestos, que, en el ardor de la lucha por la libertad política, de la lucha contra la autocracia de los monarcas, la policía y el clero, no veían el antagonismo existente entre los intereses de la burguesía y los del proletariado. Estos hombres no admitían siquiera la idea de que los obreros actuasen como una fuerza social independiente. Por otra parte, abundaban los soñadores, a veces geniales, que creían suficiente convencer a los gobernantes y a las clases dominantes de la injusticia del régimen social existente para que resultara fácil implantar en el mundo la paz y el bienestar general. Soñaban con un socialismo sin lucha. Por último, casi ningún socialista de aquella época -ni, en general, los amigos de la clase obrera- veían en el proletariado más que una *llaga* y contemplaban con horror cómo, a la par con el crecimiento de la industria, crecía también esta llaga. De ahí que todos ellos pensaran en cómo detener el desarrollo de la industria y del proletariado, en cómo parar "la rueda de la historia". En contraste con el temor general al desarrollo del proletariado, Marx y Engels cifraban todas sus esperanzas en el continuo crecimiento de éste. Cuanto más proletarios haya, tanto mayor será su fuerza como clase revolucionaria y tanto más próximo y posible será el socialismo. Los méritos de Marx y Engels ante la clase obrera podrían expresarse, en pocas palabras, del siguiente modo: enseñaron a la clase obrera a conocerse y a tener conciencia de sí misma y sustituyeron los ensueños con la ciencia.

De ahí que el nombre y la vida de Engels deban ser conocidos de todo obrero; de ahí que insertemos en nuestra recopilación -la cual, como todo lo que editamos, tiene por objeto despertar la conciencia de clase de los obreros rusos- un ensayo sobre la vida y la actividad de Federico Engels, uno de los dos grandes maestros del proletariado contemporáneo.

Engels nació en 1820 en Barmen, ciudad de la provincia renana del reino de Prusia. Su padre era fabricante. En 1838, motivos familiares obligaron a Engels, antes de terminar los estudios en el liceo, a colocarse como dependiente en una casa de comercio de Bremen. Este trabajo no le impidió ocuparse en su capacitación científica y política. Siendo todavía alumno del liceo, odió ya la autocracia y la arbitrariedad de los funcionarios públicos. El estudio de la filosofía le llevó más lejos. En aquella época, en la filosofía alemana predominaba la *doctrina* de Hegel, de la que Engels se hizo adepto. A pesar de que el propio Hegel era admirador del Estado autocrático prusiano, a cuyo servicio se hallaba como catedrático de la Universidad de Berlín, la doctrina de Hegel era revolucionaria. La fe de Hegel en la razón humana y en los derechos de ésta y el postulado fundamental de la filosofía hegeliana,

según el cual en el mundo se opera un proceso constante de mutación y desarrollo, llevaron a los discípulos del filósofo berlinés que no querían resignarse con la realidad a la idea de que también la lucha contra la realidad, la lucha contra la injusticia existente y el mal reinante tiene sus raíces en la ley universal del desarrollo eterno. Si todo se desarrolla, si unas instituciones sustituyen a otras, ¿por qué han de subsistir eternamente la autocracia del rey prusiano o del zar ruso, el enriquecimiento de una minoría insignificante a expensas de la inmensa mayoría, el dominio de la burguesía sobre el pueblo? La filosofía de Hegel hablaba del desarrollo del espíritu y de las ideas: era una filosofía *idealista*. Deducía del desarrollo del espíritu el desarrollo de la naturaleza, del hombre y de las relaciones entre los hombres, de las relaciones sociales. Marx y Engels, conservando la idea de Hegel del eterno proceso de desarrollo*, rechazaron su preconcebida visión idealista; analizando la vida real, vieron que no es el desarrollo del espíritu lo que explica el desarrollo de la naturaleza, sino, a la inversa, que el espíritu tiene su explicación en la naturaleza, en la materia...

A diferencia de Hegel y otros hegelianos, Marx y Engels eran materialistas. Enfocaron el mundo y la humanidad desde un punto de vista materialista y vieron que, de la misma manera que todos los fenómenos de la naturaleza se basan en causas materiales, el desarrollo de la sociedad humana está condicionado también por el desarrollo de las fuerzas materiales, de las fuerzas productivas. Del desarrollo de las fuerzas productivas dependen las relaciones que establecen los hombres entre sí en el proceso de producción de los objetos indispensables para satisfacer las necesidades humanas. Y en estas relaciones está la explicación de todos los fenómenos de la vida social, de los anhelos del hombre, de sus ideas y sus leyes. El desarrollo de las fuerzas productivas crea las relaciones sociales que se asientan en la propiedad privada. Pero ahora vemos que este mismo desarrollo de las fuerzas productivas despoja de la propiedad a la mayoría para concentrarla en manos de una insignificante minoría; destruye la propiedad, base del régimen social actual, y tiende al mismo fin que se han señalado los socialistas. Mas los socialistas deben comprender cuál es la fuerza social que, por su situación en la sociedad contemporánea, está interesada en realizar el socialismo y hacer que esta fuerza adquiera conciencia de sus intereses y de su misión histórica. Esta fuerza es el proletariado. Engels lo conoció en Inglaterra, en Manchester, centro de la industria inglesa, adonde se trasladó en 1842 como empleado de una casa comercial de la que su padre era socio. Engels no se limitó allí a permanecer en la oficina de la fábrica, sino que anduvo por los barrios inmundos en que se albergaban los obreros y vio con sus propios ojos la miseria y las calamidades que los azotaban. No conformándose con sus propias observaciones, Engels leyó cuanto se había escrito hasta entonces sobre la situación de la clase obrera inglesa y estudió minuciosamente todos los documentos oficiales a su alcance. Fruto de dichas observaciones y estudios fue su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, aparecido en 1845. Hemos señalado ya más arriba en qué consiste el mérito principal de Engels como autor de este libro. Cierto que también antes de Engels fueron muchos los que describieron los sufrimientos del proletariado e indicaron la necesidad de ayudarle. Pero Engels fue *el primero* en afirmar que el proletariado *no es sólo* una clase que sufre, que precisamente la ignominiosa situación económica en que se encuentra lo impulsa con fuerza incontenible hacia adelante y le obliga a luchar por su emancipación definitiva. Y el proletariado en lucha *se ayudará a sí mismo*. El movimiento político de la clase obrera llevará de manera ineluctable a los trabajadores a comprender que su única salida es el socialismo. Por otra parte, el socialismo se transformará en una fuerza sólo cuando se convierta en el objetivo de la lucha *política* de *la clase obrera*. Tales son las ideas fundamentales del libro de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, ideas asimiladas hoy por todo el proletariado que piensa y lucha, pero que entonces eran completamente nuevas. Estas ideas fueron expuestas en un libro escrito con amenidad, lleno de cuadros de lo más fidedignos y espantosos que mostraban las calamidades del proletariado inglés. Era un libro que constituía una terrible acusación contra el capitalismo y la burguesía y que produjo una impresión grandísima. En todas partes se empezó a citar la obra de Engels como el cuadro que mejor representaba la situación del proletariado contemporáneo. Y en efecto, ni antes de 1845 ni después ha aparecido una descripción tan brillante y veraz de las calamidades de la clase obrera.

Engels se hizo socialista estando ya en Inglaterra. En la ciudad de Manchester se puso en contacto con los dirigentes del movimiento obrero inglés de entonces y empezó a colaborar en las publicaciones socialistas inglesas. En 1844, al pasar por París de regreso a Alemania, conoció personalmente a Marx, con quien mantenía ya correspondencia. En París, Marx se había hecho también socialista bajo la influencia de los socialistas franceses y de la vida en Francia. Los dos amigos escribieron allí en colaboración su obra *La sagrada familia o crítica de "la crítica crítica"*. Esta obra, escrita en su mayor parte por Marx y aparecida un año antes que *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, contiene las bases del socialismo materialista revolucionario,

* Marx y Engels señalaron más de una vez que debían en gran parte su desarrollo intelectual a los grandes filósofos alemanes y, en particular, a Hegel. "Sin la filosofía alemana -dijo Engels- no existiría tampoco el socialismo científico"[82].

cuyas ideas principales hemos expuesto antes. *La sagrada familia* es un sobrenombre burlesco dado a los hermanos Bauer y a los adeptos de su filosofía. Estos señores predicaban una crítica situada por encima de toda realidad, por encima de los partidos y de la política, que negaba toda actuación práctica y se limitaba a contemplar con "espíritu crítico" el mundo circundante y cuanto ocurría en él. Los señores Bauer desdeñaban al proletariado, viendo en él una masa carente de sentido crítico. Marx y Engels se alzaron con energía contra esta tendencia absurda y nociva. En nombre de la verdadera personalidad humana -la del obrero pisoteado por las clases dominantes y por el Estado- Marx y Engels exigían no la contemplación, sino la lucha por un orden social mejor. Y veían, naturalmente, que la fuerza capaz de librar esta lucha e interesada en ella es el proletariado. Antes ya de que apareciese *La sagrada familia*, Engels había publicado en la revista *Anales Franco-Alemanes*, editada por Marx y Ruge, sus *Ensayos críticos sobre Economía Política*, en los que analizaba desde el punto de vista del socialismo los fenómenos básicos del régimen económico contemporáneo como consecuencias inevitables de la dominación de la propiedad privada. Su relación con Engels contribuyó, sin duda, a que Marx se decidiera a ocuparse de la economía política, ciencia en la que sus obras produjeron toda una revolución.

Engels vivió en Bruselas y en París desde 1845 hasta 1847, alternando los estudios científicos con las actividades prácticas entre los obreros alemanes residentes en dichas ciudades. Engels y Marx se relacionaron allí con una asociación clandestina alemana, la Liga de los Comunistas[83], la cual les encargó que expusiesen los principios fundamentales del socialismo elaborado por ellos. Así surgió el famoso *Manifiesto del Partido Comunista*, de Marx y Engels, que vio la luz en 1848. Este pequeño libro vale por tomos enteros: su espíritu viene dando vida y movimiento hasta hoy a todo el proletariado organizado y combatiente del mundo civilizado.

La revolución de 1848, que estalló primero en Francia y se extendió después a otros países de Europa Occidental, permitió a Marx y Engels regresar a su patria. Allí, en la Prusia renana, asumieron la dirección de la *Nueva Gaceta del Rin*[84], periódico democrático que aparecía en la ciudad de Colonia. Los dos amigos fueron el alma de todas las tendencias democráticas revolucionarias de la Prusia renana. Defendieron hasta la última posibilidad los intereses del pueblo y de la libertad frente a las fuerzas reaccionarias. Como se sabe, estas últimas vencieron. La *Nueva Gaceta del Rin* fue suspendida, y Marx, que mientras se hallaba en la emigración había sido privado de la ciudadanía prusiana, fue expulsado del país; en cuanto a Engels, participó en la insurrección armada del pueblo, combatió en tres batallas en pro de la libertad y huyó a Londres, a través de Suiza, después de ser derrotados los insurgentes.

Marx se estableció también allí. Engels no tardó en colocarse en la misma casa de comercio de Manchester en que había trabajado durante la década del 40 y de la que después se hizo socio. Hasta 1870 vivió en Manchester; Marx, en Londres. Pero eso no fue óbice para que siguieran en el más íntimo contacto espiritual, manteniendo correspondencia casi a diario. En esta correspondencia, los dos amigos intercambiaron ideas y conocimientos y continuaron elaborando en común la doctrina del socialismo científico. En 1870 Engels se trasladó a Londres y hasta 1883, año en que murió Marx, los dos prosiguieron su vida intelectual conjunta, llena de intensísimo trabajo. Su resultado fue, por parte de Marx, *El Capital*, la más grande obra de economía política de nuestro siglo, y, por parte de Engels, toda una serie de obras de mayor o menor volumen. Marx se dedicó a analizar los complejos fenómenos de la economía capitalista. Engels enfocó en sus trabajos, escritos con gran fluidez y muchas veces en forma de polémica, los problemas científicos más generales y los diversos fenómenos del pasado y del presente en el espíritu de la concepción materialista de la historia y de la doctrina económica de Marx. De estos trabajos de Engels citaremos: la obra polémica contra Dühring (en la que analiza los problemas más importantes de la filosofía, las ciencias naturales y la sociología)[*], *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (traducida al ruso y editada en San Petersburgo, 3a ed., 1895), *Ludwig Feuerbach* (traducción al ruso y notas de J. Plejánov, Ginebra, 1892), un artículo acerca de la política exterior del gobierno ruso (traducido al ruso y publicado en *Sotsial-Demokrat*[86], núms. 1 y 2, en Ginebra), sus magníficos artículos sobre el problema de la vivienda[87] y, finalmente, dos artículos, cortos pero muy valiosos, dedicados al desarrollo económico de Rusia (*Federico Engels acerca de Rusia*, traducido al ruso por V. Zasúlich, Ginebra, 1894) [88]. Marx murió sin haber logrado dar remate definitivo a su grandiosa obra sobre el capital. Sin embargo, esta obra estaba terminada en borrador, y Engels, después de haber fallecido su amigo, emprendió la difícil tarea de redactar y editar los tomos segundo y tercero de *El Capital*. En 1885 publicó el segundo y en 1894 el tercero (el cuarto no le dio tiempo a redactarlo) [89]. La preparación de estos dos tomos le dio muchísimo trabajo. El socialdemócrata austriaco Adler observó con razón que, con la edición de los tomos segundo y tercero de *El Capital*, Engels erigió a su genial amigo un monumento majestuoso en el que, involuntariamente, grabó también con trazos

[*] Es un libro sumamente instructivo y enjundioso. Por desgracia, sólo ha sido traducida al ruso una pequeña parte de él: la que esboza la historia del desarrollo del socialismo (*El desarrollo del socialismo científico*[85], 2a, ed., Ia 1892, Ginebra.)

indelebles su propio nombre. En efecto, estos dos tomos de *El Capital* son obra de ambos: de Marx y Engels. Las leyendas de la antigüedad nos ofrecen conmovedores ejemplos de la amistad. El proletariado europeo puede decir que su ciencia fue creada por dos sabios y luchadores cuyas relaciones mutuas superan a todas las leyendas antiguas más emocionantes sobre la amistad humana. Engels siempre, y en general con toda justicia, se posponía a Marx. "Al lado de Marx -escribió en una ocasión a un viejo amigo suyo- me correspondió el papel de segundo violín"[90]. Su cariño a Marx, mientras éste vivió, y su veneración a la memoria del amigo muerto fueron infinitos. Engels, luchador inflexible y pensador severo, era hombre de una gran ternura.

Después del movimiento de 1848-1849, Marx y Engels, en el exilio, no se dedicaron sólo a la labor científica. Marx fundó en 1864 la Asociación Internacional de los Trabajadores, que dirigió durante todo un decenio. También, Engels participó intensamente en sus actividades. La labor de la Asociación Internacional, que, de acuerdo con las ideas de Marx, unía a los proletarios de todos los países, tuvo magna importancia para el desarrollo del movimiento obrero. Pero incluso después de disolverse la Asociación Internacional en la década del 70, el papel de Marx y de Engels como unificadores no cesó. Por el contrario, puede afirmarse que su importancia como dirigentes espirituales del movimiento obrero creció de día en día, porque el propio movimiento continuó desarrollándose sin cesar. Después de fallecer Marx, Engels, solo, siguió siendo el consejero y dirigente de los socialistas europeos. A él acudían por igual en busca de consejos y orientaciones tanto los socialistas alemanes, cuya fuerza, a despecho de las persecuciones gubernamentales, aumentaba constante y rápidamente, como los representantes de países atrasados, por ejemplo, españoles, rumanos y rusos, que debían meditar y sopesar bien sus primeros pasos. Todos ellos aprovechaban el riquísimo tesoro de conocimientos y experiencias del viejo Engels.

Marx y Engels, que sabían ruso y leían libros en esa lengua, se interesaban vivamente por Rusia, seguían simpatía el movimiento revolucionario de nuestro país y mantenían relaciones con revolucionarios rusos. Ambos se hicieron socialistas siendo ya *demócratas* y su sentimiento democrático de *odio* a la arbitrariedad política era extraordinariamente vivo. Este sentimiento político natural, unido a la profunda comprensión teórica del nexo existente entre la arbitrariedad política y la opresión económica, así como a su riquísima experiencia de la vida, hicieron que Marx y Engels fueran sensibles en extremo precisamente en el sentido *político*. Por eso, la heroica lucha que sostenía un puñado de revolucionarios rusos contra el poderoso gobierno zarista halló la más profunda simpatía en el corazón de esos dos revolucionarios probados. Y a la inversa, era natural que el intento de volver la espalda a la tarea más inmediata e importante de los socialistas rusos -la conquista de la libertad política-, en aras de supuestas ventajas económicas, les pareciese sospechoso e incluso lo considerasen una traición a la gran causa de la revolución social. "La emancipación del proletariado debe ser obra del proletariado mismo", enseñaron siempre Marx y Engels[91]. Y para luchar por su emancipación económica, el proletariado debe conquistar ciertos derechos *políticos*. Además, Marx y Engels vieron con toda claridad que la revolución política en Rusia tendría también una importancia gigantesca para el movimiento obrero de Europa Occidental. La Rusia autocrática ha sido siempre el baluarte de toda la reacción europea. Por supuesto, la situación internacional extraordinariamente ventajosa en que colocó a Rusia la guerra de 1870[92], que sembró por largo tiempo la discordia entre Alemania y Francia, no hizo sino aumentar la importancia de la Rusia autocrática como fuerza reaccionaria. Sólo una Rusia libre, que no tenga necesidad de oprimir a los polacos, finlandeses, alemanes, armenios y otros pueblos pequeños, ni de azuzar continuamente una contra otra a Francia y Alemania, dará a la Europa actual la posibilidad de respirar aliviada del peso de las guerras, debilitará a todos los elementos reaccionarios del continente y aumentará la fuerza de la clase obrera europea. De ahí que Engels, teniendo también en cuenta los intereses del movimiento obrero de Occidente, deseara calurosamente la implantación de la libertad política en Rusia. Los revolucionarios rusos han perdido en su persona al mejor de sus amigos.

¡Memoria eterna a Federico Engels, gran luchador y maestro del proletariado!

*Escrito en el otoño de 1895. Publicado por vez primera en 1896, en el núm. 1-2 de la recopilación "Rabótnik".*

*T. 2, págs. 1-14.*

# CONTRIBUCIÓN A LA CARACTERIZACIÓN DEL ROMANTICISMO ECONÓMICO.

*Sismondi y nuestros sismondistas patrios*

El economista suizo Sismondi (J. C. L. Simonde de Sismondi), que escribió a comienzos del siglo en curso, ofrece singular interés para resolver los problemas económicos generales que se presentan actualmente con acusado vigor en Rusia. Si a ello se agrega que Sismondi ocupa un lugar especial en la historia de la economía política, manteniéndose al margen de las corrientes principales, que es partidario acérrimo de la pequeña producción y que protesta (exactamente igual que los populistas rusos contemporáneos) contra los defensores e ideólogos de la gran empresa, el lector comprenderá nuestra intención de ofrecer un esbozo de los rasgos principales de su doctrina y de su relación con otras corrientes de la ciencia económica de su tiempo y posteriores a él. El interés que ofrece conocer la doctrina de Sismondi es mayor precisamente en nuestros días debido a que en la revista *Rússkoie Bogatstvo* del pasado año de 1896 encontramos un artículo dedicado asimismo a exponer la doctrina de Sismondi (B. Efrusi: *Las concepciones socioeconómicas de Simonde de Sismondi*, *Rússkoie Bogatstvo*, 1896, números 7 y 8)*.

El mencionado colaborador de *Rússkoie Bogatstvo* afirma de entrada que no ha habido autor "tan erróneamente valorado" como Sismondi, a quien, según él, se ha querido hacer pasar "injustamente" por reaccionario unas veces y por utopista otras. Todo lo contrario. *Esta* apreciación de Sismondi es la que responde por completo a la verdad. En cambio, el artículo de *Rússkoie Bogatstvo*, minuciosa y ordenada relación de las concepciones de Sismondi, caracteriza su teoría de manera totalmente errónea**, ya que idealiza a Sismondi en los puntos de su doctrina que son más afines a los populistas, haciendo caso omiso de su parentesco con las tendencias subsiguientes de la ciencia económica y presentándola con desatino. Por eso, nuestra exposición y nuestro análisis de la doctrina de Sismondi serán a la vez una crítica del artículo de Efrusi.

* Efrusi murió en 1897. Su necrología se publicó en el número de marzo de 1897 de *Rússkoie Bogatstvo*.

** Es una gran verdad que Sismondi no es socialista, y Efrusi lo confiesa al comienzo de su artículo, repitiendo el aserto de Lippert (véase *Handworterbuch der Staatswissenschaften*, V. Band, Artikel *Sismondi* von Lippert, Seite 678). (*Diccionario de las ciencias político-administrativas*, t. V, artículo *Sismondi*, de Lippert, pág. 678. *N. de la Edit.*)

## Capítulo I. Las teorías económicas del romanticismo.

La peculiaridad que distingue a la teoría de Sismondi es su doctrina de la renta y de la relación en que ésta se encuentra con la producción y la población. Así es como se titula la obra principal de Sismondi: *Nouveaux principes d'économie politique ou de la richesse dans ses rapports avec la population* (*Seconde édition*. Paris, 1827, 2 vol. La primera edición apareció en 1819), *Nuevos principios de economía política o de la riqueza en sus relaciones con la población*. Este tema es casi idéntico al conocido en los libros populistas rusos con la denominación de "el problema del mercado interior para el capitalismo". Sismondi afirmaba precisamente que el desarrollo de la gran empresa y del trabajo asalariado en la industria y en la agricultura da lugar a que la producción adelante inexorablemente al consumo y se vea ante el insoluble problema de encontrar consumidores: que no puede encontrarlos dentro del país, ya que convierte a la masa de la población en jornaleros, en simples obreros, y origina una población desempleada, en tanto que es más difícil cada día, conforme van apareciendo nuevos países capitalistas en el ámbito mundial, descubrir mercados exteriores. El lector verá que los problemas son exactamente los mismos que preocupan a los economistas populistas encabezados por los señores V. V. y N.-on. Examinemos, pues, más de cerca y por partes, algunos aspectos de la argumentación de Sismondi y el valor científico de ésta.

### 1. ¿Se reduce el mercado interior debido a la ruina de los pequeños productores?

En contra de lo que opinaban los economistas clásicos, que en sus sistemas de ideas daban ya por constituido el régimen capitalista y por sentada y natural la existencia de la clase obrera, Sismondi recalca precisamente el proceso de la ruina del pequeño productor, proceso que motivó la formación de dicha clase. Es un mérito indiscutible de Sismondi haber señalado dicha contradicción implícita en el régimen capitalista, pero de lo que se trata es de que, como economista, no supo *comprender* dicho fenómeno y quiso encubrir con "buenos deseos" su incapacidad para hacer análisis consecuentes. La ruina del pequeño productor prueba, a juicio suyo, la reducción del mercado interior.

"Si el fabricante vende más barato -dice Sismondi

en el capítulo que trata de *¿cómo amplía el vendedor su mercado*? (c. III, I. IV, t. I, pág. 342 y siguien.)*, venderá más porque los otros venderán menos. Por eso, los esfuerzos del fabricante siempre tienden a ahorrar en el trabajo o en las materias primas algo que le permita vender más barato que sus colegas. Como las materias primas son de por sí un producto de trabajo anterior, el ahorro de éste se reduce siempre, en última instancia, al empleo de menos trabajo para hacer el mismo producto". "Bien es verdad que el objetivo de un fabricante por separado no es disminuir el número de obreros, sino aumentar la producción con el mismo número de obreros. Admitamos que llega a conseguirlo: se ganará a la clientela de sus competidores, bajando el precio de su mercancía. ¿Cuál será, pues, el "resultado nacional" de esto?" "Los otros fabricantes imitarán, si pueden, los procedimientos del primero. Entonces unos u otros habrán de prescindir, por supuesto, de parte de los obreros en la misma proporción en que la nueva máquina aumente la fuerza productiva del trabajo. Si el consumo ha seguido sin variar y si la misma cantidad de trabajo es ejecutada con la décima parte de brazos, entonces esta parte de la clase obrera perderá las nueve décimas de sus ingresos, y su consumo de todos los tipos disminuirá en la misma proporción... En el caso de que la nación carezca de comercio exterior y de que el consumo siga sin variar, el resultado del invento será, por tanto, que perderán todos y disminuirá la renta nacional, disminución que al año siguiente mermará el consumo general" (t. I, pág. 334). "Y así tenía que ser: puesto que el trabajo constituye de por sí una parte importante de la renta (Sismondi se refiere al salario), no se puede disminuir la demanda de trabajo sin hacer más pobre a la nación. Por eso, el beneficio que se espera del descubrimiento de nuevos métodos de producción está relacionado casi siempre con el comercio exterior" (t. I, pág. 345).

El lector puede ver que esas palabras contienen toda la "teoría", tan bien conocida por nosotros, de "la reducción del mercado interior" como consecuencia del desarrollo del capitalismo y de la necesidad, por tanto, de mercados exteriores. Sismondi retorna a esta idea con harta frecuencia, ligando a ella tanto su teoría de las crisis como la "teoría" de la población; lo cual constituye en su doctrina un punto tan dominante como en la de los populistas rusos.

Sismondi no olvidaba, por supuesto, que la ruina y el paro, en las nuevas relaciones, van acompañados de un aumento de la "riqueza comercial" y que de lo que debe tratarse es del desarrollo de la gran producción, del capitalismo. Esto lo comprendía muy bien y afirmaba precisamente que el crecimiento del capitalismo restringe el mercado interior: "Del mismo modo que no da igual, para el bienestar de los ciudadanos, que la renta y el consumo de todos se aproximen a la equidad o que a unos cuantos les sobre de todo en tanto que los demás están constreñidos a lo estrictamente necesario, tampoco dan lo mismo ambos puntos de la distribución de la renta para el progreso de la *riqueza comercial***. La equidad de consumo debe tener por resultado una extensión siempre mayor del mercado de los productores; la desigualdad de consumo, su *reducción creciente*" (*de le (le marché) resserrer toujours davantage*) (t. I, pág. 357).

Así pues, Sismondi afirma que, debido a la desigualdad de la distribución inherente al capitalismo, el mercado interior se reduce, que éste debe ser originado por una distribución equitativa. Mas ¿de qué manera puede suceder eso, existiendo la *riqueza comercial*, a la que Sismondi vino a parar inadvertidamente (y a la que no podía menos de venir a parar, ya que, de lo contrario, no hubiera podido hablar del *mercado*)? Eso no lo investiga. ¿Qué pruebas aduce de la posibilidad de mantener una equidad entre los productores, existiendo la riqueza comercial, *es decir*, la competencia entre los diversos productores? Absolutamente ninguna. Proclama simplemente que así *debe ser*. En vez de seguir analizando la contradicción que señala con tino, se explaya en torno a la inconveniencia de las contradicciones en general. "Como la agricultura en grandes haciendas ha venido a sustituir a la pequeña agricultura, quizás hayan sido absorbidos y reproducidos por las tierras más capitales y distribuidas entre toda la masa de agricultores más riquezas que antes"... (o sea, ¿"quizás" el mercado interior, determinado precisamente por la cantidad absoluta de *riqueza comercial*, se haya ampliado?, ¿que se haya ampliado a la par con el desarrollo del capitalismo?)... "Pero el consumo de una familia de arrendatarios ricos, unido al de cincuenta familias de jornaleros pobres, no es igual para la nación que el de cincuenta familias de campesinos, entre las que no hay ninguna rica ni privada de una renta decorosa (moderada)" (*une honnête aisance*) (t. I, pág. 358). Dicho con otras palabras: es posible que el desarrollo de los arrendamientos abra un mercado interior para el capitalismo. Sismondi era un economista demasiado instruido y concienzudo para negar este hecho, pero... pero aquí el autor abandona su investigación y sustituye sin más ni más la "nación" de riqueza comercial por una "nación" de campesinos. Para descartar un hecho desagradable que refuta su punto de vista pequeñoburgués, se olvida hasta de lo que acababa de decir él mismo, a saber: que los "arrendatarios" salieron de los "campesinos" merced al desarrollo de la riqueza comercial. "Los primeros arrendatarios" -dice

* Todas las citas que siguen, salvo otra indicación, están tomadas de la mencionada edición de *Nouveaux Principes*.

** Tanto aquí como en los demás casos, salvo indicación contraria, la cursiva es nuestra.

Sismondi- fueron simples labradores... y no han dejado de ser campesinos... No emplean casi nunca, para trabajar con ellos, a jornaleros, sino sólo a mozos de labranza (*des domestiques*) escogidos siempre entre sus iguales, tratados con equidad y sentados a comer a la misma mesa... los arrendatarios y sus mozos constituyen una misma clase de campesinos" (t. I, pág. 221). Todo se reduce, pues, a que estos labradores patriarcales y sus patriarcales mozos le son mucho más simpáticos al autor, quien sencillamente vuelve la espalda a los cambios que el aumento de "la riqueza comercial" ha producido en estas relaciones patriarcales.

Pero Sismondi no tiene la menor intención de confesarlo. Sigue creyendo que estudia las leyes de la riqueza comercial y, tras de olvidar las salvedades que él mismo ha hecho, afirma explícitamente:

"Así pues, debido a la concentración de fortunas entre un pequeño número de propietarios, *el mercado interior se reduce más y más* (!), y la industria es constreñida cada día más a buscar sus ventas en los mercados extranjeros, "donde la amenazan las mayores revoluciones" (t. I, pág. 361). "Así pues, el mercado interior no puede extenderse sino con la prosperidad nacional" (t. I, pág. 362). Sismondi se refiere a la prosperidad de toda la nación, pues acaba de reconocer que la prosperidad "nacional" es posible con el sistema de los arrendamientos.

Cómo ve el lector, nuestros economistas populistas dicen, palabra por palabra, lo mismo que Sismondi. Sismondi aborda otra vez este problema al final de su obra, en el libro VII, titulado *De la población*, capítulo VII: *De la población superflua debido a la invención de las máquinas*.

"En el campo, la introducción del sistema de cultivo en grandes fincas arrendadas ha hecho desaparecer de la Gran Bretaña la clase de los campesinos renteros (*fermiers paysans*) que trabajaban por su cuenta y gozaban, no obstante, de una renta moderada; la población disminuyó considerablemente; pero su consumo disminuyó en proporción mayor aún que su número. Los jornaleros, que realizan todas las labores de los campos y se ven limitados a lo más estrictamente necesario, están muy lejos de dar a la industria de las ciudades el mismo estímulo (*encouragement*) que antes le daban los campesinos ricos" (t. II, pág. 327). "Análogo cambio se ha operado también en la población urbana... Los pequeños comerciantes, los pequeños productores desaparecen, siendo remplazados centenares de ellos por un gran patrono tal vez más rico que todos ellos juntos. Sin embargo, todos ellos juntos eran mejores consumidores que aquél. Su lujo dispendioso es para la industria un estímulo mucho menor que la renta moderada de los cien productores que ha remplazado" (ibíd.).

Cabe preguntar: ¿a qué se reduce, pues, esta teoría de Sismondi, según la cual el mercado interior se va restringiendo conforme se desarrolla el capitalismo? A que su autor, apenas hecho el intento de mirar de cara las cosas, elude el análisis de las condiciones relativas al capitalismo ("la riqueza comercial" más la gran empresa en la industria y en la agricultura, pues Sismondi ignora la palabra "capitalismo". La identidad de conceptos hace completamente acertado el empleo de esta palabra y, en adelante, diremos simplemente "capitalismo"), sustituyendo el análisis con su punto de vista pequeñoburgués y su utopía pequeñoburguesa. El desarrollo de la riqueza comercial y, por tanto, de la competencia debe dejar intacto, homogéneo, al campesinado medio con su "renta moderada" y su comportamiento patriarcal con los mozos de labranza.

Se comprende que este candoroso deseo no dejara de ser patrimonio exclusivo de Sismondi y de los otros "intelectuales" románticos y que cada día chocase más con la realidad, que daba pábulo a unas contradicciones cuya profundidad aún no sabía valorar Sismondi.

Se comprende que la economía política teórica, al adherirse en su desarrollo consecutivo* a los clásicos, haya dejado sentado con precisión justamente lo que Sismondi quería negar, a saber: que el desarrollo del capitalismo en general y de los arrendamientos en particular no reduce, sino *crea* el mercado interior. El desarrollo del capitalismo es paralelo al de la economía mercantil, y conforme la producción doméstica da paso a la producción para la venta, y el artesano a la fábrica, se va formando el mercado para *el capital*. Los "jornaleros" desplazados de la agricultura por la conversión de los "campesinos" en "arrendatarios" proporcionan mano de obra al capital, y los arrendatarios son compradores de artículos de la industria, y no sólo compradores de artículos de uso (que antes hacían en su casa los campesinos o los artesanos rurales), sino también de instrumentos de producción que ya no pueden ser los mismos, al sustituir la gran producción agrícola a la pequeña**. Vale la pena recalcar esta última circunstancia, ya que la daba de lado, sobre todo, Sismondi, al hablar en el lugar citado por nosotros del "consumo" de los campesinos y los arrendatarios como si existiera sólo un consumo *individual* (el consumo de pan, el uso de prendas de vestir, etc.), como si la compra de máquinas, herramientas, etc., la construcción de edificios, almacenes, fábricas, etc., no fueran también consumo, pero de otro género, a saber: *consumo productivo*, consumo del capital y no de la gente. De nuevo ha de señalarse que es precisamente este error, tomado de Adam Smith por Sismondi, como veremos ahora, el que nuestros economistas populistas han

* Se trata del marxismo. (Nota del autor a la edición de 1908. *N. de la Edit.*)

** De este modo se van creando simultáneamente los elementos del capital variable (el obrero “libre”) y del capital constante; este último incluye los medios de producción de que el pequeño productor queda libre.

adoptado íntegramente*.

**2. Concepciones de Sismondi sobre la renta nacional y el capital**

La argumentación de Sismondi contra la posibilidad del capitalismo y de su desarrollo no se limita a eso. Sismondi sacaba también las mismas conclusiones de su doctrina de la renta. Hay que decir que tomó íntegra de Adam Smith la teoría del valor trabajo y de los tres tipos de renta: la renta del suelo, la ganancia y el salario. Incluso intenta sintetizar en algunos pasajes los dos primeros tipos de renta en contraposición al tercero: así, a veces los une, oponiéndolos al salario (t. I, págs. 104-105); hasta emplea la palabra *mieux-value* (plusvalía) para designarlos (t. I, pág. 103). Sin embargo, no se exagere la trascendencia de tal empleo de palabras, como creo que hace Efrusi, al decir que "la teoría de Sismondi se aproxima a la teoría de la plusvalía" (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, pág. 41). En realidad, Sismondi no dio un solo paso más allá que Adam Smith, quien también decía que la renta de la tierra y la ganancia son un "descuento del trabajo", una parte del valor que el operario agrega al producto (véase *Investigación de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones*, versión rusa de Bíbikov, t. I, cap. VIII: *Del salario* y cap. VI: *De los elementos componentes del precio de las mercancías*). Sismondi tampoco fue más allá de eso. Pero procuró ligar esta división del producto creado de nuevo en plusvalía y salario con la teoría de la renta de la sociedad, del mercado interior y de la realización del producto en el capitalismo. Estas tentativas son de una importancia extraordinaria para apreciar el valor científico de Sismondi y poner en claro la relación existente entre su doctrina y la doctrina de los populistas rusos. Por eso vale la pena analizadas con mayor detenimiento.

Al colocar siempre en primer plano el problema de la renta y su relación con la producción, con el consumo y con la población, Sismondi, como es natural, hubo de analizar asimismo las bases teóricas del concepto de "renta". Y vemos en el comienzo mismo de su obra tres capítulos dedicados a la renta (libro II, caps. IV-VI). El capítulo IV, *Cómo nace la renta del capital*, trata de la diferencia existente entre capital y renta. Sismondi empieza a exponer directamente esta materia en relación con toda la sociedad. "Como cada cual trabaja para todos -dice-, la producción de todos debe ser consumida por todos... La diferencia entre el capital y la renta... es, pues, esencial para la sociedad" (t. I, pág. 83). Pero Sismondi siente que esta diferencia "esencial" *para la sociedad* no es tan simple como para un solo patrono. Y hace la salvedad: "Aquí abordamos la cuestión más abstracta y difícil de la economía política. La naturaleza del capital y la de la renta se confunden sin cesar en nuestra imaginación; vemos que *lo que es renta para uno se convierte en capital para otro*, y que el mismo objeto, al pasar de mano en mano, recibe sucesivamente distintas denominaciones" (t. I, pág. 84), es decir, unas veces la de "capital" y otras la de "renta". "Pero confundir uno con otra -afirma Sismondi- es un error" (*leur confusion est ruineuse*, pág. 477). "Cuanto más difícil es distinguir el capital de la renta de la sociedad, tanto más importancia tiene esta distinción" (t. I, pág. 84).

El lector habrá notado, probablemente, en qué consiste la dificultad de que habla Sismondi: si para un patrono individual es renta su ganancia gastada en tales o cuales objetos de uso o consumo**, si para un obrero individual es renta su salario, ¿.pueden sumarse estas rentas a fin de obtener "la renta de la sociedad"? ¿Qué decir entonces de los capitalistas y los obreros que fabrican, por ejemplo, máquinas? Su producto existe en una forma que no puede servir para el consumo (o sea, para el consumo individual). No puede sumarse con los objetos de consumo. La finalidad de estos productos es servir de capital. Por tanto, al ser *renta* para sus productores (justamente en la parte que cubre la ganancia y el salario), se convierten en *capital* para los compradores. ¿Cómo orientarse, pues, en este embrollo que impide especificar el concepto de renta de la sociedad?

Como hemos visto, Sismondi no hizo más que abordar el problema para eludirlo en el acto, limitándose a señalar su "dificultad". Declara abiertamente que, "por lo común, se reconocen tres tipos de renta con los nombres de renta del suelo, ganancia y salario" (t. I, pág. 85) y pasa a relatar la doctrina de Adam Smith sobre cada uno de ellos. El problema planteado sobre la diferencia existente entre capital y renta de la sociedad ha quedado sin respuesta. La exposición se hace ya sin separar rigurosamente la renta de la sociedad de la renta individual. Pero Sismondi aborda una vez más el problema que abandonara. Y dice que, lo mismo que hay diversos tipos de renta, existen también "distintos tipos de riqueza" (t. I, pág. 93), a saber: el *capital fijo* -máquinas, herramientas, etc.-, el *capital circulante* -que, a diferencia del primero, es gastado con rapidez y cambia de forma (semillas, materias primas, salario)- y, por último, la *renta del capital*, que es consumida sin reproducción. Aquí no nos importa que Sismondi repita todos los errores en que incurriera Adam Smith en su teoría del capital fijo y del capital circulante, confundiendo estas dos

* Efrusi no dice nada de esta parte de la doctrina de Sismondi -de la reducción del mercado interior debido al desarrollo del capitalismo-. Aún veremos muchas veces que omite precisamente lo que caracteriza con mayor relieve el *punto de vista* de Sismondi y la opinión que los populistas tienen de la teoría de éste.

** Más exactamente, la *parte* de la ganancia que no va a la acumulación.

categorías pertenecientes al proceso de la circulación con las categorías dimanantes del proceso de la producción (capital constante y capital variable). Nos interesa la teoría de la renta de Sismondi, quien en este problema deduce lo siguiente de la antedicha división en tres tipos de riquezas:

"Es muy esencial recalcar que estos tres tipos de riquezas van igualmente al consumo; pues nada de lo producido tiene valor para el hombre más que aplicado a la satisfacción de sus necesidades, y sus necesidades no se satisfacen más que mediante el consumo. Pero el capital fijo no se aplica para ello más que de manera indirecta; se consume lentamente para ayudar a reproducir lo que el hombre dedica a su uso" (t. I, págs. 94-95), en tanto que el capital circulante (Sismondi lo identifica ya con el variable) "pasa al *fondo de consumo del obrero*" (t. I, pág. 95). Resulta, por consiguiente, que el *consumo público* es, al contrario del individual, de dos géneros. Estos dos géneros se distinguen muy sustancialmente el uno del otro. Y no, naturalmente, porque el capital fijo se gaste despacio, sino porque se gasta sin formar *renta* (fondo de consumo) para ninguna clase de la sociedad, porque no se gasta en forma individual, sino en la producción. Pero Sismondi no ve eso y, al notar que ha vuelto a perderse* en las búsquedas de la diferencia entre capital y renta de la sociedad, declara alicaído: "Este movimiento de la riqueza es tan abstracto y exige tanta atención para poderlo captar bien (*pour le bien saisir*) que creemos útil seguirlo en la más simple de las operaciones" (t. I, pág. 95). El ejemplo elegido es, en efecto, "de lo más simple": un arrendatario solo (*un fermier solitaire*) ha recogido cien costales de trigo; una parte la consume él mismo, otra parte va para la siembra y otra parte más la consumen los obreros contratados. Al año siguiente recoge ya doscientos costales. ¿Quién los consumirá? La familia del arrendatario no ha podido aumentar con tanta rapidez. Mostrando con este ejemplo (desacertado en grado sumo) la diferencia existente entre el capital fijo (las semillas), el capital circulante (los salarios) y el fondo de consumo del arrendatario, dice Sismondi:

"Hemos distinguido tres tipos de riqueza en una familia por separado. Examinemos ahora cada tipo en relación con todo el país y veamos cómo la renta nacional puede nacer de esta distribución" (t. I, pág. 97). Mas, acto continuo, habla sólo de que también en la sociedad es preciso reproducir los tres tipos de riqueza: el capital fijo (Sismondi recalca que se habrá de emplear en él cierta cantidad de trabajo, pero no explica de qué manera el capital fijo será trocado por los objetos de uso y consumo necesarios para los capitalistas y los obreros ocupados en esa industria); luego, las materias primas (Sismondi las coloca aparte); y por último, la manutención de los obreros y la ganancia de los capitalistas. Eso es todo lo que nos ofrece el capítulo IV. Es evidente que el problema de la renta nacional ha quedado sin resolver y que Sismondi no analiza ni la distribución ni siquiera el *concepto* de renta. Olvida en el acto la indicación, de extraordinaria importancia en el aspecto teórico, de que es necesario reproducir asimismo el capital fijo de la sociedad; y en el capítulo que sigue, al tratar de "la distribución de la renta nacional entre las diversas clases de ciudadanos" (c. V), habla explícitamente de los tres tipos de renta y declara, tras de unir la renta del suelo y la ganancia, que la renta nacional se compone de dos partes: la ganancia procedente de la riqueza (o sea, la renta del suelo y la ganancia propiamente dicha) y los medios de subsistencia de los obreros (t. I, págs. 104-105). Por si esto fuera poco, añade:

"De la misma manera, la producción anual, o el resultado de todos los trabajos ejecutados durante el año por la nación, se compone de dos partes: una es... la ganancia resultante de la riqueza; la otra es la capacidad de trabajo (*la puissance de travailler*), que se supone igual a la porción de riqueza que se entrega a cambio de ella o a los medios de subsistencia de los que trabajan". "Así, la renta nacional y la producción anual se equilibran mutuamente y parecen magnitudes idénticas. Toda la producción anual es consumida anualmente; pero, en parte, por los obreros que, al entregar a cambio su trabajo, la convierten en capital y la reproducen; y, en parte, por los capitalistas que, al desembolsar a cambio su renta, la aniquilan" (t. I, pág. 105).

Así pues, olvidando totalmente lo dicho por él unas páginas antes, ¡Sismondi da de lado sin más ni más la diferencia entre capital nacional y renta nacional, problema cuya dificultad e importancia extremas reconocía de manera tan terminante! Y ya no advierte que, al eludir este problema, viene a verse en una situación completamente absurda: ¿de qué manera la producción anual puede ser consumida íntegramente en forma de renta por los obreros y los capitalistas si para producir se necesita capital, se necesitan, expresándonos con más exactitud, medios e instrumentos de producción? Hay que producirlos, y son producidos todos los años (como el propio Sismondi lo reconoce en seguida). Pues bien, todos los instrumentos de producción, materias primas, etc. son abandonados de pronto, y el "difícil" problema de distinguir el capital de la renta se resuelve afirmando con la mayor incongruencia que la producción anual equivale a la renta nacional.

Esta teoría de que toda la producción de la sociedad capitalista consta de dos partes: la parte de los obreros (salarios o capital variable, según la

---

* En efecto: Sismondi acaba de distinguir el *capital de la renta*. El primero va a la producción y la segunda al consumo. Pero de lo que se trata es de la sociedad. Y la sociedad “consume” también capital fijo. La diferencia mencionada desaparece, y el proceso socioeconómico, que convierte “el capital para uno” en “renta para otro”, queda sin aclarar.

terminología contemporánea) y la parte de los capitalistas (plusvalía), no es peculiar de Sismondi. Ni patrimonio suyo tampoco. La tomó íntegramente de Adam Smith, dando incluso algún paso atrás. Toda la economía política siguiente (Ricardo, Mill, Proudhon, Rodbertus) repitió este error, que no descubrió nadie hasta que lo hizo en la sección III del tomo II el autor de *El Capital*. Más adelante expondremos la argumentación de sus concepciones[*]. Señalemos ahora que nuestros economistas populistas repiten asimismo dicho error. La comparación de ellos con Sismondi adquiere singular interés porque sacan de esta errónea teoría *las mismas conclusiones que sacó también directamente Sismondi*[**]: la de que es imposible realizar la plusvalía en la sociedad capitalista; la de que es imposible el desarrollo de la riqueza social; la de que es necesario recurrir al mercado exterior *a causa de que* la plusvalía no puede ser realizada dentro del país; por último, la de que las crisis son debidas, según ellos, justamente a esa imposibilidad de realizar el producto en el consumo de los obreros y los capitalistas.

**3. Deducciones hechas por Sismondi de la errónea teoría de las dos partes de la producción anual en la sociedad capitalista**

Para que el lector pueda formarse una idea de la doctrina de Sismondi en su conjunto, empezaremos por exponer las deducciones principales que hace de esta teoría para pasar luego a corregir su error fundamental, como lo hizo Marx en *El Capital*.

Ante todo, Sismondi deduce de esa errónea teoría de Adam Smith que la producción debe corresponder al consumo, que la producción viene determinada por la renta. A la machacona repetición de esta "verdad" (prueba de absoluta incomprensión del carácter de la producción capitalista) dedica todo el capítulo siguiente, el VI, titulado: *Determinación recíproca de la producción por el consumo y de los gastos por la renta*. Transfiere llanamente a la sociedad capitalista la moral del aldeano ahorrativo y cree en serio que con eso ha corregido la doctrina de Adam Smith. En el comienzo mismo de su obra, al hablar de Adam Smith en la introducción (libro I, *Objeto de la economía política y origen de esta ciencia*), dice que "completa" a Smith con la tesis de que "el consumo es el único fin de la acumulación" (t. I, pág. 51). "El consumo -afirma- determina la reproducción" (t. I, págs. 119-120); "la renta nacional debe regular el gasto nacional" (t. I, pág. 113) y otras tesis parecidas, salpicadas por toda la obra. En relación directa con ello están otros dos rasgos típicos de la doctrina de Sismondi: primero, no cree en el desarrollo del capitalismo, no entiende cómo puede el capitalismo proporcionar un aumento mayor cada día de las fuerzas productivas y niega la posibilidad de dicho crecimiento, exactamente igual que los románticos rusos "enseñan" que el capitalismo acarrea un despilfarro del trabajo, etc.

Sismondi señala "el error de los que instan a una producción ilimitada" (t. I, pág. 121). Una producción excedente con relación a la renta origina la superproducción (t. I, pág. 106). El progreso de la riqueza es ventajoso únicamente "cuando es paulatino, cuando es proporcional a sí mismo, cuando ninguna de sus partes sigue una marcha precipitada" (t. I, pág. 409). El bueno de Sismondi cree (como nuestros populistas) que un desarrollo "no proporcional" no es desarrollo; que esa falta de proporcionalidad no es ley de ese régimen de economía social ni de su movimiento, sino un "error" del legislador, etc.; que es, por parte de los gobiernos europeos, una imitación artificiosa de Inglaterra, que ha emprendido mal camino[***]. Sismondi niega en redondo la tesis planteada por los clásicos, y aceptada íntegramente por la teoría de Marx, de que el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas. Es más, como no está absolutamente en condiciones de explicar el proceso de la acumulación, llega a considerado realizable en su totalidad sólo "poco a poco". Este es el segundo rasgo, típico en grado sumo, de sus concepciones. Su manera de razonar en torno a la acumulación es de lo más divertida:

"En última instancia, nunca se hace otra cosa que cambiar la totalidad de la producción de un año por la totalidad de la producción del año precedente" (t. I, pág. 121). Aquí se niega ya por completo la acumulación: resulta que el aumento de la riqueza social es imposible en el capitalismo, tesis que no extrañará mucho al lector ruso, pues ya ha oído decir lo mismo al señor V. V. y al señor N.-on. Pero Sismondi era, a pesar de todo, discípulo de Smith. Se da cuenta de que ha dicho algo incongruente por completo y quiere enmendarse:

"Ahora bien, si la producción crece gradualmente -prosigue-, el cambio de cada año debe causar una pequeña pérdida (*une petite perte*) al paso que mejora las condiciones futuras (*en même temps qu'elle bonifie la condition future*). Si esta pérdida es leve y está bien repartida, cada cual la soporta sin quejarse... Pero si hay una gran desproporción entre la producción nueva y la precedente, los capitales se gastan (*sont entamés*), hay sufrimientos y la nación retrocede en lugar de avanzar" (t. I, pág. 121). Es difícil expresar con más relieve y claridad que como se hace en esa breve perorata la tesis fundamental del romanticismo y de la concepción pequeñoburguesa

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

[**] Y de las que se han abstenido prudentemente otros economistas que han repetido el error de Adam Smith.

[***] Véanse, por ejemplo, el t. II, págs. 456-457 y muchos pasajes más. En adelante aduciremos algunos ejemplos, y el lector verá que incluso la manera de expresarse de nuestros románticos, como el señor N.-on, en nada se distingue de la de Sismondi.

del capitalismo. Cuanto más rápida es la acumulación, es decir, cuanto más excede la producción al consumo, tanto mejor; así enseñaban los clásicos, quienes, si bien no entendían el proceso de la producción social del capital, si bien no sabían librarse del error de Adam Smith, consistente en afirmar que el producto social consta de dos partes, en cambio formularon la tesis totalmente acertada de que la producción misma crea su mercado y ella misma determina el consumo. Y nosotros sabemos que también la teoría de Marx tomó de los clásicos esta concepción de la acumulación, al reconocer que cuanto más rápido es el crecimiento de la riqueza tanto más se desarrollan las fuerzas productivas del trabajo y la socialización del mismo, *tanto mejor es la situación del obrero* en lo que puede mejorar en el sistema existente de economía de la sociedad. Los románticos afirman lo contrario y cifran todas sus esperanzas precisamente en el escaso desarrollo del capitalismo, claman por que se pongan trabas a este desarrollo.

Prosigamos. De la incomprensión de que la producción crea su propio mercado dimana la doctrina de la imposibilidad de realizar la plusvalía. "De la reproducción nace la renta, pero *la producción en sí no es aún renta*: no recibe este nombre (*ce nom!* ¡De manera que la diferencia entre la producción, o sea, el producto, y la renta no está más que en la palabra!) ni opera como tal sino después de haber sido realizada, después de que cada objeto producido ha encontrado un consumidor que lo necesita o lo desea" (*qui en avait le besoin ou le désir*) (t. I, pág. 121). Así pues, de la identificación de la renta y la "producción" (o sea, todo lo producido) se infiere la identificación de la realización y el consumo *individual*. Sismondi se ha olvidado ya de que la realización de productos como el hierro, la hulla, las máquinas, etc., los medios de producción en general, se opera de manera distinta, si bien antes llegó casi a decirlo. De la identificación de la realización con el consumo *individual* se desprende con naturalidad la doctrina de que los capitalistas no pueden realizar precisamente la *plusvalía*, ya que, de las dos partes del producto social, el salario es realizado por los obreros con su consumo. Y Sismondi llega en realidad a esa conclusión (desarrollada luego con lujo de pormenores por Proudhon y constantemente repetida por nuestros populistas). En la polémica con MacCulloch, Sismondi señala taxativamente que éste (al exponer las teorías de Ricardo) no explica la realización de la ganancia. MacCulloch decía que, con la división del trabajo social, una producción es mercado para otra: los productores de trigo realizan su mercancía en el producto de los manufactureros de prendas de vestir y viceversa*. "El autor supone -dice Sismondi- un trabajo sin ganancia (*un travail sans bénéfice*), una reproducción que suple sólo el consumo de los *obreros*" (t. II, pág. 384, la cursiva es de Sismondi)... "él no deja nada para los patronos"... "indagamos en qué se ha transformado el excedente de la producción de los obreros sobre su consumo" (ibíd.). Así pues, en este primer romántico vemos ya bien definida la indicación de que los capitalistas no pueden realizar la *plusvalía*. De esta tesis Sismondi saca la subsiguiente conclusión -y otra vez la misma exactamente que sacan los populistas- de que *las propias condiciones de la realización* hacen necesario un *mercado exterior para el capitalismo*. "Puesto que el trabajo constituye de por sí una parte importante de la renta, no se puede disminuir la demanda de trabajo sin hacer más pobre a la nación. Por eso, el beneficio que se espera del descubrimiento de nuevos métodos de producción está relacionado casi siempre con *el comercio exterior*" (t. I, pág. 345). "La nación que sea la primera en hacer descubrimientos puede ampliar durante mucho tiempo su mercado en proporción al número de brazos que cada nuevo invento deje libres. Los emplea en seguida para aumentar la producción que su descubrimiento le permite ofrecer a precio más barato. Pero al fin llega una época en que todo el mundo civilizado forma un solo mercado y no queda una sola nación en la que se puedan encontrar nuevos compradores. La demanda del mercado universal es ya una magnitud fija (*précise*) que se disputan las diversas naciones industriosas. Si una suministra más, será en detrimento de otra. La venta total no se puede aumentar más que con el progreso del bienestar general o poniendo al alcance de los pobres las mercancías que antes se hallaban en posesión exclusiva de los ricos" (t. II, pág. 316). El lector verá que Sismondi representa justamente a la doctrina que tan bien han aprendido nuestros románticos de que el mercado exterior es *una salida de las dificultades* relacionadas con la realización del producto en general y de la plusvalía en particular.

Por último, de esta misma doctrina sobre la identidad de la renta nacional y la producción nacional se derivó la teoría de las crisis de Sismondi. Después de todo lo dicho, apenas hay ya necesidad de citar numerosos pasajes de las obras de Sismondi dedicadas a este problema. De su doctrina de que es preciso que la producción sea proporcional a la renta se dedujo por sí sola la concepción de que las crisis resultan precisamente del trastorno de esta proporción, de la producción excesiva, que rebasa el consumo. Por la cita que acabamos de aducir se ve

* Véase el apéndice de *Nouveaux Principes*, 2a edición, t. II: *Eclaircissements relatifs à la balance des consommations avec les productions* (*Aclaraciones relativas a la balanza de consumo y producción. N. de la Edit.*), donde Sismondi traduce y discute el artículo del discípulo de Ricardo (MacCulloch) publicado en *Edinburgh Review* con el título de *Investigación de si crece siempre la capacidad de consumo de la sociedad al aumentar la capacidad de producción*.

claro que Sismondi opinaba precisamente que esa desproporción entre la producción y el consumo era la causa fundamental de las crisis, con la particularidad de que colocaba en primer lugar el consumo insuficiente de las masas del pueblo, de los obreros. Por eso, la teoría de las crisis de Sismondi (adaptada también por Rodbertus) se conoce en la ciencia económica como dechado de las teorías que deducen las crisis del consumo insuficiente (*Unterkonsumption*).

**4. ¿En qué consiste el error de las doctrinas de Adam Smith y Sismondi sobre la renta nacional?**

¿En qué consiste, pues, el error fundamental de Sismondi, que le ha llevado a todas esas deducciones?

Sismondi tomó íntegramente de Adam Smith la teoría sobre la renta nacional y la división de esta renta en dos partes (una para los obreros y otra para los capitalistas). Lejos de agregar algo a las tesis de Smith, incluso dio un paso atrás, omitiendo la tentativa de éste (infructuosa, por cierto) de demostrar teóricamente esa concepción. Sismondi parece no advertir la contradicción en que esta teoría entra con la doctrina de la producción en general. Efectivamente, según la teoría que deduce el valor del trabajo, el valor del producto está integrado por tres partes: la que compensa las materias primas y los instrumentos de trabajo (capital constante), la que compensa el salario o el sustento de los obreros (capital variable) y la "plusvalía" (*mieux-value* en Sismondi), Tal es el análisis que hace Adam Smith de un producto por separado, según su valor, y que Sismondi repite. Cabe preguntar: ¿de qué manera el producto *social*, compuesto de la suma de productos *individuales*, consta sólo de las dos últimas partes? ¿Adónde ha ido a parar la primera parte, el capital constante? Como hemos visto, Sismondi no ha hecho sino dar vueltas, en torno de la cuestión, pero Adam Smíth ofreció una respuesta. Afirmó que dicha parte existe independiente sólo en el producto individual. Si se examina todo el producto social, esa parte se descompone, a su vez, en salario y plusvalía, justamente de los capitalistas que producen este capital constante.

Al dar esa respuesta, Adam Smith no explicó, sin embargo, por qué, al descomponer el valor del capital constante -el de las máquinas al menos- se omite de nuevo el capital constante, es decir, en nuestro ejemplo, el hierro de que están hechas las máquinas, los instrumentos utilizados para hacerlas, etc. Si el valor de cada producto incluye la parte que compensa el capital constante (cosa reconocida por todos los economistas), es completamente arbitrario excluirlo de cualquiera de los sectores de la producción social. "Cuando Adam Smith afirma que los precios de los medios de producción se descomponen a su vez en salario y ganancia, se olvida de agregar (dice el autor de *El Capital*): *y además, en el capital constante* consumido para producirlos. Adam Smith nos envía simplemente de Poncio a Pilatos[93], de un producto a otro"[94], sin notar que el problema no cambia nada por eso. Esta respuesta de Adam Smith (aceptada por toda la economía política anterior a Marx) no es más que eludir el problema, escurrir el bulto. Y la dificultad existe realmente. Estriba en que el concepto de capital y renta no se puede trasladar sin más ni más de un producto individual al producto social. Los economistas lo reconocen, al decir que desde el punto de vista social "el capital para uno se convierte en renta para otro" (véase más arriba lo que dice Sismondi). Mas esta frase no hace sino *formular* la dificultad, sin superarla*.

La superación estriba en que, al abordar el problema desde el punto de vista social, no se puede hablar ya de productos en general sin relacionarlos con su forma material. Efectivamente, se trata de la renta social, es decir, de un producto destinado al consumo. Ahora bien, no todo producto puede ser consumido en el sentido de *consumo individual*: las máquinas, la hulla, el hierro y demás objetos no se consumen individualmente, sino en la producción. Desde el punto de vista de un patrono por separado, holgaba la diferencia: si decíamos que los obreros consumirían el capital variable, admitíamos que cambiarían en el mercado artículos de consumo por el dinero que los capitalistas recibieron en pago de las máquinas hechas por los obreros y que abonaron a estos obreros. Aquí no nos interesa este intercambio de máquinas por pan. Pero desde el punto de vista social, ya no puede *suponerse* tal intercambio: no puede afirmarse que toda la clase de los capitalistas que fabrican máquinas, hierro, etc., los vende y, con ello, los realiza. Aquí se trata precisamente de *cómo* transcurre la realización, *o sea*, la compensación de todas las partes del producto social. Por eso, el punto de partida en el razonamiento sobre el capital de la sociedad y la renta de la sociedad -o, lo que es lo mismo, sobre la realización del producto en la sociedad capitalista- debe ser la división de dos tipos completamente distintos de producto social: *los medios de producción y los artículos de consumo*. Los primeros sólo pueden consumirse en la producción; los segundos, sólo individualmente. Los primeros pueden servir únicamente como capital; los segundos deben transformarse en renta, es decir, destruirse en el consumo de los obreros y los capitalistas. Los primeros van a parar íntegramente a manos de los capitalistas; los segundos se distribuyen entre los obreros y los capitalistas.

---

* Aquí aducimos sólo *el quid* de la nueva teoría que ha proporcionado esta superación, reservándonos el exponerla más detenidamente en otro sitio. Véase *Das Kapital*, II Band, III Abschnitt (*El Capital*, t. II, sección III. *N. de la Edit.*). (Véase una exposición más detallada en *El desarrollo del capitalismo*, cap. I)[95].

Una vez asimilada esta división y corregido el error de Adam Smith, que había suprimido del producto social su parte constante (o sea, la parte compensadora del capital constante), queda ya claro el problema de la realización del producto en la sociedad capitalista. Es evidente que no puede hablarse de realización de los salarios por el consumo de los obreros ni de realización de la plusvalía por el consumo de los capitalistas *y nada más*[*]. Los obreros pueden consumir los salarios, y los capitalistas la plusvalía, únicamente cuando el producto consta de artículos de consumo, es decir, procede de un solo sector de la producción social. Pero no pueden "consumir" un producto compuesto de medios de producción: *deben cambiarlo por artículos de consumo*. Mas ¿por qué parte (en valor) de artículos de consumo pueden cambiar su producto? Es evidente que sólo por *la parte constante* (capital constante), ya que las otras dos partes constituyen el fondo de consumo de los obreros y los capitalistas que producen artículos de consumo. Al realizar la plusvalía y los salarios en las industrias de medios de producción, este intercambio realiza con ello el capital constante en las industrias de artículos de consumo. En efecto, la parte de producto que debe reponer el capital constante (es decir, materias primas, materiales auxiliares, máquinas, edificios, etc.) de un capitalista que fabrica azúcar, por ejemplo, existe en forma de *azúcar*. Para realizar esta parte hay que recibir, en lugar de este artículo de consumo, los respectivos *medios de producción*. La realización de esta parte deberá consistir, por tanto, en el intercambio del *artículo de consumo* por productos que hagan de *medios de producción*. Ahora queda por explicar la realización de una sola parte del producto social, a saber: la del capital constante en el sector que fabrica medios de producción. Se realiza parcialmente por cuanto una parte del producto vuelve a entrar en la producción en su forma natural (por ejemplo, parte de la hulla extraída por una empresa minera vuelve a la extracción de hulla; el grano obtenido por los arrendatarios vuelve a la sementera, etc.); se realiza parcialmente asimismo en el intercambio entre los distintos capitalistas del mismo sector: por ejemplo, para la producción de hierro se necesita hulla, y para la extracción de hulla se necesita hierro. Los capitalistas que producen lo uno y lo otro son los que realizan el intercambio recíproco de la parte de estos productos que repone su capital constante.

Este análisis (que hemos expuesto, lo repetimos, con la mayor brevedad por la causa antes mencionada) nos ha sacado de la dificultad que todos los economistas conocían, expresada en la frase: "lo que es capital para uno es renta para otro". Este análisis ha mostrado cuán erróneo es reducir la producción social al consumo individual.

A hora podemos pasar a analizar las deducciones que hizo Sismondi (y los otros románticos) de su errónea teoría. Mas aduciremos primero la opinión que emitió de Sismondi el autor del mencionado análisis después de haber examinado minuciosamente en todos los aspectos la teoría de Adam Smith, a la que Sismondi no agregó absolutamente nada, poro sí omitió la tentativa de Smith de justificar su contradicción:

"Sismondi, que so ocupa especialmente de la relación entre capital y renta, y que, en realidad, hace de su concepción especial de esta relación la *differentia specifica* de sus *Nouveaux Principes*, no escribe *ni una sola* (la cursiva es del autor) palabra científica, de esto, no contribuye un ápice al esclarecimiento del problema" (*Das Kapital*, II, S. 385, 1-te *Auflage*[**]).

### 5. La acumulación en la sociedad capitalista

La primera conclusión errónea de esta errónea teoría se refiere a la acumulación. Sismondi no comprendió en absoluto la acumulación capitalista, y en la acalorada polémica que sostuvo con Ricardo en torno a este problema, la razón asistió en el fondo a este último. Ricardo afirmaba que la producción crea mercado para sí misma, en tanto que Sismondi lo negaba, fundando en esta negación su teoría de las crisis. Bien es verdad que tampoco Ricardo supo corregir el antemencionado error fundamental de Adam Smith ni, por lo tanto, resolver el problema de la relación existente entre el capital y la renta de la sociedad y el de la realización del producto (Ricardo no se planteaba siquiera estas cuestiones); pero caracterizó instintivamente la esencia misma del modo de producción burgués, señalando el hecho indiscutible por completo de que la acumulación es el exceso de producción sobre la renta. Desde el punto de vista del análisis contemporáneo, eso es así. Efectivamente, la producción crea su propio mercado: para producir hacen falta medios de producción, y éstos constituyen un dominio especial de la producción social que tiene ocupada a cierta parte de obreros, los cuales proporcionan un producto singular realizado parcialmente en el seno de este mismo dominio y parcialmente en el intercambio con

[*] Así mismo razonan nuestros economistas populistas, los señores V. V. y N.-on. Antes nos detuvimos intencionadamente a pormenorizar en los descarríos de Sismondi sobre el consumo productivo y el consumo individual y sobre los artículos de consumo y los medios de producción (Adam Smith estaba más cerca de distinguirlos que Sismondi). Hemos querido mostrar al lector que los representantes *clásicos* de esta teoría errónea *notaban* que no era satisfactoria, veían la contradicción implícita en ella y procuraban superarla. En cambio, nuestros teóricos "autóctonos" no sólo no ven ni notan nada, sino que ni siquiera conocer la teoría ni la historia del problema del que hablan con tanto empeño por los codos.

[**] *El Capital*, t. II, pág. 385, 1ª edición[96]. (*N. de la Edit.*)

otro dominio, con el de la producción de artículos de consumo. La acumulación es en realidad el exceso de producción sobre la renta (artículos de consumo). Para ampliar la producción ("acumular" en el sentido categórico del término) es preciso fabricar primero los medios de producción[*], y para esto hay que ampliar, por consiguiente, el sector de la producción social que fabrica medios de producción, hay que *encauzar a este sector a obreros que ya presentan asimismo demanda de artículos de consumo*. Por lo tanto, el "consumo" se extiende *en pos* de la "acumulación" o *en pos* de la "producción" por raro que parezca, pero no puede ser de otra manera en la sociedad capitalista. En consecuencia, no sólo no es obligatorio que la ampliación de estas dos secciones de producción capitalista sea igual, sino que, al contrario, no se puede evitar el desarrollo desigual. Es sabido que la ley del desarrollo del capital estriba en que el capital constante crece más de prisa que el variable, o sea, que una cantidad mayor cada día de capitales de nueva formación va al sector de la economía pública que fabrica medios de producción. Por consiguiente, este sector crece necesariamente más de prisa que el de los artículos de consumo, es decir, ocurre precisamente lo que Sismondi declarara "imposible", "peligroso", etc. Por lo tanto, los productos de consumo individual van ocupando un lugar menor cada día en la masa total de la producción capitalista. Y ello corresponde por entero a la "misión" histórica del capitalismo y a su específica estructura social: la primera estriba justamente en desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad (producción para la producción); la segunda excluye su utilización por la masa de la población.

Ahora podemos apreciar plenamente el punto de vista de Sismondi sobre la acumulación. Sus asertos de que la acumulación *rápida* acarrea calamidades son erróneos por completo y no provienen más que de su incomprensión de la acumulación, lo mismo que las múltiples declaraciones y exigencias de que la producción no adelante al consumo, pues el consumo determina la producción. En realidad sucede precisamente lo contrario, y Sismondi vuelve simple y llanamente la espalda a la realidad en la forma histórica especial y concreta que presenta, sustituyendo el análisis por la moral pequeñoburguesa. Producen una impresión graciosísima las tentativas de Sismondi de encubrir esa moral con una fórmula "científica". "Los señores Say y Ricardo -dice en el prólogo a la 2a edición de *Nouveaux Principes*- han llegado a creer que el consumo... no tiene más límites que los de la producción, pero lo que le pone límite es la renta... Debieron haber advertido a los productores que no contasen más que con los consumidores que tienen una renta" (t. I, pág. XIII)[**]. Semejante ingenuidad hoy sólo hace sonreír. Mas ¿no están plagados de cosas por el estilo los escritos de nuestros modernos románticos como los señores V. V. y N.-on? "Que los empresarios de banco reflexionen bien"... ¿Encontrarán mercado para sus mercancías? (t. II, págs. 101-102). "Cuando se toma el acrecentamiento de la riqueza por el objetivo de la sociedad, se llega siempre a sacrificar el fin a los medios" (t. II, pág. 140). "Si, en vez de esperar el impulso que debe dar la demanda de trabajo (es decir, el impulso que debe dar a la producción la demanda de productos que presentan los obreros), se piensa que lo dará la producción anterior, se hace poco menos que lo que haríamos con un reloj si, en vez de dar vueltas atrás a la rueda que lleva la cadenita (*la roue qui porte la chaînette*), las diéramos a otra: entonces romperíamos todo el mecanismo y lo pararíamos" (t. II, pág. 454). Esto lo dijo Sismondi. Escuchemos ahora al señor Nikolái-on. "Hemos perdido de vista a expensas de qué se opera este desarrollo (es decir, el desarrollo del capitalismo), hemos olvidado también los fines de toda producción... extravío funesto en extremo..." (N.-on. *Ensayos sobre nuestra economía social posterior a la abolición de la servidumbre*, pág. 298). Ambos autores hablan del capitalismo y de los países capitalistas; ambos muestran una incomprensión supina del fondo de la acumulación capitalista. Pero ¿podría creerse que el segundo escribe setenta años después que el primero?

Un ejemplo que aduce Sismondi en el capítulo VIII, *Resultados de la lucha por producir más barato* (libro IV: *De la riqueza comercial*), muestra palmariamente de qué manera la incomprensión de la acumulación capitalista está ligada con el error de reducir toda la producción a la de artículos de consumo.

Supongamos, dice Sismondi, que el propietario de una manufactura tiene un capital circulante de 100.000 francos que le rinde 15.000 francos, 6.000 de los cuales son los intereses del capital y se entregan al capitalista y los. 9.000 restantes constituyen la ganancia empresarial del fabricante. Supongamos que éste emplea el trabajo de 100 obreros cuyos salarios ascienden a 30.000 francos. Sigamos suponiendo que luego aumenta el capital y se amplía la producción ("acumulación"). En lugar de

[*] Recordemos al lector cómo abordaba Sismondi este problema, distinguiendo claramente estos medios de producción para una familia tomada por separado e intentando hacer otro tanto para la sociedad. A decir verdad, quien "abordaba" era Smith, y no Sismondi, el cual no hizo sino referir lo dicho por aquél.

[**] Como se sabe, la teoría contemporánea se ha adherido por entero en esta cuestión (de si la producción crea su propio mercado) a los clásicos, cuya respuesta era afirmativa, *en contra* del romanticismo, que daba una respuesta negativa. "*El verdadero límite* de la producción capitalista es *el propio capital*". (*Das Kapital*, III, I, 231 (*El Capital*, t. III, parte I, pág. 231[97]. *N. de la Edit.*)).

los 100.000 francos, tendremos 200.000 invertidos en capital fijo y otros 200.000 en capital circulante, es decir, 400.000 francos en total; la ganancia y los intereses serán de 32.000+16.000 francos, ya que los segundos han disminuido del 6% al 4%. El número de obreros se ha duplicado, pero los salarios han descendido de 300 a 200 francos, sumando en total, por consiguiente, 40.000 francos. La producción, por tanto, se ha cuadruplicado*. Y Sismondi cuenta los resultados: la "renta" o el "consumo" eran de 45.000 francos al principio (30.000 de salarios + 6.000 de intereses + 9.000 de ganancia), y ahora de 88.000 francos (40.000 de salarios + 16.000 de intereses + 32.000 de ganancia). "La producción se ha cuadruplicado -dice Sismondi-, y el consumo ni siquiera se ha duplicado. *No hay que incluir en la cuenta el consumo de los obreros que fabrican las maquinas, pues está cubierto por los 200.000 francos* dedicados a ello y constituye ya parte de la cuenta de otra manufactura, donde se podrán observar los mismos hechos" (t, I, pág. 405-406).

El cálculo de Sismondi evidencia la disminución de los ingresos pese al aumento de la producción. El hecho es indiscutible. Pero Sismondi no se percata de que, con su ejemplo, rebate su teoría de la realización del producto en la sociedad capitalista. Es curiosa su observación de que "no hay que incluir en la cuenta" el consumo de los obreros que han fabricado las máquinas. ¿Por qué? Primero, porque *está cubierto* por los 200.000 francos. Y eso significa que el capital ha sido transferido al sector donde se fabrican los *medios de producción*, y Sismondi no lo nota. Significa que el "mercado interior", de cuya "reducción" hablaba Sismondi, no acaba en los artículos de consumo, sino que consta asimismo de los *medios de producción*. Estos medios de producción constituyen un producto especial cuya "realización" *no estriba en el consumo individual*, y cuanto más rápida es la acumulación tanto más intenso es, por consiguiente, el desarrollo de la rama de la producción capitalista destinada no al consumo individual, sino al productivo. Segundo, responde Sismondi, porque son obreros de otra manufactura, en la que podrán presentarse los mismos hechos (*où les mêmes faits pourront se représenter*). Como se ve, repite el procedimiento de Adam Smith de enviar al lector "de Poncio a Pilatos". Pero es que esa "otra manufactura" también emplea *capital constante*, y su producción ¡también proporciona mercado al sector de la producción capitalista que fabrica medios de producción! Por más que pasemos el problema de un capitalista a otro, y de este segundo capitalista a un tercero, el sector mencionado no desaparecerá, y el "mercado interior" no quedará reducido sólo a los artículos de consumo, Por eso, cuando Sismondi declara que "este cálculo contradice...uno de los axiomas en que más hincapié se ha hecho en la economía política. A saber, que la más libre competencia determina la marcha más ventajosa de la industria" (t. I, pág. 407), no se da cuenta de que "este cálculo" también está en contradicción con él mismo. Es indiscutible que el empleo de máquinas, al desplazar a obreros, empeora la situación de éstos, y es también indiscutible el mérito de Sismondi de haber sido uno de los primeros en señalado. Pero eso en nada impide que su teoría de la acumulación y del mercado interior sea errónea de cabo a rabo. Su mismo cálculo muestra con evidencia precisamente el fenómeno que Sismondi no sólo negaba, sino que incluso convertía en argumento contra el capitalismo, diciendo que la acumulación y la producción deben estar en correspondencia con el consumo, pues, de lo contrario, se declara una crisis. El cálculo muestra precisamente que la acumulación y la producción *adelantan* al consumo y que no puede ser de otra manera, ya que la acumulación se hace principalmente a costa de los medios de producción que no entran en el "consumo". Lo que pareciera a Sismondi un simple error y una contradicción de la doctrina de Ricardo, a saber, que la acumulación es un exceso de producción sobre la renta, corresponde efectivamente a la realidad y expresa una contradicción inherente al capitalismo. Este exceso *es necesario* en toda acumulación que abre un nuevo mercado *para los medios de producción sin que se amplíe respectivamente, e incluso restringiéndose, el mercado de artículos de consumo***. Luego, al rechazar la doctrina de las ventajas de la libre competencia; Sismondi no se da cuenta de que, con optimismo infundado, arroja por la borda una verdad indiscutible: la de que la libre competencia *desarrolla las fuerzas productivas de la sociedad*, como vuelve a desprenderse de su mismo cálculo: (En realidad, no se trata más que de otra manifestación del mismo hecho de que se ha creado un sector especial de la industria que fabrica medios de producción y, sobre todo, de que se desarrolla con rapidez). Este desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, sin el respectivo fomento del

* "El primer efecto de la competencia -dice Sismondi- ha sido la disminución de los salarios y el aumento simultáneo del número de obreros" (t. I, pág. 403). No nos detendremos a analizar aquí los errores de cálculo de Sismondi, quien estima, por ejemplo, que la ganancia será del 8% del capital fijo y del 8% del circulante, que el número de obreros aumentará en proporción al acrecentamiento del capital circulante (que él no sabe distinguir como es debido del variable) y que el capital fijo se incluye íntegro en el precio del producto. En este caso, todo eso no tiene importancia, ya que la deducción es acertada: disminuye la parte del capital variable en el total del capital como resultado necesario de la acumulación.

** Del análisis expuesto se infiere que también es posible este caso y depende de la medida en que el nuevo capital se divida en constante y variable y del grado en que la disminución de la parte relativa de capital variable se extienda a las viejas industrias.

consumo es, claro está, una contradicción, pero una contradicción que existe en la vida, que dimana de la propia esencia del capitalismo y que no puede ser eludida con frases sentimentales.

Y eso es precisamente lo que hacen los románticos. Para que el lector no sospeche que lanzamos acusaciones gratuitas a los economistas contemporáneos con motivo de los errores de un autor tan "anticuado" como Sismondi, aduciremos un pequeño ejemplo del señor N.-on, autor "contemporáneo". En la página 242 de sus *Ensayos* expone sus razonamientos sobre el desarrollo del capitalismo en la industria harinera rusa. Al mencionar la aparición de los grandes molinos de vapor con instrumentos de producción perfeccionados (desde los años 70 se han gastado unos cien millones de rublos en modernizados) y de un rendimiento del trabajo más que duplicado, el autor caracteriza el fenómeno de la siguiente manera: "La molinería no se desarrollaba, limitábase a concentrarse en grandes empresas"; luego extendió esta caracterización a *todas* las industrias (pág. 243) y sacó la conclusión de que "en todos los casos sin excepción queda libre una masa de operarios que no encuentran ocupación" (pág. 243) y que "la producción capitalista se desarrollaba a expensas del consumo popular" (pág. 241), Preguntamos al lector si este razonamiento se distingue en algo del que acabamos de exponer de Sismondi. Este autor "contemporáneo" hace constar dos hechos, los mismos que hemos visto en el ejemplo de Sismondi, y se desentiende de ambos con una frase lo mismo de sentimental. Primero, su ejemplo prueba que el desarrollo del capitalismo transcurre justamente a costa de los medios de producción. Lo cual significa que el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas de la sociedad. Segundo, su ejemplo evidencia que este desarrollo sigue justamente el camino específico de las contradicciones propias del capitalismo: se desarrolla la producción (desembolso de 100 millones de rublos, mercado interior para productos realizables mediante consumo no individual) sin el respectivo desarrollo del consumo (empeora la alimentación del pueblo), o sea, sobreviene precisamente la producción para la producción. Y el señor N.-on cree que esta contradicción desaparecerá de la vida si él la concibe, con el candor del viejo Sismondi, como una mera contradicción de la doctrina, como un mero "extravío funesto": ¡¡"Nos hemos olvidado del objetivo de la producción"!! ¿Puede haber frase más típica que esta: "no se desarrollaba, *limitábase* a concentrarse"? Es evidente que el señor N.-on conoce un capitalismo en el que el desarrollo podría seguir un curso distinto del de la concentración. ¡Es una pena que no nos haya dado a conocer ese capitalismo "autóctono", ignorado en toda la economía política que le precedió!

### 6. El mercado exterior como "salida de la dificultad" para realizar la plusvalía

El error siguiente de Sismondi, dimanante de su errónea teoría de la renta de la sociedad y del producto social en el capitalismo, es la doctrina sobre la imposibilidad de realizar el producto en general y la plusvalía en particular y, como consecuencia de ello, de que se necesita un mercado exterior. Por cuanto a la realización del producto en general, el análisis anterior muestra que la "imposibilidad" se extingue con la errónea exclusión del capital constante y de los medios de producción. Una vez corregido este error, desaparece también la "imposibilidad". Pero también hay que decir lo mismo, entre otras cosas, de la plusvalía: dicho análisis explica asimismo su realización. No hay decididamente ningún fundamento sensato para arrancar la plusvalía de todo el producto en lo tocante a su realización. La afirmación opuesta de Sismondi (y de nuestros populistas) es un simple resultado de no haber comprendido las leyes fundamentales de la realización en general, de no haber sabido dividir en tres partes (y no en dos) el producto en cuanto a su valor y en dos tipos de productos en cuanto a su forma material (medios de producción y artículos de consumo). La tesis de que los capitalistas no pueden consumir la plusvalía no es más que una vulgar repetición de las incomprensiones de Smith sobre la realización en general. Sólo una parte de la plusvalía consta de artículos de consumo; la otra, en cambio, se compone de medios de producción (por ejemplo, la plusvalía de un fabricante de hierro). El "consumo" de *esta última* plusvalía se opera al *encauzarla a la producción*; pero los capitalistas que fabrican el producto en forma de medios de producción no consumen plusvalía, sino *capital constante* cambiado a otros capitalistas. Por eso también los populistas, al hablar de la imposibilidad de realizar la plusvalía, han de venir lógicamente a reconocer la imposibilidad de realizar *el capital* constante y, de esa manera, retornarían felizmente a Adam... Por supuesto, tal retorno al "padre de la economía política" sería un progreso gigantesco para autores que nos brindan viejos errores con aspecto de verdades a las que ellos "han llegado con su propia cabeza"...

¿Y el mercado exterior? ¿No negamos nosotros la necesidad del mercado exterior para el capitalismo? Claro que no. Pero es que el problema del mercado exterior no tiene *absolutamente nada de común con el de la realización*, y la tentativa de agruparlos en un todo único es típica sólo del deseo romántico de "retardar" el capitalismo y do la incapacidad romántica de razonar con lógica. Lo ha evidenciado con toda exactitud la teoría que nos explicó el problema de la realización. El romántico dice: los capitalistas no pueden consumir la plusvalía, por eso han de darle salida al extranjero. Cabe preguntar: ¿es que los capitalistas entregan ya gratis sus productos a los extranjeros o los tiran al mar? Los venden y, por

lo tanto, reciben un equivalente; exportan unos productos y, por ende, importan otros. Si hablamos de realización del producto social, con ello eliminamos ya la circulación monetaria y suponemos sólo el intercambio de productos por productos, ya que el problema de la realización estriba en analizar la *compensación* de todas las partes del producto social en valor y en forma material. Por eso, empezar el razonamiento hablando de realización para acabarlo diciendo que "el producto se venderá por dinero" es tan ridículo como dar a la pregunta de la realización del capital constante en artículos de consumo la respuesta: "ya se venderá". Se trata simplemente de una burda falta de lógica: la gente se desvía del problema de la realización de todo el producto social hacia el punto de vista del patrono individual a quien no interesa nada más que "la venta al extranjero". Sumar el comercio exterior, la exportación, al problema de la realización significa eludirlo; *desplazándolo* a un campo más vasto, *pero sin aclararlo en lo más mínimo*[*]. El problema de la realización no avanzará un ápice si en vez del mercado de un solo país tomamos el mercado de un conjunto determinado de países. Con el aserto de que el mercado exterior es "la salida de la dificultad[**] que el capitalismo encuentra para realizar el producto, los populistas no encubren más que la triste circunstancia de que, para ellos, "el mercado exterior" es "una salida de la dificultad" en que se ven metidos merced a la incomprensión de la teoría... Pero la cosa no acaba ahí. La teoría que liga el mercado exterior con el problema de la realización de todo el producto social, además de mostrar que no se ha comprendido esta realización, encierra también *una comprensión extremadamente superficial de las contradicciones propias de esta realización*. "Los obreros consumirán el salario, en tanto que los capitalistas no pueden consumir la plusvalía". Reflexionen en esta "teoría" desde el punto de vista del mercado exterior. ¿De dónde sabemos nosotros que "los obreros consumirán el salario"? ¿Con qué fundamento puede creerse que los productos destinados por toda la clase de los capitalistas de un país dado al consumo de todos los obreros de dicho país tendrán realmente *un valor igual a su salario* y lo compensarán, que estos productos no necesitarán mercado exterior? Decididamente no hay ningún fundamento para pensar así, y en realidad eso no es así en absoluto. No sólo los productos (o parte de los productos) que compensan la plusvalía, sino también los productos que reponen el capital variable; no sólo los producto que compensan el capital variable, sino los que reponen el capital constante (de lo que no se acuerdan nuestros "economistas", que han olvidado su parentesco con Adam Smith); no sólo los productos existentes en forma de artículos de consumo, sino también todos los *existentes* en forma de medios de producción se realizan igualmente sólo entre "dificultades", entre constantes oscilaciones que son mayores cada día conforme va creciendo el capitalismo, entre la rabiosa competencia que *obliga* a cada patrono a procurar la ampliación ilimitada de la producción, rebasando las fronteras del Estado de que se trate, saliendo en busca de nuevos mercados a países no incluidos aún en la circulación capitalista de mercancías. Ahora hemos llegado también al problema de por qué los países capitalistas necesitan el mercado exterior. No es, ni mucho menos, porque el producto no pueda ser realizado en general en el régimen capitalista. Eso es absurdo. El mercado exterior les hace falta porque *es propio* de la producción capitalista el afán de extenderse *infinitamente* por oposición a todos los viejos modos de producción que tienen por tope los límites de la comunidad, del feudo, de la tribu, de la comarca territorial o del Estado. En tanto que en todos los viejos regímenes económicos la producción se reanudaba cada vez de la misma forma y en las mismas proporciones que antes, en el régimen capitalista se hace *imposible* esta reanudación de la misma forma, y la ley de la producción llega a ser la *ampliación ilimitada*, el avance eterno[***].

Así pues, la diversa interpretación de la realización (mejor dicho, su comprensión de un lado y su completa incomprensión de otro lado, por los románticos) lleva a dos concepciones diametralmente opuestas del alcance del mercado exterior. Para unos (los románticos), el mercado exterior es un exponente de la "dificultad" que el capitalismo pone al desarrollo social. Para otros, por el contrario, el mercado exterior muestra de qué manera el capitalismo *suprime* las trabas que la historia puso en forma de diversas barreras, comunales, tribales, territoriales y nacionales al desarrollo de la sociedad[****].

Como se ve, la diferencia estriba sólo en "el punto de vista"... Sí, ¡"sólo"! La diferencia que hay entre los jueces románticos del capitalismo y los otros estriba, en general, "sólo" en "el punto de vista", "sólo" en que unos juzgan por detrás y otros por

[*] Esto es tan evidente que hasta Sismondi comprendía la necesidad de abstraerse del comercio exterior en el análisis de la realización. "Para ver con más exactitud estos cálculos -dice de la correspondencia entre la producción y el consumo- y simplificar el problema, hasta ahora nos abstraíamos por completo del comercio exterior; aludíamos a una nación aislada; la propia sociedad humana es esa nación aislada, y todo lo que es verdad para una nación sin comercio exterior lo es igualmente para todo el género humano" (t. 1, pág. 115).

[**] N.-on, pág. 205.

[***] Compárese Zíber, *David Ricardo, etc.*, San Petersburgo, 1885, pág. 466, nota.

[****] Compárese más adelante: *Rede über die Frage des Freihandels*. (C. Marx. *Discurso sobre el librecambio*[98]. *N. de la Edit.*)

delante, unos desde el punto de vista del régimen que está siendo destruido por el capitalismo, y otros desde el punto de vista del que el capitalismo crea*.

La comprensión errónea que los románticos tienen del mercado exterior suele ir asociada a indicaciones sobre las "peculiaridades" de la situación internacional del capitalismo en el país de que se trate y sobre la imposibilidad de encontrar mercado, etc.; todos estos argumentos tienden a "desviar" a los capitalistas de las búsquedas de mercado exterior. Por cierto, al hablar de "indicaciones", no nos expresamos con exactitud, ya que el romántico no analiza los hechos del comercio exterior del país, su movimiento ascendente en la esfera de los nuevos mercados, su colonización, etc. No le interesa en absoluto el estudio del proceso real ni su aclaración; lo único que necesita es *la moral contra este proceso*. Para que el lector pueda persuadirse de la completa identidad de esta moral de los románticos rusos contemporáneos con la del romántico francés aduciremos varios ejemplos de razonamientos del último. Ya hemos visto cómo Sismondi amenazó a los capitalistas, diciéndoles que no encontrarían mercado. Pero afirmaba no sólo eso. Afirmaba que "el mercado mundial ya está bastante surtido" (t. II, pág. 328), procurando demostrar que no es posible seguir el camino del capitalismo y hay que elegir otro derrotero... Aseguraba a los patronos ingleses que el capitalismo no podría dar ocupación a todos los brazos que el sistema de cultivo en grandes haciendas dejaba libres en la agricultura (t. I, págs. 255-256). "¿Encontrarán Alguna ventaja en el sacrificio de los agricultores los destinatarios de este sacrificio? Pues los agricultores son los consumidores más próximos y seguros de las manufacturas inglesas. El cese de su consumo asestaría a la industria un golpe más funesto que el cierre de uno de los mayores mercados extranjeros" (t. I, pág. 256). Aseguraba a los arrendatarios ingleses que no podrían resistir la competencia del campesino pobre polaco, a quien no le costaba casi nada el trigo (t. II, pág. 257), que les amenazaba una competencia más peligrosa aún del trigo ruso de los puertos del mar Negro. Y exclamaba: "Los norteamericanos han seguido el nuevo principio de producir sin calcular el mercado (*produire sans calculer le marché*), y producir lo más que puedan", y así, "el rasgo característico del comercio de los Estados Unidos, del uno al otro confín, es el exceso de mercancías de todo género sobre las demandas de consumo... las bancarrotas continuas son el resultado de esta superabundancia de capitales mercantiles que no pueden ser cambiados por renta" (t. I, págs. 455-456). ¡El bueno de Sismondi! ¡Qué diría de la Norteamérica de hoy, de esa Norteamérica que se ha desarrollado de una manera tan colosal gracias a ese mismo "mercado interior" que, según la teoría de los románticos, debía haberse "reducido"!

**7. Las crisis**

La tercera deducción errónea que Sismondi sacó de la teoría equivocada, y por él aceptada, de Adam Smith es la doctrina de las crisis. De la concepción de Sismondi de que el consumo determina la acumulación (el aumento de la producción en general) y de la errónea explicación de la realización de todo el producto social (reducido a la parte de los obreros y la parte de los capitalistas en la renta) se desprendió natural e inevitablemente la doctrina de que las crisis se explican por la falta de correspondencia entre la producción y el consumo. Sismondi se atenía por entero a esta teoría. La adoptó asimismo Rodbertus, modificando levemente su formulación: explicaba las crisis por la disminución de la parte de los obreros en el producto cuando aumenta la producción; además, dividía erróneamente también, como Adam Smith, todo el producto social en salario y "renta" (en su terminología, "renta" es plusvalía, o sea, la ganancia y la renta territorial juntas). El análisis científico de la acumulación en la sociedad capitalista** y de la realización del producto socavó todos los cimientos de esta teoría, mostrando asimismo que precisamente en los períodos que preceden a las crisis aumenta el consumo de los obreros, que el consumo insuficiente (con el que se pretende explicar las crisis) ha existido en los regímenes económicos más diversos y que las crisis son un rasgo distintivo de un solo régimen, del régimen capitalista. Esta teoría explica las crisis por otra contradicción, a saber, la existente entre el carácter social de la producción (socializada por el capitalismo) y el modo privado, individual, de apropiación. Pudiera parecer clarísima de por sí la honda diferencia que hay entre estas dos teorías, pero debemos detenernos en sus pormenores, ya que son precisamente los seguidores rusos de Sismondi quienes procuran *borrar* esta diferencia y embrollar las cosas. Las dos teorías de las crisis que estamos tratando las explican de manera completamente distinta. La primera lo hace por la contradicción existente entre la producción y el consumo de la clase obrera; la segunda, por la que media entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. La primera, por consiguiente, ve la raíz del fenómeno *fuera* de la producción (de donde

* Aquí hablo sólo de la apreciación del capitalismo y no de la manera de comprenderlo. En este último sentido hemos visto que los románticos no van más allá de los clásicos.

** La comprensión errónea de la "acumulación del capital individual" por Adam Smith y los economistas que le siguieron está relacionada con la doctrina de que en la economía capitalista todo el producto consta de dos partes. Ellos enseñaron precisamente que la parte acumulada de la ganancia se gasta íntegra en salarios, en tanto que, en realidad, se gasta: 1) en capital constante y 2) en salarios. Sismondi repite este error de los clásicos.

proceden, por ejemplo, los ataques generales, que Sismondi lanza contra los clásicos, acusándolos de que hacen caso omiso del consumo y se ocupan únicamente de la producción); la segunda la ve justamente en las condiciones de la producción. Dicho con mayor brevedad, la primera explica las crisis por el consumo insuficiente (*Unterkonsumption*); la segunda, por el desorden de la producción. Así pues, aunque las dos explican las crisis por la *contradicción* existente en el propio régimen económico, divergen diametralmente al indicar qué contradicción es ésta. Mas cabe preguntar: ¿niega la segunda teoría el hecho de que existe una contradicción entre la producción y el consumo, el hecho de que el consumo es insuficiente? *Por supuesto que no*. Lo reconoce plenamente, pero le concede el lugar secundario que le corresponde como hecho relativo a un solo sector de toda la producción capitalista. Enseña que este hecho no puede explicar las crisis originadas por otra contradicción más profunda, fundamental, del moderno sistema económico: la contradicción existente entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. Por eso, ¿qué decir de quienes, ateniéndose en el fondo a la primera teoría, se encubren alegando que los representantes de la segunda hacen constar la contradicción, que separa la producción del consumo? Es evidente que esas personas *no se han parado a reflexionar* en la base de la diferencia de las dos teorías y no han comprendido debidamente la segunda. Entre estas personas se encuentra, por ejemplo, el señor N.-on (sin hablar ya de V. V.). Que ellos figuran entre los seguidores de Sismondi lo dijo ya en nuestros escritos el señor Tugán-Baranovski (*Las crisis industriales*, pág. 477, haciendo con respecto al señor N.-on la extraña salvedad de "por lo visto"). Pero el señor N.-on, al hablar de "la reducción del mercado interior" y de "la disminución de la capacidad de consumo del pueblo" (puntos centrales de sus concepciones), invoca, no obstante, a los adictos de la segunda teoría, *que hacen constar* el hecho de la contradicción entre la producción y el consumo, el hecho del consumo insuficiente. Se comprende que esas invocaciones no muestran más que la capacidad, típica de este autor en general, de aducir citas inoportunas y nada más. Por ejemplo, todos los lectores que conozcan sus *Ensayos* recordarán, naturalmente, su "cita" de que "los obreros, en tanto que compradores de mercancías, tienen importancia para el mercado; pero la sociedad capitalista tiende a limitarlos al precio mínimo en tanto que vendedores de su mercancía propia, que es la fuerza de trabajo" (*Ensayos*, pág. 178); recordarán también que el señor N.-on quiere deducir de ahí "la reducción del mercado interior" (ibíd., pág. 203 y otras) y las crisis (pág. 298 y otras). Mas, al aducir esta cita (que no demuestra nada, como hemos explicado), nuestro autor, encima, *omite el final* de la nota de donde la extrajo. Esta cita era *una nota intercalada en el manuscrito* de la II sección del tomo II de *El Capital*. Fue intercalada "para desarrollarla luego con más detenimiento", y el editor del manuscrito la colocó entre las notas. *Tras las palabras quitadas, en esa nota se dice: "Sin embargo, el estudio de esto corresponde a la sección siguiente"**, o sea, a la tercera sección. ¿Y qué sección es ésa? Precisamente la que contiene la crítica de la teoría de Adam Smith sobre las dos partes de todo el producto social (con la mencionada opinión acerca de Sismondi) y el análisis de "la reproducción y la circulación de todo el capital social", es decir, de la realización del producto. Así pues, para confirmar sus concepciones, que son una repetición de las de Sismondi, nuestro autor cita una nota relativa "sólo a la sección" refutadora de Sismondi: "sólo a la sección" en que se muestra que los capitalistas *pueden* realizar la plusvalía y que es absurdo incluir el comercio exterior en el análisis de la realización…

En el artículo de Efrusi hay otra tentativa de borrar la diferencia existente entre las dos teorías y defender los viejos trastos románticos remitiéndose a las doctrinas contemporáneas. Al exponer la teoría de las crisis de Sismondi, Efrusi señala que es errónea (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 7, pág. 162). Sus indicaciones son confusas y contradictorias en extremo. Por una parte, repite los argumentos de la teoría opuesta, diciendo que la demanda nacional no se limita a los objetos de consumo inmediato. Por otra parte, afirma que la explicación que da Sismondi de las crisis "no señala más que una de las numerosas circunstancias que dificultan la distribución de la producción nacional en correspondencia con la demanda y el poder adquisitivo de la población". Por consiguiente, se insta al lector a creer que la explicación de las crisis está justamente en la "distribución" y que el error de Sismondi se reduce ¡a no haber señalado todas las causas que dificultan esta distribución! Pero lo principal no es eso... "Sismondi -dice Efrusi- no se detuvo en la explicación antes citada. En la primera edición de *Nouv. Princ.* encontramos ya un capítulo profundamente aleccionador, titulado *De la connaissance du marché***. En este capítulo Sismondi nos descubre las causas fundamentales de la ruptura del equilibrio entre la producción y el consumo (¡tomen nota!) con la claridad que observamos en muy pocos economistas en esta cuestión" (ibíd.). Y, tras de aportar citas evidenciadoras de que el fabricante no puede conocer el mercado, Efrusi afirma: "Engels dice casi lo mismo" (pág. 163), a lo cual sigue otra cita de que el fabricante no puede conocer la demanda. Luego de haber aducido más pasajes sobre "otros obstáculos para el establecimiento del

* *Das Kapital*, II Band, S. 304. Traducción al ruso, pág. 232[99]. La cursiva es nuestra.

** *Del conocimiento del mercado*. (*N. de la Edit.*)

equilibrio entre la producción y el consumo" (pág. 164), Efrusi asevera que ¡"en ellas se ofrece esa precisa explicación de las crisis que predomina cada día más"! Por si eso fuera poco, Efrusi cree que "en el problema de las causas de las crisis económicas podemos conceptuar con pleno fundamento a Sismondi de precursor de las opiniones que posteriormente se desarrollan de manera más consecuente y clara" (pág. 168).

Mas, con todo esto, ¡Efrusi descubre una total incomprensión del problema! ¿Qué son las crisis? Superproducción, producción de mercancías que no pueden ser realizadas, que no pueden hallar demanda. Si las mercancías no pueden hallar demanda, eso significa que el fabricante, al producirlas, no conocía la demanda. Ahora cabe preguntar: ¿es que señalar esta condición de la posibilidad de las crisis significa explicarlas? ¿Será posible que Efrusi no comprenda la diferencia existente entre indicar la posibilidad y explicar la necesidad del fenómeno? Sismondi declara: las crisis son posibles, ya que el fabricante ignora la demanda; son ineludibles, puesto que en la producción capitalista no puede haber equilibrio entre la producción y el consumo (es decir, el producto no puede ser realizado). Engels dice: las crisis son posibles, dado que el fabricante desconoce la demanda; son ineludibles, pero en modo alguno porque no se pueda realizar en absoluto el producto. Eso es falso: el producto puede ser realizado. Las crisis son ineludibles porque el carácter colectivo de la producción entra en contradicción con el carácter individual de la apropiación. Pues bien, ¡aparece un economista afirmando que Engels dice "casi lo mismo"; que Sismondi da "la misma explicación de las crisis"! "Por eso me extraña -escribe Efrusi-, que el señor Tugán-Baranovski... haya perdido de vista lo más importante y lo más valioso de la doctrina de Sismondi" (pág. 168). Pero el señor Tugán-Baranovski no ha perdido nada de vista*. Por el contrario, ha señalado con toda exactitud la contradicción fundamental a la que la nueva teoría lo reduce todo (pág. 455 y otras) y explicado la importancia de Sismondi, quien señaló antes la contradicción que se manifiesta en las crisis, pero no supo aclarada con acierto (pág. 457: Sismondi señaló antes de Engels que las crisis dimanan de la organización moderna de la economía; pág. 491: Sismondi expuso las condiciones que hacen posibles las crisis, pero "no toda posibilidad se realiza necesariamente"). Y Efrusi no ha comprendido esto en absoluto y, luego de haberlo metido todo en un saco, ¡"se extraña" de que resulte un embrollo! "Es cierto -dice el economista de *Rússkoie Bogatstvo*- que no encontramos en Sismondi las expresiones que hoy han obtenido carta de naturaleza en todas partes, como "anarquía de la producción" y "falta de armonía (*Planlosigkeit*) en la producción", pero el fondo que entrañan estas expresiones resalta con toda nitidez" (pág. 168). ¡Con qué ligereza restaura el romántico contemporáneo al romántico de días pretéritos! ¡Creer que el problema se reduce a una diferencia de palabras! En realidad, el problema se reduce a que Efrusi no comprende las palabras que repite. "Anarquía de la producción", "falta de armonía en la producción", ¿de qué nos hablan estas expresiones? De la contradicción existente entre el carácter social de la producción y el carácter individual de la apropiación. Y preguntamos a cuantos conocen los libros de economía que analizamos: ¿reconocía esta contradicción Sismondi o Rodbertus? ¿Deducían ellos las crisis de esta contradicción? No, ni las deducían ni podían deducirlas, puesto que *ninguno de los dos comprendía en absoluto esta contradicción*. En modo alguno compartían la idea misma de que la crítica del capitalismo no debe fundarse en frases sobre el bienestar nacional** o sobre la anomalía "de la circulación abandonada a su suerte"***, sino en el carácter de la evolución de las relaciones de producción.

Comprendemos perfectamente por qué nuestros románticos de Rusia aplican todos sus esfuerzos a borrar la diferencia entre las dos teorías mencionadas de las crisis. Eso es porque con ellas están relacionadas de la manera más directa y estrecha actitudes esencialmente distintas ante el capitalismo. En efecto, si explicamos las crisis por la imposibilidad de realizar los productos y por la contradicción existente entre la producción y el consumo, llegamos a negar la realidad y la utilidad de la vía que sigue el capitalismo, declaramos esta vía "desacertada" y emprendemos la búsqueda de "otros derroteros". Al derivar las crisis de esta contradicción debemos pensar que cuanto más lejos va ésta, *tanto más difícil* es salir de ella. Y hemos visto que Sismondi expresó con la mayor de las ingenuidades precisamente esa opinión, diciendo que si el capital se acumula lentamente, eso aún se puede soportar; pero si se acumula con rapidez, resulta

* En *El desarrollo del capitalismo* (págs. 16 y 19) señalé ya las inexactitudes y errores del señor Tugán-Baranovski que más tarde lo hicieron pasarse totalmente al campo de los economistas burgueses. (Nota del autor a la edición de 1908. *N. de la Edit.*)

** Confróntese Sismondi, op. cit., t. I, pág. 8.

*** Rodbertus. Señalemos de paso que Bernstein, al restaurar en general los prejuicios de la economía burguesa, embrolló también esta cuestión, afirmando que la teoría de las crisis de Marx no se distingue mucho de la de Rodbertus (*Die Voraussetzungen*, etc. Stuttg. 1899, S. 67. (*Premisas*, etc., Stuttgart, 1899, pág. 67. *N. de la Edit.*)) y que Marx se contradice a sí mismo al reconocer que la última causa de las crisis es la limitación del consumo de las masas. (Nota del autor a la edición de 1908. *N. de la Edit.*)

intolerable. Por el contrario, si explicamos las crisis por una contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter individual de la apropiación, reconocemos que la vía capitalista es real y progresiva y rechazamos como romanticismo absurdo las búsquedas de "otros derroteros". Reconocemos por lo mismo que cuanto más lejos va esta contradicción, *tanto más fácil* es salir de ella y que la salida está precisamente en el desarrollo del régimen en cuestión.

Cómo ve el lector, también aquí encontramos una diferencia en los "puntos de vista"...

Es muy natural que nuestros románticos busquen confirmaciones teóricas de sus concepciones. Es muy natural que estas búsquedas los lleven a remover los viejos trastos hace tiempo arrinconados por Europa Occidental. Es muy natural que, al notarlo, intenten restaurar estos trastos, acicalando unas veces a los románticos de Europa Occidental y haciendo pasar otras el romanticismo so capa de citas inoportunas y tergiversadas. Pero se equivocan de medio a medio si creen que tal contrabando puede quedar oculto.

Dando con eso fin a la exposición de la doctrina teórica *fundamental* de Sismondi y de las principales conclusiones teóricas que él sacó de ella, debemos hacer una pequeña adición referente de nuevo a Efrusi. En otro artículo sobre Sismondi (continuación del primero), dice: "Son más interesantes aún (en comparación con la doctrina de la renta del capital) las concepciones de Sismondi sobre las diferentes formas de renta" (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, pág. 42). Según él, Sismondi, lo mismo que Rodbertus, divide la renta nacional en dos partes: "una la reciben los propietarios de la tierra y de los instrumentos de producción; la otra, los representantes del trabajo" (ibíd.). Siguen citas en las que Sismondi habla de esa división no sólo de la renta nacional, sino de todo el producto: "La producción anual o el resultado de todos los trabajos ejecutados por la nación en el transcurso de un año consta asimismo de dos partes, etc. (*N. Princ.*, t. I, pág. 105, citado en *Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, pág. 43). "Los lugares citados - concluye nuestro economista- prueban con claridad que Sismondi asimiló perfectamente (!) esa misma clasificación de la renta nacional que desempeña un papel tan importante entre los economistas contemporáneos, a saber, la división de la renta nacional en renta basada en el trabajo y renta que no procede del trabajo (*arbeitsloses Einkommen*). Aunque, hablando en general, las Opiniones de Sismondi sobre la renta no son siempre claras ni precisas, dejan entrever, a pesar de todo, que él conoce la diferencia existente entre la renta privada y la renta nacional" (pág. 43).

A eso decimos nosotros que el pasaje citado prueba claramente que Efrusi ha aprendido a la perfección la sabiduría de los libros de texto alemanes, pero, a pesar de eso (y puede que precisamente a causa de eso), no ha visto en absoluto la dificultad teórica del problema de la renta nacional a diferencia de la individual. Efrusi se expresa con muy poca prudencia. Hemos visto que en la primera mitad de su artículo denomina "economistas contemporáneos" a los teóricos de una escuela determinada. El lector podrá suponer con razón que también en este caso se habla de ellos mismos. Pero, en realidad, el autor se refiere a una cosa completamente distinta. Ahora figuran ya como economistas contemporáneos los socialistas de cátedra[100] alemanes. La defensa de Sismondi estriba en que el autor aproxima su teoría a su doctrina. ¿En qué estriba, pues, la doctrina de estas autoridades "contemporáneas" de Efrusi? En que la renta nacional se divide en dos partes.

¡Pero si es la doctrina de Adam Smith y en modo alguno de "los economistas contemporáneos"! Al dividir la renta en salario, ganancia y renta del suelo (t. I, cap. VI de *Las riquezas de las naciones*; t. II, cap. II), Adam Smith oponía estas dos últimas al primero, calificándolas de rentas no procedentes del trabajo, denominando a ambas descuentos del trabajo (t. I, cap. VIII) y rebatiendo la opinión de que la ganancia es también un salario por un trabajo de índole especial (t. I, cap. VI). Tanto Sismondi como Rodbertus y los autores "contemporáneos" de los manuales alemanes repiten simplemente esta doctrina de Adam Smith. La única diferencia que hay entre ellos es que Adam Smith comprendía que no lograba deducir totalmente la renta nacional del producto nacional; se percataba de que caía en una contradicción, deduciendo de éste el capital constante (según la terminología contemporánea) que, sin embargo, él incluía en el producto individual. En cambio, los economistas "contemporáneos", al repetir el error de Adam Smith, daban a su doctrina una forma más rimbombante ("clasificación de la renta nacional") y dejaban de percibir la contradicción que hizo detenerse a Adam Smith. Estos procedimientos podrán ser doctos, pero en absoluto científicos.

### 8. La renta capitalista del suelo y la superpoblación capitalista

Continuaremos examinando las concepciones teóricas de Sismondi. Lo hemos hecho ya con las principales, que lo caracterizan y distinguen de los demás economistas. Las que siguen o no representan un papel tan importante en el conjunto de su doctrina o se derivan de las anteriores.

Señalemos que, exactamente lo mismo que Rodbertus, Sismondi no compartía la teoría ricardiana de la renta del suelo. Sin exponer ninguna teoría propia, procuraba estremecer la doctrina de Ricardo con razonamientos más que débiles. Se presenta aquí como ideólogo puro del pequeño campesino; no refuta tanto a Ricardo como rechaza en general la transferencia de las categorías de la economía mercantil y del capitalismo a la agricultura. En ambos aspectos, su punto de vista es típico en

sumo grado del romántico. El capítulo XIII del libro 3* está dedicado "a la teoría de la renta del suelo del señor Ricardo". Declarando de entrada que su teoría está en contradicción completa con la doctrina de Ricardo, Sismondi hace las siguientes objeciones: la cuota general de ganancia (sobre la que se asienta la teoría de Ricardo) jamás se fija, pues en la agricultura no hay movimiento libre de capitales. En la agricultura hay que examinar el valor intrínseco del producto (*la valeur intrinsèque*), que no depende de las fluctuaciones del mercado y ofrece al propietario "un producto neto" (*produit net*), "el trabajo de la naturaleza" (t. I, pág. 306). "El trabajo de la naturaleza... es, pues, el origen del producto neto de las tierras intrínsecamente considerado" (t. I, pág. 310). "Hemos examinado la renta (*le fermage*) o, mejor dicho, el producto neto como nacido directamente de la tierra en beneficio del propietario; no quita nada ni al arrendatario ni al consumidor" (t. I, pág. 312). Esta repetición de los viejos prejuicios fisiocráticos concluye aún en una moraleja: ¡"En general, en economía política debe desconfiarse (*se défter*) tanto de las proposiciones absolutas como de las abstracciones" (t. I, pág. 312)! En tal "teoría" no hay siquiera nada que examinar, ya que una breve nota de Ricardo contra "el trabajo de la naturaleza" es más que suficiente**. Esto es sencillamente renunciar al análisis y dar un gigantesco paso atrás con relación a Ricardo. Aquí se manifiesta asimismo con plena evidencia el romanticismo de Sismondi que, temeroso de analizar el proceso que tratamos, se apresura a condenarlo. Nótese que él no niega que la agricultura se desarrolle en Inglaterra por la vía capitalista, que los campesinos sean sustituidos por arrendatarios y jornaleros, que en el continente las cosas se desenvuelvan en la misma dirección. Da sencillamente la espalda a estos hechos (que estaba obligado a examinar, al razonar en torno de la economía capitalista), prefiriendo las palabras sentimentales sobre la ventaja del sistema de explotación patriarcal de la tierra. Exactamente lo mismo se comportan nuestros populistas: ninguno de ellos intenta siquiera negar que la economía mercantil penetre en la agricultura, que no puede menos de cambiar de raíz el carácter social de la agricultura; pero, al razonar de paso en torno de la economía capitalista, nadie plantea el problema del aumento de la producción mercantil de la agricultura, prefiriendo salir del paso con sentencias sobre "la producción popular". Corno, por el momento, nos limitamos a analizar la teoría económica de Sismondi, dejamos para después el estudio más detenido de esta "explotación patriarcal".

Otro punto teórico, alrededor del cual gira la exposición de Sismondi, es la doctrina sobre la población. Señalemos la opinión que le merecen la teoría de Malthus y la superpoblación debida al capitalismo.

Efrusi afirma que Sismondi está de acuerdo con Malthus sólo en que la población puede multiplicarse con extraordinaria rapidez, dando origen a infinitos sufrimientos. "Luego son antípodas cabales. Sismondi lleva todo el problema de la población a un terreno histórico social" (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 7, pág. 148). Efrusi vela asimismo por completo en esta fórmula el punto de vista típico (pequeñoburgués) de Sismondi y su romanticismo..

¿Qué significa "llevar el problema de la población a un terreno histórico social"? Significa investigar la ley de la población de cada sistema histórico de economía por separado y estudiar su conexión y su correspondencia con el sistema de que se trate. ¿Qué sistema estudió Sismondi? El capitalista. Así pues, el colaborador de *Rússkoie Bogatstvo* opina que Sismondi estudió la ley capitalista de la población. En este aserto hay una parte de verdad, pero sólo *una parte*. Y como a Efrusi ni se le pasó por las mientes aclarar qué le faltaba a Sismondi en sus razonamientos sobre la población, puesto que afirma que "Sismondi es aquí el precursor de los economistas contemporáneos más destacados"***

* Es ya sintomático incluso el sistema mismo de exposición: el libro 3° trata "de la riqueza territorial" (*richesse territoriale*), agraria, o sea, de la agricultura. El libro siguiente, el 4°, "de la riqueza comercial" (*de la richesse commerciale*), trata de la industria y el comercio. ¡Como si el producto de la tierra y la propia tierra no fueran también mercancías bajo la dominación del capitalismo! Por eso, entre estos dos libros tampoco hay correspondencia. La industria es interpretada sólo en su forma capitalista, contemporánea de Sismondi. Pero la agricultura es descrita en forma de enumeración heterogénea de sistemas de todo tipo de explotación de la tierra: explotación patriarcal, esclavista, de mediería, de servidumbre, tributaria, de arrendamiento capitalista, de enfiteusis (entrega en arriendo hereditario a perpetuidad). En consecuencia, vemos la confusión más completa: el autor no describe la historia de la agricultura, pues todos estos sistemas no están ligados entre sí, ni hace un análisis de la agricultura en la economía capitalista, si bien esto último es el verdadero objeto de su obra y pese a que de la industria habla sólo en su forma capitalista.

** Ricardo. *Obras*, traducción (al ruso) de Zíber, pág. 35: "¿Es que la naturaleza no hace nada para el hombre en las manufacturas? ¿Es que la fuerza del viento y del agua que mueven nuestras máquinas y coadyuvan a nuestra navegación no son nada? La presión de la atmósfera y la elasticidad del vapor que nos permiten poner en movimiento las máquinas más maravillosas, ¿no son dones de la naturaleza? Sin hablar ya de los efectos del calor para ablandar y fundir los metales y de la descomposición del aire en el proceso del tinte y la fermentación, no hay una sola manufactura en la que la naturaleza no preste su ayuda al hombre y lo haga, además, generosa y gratuitamente".

*** Hacemos, a propósito, la salvedad de que no podemos saber a ciencia cierta a quién se refiere Efrusi, al hablar de "los economistas contemporáneos más destacados", si al representante de la conocida escuela indiscutiblemente

(pág. 148), resulta un embellecimiento del romántico pequeñoburgués idéntico al que hemos visto en el problema de las crisis y de la renta nacional. ¿En qué se parecía la doctrina de Sismondi a la nueva teoría sobre estos problemas? En que Sismondi había señalado las contradicciones inherentes a la acumulación capitalista. Efrusi hizo notar este parecido. ¿En qué se distinguía la doctrina de Sismondi de la nueva teoría? En que, primero, Sismondi no adelantó un ápice el análisis científico de estas contradicciones y, en algunos aspectos, dio un paso atrás en comparación con los clásicos; segundo, en que encubría su incapacidad para analizar (y en parte, su desgana para hacerlo) con la moral pequeñoburguesa sobre la necesidad de ajustar la renta nacional a los gastos, la producción al consumo, etc. Efrusi *no señaló* esta diferencia en ninguno de los puntos indicados, con lo que presentó de manera totalmente errónea la verdadera significación de Sismondi y su actitud ante la novísima teoría. Lo mismo exactamente vemos en el problema que tratamos. El parecido entre la doctrina de Sismondi y la novísima teoría se limita aquí también a *señalar la contradicción*. La diferencia estriba asimismo en este caso en la falta de análisis científico y en la sustitución de este análisis con la moral pequeñoburguesa. Aclarémonos.

El desarrollo de la industria mecanizada capitalista desde fines del siglo pasado originó un excedente de población, y a la economía política se le planteó el problema de explicar este fenómeno. Malthus intentó, como es sabido, explicarlo por causas relacionadas con la Historia Natural, negando rotundamente que procediera de cierto régimen de economía social determinado por la historia y cerrando por completo los ojos ante los contradicciones que este hecho descubría. Sismondi señaló estas contradicciones y el desplazamiento de la población por las máquinas. El mérito de haber señalado eso es indiscutiblemente suyo, pues por los tiempos en que él escribía, darlo a conocer era una novedad. Mas veamos la postura que adoptó frente a este hecho.

El capítulo VII del libro VII (*De la población*) trata en especial "de la población superflua debida a la invención de las máquinas". Sismondi registra que "las máquinas desplazan a los hombres" (t. II, cap. VII, pág. 315) y formula de inmediato la pregunta: ¿es la invención de las máquinas un beneficio o una calamidad para la nación? Se comprende que la "solución" del problema para todos los países y tiempos en general, y no para un país capitalista, es una trivialidad de lo más huera: es un beneficio siempre y cuando "la demanda de consumo rebase los medios de producir de la población" (*les moyens de produire de la population*) (t. II, pág. 317), y una calamidad "siempre que la producción satisfaga plenamente el consumo". Dicho con otras palabras, ¡el haber dejado constancia de la contradicción no fue para Sismondi más que un pretexto para emitir juicios sobre cierta sociedad abstracta en la que ya no hay ninguna contradicción y a la que se puede aplicar la moral del campesino ahorrativo! Sismondi no intenta siquiera analizar esta contradicción ni averiguar cómo se forma, adónde lleva, etc., en la sociedad capitalista dada. No, la utiliza únicamente como material para volcar su indignación moral contra esa contradicción. Todo el contenido subsiguiente del capítulo no aporta absolutamente nada sobre este problema teórico, limitándose a exponer lamentaciones, quejas y candorosos deseos. Los obreros desplazados eran consumidores... se restringe el mercado interior... en lo que respecta al exterior, el mundo está ya bastante surtido... la renta decorosa de los campesinos habría garantizado mejor la venta... no hay espectáculo más pasmoso y horrendo que el de Inglaterra, cuyo ejemplo siguen los Estados del continente. ¡Estas con las sentencias que nos ofrece Sismondi en lugar de analizar el fenómeno! Trata el tema exactamente igual que nuestros populistas. Estos se limitan asimismo a registrar que hay población sobrante y utilizan este hecho sólo para lamentarse y quejarse del capitalismo (compárese con N.-on, V. V., etc.). Lo mismo que Sismondi no intentó siquiera analizar qué relación existe entre esta población sobrante y las demandas de la producción capitalista, los populistas jamás se plantearon problema semejante.

El análisis científico de esta contradicción ha mostrado que esa manera de proceder es completamente errónea. Este análisis ha dejado sentado que la población excesiva, contradicción indudable (al lado de la producción y el consumo excedentes) y resultado imprescindible de la acumulación capitalista, es al mismo tiempo *parte integrante necesaria* del mecanismo capitalista*.

ajena al romanticismo o al autor del manual más voluminoso.

* Por lo que se sabe, este punto de vista sobre la población excedente lo exteriorizó por vez primera Engels en *Die Lage der arbeitenden Klasse in England* (1845) (*La situación de la clase obrera en Inglaterra. N. de la Edit.*) Describiendo el ciclo industrial ordinario de la industria inglesa, el autor dice:
"De donde resulta que la industria inglesa, para poder producir las cantidades de mercancías reclamadas por el mercado en los meses de mayor animación, debe tener en todos los tiempos, salvo los breves períodos de máxima prosperidad, un ejército de reserva de obreros desocupados. Este ejército de reserva es más o menos numeroso según permita el estado del mercado ocupar a una parte más o menos considerable de dicho ejército. Y si en el período de mayor animación del mercado los distritos rurales... y las ramas de la industria menos afectadas por la prosperidad general suministran temporalmente a las manufacturas cierto número de obreros, éstos son una minoría y forman igualmente parte

Cuanto más se desarrolla la gran industria, tanto mayores fluctuaciones sufre la demanda de obreros por efecto de las crisis o de los períodos de prosperidad en toda la producción nacional o en cada uno de sus sectores. Estas fluctuaciones son ley de la producción capitalista, la cual *no podría existir* si no hubiese población excedente (o sea, población que rebasa la demanda *media* de obreros presentada por el capitalismo) capaz en todo momento de suministrar mano de obra para cualquier rama de la industria o para cualquier empresa. El análisis ha mostrado que la población excedente se forma en todas las esferas de la industria donde penetra el capitalismo -en la agricultura igual que en la industria- y que existe en formas distintas. Las principales son tres*: 1) *Superpoblación flotante*. Pertenecen a ella los obreros industriales desocupados. Con el desarrollo de la industria aumenta necesariamente su número. 2) *Superpoblación latente*. Pertenece a ella la población rural que, con el desarrollo del capitalismo, pierde su hacienda y no encuentra ocupación fuera de la agricultura. Esta población está siempre dispuesta a proporcionar brazos para cualesquiera empresas. 3) *Superpoblación estancada*. Está ocupada "sólo a intervalos muy irregulares[102] y en condiciones inferiores al nivel corriente. Inclúyanse en ella- principalmente habitantes de la ciudad y del campo que trabajan a domicilio para los fabricantes y los comercios. El conjunto de todas estas categorías de la población constituye *la superpoblación relativa o el ejército de reserva*. Este último término muestra claramente de qué población se trata. Son obreros que el capitalismo necesita para una *posible* ampliación de las empresas, pero que jamás pueden tener ocupación permanente.

Así pues, también ha llegado en este problema la teoría a una conclusión diametralmente opuesta a la de los románticos. Para los últimos, la superpoblación implica que el capitalismo es imposible o un "error". En realidad, es todo lo contrario: la superpoblación, complemento inexorable de la superproducción, constituye un elemento imprescindible de la economía capitalista, *sin el cual ésta no podría ni existir ni desarrollarse*. Efrusi presentó asimismo las cosas aquí de manera completamente falsa, callando esta tesis de la teoría contemporánea.

La simple confrontación de los dos puntos de vista mencionados es suficiente para juzgar a cuál de ellos se adhieren nuestros populistas. El capítulo anteriormente expuesto de Sismondi podría figurar con sobradísimo derecho en los *Ensayos sobre nuestra economía social posterior a la abolición de la servidumbre*, del señor N.-on.

Al hacer constar que en la Rusia posterior a la abolición de la servidumbre se formó una población excedente, los populistas jamás plantearon el problema de si el capitalismo necesita un ejército de reserva de obreros. ¿Podrían haber sido construidos los ferrocarriles de no haberse formado un exceso permanente de población? Bien se sabe que la demanda de mano de obra para trabajos de este género varía mucho de un año para otro. ¿Habría podido desarrollarse la industria sin esta condición? (En los períodos de febril actividad requiere multitud de obreros para la construcción de fábricas, edificios, almacenes, etc., y para toda clase de trabajos auxiliares a jornal realizados por la mayoría de los aldeanos que buscan ocupaciones suplementarias fuera de la agricultura). ¿Habría podido crearse sin esta condición la agricultura capitalista de nuestras zonas periféricas que requiere centenares de miles y millones de jornaleros, con la particularidad de que los altibajos de la demanda de esta mano de obra son, como se sabe, excesivamente grandes? ¿Habrían podido los tratantes en maderas afrontar la tala de bosques con rapidez tan fenomenal para las necesidades de las fábricas si no se hubiera formado un excedente de población? (Los trabajos forestales son también de los peor pagados y de los realizados en peores condiciones, como las otras formas de trabajo de la población rural para patronos). ¿Habría podido sin esa condición desarrollarse el sistema de distribución de trabajos a domicilio en las ciudades y en las aldeas, encargados por mercaderes, fabricantes y comercios, trabajos que constituyen un fenómeno tan extendido entre las denominadas industrias de oficio? En todos estos ramos del trabajo (desarrollados principalmente después de la abolición de la servidumbre), las fluctuaciones de la demanda de mano de obra asalariada son extremadamente grandes. Y la magnitud de esas fluctuaciones determina las proporciones de la población excedente que el capitalismo *necesita*. Los economistas populistas no han demostrado en ningún sitio conocer esta ley. No nos proponemos, naturalmente, desentrañar aquí el fondo de estos problemas**. No entra en nuestra misión. El objeto de nuestro artículo es estudiar el romanticismo euroccidental y su relación con el populismo ruso. En el caso que tratamos, esta relación es igual que en todos los

de este ejército de reserva con la única diferencia de que hacía falta precisamente una prosperidad rápida para que se hiciera evidente su pertenencia al mismo”.
Importa señalar en las últimas palabras la inclusión en el ejército de reserva de parte de la población *rural* que se dirige temporalmente a la industria. Esto es justamente lo que la teoría contemporánea ha denominado forma *latente* de superpoblación (véase *El Capital* de Marx)[101].

* Confróntese con Zíber, *David Ricardo, etc.*, págs. 552-553. San Petersburgo, 1885.

** Por eso aquí no hablamos de la originalísima circunstancia de que los economistas populistas, para no tomar en consideración a todos estos obreros, que son muy numerosos, se basan en que no están registrados.

anteriores: en el problema de la superpoblación, los populistas comparten por entero el punto de vista del romanticismo, que es diametralmente opuesto al de la teoría contemporánea. El capitalismo no da ocupación a los obreros que la pierden, dicen ellos. Lo que significa que el capitalismo es imposible, que es "erróneo", etc. Pero no "significa" en absoluto nada de eso. Contradicción no es imposibilidad (*Widerspruch* no es lo mismo que *Widersinn*). La acumulación capitalista, esa verdadera producción por la producción, es también una contradicción. Mas eso no le impide existir y ser ley de un sistema de economía determinado. Otro tanto habría que decir de las restantes contradicciones del capitalismo. El razonamiento populista aducido "significa" únicamente que en la intelectualidad de Rusia ha arraigado hondo el vicio de desentenderse de todas esas contradicciones con frases.

Así pues, Sismondi no ha aportado absolutamente nada *al análisis teórico* de la superpoblación. Mas ¿cómo la conceptuaba? Su concepción está formada por una original combinación de simpatías pequeñoburguesas y maltusianismo. "El gran vicio de la organización actual de la sociedad -dice Sismondi- es que el pobre no puede saber nunca con qué demanda de trabajo puede contar" (t. II, pág. 261), y echa de menos los tiempos en que "el zapatero rural" y el pequeño campesino conocían con exactitud sus ingresos. "Cuánto más privado está el pobre de toda propiedad, tanto más peligro corre de equivocarse en sus ingresos y contribuir a acrecentar una población (*contribuer à accroître une population*...) que, al no corresponder a la demanda de trabajo, no encontrará medios de subsistencia (t. II, págs. 263-264). ¿Ven? A este ideólogo de la pequeña burguesía le parece poco haber deseado detener todo el desarrollo de la sociedad a fin de conservar las relaciones patriarcales de una población semisalvaje. Está dispuesto a prescribir la mutilación que se quiera de la naturaleza humana con tal de que ello sirva para que perviva la pequeña burguesía. He aquí varios pasajes más que no dejan lugar a dudas sobre este último punto:

El pago semanal en las fábricas ha acostumbrado a los obreros, que están medio en la miseria, a no mirar al porvenir más allá del sábado siguiente: "de esta manera le han embotado las cualidades morales y el sentimiento de simpatía" (t. II, pág. 266), consistentes, como veremos en seguida, en ¡"la sensatez conyugal"!... "Su familia será tanto más numerosa cuanto mayor carga suponga para la sociedad; y la nación gemirá bajo el peso de una población desproporcionada de los medios para mantenerla" (t. II, pág. 267). He ahí el lema de Sismondi: ¡Conservar la pequeña propiedad a toda costa, incluso al precio del descenso del nivel de vida y de la perversión de la naturaleza humana! Y tras de hablar, con el empaque de un hombre de Estado, de cuándo "es deseable" el aumento de la población, dedica un capítulo especial a lanzar invectivas contra la religión por no haber condenado los matrimonios "insensatos". En cuanto se toca su ideal de pequeño burgués, Sismondi es más maltusiano que el propio Malthus. "Los hijos que nacen sólo para la miseria -enseña Sismondi a la religión-, nacen también sólo para el vicio... La ignorancia en lo concerniente al orden social, que les ha hecho (a los servidores del culto) borrar la castidad de entre las virtudes propias del matrimonio, ha sido una de las causas siempre operantes para destruir la proporción que se establecería naturalmente entre la población y los medios de existencia" (t. II, pág. 294). "La moral religiosa debe enseñar al hombre que... una vez ha renovado su familia... no está menos obligado a vivir en castidad con su mujer que el soltero con las que no le pertenecen" (t. II, pág. 298). Y Sismondi, que, en general, pretende no sólo al título de economista teórico, sino también al de sabio administrador, saca en el acto la cuenta de que, "para renovar la familia", "en general, hacen falta tres nacimientos por término medio" y aconseja al gobierno "no engañar nunca (a los ciudadanos) con la esperanza de una suerte de independencia para aumentar su familia, ya que esta institución ilusoria (*cet établissement illusoire*) los expondrá a los sufrimientos, a la miseria y a la mortalidad" (t. II, pág. 299). "Cuando la organización de la sociedad no separaba a la clase que trabaja de la que posee alguna propiedad... era suficiente con la opinión pública para contener el azote (*le fléau*) de la mendicidad. Siempre hay algo de vergüenza implícita en la venta de la heredad de los padres del agricultor o en el despilfarro del pequeño capital del artesano... Pero en el estado en que se encuentra hoy Europa... las gentes condenadas a no poseer jamás nada... no pueden sentir ninguna vergüenza de caer en la mendicidad" (t. II, págs. 306-307). ¡Es difícil expresar con mayor realce la cerrazón y la insensibilidad de un pequeño propietario! De teórico, Sismondi se convierte aquí en un consejero práctico, predicador de la moral que, como es sabido, sigue con tanto provecho el campesino francés. Es no sólo un Malthus, sino un Malthus cortado expresamente a la medida del pequeño burgués. Cuando se leen estos capítulos de Sismondi, no puede uno menos de recordar las apasionadas filípicas de Proudhon, quien intentaba demostrar que el maltusianismo es una prédica de la práctica conyugal... de cierto vicio contra natura*.

**9. Las máquinas en la sociedad capitalista**

El problema de la superpoblación está relacionado con el de la importancia de *las máquinas* en general.

Efrusi habla con celo de "las brillantes observaciones" de Sismondi sobre las máquinas, de

* Véase el apéndice de la traducción al ruso del *Ensayo sobre la población*, de Malthus (traducido por Bíbikov, San Petersburgo, 1868). Fragmento de la obra de Proudhon *De la justicia*.

que "no sería justo considerarlo adversario de los perfeccionamientos técnicos" (núm. 7, pág. 155), que "Sismondi no era enemigo de las máquinas ni de los inventos" (pág. 156). "Sismondi ha recalcado muchas veces la idea de que las máquinas y los inventos no son perniciosos por sí solos para la clase obrera, sino que llegan a serlo únicamente merced a las condiciones de la economía contemporánea, en la que el aumento de la productividad del trabajo no lleva ni a la ampliación del consumo de la clase obrera ni a la reducción de la jornada de trabajo" (pág. 155).

Todas estas indicaciones son totalmente justas. Y una vez más, *este* juicio acerca de Sismondi muestra con sumo relieve qué el populista no supo en absoluto *comprender al romántico*, comprender *el punto de vista* del romanticismo sobre el capitalismo ni su diferencia radical del punto de vista de la teoría científica. El populista no pudo comprenderlo porque el propio populismo no ha ido más allá del romanticismo. Pero si las indicaciones de Sismondi relativas al carácter contradictorio del empleo capitalista de las máquinas fueron un gran progreso en los años veinte del siglo XIX, limitarnos hoya semejante crítica primitiva y no comprender su estrechez pequeñoburguesa es ya imperdonable por completo.

*A este respecto* (o sea, respecto a lo que distingue la doctrina de Sismondi de la teoría contemporánea)*, Efrusi se mantiene firme en sus trece. No sabe siquiera plantear el problema. Se contenta con señalar que Sismondi vio la contradicción, como si la historia no mostrase los métodos y procedimientos más heterogéneos de criticar las contradicciones del capitalismo. Al decir que Sismondi no consideraba perniciosas las máquinas por sí solas, sino por el efecto que tenían en el régimen social tratado, Efrusi ni siquiera nota qué punto de vista tan primitivo, superficial y sentimental entraña ya el propio razonamiento. Sismondi razonaba realmente así: las máquinas ¿son perniciosas o no lo son? Y "dilucidaba" la cuestión con una sentencia: las máquinas son útiles únicamente cuando la producción corresponde al consumo (confróntense las citas en *Rússkoie Bogatstvo*, núm. 7, pág. 156). Después de todo lo expuesto, no tenemos necesidad de demostrar aquí que semejante "dilucidación" no era sino sustituir el análisis científico del capitalismo con una utopía pequeñoburguesa. No se puede culpar a Sismondi de no haber hecho ese análisis. Los méritos históricos de los prohombres de la historia no se juzgan por lo que *no dieron* con respecto a las demandas de su época, sino por lo que *dieron de nuevo* en comparación con sus predecesores. Pero aquí no juzgamos ya de Sismondi ni de su punto de vista primitivo y sentimental, sino del economista de *Rússkoie Bogatstvo* que no entiende hasta ahora en qué se distingue este punto de vista del contemporáneo. No entiende que para caracterizar esta diferencia no había que plantear el problema de si era Sismondi adversario de las máquinas o no lo era, sino el de si comprendía la importancia de las máquinas en el régimen capitalista, si comprendía la función de las máquinas *como factor de progreso en este régimen*. Entonces el economista de *Rússkoie Bogatstvo* podría advertir que desde su punto de vista *pequeñoburgués*, *utópico*, Sismondi *no pudo siquiera plantearse* este problema y que en el planteamiento y en la solución del mismo estriba lo que distingue a la teoría contemporánea, entonces Efrusi habría podido comprender que, sustituyendo el problema de la función histórica de las máquinas en la sociedad capitalista dada con el de las condiciones de la "ventaja" o la "utilidad" de las máquinas en general, Sismondi llegó naturalmente a la doctrina de que el capitalismo y el empleo capitalista de las máquinas son un "peligro" e invocó la necesidad de "frenar", "moderar" y "reglamentar" el crecimiento del capitalismo, haciéndose por ello *reaccionario*. La incomprensión de la función histórica de las máquinas como factor de progreso es una de las causas por las que la teoría contemporánea ha considerado *reaccionaria* la doctrina de Sismondi.

Por supuesto, no vamos a exponer aquí la teoría contemporánea (es decir, la de Marx) sobre la producción con máquinas. Remitimos al lector aunque sólo sea a la antemencionada investigación de N. Zíber[103], cap. X: *Las máquinas y la gran industria y sobre todo*, el capítulo XI: *Análisis de la teoría de la producción mecanizada***. Indicaremos sólo de la manera más sucinta su fondo. Se reduce a dos puntos: primero, al análisis histórico que ha fijado el lugar de la producción mecanizada entre las otras fases de desarrollo del capitalismo y la relación de la industria mecanizada con estas fases precedentes (cooperación capitalista simple y manufactura capitalista); segundo, al análisis de la función de las máquinas en la economía capitalista y, sobre todo, al análisis de la transformación de todas las condiciones de vida de la población operada por la industria mecanizada. En cuanto al primer punto, la teoría ha dejado sentado que la industria mecanizada no es sino una fase (a saber, la superior) de la producción capitalista y ha mostrado que surgió de la manufactura. En cuanto al segundo, ha hecho constar que la industria mecanizada es un progreso

---

* Ya hemos visto en varias ocasiones que Efrusi ha procurado introducir *en todas partes* esta comparación de Sismondi con la teoría contemporánea.

** "A decir verdad -declara Zíber al comienzo de este capítulo-, la doctrina expuesta sobre las máquinas y la gran industria constituye una fuente tan inagotable de ideas nuevas e investigaciones originales que si a alguien se le ocurriese sopesar enteramente las ventajas relativas de esta doctrina tendría que escribir todo un libro sobre este solo tema" (pág. 473).

gigantesco de la sociedad capitalista y no sólo porque acrecienta en medida enorme las fuerzas productivas y socializa el trabajo en toda la sociedad*, sino también porque destruye la división manufacturera del trabajo, hace necesario el paso de los obreros de unas ocupaciones a otras, suprime definitivamente las atrasadas relaciones patriarcales, sobre todo en el campo**, y da un fortísimo impulso al progreso de la sociedad tanto por las causas indicadas como por la concentración de la población industrial. Este progreso va acompañado también, lo mismo que todos los progresos del capitalismo, de un "progreso" de las contradicciones, es decir, de un enconamiento y una ampliación de las mismas.

El lector quizás pregunte qué interés tiene el análisis de las ideas de Sismondi sobre un problema tan conocido por todos y la enunciación tan sucinta de la teoría contemporánea, que todos "conocen" y con la que todos "están de acuerdo".

Pues bien, para ver si "están de acuerdo", tomemos ahora al economista populista más destacado, al señor N.-on, que pretende ser de los que aplican estrictamente la teoría contemporánea. En sus *Ensayos*, como sabemos, el señor N.-on se impuso la tarea especial de estudiar la capitalización de la industria textil rusa, que se caracteriza precisamente por el mayor empleo de máquinas.

Cabe preguntar, ¿qué punto de vista comparte el señor N.-on en este problema? ¿El de Sismondi (afín, corno hemos visto, respecto a muchos aspectos del capitalismo) o el de la teoría contemporánea? ¿Es romántico o... realista*** en un problema de tanta importancia?

Hemos visto que lo primero que distingue a la teoría contemporánea es el análisis histórico de cómo la industria mecanizada surgió de la manufactura capitalista. ¿Planteó el señor N.-on el problema del surgimiento de la industria mecanizada rusa? No. Señaló, por cierto, que estuvo precedida del trabajo a domicilio para el capitalista y de la "fábrica" manual****; pero, lejos de explicar la relación de la industria mecanizada con su fase precedente, ni siquiera "notó" que, según la terminología científica, *la fase anterior* (producción manual a domicilio o en el taller del capitalista), que debe caracterizarse indudablemente como *manufactura capitalista******, no podía ser denominada *fábrica*.

No crea el lector que esta "laguna" es de poca monta. Todo lo contrario. Su importancia es inmensa. Primero, el señor N.-on identifica de esa manera *el capitalismo* con *la industria mecanizada*. Eso es un error de bulto. La importancia de la teoría científica estriba precisamente en que explicaba el verdadero lugar de la industria mecanizada como *una fase* del capitalismo. Si el señor N.-on hubiese compartido el punto de vista de *esta teoría*, ¿habría podido hacer pasar el crecimiento y la victoria de *la industria mecanizada por "la lucha de dos formas de economía"*: una desconocida, "basada en la posesión de los medios de producción por el campesinado"******, y el "capitalismo" (págs. 2, 3, 66, 198, etc.), en tanto que vemos en realidad *la lucha de la industria mecanizada contra la manufactura capitalista*? El señor N.-on no ha dicho una sola palabra de esa lucha, si bien era precisamente en la industria textil, elegida adrede para su estudio (pág. 79), según afirma él mismo, donde justamente transcurría esa sucesión de las *dos formas de capitalismo* que él presenta deformada como sustitución de la "producción popular" por el "capitalismo". ¿No es evidente que, en el fondo, no le interesaba lo más mínimo sise desarrollaba *en realidad* la industria mecanizada y que tras el término de "producción popular" se oculta una utopía completamente del gusto de Sismondi? Segundo, si el señor N.-on hubiera planteado la cuestión del desarrollo histórico de la industria mecanizada rusa, ¿habría podido hablar de "implantación del capitalismo" (págs. 331, 283, 323 y otras), basándose en hechos de apoyo y ayuda gubernamental, hechos que también sucedieron en Europa? Cabe preguntar: ¿imita a Sismondi, quien habló exactamente igual de "implantación", o al representante de la teoría contemporánea, que estudió la sustitución de la manufactura con la industria mecanizada? Tercero, si el señor N.-on hubiera planteado la cuestión del desarrollo histórico de las formas del capitalismo en Rusia (en la industria textil), ¿habría podido dar de

* Al comparar la "combinación del trabajo" en la comunidad y con la sociedad capitalista con la industria mecanizada, Zíber observa con plena razón: "Entre el "sumando" comunidad y el "sumando" sociedad con producción mecanizada existe aproximadamente la misma diferencia que, por ejemplo, entre la *unidad 10 y la unidad 100* (pág. 495).

** Zíber, op. cit., pág. 467.

*** La palabra "realista" se emplea aquí en lugar de *marxista* exclusivamente para burlar la censura. Por el mismo motivo han sido sustituidas las citas de *El Capital* con otras del libro de Zíber, que refirió *El Capital* de Marx. (Nota del autor a la edición de 1908. *N. de la Edit.*)

**** Pág. 108. Cita de *Recopilación de datos estadísticos de la provincia de Moscú*, t. VII, fascículo III, pág. 32 (los estadísticos resumen aquí el libro de Korsak *De las formas de industria*): "La organización misma de la industria ha cambiado por completo desde 1822; en vez de productores artesanos individuales, los campesinos se hacen sólo ejecutores de algunas operaciones de la gran producción fabril, limitándose a cobrar por tarea realizada".

***** Zíber señalaba con sobrada razón que no se puede usar la terminología corriente (taller, fábrica, etc.) para las investigaciones científicas y que es necesario diferenciar la industria mecanizada de la manufactura capitalista: pág. 474.

****** N.-on, pág. 322. ¿Se distingue esto lo más mínimo de la idealización que hacía Sismondi de la hacienda campesina patriarcal?

lado la existencia de la manufactura capitalista en las "industrias de oficio" rusas?[*] Y si hubiera seguido *de verdad* la teoría e intentado someter ligeramente al análisis científico aunque sólo fuese un rinconcito de esta "producción popular", ¿qué habría quedado de su cuadro de la economía social rusa, tan burdamente pintarrajeado, en el que se representa una nebulosa "producción popular" y un "capitalismo" desligado de ella que sólo abarca a "un puñado" de obreros? (pág. 326 y otras).

Resumamos: en cuanto al primer punto, que constituye la diferencia existente entre la teoría contemporánea y la teoría romántica de la industria mecanizada, el señor N.-on *en modo alguno puede ser tenido por adepto de la primera*, pues no entiende siquiera la necesidad de plantear el problema del surgimiento de la industria mecanizada como *fase peculiar del capitalismo* y silencia la existencia de la manufactura capitalista fase del capitalismo precedente al maquinismo. En lugar de un análisis histórico, introduce subrepticiamente la utopía de la "producción popular".

El segundo punto se refiere a la teoría contemporánea de la transformación de las relaciones sociales por la industria mecanizada. El señor N.-on no ha intentado siquiera analizar este problema. Se ha quejado mucho del capitalismo, ha lamentado que apareciese la fábrica (exactamente igual que lo lamentó Sismondi), pero no ha tratado siquiera de estudiar la transformación de las condiciones sociales operada por la fábrica[**]. Para ello habría sido precisamente necesario comparar la industria mecanizada con *las fases precedentes*, de las que nada dice el señor N.-on. De idéntica manera repudia por completo el punto de vista de la teoría contemporánea de que el maquinismo es un factor de progreso *de la sociedad capitalista dada*. Y una vez más elude plantear este problema[***], y *ni aun plantearlo podía*, ya que es sólo resultado del estudio histórico de la sustitución *de una forma de capitalismo* por otra, en tanto que para el señor N.-on el "capitalismo" sustituye *tout court*[****] a... la "producción popular".

Si, *basándonos en la "investigación" del señor N.-on sobre la capitalización de la industria textil en Rusia*, le preguntásemos qué le parecen las máquinas, no podríamos obtener otra respuesta que la que ya conocemos por Sismondi. El señor N.-on reconoce que las máquinas aumentan la productividad del trabajo (¡no faltaría más que no lo reconociese!), lo mismo que lo reconocía Sismondi. El señor N.-on dice, como nos lo decía también Sismondi, que lo pernicioso es el empleo capitalista de las máquinas, y no las propias máquinas. El señor N.-on cree, como opinaba Sismondi, que "nosotros" hemos perdido de vista, al emplear las máquinas, que la producción debe corresponder a la "capacidad de consumo popular".

Y eso es todo. El señor N.-on no opina nada más. No quiere ni oír hablar de los problemas que planteó y resolvió la teoría contemporánea, pues no ha intentado siquiera estudiar ni la sucesión histórica de las diversas formas de producción capitalista en Rusia (aunque sólo sea en el ejemplo aducido de la industria textil), ni la función de las máquinas como factor de progreso en el régimen capitalista *dado*.

¿Así pues, el señor N.-on sustenta asimismo el criterio de Sismondi en lo que respecta a las máquinas, este importantísimo problema de la teoría económica. *Piensa exactamente igual que un romántico*, lo que en modo alguno le impide, por supuesto, citar y volver a citar.

Eso no se refiere sólo al ejemplo de la industria textil, sino a todos los razonamientos del señor N.-on. Recordemos, aunque sólo sea, el antedicho ejemplo de la producción harinera. La alusión al empleo de máquinas sirve al señor N.-on de pretexto para lamentaciones sentimentales acerca de que el aumento de la productividad del trabajo no corresponde "a la capacidad de consumo popular". No se le pasó siquiera por las mentes analizar las transformaciones sociales que, en general, introduce la industria mecanizada (y que ha introducido realmente en Rusia). Y no comprende en absoluto si estas máquinas han sido un progreso en la sociedad capitalista dada[*****].

Lo dicho acerca del señor N.-on se refiere a *fortiori*[******] a los restantes economistas populistas: en el problema de las máquinas, el populismo sigue compartiendo hasta hoy el punto de vista del romanticismo pequeñoburgués, sustituyendo el análisis económico por deseos sentimentales.

---

[*] Suponemos que no es necesario demostrar aquí este hecho conocido de todos. Vale la pena recordar la pequeña industria cerrajera de Pávlovo, la de curtidos de Bogorodsk, la de calzado de Kimri, la de gorros del distrito de Molvítino, las de acordeones y samovares de Tula, las de orfebrería de Krásnoie Seló y Ríbilaya Slobodá, la de cucharas de Semiónov, la de artículos de cuerno de "Ustiánschina", la de fieltro del distrito de Semiónov, provincia de Nizhni-Nóvgorod, etc. Citamos de memoria: si tomamos cualquier estudio de las industrias de oficio, la lista se puede prolongar hasta lo infinito.

[**] Rogamos no se olvide que el valor científico de este término no es el corriente. La ciencia limita su aplicación a la gran industria mecanizada.

[***] Como lo planteó, por ejemplo, A. Volguin en el libro *Fundamentación del populismo en las obras del señor Vorontsov* (V. V.), San Petersburgo, 1896.

[****] Sin más ni más. (*N. de la Edit.*)

[*****] En el texto se trazan, basadas en la teoría de Marx, las tareas de la crítica de las concepciones del señor N.-on que luego cumplí yo en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. (Nota del autor a la edición de 1908. *N. de la Edit.*)

[******] Con mayor razón. (*N. de la Edit.*).

**10. El proteccionismo** [104]

El último problema teórico que nos interesa en el sistema de concepciones de Sismondi es el del proteccionismo. En los *Nouveaux Principes* se dedica a este problema bastante atención, pero es tratado allí más bien en el aspecto práctico, con motivo del movimiento contra las leyes cerealistas en Inglaterra. Más adelante estudiaremos este problema, pues incluye otros de mayor amplitud. Por el momento nos interesa sólo *el punto de vista* de Sismondi sobre el proteccionismo. El interés de este problema no estriba en algún otro concepto económico nuevo de Sismondi que no se haya tratado en la exposición anterior, sino en cómo comprendía él la conexión entre la "economía" y la "superestructura". Efrusi asevera a los lectores de *Rússkoie Bogatstvo* que Sismondi "es uno de los precursores primeros y de más talento de la escuela histórica contemporánea", que se subleva "contra el aislamiento de los fenómenos económicos de todos los demás factores sociales". "En los trabajos de Sismondi se expone la idea de que los fenómenos económicos no deben quedar aislados de los otros factores sociales, que deben estudiarse en relación con los hechos de carácter sociopolítico" (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, págs. 38-39). Veamos en el ejemplo aducido cómo entendía Sismondi la conexión de los fenómenos económicos con los sociopolíticos.

"Las prohibiciones de la importación -dice Sismondi en el capítulo *De las aduanas* (libro IV, cap. XI)- son tan imprudentes y tan ruinosas como las prohibiciones de la exportación. Han sido inventadas para proporcionar a la nación una manufactura que aún no posee; y no se puede negar que, para una industria incipiente, equivalen a la más fuerte prima de estímulo. Esta manufactura quizás produzca apenas la centésima parte del total de mercancías análogas consumidas por la nación: pero cien compradores han de rivalizar entre sí para obtener la preferencia del único vendedor, y los noventa y nueve que éste ha rechazado se verán obligados a surtirse de mercancías de contrabando. En este caso, la pérdida de la nación será de cien, y la ganancia de uno. Cualquiera que sea la ventaja que una manufactura nueva pueda proporcionar a una nación, son sin duda pocas las que merecen sacrificios tan grandes, y siempre se podrán hallar medios menos costosos para ponerla en funcionamiento" (t. I, págs. 440-441).

He aquí con qué sencillez resuelve Sismondi este problema: ¡el proteccionismo es "imprudente" porque la "nación" pierde con él!

¿De qué "nación" habla nuestro economista? ¿Con qué relaciones económicas compara el hecho sociopolítico dado? No toma ninguna relación concreta, razona *en general* sobre la nación, sobre *cómo ha de ser ésta según la idea que él tiene de lo que debe ser*. Y como ya sabemos, esta idea se basa en la exclusión del capitalismo y en el predominio de la pequeña producción independiente.

Pero comparar un factor sociopolítico referente a un régimen dado de economía, y sólo a él, con otro régimen imaginario es un absurdo completo. El proteccionismo es "un factor sociopolítico" del capitalismo, y Sismondi lo compara con cierta nación en general (o con una nación de pequeños productores independientes) y no con el capitalismo. Habría podido comparar el proteccionismo hasta con la comunidad india y obtener una "imprudencia" o una "nocividad" más evidentes aún; pero esta "imprudencia" se referiría exactamente igual a su comparación, y no al proteccionismo. Sismondi aduce un calculejo pueril para demostrar que el proteccionismo redunda en beneficio de muy pocos a expensas de los muchos. Mas eso no necesita demostración, ya que resulta evidente del propio concepto de proteccionismo (tanto si se trata de una prima directa como de suplantar a los competidores extranjeros). Es indiscutible que el proteccionismo expresa una contradicción social. Pero ¿es que no hay contradicciones en la vida económica del régimen que ha dado origen al proteccionismo? Por el contrario, esta vida está llena de contradicciones, y el propio Sismondi las señaló a lo largo de toda su exposición. En lugar de *deducir* esta contradicción de las que él mismo registró en el régimen económico, *hace caso omiso* de las contradicciones económicas y transforma su razonamiento en un "candoroso deseo" sin el menor contenido. En lugar de comparar esta institución que ofrece ventajas a un grupo reducido, según sus propias palabras, con la situación de este grupo en toda la economía del país y con los intereses de este mismo grupo, lo compara con una tesis abstracta sobre el "bien general". Vemos, por tanto, que, contra el aserto de Efrusi, Sismondi *aísla* precisamente los fenómenos económicos de los restantes (examinando el proteccionismo desvinculado del régimen económico) y *no comprende* en absoluto *la relación* existente entre los hechos económicos y los sociopolíticos. La perorata que hemos aducido contiene *todo* lo que Sismondi puede dar, como teórico, sobre el proteccionismo: lo demás no es sino un relato de lo mismo. "Se puede poner en duda que ellos (los gobiernos) conocieran bien el precio al que han comprado esta ventaja (el desarrollo de la manufactura) y los enormes sacrificios que han impuesto a los consumidores" (t. I, págs. 442-443). "Los gobiernos de Europa han querido hacer violencia a la naturaleza" (*faire violence à la nature*). ¿A qué naturaleza? ¿No será a la del capitalismo a la que "hace violencia" el proteccionismo? "Se ha obligado a la nación, en cierto modo (*en quelque sorte*), a una falsa actividad" (t. I, pág. 448). "Algunos gobiernos han llegado hasta a pagar a sus comerciantes para que puedan vender más barato; cuanto más extraño y contrario a los cálculos de mayor sencillez era este sacrificio tanto más se atribuía a razones de alta política... Los

gobiernos pagan a sus comerciantes a expensas de sus súbditos" (t. I, pág. 421), etc., etc. ¡Tales son los razonamientos que nos ofrenda Sismondi! En otros pasajes, como si sacase consecuencias de estos razonamientos, denomina el capitalismo régimen "artificioso" y "opulencia facticia" (t. I, pág. 379, *opulence factice*), planta "de invernadero" (t. II, pág. 456), etc. Tras de haber comenzado por exponer candorosos deseos en lugar de hacer un análisis de las contradicciones concretas, llega a la deformación directa de la realidad para ajustarla a esos deseos. Así resulta que la industria capitalista, "estimulada" con tanto celo, es débil, carece de base, etc., y no desempeña una función preponderante en la economía del país, que esta función preponderante pertenece, *por tanto*, a la pequeña producción, etc. El hecho indudable e indiscutible de que el proteccionismo debe su origen sólo a un régimen económico determinado y a unas contradicciones determinadas de este régimen, de que expresa los intereses reales de una clase real que desempeña el papel *preponderante* en la economía nacional ¡es reducido a la nada e incluso convertido en su contrario mediante unas cuantas frases sentimentales! Ahí va un dechado más (de proteccionismo agrícola, t. I, pág. 265, capítulo de las leyes cerealistas):

"Los ingleses nos presentan sus grandes haciendas como único medio de perfeccionar la agricultura, es decir, de procurarse una abundancia mayor de productos rurales más baratos; pero en realidad los producen, por el contrario, a precio más elevado..."

¡Este pasaje, que muestra con tanto realce la manera de pensar de los románticos, totalmente asimilada por los populistas rusos, es típico en grado sumo! El desarrollo de las haciendas capitalistas y el progreso técnico relacionado con él son presentados como un sistema introducido premeditadamente: los ingleses (es decir, los economistas ingleses) presentan este sistema de perfeccionamiento de la agricultura como medio único. Sismondi quiere decir que "podría haber" también otros medios de elevarla, además de las haciendas capitalistas; o sea, de nuevo "podría haber" en cierta sociedad abstracta y no en la sociedad real de un período histórico determinado, "sociedad" que se basa en la economía mercantil, de la que hablan los economistas ingleses y de la que también debiera hablar Sismondi. "Perfeccionar la agricultura, *es decir*, procurarse (¿procurar a la nación?) una abundancia mayor de productos". Nada de "es decir". Perfeccionar la agricultura y mejorar las condiciones de alimentación de las masas no es en absoluto lo mismo; es no sólo posible, sino incluso necesario que en el régimen económico del que Sismondi quiere desentenderse con tanto ahínco no coincidan estas dos cosas. Por ejemplo, la ampliación de los sembrados de patatas puede implicar una elevación del rendimiento del trabajo en la agricultura (paso al cultivo de plantas de raíces y tubérculos nutritivos) y un incremento de la plusvalía a la par que un empeoramiento de la alimentación de los obreros. Desentenderse de las contradicciones de la vida real con palabras sigue siendo el mismo método del populista... digo, del romántico.

"En realidad -prosigue Sismondi-, esos arrendatarios tan ricos, tan inteligentes, tan respaldados (*secondés*) por todos los progresos de la ciencia, con tiros de caballos tan bonitos, cercas tan sólidas y campos tan bien escardados, no pueden resistir la competencia del mísero campesino polaco, ignorante y embrutecido por la esclavitud, que se refugia en la bebida y lleva una agricultura que aún se encuentra en la infancia del arte. El trigo recogido en el centro de Polonia, después de haber pagado los gastos de un transporte de varios centenares de leguas por ríos, tierra y mar, después de haber desembolsado en concepto de aranceles del 30 al 40 % de su valor, es aún más barato que el de los condados más ricos de Inglaterra" (t. I, pág. 265). "Este contraste confunde a los economistas ingleses". Echan las culpas a los impuestos, etc. Pero el mal no está en ellos. "Lo nocivo es el propio sistema de explotación que se asienta en una base peligrosa... Este sistema es el mismo que todos los autores han presentado recientemente a nuestra admiración y que nos importa, por el contrario, conocer bien para guardarnos de imitarlo" (t. 1, pág. 266).

¿Verdad que es infinitamente candoroso este romántico que tilda el capitalismo inglés (su sistema de cultivo de la tierra en grandes haciendas arrendadas) de sistema erróneo de los economistas y se imagina que "la confusión" de éstos, que cierran los ojos ante las contradicciones de la agricultura llevada en arriendos capitalistas, es argumento suficiente *contra* los arrendatarios? ¡Qué superficial es su comprensión, que no busca la explicación de los procesos económicos en los intereses de los diversos grupos, sino en los descarríos de los economistas, de los autores de escritos y de los gobiernos! ¡El bueno de Sismondi quiere apelar a la conciencia de los arrendatarios ingleses y ponerlos en vergüenza, y con ellos a los del continente, para que no "imiten" sistemas tan "nocivos"!

Por cierto, no se olvide que esto fue escrito hace setenta años y que Sismondi contempló los primeros pasos de estas relaciones, aún completamente nuevas a la sazón. *Su* candor aún es perdonable, ya que también los economistas clásicos (contemporáneos suyos) tenían, con no menos candor estas nuevas relaciones por producto de las propiedades eternas y naturales de la condición humana. Pero nosotros preguntamos: ¿han agregado nuestros populistas, en sus "objeciones" contra el capitalismo que se está desarrollando en Rusia, aunque sólo sea una palabreja original a los argumentos que esgrimió Sismondi?

Así pues, las disquisiciones de Sismondi sobre el proteccionismo muestran que él no comparte en absoluto el punto de vista histórico. Al contrario,

piensa igual que los filósofos y economistas del siglo XVIII, de manera abstracta por completo, distinguiéndose de ellos sólo en que declara normal y natural no la sociedad burguesa, sino la de los pequeños productores independientes. Por eso no comprende en absoluto el nexo existente entre el proteccionismo y un régimen económico determinado y se desentiende de esta contradicción en el campo sociopolítico con las mismas frases sentimentales sobre lo "desatinado", lo "peligroso", lo erróneo, lo imprudente, etc., que empleó también para desentenderse de las contradicciones implícitas en la actividad económica. De ahí que pinte las cosas de manera tan superficial, presentando el problema del proteccionismo y del *free trade*[105] como problema de la vía "desacertada" o "certera" (o sea, según su terminología, como problema de la vía capitalista o no capitalista).

La teoría contemporánea ha descubierto por entero estos descarríos, mostrado que el proteccionismo va ligado a un régimen histórico determinado de economía social, a los intereses de la clase preponderante en dicho régimen, que son los apoyados por el gobierno. Ha mostrado que el problema del proteccionismo y de la libertad de comercio existe entre los patronos (unas veces entre los patronos de varios países, otras veces entre diversas fracciones de patronos de un mismo país).

Al comparar con estos dos puntos de vista sobre el proteccionismo la opinión que de él tienen los economistas populistas, vemos que éstos comparten asimismo por entero la opinión de los románticos, que no confrontan el proteccionismo con un país capitalista, sino con una nación abstracta de "consumidores" *tout court*, declarando que el proteccionismo es un apoyo "erróneo" e "imprudente" a un capitalismo "de invernadero", etc. Por ejemplo, en el problema de la importación de máquinas agrícolas sin aranceles, que motiva un conflicto entre los patronos industriales y los rurales, los populistas, *por supuesto*, defienden a capa y espada a... los segundos. No queremos decir que no tengan razón. Pero es una cuestión de hecho, una cuestión de momento histórico dado, de qué fracción de patronos expresa los intereses más generales del desarrollo del capitalismo. Si los populistas tienen razón, es claro que no será porque la imposición de aranceles signifique "un apoyo artificioso al capitalismo", y su supresión un apoyo a la industria popular "prístina", sino simplemente porque el desarrollo del capitalismo agrario (que necesita máquinas), al acelerar la extinción de las relaciones medievales en el campo y la creación de un mercado interior para la industria, implica un desarrollo más amplio, libre y rápido del capitalismo en general.

Prevemos una objeción por haber incluido en este problema a los populistas entre los románticos. Tal vez se diga que aquí es preciso hablar aparte del señor N.-on, pues dice explícitamente que el problema de la libertad de comercio y del proteccionismo es un problema capitalista, y lo repite en varias ocasiones, incluso respaldándose con una "cita"... ¡Sí, sí, el señor N.-on incluso se respalda con citas! Pero si nos aducen ese pasaje de sus *Ensayos*, nosotros aduciremos *otros pasajes* en los que declara que apoyar al capitalismo es "implantarlo" (¡lo hace, además, en *Resultados y deducciones*!, págs. 331, 323 y también 283) y explica el estímulo al capitalismo como "extravío funesto" debido a que "hemos perdido de vista", "hemos olvidado", "nos han ofuscado", etc. (pág. 298. ¡Compárese con Sismondi!) ¿Cómo concordar esto con el aserto de que el apoyo al capitalismo (con primas de exportación) es "una de las múltiples contradicciones que llenan nuestra vida económica"*, y de que, "lo mismo que todas las demás, debe su existencia a la forma adoptada por toda la producción" (pág. 286)? Fíjense bien: ¡*por toda la producción*! Preguntamos a cualquier persona imparcial: ¿qué punto de vista sostiene el autor que califica de "extravío" el apoyo "a *la forma adoptada por toda la producción*"? ¿El de Sismondi o el de la teoría científica? Aquí (lo mismo que en las cuestiones analizadas anteriormente) las "citas" del señor N.-on son interpolaciones extrañas y torpes que en nada expresan la verdadera convicción del autor de que estas "citas" se puedan aplicar a la realidad rusa. Las "citas" del señor N.-on son un rótulo de la teoría contemporánea que no hace sino inducir a error a los lectores. Son un ropaje mal puesto de "realista" con el que se disfraza un romántico de pura cepa**.

### 11. Significación general de Sismondi en la historia de la economía política

Conocemos ya todas las tesis principales de Sismondi referentes a la economía teórica. Al hacer el resumen, vemos que Sismondi se mantiene en todas partes absolutamente fiel a sí mismo, que no cambia de opinión. Se distingue de los clásicos en todos los puntos porque señala las contradicciones del capitalismo. Esto, por una parte. Por otra, en ningún punto puede (ni quiere) continuar el análisis de los clásicos y por eso se limita a hacer una crítica

---

* Exactamente igual que los *Ensayos* "están llenos" de exhortaciones a "nosotros", invocaciones a "nosotros" y frases semejantes que dan de lado estas contradicciones.

** Sospechamos que el señor N.-on tiene estas "citas" por un talismán protector contra cualquier crítica. De otra manera es difícil explicarse que, sabiendo por los señores Struve y Tugán-Baranovski que su teoría es comparada con la doctrina de Sismondi, "citara" en uno de sus artículos de *Rússkoie Bogatstvo* (1894, núm. 6, pág. 88) la opinión de un representante de la teoría contemporánea que incluye a Sismondi entre los reaccionarios pequeñoburgueses y utopistas[106]. Sin duda está profundamente convencido de que con tal "cita" "ha refutado" la comparación de su propia persona con Sismondi.

sentimental del capitalismo desde el punto de vista del pequeño burgués. Tal sustitución del análisis científico por quejas y lamentaciones sentimentales da lugar a la extraordinaria superficialidad de su visión. La teoría contemporánea corroboró las contradicciones del capitalismo que él señaló, pero hizo extensivo a ellas el análisis científico y llegó en todos los puntos a conclusiones que divergen cardinalmente de las de Sismondi, por lo que llevan a un punto de vista diametralmente opuesto sobre el capitalismo.

En la *Crítica de algunas tesis de la economía política* (*Zur Kritik*[107], trad. al ruso, Moscú, 1896) se caracteriza como sigue la significación general de Sismondi en la historia de la ciencia:

"Sismondi se ha desprendido ya de la concepción de Boisguillebert de que el trabajo que crea valor de cambio se ve deformado por el dinero, pero denuncia el gran capital industrial lo mismo que Boisguillebert denunciaba el dinero" (pág. 36).

El autor quiere decir: lo mismo que Boisguillebert consideraba superficialmente que el intercambio de mercancías es un régimen natural, rebelándose contra el dinero, en el que veía un "elemento extraño" (ibíd., pág. 30), Sismondi tenía la pequeña producción por un régimen natural, rebelándose contra el gran capital, en el que veía un elemento extraño. Boisguillebert no comprendía el nexo indisoluble y natural existente entre el dinero y el intercambio de mercancías, no comprendía que colocaba en oposición, como elementos extraños, dos formas de "trabajo burgués" (ibíd., págs. 30-31). Sismondi no comprendía el nexo indisoluble y natural existente entre el gran capital y la pequeña producción independiente, no comprendía que son dos formas de economía mercantil. Boisguillebert, "al rebelarse contra el trabajo burgués en una de sus formas", "caen una utopía y ensalza este trabajo en su otra forma" (ibíd.): Sismondi al rebelarse contra el gran capital, es decir, contra la economía mercantil en una de sus formas, justamente en la más desarrollada, cae en una utopía y ensalza al pequeño productor (sobre todo al campesino), o sea, la economía mercantil en otra forma, en su forma sólo embrionaria.

"Si con Ricardo -prosigue el autor de la *Crítica*- la economía política saca sin miramientos su última deducción, culminando así, Sismondi agrega algo más a ese resultado, expresando en sí mismo las dudas de ella" (pág. 36).

Así pues, el autor de la *Crítica* reduce la significación de Sismondi a *haber planteado el problema* de las contradicciones del capitalismo, y, con ello, la misión de seguir analizándolo. El citado autor estima que ninguna de las opiniones independientes de Sismondi, quien también quiso *dar respuesta* a esta cuestión, es científica, que todas son superficiales y reflejos de su reaccionaria visión pequeñoburguesa (véanse los comentarios antes reproducidos y otro más que sigue, relacionado con una "cita" de Efrusi).

Al comparar la doctrina de Sismondi con el populismo, vemos una sorprendente identidad en casi todos los puntos (excepto el de la negación de la teoría de la renta de Ricardo y los sermoneos maltusianos para los campesinos), identidad que a veces llega hasta el empleo de las mismas expresiones. Los economistas populistas comparten íntegramente el criterio de Sismondi. Nos convenceremos de ello más aún cuando pasemos de la teoría de Sismondi a lo que él opina de algunas cuestiones prácticas.

Por último, y en cuanto a Efrusi, éste no dio ni una vez en el clavo con los juicios que emitió sobre Sismondi. Al señalar el hincapié que Sismondi hacía en las contradicciones del capitalismo y la condena de las mismas, Efrusi no comprendió en absoluto ni la marcada diferencia que hay entre la teoría de Sismondi y la teoría del materialismo científico ni la oposición diametral existente entre la visión romántica y la científica del capitalismo. La simpatía del populista por el romántico y la conmovedora unanimidad de los dos han impedido al autor de los artículos publicados en *Rússkoie Bogatstvo* caracterizar con acierto a este representante clásico del romanticismo en la ciencia económica.

Acabamos de citar un juicio sobre Sismondi en el que se dice que él expresaba "en sí mismo las dudas de ella" (de la economía clásica).

Pero Sismondi no pensaba siquiera limitarse a desempeñar ese papel (que le otorga un lugar honroso entre los economistas). Como hemos visto, procuraba disipar las dudas, si bien con muy poca fortuna. Es más, acusaba a los clásicos y su ciencia, y no porque ésta se hubiese detenido ante el análisis de las contradicciones, sino porque, a juicio suyo seguía métodos erróneos. "La vieja ciencia no nos enseña a comprender ni a prevenir las nuevas calamidades (t. I, pág. XV), dice Sismondi en el prólogo a la segunda edición de su libro, explicando este hecho no porque el análisis de la ciencia tratada sea incompleto e inconsecuente, sino porque, al parecer, "se ha puesto a hacer abstracciones" (t. I, pág. 55: los nuevos discípulos de A. Smith en Inglaterra se han puesto (*se sont jetés*) a hacer abstracciones, perdiendo de vista al "hombre") y "sigue un camino desacertado" (t. II, pág. 448). ¿En qué estriban, pues, las acusaciones de Sismondi a los clásicos que le permiten sacar esa consecuencia?

"Los economistas más célebres dedicaban poquísima atención al consumo y a la venta" (t. I, pág. 124).

Esta acusación se ha repetido infinidad de veces desde los tiempos de Sismondi. Se estimaba necesario separar "el consumo" de "la producción" como apartado especial de la ciencia; se decía que la producción obedece a leyes naturales, en tanto que el consumo depende de la distribución, y ésta de la voluntad de los hombres, etc., etc. Como se sabe,

nuestros populistas sustentan las mismas ideas y colocan en primer término la distribución*.

¿Qué sentido tiene, pues, esta acusación? Se basa sólo en una visión sumamente anticientífica del propio objeto de la economía política. Su objeto no es, ni mucho menos, "la producción de valores materiales", como se dice a menudo (tal es el objeto de la tecnología), sino las relaciones sociales de los seres humanos en la producción. Sólo entendiendo "la producción" en el primer sentido se puede separar de ella "la distribución", y entonces en el "apartado" de la producción, en vez de categorías de formas de economía social históricamente determinadas, figurarán categorías relativas al proceso de trabajo en general: por lo común, trivialidades sin sentido como ésas no sirven luego más que para velar las condiciones históricas y sociales. (Valga de ejemplo, aunque sólo sea, el concepto de capital.) Si somos consecuentes y conceptuamos "la producción" como relaciones sociales de producción, entonces tanto "la distribución" como "el consumo" pierden toda importancia independiente. Una vez aclaradas las relaciones de producción, queda explicada *por lo mismo* la parte del producto correspondiente a cada clase por separado y, por ende, "la distribución" y "el consumo". Y viceversa, si no se aclaran las relaciones de producción (por ejemplo, si no se entiende el proceso de producción del capital social en su conjunto), todos los razonamientos sobre el consumo y la distribución se convierten en trivialidades o en candorosos deseos románticos. Sismondi fue el primero que habló así. Rodbertus habló también mucho de "la distribución del producto nacional", y las autoridades "contemporáneas" de Efrusi han fundado hasta "escuelas" singulares, uno de cuyos principios ha sido dedicar atención especial a la distribución**. Mas ninguno de esos teóricos de "la distribución" y "el consumo" supo resolver siquiera el problema fundamental de cuál es la diferencia existente entre el capital social y la renta de la sociedad, todos siguieron perdiéndose en las contradicciones ante las que se detuvo A. Smith***. Logró resolver el problema sólo un economista que jamás hizo de la distribución cuestión aparte y que protestó con la mayor energía contra los razonamientos "vulgares" sobre "la distribución" (véanse las observaciones de Marx al programa de Gotha, citadas por P. Struve en *Notas críticas*, pág. 129, epígrafe al cap. IV). Más aún. La propia solución del problema estribaba en el análisis de *la reproducción* del capital social. El autor no hizo cuestión aparte ni del consumo ni de la distribución; pero tanto lo uno como lo otro se puso totalmente en claro por sí solo cuando se hubo llevado hasta el fin el análisis de *la producción*.

"El análisis científico del modo capitalista de producción demuestra que... las condiciones de distribución son esencialmente idénticas a las de producción, constituyen el reverso de estas últimas, pues tanto unas como otras presentan el mismo carácter histórico transitorio". "El salario presupone el trabajo asalariado y la ganancia, el capital. Estas formas concretas de distribución presuponen, en consecuencia, determinados caracteres (*Charaktere*) sociales en cuanto a las condiciones de producción y relaciones sociales determinadas de los agentes de la producción. Las relaciones concretas de distribución son, pues, simplemente la expresión histórica de determinadas relaciones de producción". "...Cada forma de distribución desaparece al desaparecer la forma determinada de producción a la que corresponde y de la cual emana".

"La teoría que sólo considera como históricas las

* Se entiende por sí solo que Efrusi tampoco perdía ocasión de elogiar a Sismondi por eso. "Lo que importa en la doctrina de Sismondi -leemos en, el núm. 8, pág. 56 de *Rússkoie Bogatstvo*- no es tanto algunas medidas especiales propuestas por él como el espíritu general que impregna todo su sistema. A despecho de la escuela clásica, promueve con singular fuerza los intereses de la distribución, y no los de la producción". Pese a sus reiteradas "invocaciones" a los economistas "contemporáneos", Efrusi no ha comprendido en absoluto la doctrina de éstos y continúa manoseando los absurdos sentimentales típicos de la crítica primitivista del capitalismo. También aquí quiere salvarse nuestro populista, comparando a Sismondi con "numerosos representantes destacados de la escuela histórica"; resulta que "Sismondi ha ido más lejos" (ibíd.), ¡y Efrusi se da por satisfecho del todo con eso! "Ha ido más lejos" que los catedráticos alemanes, ¿qué más quieren ustedes? Como todos los populistas, Efrusi procura trasladar el centro de gravedad hacia el hecho de que Sismondi criticara el capitalismo. Pero, a lo que se ve, el economista de *Rússkoie Bogatstvo* no tiene idea de que la crítica del capitalismo puede ser diferente, de que el capitalismo puede ser criticado tanto desde el punto de vista sentimental como desde el científico.

** Ingram aproxima con sobrada razón a Sismondi a los "socialistas de cátedra" (pág. 212, *Historia de la Economía Política*, Moscú, 1891) y declara con ingenuidad: "Nos hemos adherido ya (!!) a la concepción que Sismondi tiene del Estado como fuerza que debe preocuparse... de hacer extensivos los bienes de la unión social y del progreso contemporáneo, en la medida de lo posible, a todas las clases de la sociedad" (pág. 215). Ya hemos visto en el ejemplo del proteccionismo la profundidad que distingue a estas "concepciones" de Sismondi.

*** Véase, por ejemplo, el artículo *La renta*, de R. Meyer en el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* (trad. al ruso en la recopilación *Promíshlennost* ("La Industria"), que expone la impotente confusión reinante en los razonamientos de los catedráticos alemanes "contemporáneos" en torno a este tema. Es sintomático que R. Meyer, que se apoya directamente en A. Smith y cita en su bibliografía los mismos capítulos del tomo II de *El Capital* que contienen una refutación completa de Smith, no lo mencione en el texto.

relaciones de distribución, pero no las de producción, es, por una parte, el punto de vista de la crítica ya iniciada, pero tímida aún (inconsecuente, *befangen*), de la economía burguesa. Por otra parte, está basada en la confusión e identificación del proceso social de la producción con el simple proceso del trabajo, tal como podría ejecutarlo sin la menor ayuda de la sociedad un individuo colocado en un aislamiento anormal. Como el proceso de trabajo es sólo un proceso entre el hombre y la naturaleza, sus elementos simples son iguales en todas las formas sociales del desarrollo. Pero cada forma histórica concreta de este proceso sigue desarrollando las bases materiales y sus formas sociales". (*El Capital*, t. III, 2, págs. 415, 419, 420 del original alemán)[108].

No, ha tenido mejor suerte Sismondi en sus diatribas de otra índole contra los clásicos, diatribas que ocupan más espacio aun en sus *Nouveaux Principes*. "Sus nuevos discípulos (de A. Smith) en Inglaterra se han puesto a hacer abstracciones que nos hacen perder absolutamente de vista al hombre..." (t. I, pág. 55). Para Ricardo, "la riqueza lo es todo y los hombres no son absolutamente nada (t. II, pág. 331). "Ellos (los economistas partidarios de la libertad de comercio) han sacrificado a menudo los hombres y los intereses reales a una teoría abstracta" (t. II, pág. 457) y así sucesivamente.

¡Qué viejas son estas invectivas y qué nuevas al mismo tiempo! Me refiero a su renovación por los populistas, que han armado tanto jaleo con motivo del reconocimiento público de que el desarrollo capitalista de Rusia es su desarrollo auténtico, real e inevitable. ¿No repetían lo mismo de distintas maneras cuando hablaban a gritos de "la apología del poder del dinero", del "sociaburguesismo", etc.?[l09] Pues a ello puede aplicarse *en grado mucho mayor aún* que a Sismondi la observación hecha a la crítica sentimental del capitalismo en general: *Man schreie nicht zu sehr über den Zynismus! Der Zynismus liegt in der Sache, nicht in den Worten, welche die Sache bezeichnen!* ¡No gritéis tanto contra el cinismo! ¡El cinismo no está en las palabras que describen la realidad, sino en la realidad misma![110]

"En grado mucho mayor aún", decimos nosotros. Y lo decimos porque los románticos de Europa Occidental no tenían delante un análisis científico de las contradicciones del capitalismo; porque ellos fueron los primeros que las señalaron; porque fulminaron ("con palabras blandengues", por cierto) a quienes *no veían* esas contradicciones.

Sismondi arremetía contra Ricardo porque éste sacaba con franqueza implacable todas sus conclusiones de las observaciones y del estudio de la sociedad burguesa: formuló sin tapujos que la producción existía por la producción, que la fuerza de trabajo se convertía en una mercancía considerada como cualquier otra mercancía y que lo importante "para la sociedad" era sólo la renta neta, es decir, la magnitud de la ganancia*. Pero Ricardo decía la pura verdad: *en la realidad, todo es justamente así*. Si esta verdad hubiera parecido a Sismondi "una verdad vil", él no habría debido buscar las causas de esta vileza en la teoría de Ricardo ni arremeter en absoluto contra las "abstracciones"; sus exclamaciones contra Ricardo pertenecen por entero al dominio "del engaño que nos enaltece"..

¿Y nuestros románticos contemporáneos? ¿Piensan negar la realidad del "poder del dinero"? ¿Piensan negar que este poder es omnímodo y no sólo entre la población industrial, sino también entre la población rural, en cualquier "comunidad campesina" y en la aldehuela más remota que se quiera? ¿Piensan negar el vínculo inexorable de este hecho en la economía mercantil? No, ni siquiera han intentado ponerlo en duda. Simplemente, procuran no hablar de ello. Temen llamar a las cosas por su verdadero nombre.

Nosotros comprendemos perfectamente su temor: el reconocimiento explícito de la realidad privaría de toda base a la crítica sentimental (populista) del capitalismo. No es de extrañar que se lancen a la pelea con tanto arrojo, sin haber tenido siquiera tiempo de limpiar los pertrechos herrumbrosos del romanticismo. Tampoco lo es que no desdeñen medios y quieran hacer pasar la hostilidad a la crítica *sentimental* por hostilidad a la crítica en general. Pues se .baten por su derecho a la existencia.

Sismondi intentó incluso erigir su crítica sentimental en *método particular de la ciencia social*. Ya hemos visto que no reprochó a Ricardo

---

* Efrusi, por ejemplo, repite muy ufano las frases sentimentales de Sismondi acerca de que el aumento de la renta neta del patrono no es ninguna ganancia para la economía nacional, etc., reprochándole únicamente que "aún no lo reconocía de manera muy clara" (núm. 8, pág. 43).

¿No les placería comparar esto con los resultados del análisis científico del capitalismo?

La renta bruta (*Roheinkommen*) de la sociedad está formada por el salario + la ganancia + la renta del suelo. La renta neta (*Reineinkommen*) es la plusvalía.

"Si nos, fijamos en la renta de toda la sociedad, vemos que la renta nacional está formada por el salario, más las ganancias, más la renta del suelo, es decir, de la renta bruta. Sin embargo, esto es también una abstracción en el sentido de que toda la sociedad basada en la producción capitalista se coloca en el punto de vista capitalista y considera como renta nota sólo la que se compone de la ganancia y de la renta del suelo" (t. III, ap. 2, págs. 375-376)[111].

Así pues, el autor se adhiere totalmente a Ricardo y a su definición de "la renta neta" "de la sociedad", a esa misma definición que provocara la "famosa objeción" de Sismondi (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, pág. 44): ¿Cómo? ¿La riqueza lo es todo, y los hombres no son absolutamente nada?" (t. II, pág. 331). En la sociedad contemporánea es claro que sí.

por haberse detenido en su análisis objetivo ante las contradicciones del capitalismo (reproche que habría tenido fundamento), sino porque este análisis era *objetivo*. Sismondi decía que Ricardo "nos hace perder de vista al hombre". En el prólogo a la segunda edición de *Nouveaux Principes* leemos la siguiente parrafada:

"Me creo en el deber de protestar contra la manera, tan a menudo frívola, tan a menudo falsa, que tiene la gente de enjuiciar una obra de ciencia social. El problema que someten a solución es mucho más complicado que todos los procedentes de las ciencias naturales; y, al mismo tiempo, va dirigido tanto al corazón como a la razón" (t. I, pág. XVI). ¡Qué bien conoce el lector ruso estas ideas de la oposición entre las ciencias naturales y las ciencias sociales y de que estas últimas van dirigidas "al corazón"![*] Sismondi expresa aquí las mismas ideas que habían de ser "descubiertas de nuevo" varios decenios después en el oriente extremo de Europa por la "escuela rusa de sociólogos" y que luego figurarían como singular "método subjetivo en sociología"... Apela, por supuesto, lo mismo que nuestros sociólogos patrios, "tanto al corazón como a la razón"[**]. Pero ya hemos visto cómo el corazón del pequeño burgués ha triunfado sobre "la razón" del economista teórico en todos los problemas de mayor importancia.

**Postscriptum**[***]

La exactitud del juicio aquí emitido sobre el sentimental Sismondi en relación con el científicamente "objetivo" Ricardo está confirmada por completo con la opinión que Marx expuso en el segundo tomo de las *Teorías de la plusvalía*, aparecido en 1905 (*Theorien über den Mehrwert*, II. B. I. T., S. 304 u. ff. *Bemerkungen über die Geschichte der Entdeckung des sogenannten Ricardoschen Gesetzes*[****]). Oponiendo Ricardo, como hombre de ciencia, a Malthus, miserable plagiario, abogado a sueldo de los potentados y sicofante desvergonzado, Marx dice:

"Ricardo reputa el modo de producción capitalista, y con razón en cuanto a su tiempo, como el más beneficioso para la producción en general, como el más conveniente para la creación de riqueza. Quiere la producción por la producción misma, y está en lo justo. Quien pretenda afirmar, como han hecho algunos adversarios sentimentales de Ricardo, que la producción como tal no constituye un fin en sí, olvida que *la producción por la producción* misma no significa sino el desarrollo de las fuerzas productivas humanas, o sea, *el desarrollo de la riqueza de la naturaleza humana, como fin en sí*. Quienes, como Sismondi, contraponen a este fin el bienestar del individuo, sólo afirman en realidad que se debe *frenar* el desarrollo de la especie humana para asegurar el del individuo; que, por ejemplo, no se debería tolerar ninguna guerra, ya que en todas las guerras perecen indefectiblemente muchas personas. Sismondi tiene razón solamente en lo que se refiere a los economistas que pretenden *paliar* o negar este antagonismo" (pág. 309). Desde su punto de vista, Ricardo tiene pleno derecho para equiparar los proletarios a las máquinas y a las mercancías de producción capitalista. "*Es ist dieses stoisch, objektiv, wissenschaftlich*". ("Esto es estoico, objetivo, científico") (pág. 313). Por supuesto, este juicio es válido sólo para una época determinada, para la de los albores mismos del siglo XIX.

## Capítulo II. Carácter de la crítica que los románticos hacen del capitalismo.

Nos hemos ocupado ya bastante de la "razón" de Sismondi. Veamos ahora de cerca su "corazón". Intentaremos reunir todo lo que se ha dicho de su *punto de vista* (que hasta ahora hemos estudiado sólo como elemento relacionado con las cuestiones teóricas), de su *actitud* ante el capitalismo, de sus simpatías sociales y de su comprensión de los problemas "sociopolíticos" de la época en que actuó.

### 1. Crítica sentimental del capitalismo

El rasgo distintivo de la época en que escribió Sismondi era el rápido desarrollo del *intercambio* (de

[*] "La economía política no es una simple ciencia de cálculo, sino una ciencia moral. No alcanza la meta más que cuando se tienen en cuenta los sentimientos, las necesidades y las pasiones de los hombres" (t. I, pág. 313). Estas frases sentimentales en las que Sismondi ve nuevas concepciones de la ciencia social, lo mismo que las ven los sociólogos rusos de la escuela subjetivista en sus exclamaciones análogas por completo, muestran en realidad en qué estado de primitivismo pueril se hallaba aún la crítica de la burguesía. ¿Acaso el análisis científico de las contradicciones no proporciona una base firme, sin perder su carácter de "cálculo" estrictamente objetivo, para comprender "los sentimientos, las necesidades y las pasiones", y no las pasiones de "los hombres en general", de esta abstracción que tanto el romántico como el populista llenan de un contenido específicamente pequeñoburgués, sino de *hombres de clases determinadas*? Pero la verdad es que Sismondi *no pudo refutar en el terreno teórico* a los economistas, y por ello se limitó a emitir frases sentimentales. "El diletantismo utópico se ve obligado a hacer concesiones teóricas a todo defensor más o menos docto del orden burgués. El utopista, para acallar la noción que adquiere de su impotencia, se consuela reprochando a sus adversarios la objetividad: admitamos -dice- que ustedes son más eruditos que yo; en cambio yo soy más bondadoso" (*Béltov*, pág. 43).

[**] ¡Como si los problemas dimanantes de las ciencias naturales no estuvieran dirigidos también al "corazón"!

[***] Escrito para la edición de 1908. (*N. de la Edit.*)

[****] Teorías de la plusvalía, t. II, parte I, págs. 304 y siguientes. *Observaciones sobre la historia del descubrimiento de la denominada ley de Ricardo*. (*N. de la Edit.*)

la economía monetaria, según la terminología actual), que se dejó sentir con particular fuerza después de la destrucción de los vestigios del feudalismo por la revolución francesa. Sismondi condenaba sin tapujos este desarrollo y la intensificación del intercambio, arremetía contra la "funesta competencia"; llamaba "al gobierno a defender a la población contra las consecuencias de la competencia" (cap. VIII, libro VII), etc. "Los intercambios rápidos" tienen el inconveniente "de alterar la buena fe de un pueblo. No se puede procurar por largo tiempo la venta ventajosa sin pedir precios excesivos y engañar; y cuanto más le cuesta ganarse el sustento al que vive del intercambio permanente, tanto más tentado se ve de recurrir al engaño" (t. I, pág. 169). ¡He ahí el candor que se necesitaba para arremeter contra la economía monetaria cómo lo hacen nuestros populistas! "...La riqueza comercial no es más que la segunda, en importancia, del régimen económico y... la riqueza territorial, que proporciona los medios de existencia, debe ser mayor que la primera. Toda esta clase numerosa que vive del comercio no debe ser llamada a participar de los frutos de la tierra más que cuando estos productos existan; esta clase no debe aumentar en tanto no se acrecienten asimismo estos productos" (t. I, págs. 322-323). ¿Habrá dado siquiera un solo paso más que este romántico patriarcal el señor N.-on, que llena páginas, quejándose de que el aumento del comercio y de la industria adelanta al desarrollo de la agricultura? Estas quejas de romántico y populista no evidencian más que una completa *incomprensión* de la economía capitalista. ¿*Puede existir* un capitalismo en el que el desarrollo del comercio y de la industria *no* adelante al de la agricultura? Pues el desarrollo del capitalismo es aumento de la economía mercantil, *o sea*, de la división social del trabajo que va *separando* de la agricultura, uno tras otro, todos los tipos de transformación de las materias primas relacionados primero con la obtención, la elaboración y el consumo de las mismas en *una sola* economía natural. Por eso el capitalismo implica *siempre y por doquier* un desarrollo *más rápido* del comercio y la industria en comparación con la agricultura, un aumento *más rápido* de la población comercial e industrial, un peso y una importancia *mayores* del comercio y la industria en el régimen general de la economía social[*]. Y *no puede ser* de otra manera. Al repetir tales quejas, el señor N.-on no hace sino demostrar otras tantas veces que no ha ido en sus concepciones económicas más allá del romanticismo superficial y sentimental. "Este espíritu imprudente de empresa (*esprit d'entreprise*), esta superabundancia de comercio de toda especie que multiplica tanto las quiebras en los Estados Unidos, se debe sin duda alguna a la proliferación de los bancos y a la facilidad con que un crédito engañoso se pone en lugar de una fortuna real" (t. II, pág. 111), etc., etc. Mas ¿en nombre de qué arremete Sismondi contra la economía monetaria (y el capitalismo)? ¿Qué le opone? La pequeña producción independiente, la economía natural de los campesinos en el campo y las industrias de oficio en la ciudad. He aquí lo que dice de la primera en el capítulo *De la agricultura patriarcal* (cap. III, libro III. *De l'exploitation patriarcale*. El tercer libro trata de la riqueza "territorial" o agraria):

"Los primeros propietarios de tierra fueron también labradores ellos mismos y ejecutaban todas las faenas de sus campos con sus hijos y mozos de labor. Ninguna organización social[**] podía garantizar más dicha ni más virtudes a la clase más numerosa de la nación, más opulencia para todos ni más estabilidad para el orden público... En los países donde el agricultor es propietario (*où le fermier est propriétaire*) y los frutos pertenecen íntegramente (*sans partage*) a las mismas personas que hacen todos los trabajos, países cuya agricultura denominamos patriarcal, vemos a cada paso indicios del cariño que el agricultor tiene a la casa que habita, a la tierra que cultiva... El trabajo mismo que él realiza en ellas es un placer... En los países dichosos donde la agricultura es patriarcal se estudia la propia naturaleza de cada campo, y el conocimiento de ésta es transmitido de padres a hijos... El cultivo de la tierra en grandes fincas, dirigidas por gentes ricas, quizás se eleve por encima de los prejuicios y la rutina. Pero la inteligencia (es decir, los conocimientos en materia de agricultura) no descenderá a los que trabajan y será mal aplicada... La agricultura patriarcal mejora las costumbres y el carácter de esta parte tan numerosa de la nación que debe realizar todas las faenas de los campos. La propiedad da hábitos de orden y economía, y la abundancia diaria acaba con la inclinación a la glotonería (*gourmandise*) y las borracheras... Al

[*] En el desarrollo capitalista, la agricultura va siempre y por doquier a la zaga del comercio y la industria, a los que está supeditada y por los que es explotada siempre; sólo posteriormente la *encauzan* éstos por la vía de la *producción* capitalista.

[**] Nótese que Sismondi, exactamente igual que nuestros populistas, transforma de golpe la economía independiente de los campesinos en una "organización social". Es una exageración manifiesta. ¿Qué mantiene juntos a estos campesinos de diferentes lugares? Precisamente la división del trabajo social y la economía mercantil, que han venido a sustituir a los vínculos feudales. Se deja sentir en el acto la conversión de uno de los elementos de la economía mercantil en utopía y la incomprensión de los otros elementos. Compárese con lo escrito por el señor N.-on, pág. 322: "La forma de industria basada en la posesión de los instrumentos de producción por los campesinos". ¡Pero el señor N.-on ni siquiera sospecha que la posesión de los instrumentos de producción por los campesinos constituye, tanto histórica como lógicamente, *el punto de partida* de la producción precisamente *capitalista*!

entrar en cambios casi sólo con la naturaleza, él (el agricultor) tiene menos ocasiones que cualquier otro obrero industrial para desconfiar de la gente y esgrimir contra ella el arma de la mala fe" (t. I, págs. 165-170). "Los primeros arrendatarios fueron simples labradores; ejecutaban con sus manos la mayor parte de los trabajos de la agricultura; adecuaban las proporciones de sus empresas a las fuerzas de sus familias... Sin embargo, no han dejado de ser campesinos: empuñan ellos mismos las estevas de su arado (*tiennent eux-mêmes les cornes de leur charrue*), cuidan ellos mismos su ganado en los campos y en el establo; viven al aire libre, se acostumbran a las fatigas habitúales y a la alimentación sobria que forman a ciudadanos robustos y soldados bravos[*]. Casi nunca emplean, para trabajar con ellos, a obreros contratados por jornadas, sino solamente a mozos de labor (*des domestiques*), elegidos siempre entre sus iguales, a los que tratan como a iguales, comen con ellos a una misma mesa, beben el mismo vino y visten ropas iguales. De manera que los arrendatarios forman con sus mozos de labor una sola clase de campesinos animados de los mismos sentimientos, que comparten los mismos placeres, sufren las mismas privaciones y están unidos a la patria con los mismos lazos" (t. I, pág. 221).

¡He ahí la famosa "producción popular"! Y que no se diga que Sismondi desconoce la necesidad de unir a los productores, pues dice explícitamente (véase más adelante) que él querría "como ellos (como Fourier, Owen, Thompson, Muiron) que hubiera alguna asociación" (t. II, pág. 365). Que no se diga que él es justamente partidario de *la propiedad*: por el contrario, hace hincapié en la pequeña hacienda rural (t. II, pág. 355) y no en la pequeña propiedad. Está claro que esta idealización de la pequeña hacienda rural adquiere una forma distinta en otras condiciones históricas y en otro medio. Pero no cabe la menor duda de que tanto el romanticismo como el populismo ensalzan precisamente la pequeña hacienda rural.

Sismondi idealiza de igual manera los oficios primitivos y los gremios.

"El zapatero rural, que es al mismo tiempo pequeño comerciante, fabricante y operario, no hará un solo par de botas que no le hayan encargado" (t. II, pág. 262), en tanto que la manufactura capitalista, que desconoce la demanda, puede sufrir un descalabro. "Es bien seguro que, tanto desde el punto de vista de los hechos como de la teoría, la institución de los gremios (*corps de métier*) impidió y no pudo menos de impedir la formación de una superpoblación. Es igualmente seguro que esta superpoblación existe hoy día y es producto ineludible del orden actual" (t. I, pág. 431). Podríamos aportar multitud de citas semejantes, pero dejaremos para más tarde el análisis de las recetas prácticas de Sismondi. Aquí nos limitaremos a lo dicho para comprender su punto de vista. Los razonamientos referidos podrían resumirse así: 1) la economía monetaria es condenada porque destruye la prosperidad de los pequeños productores y su acercamiento mutuo (tanto del artesano al consumidor como del agricultor a otros agricultores iguales que él); 2) la pequeña producción es ensalzada porque garantiza la independencia del productor y suprime las contradicciones del capitalismo.

Señalemos que estas dos ideas constituyen el patrimonio sustancial del populismo[**] y procuremos calar en su fondo.

Los románticos y los populistas reducen la crítica de la economía monetaria a dejar constancia de que ésta da origen al individualismo[***] y al antagonismo (la competencia), así como a la escasez de medios del productor y a la inestabilidad[****] de la hacienda pública.

Hablemos primero del "individualismo". Por regla general se opone la unión de los campesinos de una misma comunidad o de los artesanos de un mismo oficio al capitalismo, que destruye esta unión y la remplaza con la competencia. Este razonamiento repite un error típico del romanticismo, consistente en deducir de las contradicciones del capitalismo la negación de que éste sea *una forma superior de organización social*. ¿Acaso el capitalismo no remplaza con otros los vínculos comunales, gremiales, profesionales, etc., que rompe del medievo? ¿Acaso la economía mercantil no es ya un vínculo entre productores, un vínculo establecido por *el mercado*? [*****] El carácter antagónico, lleno de

[*] Compare el lector con estos melifluos cuentos de vieja lo que dice el publicista “avanzado” de fines del siglo XIX que el señor Struve cita en la página 17 de sus *Notas críticas*[112].

[**] El señor N.-on ha echado también sobre este problema un montón tan grande de contradicciones que de él pueden sacarse las tesis *que se quiera* sin relación alguna entre sí. Sin embargo, no cabe la menor duda en cuanto a la idealización de la hacienda campesina mediante el nebuloso término de “producción popular”. La niebla es un medio muy cómodo para los disfraces de todo tipo.

[***] Compárese con N.-on, pág. 21 *in fine* y otras.

[****] Ibíd., pág. 335. Pág. 184: el capitalismo “priva de estabilidad”. Y muchas cosas más.

[*****] “En realidad, los vocablos *sociedad* y *asociación* son aplicables a todas las sociedades, lo mismo a la feudal que a la burguesa, que es la asociación fundada en la competencia. ¿Cómo puede haber, pues, autores que crean posible impugnar la competencia con la sola palabra *asociación*?” (Marx. *Das Elend der Philosophie* (Marx. *Miseria de la Filosofía*[113]. *N. de la Edit.*)) Al criticar con toda dureza la condena sentimental de la competencia, el autor destaca palmariamente *su aspecto progresista*, su fuerza motriz que impulsa “el progreso técnico y el progreso social”.

titubeos y contradicciones, de *esta vinculación* no da derecho a negar *su existencia*. Y nosotros sabemos que es precisamente el desarrollo de las contradicciones lo que pone de manifiesto con creciente empuje la fuerza de este vínculo y *obliga* a todos los elementos y clases de la sociedad a aspirar a la unidad, y no ya a la unidad dentro de los estrechos límites de una comunidad o de una comarca, sino de todos los representantes de una misma clase *en toda la nación* e incluso en los diferentes Estados. Sólo un romántico puede negar desde su punto de vista reaccionario la existencia de estos vínculos y su trascendencia más profunda, basada en la comunidad de papeles desempeñados en la economía nacional y no en los intereses territoriales, profesionales, religiosos, etc. Y si tal razonamiento ha valido el epíteto de romántico a Sismondi, que escribió en una época en que la existencia de esos nuevos vínculos, originados por el capitalismo, estaba todavía en ,embrión, nuestros populistas merecen con más razón aún tal calificativo, ya que *hoy día* sólo personas completamente ciegas pueden negar la enorme importancia de tales vínculos.

Por lo que se refiere a la escasez de medios, a la inestabilidad, etc., eso no es más que la vieja cantilena de la que ya hemos hablado con motivo del mercado exterior. En las invectivas de este género se manifiesta asimismo el romántico que condena, temeroso justamente lo que la teoría científica aprecia más en el capitalismo: la tendencia en él implícita al desarrollo, la incontenible propensión a avanzar, la imposibilidad de detenerse o reproducir los procesos económicos en las mismas proporciones que antes. Sólo un utopista que forja planes fantásticos de hacer extensivas a toda la sociedad las uniones medievales (como la comunidad rural) puede dar de lado el hecho de que justamente "la inestabilidad" del capitalismo es el inmenso factor de progreso que acelera el desarrollo de la sociedad, que sume a masas de la población mayores cada día en la vorágine de la vida social, las obliga a que piensen en su régimen y a que ellas mismas "se forjen su felicidad".

Las frases del señor N.-on sobre "la 'inestabilidad" de la economía capitalista, sobre la evolución desproporcionada del intercambio, sobre la ruptura del equilibrio entre la industria y la agricultura, entre la producción y el consumo, sobre la anormalidad de las crisis, etc. son el testimonio más indiscutible de que él aún comparte íntegramente el punto de vista del *romanticismo*. Por eso la crítica del romanticismo europeo se refiere igualmente, *palabra por palabra*, a su teoría. He aquí la prueba:

"Escuchemos al viejo Boisguillebert:

"El precio de las mercancías -dice- debe estar *proporcionado* siempre, ya que sólo tal acuerdo mutuo les permite ser reproducidas de nuevo en cada momento... Como la riqueza no es otra cosa que ese intercambio continuo entre hombre y hombre, entre empresa y empresa, sería un terrible error buscar las causas de la miseria en cualquier otra cosa que no sea la interrupción de este intercambio debida al desquiciamiento de las proporciones en los precios".

Escuchemos también a un economista moderno*:

"La gran ley que debe ser aplicada a la producción es *la ley de la proporcionalidad* (*the law of proportion*), única que puede preservar la continuidad del valor... Su equivalente debe estar garantizado... Todas las naciones han intentado en diversos períodos de su historia poner en vigor, al menos en cierto grado, esta ley de la proporcionalidad mediante numerosas regulaciones y restricciones comerciales... Pero el egoísmo inherente a la naturaleza del hombre... lo ha llevado a desbaratar todas esas regulaciones. La producción proporcional (*proportional production*) es la realización de toda la verdad de la ciencia de la economía social" (W. Atkinson. *Principles of Political Economy*, London, 1840, pp. 170, 195)**.

¡*Fuit Troja*! *** Esta proporción adecuada entre la oferta y la demanda, que vuelve a ser objeto de tantos votos, hace tiempo que dejó de existir. Su época pasó; sólo fue posible en los tiempos en que estaban limitados los medios de producción, y el intercambio transcurría en límites muy reducidos. Con el nacimiento de la gran industria, esta proporción adecuada debía desaparecer por fuerza (*musste*), y la producción tenía que atravesar, con la inexorabilidad de las leyes de la naturaleza, las vicisitudes constantes de prosperidad, descenso, crisis, estancamiento, nueva prosperidad y así sucesivamente.

Los que, como Sismondi, quieren volver a la proporcionalidad adecuada de la producción, conservando las bases contemporáneas de la sociedad, son unos reaccionarios, ya que, para ser consecuentes, debieran aspirar asimismo a restablecer las otras condiciones de la industria de los tiempos pasados.

¿Qué es lo que mantenía la producción en proporciones adecuadas o casi adecuadas? La demanda, que regía la oferta y la precedía; la producción seguía los pasos al consumo. La gran industria, forzada, por el propio carácter de los instrumentos con que cuenta, a producir siempre en mayores proporciones cada vez, no puede esperar a la demanda. La producción adelanta a la demanda, la oferta toma por la fuerza a la demanda.

En la industria de la sociedad contemporánea, basada en el intercambio individual, la anarquía de la producción, fuente de tantas calamidades, es a la vez causa de progreso.

---

* Escrito en 1847.

** W. Atkinson. *Principios de Economía Política*, Londres, 1840, págs. 170 y 195. (*N. de la Edit.*)

*** ¡Aquí fue Troya! (*N. de la Edit.*)

Por tanto, una de dos:

o se desean las proporciones adecuadas de los siglos pasados con los medios de producción de nuestro tiempo, lo que significa ser reaccionario y utopista a la vez;

o se desea el progreso sin anarquía, y entonces hay que renunciar al intercambio individual para conservar las fuerzas productivas" (*Das Elend der Philosophie*, S. 46-48) [114].

Las últimas palabras se refieren a Proudhon, con el cual polemiza el autor, caracterizando, por consiguiente, en qué se distingue su punto de vista de las opiniones de Sismondi y de las concepciones de Proudhon. El señor N.-on no habría llegado, por cierto, en *todas* sus concepciones, al nivel del uno ni del otro*. Pero fíjense en el fondo de este pasaje. ¿En qué estriba la tesis fundamental del autor citado, la idea básica que lo pone en contradicción inconciliable con sus predecesores? Sin duda en que él coloca el problema de la inestabilidad del capitalismo (registrada por los *tres* escritores mencionados) sobre un terreno *histórico* y otorga a esta inestabilidad el papel de *factor de progreso*. Dicho con otras palabras, reconoce, primero, que el desarrollo actual del capitalismo, que transcurre entre desproporciones, crisis, etc., *es un desarrollo necesario*, al afirmar que el propio carácter de los medios de producción (las máquinas) origina la tendencia ilimitada a ampliar la producción y adelantar siempre la oferta a la demanda. Segundo, ve en este desarrollo que estudiamos *elementos de progreso* consistentes en el crecimiento de las fuerzas productivas, en la socialización del trabajo a escala de toda la sociedad, en el aumento de la movilidad y de la conciencia de la población, etc. A estos dos puntos se reduce cuanto lo distingue de Sismondi y Proudhon, los cuales coinciden con él en señalar la "inestabilidad" y las contradicciones debidas a ella y en aspirar sinceramente a eliminar dichas contradicciones. La incomprensión de que esta "inestabilidad" es un rasgo *imprescindible* de todo capitalismo y de la economía mercantil en general los lleva a *la utopía*. La incomprensión de los elementos de progreso *inherentes* a esta inestabilidad hace *reaccionarias*** sus teorías.

Y ahora invitamos a: los señores populistas a que nos respondan a la siguiente pregunta: ¿comparte el señor N.-on la opinión de la teoría científica sobre los dos puntos señalados? ¿Reconoce que la inestabilidad es una propiedad del régimen y del desarrollo tratados? ¿Ve elementos de progreso en esta inestabilidad? Todo el mundo sabe que no, que el señor N.-on, por el contrario, declara esta "inestabilidad" del capitalismo mera anormalidad, una desviación, etc., y la tiene por decadencia, por una regresión (véase más arriba: "*priva* de estabilidad"), idealizando ese mismo estancamiento económico (recuérdense "los pilares seculares", "los principios consagrados por los siglos", etc.), en cuya destrucción estriba precisamente el mérito histórico del "inestable" capitalismo. Queda claro, por tanto, que nos asistía toda la razón cuando incluimos al señor N.-on entre los románticos y que no hay "citas" ni "llamadas" de su parte que puedan modificar *ese carácter de sus propios razonamientos*.

Algo más abajo nos volveremos a detener en esta "inestabilidad" (con motivo de la actitud del romanticismo y del populismo contraria a la disminución: de la población agrícola en provecho de la industrial); por el momento, citemos un pasaje de la *Crítica de algunas tesis de la economía política* relativo al análisis de las invectivas *sentimentales* contra la economía monetaria.

"Estas funciones sociales determinadas (la del vendedor y la del comprador) no dimanan de la naturaleza humana en general, sino de las relaciones de cambio entabladas entre los hombres que producen sus artículos en forma de mercancías. Estas relaciones están tan lejos de ser puramente individuales entre comprador y vendedor que ambos las entablan sólo porque se niega el carácter individual de su trabajo por cuanto, como trabajo no individual, es trocado en dinero. Por eso es tan absurdo opinar que esas funciones económicas burguesas de comprador y vendedor son formas sociales eternas de individualidad humana como, por otra parte, injusto deplorarlas por creer que son la causa de la extinción de esta individualidad.

"Puede verse cuán hondo hiere las almas delicadas el mero aspecto superficial del antagonismo que se manifiesta en la venta y la compra por el siguiente fragmento sacado del libro de Isaac Pereire *Leçons sur l'industrie et les finances*, Paris, 1832***. El hecho de que el propio Isaac, como inventor y dictador del "Crédit mobilier"[115], se haya granjeado la triste reputación de lobo de la Bolsa de París muestra qué se oculta en este libro tras la crítica sentimental de la economía. Dice el señor Pereire, a la sazón apóstol de Saint-Simon: "Como todos los

* Por más que aún está sin aclarar *por qué* no habría llegado. ¿No será porque estos autores planteaban los problemas con mayor amplitud, teniendo presente el régimen de economía dado en general, su lugar y su trascendencia en el desarrollo de toda la humanidad, sin limitar su horizonte *a un solo país*, para el que se pudiera idear una teoría *especial*?

** Este término se emplea en el sentido *histórico-filosófico* sólo para caracterizar *el error* de los teóricos que toman de regímenes *caducados* los modelos de sus sistemas. No se refiere en absoluto ni a las cualidades personales de estos teóricos ni a sus programas. Todos saben que ni Sismondi ni Proudhon fueron reaccionarios en el sentido común de la palabra. Aclaramos estas verdades rudimentarias porque los señores populistas aún no se las han aprendido, como veremos más adelante.

*** *Conferencias de industria y finanzas*. Paris, 1832. (*N. de la Edit.*)

individuos están aislados, separados los unos de los otros tanto en sus trabajos como en el consumo, intercambian entre ellos los productos de sus industrias respectivas. De la necesidad de intercambiar se deriva la necesidad de determinar el valor relativo de los objetos. Las ideas del valor y del cambio están íntimamente relacionadas, y en su forma actual, las dos expresan el individualismo y el antagonismo... No hay lugar a fijar el valor de los productos más que por existir la venta y la compra; dicho con otras palabras, por haber antagonismo entre los distintos miembros de la sociedad. No hay que preocuparse del precio ni del valor más que donde se vende y se compra, es decir, donde cada individuo se ve obligado a *luchar* para procurarse los objetos necesarios para mantener su existencia"" (obra citada, pág. 68)[116].

Cabe preguntar: ¿dónde está aquí el *sentimentalismo* de Pereire? Pues no habla más que del individualismo, del antagonismo y de la lucha inherentes al capitalismo; dice lo mismo que nuestros populistas repiten de distinta manera, y con la particularidad de que parecen estar en lo cierto, ya que "el individualismo, el antagonismo y la lucha" son efectivamente atributos ineludibles del intercambio, de la economía mercantil. El sentimentalismo está en que este sansimoniano, obseso por la condena de las contradicciones del capitalismo, *no ve tras estas contradicciones* que *el intercambio* expresa asimismo una forma especial de economía social, que él, por consiguiente, *no sólo separa* a las personas (cosa cierta sólo con relación a las asociaciones medievales que el capitalismo destruye), *sino que también las une*, obligándolas a entablar relaciones entre ellas mediante el mercado*. Precisamente esta comprensión superficial, debida al afán de "demoler" el capitalismo (desde el punto de vista utópico), es la que ha dado motivo al autor citado para tildar de sentimental la crítica de Pereire.

Mas ¿qué puede importarnos Pereire, apóstol hace mucho olvidado del sansimonismo, y éste olvidado también no hace menos tiempo? ¿No sería mejor que citásemos a un "apóstol" contemporáneo del populismo?

"La producción... ha perdido su carácter popular y adquirido un carácter individual, capitalista" (el señor N.-on, *Ensayos*, págs. 321-322).

Ahí tienen ustedes cómo razona este romántico disfrazado: "la producción popular se ha hecho individual". Y como por "producción popular" el autor entiende la comunidad rural[117], alude, por consiguiente, al decaimiento del carácter social de la producción, a la reducción de la forma social de la producción.

¿Es así eso? La "comunidad" proporcionaba (*si proporcionaba*; por lo demás, estamos dispuestos a hacer al autor las concesiones que quiera) una organización de la producción sólo en una comunidad por separado, aislada de todas las demás comunidades. El carácter social de la producción abarcaba *sólo a los miembros de una comunidad***. El capitalismo, en cambio, confiere carácter social a la producción de todo un Estado. El "individualismo" estriba en la destrucción de los vínculos sociales, pero es *el mercado* el que los destruye, colocando en su lugar las relaciones entre *masas de individuos* no ligados ni por la comunidad, ni por el estamento, ni por el oficio, ni por la estrecha zona donde se practica su industria, etc. La relación creada por el capitalismo se manifiesta en forma de contradicciones y antagonismo; *por eso* nuestro romántico no quiere verla (aun cuando la comunidad, como organización de producción, jamás existió sin otras formas de contradicciones y antagonismos inherentes a los viejos modos de producción). El punto de vista utópico hace también de su crítica del capitalismo una crítica *sentimental*.

**2. Carácter pequeñoburgués del romanticismo**

La idealización de la pequeña producción nos muestra otro rasgo típico de la crítica romántica y populista: *su carácter pequeñoburgués*. Hemos visto ya cómo el romántico francés y el romántico ruso truecan igualmente la pequeña producción en "organización social", en "forma de producción", *oponiéndola al capitalismo*. Hemos visto también que tal oposición no encierra en sí otra cosa que una comprensión extremadamente superficial, que eso es aislar de manera artificiosa y equivocada una forma de economía mercantil (el gran capital industrial) y condenada, idealizando utópicamente *otra forma de la misma economía mercantil* (la pequeña producción). En eso mismo está el mal de los románticos europeos de comienzos del siglo XIX, así como de los románticos rusos de fines del siglo XIX: en que se inventan cierta pequeña producción abstracta, situada al margen de las relaciones sociales de producción, y no ven el pequeño detalle de que esta pequeña producción se encuentra efectivamente en las circunstancias de la producción mercantil tanto en la hacienda pequeña del continente europeo de los años veinte como en la hacienda campesina rusa de los años noventa. *En realidad*, el pequeño productor ensalzado por los románticos y los populistas es, por eso mismo, *un pequeño burgués* que se encuentra en las mismas relaciones contradictorias que cualquier otro miembro de la sociedad capitalista que se defiende exactamente igual mediante una lucha que, por una parte, hace descollar a cada paso a una

* Sustituyendo las asociaciones locales y estamentales por una unidad de estado social e intereses sociales dentro de un país y aun a escala de todo el mundo.

** Según las estadísticas de los zemstvos (*Recopilación general de Blagovéschenski*), las proporciones medias de una comunidad en 123 distritos de 22 provincias eran de 53 hogares con 323 almas de ambos sexos.

pequeña minoría de grandes burgueses y, por otra parte, empuja a la mayoría a las filas del proletariado. En verdad, como todo el mundo ve y sabe, no hay pequeños productores que no se encuentren *entre* estas dos clases opuestas, y esta posición intermedia dicta inexorablemente el carácter específico de la pequeña burguesía, su dualidad, su doblez, su propensión hacia la minoría que sale victoriosa de la lucha, su hostilidad a los "fracasados", es decir, a la mayoría. Cuanto más se desarrolla la economía mercantil, tanto más acusadas y nítidas resaltan estas cualidades, tanto más claro queda que la idealización de la pequeña producción no expresa sino el punto de vista reaccionario *pequeñoburgués*.

No nos equivoquemos en cuanto al sentido de estos términos, que el autor de *Crítica de algunas tesis de la economía política* aplica precisamente a Sismondi. Estos términos en modo alguno significan que Sismondi *defienda* a los pequeños burgueses atrasados. *No los defiende en ningún sitio*: quiere situarse en el punto de vista de las clases trabajadoras en general; expresa su simpatía por todos los que integran estas clases; se alegra, por ejemplo, de la legislación fabril; ataca al capitalismo y señala sus contradicciones. En suma, que su punto de vista es idéntico al de los populistas de nuestros días.

Cabe preguntar: ¿en qué se basa la calificación de pequeño burgués que se le da? Justamente en que no comprende el vínculo existente entre la pequeña producción (que él idealiza) y el gran capital (que él ataca). Justamente en que *no ve* cómo el pequeño productor de su predilección, el campesino, se convierte en realidad en un pequeño burgués. No hay que olvidar nunca la siguiente explicación evidenciadora de que las teorías de diversos autores expresan los intereses y los puntos de vista de distintas clases:

"No vaya nadie a formarse la idea limitada de que la pequeña burguesía quiere imponer, por principio, un interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones *especiales* de su emancipación son las condiciones *generales* fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna ni evitada la lucha de clases. Tampoco debe creerse que los representantes democráticos son todos tenderos o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos, por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en sistema de vida; que, por tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan a aquéllos, prácticamente, el interés material y la situación social. Tal es, en general, la relación que existe entre los *representantes políticos y literarios de una clase* y la clase por ellos representada" (C. Marx. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, traducido por Bazárov y Stepánov, págs. 179-180)[118].

Por eso resultan muy cómicos los populistas que, cuando se señala su carácter pequeñoburgués, creen que se hace sólo por decir algo sumamente mordaz, por emplear un simple procedimiento polémico. Al pensar así, evidencian que no comprenden las opiniones generales de sus adversarios y, lo principal, que no comprenden las bases mismas de esa crítica del capitalismo, con la que todos ellos "están de acuerdo", ni lo que la *distingue* de la crítica sentimental y pequeñoburguesa. La acusada propensión de los populistas a soslayar la cuestión misma de las últimas formas de crítica mencionadas, de su existencia en Europa Occidental y de su actitud con la crítica científica muestra de manera palmaria *por qué* los populistas no quieren comprender esa diferencia[*].

Aclaremos lo dicho con un ejemplo. En la sección bibliográfica de la revista *Rússkaya Mysl*[119], número 5 de 1896 (pág. 229 y sig.), puede leerse que "últimamente ha aparecido y se amplía con sorprendente rapidez un grupo" de intelectuales que muestra su hostilidad incondicional y de principios al populismo. El señor autor de la reseña indica con la mayor concisión las causas y el carácter de esta hostilidad, y se debe hacer notar con gratitud que expone muy exactamente el *quid* de ese criterio hostil al populismo[**]. El señor autor de la reseña no comparte este criterio. No comprende que las ideas sobre los intereses de clase, etc., puedan obligarnos a negar "los ideales populares" ("*populares* a secas y no populistas"; ibíd., pág. 229), que consisten, dice, en el bienestar, la libertad y la conciencia del campesinado, o sea, de la mayoría de la población.

"Se nos objetará, naturalmente -dice el señor que escribió la reseña-, como se ha objetado a otros, que los ideales de un autor campesino (se refiere a los deseos expresados por un campesino) son pequeñoburgueses y que por eso nuestros escritos han representado y defendido hasta ahora los

[*] Por ejemplo, Efrusi ha escrito dos artículos acerca de "la opinión que el desarrollo del capitalismo" mereció a Sismondi (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 7, pág. 139), y aun con todo *no ha comprendido en absoluto* precisamente *qué* opinión mereció a Sismondi. El colaborador de *Rússkoie Bogatstvo no ha advertido* el punto de vista pequeñoburgués de Sismondi y como Efrusi conoce, sin duda, a Sismondi, como conoce precisamente (se verá más adelante) al representante de la teoría contemporánea que ha caracterizado de esa manera a Sismondi. Y como también quiere "estar de acuerdo" con este representante de la teoría contemporánea, su incomprensión adquiere un sentido muy determinado. Un populista no puede ver en un romántico lo que no ve en sí mismo.

[**] Pues claro que es muy raro: ¡¡elogiar a una persona porque transmite con exactitud los pensamientos de otro!! ¡Qué se le va a hacer? Entre los polemistas habituales de *Rússkoie Bogatstvo* y de la vieja revista *Nóvoie Slovo*[120] de los señores Krivenko y Vorontsov, la polémica de *este tipo* es realmente una excepción extraordinaria.

intereses de la pequeña burguesía. Pero eso es un mero espantajo, ¿y a quién se puede asustar con semejante espantajo, sino a gentes que tienen la mentalidad de una mujer de comerciante del barrio de Zamoskvorechie y piensan como ella?.."

¡Duras son las palabras! Pero sigamos escuchando:

"...El criterio básico, tanto de las condiciones de convivencia social del hombre como de las medidas sociales conscientes, no estriba en las categorías económicas, y menos aún en la copia de condiciones extrañas al país, formadas en otras circunstancias, sino en la felicidad y el bienestar material y espiritual de la mayoría de la población. Y si una forma determinada de vida y unas medidas determinadas para sostener y fomentar esta forma de vida llevan a esa felicidad, llámenlas ustedes pequeñoburguesas o de cualquier otra manera, pues las cosas no cambiarán por eso: dicha forma de vida y dichas medidas serán, a pesar de todo, esencialmente progresistas y, por lo mismo, representarán *el supremo ideal accesible para la sociedad en las condiciones y en el estado en que ella se encuentra*" (ibíd, págs. 229-230; la cursiva es del autor).

¿Será posible que, en el acaloramiento de la polémica, el señor autor de la reseña no vea que se ha saltado el problema?

Tras de calificar de "mero espantajo", con el mayor de los rigores, la acusación que se hace al populismo de ser pequeñoburgués, no aduce más prueba en apoyo de su aserto que la siguiente tesis, sorprendente hasta lo inverosímil: "El criterio... no estriba en las categorías económicas, sino en la felicidad de la mayoría". ¡Eso es lo mismo que decir: el criterio del tiempo no estriba en las observaciones meteorológicas, sino en lo que sienta la mayoría! ¿Y qué son, cabe preguntar, esas "categorías económicas", sino *una formulación científica* de las condiciones en que despliega su actividad económica y vive la población, y además no "la población" en general, sino *determinados* grupos de la población que ocupan un lugar determinado en el sistema de economía social *existente*? Al oponer a las "categorías económicas" la tesis abstracta a más no poder de la "felicidad de la mayoría", el señor autor de la reseña tacha sencillamente todo el progreso de la ciencia social desde fines del siglo pasado y vuelve a la ingenua especulación racionalista que da de lado determinadas relaciones sociales y su desarrollo. ¡Tacha de un plumazo todo lo alcanzado por el pensamiento humano al precio de búsquedas seculares en su afán de *comprender* los fenómenos sociales! Y, habiéndose desembarazado así de todo bagaje científico, el señor autor de la reseña *da ya por resuelto el problema*. Efectivamente, concluye sin más rodeos: "Si una forma determinada de vida... lleva a esa felicidad, llámenla ustedes como quieran, las cosas no cambiarán por eso". ¡Mírenlo por donde sale! Mas la cuestión estriba precisamente en saber de *qué* forma se trata. El propio autor acaba de señalar que contra quienes veían en la economía campesina un régimen especial ("producción popular" o como se quiera), se pronunciaron otros que afirmaban que eso no era, ni mucho menos, una forma de vida especial, sino la forma *pequeñoburguesa* más ordinaria, idéntica a la de toda la pequeña producción en un país de economía mercantil y capitalismo. Y si es cierto que de la primera concepción dimana por sí solo que "esta forma" ("la producción popular") "lleva a la felicidad", no lo es menos que de la segunda se infiere también por sí solo que "esta forma" (la forma de vida pequeñoburguesa) lleva al capitalismo y nada más que al capitalismo, lleva a empujar a "la mayoría de la población" a las filas del proletariado y a transformar a la minoría en burguesía rural (o industrial). ¿No es evidente que el señor autor de la reseña ha disparado al aire y, sobresaltado por la detonación, toma por demostrado justamente lo que se niega con la segunda concepción, tan despiadadamente calificada de "mero espantajo"?

Si hubiera querido analizar con seriedad la segunda concepción, es evidente que habría tenido que probar una de estas dos cosas: o que la "pequeña burguesía" es una categoría científica errónea, que el capitalismo y la economía mercantil pueden concebirse *sin* pequeña burguesía (como los conciben los señores populistas, volviendo enteramente así al punto de vista de Sismondi); o que esa categoría *no se puede aplicar* a Rusia, es decir, que en nuestro país no hay capitalismo, ni predominio de la economía mercantil, que los pequeños productores no se convierten en productores de mercancías, que en su medio no se opera el mencionado proceso de desplazamiento de la mayoría y de consolidación de la "independencia" de la minoría. Pero ahora, al ver que toma la alusión al carácter pequeñoburgués del populismo por un vano deseo de "meterse" con los señores populistas y leer a continuación la antecitada frase sobre el "espantajo", no podemos menos de recordar una conocida sentencia: "¡Válganos, Kit Kítich! ¿Quién se atreve a meterse con usted? ¡Pero si es usted quien puede meterse con cualquiera!"[121]

### 3. El problema del crecimiento de la población industrial a expensas de la agrícola

Volvamos a Sismondi. Junto a la idealización de la pequeña burguesía y a la incomprensión romántica de cómo el "campesinado" se transforma en pequeña burguesía en el régimen social de economía existente, puede verse en él una opinión sumamente típica de la disminución de la población agrícola a expensas de la industrial. Se sabe que este fenómeno -una de las manifestaciones de mayor relieve del desarrollo capitalista de un país- se registra en todos los países civilizados, y en Rusia también*.

---

* El porcentaje de la población urbana de la Rusia europea

Es claro que Sismondi, eminente economista de su tiempo, no podía dejar de ver ese hecho. Lo consigna explícitamente, pero no comprende en absoluto la relación necesaria que tiene con el desarrollo del capitalismo (en una forma más general: con la división del trabajo social y con el crecimiento de la economía mercantil a causa de dicho fenómeno). Simplemente *condena* este fenómeno por considerarlo una deficiencia cualquiera del "sistema".

Tras de hacer notar el inmenso progreso alcanzado por la agricultura inglesa, Sismondi dice:

"Luego de haber admirado estos campos tan cuidados, hay que sacar la cuenta de la población que los cultiva; es menos de la mitad de la que habría en Francia en la misma extensión de terreno. Según el modo de ver de algunos economistas, eso es una ventaja; según el mío, es una desventaja" (t. I, pág. 239).

Se comprende por qué los ideólogos burgueses consideraban ese fenómeno una ventaja (ahora veremos que la crítica científica del capitalismo es también del *mismo* parecer): con ello formulaban el aumento de la riqueza burguesa, del comercio y de la industria. Apresurándose a *condenar* este fenómeno, Sismondi se olvida de pensar en sus causas.

"En Francia y en Italia -dice-, donde se calcula que las cuatro quintas partes de la nación pertenecen a la clase agrícola, cuatro quintas partes de la nación se alimentarán con trigo nacional, sea cual fuere el precio del trigo extranjero" (t. I, pág. 264), ¡Aquí fue Troya!, podría decirse con este motivo. En la actualidad ya no existen países (ni siquiera los más agrarios) que no se hallen en completa dependencia de *los precios del trigo*, es decir, de la producción capitalista mundial de trigo.

"Si ella (la nación) no puede aumentar su población mercantil más que exigiendo de cada cual más trabajo por el mismo salario, deberá temer el acrecentamiento de su población industrial" (t. I, pág. 322). Como el lector ve, eso no son sino consejos altruistas sin sentido ni significación alguna, puesto que aquí el concepto de "nación" se encuentra abstraído artificiosamente de las contradicciones existentes entre las clases que constituyen dicha "nación". Como siempre, Sismondi *se evade* simplemente de estas contradicciones expresando el candoroso deseo... de que no haya contradicciones.

"En Inglaterra, la agricultura no ocupa más que a 770.199 familias; el comercio y las manufacturas, a 959.632; y los otros estados de la sociedad, a 413.316. Una proporción tan grande de la población que vive de la riqueza comercial frente a un total de 2.143.147 familias o 10.150.615 habitantes es verdaderamente espantosa (*effrayante*). Por fortuna, Francia está muy lejos de tener un número tan elevado de obreros cuya subsistencia haya de depender de la suerte en un mercado lejano" (t. I, pág. 434). Aquí Sismondi parece incluso olvidar que esta "fortuna" depende sólo del atraso del desarrollo capitalista de Francia.

Al pintar los cambios que, desde su punto de vista, serían "deseables" en el régimen actual (se hablará de ellos más adelante), Sismondi señala que de la aplicación de las reformas al gusto romántico "resultaría, sin duda, que más de un país que vive sólo de la industria vería cerrarse sucesivamente multitud de sus talleres y que la población de las ciudades, acrecentada sin medida, no tardaría en disminuir, mientras que la del campo volvería a aumentar" (t. II, pág. 367).

¡En este ejemplo resalta con singular relieve la inconsistencia de la crítica sentimental del capitalismo y el impotente despecho del pequeño burgués! Sismondi *se queja** simplemente de que los asuntos marchan de esta manera y no de otra. Su pena motivada por la destrucción del edén del idiotismo y el embrutecimiento patriarcales de la población rural es tan grande que nuestro economista no analiza siquiera las causas del fenómeno. Por eso se le escapa que el aumento de la población industrial se halla en inexorable e indisoluble ligazón con la economía mercantil y el capitalismo. La economía mercantil se desarrolla a medida que avanza la división social del trabajo. Y esta división del trabajo estriba precisamente en que una industria tras otra y una manera de elaborar la materia prima tras otra *se van separando* de la agricultura e independizando, formando, por consiguiente, la población industrial. Por eso, razonar sobre la economía mercantil y el capitalismo y no tomar en consideración la ley del aumento relativo de la población industrial significa no tener la menor noción de las peculiaridades *fundamentales* del régimen *existente* de economía social.

"En la naturaleza del modo de producción capitalista está el disminuir continuamente la población agrícola en comparación con la no agrícola, ya que en la industria (en el estricto sentido de la palabra), el acrecentamiento del capital constante en relación con el capital variable va acompañado de un aumento absoluto del capital variable a pesar de su disminución relativa**;

---

ha venido creciendo después de la abolición de la servidumbre. Aquí debemos limitamos a señalar este rasgo, el más conocido, si bien está *muy lejos* de expresar *totalmente* el fenómeno, pues no abarca importantes peculiaridades de Rusia en comparación con Europa Occidental. Este no es el lugar apropiado para analizar dichas peculiaridades (ausencia de libertad de desplazamiento de los campesinos, existencia de aldeas industriales y fabriles, colonización interior del país, etc.).

---

* "En su ulterior desarrollo, esta tendencia (la de la crítica pequeñoburguesa encabezada por Sismondi) ha caído en un marasmo cobarde"[122].

** El lector puede juzgar por ello de la agudeza de ingenio

mientras que, en la agricultura, hay una disminución absoluta del capital variable necesario para la explotación de un terreno determinado y que, por consiguiente, este capital no puede aumentar más que si se ponen en cultivo nuevos terrenos*, lo que supone a su vez un acrecentamiento mayor aún de la población no agrícola" (t. III, 2, pág. 177)[123].

El punto de vista de la teoría contemporánea es también diametralmente opuesto aquí al romanticismo y a sus quejas sentimentales. Cuando se comprende que un fenómeno es necesario, se adopta, como es natural, una actitud completamente distinta con él y se aprende a valorar sus diferentes aspectos. El fenómeno que nos ocupa es precisamente una de las contradicciones más profundas y generales del régimen capitalista. La separación de la ciudad y el campo, la oposición entre una y otro y la explotación del segundo por la primera acompañan por doquier al capitalismo en desarrollo, son un producto inexorable del predominio de "la riqueza comercial" (empleando la expresión de Sismondi) sobre "la riqueza territorial" (agrícola). Por eso, el predominio de la ciudad sobre el campo (así en el aspecto económico como en el político, en el intelectual y en todos los demás) es un fenómeno general e ineludible de todos los países de producción mercantil y capitalismo, incluida Rusia: deplorado pueden únicamente los románticos sentimentales. La teoría científica señala, por el contrario, el elemento *de progreso* que el gran capital industrial introduce en esta contradicción. "Con la preponderancia, en constante crecimiento, de la población urbana que reúne la producción capitalista en grandes centros, ésta acumula la fuerza histórica propulsora del avance de la sociedad"[125] (*die geschichtliche Bewegungskraft der Gesellschaft*) **. Si la preponderancia de la ciudad es imprescindible, sólo la afluencia de población a las ciudades puede paralizar (y paraliza en realidad, como lo prueba la historia) el carácter unilateral de esta preponderancia. Si la ciudad se coloca necesariamente a sí misma en una situación privilegiada, subordinando al campo y dejándolo atrasado, inerte y embrutecido, sólo la afluencia de población rural a las ciudades, sólo la mezcla y la fusión de la población agrícola y no agrícola puede sacar a la primera de su inercia. Por eso, respondiendo a las quejas y lamentaciones reaccionarias de los románticos, la teoría contemporánea señala que precisamente esta aproximación de las condiciones de vida de la población agrícola y no agrícola crea las condiciones para acabar con la oposición entre la ciudad y el campo.

Ahora cabe preguntar cuál es el parecer de nuestros economistas populistas sobre esta cuestión. Sin duda del menor género, el sentimental romántico. Lejos de comprender la necesidad del crecimiento de la población industrial en el régimen existente de economía social, *procuran no ver* siquiera el fenómeno mismo, imitando a cierta ave que esconde la cabeza debajo del ala. Como era de esperar, quedan sin respuesta las indicaciones de P. Struve de que, en los razonamientos del señor N .-on sobre el capitalismo, es un craso error afirmar que el capital variable disminuye *en cifras absolutas* (*Notas críticas*, pág. 255) y que es absurdo oponer Rusia a Occidente, alegando que en ella es menor el porcentaje de población industrial, sin tomar en consideración *el aumento* de este porcentaje debido al desarrollo del capitalismo*** (*Sozialpolitisches Centralblatt*[127], 1893, núm. 1). Los economistas populistas, que hablan sin cesar de las peculiaridades de Rusia, no han sabido plantear siquiera el problema de *las verdaderas* peculiaridades de la formación de la población industrial en Rusia****, que acabamos de exponer brevemente. Tal es el criterio *teórico* de los populistas en esta cuestión. En realidad, sin embargo, al tratar de la situación de los campesinos después de la abolición de la servidumbre, los populistas, como no tienen dudas teóricas que los abrumen, aceptan el éxodo de los campesinos desalojados de la agricultura a las ciudades y a los centros fabriles, limitándose a deplorar el hecho, exactamente igual

---

del señor N.-on, quien, en sus *Ensayos*, transforma sin reparo la disminución *relativa* del capital variable y del número de obreros en disminución *absoluta*, sacando de aquí un montón de deducciones de lo más absurdas sobre la "reducción" del mercado interior, etc.

* Esta es precisamente la condición que teníamos presente al decir que la colonización interior de Rusia hace más compleja la manifestación de la ley según la cual crece más la población industrial. Merece la pena recordar la diferencia existente entre el centro de Rusia, poblado desde hace mucho, y donde la población industrial ha crecido no tanto a expensas de las ciudades como de los pueblos y poblados fabriles, y al menos Novorrossia[124], poblada después de la abolición de la servidumbre, donde la rapidez del crecimiento de las ciudades puede compararse con las registrada en las norteamericanas. Confiamos en tratar esta cuestión más determinadamente en otro lugar.

** Confróntese asimismo con la caracterización, de singular relieve, del papel progresista desempeñado por los centros industriales en el desarrollo mental de la población: *Die Lage der arbeit. Klasse in England*, 1845. El reconocimiento de este papel no ha impedido al autor de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* comprender profundamente la contradicción que se manifiesta en la separación de la ciudad y el campo, como lo prueba su obra polémica contra Dühring[126].

*** Recuerde el lector que Sismondi incurría *precisamente en este error*, al hablar de la "felicidad" de Francia, que tenía el 80% de población rural, como si esa fuera peculiaridad de una "producción popular" cualquiera, etc., y no expresión de atraso en el desarrollo del capitalismo.

**** Compárese con Volguin. *Fundamentación del populismo en las obras del señor Vorontsov*, San Petersburgo, 1896, págs. 215-216.

que lo deploraba Sismondi*. El profundo proceso de transformación de las condiciones de vida de las masas de la población que se operó en Rusia cuando se hubo abolido el régimen de servidumbre, proceso que alteró por primera vez la vida sedentaria y la adscripción del campesinado a sus lugares, dándole libertad de desplazamiento y aproximando los obreros agrícolas a los no agrícolas, los del campo a los de la ciudad**, no fue advertido en absoluto por los populistas ni en el aspecto económico, ni en el moral (quizás más importante aún), ni en el de instrucción, dando sólo motivo para los suspiros sentimentales y románticos.

**6. Los deseos prácticos del romanticismo**

Ahora procuraremos reducir a un denominador común el punto de vista general de Sismondi sobre el capitalismo (tarea que, como recordará el lector, también se impuso Efrusi) y analizar el programa práctico del romanticismo.

Hemos visto que el mérito de Sismondi estribaba en que él fue uno de los primeros que *señaló* las contradicciones del capitalismo. Pero una vez que las hubo señalado, lejos de intentar analizarlas y explicar su origen, su desarrollo y su tendencia, llegó incluso a conceptuarlas de antinaturales o de erróneas desviaciones de lo normal. A esas "desviaciones" oponía ingenuamente sentencias, denuncias, consejos de cómo eliminadas, etc., como si dichas contradicciones no expresaran *intereses reales* de grupos reales de la población que ocupan un lugar determinado en el régimen general de la economía social contemporánea. Este es el rasgo más acusado del romanticismo: tomar la contradicción de los intereses (arraigada profundamente en el régimen mismo de la economía social) por contradicción o error de la doctrina, del sistema, incluso de las medidas adoptadas, etc. El estrecho horizonte del *Kleinbürger* (pequeño burgués), que se mantiene al margen de las contradicciones desplegadas y ocupa una posición intermedia, transitoria, entre dos antípodas, se une aquí con el idealismo ingenuo, estamos casi dispuestos a decir que con la burocracia, que explica el régimen social con las opiniones de las personas (sobre todo de las que detentan el poder), y no a la inversa. Aduciremos algunos ejemplos de todos los razonamientos sismondianos de este tipo.

"Al olvidar a los hombres por las cosas, ¿no ha sacrificado Inglaterra el fin a los medios?

"El ejemplo de Inglaterra es tanto más sorprendente cuanto que esta nación es libre e ilustrada, está bien gobernada y todos sus males provienen únicamente de haber seguido una dirección económica *desacertada*" (t. I, pág. IX). Sismondi cree que Inglaterra desempeña, en general, el oficio de ejemplo aterrador para el continente, exactamente igual que para nuestros románticos, que se imaginan que dan algo nuevo y no trastos de lo más viejos.

"Al llamar la atención de mis lectores sobre Inglaterra, quería mostrar... la historia de nuestro propio futuro si continuamos obrando según los mismos principios que ella ha seguido" (t. I, pág. XVI).

"... Todos los Estados del continente se creen obligados a seguir a Inglaterra en su carrera de las manufacturas" (t. II, pág. 330). "No hay espectáculo más sorprendente ni más espantoso que el que ofrece Inglaterra" (1. II, pág. 332) ***.

---

* Por cierto, en honor a la justicia debe decirse que Sismondi, que observó el crecimiento de la población industrial en varios países y reconoció el carácter general de este fenómeno, declara en algunos pasajes que eso no es una "anomalía" cualquiera, etc., sino un profundo cambio operado en las condiciones de vida de la población, un cambio en el que ha de reconocerse también algo bueno. Al menos, el siguiente razonamiento suyo sobre el daño que causa la división del trabajo evidencia opiniones mucho más profundas que las del señor Mijailovski, por ejemplo, quien compuso una "fórmula de progreso" general en vez de analizar las formas concretas que adopta la división del trabajo en las diversas formaciones de la economía social y en las distintas épocas de desarrollo.

"Aunque la monotonía de las operaciones a que se reduce toda la actividad de los obreros de una fábrica parece que debe perjudicar a su inteligencia, es de justicia decir, sin embargo, que según las observaciones de los mejores árbitros (*juges*, conocedores), los obreros manufactureros de Inglaterra son más inteligentes y tienen más instrucción y moral que los obreros de los campos" (t. I., pág. 397). Y Sismondi explica el porqué: "*Vivant sans cesse ensemble, moins épuisés par la fatigue et pouvant se livrer davantage à la conversation, les idées ont circulé plus rapidement entre eux*" (Como viven siempre juntos, están menos agotados por la fatiga y tienen más posibilidades de conversar, las ideas han circulado con mayor rapidez entre ellos. *N. de la Edit.*) Pero observa melancólicamente: "*aucun attachement a l'ordre établi*" (ningún apego al orden establecido. *N. de la Edit.*)

** Las formas de este proceso son también distintas en la zona central de la Rusia europea y las regiones periféricas. A *éstas* van principalmente obreros *agrícolas* de las provincias centrales de tierras negras y en parte, *no agrícolas* de las provincias industriales, que difunden sus conocimientos "de oficios" e "implantan" la industria entre la población netamente agrícola. *De la zona industrial* van a menudo obreros *no agrícolas* a todos los confines de Rusia, pero principalmente a las capitales y grandes centros industriales, con la particularidad de que esta corriente industrial, si uno puede expresarse así, es tan fuerte que origina escasez de obreros *agrícolas*, que van también a las *provincias industriales* (las de Moscú, Yaroslavl y otras) desde las provincias centrales de tierras negras. Véase S. A. Korolenko. *El trabajo asalariado*, etc.

*** Para mostrar palmariamente la relación existente entre el romanticismo *europeo* y el ruso, aduciremos en notas a pie de página varias citas del señor N.-on. "No hemos querido aprovechar la lección que nos brinda el desarrollo económico de Europa Occidental. Nos han asombrado

"No hay que olvidar que la riqueza no es más que la representación de los goces y las comodidades de la vida" (¡en lugar de riqueza burguesa, aquí se pone ya riqueza en general!), "y crear una opulencia artificial, condenando a la nación a todo lo que constituye realmente sufrimiento y pobreza, es tomar la denominación por el objeto denominado" (*prendre le mot pour la chose*) (t. I, pág. 379).

"Mientras las naciones no hacían más que seguir las indicaciones de la naturaleza y aprovechar sus ventajas de clima, suelo, situación y posesión de materias primas, no se colocaban *en una posición violenta* (*une position forcée*), no buscaban *una opulencia aparente* que se transforma para la masa del pueblo en miseria real" (t. I, pág. 411). ¡¡La riqueza burguesa es sólo aparente!! "Es muy peligroso para la nación cerrar sus puertas al comercio exterior; así se la obliga en cierto modo (*en quelque sorte*) *a una falsa actividad* que la llevará a su ruina" (t. I, pág. 448)*.

".. .En el salario hay una parte necesaria que debe conservar la vida, la fuerza y la salud de quienes lo reciben... ¡Ay del gobierno que toque esta parte!, pues lo sacrifica todo a la vez (*il sacrifie tout ensemble*), a las personas y la esperanza de tener riquezas en lo porvenir... Esta diferencia nos hace notar cuán errónea es la política de los gobiernos que han reducido a las clases obreras al escueto salario imprescindible para aumentar las rentas líquidas de los fabricantes, de los comerciantes y de los propietarios" (t. II, págs. 168. 169)**.

"Ha llegado al fin el momento de preguntar adónde se quiere ir" (t. II, pág. 328).

"Su separación (a saber, de la clase de los propietarios y de la clase de los trabajadores) y la oposición de sus intereses son consecuencia de la organización artificiosa moderna que hemos dado a la sociedad humana... El orden natural del progreso social no tendía en absoluto a separar a los hombres de las cosas o a la riqueza del trabajo; en el campo, el propietario podía seguir siendo agricultor; en las ciudades, el capitalista podía seguir siendo artesano; la separación de la clase trabajadora de la clase ociosa no era indispensable para la existencia de la sociedad ni para la existencia de la producción; la hemos introducido nosotros para mayor ventaja de todos; a nosotros nos incumbe (*il nous appartient*) regularla para obtener efectivamente esta ventaja" (t. II, págs. 347-348).

"Poniendo así a los productores en oposición con ellos mismos (es decir, a los patronos en oposición con los obreros), se les ha obligado a seguir un camino *diametralmente opuesto* a los intereses de la sociedad... En esta lucha constante por hacer bajar los salarios, todos olvidan el interés social, del que, no obstante, participa cada cual" (t. II, pág. 359-360). Y algo antes vemos también esta mención de las vías que nos ha legado la historia: "En el origen de las sociedades, *cada persona posee el capital* sobre el que ejerce su trabajo, y casi todos los artesanos viven de una renta constituida por igual de ganancia y de salario" (t. II, pág. 359)***.

Creemos que con eso basta... Puede uno estar seguro de que el lector que no conozca ni a Sismondi ni al señor N .-on, se verá en un aprieto para decir cuál de los dos románticos, el citado en las notas o el citado en el texto, tiene un punto de vista más primitivo y más ingenuo.

Otro tanto puede decirse de los deseos prácticos de Sismondi, a los que él dedicó tanto espacio en sus *Nouveaux Príncipes*.

Lo que nos distingue de A. Smith, dice Sismondi en el primer volumen de su obra, es que "nosotros invocamos casi continuamente esta intervención del gobierno que Adam Smith rechaza" (t. 1, pág. 52). "...A menos... que el Estado enmiende la distribución de las riquezas..." (t. I, pág. 80)... "El legislador podría otorgar al pobre algunas garantías contra la competencia universal" (t. I, pág. 81). "La producción debe estar en proporción con la renta social, y los que estimulan una producción ilimitada sin preocuparse de conocer dicha renta, empujan a la nación a su ruina, creyendo abrirle el camino de las

---

tanto los brillantes progresos del capitalismo en Inglaterra y nos asombra tanto el progreso del capitalismo, inconmensurablemente más rápido, en los Estados Unidos de América", etc. (pág. 323). Como se ve, ¡ni siquiera las expresiones del señor N.-on brillan por su novedad! Le "asombra" lo mismo que "asombraba" a comienzos de siglo a Sismondi.

* "...Es erróneo el camino que ha seguido nuestra economía durante los últimos treinta años" (pág. 281). "Hemos identificado demasiado tiempo los intereses del capitalismo con los de la economía nacional, error funesto en extremo... *Los resultados visibles* de la protección de la industria... *nos han ofuscado* hasta el punto de perder totalmente de vista a la sociedad y al pueblo... hemos perdido de vista a costa de qué se opera ese desarrollo, hemos olvidado asimismo los fines de toda producción" (pág. 298), ¡excepto la capitalista!

"El desdén por nuestro propio pasado... la implantación del capitalismo..." (pág. 283)... "Hemos... puesto en juego todos los medios para implantar el capitalismo..." (pág. 323) "...Hemos perdido de vista..." (ibíd.).

** "…No hemos impedido el desarrollo de las formas capitalistas de producción, a pesar de que se basan en la expropiación del campesinado" (pág. 323).

*** "En lugar de atenernos firmemente a nuestras tradiciones seculares; en lugar de desarrollar el principio de la estrecha relación de los medios de producción con el productor inmediato... en lugar de aumentar el rendimiento del trabajo suyo (*del campesino*), concentrando los medios de producción en sus manos... en lugar de todo esto emprendimos el camino *diametralmente opuesto*" (págs. 322-323). "Hemos tomado el desarrollo del capitalismo por el desarrollo de toda la producción popular... *No hemos sabido ver* que el desarrollo de uno puede sobrevenir exclusivamente a costa de la otra" (pág. 323). La cursiva es nuestra.

riquezas" (*le chemin des richesses*) (t. I, pág. 82). "Cuando (el progreso de la riqueza) es gradual, cuando está en proporción consigo mismo, cuando ninguna de sus partes sigue una marcha precipitada, propaga el bienestar universal"... "Es posible que el deber del gobierno consista en frenar (*ralentir*!!) estos movimientos para regularlos" (t. I, págs. 409-410).

¡Sismondi no tiene la menor idea de la enorme trascendencia histórica del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, que transcurre justamente entre estas contradicciones y desproporciones!

"Si el gobierno ejerce en la aspiración a la riqueza una acción reguladora y moderativa, ésta puede ser infinitamente bienhechora" (t. I, pág. 413). "Algunos reglamentos del comercio, hoy día proscritos por la opinión universal, si merecen ser condenados como acicate de la industria, tal vez puedan ser justificados como freno" (t. I, pág. 415).

En esos razonamientos de Sismondi se ve ya su pasmosa falta de sagacidad en el plano histórico: no tenía la menor idea de que todo el sentido histórico de ese período, del cual fue contemporáneo, estribaba en la supresión de los reglamentos medievales. No se daba cuenta de que sus razonamientos llevaban el agua al molino de los defensores de antaño de *l'ancien régime* (Viejo régimen), que aún tenían mucha fuerza incluso en Francia, sin hablar ya de otros Estados del continente euroccidental, donde dominaban[*].

Así pues, el punto de partida de los deseos prácticos de Sismondi es la tutela, el freno, la reglamentación.

Ese punto de vista dimana de manera natural e inexorable del cúmulo de las ideas de Sismondi. Sismondi vivió justamente en la época en que la gran industria mecanizada daba los primeros pasos por el continente europeo, en que comenzaba la brusca y radical transformación de todas las relaciones sociales bajo la influencia de las máquinas (tomen nota, precisamente bajo la influencia de la industria mecanizada, y no del "capitalismo" en general)[**], transformación que se ha dado en denominar en la ciencia económica *industrial revolution* (revolución industrial). He aquí cómo la caracteriza uno de los primeros economistas que supo valorar toda la profundidad de una revolución que creó las sociedades europeas contemporáneas en lugar de las patriarcales semimedievales:

"...La historia del desarrollo industrial inglés durante los sesenta años últimos (escrito en 1844) es una historia que no tiene parangón en los anales de la humanidad. Hace sesenta u ochenta años, Inglaterra era un país como todos los demás, con pequeñas ciudades, pocas y simples industrias y una población agrícola de escasa densidad, pero considerable en proporción. Hoy es un país como *ningún* otro, con una capital de dos millones y medio de habitantes; con grandes ciudades industriales, con una industria que abastece de artículos a todo el mundo y lo produce casi todo con máquinas de lo más complejas; con una población emprendedora, inteligente y densa cuyas dos terceras partes están empleadas en la industria y el comercio y compuestas de clases distintas por completo; esta población tiene otras costumbres y otras demandas y constituye, en realidad, una nación completamente distinta de la Inglaterra de aquellos tiempos. La revolución industrial tiene para Inglaterra la misma importancia que la revolución política para Francia o que la revolución filosófica para Alemania. Y la diferencia entre la Inglaterra de 1760 y la Inglaterra de 1844 es, por lo menos, tan grande como la que había entre la Francia de *l'ancien régime* y la Francia de la revolución de julio"[***].

Era la "demolición completa de todas las relaciones viejas y arraigadas que tenían por base económica la pequeña producción. Se comprende que Sismondi, con sus concepciones reaccionarias, pequeñoburguesas, no pudiera entender el significado de esa "demolición". Se comprende que ante todo y sobre todo deseara, incitara, clamara y exigiera que se "pusiese fin a esa demolición"[****].

¿De qué manera se podía "poner fin a esa demolición? Ante todo, y por supuesto, apoyando la producción popular... digo, "la producción patriarcal", al campesinado y a la pequeña agricultura en general. Sismondi dedica todo un capítulo (t. II. l. VII, c. VIII) a estudiar "cómo el gobierno debe defender a la población de las consecuencias de la competencia".

"Con respecto a la población agrícola, la tarea general del gobierno consiste en asegurar a los que trabajan una parte en la propiedad o a propiciar (*favoriser*) la agricultura que nosotros hemos

---

[*] Efrusi vio "valor cívico" en esas lamentaciones y anhelos de Sismondi (núm. 7, pág. 139). ¡¡Decir que se necesita valor cívico para expresar deseos sentimentales!! Abran ustedes cualquier manual de historia de segunda enseñanza y leerán que los Estados euroccidentales del primer cuarto del siglo XIX estaban organizados según el tipo que el Derecho Público denomina con el término de *Polizeistaat* (Estado policiaco. *N. de la Edit.*). Leerán allí también que la misión histórica del siguiente cuarto de siglo, y no sólo del primero, estribaba precisamente en luchar contra él. Entonces comprenderán que el punto de vista de Sismondi trasciende a estupidez de pequeño campesino francés del tiempo de la Restauración[128]; que Sismondi nos brinda un ejemplo de combinación de romanticismo sentimental pequeñoburgués con una inverosímil inmadurez cívica.

[**] El capitalismo no data en Inglaterra de fines del siglo XVIII, sino de mucho antes.

[***] F. Engels. *Die Lage der arbeitenden Klassein England*.

[****] Nos atrevemos a confiar en que el señor N.-on no se quejará de nosotros porque hayamos copiado de él esta expresión (pág. 345), que nos parece acertada y característica en grado sumo.

denominado patriarcal con preferencia sobre todas las demás (t. II, pág. 340).

"Un estatuto de Isabel, que no ha sido acatado, prohíbe construir en Inglaterra una cabaña rústica (*cottage*) si no se le agrega, al menos, un terreno de cuatro acres de extensión. Si esta ley hubiera sido acatada, no se habría podido celebrar ni una sola boda entre jornaleros sin que hubiesen recibido su *cottage,* y ningún *cottager* habría sido llevado al último grado de la miseria. Esto habría sido algo (*c'est quelque chose*), pero ni mucho menos suficiente: en el clima de Inglaterra, una población de campesinos viviría en la indigencia con cuatro acres por familia. Hoy día, los *cottagers* de Inglaterra no poseen, en su mayor parte, más que un acre y medio o dos acres de tierra, por los que han de pagar una renta bastante elevada... Este es un motivo más para que la ley... imponga al señor, cuando divide uno de sus campos entre varios *cottagers*, la obligación de entregar a cada uno terreno suficiente para que pueda vivir" (t. II, págs. 342-343)*.

El lector ve que los deseos del romanticismo son totalmente *del mismo género* que los anhelos y programas de los populistas: están erigidos de idéntica manera sobre el desconocimiento del desarrollo económico *real* y la absurda tentativa de hacer revivir en la época de la gran industria mecanizada, de la rabiosa competencia y de la lucha de intereses unas condiciones que reproducen las condiciones patriarcales de la remota antigüedad.

* "Seguir nuestras tradiciones seculares; (¿no es acaso patriotismo?)... desarrollar el principio heredado de la relación íntima de los medios de producción con los productores directos..." (el señor N ,-on, pág. 322). "Nos hemos desviado del camino que seguimos durante muchos siglos; hemos comenzado a suprimir la producción basada en la estrecha conexión del productor inmediato con los medios de producción, en la estrecha relación de la agricultura con la industria transformativa y hemos fundado nuestra política económica en el principio del desarrollo de la producción capitalista basada en la expropiación de los medios de producción de los productores inmediatos con todas las calamidades que la acompañan y que padece actualmente Europa Occidental" (pág. 281). Que el lector compare ahora lo expuesto con la antecitada opinión de los propios "europeos occidentales" sobre estas "calamidades, que padece", etc. "El principio de conceder tierra a los campesinos o... proporcionar a los propios productores instrumentos de trabajo" (pág. 2)... "los seculares pilares populares" (pág. 75).
..."En estas cifras (a saber, en las cifras que muestran "cuán extenso es *el mínimum* de tierra que se requiere en las condiciones existentes de economía para cubrir las necesidades materiales de la población rural") tenemos, por consiguiente, uno de los elementos para resolver el problema económico, pero sólo *uno* de esos elementos" (pág. 65). Los románticos euroccidentales, como se ve, no eran menos propensos que los rusos a buscar en "las tradiciones seculares" la "justificación" de la producción popular.

**5. Carácter reaccionario del romanticismo**

Por supuesto, Sismondi no podía menos de estar enterado de cómo transcurría en realidad el desarrollo. Por eso, al exigir que fuese "estimulada la pequeña agricultura" (t. II, pág. 355), declaraba explícitamente que se debería "dar a la economía rural una dirección diametralmente opuesta de la que sigue hoy día en Inglaterra" (t. II, págs. 354-355)**.

"Inglaterra cuenta, afortunadamente, con el medio para hacer mucho por sus pobres del campo, repartiendo entre ellos sus inmensos bienes comunales (*ses immenses communaux*)... Si sus terrenos comunales estuviesen repartidos en propiedades libres (*en propriétés franches*) de 20 a 30 acres, ellos (los ingleses) verían renacer a esta clase independiente y arrogante de aldeanos, a esta *yeomanry* que ellos se quejan hoy de haber hecho casi desaparecer" (t. II, págs. 357-358).

Los "planes" del romanticismo son presentados como de fácil realización merced precisamente a ese desconocimiento de los intereses reales que constituyen el fondo del romanticismo. "Tal propuesta (el reparto de tierras en pequeñas parcelas entre los jornaleros, obligando a los terratenientes a preocuparse de ellos) quizás subleve a los grandes propietarios, que son actualmente en Inglaterra los únicos que ejercen el poder legislativo; sin embargo, es justo... Únicamente los grandes propietarios los necesitan (a los jornaleros, para utilizarlos; ellos los han hecho, pues que los mantengan ellos" (t. II, págs. 356-357).

No extrañarán esas ingenuidad es escritas a comienzos de siglo: la "teoría" del romanticismo está en correspondencia con ese estado primitivo del capitalismo en general que condicionaba un punto de vista igual de primitivo. Entonces aún había correspondencia entre el desarrollo efectivo del capitalismo, la interpretación teórica de este desarrollo y la manera de ver el capitalismo; y Sismondi, en todo caso, nos parece un autor íntegro y fiel a sí mismo.

"Hemos indicado ya en otro sitio -dice Sismondi- la protección que esta clase desdichada (la clase de los artesanos) tuvo antaño en el establecimiento de los gremios y las corporaciones (*des jurandes et des maîtrises*)... No se trata de restablecer su extraña y opresiva organización... Pero lo que el legislador debe proponerse ante todo es elevar los gajes del trabajo industrial, sacar a los jornaleros de la precaria situación en que viven; por último, facilitarles el logro de lo que ellos han dado en llamar *una posición****** (*un état*)... Hoy día los operarios nacen y mueren operarios, mientras que antaño la posición de

** Confróntese el programa populista del señor V. V. de "tirar de la historia en otra dirección". Cfr. Volguin, op. cit., pág. 181.
*** La cursiva es del autor.

operario no era sino una preparación, un grado para alcanzar una posición superior. Y lo que importa restablecer es esa posibilidad de subir (*cette faculté progressive*). Hay que estimular el interés de los patronos en ascender a sus operarios a una posición superior; es preciso que el hombre que se contrata en una manufactura comience, ciertamente, trabajando, por un simple salario, pero que siempre tenga delante la esperanza de alcanzar, por su buena conducta, una parte en las ganancias de la empresa" (t. II, págs. 344-345).

¡Es difícil expresar más claro el punto de vista del pequeño burgués! El ideal de Sismondi son los gremios, y la salvedad que hace respecto a la inconveniencia de su restablecimiento no tiene, evidentemente, otro sentido que el de la necesidad de adoptar el principio, la idea del gremio (exactamente igual que los populistas quieren adoptar el principio, la idea de la comunidad rural, y no la actual forma fiscal de asociación denominada comunidad), y despojado de su fealdad medieval. Lo absurdo del plan de Sismondi no estriba en que defendiera a capa y espada los gremios y quisiera restablecerlos íntegramente, pues no se lo planteaba. Lo absurdo es que tomó por modelo la *asociación* surgida de las exiguas y primitivas demandas de agrupación de los artesanos locales y quiso aplicar esta medida, este modelo, a la sociedad capitalista, en la que el elemento aglutinante, socializador, es la gran industria mecanizada que rompe las barreras medievales y borra las diferencias locales, provinciales y profesionales. Consciente de la necesidad de asociación, de la agrupación en general, en una u otra forma, el romántico toma por modelo una asociación que satisface las exiguas demandas corporativas en una sociedad patriarcal e inerte y quiere aplicarlas a una sociedad transformada por completo, con una población dinámica que tiene socializado el trabajo a escala de todo el país e incluso mayor y no en los límites de cierta comunidad o cierta corporación*.

Este error es el que valió al romántico la bien merecida calificación de reaccionario, entendiéndose por este término justamente la tentativa de medir la nueva sociedad con el viejo rasero patriarcal, justamente el afán de buscar un modelo en los viejos órdenes y tradiciones que están en completa discordancia de las condiciones económicas, que han cambiado, y no el deseo de restablecer de buenas a primeras las instituciones medievales.

Esta circunstancia es la que Efrusi no ha comprendido en absoluto. El comprendió precisamente en el sentido burdo y vulgar la caracterización de reaccionaria dada a la teoría de Sismondi. Efrusi se turbó... ¿Cómo es eso?, razonó, ¿qué reaccionario es Sismondi si dice explícitamente que en modo alguno desea restablecer los gremios? Y concluyó que era injusto "acusar" a Sismondi "de retrógrado": que Sismondi, antes al contrario, tenía una opinión "atinada de la organización gremial" y "valoraba plenamente su importancia histórica" (núm. 7, pág. 147), como, dice él, han puesto en claro las investigaciones de historia de tales y cuales catedráticos sobre los aspectos buenos de la organización gremial.

Los autores *casi* sabios poseen a menudo la sorprendente cualidad de dejar que los árboles les impidan ver el bosque. El punto de vista que Sismondi tiene de los gremios es típico e importante justamente porque liga a ellos sus deseos prácticos**. *Por eso precisamente* su doctrina es conceptuada de *reaccionaria*. ¡Y Efrusi se pone a hablar sin ton ni son de las novísimas obras de historia de los gremios!

El resultado de estas disquisiciones casi sabias e inoportunas ha sido que Efrusi pasó por alto precisamente el quid de la cuestión: ¿es acertado o desatinado conceptuar reaccionaria la doctrina de Sismondi? No vio precisamente lo más importante, *el punto de vista* de Sismondi. "Me han presentado -decía Sismondi- en economía política como enemigo del progreso de la sociedad y como partidario de instituciones bárbaras y opresoras. No, yo no quiero nada de lo ya ha habido; lo que quiero es algo mejor de lo que hay. No puedo juzgar de lo existente más que comparándolo con lo pasado, y estoy muy lejos de querer volver a levantar las ruinas antiguas cuando muestro con ellas las demandas eternas de la sociedad" (t. II, pág. 433). *Los deseos* de los

* Los populistas incurren en error análogo por completo con relación a otra asociación (*la comunidad*), que satisfacía las exiguas demandas de agrupación de los campesinos locales, vinculados por la posesión comunal de la tierra, de los pastos, etc. (y principalmente porque estaban subordinados a la potestad de un mismo terrateniente y unos mismos funcionarios), pero que no corresponde en absoluto a las demandas de la economía mercantil y del capitalismo, que rompe todas las barreras locales, corporativas y jerárquicas y establece una honda disensión de intereses económicos *dentro* de la comunidad. La necesidad de asociación, de agrupación, no ha disminuido en la sociedad capitalista; por el contrario, ha aumentado inconmensurablemente. Pero es absurdo por demás tomar el viejo rasero para satisfacer esta demanda de la nueva sociedad. Esta nueva sociedad requiere ya, primero, que la asociación no sea local, corporativa ni jerárquica; segundo, que su punto de partida sea la diferencia de posición e intereses creada por el capitalismo y la disociación del campesinado. Una asociación local, corporativa, que agrupe a campesinos de posición económica e intereses muy distintos, se hace actualmente, en virtud de su índole *obligatoria*, *perjudicial* tanto para los propios campesinos como para todo el desarrollo social.

** Véase anteriormente, al menos, el capítulo de donde hemos extraído los razonamientos sobre los gremios (aducidos también por Efrusi, pág. 147).

románticos son muy buenos (como los deseos de los populistas). El conocimiento de las contradicciones del capitalismo los coloca por encima de los optimistas ciegos que niegan estas contradicciones. Sismondi es conceptuado de reaccionario y no porque quisiera volver a la edad media, sino precisamente porque en sus deseos prácticos "comparaba lo presente con lo pasado" y no con lo porvenir, precisamente porque él "procuraba demostrar las demandas eternas de la sociedad"* *mediante* las "ruinas" y no *mediante* las tendencias del novísimo desarrollo. Este punto de vista pequeñoburgués de Sismondi, que lo distingue nítidamente de los otros autores que también procuraban demostrar al mismo tiempo que él y después de él "las demandas eternas de la sociedad", es el que no ha podido comprender Efrusi.

En este error de Efrusi se manifestó esa comprensión limitada de los términos doctrina "pequeñoburguesa" y doctrina "reaccionaria", de la que ya hemos hablado con motivo del primero. Ninguno de los dos términos es en absoluto indicio de las ansias egoístas de un pequeño tendero ni de los afanes de detener el desarrollo social, de volver atrás: son sólo indicio del *error* en que incurre el autor tratado, de su estrechez de miras y horizonte, causa de la elección de medios (para alcanzar fines muy buenos) que en la práctica no pueden ser eficientes ni satisfacer más que al pequeño productor o rendir un servicio a los defensores de lo viejo. Sismondi, por ejemplo, no es, ni mucho menos, un fanático de la pequeña *propiedad*. No comprende peor que nuestros populistas contemporáneos la necesidad de agrupación, de asociación. Expresa el deseo de que "la mitad de la ganancia" en las empresas industriales sea "repartida entre los obreros asociados" (t. II, pág. 346). Preconiza abiertamente un "sistema de asociación" en el que "todos los progresos de las artes y oficios redunden en beneficio de quienes los ejercen" (t. II, pág. 438). Al hablar de la relación que guarda su doctrina con las de Owen, Fourier, Thompson y Muiron, famosas por aquellos tiempos, Sismondi declara: "Yo querría, lo mismo que ellos, que existiera una asociación entre los que cooperan en la fabricación de un mismo producto en lugar de oponer los unos a los otros. Mas no creo que los medios que ellos han propuesto para llegar a ese fin puedan alcanzarlo jamás" (t. II, pág. 365).

La diferencia existente entre Sismondi y estos autores estriba precisamente en el *punto de vista*. Por eso es completamente natural que Efrusi, quien no lo ha comprendido, haya presentado de manera equivocada por completo la actitud de Sismondi frente a estos autores.

"Si Sismondi no ha ejercido en sus contemporáneos más que una influencia muy débil - leemos en *Rússkaie Bogatstvo*, núm. 8, pág. 57-, si las reformas sociales que él proponía no han sido realizadas, eso se explica principalmente porque él iba muy por delante de su época. El escribió en una época en que la burguesía celebraba su luna de miel... Es comprensible que, en esas condiciones, la voz del hombre que exigía reformas sociales debía ser la de quien predica en el desierto. Mas sabemos que la posteridad no le ha sido mucho más favorable. Eso quizás se explique porque Sismondi escribió, como ya hemos visto, en una época de transición y porque, si bien deseaba grandes cambios, no podía deshacerse totalmente de lo viejo. Era demasiado radical para las gentes moderadas y demasiado moderado para las de tendencias más radicales".

Primero, decir que Sismondi, con las reformas que él proponía, "iba por delante de su época" significa no haber comprendido la propia esencia de la doctrina de Sismondi, quien dice de sí mismo que comparaba lo presente con lo pasado. Se necesitaba una miopía infinita (o una afección infinita al romanticismo) para no captar el espíritu y el significado generales de la teoría de Sismondi debido sólo a que éste simpatizaba con la legislación fabril**, etc.

Segundo, Efrusi opina, por lo tanto, que la diferencia existente entre Sismondi y los otros autores estriba únicamente en el *grado de radicalismo* de las reformas propuestas: éstos iban más lejos, y Sismondi aún no se había desprendido totalmente de lo viejo.

Y no es de eso de lo que se trata. La diferencia entre Sismondi y estos autores es mucho más profunda, no estriba en que unos fueran más lejos y otros fuesen tímidos***, sino en que miraban al *propio carácter* de las reformas desde puntos de vista *diametralmente opuestos*. Sismondi señalaba "las demandas eternas" de la sociedad, y estos autores señalaban las mismas demandas eternas de la sociedad. Sismondi era utopista y basaba sus deseos en una idea abstracta y no en intereses reales; estos autores eran también utopistas y fundaban asimismo sus planes en una idea abstracta. Mas justamente *el carácter* de sus planes era lo que difería por

* La circunstancia de que él *procurase demostrar* la existencia de estas demandas lo coloca, repetimos, muy por encima de los economistas burgueses limitados.

** Sismondi tampoco "iba por delante de su época" en esta cuestión, puesto que aprobaba sólo lo que ya se había hecho en Inglaterra, sin poder comprender el nexo que unía a estas transformaciones con la gran industria mecanizada ni su función histórica progresista.

*** No queremos decir que en este aspecto no hay diferencia entre los autores mencionados, pero esta diferencia *no explica la cosa* y desvirtúa la actitud de Sismondi con los otros autores: resulta que sustentaban el mismo punto de vista y se distinguían sólo por el grado de radicalismo y consecuencia de las deducciones. Y de lo que se trata no es de que Sismondi *no "fuese" tan lejos*, sino de que él "iba" *hacia atrás*, y los mencionados autores "marchaban" *adelante*.

completo debido a que examinaban desde puntos de vista *diametralmente opuestos* el moderno desarrollo económico que planteaba las "demandas eternas". Los autores mencionados anticipaban el futuro y adivinaban genialmente la tendencia de la "demolición" que operaba ante sus ojos la industria mecanizada de antes. Miraban en la dirección que llevaba el desarrollo real; e iban verdaderamente *por delante* de este desarrollo. Sismondi, en cambio, *le daba la espalda*; su utopía no anticipaba el futuro, sino que restauraba el pasado; no miraba adelante, sino atrás, soñando con "poner fin a la demolición", a esa misma "demolición, *de la que* inferían los mencionados autores sus utopías*. Por eso, la utopía de Sismondi es conceptuada con sobrada razón de reaccionaria. El fundamento de tal caracterización estriba, lo repetimos una vez más, *sólo en* que Sismondi no comprendía el alcance progresista de esta "demolición" de las viejas relaciones sociales patriarcales y semimedievales de los Estados de Europa Occidental, "demolición" que comenzó la gran industria mecanizada a fines del siglo pasado.

Este punto de vista específico de Sismondi se trasluce incluso entre sus razonamientos en torno a la "asociación" en general. "Yo deseo -dice- que la propiedad de las manufacturas esté repartida entre gran número de capitalistas medios y no concentrada en las manos de un hombre solo, dueño de varios millones..." (t. II, pág. 365). El punto de vista del pequeño burgués se manifiesta con mayor realce aún en este pasaje: "No es la clase de los pobres, sino la de los jornaleros la que hay que hacer desaparecer, la que hay que reincorporar a la clase de los propietarios" (t. II, pág. 308). "*Reincorporar*" a la clase de los propietarios: ¡aquí está todo el quid de la doctrina de Sismondi!

Por supuesto, Sismondi debió haber sentido él mismo la imposibilidad de sus buenos deseos, debió haber sentido la gran discordancia existente entre sus buenos deseos y el antagonismo de intereses reinante en aquella época. "La tarea de asociar de nuevo los intereses de los que concurren a una misma producción... es difícil sin duda; mas yo no creo que esta dificultad sea tan grande como se supone" (t. II, pág. 450)**. El conocimiento de esta discordancia entre los deseos y aspiraciones propios y las condiciones reales y su desarrollo mueve naturalmente a querer demostrar que "aún no es tarde" para "volver atrás", etc. El romántico intenta apoyarse en *el escaso desarrollo* de las contradicciones del régimen contemporáneo, en *el atraso* del país. "Los pueblos conquistaron entonces el sistema de libertad en que hemos entrado (se trata de la caída del feudalismo); mas por los días en que se sacudieron el yugo que habían llevado tanto tiempo, las clases trabajadoras (*les hommes de peine*) no se vieron despojados de toda propiedad. En el campo participaban de la posesión de la tierra (*ils se trouvèrent associés á la propriété du sol*) como medieros, censatarios y arrendatarios. En las ciudades eran industriales independientes (*ils se trouvèrent associés a la propriété de leur industrie*) como miembros de las corporaciones y asociaciones de oficios (*métiers*) que ellos habían fundado para su defensa mutua. Es en nuestros días, en estos momentos que vivimos (*c'est dans ce moment même*) cuando el progreso de la riqueza y la competencia rompen todas esas asociaciones. Pero esta demolición (*revolution*) aún está a medio hacer" (t. II, pág. 437).

"Es verdad que sólo una nación se encuentra hoy en esa situación antinatural; en una sola nación se ve el contraste incesante de la riqueza aparente con la miseria espantosa de la décima parte de la población, constreñida a vivir de la caridad pública. Pero esta nación, tan digna de ser imitada en algunos aspectos, tan deslumbrante incluso en sus yerros, ha seducido con su ejemplo a todos los hombres de Estado del continente. Y si estas reflexiones no pueden serle útiles a ella misma, rendirán al menos, creo yo, un servicio a la humanidad ya mis compatriotas, al descubrir el peligro que entraña el camino que ella sigue y dejar sentado con su propia experiencia que fundar toda la economía política en el principio de una competencia sin límites es... sacrificar el interés de la humanidad a la acción simultánea de todas las pasiones individuales" (t. II, pág. 368) ***. Así acaba Sismondi sus *Nouveaux Principes*.

La significación general de Sismondi y de su teoría quedó formulada claramente por Marx en el siguiente pasaje, que esboza primero las condiciones de la vida económica de Europa Occidental que dieron origen a tal teoría (y lo hicieron justamente en la época en que el capitalismo comenzaba a montar allí la gran industria mecanizada) y luego la valora****.

"Los habitantes de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países

* "Roberto Owen -dice Marx-, padre de las fábricas y bazares cooperativos, que... no compartía las ilusiones de sus imitadores sobre el alcance y trascendencia (*Tragweite*) de estos elementos aislados de transformación, no sólo partía, en sus ensayos, del sistema fabril, sino que veía en él, teóricamente, el punto de arranque de la "subversión social"[129].

** "El problema que ha de resolver la sociedad rusa se complica de día en día. El capitalismo se apodera de mayores extensiones cada vez..." (ibíd.).

*** "La sociedad rusa tiene una gran tarea que cumplir, una tarea extraordinariamente difícil, mas no imposible: desarrollar las fuerzas productivas de la población de manera que pueda aprovecharlas todo el pueblo y no una minoría insignificante" (N.-on, pág. 343).

**** Cfr. las citas en *Rússkoie Bogatstvo* núm. 8, pág. 57, núm. 6, pág. 94, en el artículo del señor N.-on.

de una industria y un comercio menos desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía en auge.

"En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado -y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar- una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y en que serán remplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y empleados.

"En países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, era natural que los autores que defendían la causa del proletariado contra la burguesía aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeño burgués y del pequeño campesino y defendiesen la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura no sólo en Francia, sino también en Inglaterra.

"Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de las máquinas y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía de la producción, la escandalosa desigualdad en la distribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de los viejos pueblos*.

"Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los medios modernos de producción y de cambio en el marco de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

"Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal; he aquí su última palabra"** [130].

Hemos procurado demostrar cuán acertada es esta caracterización al analizar por separado cada elemento de la doctrina de Sismondi. Ahora nos limitaremos a señalar el curiosísimo procedimiento empleado por Efrusi para culminar los desatinos de su exposición, de su crítica y de su valoración del romanticismo. El lector recordará que, en el comienzo mismo de su artículo (en el núm. 7 de *Rússkoie Bogatstvo*), Efrusi declaraba que era "injusto" y "erróneo" incluir a Sismondi entre los reaccionarios y los utopistas (op. cit., pág. 138). Para demostrar esta tesis hubo primero de ingeniárselas y guardar absoluto silencio sobre lo principal, a saber, sobre la relación que guardaba *el punto de vista* de Sismondi con la situación y los intereses de los pequeños productores, clase peculiar de la sociedad capitalista; segundo, al analizar las diferentes tesis de la teoría de Sismondi, Efrusi en parte presentó de manera completamente equivocada el criterio que Sismondi tenía de la teoría moderna, como hemos mostrado antes, y en parte dio sencillamente de lado esta teoría moderna, defendiendo a Sismondi con apelaciones a sabios alemanes que "no fueron más lejos" que Sismondi; tercero y último, Efrusi quiso resumir su opinión de Sismondi de la siguiente manera: "Nuestro (!) parecer de la importancia de Simonde de Sismondi -dice- podemos (!!) resumirlo en las siguientes palabras" de un economista alemán (*Rússkoie Bogatstvo*, núm. 8, pág. 57), y luego cita el fragmento antes señalado, o sea, *sólo un trocito* de la caracterización hecha por este economista, ¡habiendo omitido, además, la parte que explica el nexo de la teoría de Sismondi con la clase peculiar de la sociedad contemporánea y la parte donde la deducción definitiva proclama el carácter reaccionario y utópico de Sismondi! Es más. Efrusi no se limita a entresacar *un trocito* del juicio mencionado que no da ninguna idea cabal del mismo y, por tanto, presenta de manera totalmente falsa la opinión que Sismondi merece a este economista. Aún quiere acicalar a Sismondi, haciéndose pasar por mero transmisor de los juicios de dicho economista.

"Agreguemos a ello -dice Efrusi- que, según algunas opiniones teóricas, Sismondi es el precursor de los economistas contemporáneos más destacados***: recordemos sus opiniones sobre la renta del capital y sobre las crisis, su clasificación de la renta nacional, etc." (ibíd.). Así pues, en vez de *agregar* a los méritos de Sismondi que mencionara el

* Este pasaje lo cita Efrusi en la pág. 57 (a partir del último párrafo) del núm. 8 de *Rússkoie Bogatstvo*.

** Cfr. el artículo indicado, pág. 88 del núm. 6 de 1894 de *Rússkoie Bogatstvo*. El señor N.-on incurre en dos inexactitudes y una omisión al traducir este fragmento. En vez de "pequeño burgués" y "pequeño campesino" traduce "estrictamente burgués" y "estrictamente campesino". En lugar de "causa de los obreros" traduce "causa del pueblo", pese a que en el original pone *der Arbeiter*. Omite las palabras "que fatalmente debían ser rotas" (*gesprengt werden mussten*).

*** ¿Como Adolfo Wagner? *K. T.*

economista alemán el punto de vista pequeñoburgués y el carácter reaccionario de la utopía de Sismondi que señalara dicho economista, Efrusi *agrega a los méritos* de Sismondi *justamente las partes de su doctrina* (como "la clasificación de la renta nacional") *en que*, a juicio de ese mismo economista, *no hay ni una palabra de ciencia*.

Se nos podrá objetar: Efrusi puede no compartir en absoluto el parecer de que la explicación de las doctrinas económicas debe buscarse en la realidad económica; puede estar profundamente convencido de que la teoría de A. Wagner sobre "la clasificación de la renta nacional" es la “más notable". Nos lo creemos de buen grado. Mas ¿qué derecho tenía él para coquetear con una teoría que los señores populistas "aceptan", como tanto les agrada decir, siendo así que, en realidad, no ha comprendido absolutamente qué relación guardaba esta teoría con Sismondi y ha hecho todo lo posible (y aun lo imposible) por presentar esta relación a una luz totalmente incierta?

No dedicaríamos tanto espacio a esta cuestión si se tratara sólo de Efrusi, autor cuyo nombre aparece poco menos que por primera vez en las publicaciones populistas. Y no es la persona, ni siquiera las concepciones de Efrusi, lo que nos importa, *en general, sino la actitud que los populistas adoptan ante la teoría, que ellos dicen compartir, del célebre economista alemán*. Efrusi no es una excepción. Por el contrario, su ejemplo es de lo más típico y precisamente para demostrarlo hemos tendido por todos sitios un paralelo entre el punto de vista y la teoría de Sismondi y el punto de vista y la teoría del señor N.-on*. La analogía ha resultado completísima: tanto las concepciones teóricas como el punto de vista sobre el capitalismo y el carácter de las deducciones y deseos prácticos han resultado *homogéneos* en ambos autores. Y como quiera que las concepciones del señor N.-on pueden ser denominadas última palabra del populismo, estamos en nuestro derecho de sacar la consecuencia de que *la doctrina económica de los populistas no es más que una variedad rusa del romanticismo paneuropeo*.

Se entiende por sí solo que las peculiaridades históricas y económicas de Rusia, por una parte, y su atraso incomparablemente mayor, por otra, imprimen al populismo diferencias muy grandes. Pero estas diferencias no rebasan, sin embargo, los límites que distinguen a una especie y, por lo mismo, no alteran *la homogeneidad* del populismo y del romanticismo pequeñoburgués.

Tal vez la diferencia mayor y más llamativa sea el afán de los economistas populistas de encubrir su romanticismo, declarando que están "de acuerdo" con la teoría moderna e *invocándola* más a menudo, si bien esta teoría es acusadamente opuesta al romanticismo y se ha formado en lucha encarnizada contra todas las variedades de doctrinas pequeñoburguesas.

El análisis de la teoría de Sismondi ofrece singular interés justamente porque permite comprender *los procedimientos generales* para disfrazarse de tal guisa.

Hemos visto que tanto el romanticismo como la teoría moderna *indican las mismas* contradicciones de la economía social de nuestros días. Y de eso es de lo que se aprovechan los populistas para *alegar* que la teoría moderna reconoce la existencia de contradicciones que se manifiestan en las crisis, en las búsquedas de mercado exterior, en el aumento de la producción pese a la disminución del consumo, en la protección aduanera, en el efecto nocivo de la industria mecanizada, etc., etc. Y les sobra razón: la teoría moderna, en efecto, *reconoce todas estas* contradicciones que también reconocía el romanticismo. Mas cabe preguntar: ¿se ha interesado alguna vez un solo populista por saber en qué se distingue el análisis científico de estas contradicciones que las reduce a la disparidad de intereses que brotan sobre el terreno del régimen de economía existente, del aprovechamiento de dichas contradicciones sólo para exteriorizar buenos deseos? No, no veremos en ningún populista el desentrañamiento de este problema, que caracteriza precisamente en qué se distingue la teoría contemporánea del romanticismo. Los populistas señalan igualmente las contradicciones con el único fin de exteriorizar sus buenos deseos.

Cabe seguir preguntando: ¿ha indagado alguna vez un solo populista en qué se distingue la crítica sentimental del capitalismo de la crítica científica, dialéctica, del mismo? Ninguno lo ha hecho, y es que esta cuestión caracteriza la segunda diferencia de importancia que hay entre la teoría moderna y el romanticismo. Ninguno ha creído necesario adoptar por criterio de sus teorías el preciso desarrollo actual de las relaciones sociales de economía (aunque en la aplicación de este criterio es en lo que se distingue fundamentalmente la crítica científica).

Cabe preguntar por último: ¿ha indagado alguna vez un solo populista en qué se distingue el punto de vista del romanticismo, que idealiza la pequeña producción y deplora la "demolición" de sus pilares "por el capitalismo", del criterio de la teoría moderna, que tiene por punto de partida de sus sistemas de ideas la gran producción capitalista con máquinas y declara fenómeno progresista esta "demolición de los pilares"? (Empleamos esta expresión corriente de los populistas que caracteriza con fuerza el proceso de transformación de las relaciones sociales bajo la influencia de la gran industria mecanizada que se ha operado *en todas*

* El señor V. V., otro economista populista, se solidariza totalmente con el señor N.-on en los importantísimos problemas mencionados y se distingue de él sólo en que su punto de vista es más primitivo aún.

*partes*, y no sólo en Rusia, en forma tan brusca y violenta que ha dejado perplejo al pensamiento social). Pues otra vez no. Ningún populista lo ha indagado, ninguno ha intentado aplicar a la "demolición" rusa los raseros que han hecho reconocer progresista la "demolición" euroccidental, y todos ellos lloran por los pilares y recomiendan detener la demolición, asegurando entre lágrimas que ésa es precisamente la "teoría moderna"…

La confrontación de su teoría, que ellos han presentado como solución nueva e independiente del problema del capitalismo basada en la última palabra de la ciencia y la vida de Europa Occidental, con la teoría de Sismondi muestra claramente de qué período primitivo de desarrollo del capitalismo y del pensamiento social data dicha teoría. Pero el quid de la cuestión no está en que esta teoría sea vieja. ¡Cuántas teorías europeas muy viejas serían novísimas, para Rusia! El quid de la cuestión está en que incluso *cuando esta teoría apareció, era ya una teoría pequeñoburguesa y reaccionaria*.

**6. Cómo enjuician el romanticismo y la teoría científica los aranceles cerealistas de Inglaterra**

Completaremos la comparación entre la teoría del romanticismo y la teoría contemporánea acerca de los puntos principales de la economía moderna con la confrontación de sus juicios sobre un problema *práctico*. El interés de esta comparación es mayor aún porque, por una parte, este problema práctico es uno de los más importantes y esenciales del capitalismo, y porque, por otra, sobre él se han pronunciado los dos representantes más insignes de ambas teorías contrarias.

Nos referimos a *las leyes cerealistas* de Inglaterra y a su derogación[131]. Este problema despertó profundo interés en el segundo cuarto del siglo en curso entre los economistas del continente, y no sólo de Inglaterra: todos comprendían que no era un problema particular de política aduanera, sino una cuestión general de la libertad de comercio, de la libre competencia, de "la suerte del capitalismo". Se trataba precisamente de coronar el edificio del capitalismo, instituyendo la completa libertad de competencia, de desbrozar el camino para dar fin a esa "demolición" que había comenzado en Inglaterra la gran industria mecanizada desde las postrimerías del siglo pasado, se trataba de retirar los estorbos que detenían esta "demolición" en *la agricultura*. Así es cómo abordaron este problema los dos economistas continentales de que vamos a hablar.

Sismondi añadió a la segunda edición de sus *Nouveaux Principes* un capítulo especial titulado "*De las leyes sobre el comercio de los cereales*" (libro III, cap. X).

Hace constar, ante todo, el carácter candente del problema: "Estas leyes, cuya derogación reclama hoy la mitad del pueblo inglés, profundamente irritado contra quienes las sostienen, y cuyo mantenimiento exige la otra mitad con gritos de indignación contra quienes quieren abolirlas..." (t. I, pág. 251).

Al analizar el problema, Sismondi señala que los intereses de los arrendatarios ingleses exigen impuestos sobre los cereales para asegurarles un precio remunerador. En cambio, los intereses de los manufactureros exigen la abolición de las leyes cerealistas, puesto que las manufacturas no pueden existir sin mercados exteriores, y el desarrollo consecutivo de la exportación inglesa era detenido por las leyes que restringían la importación: "Los manufactureros aducían que la saturación que encontraban en los mercados era también consecuencia de las mismas leyes, que los ricos del continente no podían comprar las mercancías de ellos porque no encontraban venta para sus cereales" (t. I, pág. 253-254)*.

"La apertura del mercado para los cereales extranjeros arruinaría probablemente a los terratenientes ingleses y haría caer a un precio infinitamente bajo todos los arrendamientos. Es un mal inmenso, sin duda, pero no es una injusticia" (t. I, pág. 254). Y Sismondi se pone a demostrar con la mayor ingenuidad que la renta de los terratenientes debe corresponder al servicio (*sic*!!) que rinden a "la sociedad" (¿capitalista?), etc. "Los arrendatarios - sigue Sismondi- extraerán su capital, en parte al menos, de la agricultura".

Este razonamiento de Sismondi (con el que se da por satisfecho) descubre el defecto fundamental del romanticismo, que no dedica la atención suficiente al proceso del desarrollo económico que se opera - en la realidad. Hemos visto que el propio Sismondi indica el desarrollo y el crecimiento paulatinos del sistema de cultivo de la tierra en grandes haciendas arrendadas en Inglaterra. Mas se apresura a condenar este proceso en lugar de estudiar las causas que lo originan. Sólo esa precipitación, ese afán de imponer a la historia sus candorosos deseos puede explicar la circunstancia de que Sismondi no ve la tendencia general de desarrollo del capitalismo en la agricultura ni la ineludible *aceleración de este proceso* con la abolición de las leyes cerealistas, o sea, el progreso capitalista de la agricultura en lugar de la decadencia que profetiza.

Pero Sismondi se mantiene fiel a sí mismo. Tan pronto como llega a la contradicción de este proceso

* Por unilateral que sea esta explicación de los fabricantes ingleses, que omiten otras causas, más profundas, de las crisis y su inevitabilidad cuando la ampliación del mercado no es grande, contiene indudablemente la idea muy justa de que la realización del producto mediante la venta en el extranjero requiere, *por regla general*, la importación correspondiente. Aconsejamos que se fijen en esta indicación de los fabricantes ingleses los economistas que se desentienden del problema de la realización del producto en la sociedad capitalista con la perspicaz sentencia de que “se venderá en el extranjero”.

capitalista, se pone a "refutarlo" ingenuamente, procurando demostrar a toda costa que el camino seguido por "la patria inglesa" es equivocado.

"¿Qué hará el jornalero?.. El trabajo cesará, los campos serán convertidos en pastizales... ¿Qué será de las quinientas cuarenta mil familias a las que se negará el trabajo?* Aun suponiendo que sean útiles para cualquier trabajo industrial, ¿existe hoy una industria capaz de absorberlas? ¿Habrá un gobierno que puede exponer voluntariamente a una crisis semejante a la mitad de la nación que gobierna?.. ¿Y obtendrían alguna ventaja de ello las gentes por quienes se sacrificara a los agricultores? Pues estos agricultores son los consumidores más próximos y seguros de las manufacturas inglesas. El cese de su consumo asestaría a la industria un golpe más funesto que el cierre de uno de los mayores mercados extranjeros" (págs. 255-256). Y aquí entra en escena la famosa "reducción del mercado interior". "¿Qué perderán las manufacturas por el cese del consumo de toda esta clase de labradores ingleses que constituyen casi la mitad de la nación? ¿Qué perderán las manufacturas por el cese del consumo de los ricos, cuyas rentas de la tierra serían casi anuladas?" (pág. 267). El romántico se las ve y se las desea para demostrar a los fabricantes que las contradicciones implícitas en el desarrollo de su producción y de su riqueza no son más que una expresión de su error, de su imprevisión. Y para "convencerlos" del "peligro" que representa el capitalismo, Sismondi pinta con lujo de pormenores la competencia que les amenaza de los cereales polacos y rusos (págs. 257-261). Pone en juego toda clase de argumentos y quiere hasta herir el amor propio de los ingleses. "¿Qué será del honor de Inglaterra si el emperador ruso puede hacerle pasar hambre, cerrando los puertos del Báltico siempre que quiera arrancarle alguna concesión?" (pág. 268). Recuerde el lector cómo intentaba demostrar Sismondi que "la apología del poder del dinero" era un error, esgrimiendo el argumento de que en las ventas es fácil engañar... Sismondi quiere "rebatir" a los truchimanes teóricos del sistema de cultivo de la tierra en grandes haciendas, diciendo que los arrendatarios ricos no pueden resistir la competencia de los míseros campesinos (véase la cita más arriba) y, a fin de cuentas, llega a su conclusión predilecta, persuadido, probablemente, de que ha demostrado el "desatino" de la senda que sigue "la patria inglesa". "El ejemplo de Inglaterra nos muestra que esta práctica (el desarrollo de la economía monetaria, a la que Sismondi opone *l'habitude de se fournir soi-même*, "la costumbre de ganarse uno mismo el sustento") no está libre de peligro" (pág. 263). "Lo malo es el sistema de cultivo (el de cultivo de la tierra en arrendamiento), pues se funda en una base peligrosa, y eso es lo que hay que procurar cambiar" (pág. 266).

¡Así, un problema concreto, resultante del choque de unos intereses determinados en un sistema de economía determinado, queda hundido en un torrente de candorosos deseos! Pero las partes interesadas mismas plantearon el problema de manera tan tajante que ya era imposible por completo limitarse a tal "solución" (como se limita el romanticismo en todos los demás problemas).

"¿Qué hacer, pues? -interroga Sismondi, desesperado- ¿abrir o cerrar los puertos de Inglaterra? ¿Condenar al hambre y a la muerte a los operarios de las manufacturas o a los obreros agrícolas de Inglaterra? Espantosa cuestión, por cierto; la situación en que se encuentra el gabinete inglés es una de las más espinosas en que han podido verse hombres de Estado" (pág. 260). Y Sismondi, dale que dale, vuelve a la "conclusión general" sobre el "peligro" que representa el cultivo de la tierra en grandes haciendas capitalistas, sobre "el peligro de someter toda la agricultura a un sistema de especulación". Mas "¿cómo se podrá en Inglaterra adoptar medidas eficaces, pero lentas a la vez, que rehabiliten (*remettraient en honneur*) a las haciendas pequeñas, en tanto que la mitad de la nación, ocupada en las manufacturas, pasa hambre, y las medidas que ella invoca amenazan con el hambre a la otra mitad de la nación ocupada en la agricultura? No sé. Y creo necesario someter la legislación del comercio de los cereales a grandes modificaciones; pero aconsejo a los que reclaman su abolición completa que examinen minuciosamente los siguientes problemas" (pág. 267), y lo que siguen son las quejas y temores de antes por la decadencia de la agricultura, por la reducción del mercado interior, etc.

Así pues, en el primer choque can la realidad, el romanticismo sufrió un completo descalabro. Y se vio obligado a extenderse a sí mismo un *testimonium paupertatis*** y acusar recibo de la misma, estampando su firma en el resguardo. ¡Recuérdese con qué ligereza y sencillez "resolvía" el romanticismo todos los problemas "en teoría"! El proteccionismo es insensato; el capitalismo es un error funesto; la vía seguida por Inglaterra es errónea y peligrosa; la producción debe marchar al paso del consumo, y la industria y el comercio al paso de la agricultura; las máquinas son ventajosas únicamente

* Para "demostrar" que el capitalismo es malo, Sismondi improvisa a continuación un cálculo aproximado (que tanto agrada, por ejemplo, a nuestro romántico ruso señor V. V.). Dice que en la agricultura están ocupadas unas 600.000 familias. Si los campos de labor se convierten en pastizales, se necesitará no más de la décima parte de este número... Cuanto menos comprende el autor la complejidad del proceso, de tanto mejor grado recurre a los cálculos pueriles hechos "la ojo de buen cubero".

** Certificado de pobreza. (*N. de la Edit.*)

cuando su empleo entraña aumento de los salarios o reducción de la jornada de trabajo; los medios de producción no deben estar separados de los productores; el intercambio no debe adelantar a la producción, no debe dar lugar a la especulación, etc., etc. El romanticismo tapaba la boca con una frase sentimental a cada contradicción, respondía con el respectivo deseo candoroso a cada pregunta y denominaba "solución" de los problemas a este pegar marbetes a todos los hechos de la vida corriente. No es de extrañar que estas soluciones fueran de una sencillez y una ligereza tan conmovedoras: daban de lado sólo una pequeña circunstancia, los intereses reales en cuyo conflicto estribaba precisamente la contradicción. Y cuando el desarrollo de esta contradicción encaró a este romántico con uno de los conflictos de singular violencia, como era la lucha de los partidos que precedió en Inglaterra a la derogación de las leyes cerealistas, nuestro romántico se desconcertó por completo. Se sentía perfectamente en la nebulosa de ensueños y buenos deseos y componía con tanta maestría sentencias adecuadas para "la sociedad" en general (pero inadecuadas para cualquier régimen histórico concreto de la sociedad) que, cuando bajó de su mundo de fantasía y se vio en la vorágine da la vida real y de la lucha de intereses, no encontró a mano ni siquiera un criterio para resolver los problemas concretos. La costumbre de pensar en abstracto y dar asimismo soluciones abstractas redujo la cuestión a la estricta fórmula: ¿a qué población hay que arruinar, a la agrícola o a la industrial? Y el romántico, desde luego, no pudo menos de concluir que no debía arruinarse a ninguna de las dos, que era preciso "emprender otro camino"... Mas las contradicciones reales lo apremiaban ya tanto por todos lados que no le dejaban remontarse otra vez a la nebulosa de los buenos deseos, y el romántico hubo de *dar su respuesta*. Sismondi dio incluso dos respuestas: la primera fue: "no sé"; la segunda, "por una parte, no se puede menos de confesar, y por otra parte, hay que reconocer"[132].

- - -

El 9 de enero de 1848 Carlos Marx pronunció en una reunión pública, celebrada en Bruselas, su "discurso sobre el librecambio*. A diferencia del romanticismo, para el que "la economía política no es una simple ciencia de cálculo, sino una ciencia moral", tomó por punto de partida de su exposición justamente la simple y serena *cuenta de los intereses*. En vez de enfocar el problema de las leyes cerealistas como problema de "sistema" elegido por la nación o como problema de legislación (como hizo Sismondi), el orador empezó por presentarlo como choque de los intereses de los fabricantes con los propietarios de la tierra y mostró de qué manera los fabricantes ingleses intentaron hacer de él causa nacional y persuadir a los obreros de que procedían en bien del interés público. A diferencia del romántico, que expuso el problema en forma de razonamientos que el legislador debía tener presentes al realizar la reforma, el orador redujo el problema al choque de los intereses reales de las distintas clases de la sociedad inglesa. Mostró que el fondo de toda la cuestión estribaba en la necesidad de abaratar las materias primas para los fabricantes. Y caracterizó la desconfianza de los obreros ingleses, que veían en "hombres llenos de abnegación, en un Bowring, un Bright y consortes, a sus mayores enemigos".

"A costa de grandes dispendios (los fabricantes) construyen palacios en los que la Liga (la *Anti-Corn-Law-League* o Liga Contra las Leyes Cerealistas)[133] establece en cierto modo su sede oficial, envían un ejército de misioneros a todos los puntos de Inglaterra para que prediquen la religión del librecambio, publican y distribuyen gratis millares de folletos para hacer ver a los obreros sus propios intereses; gastan sumas enormes para atraer a su lado a la prensa, montan un gran aparato administrativo para dirigir los movimientos librecambistas y derrochan elocuencia en los mítines públicos. En uno de esos mítines un obrero exclamó: "¡Si los propietarios de la tierra vendiesen nuestros huesos, vosotros, los fabricantes, seríais los primeros en comprados para echarlos a un molino de vapor y hacer con ellos harina!" Los obreros ingleses han comprendido muy bien la significación de la lucha entre los propietarios del suelo y los capitalistas industriales. Saben muy bien que se quería rebajar el precio del pan para bajar el salario y que la ganancia industrial aumentaría en la misma proporción que disminuyera la renta".

Así pues, *el planteamiento mismo del problema* es ya completamente distinto del de Sismondi. De lo que se trata es, primero, de explicar la actitud que las distintas clases de la sociedad inglesa adoptan frente al problema desde el punto de vista de sus intereses; y, segundo, de esclarecer la importancia de la reforma en la evolución general de la economía social inglesa.

Respecto al último punto, las opiniones del orador coinciden con las de Sismondi en el sentido de ver aquí, exactamente igual, "no un problema particular del desarrollo del capitalismo, sino *el problema general* de este desarrollo, del "librecambio" como sistema. "La abolición de las leyes cerealistas en Inglaterra es el triunfo más grande que el librecambio ha alcanzado en el siglo XIX"[134]. "Con la abolición de las leyes cerealistas se llevan al extremo la libertad de competencia y el moderno régimen de economía social"*. Por lo tanto, dicho problema es,

* *Discounts sur le libre échange* (*Discurso sobre el librecambio. N. de la Edit.*) Utilizamos la traducción alemana: *Rede über die Frage des Freihandels*.

* *Die Lage der arbeitenden Klasse in England* (1845). Esta obra está escrita desde un punto de vista totalmente

para estos autores, el de *si debe desearse que siga el desarrollo del capitalismo* o que éste se detenga, que se busquen "otros caminos", etc. Y nosotros sabemos que la respuesta afirmativa a esta pregunta era precisamente la solución del problema de principio sobre los destinos del capitalismo", y no el problema particular de las leyes cerealistas de Inglaterra, ya que el punto de vista registrado aquí se adoptó asimismo mucho después con relación a otros Estados. Los autores tuvieron también los mismos criterios en los años cuarenta de este siglo con relación a Alemania y a Norteamérica[**], declarando que la libertad de competencia sería un progreso para este país; respecto a Alemania, uno de ellos escribió ya en los años sesenta que padecía no sólo del capitalismo, sino del desarrollo insuficiente del capitalismo[137].

Mas retornemos al discurso que nos ocupa. Hemos señalado el punto de vista del orador, que difiere esencialmente del de Sismondi y reduce el problema a los intereses de las distintas clases de la sociedad inglesa. Vemos también una diferencia de la misma profundidad en la manera de plantear el problema puramente teórico de la importancia que tuvo en la economía social la derogación de las leyes cerealistas. Para él no es una cuestión abstracta sobre *el sistema* que debe seguir Inglaterra ni el camino que haya de elegir (como plantea Sismondi, olvidando que Inglaterra tiene mi pasado y un presente que determinan ya este camino). No, él plantea de entrada la cuestión sobre el terreno del *régimen socioeconómico existente*; y se interroga cuál *debe ser el paso siguiente* en el desarrollo de este régimen después de la abolición de las leyes cerealistas.

La dificultad de esta cuestión estribaba en definir cómo influiría la derogación de estas leyes en *la agricultura*, puesto que para todos estaba claro cómo influiría en la industria.

A fin de comprobar la utilidad que esta derogación tendría asimismo en la agricultura, la *Anti-Corn-Law-League* instituyó premios para las tres obras mejores sobre el efecto benéfico de la derogación de dichas leyes en la agricultura inglesa. El orador expuso brevemente las ideas de los tres premiados: Rope, Morse y Greg, y destacó en seguida a este último, que en su obra aplica de la manera más acertada y rigurosa los principios establecidos por la economía política clásica.

Greg, gran fabricante que escribía principalmente para los grandes arrendatarios capitalistas, demostró que la derogación de las leyes cerealistas expulsaría de la agricultura a los pequeños arrendatarios y les haría incorporarse a la industria, pero redundaría en beneficio de los grandes arrendatarios, los cuales obtendrían la posibilidad de arrendar los terrenos por plazos más prolongados, invertir más capital en la tierra y emplear más máquinas, valiéndose con menos mano de obra, que se abarataría con el abaratamiento del trigo. Los terratenientes, en cambio, tendrían que contentarse con una renta inferior debido al abandono del cultivo de las tierras de peor calidad, incapaces de resistir la competencia de los baratos cereales importados.

El orador tuvo razón sobrada para calificar de más científicas esta previsión y esta franca apología del capitalismo en la agricultura. La historia ha confirmado este vaticinio. "La abolición de las leyes anticerealistas imprimió un gigantesco impulso a la agricultura inglesa... El descenso absoluto de la población obrera del campo se desarrolla paralelamente con la extensión del área cultivada, con el desarrollo del cultivo intensivo, con la gigantesca acumulación de los capitales incorporados a la tierra y a su cultivo, con una multiplicación de los productos de la tierra que no tiene precedentes en la historia de la agronomía inglesa, con una plétora de rentas para los propietarios de las tierras y una desbordante riqueza para sus arrendatarios capitalistas... El nuevo método tenía como condición primordial una mayor inversión de capitales por acre, lo que aceleró la concentración de los arrendamientos"[***].

---

idéntico *antes* de la abolición de las leyes cerealistas (1846), en tanto que el discurso trascrito en el texto data del período *posterior* a la derogación de estas leyes. Mas la diferencia de tiempo no tiene importancia para nosotros: baste comparar los citados razonamientos de Sismondi, que datan de 1827, con este discurso de 1848 para ver la completa identidad *de elementos de la cuestión* en ambos autores. La propia idea de comparar a Sismondi con el economista alemán posterior a él la hemos tomado del *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, B. V. Art. *Sismondi*, von Lippert, Seite 679. El paralelo nos pareció de un interés tan palpitante que la exposición del señor Lippert perdió en el acto toda su rigidez... digo, todo su "objetivismo" y se nos hizo interesante, viva y hasta apasionada.

[**] Cfr. en *Neue Zeit*[135]; los artículos recientemente descubiertos de Marx en la revista *Westphälisches Dampfboot*[136].

[***] Escrito en 1867. Para explicar el aumento de la renta hay que tener presente la ley descubierta por el moderno análisis de la renta diferencial, a saber, que *es posible un aumento de la renta paralelo a la disminución del precio del trigo*. "Al abolirse en 1846 los aranceles contra los cereales en Inglaterra, los fabricantes ingleses creyeron que con aquel golpe habían reducido a la pobreza a la aristocracia terrateniente. Lejos de ello, los terratenientes se enriquecieron todavía más. ¿Cómo se explica eso? Muy sencillo. Primero, y a partir de ese momento, los terratenientes exigieron a sus arrendatarios capitalistas, en los contratos de arriendo, que invirtiesen 12 libras esterlinas anuales en cada acre de tierra en vez de 8 y, segundo, los terratenientes, copiosamente representados en la Cámara de los Comunes, lograron sacar en votación una fuerte subvención del Estado para el drenaje y otras mejoras permanentes de sus tierras. Como no se eliminó

Pero el orador no se limitó, por supuesto, a reconocer que estaban más en lo cierto los razonamientos de Greg. Este juicio era en boca de Greg un argumento de librecambista que hablaba de la agricultura inglesa en general e intentaba demostrar el beneficio que reportaría a todo el país la abolición de las leyes cerealistas. Después de lo que acabamos de exponer queda claro que no era ése el parecer del orador.

El orador explicó que la rebaja del precio del trigo, tan cacareada por los librecambistas, implicaba una disminución ineludible de los salarios y un abaratamiento de la mercancía "trabajo" (fuerza de trabajo, para ser más exactos); que el abaratamiento del trigo jamás podrá equilibrar para el obrero esa reducción del salario, primero, porque, al bajar el precio del trigo, al obrero le será más difícil economizar en el consumo del pan con el fin de poder comprar otros objetos; segundo; porque el progreso de la industria abarata los artículos de consumo, sustituyendo la cerveza con aguardiente, el pan con patatas, la lana y el lino con tejidos de algodón, con todo lo cual hace descender el nivel de las demandas y de vida del obrero.

Vemos, pues, que el orador sitúa los elementos de la cuestión, al parecer, como Sismondi: reconoce *asimismo* que la ruina de los pequeños arrendatarios y la miseria de los obreros en la industria y en la agricultura son consecuencias ineluctables de la libertad de comercio. Nuestros populistas, que se distinguen también por su inimitable arte para "citar", dejan justamente aquí, por lo común, de entresacar sus "apuntes", declarando la mar de satisfechos que están completamente "de acuerdo". Mas estos procedimientos no hacen sino mostrar que ellos no comprenden, primero, la enorme diferencia existente en el planteamiento del problema y señalada ya antes por nosotros; segundo, que no ven que la diferencia esencial entre la teoría contemporánea y el romanticismo *comienza a despuntar sólo aquí*: el romántico vuelve la espalda a los problemas concretos del desarrollo real para entregarse a los sueños; el realista, en cambio, toma los hechos fidedignos por criterio para dar una solución precisa a cada problema concreto.

Luego de predecir una mejora de la situación de los obreros, el orador prosigue:

"Los economistas nos objetarán a esto:

Bueno, convenimos en que la competencia entre los obreros, que probablemente no disminuirá cuando domine la libertad de comercio, no tardará nada en poner el salario en consonancia con el precio más bajo de las mercancías. Mas, por otra parte, el descenso del precio de las mercancías originará un consumo mayor; el aumento del consumo exigirá que se intensifique la producción, lo cual incrementará la demanda de mano de obra; el resultado de este incremento de la demanda de mano de obra será la elevación de los salarios.

Toda esta argumentación se reduce a lo siguiente: *el librecambio aumenta las fuerzas productivas*. Si la industria se acrecienta, si la riqueza, las fuerzas productivas, en suma, si el capital productivo aumenta la demanda de trabajo, aumentará también el precio de éste y, por consiguiente, el salario. *El crecimiento del capital es la circunstancia más propicia para el obrero*. *Hay que reconocerlo*[*]. Si el capital se estanca, la industria no quedará estancada, descenderá, y en este caso el obrero será la primera víctima de tal descenso, perecerá antes que el capitalista. Y en el caso de que él capital crezca, o sea, como ya se ha dicho, en *el caso mejor* para él obrero, ¿cuál será su suerte? Sucumbirá igualmente…"[139]. Y el orador explica con detenimiento, empleando datos de los economistas ingleses, de qué manera la concentración del capital acentúa la división del trabajo, la cual abarata la mano de obra merced a la sustitución del trabajo fino con el trabajo simple, de qué manera las máquinas desplazan a los obreros, de qué manera el gran capital arruina a los pequeños industriales y a los pequeños rentistas y agrava las crisis, que acrecientan más aún el número de parados. La deducción de su análisis es que el librecambio no implica otra cosa que el libre desarrollo del capital.

Así pues, el orador supo encontrar el criterio para resolver el problema que llevaba a primera vista al dilema insoluble que hizo detenerse a Sismondi: tanto el librecambio como su impedimento conducen igualmente a la ruina de los obreros. *Este criterio es el desarrollo de las fuerzas productivas*. El planteamiento del problema sobre un terreno histórico surtió efecto en seguida: en vez de comparar el capitalismo con una sociedad abstracta, tal como ha de ser (o sea, en el fondo, con una utopía), el autor lo comparó *con las fases precedentes* de la economía de la sociedad, comparó las diversas fases consecutivas del capitalismo *e hizo constar que las fuerzas productivas de la sociedad se desarrollan merced al desarrollo del capitalismo*. Desentrañando con el criterio de la crítica científica la argumentación de los librecambistas, supo eludir el error corriente de los románticos, quienes, al negar a esta argumentación toda importancia, "tiran de la bañera el agua sucia junto con el niño", supo entresacar el grano robusto, es decir, el hecho indudable de que se operaba un progreso técnico gigantesco. Nuestros populistas habrían deducido, naturalmente, con el donaire peculiar de ellos, que

totalmente la tierra peor, sino que, a lo sumo (y, además, de un modo puramente temporal) se la empleó simplemente para otros fines, las rentas subieron en proporción a la mayor inversión de capital, y la aristocracia terrateniente mejoró incluso de situación" (*Das Kapital*, III, 2, 259) [138].

[*] La cursiva es nuestra.

este autor, que se pone tan abiertamente *de parte del gran capital contra el pequeño productor*, es un "apologista del poder del dinero", tanto más que hablaba a la Europa continental y hacía extensivas a su patria, donde la gran industria mecanizada daba por entonces los primeros pasos, tímidos aún, las deducciones inferidas de la vida inglesa. Entretanto, éste es justamente el ejemplo con el que (lo mismo que con multitud de ejemplos análogos extraídos de la historia de Europa Occidental) habrían podido estudiar el fenómeno que no pueden (¿o tal vez no quieren?) comprender: el de que media un grandísimo trecho entre reconocer el carácter progresivo del gran capital, comparado con la pequeña producción, y hacer "la apología" del mismo.

Basta con recordar el capítulo de Sismondi expuesto anteriormente y este discurso para convencerse de que el segundo está muy por encima tanto en el aspecto teórico como en el de la hostilidad a las "apologías" de toda índole. El orador caracterizó las contradicciones que acompañan al desarrollo del gran capital con mayor precisión, amplitud, derechura y franqueza que jamás lo hicieran los románticos. Mas en ninguna ocasión se rebajó a proferir una frase sentimental que deplorase dicho desarrollo. Jamás dejó escapar una sola palabreja sobre posibilidad alguna de "emprender otro camino". Comprendía que quienes pronunciaban frases de este tipo lo hacían para encubrir así la circunstancia de que eran ellos mismos los que emprendían un camino distinto del que llevaba al problema planteado por la vida, es decir, por la realidad económica existente, por el desarrollo económico actual, por los intereses concretos que emergían sobre su terreno.

El criterio completamente científico que hemos tratado le permitió resolver este problema sin dejar de ser realista consecuente.

"Pero no crean ustedes, señores -dijo el orador-, que al hacer la crítica de la libertad de comercio, nos proponemos defender el sistema proteccionista". Y señaló que el moderno régimen de economía social ofrecía la misma base de existencia para el librecambio que para el proteccionismo; señaló también en breve el proceso de "demolición" del viejo sistema de economía y de las viejas relaciones semipatriaarcales de los Estados de Europa Occidental que el capitalismo estaba realizando en Inglaterra y en el continente; señaló el hecho social de que, en determinadas condiciones, el librecambio acelera esta "demolición"*. "Pues bien, señores -concluyó el orador-, sólo en este sentido voto yo a favor del librecambio".

*Publicado en abril-julio de 1897, en los núms. 7-10 de la revista "Nóvoie Slovo".*
*T. 2, págs. 123-262.*

---

* El autor de *Die Lage...* (op. cit., pág. 179) señaló también claramente, *antes aún de que fueran abolidas* las leyes cerealistas, la importancia que tendría esta abolición como factor de progreso, recalcando sobre todo la influencia que ejercería en la toma de conciencia de los productores.

# LAS TAREAS DE LOS SOCIALDEMÓCRATAS RUSOS.

**Prefacio a la segunda edición**

Han transcurrido exactamente cinco años desde que fue escrito el presente folleto, que se edita ahora por segunda vez para satisfacer necesidades de la agitación. En este corto plazo, nuestro joven movimiento obrero ha dado un paso adelante tan gigantesco, y la situación de la socialdemocracia rusa y sus fuerzas han experimentado cambios tan profundos, que quizá pueda parecer extraño que sea preciso reimprimir simplemente un folleto viejo. ¿Será posible que *Las tareas de los socialdemócratas rusos* no hayan cambiado lo más mínimo en 1902 en comparación con 1897? ¿Será posible que no hayan avanzado un solo paso las opiniones sustentadas a este respecto por el propio autor, que entonces hizo el balance sólo de su "primera experiencia" de trabajo de partido?

Es probable que más de un lector se haga tales preguntas (u otras semejantes). Para responder a ellas, debemos remitirnos al folleto *¿Qué hacer?* y completar algunas de las cosas que se dicen allí. Remitirnos a él para señalar cómo expone el autor sus opiniones sobre las tareas *actuales* de la socialdemocracia y añadir algo a lo dicho (págs. 31-32, 121, 138) acerca de la situación en que fue escrito el folleto que reeditamos ahora y de la relación que éste tiene con un "período" especial en el desarrollo de la socialdemocracia rusa. En el folleto mencionado (*¿Qué hacer?*) he señalado en general cuatro de estos períodos, incluyendo el último "en el terreno de lo presente y, en parte, de lo futuro". He denominado tercer período al dominio (o, por lo menos, amplia difusión) de la tendencia "economista"[140], que comienza en 1897-1898; segundo período, a los años 1894-1898, y primer período, a los años l884-1894. En el segundo período no vemos, a diferencia del tercero, discrepancias entre los propios socialdemócratas. La socialdemocracia estaba entonces unida en el aspecto ideológico y se intentó conseguir también la unidad en el terreno práctico y de organización (fundación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia)[141]. Los socialdemócratas no centraron en aquellos años su atención principal en esclarecer y resolver tales o cuales problemas de la vida interna del partido (como en el tercer período), sino en combatir ideológicamente a los enemigos de la socialdemocracia, por una parte, y desplegar el trabajo práctico de partido, por otra.

Entre la teoría y la práctica de los socialdemócratas no habla el antagonismo que existió en la época del "economismo".

El folleto que ofrecernos al lector refleja precisamente las peculiaridades de la situación de entonces y de "las tareas" que tenía planteadas a la sazón la socialdemocracia. Exhorta a profundizar y ampliar la labor práctica, sin ver ningún "obstáculo" para ello en la falta de claridad de los principios, concepciones y teorías generales, cualesquiera que sean, sin ver dificultades (que no existían entonces) en la conjugación de la lucha política y económica. El folleto dirige sus aclaraciones de los principios a los adversarios de la socialdemocracia -el grupo Libertad del Pueblo[142] y el Partido del Derecho del Pueblo[143]- tratando de disipar las incomprensiones y prevenciones que les hacen mantenerse al margen del nuevo movimiento.

Pues bien, en la actualidad, cuando el período del "economismo" toca por lo visto a su fin, la posición de los socialdemócratas resulta ser de nuevo análoga a la de hace cinco años. Está claro que nuestras tareas de hoy son inconmensurablemente más complicadas, en consonancia con el gigantesco desarrollo del movimiento durante el tiempo transcurrido; pero las peculiaridades principales del momento actual reproducen, sobre una base más amplia y a mayor escala, las del "segundo" período. La disconformidad entre nuestra teoría, el programa, las tareas de carácter táctico y la actividad práctica desaparece a medida que va desapareciendo el economismo. Podemos y debemos volver a llamar sin miedo a profundizar y ampliar la labor práctica, pues sus premisas teóricas han sido ya desbrozadas en gran parte. Debemos prestar de nuevo una atención especial a las tendencias clandestinas no socialdemócratas existentes en Rusia, sin olvidar que, en realidad, nos encontramos otra vez ante las mismas tendencias de la primera mitad de los años 90 del siglo pasado, aunque mucho más desarrolladas, cristalizadas y "maduras".

Al despojarse de sus viejas vestiduras, los adeptos de Libertad del Pueblo han llegado a transformarse en "socialistas-revolucionarios"[144], como si mostrasen ya con esta denominación que se han parado a mitad de camino. Han zarpado de lo viejo (el socialismo "ruso") pero no han atracado a lo nuevo (la socialdemocracia). Archivan la única teoría del socialismo revolucionario que conoce la humanidad contemporánea, es decir, el marxismo, basándose en la crítica burguesa (¡"socialista"!) y oportunista (¡"revolucionarios"). La vacuidad ideológica y la carencia de principios les llevan, de

hecho, al "aventurerismo revolucionario", que se manifiesta en su afán de medir por el mismo rasero a sectores y clases sociales como la intelectualidad, el proletariado y el campesinado; en su ruidosa prédica del terror "sistemático"; en su magnífico programa agrario mínimo (socialización de la tierra - cooperación - sujeción a la parcela; véase *Iskra*[145] núms. 23 y 24), y en su actitud ante los liberales (véase *Revoliutsiónnaya Rossía*[146], núm. 9 y la reseña de *Osvobozhdenie*[147] hecha por el señor Zhitlovski en el núm. 9 de *Sozialistische Monatshefte*[148]), y en otras muchas cosas, de las que, probablemente, tendremos que hablar más de una vez. En Rusia aún abundan tanto los elementos y las condiciones sociales que dan pábulo a la volubilidad propia de intelectuales y despiertan en los individuos de espíritu radical el deseo de conjugar lo viejo y caduco con lo de moda y sin vida -impidiéndolos fundir su labor con el proletariado y su lucha de clase- que la socialdemocracia rusa tendrá que tomar en consideración la tendencia o las tendencias semejantes a la "socialrevolucionaria" hasta que la evolución capitalista y el agravamiento de las contradicciones de clase las deje sin terreno.

Los adeptos del Partido del Derecho del Pueblo, que en 1897 se distinguían por una vaguedad no menor (véanse más adelante las págs. 20-22)* que los actuales socialistas revolucionarios, desaparecieron por ello de la escena con gran rapidez. Pero su "sensata" idea -separar por completo del socialismo la reivindicación de libertad política- no ha muerto ni podía morir, pues las corrientes liberales democráticas son muy fuertes en Rusia y se vigorizan de día en día entre los sectores más diversos de la burguesía grande y pequeña. Por eso, el heredero legítimo del Partido del Derecho del Pueblo, su continuador definido, consecuente y maduro, ha sido la revista liberal *Osvobozhdenie*, que desea agrupar en torno suyo a los elementos de la oposición burguesa de Rusia. Y de la misma manera que fueron ineluctables el agostamiento y la caducidad de la vieja Rusia anterior a la abolición de la servidumbre, del campesinado patriarcal y de los intelectuales de viejo tipo, capaces de apasionarse por igual de la comunidad, de las cooperativas agrícolas y del terror "inaprensible", son también inevitables el crecimiento y la maduración de las clases poseedoras de la Rusia capitalista, la burguesía y la pequeña burguesía, con su liberalismo sensato -que empieza a comprender que no es práctico mantener un gobierno absolutista romo, salvaje y caro que no defiende lo más mínimo contra el socialismo-, con la demanda de formas europeas de lucha de clases y de dominación clasista y con la aspiración innata (en la época de despertar y crecimiento del proletariado) de encubrir sus intereses de clase burgueses, negando la lucha de clases en general.

Tenemos motivos, por ello, para expresar nuestra gratitud a los señores terratenientes liberales, que intentan fundar un "partido constitucionalista de los zemstvos"[149]. En primer lugar -empezaremos por lo menos importante-, les agradecemos que hayan sacado de la socialdemocracia rusa al señor Struve, transformándolo definitivamente, de casi-marxista en liberal y ayudándonos con un ejemplo vivo a demostrar ante todos y cada uno la verdadera significación del bernsteinianismo[150], en general, y del bernsteinianismo ruso, en particular. En segundo lugar, al tratar de convertir en liberales conscientes a diversos sectores de la burguesía rusa, *Osvobozhdenie* nos ayudará a acelerar la conversión de masas obreras más numerosas cada día en socialistas conscientes. En nuestro país ha habido y hay tanto casi-socialismo ambiguo, populista liberal, que, en comparación con él, la nueva tendencia liberal es un evidente paso adelante. Ahora será muy fácil mostrar patentemente a los obreros qué es la burguesía liberal y democrática rusa y explicarles la necesidad de un partido político obrero independiente que forme un todo único con la socialdemocracia internacional; ahora será muy fácil exhortar a los intelectuales a definir resueltamente su posición: liberalismo o socialdemocracia; ahora, las teorías y tendencias ambiguas serán trituradas con mucha rapidez por las ruedas de molino de estos dos "antípodas", que crecen y se fortalecen. En tercer lugar -y esto, naturalmente, es lo más importante-, daremos las gracias a los liberales si, mediante su oposición, debilitan la alianza de la autocracia con algunos sectores de la burguesía y de la intelectualidad. Decimos "si", pues coqueteando con la autocracia, exaltando la labor cultural pacífica, haciendo la guerra a los revolucionarios "tendenciosos", etc., los liberales debilitan no tanto la autocracia como la lucha contra ella. Al denunciar de manera firme e implacable toda ambigüedad de los liberales, toda tentativa suya de coquetear con el gobierno, amortiguaremos este aspecto traidor de la actividad política de los señores burgueses liberales, paralizaremos su mano siniestra y aseguraremos los mayores resultados del trabajo de su diestra.

Así pues, tanto los adeptos de la Libertad del Pueblo como los del Derecho del Pueblo han dado gigantescos pasos adelante en el sentido de desarrollar, definir y cristalizar sus verdaderas aspiraciones y su auténtica naturaleza. La lucha sostenida en la primera mitad de los años 90 del siglo pasado entre pequeños grupos de jóvenes revolucionarios se reanuda ahora como enérgica lucha de tendencias políticas maduras y de verdaderos partidos políticos.

En vista de ello, la reedición de las *Tareas* quizá sea útil también en otro aspecto: recordará a los jóvenes militantes del partido el pasado reciente de éste, les mostrará cómo surgió la situación que ocupan los socialdemócratas entre las demás

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

tendencias y que sólo ahora se ha definido plenamente, les ayudará a tener una idea más clara y precisa de “las tareas" del momento actual, que, en el fondo, son similares, pero más complejas.

La socialdemocracia tiene planteada hoy con fuerza singular la tarea de poner fin a la dispersión y las vacilaciones en sus medios, unirse de modo más estrecho y fundirse orgánicamente bajo la bandera del marxismo revolucionario, orientar todos los esfuerzos a agrupar a todos los socialdemócratas que realizan una labor práctica, a profundizar y ampliar su actividad, y, al mismo tiempo, prestar seria atención a explicar a la mayor masa posible de intelectuales y obreros el verdadero carácter de las dos tendencias antes mencionadas que la socialdemocracia se ve obligada a tomar en consideración desde hace ya mucho.

N. Lenin

Agosto de 1902.

*Publicado en diciembre de 1902, en un folleto editado en Ginebra por la Liga de la socialdemocracia revolucionaria de Rusia en el extranjero.*

*T. 2, págs. 437-442.*

**Prefacio a la tercera edición**

La tercera edición del presente folleto ve la luz en un momento de desarrollo de la revolución en Rusia que se distingue sustancialmente de 1897, año en que fue escrito, y de 1902, en que se publicó su segunda edición. Huelga decir que en el folleto se hace solamente un esbozo global de las tareas de la socialdemocracia en general, y no se indican de una manera concreta las tareas de nuestros días, que corresponden al estado actual tanto del movimiento obrero y revolucionario como del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. He dedicado un folleto, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (Ginebra, 1905), a las tareas actuales de nuestro partido. La comparación de ambos folletos permitirá a los lectores juzgar de si se han desarrollado consecuentemente las opiniones del autor respecto a las tareas generales de la socialdemocracia y a las tareas especiales del momento. Que esta comparación no dejará de ser útil, lo demuestra, por ejemplo, la reciente salida de tono del señor Struve, jefe de nuestra burguesía monárquica liberal, quien ha acusado en *Osvobozhdenie* a la socialdemocracia revolucionaria (personificada por el III Congreso del POSDR[151]) de plantear el problema de la insurrección armada con un espíritu amotinador y revolucionario abstracto. Hemos dicho ya en Proletari[152] (núm. 9, *La revolución enseña*) que la simple comparación de *Las tareas de los socialdemócratas rusos* (1897), *¿Qué hacer?* (1902) y *Proletari* (1905) refuta la acusación de los de *Osvobozhdenie*[153] y demuestra el nexo existente entre el desarrollo de las concepciones socialdemócratas acerca de la insurrección y el desarrollo del movimiento revolucionario en Rusia. La acusación hecha por los de *Osvobozhdenie* no es, más que una argucia oportunista de los adeptos de la monarquía liberal, que pretenden encubrir su traición a la revolución, su traición a los intereses del pueblo, su deseo de confabularse con el poder zarista.

N. Lenin

Agosto de 1905.

*Publicado en otoño de 1905, en un folleto editado en Ginebra por el CC del POSDR.*

*T. 2, págs. 443-444.*

La segunda mitad de los años 90 se distingue por una notable actividad en el planteamiento y solución de los problemas revolucionarios rusos. El surgimiento de un nuevo partido revolucionario -el Partido del Derecho del Pueblo-, la creciente influencia y los éxitos de los socialdemócratas y la evolución interna del grupo Libertad del Pueblo han suscitado una animada discusión de las cuestiones programáticas tanto en los círculos socialistas -intelectuales y obreros- como en las publicaciones clandestinas. Merece la pena señalar, en este último terreno, el documento *Un problema palpitante* y el *Manifiesto* (1894), del Partido del Derecho del Pueblo; la *Hoja Volante del grupo Libertad del Pueblo*; la recopilación *Rabótnik*, editada por la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero[154]; la publicación, cada día más intensa, de folletos revolucionarios en Rusia, principalmente para los obreros; la labor de agitación que ha efectuado la organización socialdemócrata Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera[155] en San Petersburgo con motivo de las memorables huelgas de 1896 en dicha ciudad, etc.

Hoy día (fines de 1897), el problema más candente es, desde nuestro punto de vista, el de la actividad *práctica* de los socialdemócratas. Recalcamos el aspecto *práctico* del movimiento socialdemócrata, pues su aspecto teórico ha superado ya, al parecer, el período más difícil: por una parte, la pertinaz incomprensión de los adversarios y los vehementes deseos de ahogar la nueva tendencia nada más nacer, y, por otra, la calurosa defensa de las bases de la socialdemocracia. Las concepciones teóricas de los socialdemócratas están ahora bien claras *en sus rasgos principales y fundamentales*. No puede afirmarse lo mismo del aspecto *práctico* de la socialdemocracia, de su *programa* político, sus métodos de acción y su táctica. A nuestro parecer, es precisamente en este terreno donde más predominan las confusiones y la incomprensión mutua, lo cual impide que se acerquen de lleno a la socialdemocracia los revolucionarios que, en teoría, han roto por completo con Libertad del Pueblo y que, en la práctica, impulsados por el propio estado de cosas, o se suman a la propaganda y la agitación

entre los obreros -más aún: basan su actividad entre ellos en *la lucha de clases*-, o tienden a hacer de las tareas *democráticas* el fundamento de todo el programa y de toda la labor revolucionaria. Si no nos equivocamos, esto último puede aplicarse a los dos grupos revolucionarios que actúan hoy en Rusia, además de los socialdemócratas: los adeptos del grupo Libertad del Pueblo y del Partido del Derecho del Pueblo.

Por eso nos parece muy oportuno tratar de aclarar las tareas *prácticas* de los socialdemócratas y exponer los motivos que nos hacen tener su programa por el más racional de los tres existentes y opinar que las objeciones contra él se basan, en grado considerable, en incomprensiones.

Es sabido que los socialdemócratas se señalan en su labor práctica la tarea de dirigir la lucha de clase del proletariado y organizarla en sus dos aspectos: socialista (lucha contra la clase capitalista, orientada a demoler el régimen dividido en clases y a organizar la sociedad socialista) y democrática (lucha contra el absolutismo, tendente a conquistar en Rusia la libertad política y democratizar el régimen político y social del país). Hemos dicho *es sabido*, pues, en efecto, desde que surgieron como una tendencia socialrevolucionaria especial, los socialdemócratas rusos han destacado siempre con toda precisión esta tarea de su actividad, han recalcado siempre la doble manifestación y el contenido de la lucha de clase del proletariado y han insistido siempre en el nexo indisoluble de sus tareas democráticas y socialistas, nexo expresado con toda claridad en la denominación que han adoptado. No obstante, encontrarán aún con frecuencia socialistas que tienen las ideas más erróneas de los socialdemócratas y les acusan de desconocer la lucha política, etc. Analicemos, pues, brevemente ambos aspectos de la labor práctica de la socialdemocracia rusa.

Comencemos por la actividad socialista. Podría creerse que el carácter de la labor socialdemócrata en este terreno debería estar completamente claro desde que empezó a actuar entre los obreros petersburgueses la organización socialdemócrata Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. La labor socialista de los socialdemócratas rusos consiste en *hacer propaganda* de las doctrinas del socialismo científico, en difundir entre los obreros una concepción justa del actual régimen socioeconómico, de sus cimientos y su desarrollo, de las distintas *clases* de la sociedad rusa, de las relaciones y la lucha entre ellas, del papel de la clase obrera en esta lucha, de su actitud ante las clases en declive y ante las clases en desarrollo, ante el pasado y el futuro del capitalismo, así como de la misión histórica de la socialdemocracia internacional y de la clase obrera rusa.

A la propaganda está indisolublemente unida *la agitación* entre los obreros, que en las condiciones políticas actuales de Rusia y con el nivel de desarrollo de las masas obreras pasa, como es natural, a primer plano. La agitación entre los obreros consiste en que los socialdemócratas participan en todas las manifestaciones espontáneas de la lucha de la clase obrera, en todos los conflictos de los obreros con los capitalistas a causa de la jornada laboral, los salarios, las condiciones de trabajo, etc., etc. La tarea consiste en fundir nuestra labor con los problemas prácticos, cotidianos, de la vida obrera; ayudar a los obreros a comprender estos problemas, fijar su atención en los gravísimos abusos de que son víctimas y ayudarles a formular de una manera más exacta y práctica las reivindicaciones que presentan a los patronos; fomentar en los obreros la conciencia de su solidaridad, la conciencia de que todos los obreros rusos tienen intereses comunes y una causa común como clase obrera única, que forma parte del ejército mundial del proletariado.

En líneas generales, las manifestaciones de la labor socialista de la socialdemocracia rusa consisten en lo siguiente: organizar círculos entre los obreros, establecer relaciones regulares y clandestinas entre ellos y el grupo central de socialdemócratas, editar y difundir publicaciones obreras, organizar el envío de informaciones de todos los centros del movimiento obrero, publicar y distribuir hojas y proclamas de agitación y preparar un contingente de agitadores con experiencia.

Nuestra labor va dirigida, ante todo y sobre todo, a los obreros fabriles de la ciudad. La socialdemocracia rusa no debe dispersar sus fuerzas, sino concentrar su actividad entre el proletariado industrial, que es el más sensible a las ideas socialdemócratas, el más desarrollado en los aspectos intelectual y político, el más importante por su número y por su grado de concentración en los grandes centros políticos del país. Por eso, la tarea primera y esencial de la socialdemocracia -una tarea de la que sería sumamente irrazonable abstraerse en los momentos actuales- consiste en crear una firme organización revolucionaria entre los obreros fabriles de la ciudad.

Sin embargo, al reconocer la necesidad de concentrar nuestros esfuerzos en la labor entre los obreros fabriles y condenar la dispersión de fuerzas, no queremos decir en modo alguno que la socialdemocracia rusa deba dar de lado a los demás sectores del proletariado y de la clase obrera rusos. Nada de eso. El obrero fabril ruso se ve obligado a cada paso, por sus propias condiciones de vida, a establecer las relaciones más estrechas con los artesanos, este proletariado industrial desperdigado fuera de las fábricas por ciudades y aldeas y colocado en condiciones mucho peores. El obrero fabril ruso mantiene también contacto directo con la población rural (es frecuente que tenga familia en el campo) y, por consiguiente, no puede menos de acercarse al proletariado agrícola, a la masa de millones y millones de braceros y jornaleros profesionales, así

como a los campesinos arruinados, que, aferrados a sus míseras parcelas, recurren al pago en trabajo y a "ocupaciones" eventuales de todo género, es decir, también al trabajo asalariado. Los socialdemócratas rusos consideran inoportuno *orientar* sus fuerzas hacia los artesanos y obreros agrícolas; pero no se proponen, ni mucho menos, desatender estos sectores sociales y procurarán dar a conocer asimismo a los obreros avanzados los problemas concernientes a la vida de los artesanos y obreros agrícolas. De esta forma, al relacionarse con los sectores más atrasados del proletariado, los obreros avanzados podrán inculcarles las ideas de la lucha de clase, del socialismo y de las tareas políticas de la democracia rusa en general y del proletariado ruso en particular. No es práctico enviar agitadores a los artesanos y obreros agrícolas mientras quede por realizar tanta labor entre los obreros fabriles de la ciudad; pero el obrero socialista, independientemente de su voluntad, en multitud de casos se pone en contacto con esos medios y debe saber aprovechar tales casos y comprender las tareas generales de la socialdemocracia en Rusia. De ahí que se equivoquen de medio a medio quienes acusan a la socialdemocracia rusa de estrechez de miras, de tender a dar de lado a una masa de población trabajadora para dedicarse exclusivamente a los obreros fabriles. Al contrario, la agitación entre los sectores avanzados del proletariado es el camino más seguro, el único camino, para despertar también (a medida que se amplíe el movimiento) a todo el proletariado ruso. Al difundir entre los obreros de las ciudades el socialismo y la idea de la lucha de clase, estas ideas fluirán ineluctablemente por canales más pequeños, más ramificados: para ello es preciso que las ideas mencionadas echen raíces más profundas en los medios mejor preparados e impregnen esta vanguardia del movimiento obrero ruso y de la revolución rusa. Al orientar todas sus fuerzas a actuar entre los obreros fabriles, la socialdemocracia rusa está dispuesta a apoyar a los revolucionarios rusos que lleguen de hecho a basar la labor socialista en la lucha de clase del proletariado, sin ocultar lo más mínimo que las alianzas prácticas, cualesquiera que sean, con otras fracciones de revolucionarios no pueden ni deben conducir a compromisos o concesiones en lo que respecta a la teoría, el programa y la bandera. Convencidos de que únicamente la doctrina del socialismo científico y de la lucha de clases puede ser en la actualidad la teoría revolucionaria que sirva de bandera al movimiento revolucionario, los socialdemócratas rusos la difundirán con todas sus fuerzas, la defenderán frente a las falsas interpretaciones y se alzarán contra todo intento de ligar el movimiento obrero en Rusia, todavía joven, a doctrinas menos definidas. Las consideraciones teóricas demuestran, y la actividad práctica de los socialdemócratas lo confirma, que *los socialistas* de Rusia deben convertirse en *socialdemócratas*.

Pasemos a las tareas *democráticas* y a la labor democrática de los socialdemócratas. Repetimos una vez más que esta labor está unida *indisolublemente* a la socialista. Al *hacer propaganda* entre los obreros, los socialdemócratas *no pueden* eludir los problemas políticos y considerarían un profundo error y una dejación de los principios básicos de la socialdemocracia internacional dar de lado o incluso diferir los problemas políticos. A la par con la propaganda del socialismo científico, los socialdemócratas rusos se señalan la tarea de propagar también entre las masas obreras *las ideas democráticas*; procuran difundir la noción que tienen del absolutismo en todas las manifestaciones de la actividad de éste, su contenido de clase, la necesidad de derrocarlo y la imposibilidad de luchar con éxito por la causa obrera si no se conquista la libertad política y se democratiza el régimen político y social en Rusia. Al *hacer agitación* entre los obreros, tomando como base las reivindicaciones *económicas* inmediatas, los socialdemócratas unen estrechamente a ello la agitación fundada en las necesidades, calamidades y reivindicaciones políticas inmediatas de la clase obrera; la agitación contra la opresión policíaca, que se manifiesta en cada huelga, en cada conflicto de los obreros con los capitalistas, la agitación contra la restricción de los derechos de los obreros como ciudadanos rusos, en general, y como la clase más oprimida y carente de derechos, en particular; la agitación contra cada personaje y lacayo destacado del absolutismo que entre en contacto directo con los obreros y haga sentir de modo palmario a la clase obrera su esclavitud política. De la misma manera que en el ámbito económico no hay ningún problema de la vida obrera que no pueda ser utilizado para hacer agitación económica, tampoco hay en el terreno político ningún problema que no pueda ser objeto de agitación política. Estos dos tipos da agitación van tan unidos en la actividad de los socialdemócratas como las dos caras de una medalla. La agitación económica y la agitación política son necesarias por igual para desarrollar la conciencia de clase del proletariado, son imprescindibles por igual para dirigir la lucha de clase de los obreros rusos, pues toda lucha entre las clases es una lucha política. Una y otra agitación, al despertar la conciencia de los obreros, al organizarlos, disciplinarlos y educarlos para la acción solidaria y la lucha por los ideales socialdemócratas, les permitirán probar sus fuerzas en los problemas inmediatos y en las necesidades inmediatas, les permitirán arrancar concesiones parciales a su enemigo, mejorando su situación económica, obligando a los capitalistas a tener en cuenta la fuerza organizada de los obreros, obligando al gobierno a ampliar los derechos de los obreros y atender sus reivindicaciones y manteniéndolo en un estado de temor permanente ante la hostilidad de las

masas obreras, dirigidas por una firme organización socialdemócrata.

Hemos señalado la unidad indisoluble de la propaganda y la agitación *socialista* y *democrática*, el paralelismo total de la labor revolucionaria en uno y otro campo. Pero hay también una gran diferencia entre ambos tipos de actividad y de lucha. Esta diferencia consiste en que el proletariado está completamente solo en la lucha económica, teniendo en contra suya a la nobleza terrateniente y a la burguesía y contando, acaso (y no siempre, ni mucho menos), con la ayuda de los elementos de la pequeña burguesía que se inclinan hacia él. En cambio, en la lucha *política*, democrática, la clase obrera rusa no está sola; forman a su lado todos los elementos, sectores de la población y clases que integran la oposición política, por cuanto son enemigos del absolutismo y luchan contra él de una forma o de otra. En esta lucha están también *al lado* del proletariado los elementos oposicionistas de la burguesía, o de las clases instruidas, o de la pequeña burguesía, o de las naciones, religiones y sectas perseguidas por el absolutismo, etc., etc. Surge, naturalmente, la pregunta de qué relaciones debe tener la clase obrera con esos elementos. Y, además, ¿no debería unirse a ellos para luchar en común contra el absolutismo, por cuanto todos los socialdemócratas reconocen que la revolución política en Rusia debe preceder a la revolución socialista? ¿No convendría unirse a todos los elementos de la oposición política para combatir el absolutismo y aplazar, por ahora, el socialismo?, ¿no será obligatorio hacer eso para intensificar la lucha contra el absolutismo?

Analicemos ambas cuestiones.

En lo que respecta a la actitud de la clase obrera, como luchadora contra el absolutismo, ante las demás clases y grupos sociales de la oposición política, ha sido definida con toda exactitud por los principios básicos de la socialdemocracia, expuestos en el célebre *Manifiesto Comunista*. Los socialdemócratas apoyan a las clases sociales progresistas contra las reaccionarias: a la burguesía, contra los componentes del estamento privilegiado de los grandes terratenientes y contra la burocracia; a la gran burguesía, contra los apetitos reaccionarios de la pequeña burguesía. Este apoyo no presupone ni exige compromiso alguno con programas y principios no socialdemócratas: es un apoyo a un aliado contra un enemigo *concreto*. Además, los socialdemócratas prestan este apoyo para acelerar la caída del enemigo común, pero no esperan nada *para sí* de esos aliados temporales ni les hacen ninguna concesión. Los socialdemócratas apoyan todo movimiento revolucionario contra el régimen social actual, apoyan a toda nación oprimida, a toda religión perseguida, a todo estamento humillado, etc., en su lucha por la igualdad de derechos.

En la propaganda de los socialdemócratas, *el apoyo* a todos los elementos de la oposición política se manifestará en que, al mismo tiempo que demuestran la hostilidad del absolutismo a la causa obrera, demostrarán también la hostilidad del absolutismo a estos o aquellos grupos sociales y señalarán la solidaridad de la clase obrera con dichos grupos *en tales o cuales cuestiones*, *en unas u otras tareas*, etc. En la agitación, este apoyo se expresará en que los socialdemócratas aprovecharán cada hecho de opresión policíaca del absolutismo y mostrarán a los obreros cómo recae esa opresión, *en general*, sobre todos los ciudadanos; en particular, sobre los estamentos, naciones, religiones, sectas, etc., singularmente oprimidos y cómo se refleja, sobre todo, en *la clase obrera*. Por último, dicho apoyo se manifiesta prácticamente en que los socialdemócratas rusos están dispuestos -y esta disposición ha sido demostrada con hechos más de una vez- a concertar alianzas con los revolucionarios de otras tendencias para alcanzar tales o cuales objetivos parciales.

Llegamos, así a la segunda cuestión. Al señalar la solidaridad de unos u otros grupos oposicionistas con los obreros, los socialdemócratas destacarán siempre a los obreros, explicarán siempre el carácter temporal y condicional de esta solidaridad, recalcarán siempre la independencia de clase del proletariado, que mañana puede encontrarse frente a sus aliados de hoy. Se nos dirá: "esta indicación *debilitará* a cuantos luchan hoy por la libertad política". Responderemos: la indicación *fortalecerá* a cuantos luchan por la libertad política. Unicamente son fuertes los luchadores que se apoyan en los intereses reales *bien comprendidos de clases* determinadas, y toda veladura de estos intereses de clase, que desempeñan ya un papel dominante en la sociedad actual, no hará sino debilitar a los luchadores. Esto en primer lugar. Y en segundo lugar, la clase obrera debe destacarse a sí misma en la lucha contra el absolutismo, pues *sólo* ella es un enemigo incondicional, y consecuente hasta el fin, del absolutismo; *sólo* entre ella y el absolutismo son imposibles los compromisos; *sólo* en la clase obrera puede encontrar la democracia un adicto sin reservas, sin vacilaciones, que no mira hacia atrás. En todas las demás clases, grupos y sectores de la población, el odio al absolutismo *no es incondicional*, y su democracia mira siempre hacia atrás. La burguesía no puede dejar de comprender que el absolutismo retarda el desarrollo industrial y social, pero teme la democratización completa del régimen político y social y puede aliarse siempre con el absolutismo contra el proletariado. La pequeña burguesía tiene, por naturaleza, dos caras: por una parte, se inclina hacia el proletariado y la democracia; por otra, se inclina hacia las clases reaccionarias, intenta detener la marcha de la historia, puede dejarse llevar por los experimentos y coqueteos del absolutismo (en forma, por ejemplo, de la "política popular" de Alejandro

III[156]) y es capaz de concertar una alianza con las clases gobernantes contra el proletariado para afianzar su posición como *pequeños propietarios*. La gente instruida, la “intelectualidad" en general, no puede por menos de rebelarse contra la salvaje opresión policíaca del absolutismo, que persigue el pensar y el saber; pero los intereses materiales de esta intelectualidad la atan al absolutismo, a la burguesía, y la obligan a ser inconsecuente, a concertar compromisos, a vender su ardor revolucionario y oposicionista por un sueldo del Estado o por la participación en ganancias o dividendos. En lo que respecta a los elementos democráticos de las naciones oprimidas o que profesan doctrinas religiosas perseguidas, todo el mundo sabe y ve que lo contradicciones de clase en el seno de estas categorías de la población son mucho más profundas y fuertes que la solidaridad de todas las clases de semejante categoría en la lucha contra el absolutismo, por instituciones democráticas. Unicamente el proletariado puede ser -y por su situación de clase no puede dejar de serlo- demócrata consecuente hasta el fin, enemigo decidido del absolutismo e incapaz de hacer concesiones o concertar compromisos, cualesquiera que sean. Unicamente el proletariado puede ser *el combatiente de vanguardia* por la libertad política y por las instituciones democráticas, pues, primero, la opresión política le afecta con mayor fuerza que a nadie, no encontrando ninguna mejoría en la situación de esta clase, privada de acceso al poder supremo, e incluso a la burocracia, y carente de influencia en la opinión pública. Y segundo, sólo el proletariado es capaz de llevar *hasta el fin* la democratización del régimen político y social, ya que dicha democratización pondría este régimen en manos de los obreros. He ahí por qué *la fusión* de la actividad democrática de la clase obrera con la de las demás clases y grupos *debilitaría* la fuerza del movimiento democrático, *debilitaría* la lucha política y la haría menos enérgica, menos consecuente y más capaz de aceptar compromisos. Por el contrario, *destacar* a la clase obrera como combatiente de vanguardia por las instituciones democráticas *fortalecerá* el movimiento democrático e *intensificará* la lucha por la libertad política, ya que la clase obrera impulsará a todos los demás elementos democráticos y de la oposición política, empujará a los liberales hacia los radicales políticos e incitará a los radicales a romper definitivamente con todo el régimen político y social de la sociedad actual. Hemos dicho antes que todos *los socialistas* de Rusia deben convertirse en *socialdemócratas*. Ahora agregamos: todos *los demócratas* auténticos y consecuentes de Rusia deben convertirse en *socialdemócratas*.

Aclararemos nuestro pensamiento con un ejemplo. Tomemos la institución de los funcionarios, la burocracia, como un sector singular de personas especializado en la administración y colocado en una situación privilegiada con respecto al pueblo. En todas partes, desde la Rusia absolutista y, semiasiática hasta la Inglaterra culta, libre y civilizada, encontramos esta institución, que es un órgano indispensable de la sociedad burguesa. *La falta total de derechos* del pueblo frente a la burocracia y la ausencia *completa* de control sobre esta burocracia privilegiada corresponden al atraso de Rusia y a su absolutismo. En Inglaterra existe un poderoso control del pueblo sobre la administración; pero, incluso allí, este control *está lejos de ser completo*, la burocracia conserva no pocos privilegios y, a menudo, es señora y no servidora del pueblo. También en Inglaterra vemos que fuertes grupos sociales apoyan la situación privilegiada de la burocracia y obstaculizan la democratización *completa* de esta institución. ¿Por qué? Porque su democratización completa es provechosa únicamente al proletariado: los sectores más avanzados de la burguesía defienden ciertas prerrogativas de la burocracia y se oponen a la elegibilidad de todos los funcionarios públicos, a la abolición total de las restricciones, a la responsabilidad directa de los funcionarios ante el pueblo, etc., pues dichos sectores sienten que esa democratización definitiva sería utilizada por el proletariado *contra* la burguesía. Lo mismo ocurre en Rusia. Sectores muy numerosos y muy diversos del pueblo ruso se alzan contra la burocracia rusa, omnipotente, irresponsable, venal, bárbara, ignorante y parasitaria. Mas a excepción del proletariado, ni uno solo de esos sectores consentiría la democratización completa de la burocracia, porque todos los demás sectores (la burguesía, la pequeña burguesía, la "intelectualidad" en general) tienen lazos que los unen a la burocracia, porque todos esos sectores *están emparentados* con la burocracia rusa. ¿Quién ignora la facilidad con que el intelectual radical, y el intelectual socialista, se transforma en la santa Rusia en un funcionario del gobierno imperial, en un funcionario que se consuela con la idea de que es "útil" en los límites de la rutina oficinesca, en un funcionario que justifica con esa "utilidad" su indiferentismo político y su servilismo ante el gobierno del látigo y del vergajo? *Sólo el proletariado* es enemigo incondicional del absolutismo y de la burocracia rusa, *sólo el proletariado* carece de todo *lazo* que le una a esos órganos de la sociedad nobiliaria y burguesa, sólo el proletariado puede ser enemigo irreconciliable de esos órganos y luchar resueltamente contra ellos.

Al demostrar que el proletariado -dirigido por la socialdemocracia en su lucha de clase- es el combatiente de vanguardia de la democracia rusa, tropezamos con la opinión, extendísima y peregrina en extremo, de que la socialdemocracia rusa pospone las tareas políticas y la lucha política. Vemos, pues, que esta opinión es diametralmente opuesta a la verdad. Ahora bien, ¿cómo explicar tan asombrosa incomprensión de los principios de la

socialdemocracia, expuestos muchas veces y enunciados ya en las primeras publicaciones socialdemócratas rusas, en los folletos, y libros editados en el extranjero por el grupo Emancipación del Trabajo[157]? A nuestro parecer, la explicación de este hecho sorprendente hay que buscarla en las tres circunstancias siguientes:

Primera: en la incomprensión general de los principios de la socialdemocracia por los portavoces de las viejas teorías revolucionarias, acostumbrados a trazar programas y planes de acción a partir de ideas abstractas, y no sobre la base de tener en cuenta las clases reales que actúan en el país y que la historia ha colocado en cierta relación mutua. La falta de este enfoque realista de *los intereses* en que se asienta la democracia rusa es justamente lo único que ha podido originar la opinión de que la socialdemocracia rusa deja en la sombra las tareas democráticas de los revolucionarios rusos.

Segunda., en la incomprensión de que la fusión de los problemas económicos y políticos, de la labor socialista y democrática en un todo, en una única *lucha de clase del proletariado*, lejos de debilitar el movimiento democrático y la lucha política, los fortalece: acerca la lucha política a los intereses auténticos de las masas populares, saca los problemas políticos de "los angostos despachos de los intelectuales" para llevarlos a la calle, al seno de los obreros y de las clases trabajadoras, y sustituye las ideas abstractas de la opresión política por sus manifestaciones reales, que sufro más que nadie el proletariado y que sirven de base a la socialdemocracia para hacer su agitación. Al radical ruso le parece con frecuencia que el socialdemócrata -que, en vez de llamar abierta y directamente a los obreros avanzados a la lucha política, señala la tarea de desplegar el movimiento obrero y organizar la lucha de clase del proletariado- *retrocede* así de sus ideas democráticas y pospone la lucha política. Mas sí en eso hay un *retroceso*, es solamente el retroceso de que habla un proverbio francés. “Il faut reculer pour mieux suter!” (¡Hay que retroceder para saltar mejor!).

Tercera: la incomprensión se debe a que el propio concepto de “lucha política” tiene un significado diferente para un adepto de Libertad del Pueblo y del Derecho del Pueblo, por un lado, y para un socialdemócrata, por otro. Los socialdemócratas conciben la lucha política de otra manera, la conciben de una manera *mucho más amplia* que los portavoces de las viejas teorías revolucionarias. El número 4 de la *Hoja Volante del grupo Libertad del Pueblo*, correspondiente al 9 de diciembre de 1895, nos ofrece una clara ilustración de este aserto, que puede parecer paradójico. Al saludar de todo corazón a esta publicación, que es una prueba de la profunda y fructífera labor ideológica que se efectúa entre los adeptos actuales de dicho grupo, no podemos dar de lado el artículo de P. L. Lavroy *Acerca de las cuestiones programáticas* (págs. 19-22), el cual muestra con todo relieve que los adeptos de viejo tipo de Libertad del Pueblo conciben de otra manera la lucha política*. "Aquí -afirma P. L. Lavrov al comparar el programa de Libertad del Pueblo con el programa socialdemócrata- es esencial una cosa, y sólo una: ¿es posible organizar un fuerte partido obrero bajo el absolutismo y al margen de la organización de un partido revolucionario dirigido contra el absolutismo?" (pág. 21, col. 2). Y lo mismo dice un poco antes (col. 1): "...organizar un partido obrero ruso bajo la dominación del absolutismo sin organizar al mismo tiempo un partido revolucionario contra ese absolutismo". No podemos comprender en absoluto estas diferencias tan cardinales y esenciales para P. L. Lavrov. ¿Cómo es eso? ¿”Un partido obrero *al margen* de un partido revolucionario dirigido contra el absolutismo"? ¿Acaso el propio partido obrero no es un partido revolucionario? ¿Es que no está dirigido contra el absolutismo? El siguiente pasaje del artículo de P. L. Lavrov explica tan extrañas palabras: "Hay que crear la organización del partido obrero ruso en las condiciones propias del absolutismo existente con todos sus encantos. Si los socialdemócratas lograrán hacerlo sin organizar al mismo tiempo *una conspiración*** política contra el absolutismo, con todas las condiciones de semejante *conspiración*, su programa político sería entonces, naturalmente, un programa adecuado para los socialistas rusos, pues se realizaría la emancipación de los obreros con las fuerzas de los obreros mismos. Pero eso es muy dudoso, por no decir imposible" (pág. 21, col. 1).

¡Ahí está el quid de la cuestión! El adepto de Libertad del Pueblo identifica el concepto de lucha política con el de *conspiración política*. Debemos reconocer que, en efecto, P. L. Lavroy ha conseguido expresar con todo relieve en estas palabras la diferencia fundamental que existe entre la táctica de lucha política de los partidarios de Libertad del Pueblo y la de los socialdemócratas. Las tradiciones del blanquismo[159], del espíritu de conjura, son terriblemente fuertes entre los primeros, tan fuertes que pueden imaginarse la lucha política sólo como conspiración política.

Los socialdemócratas, en cambio, no pecan de semejante estrechez de concepciones; no creen en los

---

* El artículo de P. L. Lavrov aparecido en él número 4 no es más que un “fragmento” de su larga carta destinada a *Materiales*[158]. Hemos oído decir que este verano (1897) se han publicado en el extranjero el texto completo de esta carta y la respuesta de Plejánov, pero no hemos podido ver ni una cosa ni otra. Tampoco sabemos si ha salido el número 5 de *Hoja Volante del grupo Libertad del Pueblo*, en el que la Redacción había prometido publicar un editorial a propósito de la carta de P. L. Lavrov. Véase él núm. 41 pág. 22, col. 1, nota.

** La cursiva es nuestra.

complots; opinan que la época de las conjuras ha pasado hace ya mucho, que reducir la lucha política a una conspiración significa, por una parte, estrecharla inconmensurablemente y, por otra, elegir los métodos de lucha más desacertados. Todo el mundo comprende que las palabras de P. L. Lavrov de que "la actividad de Occidente sirve de modelo absoluto a los socialdemócratas rusos" (pág. 21, col. 1) no son más que una argucia polémica y que, en realidad, los socialdemócratas rusos jamás han olvidado nuestras condiciones políticas, jamás han soñado con la posibilidad de crear en Rusia un partido obrero legal, jamás han separado la lucha por el socialismo de la lucha por la libertad política. Pero han opinado siempre, y siguen opinando, que esta lucha no deben desplegarla unos conspiradores, sino un partido revolucionario que se apoye en el movimiento obrero. Opinan que la lucha contra el absolutismo no debe consistir en tramar complots, sino en educar, disciplinar y organizar al proletariado, en hacer entre los obreros una agitación política que estigmatice toda manifestación de absolutismo, ponga en la picota a todos los caballeros del gobierno policíaco y obligue a este gobierno a hacer concesiones.

¿No es tal, justamente, la labor de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo? ¿Acaso esta organización no constituye cabalmente el germen de un partido revolucionario que se apoya en el movimiento obrero y dirige la lucha de clase del proletariado, la lucha contra el capital y contra el gobierno absolutista, sin organizar complots de ningún género y extrayendo sus fuerzas precisamente de *la fusión* de la lucha socialista y la lucha democrática en una indivisible lucha de clase del proletariado petersburgués? ¿Es que la actividad de la Unión, a pesar de su corta duración, no ha demostrado ya que el proletariado, dirigido por la socialdemocracia, representa una gran fuerza política que el gobierno se ve obligado a tomar en consideración y se apresura a hacerte concesiones? La ley del 2 de junio de 1897 patentiza, tanto por la prisa con que ha sido promulgada como por su contenido, la importancia que tiene como concesión obligada al proletariado, como posición conquistada al enemigo del pueblo ruso. Esta concesión es minúscula en extremo, y la posición, muy insignificante; pero la organización de la clase obrera que ha logrado arrancar esta concesión tampoco se distingue ni por su amplitud, ni por su solidez, ni por su antigüedad ni por su riqueza de experiencia o de medios: como se sabe, la Unión de Lucha se fundó solamente en 1895-1896 y sus llamamientos a los obreros se han limitado a hojas reproducidas en hectógrafo y litografía. ¿Se puede negar que una organización semejante, que uniera por lo menos los centros principales del movimiento obrero en Rusia (las comarcas de San Petersburgo y de Moscú-Vladímir, el Sur y ciudades tan importantes como Odesa, Kíev, Sarátov, etc.), que dispusiera de un órgano de prensa revolucionario y gozara entre los obreros rusos del prestigio que tiene la Unión de Lucha entre los obreros petersburgueses; que una organización semejante sería un importantísimo factor político en la Rusia actual, un factor que el gobierno tendría forzosamente que tomar en consideración en toda su política interior y exterior? Una organización de este tipo dirigiría la lucha de clase del proletariado, desarrollaría la organización y la disciplina de los obreros, les ayudaría a luchar por la satisfacción de sus necesidades económicas y a conquistar al capital una posición tras otra, educaría políticamente a los obreros, acosaría de manera permanente e inflexible al absolutismo y hostigaría a cada uno de los bachibozuks[160] zaristas, que hacen sentir al proletariado la pesada garra del gobierno policíaco. Una organización así sería, simultáneamente, una organización del partido obrero adaptada a nuestras condiciones y un potente partido revolucionario dirigido contra el absolutismo. Pero hablar de antemano de cuál será el medio a que recurrirá esta organización para asestar el golpe decisivo al absolutismo, de si preferirá, por ejemplo, la insurrección o la huelga política de masas u otra forma de ataque; hablar de antemano de esto y resolver tal cuestión en la actualidad sería vano doctrinarismo. Sería lo mismo que si unos generales se reuniesen en consejo militar antes de haber reclutado tropas, de haberlas movilizado y lanzado contra el enemigo. Pero cuando el ejército del proletariado luche tenazmente por su emancipación económica y política bajo la dirección de una fuerte organización socialdemócrata, este mismo ejército indicará a los generales los métodos y los medios de acción. Entonces, y sólo entonces, se podrá decidir la cuestión de asestar el golpe definitivo al absolutismo; porque la solución del problema depende precisamente del estado del movimiento obrero, de su amplitud, de los métodos de lucha que conciba, de las propiedades de la organización revolucionaria que lo dirija, de la actitud que adopten ante el proletariado y ante el absolutismo otros elementos sociales, de las condiciones de la política exterior e interior; en una palabra, de mil condiciones que es imposible e inútil adivinar por anticipado.

Por eso es también injusto en grado sumo el siguiente razonamiento de P. L. Lavrov:

"Pero si (los socialdemócratas) tienen no sólo que agrupar, de una manera o de otra, a las fuerzas obreras para luchar contra el capital, sino también unir a individuos y grupos revolucionarios para luchar contra el absolutismo, los socialdemócratas rusos aceptarán *de hecho* el programa de sus adversarios, de los adeptos de Libertad del Pueblo, como quiera que se llamen. La diferencia de opiniones acerca de la comunidad, de los destinos del capitalismo en Rusia y del materialismo económico son particularidades que tienen muy poca

importancia para la obra verdadera y que facilitan o entorpecen la solución de problemas parciales, el empleo de métodos singulares de preparación de los puntos fundamentales, pero nada más" (pág. 21, col. 1).

¡Resulta incluso extraño impugnar esta última afirmación de que la diferencia de opiniones sobre los problemas fundamentales de la vida rusa y del desarrollo de la sociedad rusa, sobre los problemas fundamentales de la concepción de la historia, puede referirse únicamente a "particularidades"! Se ha dicho hace ya mucho que sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario, y es dudoso que en *el momento actual* sea necesario demostrar esta verdad. Calificar de "particularidades" la teoría de la lucha de clases, la concepción materialista de la historia rusa, la apreciación materialista de la actual situación económica y política de Rusia y el reconocimiento de que es necesario reducir la lucha revolucionaria a determinados intereses de una clase concreta, analizando su relación con las demás clases; calificar de "particularidades" estos importantísimos problemas revolucionarios es un error tan descomunal e inesperado en un veterano de *la teoría* revolucionaria que estamos casi dispuestos a considerar este pasaje como un simple lapsus. En lo que atañe a la primera mitad del párrafo citado, su sinrazón es más sorprendente todavía. Declarar en letras de molde que los socialdemócratas rusos agrupan únicamente a los fuerzas obreras para luchar contra el capital (¡es decir, sólo para la lucha económica!), sin unir a los individuos y grupos revolucionarios para luchar contra el absolutismo, significa ignorar o querer ignorar hechos de todos conocidos sobre la actividad de los socialdemócratas rusos. ¡O quizá P. L. Lavrov no considere "individuos revolucionarios” y "grupos revolucionarios" a quienes efectúan una labor práctica en las filas Socialdemócratas? ¿O tal vez entienda (y esto, sin duda, será más exacto) por “lucha” contra el absolutismo únicamente las conspiraciones contra el absolutismo? (Cfr. pág. 21, col. 2) (“... se trata de... organizar una *conspiración* revolucionaría"; la cursiva es nuestra.) ¿Quizá, en opinión de P. L. Lavrov, quien no organiza complots políticos tampoco sostiene una lucha política? Repetimos una vez más: tal concepción corresponde por entero a las viejas tradiciones de los viejos adeptos de Libertad del Pueblo, pero no corresponde en absoluto ni a las nociones modernas de la lucha política ni a la realidad actual.

Nos resta decir algunas palabras acerca de los afiliados al Derecho del Pueblo. P. L, Lavrov tiene toda la razón, a nuestro juicio, cuando dice que los socialdemócratas "avalan a los adeptos del Partido del Derecho del Pueblo por creerlos más sinceros y están dispuestos a apoyarlos, pero sin fusionarse con ellos" (pág. 19, col. 2). Habría que agregar: por creerlos más sinceros *demócratas* y *por cuanto* actúan como demócratas consecuentes. Lamentablemente, esta condición es más bien un futuro deseable que un presente real. Los afiliados al Partido del Derecho del Pueblo han expresado el deseo de desembarazar de populismo -y, en general, de todo nexo con las formas anticuadas de "socialismo ruso"- las tareas democráticas. Pero ellos mismos están lejos de haberse desembarazado de los viejos prejuicios y de ser consecuentes: han dado a su partido, exclusivamente de transformaciones políticas, el nombre de partido "social (??!) – revolucionario” (véase su *Manifiesto*, fechado el 19 de febrero de 1894) y han declarado en su "manifiesto” que "el concepto de derecho del pueblo incluye la organización de la producción popular" (nos vemos obligados a citar de memoria), introduciendo así a la chita callando los mismos prejuicios del populismo. Por eso, tal vez, P. L. Lavrov no carezca por completo de razón al llamarlos "políticos de mascarada" (pág. 20, col. 2). Sin embargo, quizá sea más justo considerar el ideario del Derecho del Pueblo, una doctrina de transición, a la que no se puede negar el mérito de haberse avergonzado de la "originalidad" de las doctrinas populistas y de haber polemizado públicamente con los más execrables reaccionarios del populismo, los cuales se permiten decir, ante el absolutismo policíaco de clase, que son deseables transformaciones, económicas, mas no políticas (véase *Un problema palpitante*, edición del Partido del Derecho del Pueblo). Si en este partido no hay, en efecto, más que ex socialistas, que ocultan su bandera socialista con fines tácticos y sólo se ponen la careta de políticos no socialistas (como presupone P. L. Lavrov, pág. 20, col. 2), entonces, naturalmente, dicho partido, carece de todo porvenir. Pero si en el Partido del Derecho del Pueblo hay también políticos, no socialistas, demócratas no socialistas, verdaderos y no de mascarada, este partido podrá reportar no poco provecho, procurando acercarse a la oposición política de nuestra burguesía y tratando de despertar la conciencia política de clase de nuestra pequeña burguesía, de los pequeños comerciantes, de los pequeños artesanos, etc. De esta clase, que en toda Europa Occidental ha desempeñado su papel en el movimiento democrático, que en nuestro país, en Rusia, ha hecho progresos singularmente rápidos en el aspecto cultural y en otros sentidos durante la época posterior a la abolición de la servidumbre y que no puede dejar de sentir la opresión del gobierno policíaco, el cual apoya con todo cinismo a los grandes fabricantes y a los magnates monopolistas de las finanzas y la industria. Lo único que hace falta para ello es que los adeptos del Derecho del Pueblo se fijen la tarea precisamente de acercarse a los diversos sectores de la población, y no se limiten a esos mismos “intelectuales", cuya impotencia y cuyo alejamiento de los intereses reales de las masas se reconoce incluso en *Un problema palpitante*. Para

ello es necesario que los partidarios del Derecho del Pueblo abandonen toda aspiración de unir a los elementos sociales heterogéneas y de apartar al socialismo de las tareas políticas; que abandonen el falso pudor que les impide acercarse a los sectores burgueses del pueblo, es decir, que no hablen solamente de un programa de los políticos no socialistas, sino que actúen también de acuerdo con ese programa, despertando y desarrollando la conciencia de clase de los grupos y clases sociales que no necesitan en absoluto del socialismo, pero que, cuanto más tiempo pasa, con tanta mayor fuerza sienten la opresión del absolutismo y la necesidad de la libertad política.

- - -

La socialdemocracia rusa es todavía muy joven. Comienza apenas a salir del estado embrionario, en el que los problemas teóricos ocupaban un lugar predominante. Sólo empieza a desplegar su actividad práctica. En vez de criticar las teorías y los programas socialdemócratas, los revolucionarios de otras fracciones deben criticar, por necesidad, *la actividad práctica* de los socialdemócratas rusos. Y debemos reconocer que esta última crítica se distingue del modo más tajante de la crítica teórica; se distingue hasta tal punto que ha sido posible inventar el cómico rumor de que la Unión de Lucha petersburguesa no es una organización socialdemócrata. La posibilidad misma de semejante rumor muestra de por sí cuán injustas son las acusaciones que se hacen habitualmente a los socialdemócratas de dar de lado la lucha política. La posibilidad misma de semejante rumor testimonia de por sí que muchos revolucionarios, que no han podido ser convencidos por *la teoría* de los socialdemócratas, empiezan a serlo por su *actividad práctica*.

Ante la socialdemocracia rusa se extiende todavía un inmenso campo de acción, apenas iniciado, El despertar de la clase obrera rusa y su tendencia espontánea al saber, a la unión, al socialismo y a la lucha contra sus explotadores y opresores se manifiestan con claridad y amplitud cada día mayores. Los gigantescos éxitos del capitalismo ruso durante los últimos tiempos son una garantía de que el movimiento obrero crecerá sin cesar en extensión y profundidad. Hoy estamos viviendo, por lo visto, el período del ciclo capitalista en que la industria "prospera", el comercio es intenso, las fábricas funcionan a pleno rendimiento y surgen en cantidad infinita, como los hongos después de la lluvia, nuevas fábricas y empresas, nuevas sociedades anónimas, líneas férreas, etc., etc. No hace falta ser profeta para predecir la bancarrota ineluctable (más o menos violenta) que debe seguir a esta "prosperidad" de la industria. Esa bancarrota arruinará a gran número de pequeños patronos, dejará sin trabajo a muchísimos obreros y, de esta manera, planteará apremiantemente ante todas las masas obreras los problemas del socialismo y de la democracia, que surgieron hace ya mucho ante cada obrero consciente, ante cada obrero que piensa. Los socialdemócratas rusos deben preocuparse de que esta bancarrota encuentre al proletariado ruso más consciente, más unido, con una comprensión clara de las tareas de la clase obrera rusa, capaz de oponer resistencia a la clase capitalista -que amasa hoy ganancias fabulosas y trata siempre de endosar las pérdidas a los obreros-, capaz de ponerse al frente de la democracia rusa en la lucha sin cuartel contra el absolutismo policíaco, que ata de pies y manos a los obreros rusos y a todo el pueblo ruso.

¡Por tanto, camaradas, manos a la obra! ¡No perdamos un tiempo tan precioso! A los socialdemócratas rusos les espera una ingente labor para satisfacer las demandas del proletariado, que despierta; para organizar el movimiento obrero; para fortalecer los grupos revolucionarios y su nexo recíproco; para surtir a los obreros de publicaciones de propaganda y agitación; ¡para unir los círculos obreros y los grupos, socialdemócratas diseminados por todos los confines de Rusia en *un partido obrero socialdemócrata* único!

**La Unión de Lucha a los obreros, y socialistas de Petersburgo**

Los revolucionarios de Petersburgo viven momentos difíciles. Parece como si el gobierno hubiese reunido todas sus fuerzas para aplastar el movimiento obrero, nacido hace poco y que ha dado pruebas de tanta energía. Las detenciones han alcanzado proporciones inauditas y las cárceles están abarrotadas. Se apresa a intelectuales, hombres y mujeres, se apresa también a obreros, que son desterrados en masa. Apenas pasa un día sin que nos traiga noticias de nuevas y nuevas víctimas del gobierno policíaco, que se ha lanzado rabioso sobre sus enemigos. El gobierno se ha propuesto impedir que se robustezca y afiance la nueva corriente del movimiento revolucionario ruso. Los fiscales y los gendarmes se jactan ya de que han conseguido aniquilar la Unión de Lucha.

Esa baladronada es una mentira. La Unión de Lucha vive, a despecho de todas las persecuciones. Comprobamos con toda satisfacción que las detenciones en masa prestan su servicio, convirtiéndose en un poderoso medio de agitación entre los obreros y entre los intelectuales socialistas; que el lugar de los revolucionarios caídos lo ocupan otros nuevos, dispuestos a formar con fuerzas frescas en las filas de los combatientes por el proletariado ruso y por todo el pueblo ruso. No puede haber lucha sin víctimas, y a la feroz persecución desencadenada por los bachibozuks zaristas respondemos con serenidad: ¡Han perecido unos revolucionarios: viva la revolución!

La intensificación de las persecuciones ha podido suscitar hasta ahora sólo un debilitamiento temporal

de algunas funciones de la Unión de Lucha, una escasez temporal de agentes y agitadores. Precisamente esta escasez se siente ahora y nos obliga a hacer un llamamiento a todos los obreros conscientes y a todos los intelectuales, que deseen poner sus fuerzas al servicio de la causa revolucionaria. La Unión de Lucha necesita agentes. Que todos los círculos y cuantos deseen trabajar en cualquier ámbito de la actividad revolucionaría, por estrecho que sea, se lo den a conocer a quienes tienen contacto con la Unión de Lucha. (En caso de que algún grupo no pueda encontrar a esas personas – cosa muy poco probable-, puede dirigirse a la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero.) Hacen falta hombres para actividades de todo género, y cuanto mayor sea el rigor con que se especialicen los revolucionarios en diversas funciones de la acción revolucionaría, cuanto mayor sea el rigor con que ideen métodos clandestinos y medidas de protección de su labor, cuanto mayor sea la abnegación con que se sumerjan en el trabajo modesto, anónimo y parcial, tanto más asegurada estará toda la obra y tanto más difícil les será a los gendarmes y espías descubrir a los revolucionarios.

El gobierno ha envuelto ya de antemano con una red de agentes suyos no sólo los focos de elementos antigubernamentales existentes, sino también los posibles y probables. El gobierno despliega sin cesar en amplitud y profundidad la labor de sus esbirros que acosan a los revolucionarios, inventa nuevos métodos, introduce nuevos provocadores y trata de presionar sobre los detenidos por medio de intimidaciones, presentación de declaraciones falsas y firmas falsificadas, esquelas apócrifas que se hacen llegar furtivamente a sus manos y otros procedimientos. Sin reforzar y desarrollar la disciplina, la organización y la clandestinidad revolucionarias es imposible luchar contra el gobierno. Y la clandestinidad exige, ante todo, que los distintos círculos e individuos se especialicen en funciones determinadas y que se conceda un papel unificador al núcleo central, el más insignificante por el número de miembros, de la Unión de Lucha.

Las diversas funciones de la labor revolucionaria son infinitamente variadas: hacen falta agitadores legales que sepan hablar entre los obreros de tal manera que *sea imposible* procesarlos por ello, que sepan decir sólo *a*, dejando que otros digan *b* y *c*. Hacen falta distribuidores de publicaciones y octavillas. Hacen falta organizadores de círculos y grupos obreros. Hacen falta corresponsales en todas las fábricas y empresas, que informen de cuanto ocurra. Hacen falta hombres que vigilen a los espías y provocadores. Hacen falta organizadores de domicilios clandestinos. Hacen falta enlaces para la entrega de publicaciones, para la transmisión de encargos y para establecer contactos de todo tipo. Hacen falta recaudadores de fondos. Hacen falta agentes entre los intelectuales y funcionarios públicos relacionados con los obreros, con la vida de las fábricas, con la administración (con la policía, la inspección fabril, etc.). Hacen falta hombres para enlazar con distintas ciudades de Rusia y de otros países. Hacen falta hombres para organizar procedimientos diversos de reproducción mecánica de publicaciones de toda clase. Hacen falta hombres para guardar publicaciones y otras cosas, etc., etc. Cuanto más fraccionada y pequeña sea la función que asuma una persona o un grupo, tanto mayores serán las posibilidades de que pueda organizarla de una manera bien meditada y garantizarla al máximo contra el fracaso, de examinar todos los pormenores de la clandestinidad, empleando todos los medios imaginables para burlar la vigilancia de los gendarmes y desorientarlos; tanto más seguro será el éxito de la obra; tanto más difícil les resultará a la policía y a los gendarmes vigilar a los revolucionarios y descubrir sus vínculos con la organización; tanto más fácil será para el partido revolucionario sustituir con otros, sin daño para la causa, a los agentes y miembros caídos.

Sabemos que esta especialización es una cosa muy difícil; difícil, porque requiere del hombre la mayor firmeza y la mayor abnegación, porque requiere consagrar todas las energías a un trabajo anónimo, monótono, desligado de los camaradas y que subordina toda la vida del revolucionario a una reglamentación seca y rigurosa. Pero sólo en estas condiciones lograron los adalides de la práctica revolucionaria en Rusia ejecutar las empresas más grandiosas, dedicando años a la preparación polifacética de la obra, y estamos profundamente convencidos de que los socialdemócratas no tendrán menos abnegación que los revolucionarios de las generaciones precedentes. Sabemos también que, de acuerdo con el sistema que proponemos, a muchas personas deseosas de entregar sus energías a la labor revolucionaria les resultará muy duro el período preparatorio indispensable para que la Unión de Lucha reúna los datos oportunos acerca de los individuos o grupos que ofrezcan sus servicios y ponga a prueba su capacidad en algunas misiones. Pero sin esta comprobación previa es imposible la actividad revolucionaria en la Rusia de hoy.

Al proponer semejante esquema de actividad a nuestros nuevos camaradas, exponemos unos principios a los que nos ha llevado una larga experiencia, profundamente convencidos de que este sistema garantiza al máximo el éxito de la labor revolucionaria.

*Escrito en el destierro a fines de 1897. Publicado por vez, primera en 1898, en Ginebra, en un folleto.*

*T. 2, págs. 433-470.*

## ¿A QUE HERENCIA RENUNCIAMOS?

En el número 10 de *Rússkoie Bogatstvo* de 1897, el señor Mijailovski dice, exponiendo el juicio del señor Minski acerca de los "materialistas dialécticos": "él (el señor Minski) debería saber que esta gente no desea tener ningún vínculo de continuidad con el pasado y renuncia categóricamente a la herencia" (pág. 179), o sea, "a la herencia de los años 60 y 70", a la que el señor V. Rozánov renunció solemnemente en 1891 en *Moskovskie Viédomosli*[161] (pág. 178).

En este comentario del señor Mijailovski acerca de "los discípulos rusos"[162] hay un sinnúmero de falsedades. Cierto que el señor Mijailovski no es el único y original autor de esta falsedad sobre "la renuncia de los discípulos rusos a la herencia": la vienen repitiendo hace ya mucho casi todos los representantes de la prensa populista liberal al combatir a "los discípulos". Si la memoria no nos es infiel, el señor Mijailovski no había inventado aún esa falsedad al comienzo de su guerra cruenta contra "los discípulos"; fueron otros quienes lo hicieron antes que él. Más tarde consideró necesario servirse también de ella. Cuanto más desarrollaban "los discípulos" sus puntos de vista en las publicaciones rusas, cuanto más exhaustiva y detalladamente se pronunciaban sobre toda una serie de problemas teóricos y prácticos tanto más raro era hallar en la prensa adversaria objeciones de fondo contra los puntos fundamentales de la nueva orientación, contra la noción del carácter progresivo del capitalismo ruso, contra la absurda idealización populista del pequeño productor, contra la necesidad de buscar la explicación de las corrientes del pensamiento social y de las instituciones jurídicas y políticas en los intereses materiales de las diversas clases de la sociedad rusa. Estos puntos fundamentales fueron silenciados, se prefirió y se prefiere no hablar de ellos; pero, en cambio, se inventaron más patrañas tendentes a desacreditar la nueva orientación. Entre estas "patrañas malignas" figuran también las frases en boga sobre "la renuncia de los discípulos rusos a la herencia", sobre su ruptura con las mejores tradiciones del mejor y más avanzado sector de la sociedad rusa, sobre su rompimiento del hilo democrático, etc., etc., y muchas otras cosas por el estilo. La extraordinaria difusión de tales frases nos obliga a analizarlas circunstanciadamente y refutarlas. Para que nuestra exposición no parezca gratuita, comenzaremos por hacer un paralelo histórico-literario entre dos "publicistas del agro", tomados para caracterizar la "herencia". Hacemos la salvedad de que nos limitaremos exclusivamente a los problemas económicos y sociales, analizando de toda la "herencia" sólo éstos y dejando a un lado los problemas filosóficos, literarios, estéticos, etc.

### I. Uno de los representantes de la "herencia"

Hace treinta años, en 1867, empezaron a aparecer en la revista *Otiéchestvennie Zapiski*[163] unos ensayos sociopolíticos de Skaldin, titulados *En una perdida aldea y en la capital*. Estos ensayos fueron publicados en el curso de tres años, de 1867 a 1869. En 1870, su autor los recopiló y editó en un volumen con el mismo título[*]. El conocimiento de este libro - olvidado casi por completo en la actualidades instructivo en sumo grado por lo que se refiere al problema que nos interesa, o sea, la actitud de los representantes de "la herencia" ante los populistas y "los discípulos rusos". El título del libro no es exacto. El propio autor se ha dado cuenta de ello y explica en el prólogo que su tema es la actitud de "la capital" frente a "la aldea", es decir, que se trata de ensayos sociopolíticos acerca de esta última y que no se propone hablar especialmente de la capital. Es decir, quizá haya tenido ese propósito, pero no lo ha creído conveniente: como yo podría, no quiero; y como querría, no puedo. Para explicar porqué no lo ha creído conveniente, Skaldin cita a un escritor griego.

Hagamos una breve exposición de las opiniones de Skaldin.

Comencemos por la reforma campesina[164], punto de partida al que deben remontarse inevitablemente, incluso hoy, quienes deseen dar a conocer concepciones generales sobre los problemas económicos y sociales. En el libro de Skaldin se dedica muchísimo espacio a la reforma campesina. Skaldin es tal vez el primer escritor que ha mostrado de manera sistemática, basándose en innumerables hechos y en un examen minucioso de toda la vida rural, la situación calamitosa de los campesinos *después* de la reforma, el empeoramiento de sus condiciones de vida, las nuevas formas de su dependencia en lo económico, en lo jurídico y en lo cotidiano; en una palabra, ha presentado todo lo que desde entonces ha sido mostrado y demostrado tan circunstanciada y minuciosamente en innumerables investigaciones y descripciones. Todas estas

---

[*] Skaltlin. *En una perdida aldea y en la capital*, San Petersburgo, 1870 (451 págs.). No hemos podido conseguir los números de *Oliéchestvennie Zapiski* correspondientes a esos años y hemos utilizado únicamente el libro.

verdades no son hoy una novedad; pero entonces, además de serlo, despertaban la desconfianza de la sociedad liberal, la cual temía que tras dichas alusiones a las llamadas "deficiencias de la reforma" se ocultase la condenación de ésta y un velado espíritu feudal. El interés que ofrecen las opiniones de Skaldin es tanto mayor por tratarse de un contemporáneo de la reforma (y, quizá, incluso de un participante en ella. No disponemos de ningún dato histórico, literario ni biográfico de Skaldin). Sus concepciones se basan, por consiguiente, en la observación directa tanto de "la capital" como de "la aldea" de entonces, y no es un estudio libresco de gabinete.

Lo que más llama la atención del lector actual, habituado a los melifluos cuentos populistas sobre la reforma campesina, es la extraordinaria *sensatez* de las concepciones de Skaldin acerca de esta cuestión. Skaldin enfoca la reforma sin engañarse a sí mismo, sin idealizada en modo alguno; la ve como un contrato entre dos partes -los terratenientes y los campesinos-, que hasta entonces hablan usufructuado en común la tierra en determinadas condiciones y que ahora se han dividido, modificando con esta división la posición jurídica de ambas. Los intereses de unos y otros fueron el factor determinante de la forma en que se realizó dicha división y de la magnitud de lo que recibió cada cual. Esos intereses fijaron las aspiraciones de ambas partes, pero la posibilidad que tuvo una de ellas de participar directamente en la reforma misma y en la solución práctica de los diversos problemas de su realización fue, entre otras cosas, lo que originó su predominio. Tal es la interpretación que Skaldin da a la reforma. Skaldin analiza con minuciosidad singular el problema principal de la reforma -el de las parcelas y los pagos-, volviendo más de una vez a él en sus ensayos. (Su libro se divide en once ensayos, independientes por el contenido y parecidos por su forma a cartas de la aldea. El primer ensayo está fechado en 1866; el último, en 1869.) En lo que respecta a los llamados campesinos "con poca tierra", el libro no contiene, por supuesto, nada nuevo para el lector contemporáneo; pero en las postrimerías de los años 60, sus pruebas eran tan nuevas como valiosas. No nos proponemos, claro está, repetirlas; sólo queremos señalar la peculiaridad de la definición que hace Skaldin de este fenómeno, peculiaridad que lo distingue ventajosamente de los populistas. Skaldin no habla de "escasez de tierra", sino de que "se han recortado demasiado las parcelas campesinas" (pág. 213, también 214 y muchas otras; confrontar título del ensayo III), de que las parcelas mayores fijadas por el Reglamento resultaron inferiores a las que los campesinos tenían antes de la reforma (pág. 257); cita de paso algunos juicios y comentarios muy característicos y típicos de los campesinos sobre este aspecto de la reforma*. Las explicaciones y pruebas de este hecho que aporta Skaldin son de una minuciosidad, un vigor e incluso una rudeza extraordinarios en un escritor como él, por lo común moderado en extremo, sensato y, por sus concepciones generales, sin duda alguna burgués. Si hasta un escritor como Skaldin habla de esto con tanta energía, ello significa que el fenómeno llamó mucho la atención. El autor habla también con no menos energía y detalle de lo gravoso de los pagos, aduciendo multitud de hechos para corroborar sus afirmaciones. "Los impuestos excesivos -leemos en el subtítulo del ensayo III (1867)- son la causa principal de la pobreza de los campesinos", y Skaldin muestra que los impuestos son superiores a los ingresos que los campesinos obtienen de la tierra. Cita de los *Dictámenes de la Comisión Fiscal* datos que muestran la distribución en Rusia de los impuestos que se perciben tanto de las clases superiores como de las inferiores, de donde resulta que sobre estas últimas recae el 76 % de todos los tributos, y sobre las primeras tan sólo el 17%, mientras que en Europa Occidental la relación es en todas partes incomparablemente más favorable para las clases inferiores. En el subtítulo del ensayo VII (1868) leemos: "Las desmesuradas cargas monetarias son una de las causas principales de la indigencia de los campesinos". Y el autor muestra que las nuevas condiciones de vida han exigido en el acto del campesino dinero, dinero y más dinero; que en el *Reglamento* se aceptaba como norma recompensar a los terratenientes por la abolición de la servidumbre (252); que la cuantía del tributo era fijada "de acuerdo con los datos auténticos facilitados por los terratenientes y sus administradores, es decir, de acuerdo con datos totalmente arbitrarios y nada fidedignos" (255), a causa de lo cual, los tributos medios establecidos por las comisiones resultaron ser más elevados de lo que eran en realidad. "A la carga de los tributos vino a añadirse, para los campesinos, la pérdida de la tierra que habían usufructuado durante siglos" (258). "Si la evaluación de la tierra para el rescate se hubiera hecho por su precio real en la época de la emancipación, y no según la capitalización del tributo, el rescate podría haberse efectuado muy fácilmente y no necesitaría siquiera la colaboración del gobierno ni la emisión de billetes de banco" (264). "El rescate que, según el espíritu del

* "*El* (subrayado por el autor) ha recortado tanto nuestra tierra que sin esa porción de tierra recortada no podemos vivir; nos ha rodeado por todas partes con sus campos de tal modo que no tenemos donde apacentar el ganado; así que debemos pagar aparte por la parcela y también aparte por la tierra recortada todo lo que nos pide". "¡Qué mejora de vida es ésa! -me dijo un mujík con cierta instrucción y experiencia, pechero en el pasado-. Nos han dejado el tributo como antes y, encima, nos han recortado las tierras".

Reglamento del 19 de febrero, debía ser un alivio para los campesinos y culminar el mejoramiento de sus condiciones de vida, contribuye con frecuencia, en realidad, a aumentar su penuria" (269). Citamos todos estos pasajes -de por sí poco interesantes y en parte anticuados- para mostrar con qué energía se pronunciaba a favor de los intereses de los campesinos un escritor adversario de la comunidad rural y verdadero manchesteriano[165], en toda una serie de problemas. Es muy aleccionador señalar la total coincidencia de casi todas las tesis útiles y no reaccionadas del populismo con las de este manchesteriano. Se comprende de por sí que, con tales concepciones acerca de la reforma, Skaldin no podía entregarse a esa meliflua idealización que hicieron y hacen de ella los populistas diciendo que ha sancionado la producción popular, que es superior a las reformas campesinas efectuadas en Europa Occidental, que ha hecho de Rusia algo así como *tabula rasa*, etc. Skaldin no sólo no ha dicho ni podía decir nada semejante, sino que, por el contrario, ha dicho explícitamente que nuestra reforma campesina se había realizado en condiciones menos ventajosas para los campesinos, que había sido menos provechosa que la de Occidente. "El problema se planteará de plano -escribe Skaldin- si nos preguntamos por qué las felices consecuencias de la emancipación no se manifiestan en nuestro país con la misma rapidez y el mismo crecimiento progresivo con que se manifestaron, por ejemplo, en Prusia y Sajonia en el primer cuarto del presente siglo" (221). "En Prusia, como en toda Alemania, no se rescataban las parcelas de los campesinos, que desde hacía ya mucho eran reconocidas por la ley como propiedades de éstos, sino las prestaciones obligatorias a los terratenientes" (272).

Pasemos ahora del aspecto económico de la reforma, en la apreciación de Skaldin, a su aspecto jurídico. Skaldin es enemigo jurado de la caución solidaria, del sistema de pasaportes interiores y del poder patriarcal de la "comunidad" en el campesinado (y de la sociedad pequeñoburguesa) sobre sus miembros. En el III ensayo (1867) insiste en la necesidad de suprimir la caución solidaria, la capitación y el sistema de pasaportes, en la necesidad de establecer un impuesto patrimonial igualitario y sustituir los pasaportes por certificados gratuitos y permanentes. "El impuesto sobre los pasaportes dentro del país no existe en ningún otro Estado civilizado" (109). Como se sabe, este impuesto ha sido abolido únicamente en 1897. En el título del IV ensayo leemos: "La arbitrariedad de las comunidades rurales y de las dumas urbanas en el envío de pasaportes y en el cobro de impuestos a contribuyentes ausentes"... "La caución solidaria es un pesado yugo que deben soportar los propietarios concienzudos y hacendosos por los juerguistas y holgazanes" (126). Skaldin quiere explicar la disociación del campesinado, ya visible entonces, por las cualidades personales de los que progresan y de los que se arruinan. El autor describe minuciosamente las dificultades con que tropiezan los campesinos que viven en San Petersburgo para obtener y prorrogar los pasaportes y rechaza la objeción de quienes dicen: "Gracias a Dios que toda esta masa de campesinos sin tierra no ha sido empadronada en las ciudades y no ha venido a aumentar el número de habitantes urbanos carentes de bienes raíces..." (130). "La bárbara caución solidaria..." (131)... "Uno se pregunta: ¿pueden llamarse ciudadanos libres las personas colocadas en semejante situación? ¿No son los mismos *glebae adscripti*?"[*] (132). Se culpa a la reforma campesina. "Pero ¿acaso es culpable la reforma campesina de que la legislación, después de emancipar al campesino de su servidumbre al terrateniente, no haya concebido nada para liberarlo de la sujeción a la comunidad y al lugar de residencia?.. ¿Dónde están, pues, los indicios de la libertad civil, si el campesino no puede elegir el lugar de residencia ni el género de sus ocupaciones?" (132). Con toda razón y exactitud, Skaldin denomina a nuestro campesino "proletario sedentario" (231)[**]. En el título del ensayo VIII (1868) leemos: "...La adscripción de los campesinos a sus comunidades y parcelas entorpece el mejoramiento de sus condiciones de vida... Es una traba para el desenvolvimiento de las ocupaciones auxiliares fuera de la localidad". "Además de la ignorancia de los campesinos y de su agobio bajo el peso del aumento progresivo de los impuestos, una de las causas que frenan el desarrollo del trabajo campesino y, por consiguiente, de su bienestar, es su adscripción a las comunidades y parcelas. Atar la mano de obra a un solo lugar y encadenar la comunidad agraria con lazos indisolubles es ya de por sí una condición extremadamente desventajosa para el desenvolvimiento del trabajo, de la iniciativa personal y de la pequeña propiedad agraria" (284). "Los campesinos, sujetos a sus parcelas y comunidades, privados de la posibilidad de emplear su trabajo donde resulte más productivo y más ventajoso para ellos, han quedado como congelados en esta forma de vida promiscua, gregaria e

[*] En el antiguo Imperio Romano, campesinos adscritos a las heredades, de las que no podían irse aunque su cultivo fuera desventajoso. (*N. de la Edit.*)

[**] Skaldin ha mostrado muy detalladamente la justedad no sólo de la segunda parte de esta definición (proletario), sino también de la primera. En sus ensayos dedica mucho espacio a describir la situación de dependencia de los campesinos, su miseria y la difícil situación de los jornaleros agrícolas, a la "descripción del hambre de 1868" (título del ensayo V) y de todas las formas de sojuzgamiento y humillación del campesino. En la década del 60, igual que en la del 90, hubo quienes silenciaban y negaban la existencia del hambre. Skaldin se alza vehementemente contra ellos. Está claro que sería superfluo reproducir citas minuciosas sobre esta materia.

improductiva en que salieron del régimen de la servidumbre" (285). Por consiguiente, el autor enfoca estos problemas de la vida campesina desde un punto de vista netamente burgués; pero, pese a ello (más exacto: precisamente por ello), aprecia con acierto extraordinario cuán perniciosa es la adscripción de los campesinos para toda la evolución social y para ellos mismos. Este perjuicio repercute con fuerza singular (agregaremos por nuestra parte) en los grupos inferiores del campesinado, en el proletariado rural. Skaldin dice con gran exactitud: “es loable la preocupación de la ley porque los campesinos no queden sin tierra; mas no se debe olvidar que la preocupación de los propios campesinos sobre el particular es incomparablemente mayor que la de cualquier legislador" (286). "Además de la adscripción de los campesinos a sus parcelas y comunidades, incluso su ausencia temporal para ganar un jornal, tropieza con multitud de restricciones y gastos a consecuencia de la caución solidaria y al sistema de pasaportes" (298). "A mi juicio, muchos campesinos encontrarían una salida de la difícil situación actual si se adoptaran... medidas tendentes a facilitarles la posibilidad de renunciar a la tierra" (294). Skaldin expresa aquí un deseo que está en flagrante contradicción con todos los proyectos populistas, que se reducen a lo contrario: fortalecimiento de la comunidad, inalienabilidad de las parcelas, etc. Numerosos hechos han demostrado por entero desde entonces la razón que tenía Skaldin: la pervivencia de la sujeción de los campesinos a la tierra y del carácter estamental cerrado de la comunidad campesina no hace más que empeorar la situación del proletariado rural y entorpecer el desarrollo económico del país sin defender en absoluto al "proletario sedentario" contra las peores formas de sojuzgamiento y dependencia, contra la caída vertical del salario y del nivel de vida.

El lector ha podido deducir ya de las citas transcritas que Skaldin es enemigo de la comunidad rural. Se alza contra ella y contra la redistribución de las tierras desde el punto de vista de la propiedad personal, del espíritu emprendedor, etc. (págs. 142 y sigs.). Refuta a los defensores de la comunidad afirmando que "'el derecho consuetudinario secular" ha vivido su época: "En todos los países, a medida que los habitantes rurales se ponían en contacto con el medio civilizado, el derecho consuetudinario iba perdiendo su pureza primitiva, corrompiéndose y deformándose. Este fenómeno se observa también en nuestro país: el poder de la comunidad se convierte poco a poco en el poder de las sanguijuelas y de los escribanos rurales, y en lugar de proteger la personalidad del campesino, cae sobre él como un pesado yugo" (143), observación muy justa, cuya veracidad se ha visto confirmada durante los últimos treinta años por una infinitud de hechos. "La familia patriarcal, la posesión comunal de la tierra, el derecho consuetudinario", a juicio de Skaldin, están irremisiblemente condenados por la historia. "Quienes desearan perpetuar estos venerables monumentos de los siglos pasados, demostrarían que son más capaces de dejarse arrastrar por una idea que de penetrar en la realidad y comprender la marcha incontenible de la historia" (162). Y Skaldin agrega a esta observación, efectivamente justa, una vibrante filípica manchesteriana. "El usufructo comunal de la tierra -dice en otro lugar- coloca a cada campesino en dependencia servil de toda la comunidad" (222). Así pues, la enemiga sin reservas a la comunidad, desde un punto de vista puramente burgués, se asocia en Skaldin a una consecuente defensa de los intereses de los campesinos. Pero el autor no une en absoluto su animadversión a la comunidad con los insensatos proyectos de aniquilación violenta de ésta ni con la implantación forzosa de otro sistema similar de posesión de la tierra, como suelen proponer los actuales adversarios de la comunidad que propugnan una ingerencia brutal en la vida campesina y se pronuncian contra la comunidad, no precisamente desde el punto de vista de los intereses de los campesinos. Por el contrario, Skaldin protesta con toda energía contra su inclusión entre los defensores de una destrucción violenta del usufructo comunal de la tierra" (144). "El Reglamento del 19 de febrero -dice- ha autorizado muy sabiamente a los propios campesinos... a pasar... del usufructo comunal al familiar. En efecto, nadie, aparte de los campesinos mismos, puede decidir con fundamento el instante en que deba efectuarse el paso". Por lo tanto, Skaldin es adversario de la comunidad sólo en el sentido de que ésta traba el desarrollo económico, la salida de los campesinos de ella y la renuncia a la tierra; es decir, en el mismo sentido en que "los discípulos rusos" se manifiestan ahora contrarios a la comunidad. Esta animadversión nada tiene de común con la defensa de los intereses egoístas de los terratenientes, ni con la defensa de los vestigios y del espíritu de la servidumbre ni con la defensa de la ingerencia en la vida de los campesinos. Importa mucho tener en cuenta esta diferencia, pues los populistas de hoy, habituados a ver enemigos de la comunidad solamente en el campo de *Moskovskie Viédomosti*, etc., se hacen pasar de buen grado por gente que no comprende *ninguna otra* forma de oposición a la comunidad.

Skaldin considera, de una manera general, que las causas de la penosa situación de los campesinos radican en las supervivencias del régimen de la servidumbre. Después de describir el hambre de 1868, hace notar que los terratenientes feudales se referían a ella con malévola alegría, atribuyéndola a la depravación de los campesinos, a la supresión de la tutela terrateniente, etc. Skaldin se rebela vivamente contra estas opiniones. "Las causas del empobrecimiento de los campesinos -dice- *han sido heredadas del régimen de la servidumbre* (212) y no son resultado de su abolición; son las mismas causas

generales que mantienen a la mayoría de nuestros campesinos a un nivel próximo al proletariado". Y Skaldin repite los juicios antes citados acerca de la reforma. Es absurdo arremeter contra las particiones familiares: "Aun cuando estas particiones causan un daño temporal a las ventajas materiales de los campesinos, dejan a salvo, en cambio, su libertad individual y la dignidad moral de la familia campesina, es decir, los bienes supremos del hombre, sin los cuales es imposible todo progreso de la civilización" (217), y Skaldin señala con razón las auténticas causas de la campaña contra las particiones: "Muchos terratenientes exageran el perjuicio que causan las particiones y descargan sobre ellas, lo mismo que sobre la afición a la bebida, todas las consecuencias de unas u otras causas de la pobreza de los campesinos, que los terratenientes son tan reacios a reconocer" (218). Skaldin replica a quienes dicen que ahora se habla mucho de la pobreza campesina, mientras que antes no se la mencionaba para nada y deducen de ahí que la situación de los campesinos ha empeorado: "Para poder apreciar justamente los resultados de la emancipación de los campesinos del poder de los terratenientes, comparando su situación actual con la de antes, habría que trasladar a los tiempos de la servidumbre el recorte actual de las parcelas campesinas, imponer a los siervos de entonces todas las cargas que han aparecido después de la emancipación y ver cómo soportarían semejante situación" (219). Este es un rasgo, en alto grado característico e importante, de las concepciones de Skaldin, quien reduce *todas* las causas del empeoramiento de la situación de los campesinos a las supervivencias de la servidumbre, la cual ha dejado en herencia las prestaciones personales, los tributos, los recortes de tierra, la falta de derechos individuales y la sujeción de los campesinos a los lugares en que residen. Skaldin no ve que las causas del empobrecimiento campesino pueden estar en el propio régimen de las nuevas relaciones socioeconómicas, en el propio régimen de la economía posterior a la reforma campesina. Es más, no admite en absoluto semejante pensamiento, pues está profundamente convencido de que con la supresión completa de todos estos vestigios de la servidumbre sobrevendrá la prosperidad general. Su punto de vista es precisamente negativo: eliminad los obstáculos al libre desarrollo del campesinado, eliminad las trabas heredadas del régimen de la servidumbre y todo marchará del mejor modo posible en el mejor de los mundos posibles. "El poder del Estado -dice Skaldin- puede tener aquí (es decir, respecto a los campesinos) un solo camino: *eliminar* de manera paulatina y continua *las causas* que han llevado a nuestro campesino al embrutecimiento y la pobreza actuales y que le impiden elevarse y valerse por sí mismo" (224, subrayado por mí). A este respecto es característica en extremo la respuesta que da Skaldin a quienes defienden la "comunidad" (o sea, la sujeción de los campesinos a la comunidad y a la parcela) y alegan que, en caso contrario, "se formaría un proletariado rural". "Esta objeción -dice Skaldin- se viene abajo por sí sola en cuanto recordamos las inmensas extensiones de tierra sin cultivar existentes en nuestro país por falta de brazos para trabajarlas. Cuando la ley deje de imponer restricciones a la distribución natural de la mano de obra, en Rusia serán proletarios de verdad sólo los mendigos profesionales o la gente corrompida sin remedio y entregada a la bebida" (144). Es el punto de vista típico de los economistas y "enciclopedistas" del siglo XVIII, quienes creyeron que la abolición de la servidumbre y de todas sus supervivencias instauraría en la tierra el reino del bienestar universal. Probablemente, un populista miraría a Skaldin con altivez y diría que no es más que un burgués. Sí, claro, Skaldin es un burgués, pero es un representante de la ideología burguesa progresista, mientras que la ideología del populista es pequeñoburguesa y reaccionaria en toda una serie de puntos. ¡Y este "burgués" ha sabido defender mejor aún que un populista los intereses prácticos y reales de los campesinos, que han coincidido y coinciden con las exigencias de todo el desarrollo social![*]

Para terminar de caracterizar las concepciones de Skaldin, añadiremos que este autor es enemigo del sistema estamental y defensor de un tribunal único para todos los estamentos, simpatiza "en teoría" con la administración subdistrital sin estamentos, es ferviente partidario da la instrucción pública, principalmente de la general; es partidario de la autoadministración y de las instituciones de los zemstvos; es partidario de un amplio crédito agrario, sobre todo del pequeño crédito, pues entre los campesinos hay gran demanda de tierra. También aquí aparece el "manchesteriano": Skaldin dice, por ejemplo, que los bancos de los zemstvos y de las ciudades son "una forma patriarcal o primitiva de bancos" y deben ceder su lugar a los bancos privados, que tienen "todas las ventajas" (80). Se puede dar valor a la tierra "mediante la reanimación de la actividad industrial y comercial en nuestras provincias" (71), etc.

Resumamos. Por el carácter de sus concepciones, Skaldin puede ser calificado de burgués enciclopedista. Sus opiniones recuerdan

[*] Y a la inversa: todas las medidas prácticas progresistas que encontramos entre los populistas son, por su contenido, *completamente burguesas*, es decir, favorecen precisa y únicamente el desarrollo capitalista. Sólo unos pequeños burgueses han podido inventar la teoría de que la ampliación de la posesión agraria campesina, la reducción de los impuestos, la migración interior, el crédito, el progreso de la técnica, la regulación de la venta y otras medidas semejantes pueden servir a una "producción popular".

extraordinariamente las de los economistas del siglo XVIII (por supuesto, con la respectiva refracción del prisma de las condiciones rusas); el autor ha expresado con suficiente claridad el carácter enciclopedista general de "la herencia" de los años 60. Al igual que los enciclopedistas de Europa Occidental y la mayoría de los hombres de letras de los años 60, Skaldin está animado por un ardiente odio al régimen de la servidumbre y a *todos sus* frutos en el terreno económico, social y jurídico. Este es el primer rasgo característico del "enciclopedista". El segundo, común a todos los paladines rusos de la ilustración, es la fervorosa defensa de la instrucción, de la autogestión, de la libertad, de las formas europeas de vida y, en general, de la europeización de Rusia en todos los aspectos. Por último, el tercer rasgo característico del "enciclopedista" es la defensa de los intereses de las masas populares, principalmente de los campesinos (que aún no estaban emancipados por completo o que sólo empezaban a emanciparse en la época de la ilustración), la sincera fe en que la abolición de la servidumbre y de sus supervivencias habría de traer el bienestar general y el sincero deseo de contribuir a ello. Estos tres rasgos constituyen la esencia de lo que entre nosotros se llama "herencia de los años 60", y es importante subrayar que *en esta herencia no hay nada de populista*. En Rusia hay no pocos escritores que, por sus concepciones, poseen los rasgos mencionados y que jamás han tenido nada de común con el populismo. Cuando en la concepción del mundo de un escritor aparecen esos rasgos, todos ven siempre en él a un "guardián de las tradiciones de los años 60", independientemente de lo que piense del populismo. A nadie, claro está, se le ocurriría decir, por ejemplo, que el señor M. Stasiulévich, cuyo aniversario se ha festejado hace poco, "ha renegado de la herencia" por haber sido adversario del populismo o haberse mostrado indiferente ante los problemas *planteados* por esto. Hemos tomado como ejemplo a Skaldin[*] precisamente porque siendo un representante *indudable* de la "herencia", es, al mismo tiempo, un enemigo declarado de las viejas instituciones cuya defensa ha asumido el populismo.

Hemos dicho que Skaldin es un burgués. Ya hemos aportado pruebas suficientes de ello. Pero debemos hacer la salvedad de que entre nosotros es frecuente entender esta palabra de una manera incorrecta, estrecha y antihistórica en extremo, relacionándola (*sin distinción de épocas históricas*) con la defensa egoísta de los intereses de una minoría. No debe olvidarse que en la época en que escribían los enciclopedistas del siglo XVIII (a quienes la opinión general incluye entre los líderes de la burguesía) y en la que escribían también los nuestros en la época que va del 40 al 60, *todos* los problemas sociales se reducían a la lucha contra el régimen de la servidumbre y sus vestigios. Las nuevas relaciones socioeconómicas y sus contradicciones se hallaban aún en estado embrionario. Por eso, en los ideólogos de la burguesía no se manifestaba ningún egoísmo. Al contrario, tanto en Occidente como en Rusia, creían de buena fe en la prosperidad general y la deseaban sinceramente. Y también eran sinceros cuando no veían (y en parte no podían ver aún) las contradicciones implícitas en el régimen que surgía del feudalismo. No en vano Skaldin cita en su libro a Adam Smith: hemos visto que tanto sus concepciones como el carácter de su argumentación repiten, en muchos casos, las tesis de este gran ideólogo de la burguesía avanzada.

Y si confrontamos las aspiraciones prácticas de Skaldin con las concepciones de los populistas contemporáneos, por una parte, y con la actitud que tienen frente a ellas "los discípulos rusos", por otra, veremos que los "discípulos" apoyarán siempre las aspiraciones de Skaldin, pues ellas expresan los intereses de las clases sociales progresistas, los intereses vitales de todo el desarrollo social por el camino que ha emprendido, o sea, por el camino capitalista. En cuanto a las modificaciones que los populistas han introducido en las aspiraciones prácticas de Skaldin o en la manera en que éste plantea los problemas, es un *hecho negativo* que el discípulo rechaza. Los discípulos no "arremeten" contra la "herencia" (eso es una invención absurda), sino contra los aditamentos románticos y pequeñoburgueses que los populistas le ponen. Pasemos ahora a analizar esos aditamentos.

## II. Los aditamentos del populismo a la "herencia"

De Skaldin pasaremos a Engelhardt. Sus cartas *Desde la aldea* son también ensayos de un publicista

[*] Se nos objetará, tal vez, que Skaldin no es típico de los años 60 ni por su animadversión a la comunidad ni por el tono que emplea. Pero aquí no se trata en modo alguno sólo de la comunidad. Se trata de las concepciones comunes a todos los enciclopedistas y que Skaldin comparte. En cuanto al tono, tal vez no sea típico, en efecto, por su manera serena, moderada, pausada de razonar, etc. No en vano Engels llamó a Skaldin *liberalkonservativ* (conservador moderado. *N. de la Edit.*). Sin embargo, elegir a un representante de la herencia con un tono más típico sería, primero, inconveniente por diversos motivos y, segundo, podría originar malentendidos al trazar un paralelo con el populismo actual[166]. Por el carácter mismo de nuestro objetivo, *el tono* (en contra del proverbio) *no hace la música*, y el tono de Skaldin, precisamente porque no es típico, hace resaltar más su "música", es decir, el contenido de sus concepciones. Y a nosotros sólo nos interesa ese contenido. Únicamente por el contenido de las concepciones (y no por el tono de los autores) nos proponemos trazar un paralelo entre los representantes de la herencia y los populistas de la época actual.

sobre la vida rural, de suerte que, tanto por el contenido como incluso por la forma, su libro se parece mucho al de Skaldin. Engelhardt tiene mucho más talento que Skaldin, y sus cartas desde la aldea están escritas en un estilo infinitamente más ameno y rico de imágenes. No contienen los extensos razonamientos del respetable autor de *En una perdida aldea y en la capital*; pero, en cambio, nos ofrecen muchas más imágenes y definiciones acertadas. No es de extrañar que el libro de Engelhardt goce de tan firme simpatía entre los lectores y que haya sido reeditado hace muy poco, mientras que el de Skaldin está casi olvidado por completo, a pesar de que las cartas de Engelhardt comenzaron a publicarse en *Otiéchestvennie Zapiski* apenas dos años después de aparecer el libro de Skaldin. Por eso no tenemos ninguna necesidad de dar a conocer al lector el contenido del libro de Engelhardt y nos limitaremos a caracterizar brevemente dos aspectos de sus concepciones: primero, las concepciones propias de la "herencia" en general y comunes a Engelhardt y a Skaldin en particular; segundo, las concepciones específicamente populistas. Engelhardt *es ya un populista*, pero en sus concepciones hay todavía tantos rasgos comunes a todos los enciclopedistas, tantas cosas que han sido rechazadas o modificadas por el populismo contemporáneo, que uno se ve en aprietos para colocarlo en el lugar que le corresponde: o entre los representantes de la "herencia" en general, sin ningún matiz populista, o entre los populistas.

Lo que le acerca a los primeros es, ante todo, la notable sensatez de sus concepciones, la manera simple y clara de caracterizar la realidad, la crítica despiadada de todas las cualidades negativas, de los "pilares" en general y del campesinado en particular, de esos mismos "pilares" cuya falsa idealización y embellecimiento son parte integrante y necesaria del populismo. El populismo de Engelhardt, expresado de una manera muy débil y tímida, se halla, por lo mismo, en directa y flagrante contradicción con el cuadro de *la realidad* aldeana que ha pintado con tanto talento; y si algún economista o publicista tomase como base de sus juicios sobre la aldea *los datos* y *las observaciones* aportados por Engelhardt*, le sería imposible extraer conclusiones populistas. La idealización del campesino y de su comunidad es una de las partes integrantes y necesarias del populismo, y los populistas de todos los matices, desde el señor V. V. hasta el señor Mijailovski, han aportado un abundante tributo a esta tendencia que idealiza y embellece la "comunidad". En Engelhardt no hay ni rastro de tal embellecimiento. En oposición a la fraseología corriente acerca del espíritu de comunidad de nuestro campesino y a la costumbre de contraponer ese "espíritu de comunidad" al individualismo de las ciudades, a la competencia en la economía capitalista, etc., Engelhardt pone al desnudo de manera implacable el sorprendente *individualismo* del pequeño agricultor. Muestra con detalle que "en los problemas de la propiedad, nuestros campesinos son los propietarios más extremistas" (pág. 62, citado según la edición de 1885), que no pueden soportar "el trabajo en común" y lo odian por motivos puramente personales y egoístas: trabajando en común cada uno "teme trabajar más que los otros" (pág. 206). Este temor alcanza el más alto grado de comicidad (quizás hasta de tragicomedia) cuando el autor relata cómo mujeres que viven en una misma casa y están ligadas por una hacienda común y lazos de parentesco, lavan cada una la parte de la mesa en que comen, u ordeñan por turno las vacas, recogiendo cada una la leche para *su propio* hijo (temen que otras oculten la cantidad ordeñada) y preparando cada una por separado la papilla que le da a su hijo (pág. 323). Engelhardt expone con tantos pormenores estos rasgos y los confirma con tal cantidad de ejemplos que no puede ni hablarse de que tales hechos sean fortuitos. Una de dos: o Engelhardt es un observador inepto, que no merece confianza, o las fábulas sobre el espíritu de comunidad y las cualidades comunitarias de nuestros campesinos son una mera invención que atribuye a *la economía* rasgos derivados de la forma de *propiedad de la tierra* (además, de esa forma de propiedad de la tierra se derivan todos sus aspectos administrativos y fiscales). Engelhardt muestra que el campesino tiende en su actividad económica a ser kulak: "en cada campesino hay cierta dosis de la mentalidad del kulak" (pág. 491), "los ideales del kulak imperan en el ambiente campesino"... "He señalado más de una vez que en el campesino están muy desarrollados el individualismo, el egoísmo, la tendencia a la explotación"... "Cada uno se enorgullece de ser un pez grande y tiende a devorar al chico". Engelhardt muestra de manera magistral que el campesino no tiende en absoluto al régimen de "comunidad" ni de ninguna manera a la "producción popular", sino al más corriente régimen pequeñoburgués propio de toda sociedad capitalista. La aspiración de todo campesino acomodado de dedicarse a operaciones comerciales (363), prestar trigo pagadero en trabajo, comprar el trabajo del campesino pobre (págs. 457, 492 y otras), es decir, traducido al lenguaje

* Dicho sea de paso: eso sería no sólo muy interesante e instructivo, sino un procedimiento completamente legítimo en un investigador de economía. Si los hombres de ciencia confían en los datos de las encuestas -respuestas y juicios de muchos propietarios, con frecuencia parciales, poco competentes, sin una concepción cabal y sin opiniones bien meditadas-, ¿por qué no confiar en las observaciones recogidas durante once años por un hombre de notable espíritu de observación y de indudable sinceridad, por un hombre que ha estudiado a la perfección la materia de que habla?

económico, la transformación de los mujiks hacendosos en burguesía rural, ha sido descrita y demostrada por Engelhardt de manera irrefutable. "Si los campesinos no pasan a la hacienda en forma de artel -dice- y siguen explotando cada uno su hacienda por separado, habrá entre ellos, incluso si abunda la tierra, campesinos sin tierra y obreros agrícolas. Diré más: creo que la diferencia de fortuna entre los campesinos será más considerable aún que ahora. Pese a la posesión comunal de la tierra, al lado de los "ricachos" habrá muchos campesinos sin tierra que serán, de hecho, jornaleros. ¿De qué me sirve a mí o a mis hijos tener derechos a la tierra, si no tengo capital ni aperos para cultivarla? Es como darle tierra a un ciego y decirle: ¡cométela!" (370). La "hacienda en forma de artel" aparece aquí solitaria, con triste ironía, como un buen deseo inocente que, lejos de surgir de los datos relativos al campesinado, es rebatido y excluido expresamente por dichos datos.

Otro rasgo que aproxima a Engelhardt a los representantes de la herencia sin ningún matiz populista es su creencia de que la causa principal y básica de la penosa situación de los campesinos reside en las supervivencias del régimen de la servidumbre y en la reglamentación que le es propia. Eliminad estos vestigios y esta reglamentación, y todo se arreglará. La opinión negativa por completo que Engelhardt tiene de la reglamentación y su sarcástica ridiculización de todas las tentativas de beneficiar al campesino mediante la reglamentación desde arriba se hallan en la más flagrante contradicción con las esperanzas populistas en "la razón y la conciencia, la sabiduría y el patriotismo de las clases dirigentes" (palabras del señor Yuzhakov en *Rússkoie Bogatstvo*, núm. 12, 1896 pág. 106), con la proyectomanía populista a propósito de la "organización de la producción", etc. Recordemos con cuánta ironía arremete Engelhardt contra la disposición que prohíbe, para "bien" del campesino, la venta de vodka en los molinos; con qué indignación habla de la decisión adoptada con carácter obligatorio por algunos zemstvos en 1880 de no sembrar centeno antes del 15 de agosto, de esta grosera ingerencia de los "sabios de gabinete" -so pretexto también de velar por los intereses de los campesinos- en la economía de "millones de agricultores propietarios" (424). Después de señalar la existencia de reglas y disposiciones como la prohibición de fumar en los bosques de coníferas, de pescar lucios en primavera, de talar abedules jóvenes para las "fiestas de mayo", de destruir nidos, etc., Engelhardt comenta sarcásticamente: "...La suerte del campesino ha sido siempre y sigue siendo la preocupación fundamental de los intelectuales. ¿Quién vive para sí mismo? Todos viven para el campesino... El campesino es tonto, no puede arreglárselas solo. Si nadie se preocupa de él, es capaz de quemar todos los bosques, exterminar todos los pájaros, pescar todos los peces, esquilmar la tierra y acabar consigo mismo" (398). Dígame, lector, ¿podría simpatizar este escritor aunque sólo fuera con las leyes predilectas de los populistas sobre la inalienabilidad de las parcelas? ¿Podría decir algo semejante a la frase citada anteriormente de uno de los pilares de *Rússkoie Bogatstvo*? ¿Podría compartir el punto de vista de otro pilar de la misma revista, el señor N. Káryshev, quien reprocha a nuestros zemstvos provinciales (¡en la década del 90!) que "no encuentran lugar" "para inversiones sistemáticas grandes y serias con objeto de organizar el trabajo agrícola"?*

Señalemos otro rasgo más que acerca a Engelhardt a Skaldin: su actitud inconsciente ante muchos deseos y medidas puramente burgueses. No es que Engelhardt haya querido embellecer al pequeño burgués, ni buscar argumentos (a la manera del señor V. V.) contra la aplicación de ese calificativo a tal o cual empresario. De ninguna manera. Simplemente, Engelhardt, que es un amo práctico, se siente atraído por todos los progresos y mejoras de la hacienda, sin notar en absoluto que la forma social de estas mejoras es la mejor refutación de sus propias teorías sobre la imposibilidad del capitalismo en nuestro país. Recordemos, por ejemplo, cómo le entusiasmaron los éxitos que obtuvo en su hacienda con el sistema de remuneración a sus obreros *por trabajo realizado* (por espadillar el lino, trillar, etc.). Engelhardt ni sospecha siquiera, según parece, que la sustitución del pago del trabajo por horas con el pago a destajo es uno de los procedimientos más extendidos de la economía capitalista en desarrollo, mediante el cual logra la intensificación del trabajo y el aumento de la cuota de plusvalía. Otro ejemplo. Engelhardt ridiculiza el programa de la *Zemlediélcheskaya Gazeta*[167] que dice: "cese de la entrega de los campos en arriendo con cultivos obligatorios, organización de haciendas basadas en el trabajo asalariado, introducción de maquinaria y aperos perfeccionados, cría de ganado de raza, sistema de rotación de cultivos, mejoramiento de prados y pastizales, etc., etc.". "¡Pero si todo esto no son más que lugares comunes!", exclama Engelhardt (128). Y sin embargo, éste es, y no otro, el programa que él mismo ha llevado a la práctica, y el progreso técnico alcanzado en su hacienda se debe justamente a haber organizado su explotación con trabajo asalariado. O citemos otro ejemplo: hemos visto ya con cuánta franqueza y exactitud puso Engelhardt al desnudo las verdaderas tendencias del mujik hacendoso; sin embargo, esto no le ha impedido en absoluto afirmar que "no se necesitan fábricas, sino *pequeñas* (subrayado por él) destilerías de aguardiente, mantequerías rurales", etc. (pág. 336), o sea, "es

---

* *Rússkoie Bogatstvo*, 1896, núm. 5, mayo. Artículo del señor Káryshev sobre los gastos de los zemstvos provinciales en medidas económicas, pág. 20.

necesario" que la burguesía rural pase a desarrollar las industrias rurales, lo que siempre y en todas partes ha sido uno de los síntomas más importantes del capitalismo en la agricultura. Aquí se manifiesta el hecho de que Engelhardt no es un teórico, sino un propietario práctico. Una cosa es razonar sobre la posibilidad del progreso sin el capitalismo, y otra explotar uno mismo la hacienda propia. Puesto a la tarea de organizar racionalmente su hacienda, Engelhardt *se ha visto obligado*, por la fuerza de las circunstancias que lo rodean, a lograr dicho fin con procedimientos puramente capitalistas y dejar a un lado todas sus dudas teóricas y abstractas respecto al sistema de trabajo asalariado. En teoría, Skaldin razonaba como un manchesteriano típico, sin notar en lo más mínimo este carácter de sus razonamientos ni observar que correspondían a las necesidades de la evolución capitalista de Rusia. Engelhardt se ha visto obligado a proceder, en la práctica, como un típico manchesteriano, pese a su protesta teórica contra el capitalismo y a su propio deseo de creer en las vías peculiares de la patria.

Pero Engelhardt creía, y eso es lo que nos obliga a llamarlo populista. Ve ya con claridad la verdadera tendencia del desarrollo económico de Rusia y comienza a disculparse de las contradicciones de este desarrollo. Se esfuerza por demostrar la imposibilidad del capitalismo agrario en Rusia, por demostrar que "nosotros no tenemos *knecht*"* (pág. 556), a pesar de que él mismo ha refutado del modo más minucioso las fábulas sobre la carestía de nuestra mano de obra, de que ha mostrado el mísero salario por el que trabaja su vaquero Piotr con su familia, al que le quedan, fuera de la manutención, seis rublos al año "para comprar sal, aceite vegetal y ropa" (pág. 10). "Y a pesar de eso, se le envidia, y si lo despido, se presentarán en el acto cincuenta deseosos de ocupar su puesto" (pág. 11). Al señalar el éxito de su hacienda y la habilidad con que los obreros manejan el arado, exclama triunfalmente: "¿y quiénes son esos labradores? Campesinos rusos ignorantes y sin escrúpulos" (pág. 225).

Después de haber refutado, con el ejemplo de la administración de su hacienda y con la denuncia del individualismo campesino, todas las ilusiones respecto al "espíritu de comunidad", Engelhardt, sin embargo, no sólo "cree" en la posibilidad de que los campesinos pasen a la hacienda en forma de artel, sino que enuncia la "convicción" de que así ocurrirá, de que nosotros, los rusos, realizaremos esta gran obra, implantaremos nuevos métodos de explotación de las haciendas. "En ello radica precisamente el carácter peculiar, original de nuestra economía" (pág. 349). El Engelhardt realista se transforma en el Engelhardt romántico que compensa la absoluta falta de "originalidad" en los métodos de explotación de su propia hacienda y en los que aplican los campesinos que ha observado, ¡con la "*fe*" en la futura "originalidad"! De esta fe no hay más que un paso hasta los rasgos ultrapopulistas que aparecen en Engelhardt -aunque muy raramente-, hasta el estrecho nacionalismo rayano en el chovinismo ("Haremos añicos a Europa misma", "también en Europa el campesino estará con nosotros" (pág. 387), decía Engelhardt a un terrateniente con motivo de la guerra), ¡y hasta la idealización del pago en trabajo! Sí, el propio Engelhardt, que ha dedicado tantas páginas excelentes de su libro a describir la desesperada y humillante situación del campesino que toma dinero o cereales a préstamo para devolverlos con su trabajo y que se ve obligado a trabajar casi gratuitamente en las peores condiciones de dependencia personal**; este mismo Engelhardt llega a decir que "sería bueno que el doctor (se trataba de la utilidad y la necesidad de un médico en la aldea.- V. I.) tuviera su propia hacienda para que el campesino pudiese pagar con su trabajo por la asistencia médica" (pág. 41). Los comentarios sobran.

En resumen, al comparar los rasgos positivos -expuestos más arriba- de la concepción de Engelhardt (o sea, lo que tiene de común con los representantes de la "herencia", sin ningún matiz populista) y los negativos (es decir, populistas), tendremos que reconocer que los primeros predominan indudablemente en el autor de las cartas *Desde la aldea*, mientras que los segundos son una especie de interpolaciones extrañas, casuales, sugeridas desde fuera y que no concuerdan con el tono fundamental del libro.

**III. ¿Ha ganado la "herencia" al relacionarse con el populismo?**

- Pero, entonces, ¿qué entiende usted por populismo? -preguntará probablemente el lector-. Ha definido más arriba el contenido del concepto de "herencia", pero no ha hecho ninguna definición del concepto de "populismo".

- Entendemos por populismo un sistema de ideas que comprende los tres rasgos: 1) *El reconocimiento del capitalismo en Rusia como decadencia, como regresión*. De ahí el propósito y el deseo de "frenar", "detener" y "poner fin a la demolición" de los pilares seculares por el capitalismo, y otros lamentos reaccionarios del mismo género. 2) *El reconocimiento de la originalidad del régimen económico ruso, en general, y de la del campesino con su comunidad, artel, etc., en particular*. Los populistas no estiman necesario aplicar a las relaciones económicas rusas los conceptos

* Mozo de labranza. (*N. de la Edit.*)

** Acuérdense de la escena del *stárosta* (es decir, el administrador del terrateniente) que llama al campesino a trabajar cuando el trigo de este último se desgrana, y sólo obedece al amenazarle con que le "cascarán las liendres" en el subdistrito.

elaborados por la ciencia contemporánea acerca de las diversas clases sociales y sus conflictos. Consideran que el campesinado comunal es superior al capitalismo y mejor que él; es la idealización de los "pilares". Niegan y disimulan las contradicciones que existen entre los campesinos, propias de toda economía mercantil y capitalista; niegan el nexo de estas contradicciones con su forma más desarrollada en la industria y la agricultura capitalistas. 3) *La omisión del vínculo existente entre la "intelectualidad" y las instituciones políticas y jurídicas del país, de una parte, y los intereses materiales de determinadas clases sociales, de otra*. La negación de este vínculo y la falta de una explicación materialista de estos factores sociales obligan a ver en ellos una fuerza capaz de "llevar la historia por otra vía" (señor V. V.), "desviarse del camino" (señores N.-on, Yuzhakov y otros), etc.

Eso es lo que nosotros entendemos por "populismo". El lector ve, pues, que empleamos este término en el amplio sentido de la palabra, como lo emplean también todos los "discípulos rusos" que combaten todo un sistema de concepciones y no a unos u otros representantes suyos. Cierto que entre estos representantes existen diferencias a veces no pequeñas. Nadie las pasa por alto. Pero los rasgos expuestos de esa concepción son comunes a los más diversos representantes del populismo, desde... digamos, el señor Yúzov hasta el señor Mijailovski. A los mencionados rasgos negativos de sus concepciones los señores Yúzov, Sazónov, V. V. y otros agregan algunos más, igualmente negativos, que no vemos, por ejemplo, en el señor Mijailovski ni en otros colaboradores de la actual *Rússkoie Bogatstvo*. Negar estas diferencias entre los populistas en el sentido estricto de la palabra y los populistas en general sería, por supuesto, erróneo; pero sería más erróneo aún desconocer que las concepciones socioeconómicas *fundamentales* de todos y cada uno de los populistas coinciden en los puntos principales señalados. Y puesto que los "discípulos rusos" refutan precisamente esas concepciones fundamentales, y no sólo las "lamentables desviaciones" de ellas hacia el lado peor, tienen, evidentemente, pleno derecho a emplear la noción de "populismo" en el amplio sentido de la palabra. Y no sólo tienen ese derecho, sino que no pueden proceder de otra manera.

Al analizar las concepciones fundamentales del populismo ya esbozadas, debemos hacer constar, ante todo, que la "herencia" *no tiene absolutamente nada que ver con ellas*. Existe una serie de indudables representantes y guardianes de la "herencia" que nada tienen de común con el populismo; no plantean en absoluto el problema del capitalismo; no creen para nada en la originalidad de Rusia ni de la comunidad campesina, etc.; no ven en los intelectuales y las instituciones políticas y jurídicas un factor capaz de "desviar del camino". Hemos mencionado antes, como ejemplo, al editor y director de la revista *Véstnik Evropy*[168], al que se puede acusar de cualquier cosa menos de infringir las tradiciones de la herencia. Por el contrario, hay personas de ideas acordes con los principios fundamentales del populismo ya señalados y que, al mismo tiempo, "reniegan de la herencia" franca y abiertamente. Mencionemos, aunque no sea más, al señor Y. Abrámov, citado también por el señor Mijailovski, o al señor Yúzov. El populismo que combaten los "discípulos rusos" no existía en absoluto cuando (expresándonos en lenguaje jurídico) "se abrió" el testamento, o sea, en los años 60. Embriones, gérmenes del populismo había, claro está, no sólo en la década del 60, sino también en la del 40 e incluso antes*, pero la historia del populismo no nos interesa ahora en absoluto. Lo importante para nosotros, volvemos a repetirlo, es dejar sentado que la "herencia" de los años 60, en el sentido en que la hemos caracterizado antes, no tiene nada de común con el populismo, es decir, que no tiene nada de común en cuanto al fondo de sus concepciones y que una y otro plantean problemas diferentes. Hay guardianes de la "herencia" que no son populistas y hay populistas que "han renegado de la herencia". Por supuesto, hay también populistas que custodian la "herencia" o que pretenden custodiarla. Precisamente por eso hablamos de los vínculos de la herencia con el populismo. Veamos, pues, qué han aportado estos vínculos.

En primer lugar, el populismo dio un gran *paso adelante* respecto a la herencia *al plantear* ante el pensamiento social, para resolverlos, problemas que los guardianes de la herencia, en parte, no habían podido plantear aún (en su época) y, en parte, no los han planteado ni los plantean debido a la estrechez de horizonte que les es propia. *El planteamiento* de estos problemas es un gran mérito *histórico* del populismo, y es completamente natural y comprensible que al dar una solución (no importa cuál) a dichos problemas, el populismo haya ocupado *por lo mismo* un lugar de vanguardia entre las corrientes progresistas del pensamiento social ruso.

Pero la solución que dio el populismo a estos problemas resultó totalmente inservible, pues se basaba en teorías atrasadas que en Europa Occidental han sido arrojadas por la borda hace ya mucho; se basaba en la crítica romántica y pequeñoburguesa del capitalismo, en el desconocimiento de importantísimos hechos de la historia y la realidad rusas. Mientras era aún muy débil en Rusia el desarrollo del capitalismo y de las contradicciones que le son inherentes, esta crítica primitiva del capitalismo podía tenerse en pie. Pero el populismo no corresponde ya en absoluto al desarrollo actual del capitalismo en Rusia, al estado actual de nuestros

* Cfr. ahora el libro de Tugán-Baranovski *La fábrica rusa* (San Petersburgo, 1898).

conocimientos de la historia y la realidad económicas rusas, a las exigencias actuales presentadas a la teoría sociológica. Fenómeno progresivo en su tiempo por haber sido el primero en plantear el problema del capitalismo, el populismo es ahora una teoría *reaccionaria* y *nociva* que desorienta el pensamiento social, que hace el juego al estancamiento y a toda clase de asiatismos. El carácter reaccionario de su crítica del capitalismo confiere actualmente al populismo incluso rasgos que lo colocan *por debajo* de la concepción que se limita a guardar fielmente la herencia*. Trataremos de demostrar que esto es así mediante el análisis de cada uno de los tres rasgos fundamentales de la concepción populista señalados más arriba.

Primer rasgo: el reconocimiento del capitalismo en Rusia como decadencia, como regresión. Muy poco después de plantearse el problema del capitalismo en Rusia, se puso en claro que nuestro desarrollo económico es capitalista; y los populistas declararon que eso era un retroceso, un error, una desviación del camino prescrito, según ellos, por toda la vida histórica de la nación, del camino santificado por los pilares seculares, etc., etc. En lugar de la fe ardiente de los enciclopedistas en el desarrollo social existente, apareció la desconfianza; en lugar del optimismo histórico y de la fuerza moral, el pesimismo y el abatimiento basados en la certidumbre de que si esto continúa así, las cosas irán de mal en peor y tanto más difícil será resolver los problemas que plantea el nuevo desarrollo; y entonces aparecen las proposiciones de "frenar" y "detener" este desarrollo, aparece la teoría de que el atraso es la felicidad de Rusia, etc. Todos estos rasgos de la concepción populista no tienen nada de común con la "herencia", es más, están en flagrante contradicción con ella. Considerar que el capitalismo ruso es una "desviación del camino", una decadencia, etc., lleva a desnaturalizar toda la evolución económica de Rusia, a desnaturalizar el "relevo" que se opera a nuestra vista. Seducido por el deseo de detener y suspender la demolición de los pilares seculares por el capitalismo, el populista cae en una sorprendente torpeza histórica; olvida que *detrás* de este capitalismo no hay más que una explotación idéntica, unida a las infinitas formas de servidumbre y dependencia personal que agravaban la situación del trabajador; no hay más que rutina y estancamiento en la producción social y, por consiguiente, en todas las esferas de la vida social. Al combatir el capitalismo desde su punto de vista romántico y pequeñoburgués, el populista arroja por la borda todo realismo histórico, comparando siempre *la realidad* del capitalismo con *la ficción* del régimen precapitalista. La "herencia" de los años 60, con su ardiente fe en el carácter progresivo del desarrollo social dado, con su hostilidad implacable orientada íntegra y exclusivamente contra las supervivencias del pasado, con su convicción de que es suficiente eliminadas para que las cosas marchen de la mejor manera posible, esta "herencia" no sólo no tiene nada de común con las señaladas concepciones del populismo, sino que las contradice abiertamente.

Segundo rasgo del populismo: la fe en el carácter original de Rusia, la idealización del campesino, de la comunidad, etc. La teoría de la originalidad de Rusia ha obligado a los populistas a asirse a anticuadas teorías euroccidentales, los ha impulsado a tratar con sorprendente ligereza muchas conquistas de la cultura de Europa Occidental: los populistas se consolaban con la idea de que si carecemos de estos o aquellos rasgos de la humanidad civilizada, en cambio "estamos predestinados" a mostrar al mundo nuevos modos de gestión económica, etc. Lejos de aplicar a la santa Rusia el análisis del capitalismo y de sus manifestaciones, efectuado por el pensamiento avanzado de Europa Occidental, se han orientado todos los esfuerzos a inventar pretextos que impidan llegar, con respecto al capitalismo ruso, a las mismas conclusiones que se hicieron acerca del europeo. Los populistas se han prosternado ante los autores de este análisis y... han seguido siendo con la mayor tranquilidad los mismos románticos que esos autores combatieron toda su vida. Esta teoría de la originalidad de Rusia, común a todos los populistas, tampoco tiene nada que ver con la "herencia" y la contradice directamente. Los hombres de los años 60, por el contrario, aspiraban a europeizar a Rusia, creían en su incorporación a la cultura europea, se preocupaban de trasplantar las instituciones de esta cultura también a nuestro suelo que no tiene nada de original. Toda doctrina acerca de la originalidad de Rusia se halla en desacuerdo completo con el espíritu y la tradición de los años 60. Menos aún concuerdan con esta tradición la idealización y el embellecimiento de la aldea por los populistas. Esta falsa idealización. que deseaba a toda costa ver en nuestra aldea algo fuera de lo común, algo diferente en absoluto de la estructura de cualquiera otra aldea de cualquier otro país durante el periodo de las relaciones precapitalistas, se halla en la más flagrante contradicción con las tradiciones de la sensata y realista herencia. Cuanto más se desarrollaba el capitalismo en extensión y profundidad, cuanto más fuertes eran en el campo las contradicciones inherentes a toda sociedad mercantil capitalista, con tanto mayor relieve aparecía la contradicción entre las melifluas fábulas de los populistas sobre el "espíritu de comunidad" y "de artel" del campesino,

* He tenido ya ocasión de hacer notar antes, en el artículo sobre el romanticismo económico, que nuestros adversarios revelan una miopía sorprendente al interpretar los términos de reaccionario y pequeñoburgués como recursos polémicos, mientras que estas expresiones tienen un sentido histórico y filosófico absolutamente definido. (Véase el presente volumen. *N. de la Edit.*)

etc., por un lado, y la división efectiva de los campesinos en burguesía rural y proletariado agrícola, por otro; tanto más rápidamente se transformaban los populistas, que seguían viendo las cosas con ojos de campesino, de románticos sentimentales en ideólogos de la pequeña burguesía, pues el pequeño productor, en la sociedad actual, se convierte en un productor de mercancías. La falsa idealización del campo y los sueños románticos sobre el "espíritu de comunidad" llevaron a los populistas a adoptar una actitud de extrema ligereza frente a las verdaderas necesidades del campesinado, dimanantes del desarrollo económico actual. En teoría se podía hablar cuanto se quisiera de la fuerza de los pilares; pero, en la práctica, cada populista sentía muy bien que la eliminación de los vestigios del pasado, de las reminiscencias del régimen de la servidumbre, que hasta hoy envuelven de pies a cabeza a nuestros campesinos, desbrozaría el camino para el desarrollo precisamente capitalista, y no otro. Más vale el estancamiento que el progreso capitalista: tal es, en el fondo, el punto de vista de cada populista respecto al campo, aunque, por supuesto, no todo populista se decide a proclamado abierta y claramente con la ingenua franqueza del señor V. V. "Los campesinos, sujetos a sus parcelas y comunidades, privados de la posibilidad de emplear su trabajo donde resulte más productivo y más ventajoso para ellos, han quedado como congelados en esta forma de vida promiscua, gregaria e improductiva del régimen de la servidumbre". Así lo veía uno de los representantes de la "herencia", con su típico punto de vista de "enciclopedista"[169]. "Es mejor que los campesinos continúen estancados en su forma de vida rutinaria, patriarcal, que desbrozar el camino para el capitalismo en el campo": así piensa, en el fondo, cada populista. En efecto, no se encontrará probablemente un solo populista: que ose negar que el cerrado carácter estamental de la comunidad campesina, con su caución solidaria y la prohibición de vender la tierra y de renunciar a la parcela, se halla en la más flagrante contradicción con la actual *realidad* económica, con las actuales relaciones mercantiles capitalistas y su desarrollo. Es imposible negar esta contradicción; pero el quid de la cuestión está en que los populistas temen como al fuego semejante planteamiento del problema, semejante confrontación del estado jurídico de los campesinos con la realidad económica, con el desarrollo económico actual. El populista se obstina en creer en un desarrollo sin capitalismo, en un desarrollo inexistente y fruto de su fantasía romántica, y por eso... por eso está dispuesto a detener el desarrollo actual, que sigue la vía capitalista. En lo que respecta al cerrado carácter estamental de la comunidad campesina, a la caución solidaria y al derecho de los campesinos a vender la tierra y renunciar a la parcela, el populista no sólo adopta una actitud de suma prudencia y temor por el destino de los "pilares" (pilares de la rutina y el estancamiento), sino que cae tan bajo que aplaude la disposición policíaca de prohibir a los campesinos la venta de la tierra. "El campesino es tonto -se podría decir a tal populista, repitiendo las palabras de Engelhardt- , no puede arreglárselas solo. Si nadie se preocupa de él, es capaz de quemar todos los bosques, exterminar todos los pájaros, pescar todos los peces, esquilmar la tierra y acabar consigo mismo". Aquí, el populista "reniega de la herencia" abiertamente y se convierte en un reaccionario. Y téngase en cuenta que, a medida que avanza el desarrollo económico, esta destrucción del cerrado carácter estamental de la comunidad campesina se convierte cada día más en una necesidad perentoria para el proletariado rural, mientras que los inconvenientes derivados de ello para la burguesía campesina están lejos de ser considerables. El "mujik hacendoso" puede con facilidad tomar tierra en arriendo en otro lugar, abrir un establecimiento en otra aldea y trasladarse adonde quiera y por el tiempo que quiera para los asuntos comerciales. Mas para el "campesino" que vive principalmente de la venta de su fuerza de trabajo, la sujeción a la parcela y a la comunidad representa una enorme restricción de su actividad económica, significa la imposibilidad de encontrar un patrono más ventajoso, implica la necesidad de vender su fuerza de trabajo precisamente a los compradores de la localidad, que pagan siempre menos e inventan mil medios de sojuzgar. El populista, una vez dominado por los sueños románticos y deseoso de mantener y proteger los pilares a pesar del desarrollo económico, ha rodado sin darse cuenta por esta pendiente hasta colocarse al lado del gran terrateniente que ansía con toda el alma conservar y consolidar "los lazos del campesino con la tierra". Bastaría con recordar, aunque sólo sea, cómo el cerrado carácter estamental de la comunidad campesina ha engendrado procedimientos especiales de contratación de obreros: los dueños de fábricas y los propietarios de grandes haciendas envían a sus empleados a las aldeas, sobre todo a las retrasadas en el pago de impuestos, para contratar obreros en las condiciones más ventajosas. Por fortuna, el desarrollo del capitalismo agrario, al destruir la "vida sedentaria" del proletario (tal es el efecto que producen las ocupaciones agrícolas de los campesinos fuera de su localidad) desplaza paulatinamente esta servidumbre, sustituyéndola con la libre contrata.

Otra confirmación, quizá no menos elocuente, de nuestra tesis sobre la nocividad de las actuales teorías populistas nos la ofrece el hecho de que entre los populistas es corriente *la idealización del pago en trabajo*. Hemos citado ya el ejemplo de cómo Engelhardt, después de caer en el pecado populista, ha llegado incluso a decir que "sería bueno" ¡desarrollar en el campo el pago en trabajo! Eso mismo encontramos en el famoso proyecto del señor Yuzhakov sobre las haciendas-liceos (*Rússkoie*

*Bogatstvo*, 1895, núm. 5). El señor V. V., que colabora en la misma revista que Engelhardt, ha incurrido en idéntica idealización al afirmar en artículos económicos serios que el campesino obtuvo una victoria sobre el terrateniente, el cual, según él, deseaba implantar el capitalismo. Pero la desgracia consiste en que el campesino se encargaba de trabajar tierras del terrateniente, recibiendo de él a cambio tierras "en arriendo", es decir, había restablecido por completo el mismo sistema de economía que existía ya bajo la servidumbre.

Estos son los ejemplos más patentes de la actitud reaccionaria de los populistas ante los problemas de nuestra agricultura. Podrán ustedes encontrar esta idea, en forma menos acusada, en todos los populistas. Cada uno de ellos habla del daño que hace y el peligro que representa el capitalismo en nuestra agricultura, pues éste -¡fíjense!- remplaza al campesino independiente por el jornalero. *La realidad* del capitalismo ("el jornalero") se contrapone a *la ficción* del campesino "independiente": esta ficción se basa en que el campesino de la época precapitalista posee medios de producción, pero se silencia modestamente que debe pagar por esos medios de producción el doble de lo que cuestan; que esos medios de producción sirven para el pago en trabajo; que el nivel de vida de este campesino "independiente" es tan bajo que en cualquier país capitalista lo considerarían paupérrimo; que a la miseria espantosa y a la inercia mental de este campesino "independiente" hay que añadir, además, la dependencia personal que acompaña inevitablemente a las formas precapitalistas de economía.

El tercer rasgo característico del populismo -omisión del vínculo existente entre la "intelectualidad" y las instituciones políticas y jurídicas del país, de una parte, y los intereses materiales de determinadas clases sociales, de otra- está relacionado íntimamente con los rasgos precedentes: sólo la falta de realismo en el enfoque de los problemas sociológicos pudo dar vida a la doctrina que considera "erróneo" al capitalismo ruso y estima posible "desviarse del camino". Esta concepción del populismo tampoco guarda relación alguna con la "herencia" y las tradiciones de los años 60; por el contrario, *está en flagrante contradicción con dichas tradiciones*. De esta concepción se deriva, de manera natural, la actitud de los populistas ante los numerosos vestigios de la reglamentación de la vida rusa antes de abolirse la servidumbre, actitud que en modo alguno habrían podido compartir los representantes de la "herencia". Para caracterizarla, nos permitimos utilizar las excelentes observaciones del señor V. Ivanov en su artículo *Una patraña maligna* (*Nóvoe Slovo*, septiembre de 1897). El autor habla de la conocida novela del señor Boborykin *De otra manera*, mostrando que este último no ha comprendido la polémica entre los populistas y los "discípulos". El señor Boborykin pone en boca del héroe de su novela -un populista- un reproche dirigido a los "discípulos", acusándolos de soñar "con un cuartel en el que reinará el intolerable despotismo de la reglamentación". El señor V. Ivanov hace notar con este motivo:

"Ellos (los populistas) no sólo no han hablado del intolerable despotismo de la "reglamentación" como "sueño" de sus adversarios, sino que *ni pueden hablar así ni lo harán si no quieren dejar de ser populistas. En este terreno*, la esencia de su disputa con los "materialistas económicos" consiste precisamente en que a juicio de los populistas, los vestigios de la antigua reglamentación que se conservan en nuestro país pueden servir de base al desarrollo ulterior de la reglamentación. La idea de que "la misma alma campesina (única e indivisible) está evolucionando" hacia la reglamentación y el convencimiento de que existe o debe llegar a existir la belleza moral de la "intelectualidad", de la "sociedad" o, en general, de las "clases dirigentes", les impiden ver el carácter intolerable de esta vieja reglamentación. Acusan a los materialistas económicos de apasionarse no por la "reglamentación", sino, al contrario, por el régimen de Europa Occidental, basado en la falta de reglamentación. Y los materialistas económicos afirman, en efecto, que los restos de la vieja reglamentación, nacida de la economía natural, se hacen cada día más "intolerables" en un país que ha pasado a la economía monetaria, la cual provoca cambios innumerables tanto en la situación real como en la fisonomía intelectual y moral de los diversos sectores de su población. Por eso están convencidos de que las condiciones necesarias para que surja una nueva "reglamentación" favorable a la vida económica del país no pueden brotar de los vestigios de una reglamentación adaptada a la economía natural y al régimen de la servidumbre, sino sólo en un clima de tan vasta y multilateral ausencia de esta vieja reglamentación como la que existe en los países avanzados de Europa Occidental y de América. Así está planteado el problema de la "reglamentación" en la polémica entre los populistas y sus adversarios" (págs. 11-12, l. c.). Esta posición de los populistas frente a "los vestigios de la antigua reglamentación" representa, tal vez, la renuncia más tajante a las tradiciones de la "herencia" por parte del populismo. Como hemos visto ya, los representantes de esta herencia se han distinguido por su condenación rotunda y vehemente de todas las supervivencias de la vieja reglamentación. Por lo tanto, en este aspecto, los "discípulos" están incomparablemente más cerca de las "tradiciones" y de la "herencia" de los años 60 que los populistas.

Además del gravísimo error ya señalado, la falta de realismo sociológico lleva también a los populistas a esa especial manera de pensar y razonar sobre asuntos y problemas sociales que podría

denominarse estrecha presunción de intelectual o, tal vez, mentalidad burocrática. El populista razona siempre acerca del camino que debemos escoger "nosotros" para la patria, de las calamidades que surgirán si "nosotros" encauzamos a la patria por tal o cual camino, de las salidas que podríamos asegurar "nosotros" si evitáramos los peligros del camino seguido por la vieja Europa, si "tomáramos lo mejor" tanto de Europa como de nuestra tradicional comunidad, etc., etc. De ahí la completa falta de fe y del desdén del populista por las tendencias propias de las diferentes clases sociales, que hacen la historia conforme a sus intereses. De ahí la sorprendente ligereza con que el populista (olvidando las circunstancias que lo rodean) se lanza a fantásticos proyectos sociales de todo género desde la "organización del trabajo agrícola" hasta la "comunalización de la producción" gracias a los esfuerzos de nuestra "sociedad". "*Mit der Gründlichkeit der geschichtlichen Action wird der. Utnfang der Masse zunehmen, deren Action sie ist*"*. En estas palabras está expresada una de las tesis más profundas e importantes de la teoría histórica y filosófica que nuestros populistas en modo alguno quieren ni pueden comprender. A medida que los hombres hacen la historia, ampliando y ahondando su obra, debe crecer también la masa de la población que la forja de manera consciente. El populista, en cambio, habla siempre de la población en general, y de la población trabajadora en particular, como objeto de tales o cuales medidas más o menos racionales, como material que debe ser encarrilado por tal o cual camino; jamás considera que las diversas clases de la población hacen la historia independientemente, siguiendo una vía determinada; jamás se pregunta cuáles son las condiciones de esa vía determinada que pueden impulsar (o, por el contrario, paralizar) la actividad independiente y consciente de estos creadores de la historia.

Así pues, aunque el populismo dio un gran paso adelante con respecto a la "herencia" de los paladines de la ilustración *al plantear* el problema del capitalismo en Rusia, en una serie de importantes cuestiones de la vida social *se ha rezagado* de los "enciclopedistas", debido a la insatisfactoria *solución* que daba a dicho problema, a consecuencia de su punto de vista pequeñoburgués y de su crítica sentimental del capitalismo. En resumidas cuentas, la adhesión del populismo a la herencia y a las tradiciones de nuestros enciclopedistas ha resultado *un hecho negativo*: el populismo no ha resuelto los nuevos problemas que el desarrollo económico de Rusia viene planteando al pensamiento social ruso desde que fue abolida la servidumbre y se ha limitado, ante ellos, a proferir lamentaciones sentimentales y reaccionarias, en cuanto a los viejos problemas, que ya habían sido planteados por los de la "ilustración", el populismo los ha complicado con su romanticismo y ha retardado su solución completa.

**IV. Los de la "ilustración", los populistas y los "discípulos"**

Ahora podemos hacer el resumen de los paralelos que hemos trazado. Intentemos definir brevemente la relación que existe entre las tres corrientes del pensamiento social mencionadas en el título.

El adicto de la ilustración tiene fe en el desarrollo actual de la sociedad por cuanto no observa las contradicciones que le son inherentes. El populista teme dicho desarrollo, pues ha notado ya esas contradicciones. El "discípulo" cree en el desarrollo actual de la sociedad porque ve la garantía de un futuro mejor sólo en el pleno desenvolvimiento de estas contradicciones. La primera corriente y la última tienden, por ello, a apoyar, acelerar y facilitar la evolución por la vía que sigue en la actualidad, a eliminar todos los obstáculos que la traban y frenan. El populismo, por el contrario, trata de detener y paralizar esta evolución, teme destruir algunos obstáculos que se oponen al desarrollo del capitalismo. La primera corriente y la última se caracterizan por lo que se podría llamar optimismo histórico: cuanto más lejos y más rápido marchen las cosas por el camino que llevan, tanto mejor. El populismo, por el contrario, va de manera natural al pesimismo histórico: cuanto más lejos marchen así las cosas, tanto peor. Los de la "ilustración" no se han preguntado en absoluto cuál habría de ser el carácter del desarrollo después de abolida la servidumbre, limitándose exclusivamente a la guerra contra los restos del régimen anterior a la reforma campesina, a la tarea negativa de desbrozar el camino para una evolución europea de Rusia. El populismo ha planteado el problema del capitalismo en Rusia, pero lo ha resuelto atribuyéndole un carácter reaccionario, por lo que no ha podido asimilar íntegramente la herencia de los de la "ilustración". Los populistas han combatido siempre a los hombres que tendían en general a europeizar a Rusia desde el punto de vista de la "unidad de la civilización". Les han hecho la guerra no sólo porque no podían limitarse a los ideales de esos hombres (en tal caso la guerra sería justa), sino también porque no querían ir tan lejos en el desarrollo de la civilización actual, es decir, de la civilización capitalista. Los "discípulos" resuelven el problema del capitalismo en Rusia reconociendo su carácter progresivo; por eso no sólo pueden, sino que deben aceptar íntegramente la herencia de los enciclopedistas, completándola con un análisis de las contradicciones del capitalismo desde el punto de vista de los productores no propietarios. Los de la ilustración no destacaban

---

* Marx. *Die heilige Familie* ("La Sagrada Familia"), 120; en Béltov, pág. 235 ("Juntamente con la solidez de la acción histórica, crecerá consiguientemente también el volumen de la masa, cuya acción ella es". *N. de la Edit.*)

como objeto de atención especial a ninguna clase de la población; hablaban no sólo del pueblo en general, sino también de la nación en general. Los populistas deseaban representar los intereses del trabajo sin señalar, no obstante, grupos concretos del sistema económico actual; de hecho, sustentaban siempre el punto de vista del pequeño productor, que el capitalismo convierte en productor de mercancías. Los "discípulos" no sólo toman como criterio los intereses del trabajo, sino que, además, señalan grupos económicos plenamente definidos de la economía capitalista, a saber, los productores que no son propietarios. La primera corriente y la última corresponden, por el contenido de sus aspiraciones, a los intereses de las clases que el capitalismo crea y desarrolla; el populismo, por su contenido, corresponde a los intereses de la clase de pequeños productores, de la pequeña burguesía, que ocupa un lugar intermedio entre las otras clases de la sociedad actual. Por eso, la actitud contradictoria del populismo ante la "herencia" no es en modo alguno una casualidad, sino el resultado necesario del propio contenido de las concepciones de esta corriente: hemos visto que uno de los rasgos fundamentales de las concepciones de los enciclopedistas era su ardiente deseo de europeizar a Rusia, en tanto que los populistas no pueden compartir por entero este deseo sin dejar de ser populistas.

En resumidas cuentas hemos llegado, como puede verse, a la conclusión que hemos señalado ya más de una vez por motivos concretos: *los discípulos son mucho más consecuentes y mucho más fieles guardianes de la herencia que los populistas*. Lejos de renegar de la herencia, consideran que una de sus principales tareas es refutar los recelos románticos y pequeñoburgueses que obligan a los populistas a repudiar, en muchos y muy importantes puntos, los ideales europeos de los adalides de la ilustración. Pero se comprende de por sí que los "discípulos" no guardan la herencia como los archiveros los viejos documentos. Guardar la herencia no significa, ni mucho menos, limitarse a ella; y los "discípulos" unen a la defensa de los ideales generales del europeísmo el análisis de las contradicciones inherentes a nuestro desarrollo capitalista y la apreciación de este desarrollo desde el punto de vista específico antes señalado.

**V. El señor Mijailovski y la renuncia de los "discípulos" a la herencia**

Para terminar, volvamos de nuevo al señor Mijailovski y al examen de sus afirmaciones sobre el problema que nos interesa. El señor Mijailovski no se limita a decir que esta gente (los discípulos) "no desea tener ningún vínculo de continuidad con el pasado y renuncia categóricamente a la herencia" (l. c., pág. 179); declara, además, que "ellos" (con otras personas de las más diversas tendencias, incluidos el señor Abrámov, el señor Volynski y el señor Rozánov) "arremeten contra la herencia con extraordinaria maldad" (180). ¿De qué herencia habla el señor Mijailovski? De la herencia de los años 60 y 70, de la herencia a la que renunció y renuncia solemnemente *Moskovskie Viédomosti* (178).

Hemos señalado ya que si se habla de la "herencia" legada a nuestros contemporáneos, deben distinguirse *dos herencias*: una es la herencia de los hombres de la ilustración en general, hombres absolutamente hostiles a todo lo anterior a la abolición de la servidumbre y que defendieron los ideales europeos y los intereses de la gran masa de la población. La otra es la herencia del populismo. Hemos mostrado ya que sería un craso error confundir estas dos cosas diferentes, pues todo el mundo sabe que hubo y hay gente que guarda "las tradiciones de los años 60" y no tiene nada de común con el populismo. Todas las observaciones del señor Mijailovski se basan íntegra y exclusivamente en la confusión de estas dos herencias, diferentes por completo. Y puesto que el señor Mijailovski no puede ignorar esa diferencia, su exabrupto adquiere un carácter completamente definido, no sólo absurdo, sino calumnioso. ¿Ha arremetido *Moskovskie Viédomosti* especialmente contra el populismo? En absoluto: ha arremetido no menos, sino más, contra los de la ilustración en general, y *Véstnik Evropy*, completamente ajeno al populismo, es tan enemigo suyo como el populista *Rússkoie Bogatstvo*. Por supuesto, *Moskovskie Viédomosti* no estaría de acuerdo en muchas cosas con los populistas que han renegado más resueltamente de la herencia, por ejemplo, con Yúzov; pero es muy poco probable que arremetiera contra él con tanta furia y, en todo caso, lo habría elogiado por lo que le distingue de los populistas que desean conservar la herencia. ¿Ha arremetido el señor Abrámov o el señor Volynski contra el populismo? En absoluto. El primero es populista; ambos han atacado a los de la ilustración en general. ¿Han arremetido los "discípulos rusos" contra los enciclopedistas rusos? ¿Han renegado alguna vez de la herencia, que nos ha legado una innegable hostilidad al modo de vida anterior a la abolición de la servidumbre y a sus vestigios? No. Por el contrario, han denunciado la tendencia de los populistas a sostener algunos de estos vestigios a causa del miedo pequeñoburgués al capitalismo. ¿Han arremetido alguna vez contra la herencia que nos legara los ideales europeos en general? No sólo no la han atacado, sino que, por el contrario, han desenmascarado a los populistas por su afán de sustituir -en muchos y muy importantes problemas- los ideales europeos en general con bienintencionadas estupideces autóctonas. ¿Han arremetido alguna vez contra la herencia que nos ha legado la preocupación por los intereses de las masas trabajadoras de la población? Lejos de atacarla, han denunciado a los populistas, mostrando que su preocupación por estos intereses es inconsecuente

(pues se empeñan en confundir a la burguesía campesina con el proletariado rural); que la utilidad de estas preocupaciones se debilita porque, en lugar de prestar atención a lo que es, sueñan con lo que podría ser; que sus preocupaciones son estrechísimas, pues jamás han sabido valorar debidamente las condiciones (económicas y otras) que facilitan o dificultan a esas personas la posibilidad de ocuparse de sí mismas.

El señor Mijailovski puede no compartir la justedad de estas acusaciones y, como populista, no estará, por supuesto, de acuerdo con ellas; pero acusar de arremeter "con furia" contra "la herencia del 60 y 70" a quienes, en realidad, atacan "furiosamente" *sólo al populismo*, y lo atacan por no haber sabido resolver *en el espíritu de esta herencia y sin contradecirla* los nuevos problemas planteados por la historia una vez abolida la servidumbre, lanzar semejante acusación significa claramente desnaturalizar los hechos.

Es divertido ver al señor Mijailovski indignarse contra los "discípulos" porque "nos" confunden gustosos a "nosotros" (es decir, a los publicistas de *Rússkoie Bogatstvo*) con los "populistas" y otras personas ajenas a *Rússkoie Bogatstvo* (pág. 180). Esta curiosa tentativa de diferenciarse de los "populistas" sosteniendo al mismo tiempo todas las concepciones fundamentales del populismo, no puede sino mover a risa. Todo el mundo sabe que los "discípulos rusos" emplean los términos de "populista" y "populismo" en el amplio sentido de estas palabras. Que entre los populistas hay muchos matices diferentes no lo ha olvidado ni negado nadie: ni P. Struve ni N. Béltov, por ejemplo, han "confundido" en sus libros al señor Mijailovski con el señor V. V., ni siquiera con el señor Yuzhakov, es decir, no han velado la diferencia existente en sus concepciones ni han atribuido a uno las del otro. P. Struve incluso señaló explícitamente la diferencia que hay entre las concepciones del señor Yuzhakov y las del señor Mijailovski. Una cosa es mezclar concepciones diversas y otra generalizar y clasificar en la misma categoría a los escritores que, pese a las discrepancias en muchos problemas, son solidarios en los puntos fundamentales y principales contra los que se alzan precisamente los "discípulos". Para éstos, lo importante no es demostrar, por ejemplo, la inanidad de las concepciones que diferencian a un señor Yúzov de los demás populistas: lo importante es refutar las concepciones que son *comunes al señor Yúzov, al señor Mijailovski y a todos los populistas en general*, es decir, su actitud frente a la evolución capitalista de Rusia, su modo de enfocar los problemas económicos y sociales desde el punto de vista del pequeño productor, su incomprensión del materialismo social (o histórico). *Estos rasgos* son patrimonio común de toda una corriente del pensamiento social que ha desempeñado un importante papel histórico. En esta vasta corriente se encuentran los matices más diversos, flancos de derecha y de izquierda, hombres que han rodado hasta el nacionalismo y el antisemitismo, etc., y otros que no pueden ser culpados de eso; hombres que desprecian muchos preceptos de la "herencia" y otros que tratan, dentro de lo posible (es decir, dentro de lo posible para un populista), de proteger esos preceptos. Ningún "discípulo ruso" ha negado que existen esas diferencias entre los diversos matices; el señor Mijailovski no podría acusar a ninguno de ellos de haber atribuido las concepciones de un populista de un matiz a las de un populista de otro matiz. Pero si estamos en contra de las concepciones fundamentales *comunes* a todos esos matices ¿para qué nos vamos a ocupar de las diferencias particulares de una corriente general? ¡Es una exigencia que carece de todo sentido! La identidad de concepciones sobre el capitalismo ruso, sobre la "comunidad" campesina y sobre la omnipotencia de la llamada "sociedad" que se observa en autores que están muy lejos de ser solidarios en todo, ha sido señalada más de una vez en nuestras publicaciones mucho antes de que aparecieran los "discípulos", y no sólo ha sido señalada, sino elogiada como una feliz peculiaridad de Rusia. El término de "populismo", en el amplio sentido de la palabra, fue empleado también en nuestras publicaciones mucho antes de que aparecieran los "discípulos". El señor Mijailovski no sólo ha colaborado largos años en la misma revista que el "populista" (en el sentido estricto de la palabra) señor V. V., sino que ha compartido con él los rasgos fundamentales, anteriormente señalados, de esas concepciones. Al impugnar en las décadas del 80 y del 90 ciertas conclusiones del señor V. V. y rechazar por erróneas sus incursiones al campo de la sociología abstracta, el señor Mijailovski, sin embargo, hacía en esos mismos años la salvedad de que su crítica no iba dirigida; ni mucho menos, contra los trabajos económicos de dicho señor y que se solidarizaba con él en las concepciones fundamentales referentes al capitalismo ruso. Por eso, si los pilares de *Rússkoie Bogatstvo*, que tanto han hecho para desarrollar, afianzar y divulgar las concepciones populistas (en el sentido lato de la palabra), piensan ahora librarse de la crítica de los "discípulos rusos" mediante la simple declaración de que no son "populistas" (en el sentido estrecho de la palabra), sino una "escuela ético-social" completamente distinta, sus subterfugios no harán más que suscitar burlas justificadas contra personas tan valientes y, al mismo tiempo, tan diplomáticas.

En la pág. 182 de su artículo, el señor Mijailovski esgrime contra los "discípulos" el siguiente argumento fenomenal. El señor Kámenski ataca con virulencia a los populistas[170]; esto, ténganlo en cuenta, "prueba que se enfada, pero no debe hacerlo (¡¡*sic*!!). Nosotros, los "viejos subjetivistas", igual que los "jóvenes subjetivistas", nos permitimos esta

debilidad sin entrar en contradicción con nosotros mismos. Pero los representantes de la teoría "justamente orgullosa de su inexorable objetividad" (expresión de uno de los "discípulos") se hallan en otra situación".

¡Qué significa eso? Si se exige que las opiniones acerca de los fenómenos sociales se asienten en un análisis inexorablemente objetivo de *la realidad* y de la verdadera evolución, ¿hay que deducir de ahí que no se tiene derecho a enojarse? ¡Eso es simplemente un galimatías, un absurdo! ¿No ha oído usted decir, señor Mijailovski, que el famoso tratado sobre *El Capital* es considerado con razón uno de los modelos más admirables de objetividad inexorable en el estudio de los fenómenos sociales? Para toda una serie de sabios y economistas, el defecto principal y fundamental de este tratado es precisamente su inexorable objetividad. Y sin embargo, en pocos tratados científicos se encontrará tanto "corazón", tantas agudezas polémicas mordaces y apasionadas contra los representantes de concepciones atrasadas, contra los representantes de clases sociales que, a juicio del autor, frenan el desarrollo social. El autor, que ha demostrado con una objetividad inexorable que las concepciones de Proudhon, por ejemplo, son un reflejo natural, comprensible e inevitable de los puntos de vista y del estado de ánimo del *petit bourgeois* francés, "ha arremetido", sin embargo, con ira y ardor apasionados contra este ideólogo de la pequeña burguesía. ¿No supondrá el señor Mijailovski que Marx "se contradice" aquí? Si una doctrina exige de todo hombre público un análisis inexorablemente objetivo de la realidad y de las relaciones que ella origina entre las diversas clases, ¿porqué milagro se puede sacar de ahí la conclusión de que el hombre público no ha de simpatizar con esta o aquella clase, que "no debe" hacerlo? Es hasta ridículo hablar aquí del deber, pues ningún ser viviente *puede menos de tomar partido* por una u otra clase (tan pronto como haya comprendido la relación entre ellas), no puede dejar de alegrarse del éxito de esa clase ni de sentir amargura por sus fracasos; no puede dejar de indignarse contra sus enemigos, contra los que ponen trabas a su desarrollo difundiendo concepciones atrasadas, etc., etc. La fútil argucia del señor Mijailovski sólo demuestra que hasta ahora no ha comprendido el muy elemental problema de la diferencia que existe entre el determinismo y el fatalismo.

""¡El capital viene!", esto es indudable -escribe el señor Mijailovski-, pero (¡*¡sic!*!) el problema está en cómo recibirlo" (pág. 189).

El señor Mijailovski descubre América, señala un "problema" en el que los "discípulos rusos", evidentemente, ¡ni siquiera habían pensado! ¡Sin duda, no es en modo alguno este problema el que ha separado a los "discípulos rusos" de los populistas! Sólo se puede "recibir" de dos maneras al capitalismo que se desarrolla en Rusia: considerándolo un fenómeno progresivo o un fenómeno regresivo, un paso adelante por el verdadero camino o una desviación de la vía certera; apreciándolo desde el punto de vista de la clase de los pequeños productores, que es aniquilada por el capitalismo, o desde el punto de vista de la clase de los productores desposeídos, a la cual da origen el capitalismo. No hay término medio*. Por consiguiente, si el señor Mijailovski niega que sea justa la actitud de los "discípulos" frente al capitalismo, quiere decirse que acepta la posición de los populistas, la misma que ha expuesto muchas veces con toda precisión en artículos anteriores. El señor Mijailovski no ha presentado ni presenta ninguna enmienda ni adición a sus viejas concepciones sobre este problema: sigue siendo populista. ¡Oh, de ninguna manera! ¡El no es populista, Dios nos guarde! Es un representante de la "escuela ético-sociológica"...

"Que no se nos hable -continúa el señor Mijailovski- de los bienes futuros (??) que ha de traer (?) el desarrollo del capitalismo".

El señor Mijailovski no es populista. No hace más que repetir íntegramente los errores de los populistas y los métodos inadecuados de sus razonamientos. Cuántas veces se ha dicho a los populistas que semejante planteamiento del problema sobre "lo futuro" es erróneo, que no se trata de cambios "futuros", sino de los cambios reales progresivos, que se están operando ya, en las relaciones precapitalistas: de los cambios que trae (y no que traerá) el desarrollo del capitalismo en Rusia. Al llevar el problema al terreno "de lo futuro" el señor Mijailovski, en el fondo, considera demostradas precisamente las afirmaciones que impugnan los "discípulos". Considera demostrado que, en la realidad, en lo que está sucediendo ante nuestros ojos, el desarrollo del capitalismo *no aporta* ningún cambio progresivo a las viejas relaciones socioeconómicas. En esto consiste precisamente la concepción populista, y contra ella va dirigida la polémica de los "discípulos rusos", que demuestran lo contrario. No hay un solo libro publicado por los "discípulos rusos" en el que no se diga y no se muestre que la sustitución del pago en trabajo por el trabajo asalariado libre en la agricultura, que la sustitución de las industrias llamadas de oficio por la fabril es un fenómeno real que transcurre (y con velocidad vertiginosa) ante nuestros ojos y de ninguna manera un fenómeno sólo del "futuro"; que

* No hablamos, claro está, del recibimiento que no considera necesario en absoluto guiarse por los intereses del trabajo, o que no comprende ni distingue la síntesis misma, expresada con el término de “capitalismo”. Por importantes que sean en la vida rusa las corrientes de pensamiento social relativas a este problema, no tienen absolutamente nada que ver en la polémica entre los populistas y sus adversarios y no hay por qué mezclarlas en ella.

esta sustitución es un fenómeno progresivo en todos los aspectos; que destruye la producción manual, pequeña, rutinaria y dispersa, la cual se caracterizaba por su inmovilismo y estancamiento seculares; que esta sustitución aumenta la productividad del trabajo, brindando con ello la posibilidad de elevar el nivel de vida del trabajador; que crea las condiciones que transforman esa posibilidad en necesidad, es decir: que transforman al "proletario sedentario", abandonado "en un rincón perdido", sedentario tanto en el sentido físico como en el moral, en un proletario con posibilidad de movimiento; que europeíza las formas asiáticas de trabajo, con sus infinitas variantes de servidumbre y dependencia personal; que "el modo europeo de pensar y de sentir no es menos necesario (tomen nota: necesario. V. I.) que el vapor, la hulla y la técnica para la utilización eficaz de la maquinaria"*, etc. Todo eso lo dice y lo demuestra, repetimos, cada "discípulo"; pero todo eso no tiene nada que ver, al parecer, con el señor Mijailovski "y sus compañeros": todo eso se escribe sólo contra los "populistas" "ajenos" a *Rússkoie Bogatstvo*. Porque *Rússkoie Bogatstvo* es una "escuela ético-sociológica" cuya misión consiste en hacer pasar trastos viejos encubiertos con una bandera nueva.

Como hemos señalado antes, el objetivo de nuestro artículo es refutar las patrañas, muy difundidas en la prensa liberal-populista, de que los "discípulos rusos" reniegan de la "herencia", rompen con las mejores tradiciones de la parte mejor de la sociedad rusa, etc. No carecerá de interés destacar que el señor Mijailovski, al repetir estas frases manidas, ha dicho, en el fondo, exactamente lo mismo que dijera mucho antes que él, y de manera más categórica, un "populista" "ajeno" a *Rússkoie Bogatstvo*, el señor V. V. ¿Conoce el lector los artículos que publicó este autor en *Nedelia*[172] hace tres años, a fines de 1894, en respuesta al libro del señor P. B. Struve? Debo confesar que, a mi juicio, no ha perdido nada si no los conoce. La idea fundamental de dichos artículos consiste en que los "discípulos rusos" rompen el hilo democrático que se extiende a lo largo de todas las corrientes progresistas del pensamiento social ruso. ¿No es eso, acaso, lo mismo que repite ahora el señor Mijailovski -aunque en términos un tanto diferentes- al acusar a los "discípulos" de renunciar a la "herencia", contra la que arremete con furia *Moskovskie Viédomosti*? En realidad, como hemos visto, los autores de este infundio quieren hacer pagar a justos por pecadores, afirmando que el rompimiento definitivo de los "discípulos" con el *populismo* significa romper con las mejores tradiciones de la mejor parte de la sociedad rusa. ¿No será al revés, señores? ¿No significará semejante rompimiento *depurar de populismo* esas mejores tradiciones?

*Escrito en el destierro a fines de 1897. Publicado por primera vez en 1898 en la colección: Vladímir Ilín. "Estudios y artículos económicos". San Petersburgo.*

*T. 2, págs. 505-550.*

* Palabras de Schulze-Gavernitz en *Schmollers Jahrbuch*[171], 1896, en su artículo sobre la industria algodonera de Moscú y Vladímir.

# PROTESTA DE LOS SOCIALDEMÓCRATAS DE RUSIA.

**La asamblea de los socialdemócratas de una localidad, a la que asistieron diecisiete personas, aprobó por unanimidad la siguiente resolución, acordando publicarla y someterla a discusión de todos los camaradas**

En los últimos tiempos se vienen observando entre los socialdemócratas rusos desviaciones de los principios fundamentales de la socialdemocracia rusa que proclamaron sus fundadores y luchadores de vanguardia, los miembros del grupo Emancipación del Trabajo, y las publicaciones socialdemócratas de las organizaciones obreras rusas de los años 90. El "credo"[173] que reproducimos a continuación, llamado a expresar los puntos de vista fundamentales de algunos socialdemócratas rusos (de los "jóvenes"), es un intento de exposición sistemática y definida de las "nuevas concepciones". He aquí el "credo" de cuerpo entero:

> La existencia del período del gremio y de la manufactura en Occidente dejó una huella profunda en el desarrollo de toda la historia posterior, sobre todo en la historia de la socialdemocracia. La necesidad que tuvo la burguesía de conquistar formas libres y su aspiración a desembarazarse de las reglamentaciones gremiales que atenazaban la producción, hicieron de ella, de la burguesía, un elemento revolucionario. En Occidente comienza por doquier con la *liberté*, la *fraternité* y la *égalité*, con la conquista de formas políticas libres. Mas con esta conquista, según expresión de Bismarck, la burguesía extendió a su antípoda, la clase obrera, una letra de cambio que debía ser abonada en el futuro. La clase obrera, como clase, no ha conquistado casi en ninguna parte de Occidente las instituciones democráticas sino que las ha utilizado. Se nos podrá objetar que la clase obrera participó en las revoluciones. Los datos históricos desmienten esta opinión, ya que precisamente en 1848, cuando se iban afianzando las constituciones en Occidente, la clase obrera representaba el elemento artesano de las ciudades, la democracia pequeñoburguesa; el proletariado {abril casi no existía, y el de la gran producción (los tejedores de Alemania descritos por Hauptmann, los tejedores de Lyon) era una masa embrutecida, capaz sólo de promover motines, pero en modo alguno de presentar cualquier reivindicación política. Puede afirmarse categóricamente que las constituciones de 1848 fueron conquistadas por la burguesía y la pequeña burguesía, por los artesanos. Por otra parte, la clase obrera (los artesanos y obreros de las manufacturas, los tipógrafos, tejedores, relojeros, etc.) se había habituado, ya desde la Edad Media, a participar en las organizaciones, cajas de ayuda mutua, sociedades religiosas, etc. Este espíritu de organización sigue existiendo hoy día entre los obreros calificados de Occidente, diferenciándolos en grado extraordinario del proletariado fabril, que se somete de mal grado y con lentitud a la organización y es capaz únicamente de formar las llamadas *lose Organisation* (organizaciones temporales) y no de militar en organizaciones sólidas, regidas por estatutos y reglamentos. Estos mismos obreros calificados de la manufactura fueron los que constituyeron el núcleo de los partidos socialdemócratas. De este modo, tenemos el cuadro siguiente: por una parte, la relativa facilidad y la posibilidad completa de la lucha política, y por otra, la posibilidad de organizar sistemáticamente esta lucha con ayuda de los obreros educados en el período de la manufactura. Sobre esta base se desarrolló en Occidente el marxismo teórico y práctico. Su punto de partida fue la lucha política parlamentaria, con una perspectiva que se asemejaba sólo en apariencia al blanquismo, pero que por su origen tenía un carácter completamente distinto: con la perspectiva de la conquista del poder, por una parte, y del *Zusammenbruch* (de la catástrofe), por otra. El marxismo era la expresión teórica de la práctica dominante: de la lucha política, que prevalecía sobre la lucha económica. Tanto en Bélgica como en Francia, y especialmente en Alemania, los obreros organizaron con increíble facilidad la lucha política, y sólo con terrible trabajo y enormes fricciones, la lucha económica. Y hasta ahora, las organizaciones económicas, en comparación con las políticas (sin referimos a Inglaterra), padecen de una debilidad extraordinaria, de inestabilidad, y en todas partes *laissent à désirer quelque chose* (dejan algo que desear). Mientras no se agotó toda la energía en la lucha política, el *Zusammenbruch* constituía un *Schlagwort* (una consigna en boga), un organizador indispensable, llamado a desempeñar un magno papel histórico. La ley fundamental que se puede deducir del estudio del movimiento obrero es la línea de la menor resistencia. En

Occidente, esta línea era la actividad política, y el marxismo, tal como había sido formulado en el *Manifiesto Comunista*, era la forma más feliz en que debía plasmarse el movimiento. Pero, por otra parte, cuando quedó agotada toda la energía en la actividad política, cuando el movimiento político llegó a tal grado de tensión que era ya difícil y casi imposible conducirlo más allá (lento aumento de la cantidad de votos en los últimos tiempos, apatía de los asistentes a las reuniones, tono abatido de las publicaciones), la impotencia de la acción parlamentaria y la entrada en escena de la masa negra del proletariado fabril, desorganizado y que casi no se sometía a la organización, dieron origen en Occidente a lo que se llama ahora bernsteiniada, a la crisis del marxismo. Es difícil imaginarse un curso más lógico de las cosas que el período de desarrollo del movimiento obrero desde el *Manifiesto Comunista* hasta la bernsteiniada, y el estudio atento de todo este proceso puede determinar, con exactitud astronómica, el desenlace de esta "crisis". No se trata aquí, claro está, de la derrota o la victoria de la bernsteiniada, cosa de poco interés; de lo que se trata es de un cambio radical de la actividad práctica, que desde hace ya mucho se viene realizando paulatinamente en el seno del partido.

Este cambio se efectuará no sólo en el sentido de sostener una lucha económica más enérgica, de consolidar las organizaciones de tipo económico, sino también, y esto es lo más esencial, en el sentido de modificar la actitud del partido ante los demás partidos de oposición. El marxismo intolerante, el marxismo negador, el marxismo primitivo (que utiliza una concepción demasiado esquemática sobre la división de la sociedad en clases) cederá su puesto al marxismo democrático, y la situación social del partido dentro de .la sociedad moderna tendrá que cambiar profundamente. El partido *reconocerá* a la sociedad. Sus tareas estrechamente corporativas, en la mayoría de los casos sectarias, serán ampliadas hasta convertirse en tareas sociales, y su afán de conquistar el poder se transformará en el afán de modificar, de reformar la sociedad moderna en un sentido democrático, adaptado al actual estado de cosas, a fin de poder defender del modo más feliz y completo los derechos (todos) de las clases trabajadoras. El contenido del concepto "política" se ampliará hasta adquirir un sentido verdaderamente social, y las reivindicaciones prácticas del momento adquirirán mayor peso, podrán contar con que se les preste mayor atención que hasta ahora.

De esta breve descripción del desarrollo del movimiento obrero en Occidente no será difícil sacar conclusiones aplicables a Rusia. La línea de la menor resistencia nunca se orientará en nuestro país hacia la actividad política. La inaudita opresión política obligará a que se hable mucho de ella y a que se centre la atención precisamente en ella, pero jamás obligará a actuar prácticamente. Mientras las débiles fuerzas de los obreros en Occidente, al ser arrastradas a la actividad política, se consolidaron y formaron en ella, en nuestro país, por el contrario, estas fuerzas débiles chocan con el muro de la opresión política y no sólo carecen de vías prácticas para combatirla y, por consiguiente, para desarrollarse, sino que son sistemáticamente ahogadas por ella y no pueden siquiera echar brotes débiles. Si añadimos a esto que nuestra clase obrera no ha heredado el espíritu de organización que distinguía a los luchadores de Occidente, el cuadro será deprimente y capaz de desanimar al marxista más optimista que vea en cada nueva chimenea fabril, por el solo hecho de existir, una gran bendición. También la lucha económica es difícil, infinitamente difícil; pero es posible y, al fin y a la postre, es practicada por las propias masas. Acostumbrándose en esta lucha a organizarse y chocando en ella a cada paso con el régimen político, el obrero ruso creará, por fin, lo que podría llamarse la forma del movimiento obrero, creará la organización o las organizaciones más adecuadas a las condiciones de la realidad rusa. Ahora puede afirmarse con seguridad que el movimiento obrero ruso se encuentra aún en estado amiboideo y no ha creado forma alguna. El movimiento huelguístico, que existe con toda forma de organización, no puede ser llamado todavía la forma cristalizada del movimiento ruso; en cuanto a las organizaciones ilegales no merecen atención alguna ya desde el punto de vista puramente cuantitativo (sin hablar de su utilidad en las condiciones actuales).

Tal es la situación. Si añadimos a esto el hambre y el proceso de arruinamiento del campo, que contribuyen a aumentar el "esquirolaje" y, por consiguiente, crean dificultades aún mayores al ascenso de las masas obreras a un nivel cultural más soportable, cabe preguntar... ¿qué deben hacer, entonces, los marxistas rusos? Las divagaciones acerca de un partido político obrero independiente no son sino el producto de la trasplantación a nuestro propio terreno de tareas ajenas y resultados ajenos. Los marxistas rusos, por ahora, ofrecen un espectáculo lamentable. Sus tareas prácticas en el presente son míseras; sus conocimientos teóricos, por cuanto no los utilizan como instrumento de investigación, sino como esquema de actividad, no valen siquiera para cumplir estas míseras tareas prácticas. Además, estos esquemas tomados de cercado ajeno son perjudiciales en el sentido práctico. Olvidando que la clase obrera de Occidente entró en un campo de actividad política ya desbrozado, nuestros marxistas tratan con desdén exagerado la

actividad radical o liberal oposicionista de todos los sectores no obreros de la sociedad. Los menores intentos de centrar la atención en los fenómenos sociales de carácter político liberal suscitan la protesta de los marxistas ortodoxos, quienes olvidan que toda una serie de circunstancias históricas nos impiden ser iguales a los marxistas de Occidente y requieren de nosotros un marxismo distinto, adecuado y necesario en las condiciones rusas. La falta de sentido e instinto políticos en cada ciudadano ruso no puede ser compensada, evidentemente, con disquisiciones sobre política o con llamamientos a una fuerza inexistente. Ese instinto político sólo puede adquirirse mediante la educación, es decir, participando en la vida (por nada marxista que sea) que nos ofrece la realidad rusa. En la misma medida en que la "negación" ha sido oportuna (temporalmente) en Occidente, es perniciosa entre nosotros, pues la negación que parte de algo organizado y dotado de una fuerza efectiva es una cosa, y la negación que parte de una masa informe de individuos dispersos, otra.

Los marxistas rusos tienen una sola salida: participar, es decir, ayudar a la lucha económica del proletariado y participar en la actividad liberal oposicionista. Los marxistas rusos empezaron muy temprano a ser "negadores", y esta negación debilitó en ello a la parte de energía que debe encauzarse hacia el radicalismo político. Por ahora, todo esto no es tan terrible; pero si el esquema clasista impide a los intelectuales rusos participar activamente en la vida y los aparta demasiado de los círculos de oposición, eso causará un daño considerable a cuantos se ven obligados a luchar por formas jurídicas no al lado de la clase obrera, que no ha planteado todavía tareas políticas. La ingenuidad política de los intelectuales marxistas rusos, oculta tras razonamientos artificiales sobre temas políticos, puede jugarles una mala pasada.

No sabemos si habrá muchos socialdemócratas rusos que compartan estas opiniones. Pero es indudable que, en general, semejantes ideas tienen adeptos, por lo que nos consideramos en el deber de protestar categóricamente contra tales concepciones y advertir a todos los camaradas del peligro que amenaza a la socialdemocracia rusa de ser desviada del camino trazado ya por ella, a saber: la formación de un partido político obrero independiente, inseparable de la lucha de clase del proletariado y con, la tarea inmediata de conquistar la libertad política.

El "credo" que hemos reproducido se compone: primero, de una breve descripción del desarrollo del movimiento obrero en Occidente" y, segundo, de "conclusiones aplicables en Rusia".

Ante todo, es absolutamente falsa la idea que tienen los autores del "credo" respecto al pasado del movimiento obrero de Europa Occidental. Es falso que la clase obrera de Occidente no haya participado en la lucha por la libertad política ni en las revoluciones políticas. La historia del cartismo[174] y la revolución del 48 en Francia, Alemania y Austria demuestran lo contrario. Es absolutamente falso que "el marxismo era la expresión teórica de la práctica dominante: de la lucha política, que prevalecía sobre la lucha económica". Por el contrario, "el marxismo" surgió en un momento en que predominaba el socialismo apolítico (owenismo, "fourierismo", "socialismo verdadero"[175], etc., y el *Manifiesto Comunista* emprendió inmediatamente la lucha contra el socialismo apolítico. Incluso cuando el marxismo actuó ya pertrechado con la teoría (*El Capital*) y organizó la célebre Asociación Internacional de los Trabajadores, la lucha política no era, ni mucho menos, la práctica dominante (el tradeunionismo estrecho en Inglaterra, el anarquismo y el proudhonismo[176] en los países latinos). En Alemania, el gran mérito histórico de Lassalle reside en que transformó a la clase obrera, de apéndice de la burguesía liberal, en partido político independiente. El marxismo unió en un todo indisoluble la lucha económica y política de la clase obrera; y el afán de los autores del "credo" de separar estas formas de lucha constituye una de sus desviaciones del marxismo más desafortunadas y deplorables.

Prosigamos. Es también completamente falsa la idea que tienen los autores del "credo" respecto a la situación actual del movimiento obrero en Europa Occidental y a la teoría del marxismo, que sirve de bandera a dicho movimiento. Hablar de "crisis del marxismo" significa repetir las frases absurdas de los escritorzuelos burgueses, que se esfuerzan por atizar toda discusión entre socialistas para transformarla en una escisión de los partidos socialistas. La famosa "bernsteiniada" -tal como la comprenden de ordinario el público en general y los autores del "credo" en particular- significa un intento de empobrecer la teoría del marxismo, un intento de transformar el partido obrero revolucionario en un partido reformista; y este intento, como era de esperar, ha chocado con la enérgica condenación de la mayoría de los socialdemócratas alemanes. Las tendencias oportunistas se han manifestado más de una vez dentro de la socialdemocracia alemana y han sido siempre rechazadas por el partido, que se atiene fielmente a los preceptos de la socialdemocracia revolucionaria internacional. Tenemos la seguridad de que todas las tentativas de trasplantar a Rusia las concepciones oportunistas recibirán la misma réplica enérgica de la inmensa mayoría de los socialdemócratas rusos.

Tampoco cabe hablar siquiera de "un cambio radical de la actividad práctica" de los partidos obreros de Europa Occidental, a pesar de lo que afirman los autores del "credo": la grandiosa importancia de la lucha económica del proletariado y

su necesidad fueron reconocidas por el marxismo desde un principio, y ya en la década del 40 Marx y Engels polemizaron con los socialistas utopistas que negaban la importancia de esta lucha.

Unos veinte años más tarde, cuando se fundó la Asociación Internacional de los Trabajadores, la importancia de los sindicatos obreros y de la lucha económica fue planteada ya en el Primer Congreso de Ginebra, en 1866. La resolución de dicho Congreso señalaba con toda precisión la importancia de esta lucha, poniendo en guardia a los socialistas y obreros, por una parte, contra su sobrestimación (cosa que se observaba entonces entre los obreros ingleses) y, por otra parte, contra su subestimación (que se observaba entre los franceses y alemanes, sobre todo entre los lassalleanos). La resolución reconocía que los sindicatos obreros eran un fenómeno no sólo regular, sino indispensable bajo el capitalismo y los consideraba sumamente importantes para organizar a la clase obrera en su lucha cotidiana contra el capital y para abolir el trabajo asalariado. La resolución reconocía que los sindicatos obreros no debían prestar atención exclusivamente a la "lucha directa contra el capital", no debían permanecer al margen del movimiento político y social general de la clase obrera; que no debían proponerse objetivos "estrechos", sino aspirar a la emancipación general de los millones de trabajadores oprimidos. Desde entonces, entre los partidos obreros de los diversos países se ha planteado más de una vez y, como es natural, se planteará todavía más de una vez, la cuestión de si es necesario en un momento dado prestar más atención o menos atención a la lucha económica o a la lucha política del proletariado; pero la cuestión general o de principio se plantea, también ahora, del mismo modo que fue planteada por el marxismo. La convicción de que la lucha de clase del proletariado es única y debe abarcar necesariamente la lucha política y la económica ha arraigado en la socialdemocracia internacional. Además, la experiencia histórica testimonia de un modo irrefutable que la falta de libertad política o la restricción de los derechos políticos del proletariado conduce siempre a la necesidad de colocar en primer plano la lucha política.

Cabe menos aún hablar de un cambio de cierta importancia en la actitud del partido obrero ante los demás partidos de oposición. También en este sentido el marxismo marcó una posición justa, tan lejana de la exageración de la importancia de la política como de la conjuración (blanquismo, etc.) y del desprecio de la política o de su degeneración en remiendos oportunistas y reformistas de la sociedad (anarquismo, socialismo utópico y pequeñoburgués, socialismo de Estado, socialismo de cátedra, etc.). El proletariado debe aspirar a fundar partidos políticos obreros independientes cuyo objetivo principal sea la conquista del poder político por el proletariado, con el fin de organizar la sociedad socialista. El proletariado no debe, ni mucho menos, considerar que las demás clases y los demás partidos son "una masa reaccionaria"[177]; por el contrario, el proletariado debe participar en toda la vida política y social, apoyando a las clases y los partidos progresivos contra los reaccionarios, apoyando todo movimiento revolucionario contra el régimen existente; debe ser defensor de toda raza o pueblo oprimido, de toda religión perseguida, del sexo privado de derechos, etc. Los razonamientos de los autores del "credo" sobre este tema sólo testimonian su deseo de velar el carácter de clase de la lucha del proletariado, de debilitar esta lucha por medio de un absurdo "reconocimiento de la sociedad", de empobrecer el marxismo revolucionario hasta reducido a una vulgar corriente reformista. Estamos convencidos de que la inmensa mayoría de los socialdemócratas rusos rechazará categóricamente esta tergiversación de los principios fundamentales de la socialdemocracia. Las falsas premisas de los autores del "credo" respecto al movimiento obrero de Europa Occidental les llevan a "conclusiones aplicables en Rusia" más falsas todavía.

La afirmación de que la clase obrera rusa "no ha planteado todavía tareas políticas" sólo testimonia que sus autores no conocen el movimiento revolucionario ruso. La Unión Obrera del Norte de Rusia, fundada en 1878, y la Unión Obrera del Sur de Rusia, fundada en 1875, incluyeron ya en su programa la reivindicación de libertad política. Después de la reacción de los años 80, la clase obrera volvió a plantear repetidamente la misma reivindicación en la década del 90. La afirmación de que "las divagaciones acerca de un partido político obrero independiente no son sino el producto de la trasplantación a nuestro propio terreno de tareas ajenas y resultados ajenos" no hace más que testimoniar la completa incomprensión del papel histórico de la clase obrera rusa y de las tareas más urgentes de la socialdemocracia rusa. El propio programa de los autores del "credo" tiende evidentemente a que la clase obrera, siguiendo "la línea de la menor resistencia", se limite a la lucha económica, mientras que los "elementos liberales de oposición" luchen, con la "participación" de los marxistas, por las "formas jurídicas". La realización de semejante programa equivaldría al suicidio político de la socialdemocracia rusa, equivaldría a frenar y envilecer enormemente el movimiento obrero ruso y el movimiento revolucionario ruso (para nosotros, estos dos últimos conceptos son idénticos.) El solo hecho de que haya podido aparecer semejante programa prueba cuán fundados eran los recelos de uno de los luchadores de vanguardia de la socialdemocracia rusa, P. B. Axelrod, cuando escribió a fines de 1897 refiriéndose a la posibilidad de semejante perspectiva:

"El movimiento obrero no sale de los estrechos

cauces de los conflictos puramente económicos entre los obreros y los patronos, y por sí mismo, en su conjunto, carece de carácter político; pero en la lucha por la libertad política, los sectores avanzados del proletariado siguen a los círculos y fracciones revolucionarios formados por la llamada intelectualidad" (Axelrod. *Acerca de las tareas actuales y la táctica de los socialdemócratas rusos*, Ginebra, 1898, pág. 19).

Los socialdemócratas rusos deben declarar una guerra sin cuartel a todo el conjunto de ideas expresadas en el "credo", pues estas ideas conducen directamente a la realización de dicha perspectiva. Los socialdemócratas rusos deben hacer los máximos esfuerzos para que se convierta en realidad otra perspectiva, expuesta por P. B. Axelrod con las siguientes palabras:

"Otra perspectiva: la socialdemocracia organiza al proletariado ruso en un partido político independiente que luche por la libertad, *en parte, al lado y en alianza* con las fracciones revolucionarias de la burguesía (si tales existiesen), y en parte, atrayendo directamente a sus filas o arrastrando tras de sí a los intelectuales más revolucionarios y que mayor cariño profesen al pueblo" (op. cit., pág. 20).

Cuando P. B. Axelrod escribía estas líneas, las declaraciones hechas por los socialdemócratas en Rusia demostraban claramente que en su inmensa mayoría sustentaban el mismo punto de vista. Cierto es que un periódico obrero de San Petersburgo, *Rabóchaya Mysl*[178], parecía inclinarse a las ideas sostenidas por los autores del "credo", manifestando; lamentablemente, en un editorial de carácter programático (del número 1, octubre de 1897) el pensamiento, equivocado por completo y en contradicción con el ideario socialdemócrata, de que "la base económica del movimiento" puede ser "eclipsada por el constante afán de no olvidar el ideal político". Pero, al mismo tiempo, otro periódico obrero de Petersburgo, *Sankt-Petersburgski Rabochi Listok*[179] (núm. 2, septiembre de 1897), afirmó enérgicamente que "sólo puede derrocar a la autocracia... un numeroso partido obrero fuertemente organizado", que "al organizarse en un poderoso partido" los obreros "se liberarán a sí mismos y liberarán a Rusia entera de toda opresión política y económica". Y un tercer periódico, *Rabóchaya Gazeta*[180], escribió en su artículo de fondo del número 2 (noviembre de 1897): "La tarea inmediata del movimiento obrero ruso es luchar contra el gobierno autocrático, por la libertad política". "El movimiento obrero ruso decuplicará sus fuerzas si actúa como un todo único, armónico, bajo un mismo nombre y con una organización adecuada..." "Los círculos obreros aislados deben transformarse en un partido único". "El partido obrero ruso será un partido socialdemócrata". Que la inmensa mayoría de los socialdemócratas de Rusia compartía por completo estas convicciones de *Rabóchaya Gazeta* lo atestigua también el hecho de que el Congreso de los socialdemócratas rusos celebrado en la primavera de 1898 fundó el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, publicó su manifiesto y reconoció al periódico Rabóchaya Gazeta como órgano oficial del partido. Así pues, los autores del "credo" dan un enorme paso atrás en comparación con el nivel de desarrollo alcanzado ya por la socialdemocracia rusa y que ésta expresó en el *Manifiesto del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*. Aunque la feroz persecución del gobierno ruso ha conducido a que la actividad del partido se haya debilitado temporalmente y su órgano oficial de prensa haya dejado de aparecer, la tarea de todos los socialdemócratas rusos consiste en hacer los máximos esfuerzos para consolidar definitivamente el partido, elaborar su programa y reanudar la publicación de su órgano oficial. En vista de la vacilación ideológica -una de cuyas expresiones es la posibilidad de que aparezcan programas como el "credo" analizado más arriba- consideramos especialmente necesario destacar los siguientes principios fundamentales, expuestos en el *Manifiesto* y que tienen magna importancia para la socialdemocracia rusa. Primero, la socialdemocracia rusa "quiere ser y seguir siendo un movimiento de clase de las masas obreras organizadas". De ahí se deduce que el lema de la socialdemocracia debe ser: contribuir no sólo a la lucha económica de los obreros, sino también a su lucha política; hacer agitación no sólo en torno a las necesidades económicas inmediatas, sino también en torno a todas las manifestaciones de opresión política; hacer propaganda no sólo de las ideas del socialismo científico, sino también de las ideas democráticas. Solamente la teoría del marxismo revolucionario puede servir de bandera al movimiento obrero de clase, y la socialdemocracia rusa debe preocuparse de desarrollar esta teoría y plasmarla en la vida, protegiéndola al mismo tiempo contra las tergiversaciones y envilecimientos a que son sometidas con frecuencia las "teorías de moda" (y los éxitos de la socialdemocracia en Rusia han transformado ya el marxismo en una teoría "de moda"). Al concentrar ahora todas sus fuerzas en la labor entre los obreros de las fábricas y de las minas, la socialdemocracia no debe olvidar que, al ampliarse el movimiento, deben incorporarse también a las filas de las masas obreras organizadas por ella los trabajadores domésticos, los artesanos, los obreros agrícolas y millones de campesinos arruinados y muertos de hambre.

Segundo: "La clase obrera rusa debe llevar y llevará sobre sus recios hombros la causa de la conquista de la libertad política". Al plantearse como tarea inmediata el derrocamiento del absolutismo, la socialdemocracia debe ser el luchador de vanguardia por la democracia y, aunque no sea más que por eso,

prestar toda clase de ayuda a todos los elementos democráticos de la población rusa, ganándoselos como aliados. Sólo un partido obrero independiente podrá servir de firme baluarte en la lucha contra la autocracia, y sólo en alianza con semejante partido, apoyándolo, podrán mostrar activamente de lo que son capaces todos los demás luchadores por la libertad política.

Y finalmente, tercero: "En su calidad de movimiento y corriente socialista, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia continúa la obra y las tradiciones de todo el movimiento revolucionario ruso que le ha precedido; y la socialdemocracia, que se plantea como tarea inmediata más importante de todo el partido la conquista de la libertad política, marcha hacia el objetivo señalado ya con toda claridad por los gloriosos militantes de la vieja organización Libertad del Pueblo. Las tradiciones de todo el movimiento revolucionario precedente de Rusia exigen que la socialdemocracia concentre hoy todas sus fuerzas en organizar el partido, en reforzar la disciplina dentro del mismo y en desarrollar los métodos de actividad clandestina. Si los militantes de la vieja Libertad del Pueblo supieron desempeñar un ingente papel en la historia rusa, pese a la estrechez de los sectores sociales que respaldaban a aquel puñado de héroes y a pesar de que dicho movimiento tenía por bandera una teoría en modo alguno revolucionaria, la socialdemocracia, apoyándose en la lucha de clase del proletariado, sabrá hacerse invencible. "El proletariado ruso se sacudirá el yugo de la autocracia para continuar con mayor energía la lucha contra el capitalismo y la burguesía hasta la victoria completa del socialismo".

Invitamos a todos los grupos socialdemócratas y a todos los círculos obreros de Rusia a analizar el "credo" reproducido más arriba y nuestra resolución y a expresar de manera precisa su posición respecto al problema planteado, con el fin de eliminar toda clase de discrepancias y acelerar la organización y el fortalecimiento del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Las resoluciones de los grupos y círculos podrían comunicarse a la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, la cual, de acuerdo con el punto 10 de la resolución del Congreso de socialdemócratas rusos de 1898, forma parte del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y es su representante en el extranjero.

*Escrito antes del 22 de agosto (3 de septiembre) de 1899. Publicado por vez primera en diciembre de 1899 en el extranjero como separata del núm. 4-5 de la revista "Rabócheie Dielo".*

*T. 4, págs. 163-176.*

**NUESTRO PROGRAMA.**

La socialdemocracia internacional está viviendo un período de vacilaciones ideológicas. Hasta ahora se consideraba que las doctrinas de Marx y Engels eran la base inconmovible de la teoría revolucionaria; pero hoy se afirma en todas partes que estas doctrinas son insuficientes y han envejecido. Quien se declare socialdemócrata y tenga el propósito de publicar un periódico de esta tendencia deberá definir con precisión su actitud ante un problema que está lejos de preocupar únicamente a los socialdemócratas alemanes.

Nosotros nos basamos por entero en la teoría de Marx, gracias a la cual el socialismo dejó de ser una utopía para transformarse en una ciencia. Dicha teoría sentó los sólidos cimientos de esta ciencia y trazó el camino que se debe seguir desarrollándola y perfeccionándola en todos sus detalles. Reveló la esencia de la economía capitalista contemporánea y explicó de qué manera la contratación del obrero, la compra de la fuerza de trabajo, encubre el sojuzgamiento de millones de desposeídos por un puñado de capitalistas, dueños de la tierra, las fábricas, las minas, etc. Mostró que todo el desarrollo del capitalismo contemporáneo tiende a sustituir la pequeña producción con la grande y crea condiciones que hacen posible y necesaria la organización socialista de la sociedad. Enseñó a ver, bajo el manto de las costumbres arraigadas, de las intrigas políticas, de las leyes abstrusas y de las doctrinas intrincadas, *la lucha de clases*, la lucha entre las clases poseedoras de todo tipo y la masa de desposeídos, *el proletariado*, que está al frente de todos los parias. La teoría de Marx esclareció en qué consiste la verdadera tarea de un partido socialista revolucionario: no inventar planes de reorganización de la sociedad, no predicar a los capitalistas y sus lacayos que deben mejorar la situación de los obreros, no urdir conspiraciones, *sino organizar la lucha de clase del proletariado y dirigir esta lucha, cuyo objetivo final es la conquista del poder político por el proletariado y la organización de la sociedad socialista*.

Y ahora preguntamos: ¿qué han aportado de nuevo a esta teoría sus vocingleros "renovadores", que tanto alborotan en nuestros días, agrupándose alrededor del socialista alemán Bernstein? *Absolutamente nada*: no han hecho avanzar ni un solo paso la ciencia que nos legaron Marx y Engels con el mandato de desarrollarla; no han ensenado al proletariado ningún método nuevo de lucha; no han hecho más que retroceder, tomando retazos de teorías atrasadas y predicando al proletariado, en vez de la doctrina de la lucha, la de hacer concesiones a sus enemigos jurados, a los gobiernos y partidos burgueses, que no se cansan de inventar nuevos métodos de persecución de los socialistas. Uno de los fundadores y líderes de la socialdemocracia rusa, Plejánov, tenía razón de sobra para criticar implacablemente la novísima "crítica" de Bernstein[181], de cuyas concepciones han abjurado ahora incluso los representantes de los obreros alemanes (en el Congreso de Hannover[182]).

Sabemos que estas palabras harán caer sobre nosotros un cúmulo de acusaciones: se nos gritará que queremos transformar el Partido Socialista en una orden de "ortodoxos" que persiguen a los "herejes" por discrepar del "dogma", por tener opiniones propias, etc. Nos son conocidas todas esas zahirientes frases de moda. Pero en ellas no hay ni un ápice de verdad ni pizca de sentido común. No puede haber un Partido Socialista fuerte sin una teoría revolucionaria que una a todos los socialistas, que sea el venero de sus convicciones y que ellos apliquen a sus métodos de lucha y medios de acción. Defender esta teoría -que, según nuestra firme convicción, es la verdadera- de los ataques infundados y de los intentos de empeorarla no significa en modo alguno ser enemigo de *toda* crítica. Nosotros no consideramos en absoluto que la teoría de Marx sea algo acabado e intangible; por el contrario, estamos persuadidos de que esta teoría ha colocado únicamente las piedras angulares de la ciencia que los socialistas *deben* impulsar en todos los sentidos si no quieren rezagarse de la vida. Creemos que para los socialistas rusos es una necesidad singular desarrollar *por sí mismos* la teoría de Marx, pues esta teoría brinda sólo los *principios rectores* generales que se aplican *concretamente* a Inglaterra de un modo diferente que a Francia; a Francia de otro modo que a Alemania, y a Alemania, de manera distinta que a Rusia. Por eso daremos gustosos cabida en nuestro periódico a artículos que aborden problemas teóricos e invitamos a todos los camaradas a discutir públicamente los puntos litigiosos.

¿Cuáles son, pues, los problemas principales que surgen al aplicar a Rusia el programa común de todos los socialdemócratas? Hemos dicho ya que la esencia de este programa consiste en organizar la lucha de clase del proletariado y en dirigir esta lucha, cuyo objetivo final es la conquista del poder político por el proletariado y la organización de la sociedad

socialista. La lucha de clase del proletariado se divide en lucha económica (contra los distintos capitalistas por separado o contra grupos aislados de capitalistas, por mejorar la situación de los obreros) y lucha política (contra el gobierno, por ampliar los derechos del pueblo; es decir, por la democracia y por extender el poder político del proletariado). Algunos socialdemócratas rusos (entre los que figuran, al parecer, los editores del periódico *Rabóchaya Mysl*) consideran incomparablemente más importante la lucha económica, llegando casi a aplazar la lucha política para un futuro más o menos lejano. Tal opinión es errónea por completo. Todos los socialdemócratas coinciden en que es necesario organizar la lucha económica de la clase obrera, en que es preciso hacer agitación entre los obreros en este terreno, o sea, ayudarles en su lucha diaria contra los patronos, llamar su atención sobre todos los casos y tipos de opresión y explicarles, de este modo, la necesidad de unirse. Pero echar al olvido la lucha política a causa de la lucha económica significaría apartarse de un postulado fundamental de la socialdemocracia internacional, significaría olvidar lo que nos enseña toda la historia del movimiento obrero. Los partidarios acérrimos de la burguesía y del gobierno que la sirve han intentado más de una vez incluso organizar asociaciones obreras de carácter puramente económico para, de esta forma, apartar a los obreros de la "política" y del socialismo. Es muy posible que también el gobierno ruso logre emprender algo por él estilo, pues ha procurado siempre dar al pueblo limosnas mezquinas, mejor dicho, seudolimosnas, con tal de que no piense en su falta de derechos ni en su opresión. Ninguna lucha económica puede proporcionar a los obreros un mejoramiento duradero. Incluso es imposible sostener esa lucha a gran escala si los obreros carecen del derecho de organizar libremente reuniones y sindicatos, de editar periódicos propios y enviar mandatarios a las asambleas representativas del pueblo, como lo hacen los obreros de Alemania y de todos los países europeos (excepto Turquía y Rusia). Y para conquistar esos derechos hay que desplegar la lucha *política*. En Rusia están privados de derechos políticos no sólo los obreros, sino todos los ciudadanos. Rusia es una monarquía autocrática, absoluta. El zar es el único que dicta las leyes, nombra a los funcionarios y los vigila. Por eso *parece* que él y su gobierno no dependen en Rusia de ninguna clase y se preocupan de todos por igual. Pero *en realidad*, todos los funcionarios proceden de una sola clase, la clase de los propietarios, y están subordinados a la influencia de los grandes capitalistas, que manejan a los ministros como títeres y obtienen de ellos cuanto quieren. Sobre la clase obrera rusa pesa un doble yugo: el de los capitalistas y el de los terratenientes que la expolian y saquean; y para que no pueda luchar contra ellos, la policía la ata de píes y manos, la amordaza y persigue todo intento de defender los derechos del pueblo. Cualquier huelga contra un capitalista conduce a que el ejército y la policía sean lanzados contra los obreros. Toda lucha económica se transforma sin falta en una lucha política, y la socialdemocracia tiene el deber de unir indisolublemente una y otra en *la lucha única de clase del proletariado*. El objetivo primero y principal de esta lucha debe ser la conquista de los derechos políticos, *la conquista de la libertad política*. Si los obreros de San Petersburgo, solos y con una pequeña ayuda de los socialistas, supieron arrancar rápidamente al gobierno concesiones como la promulgación de una ley que reduce la jornada de trabajo[183], toda la clase obrera rusa, bajo la dirección única del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, sabrá arrancar concesiones de una importancia incomparablemente mayor por medio de una lucha tenaz.

La clase obrera rusa sabrá desplegar también sola su lucha económica y política aun en el caso de que no cuente con la ayuda de ninguna otra clase. Pero los obreros no están solos en la lucha política. La completa falta de derechos del pueblo y la brutal arbitrariedad de los funcionarios-bachibozuks indignan asimismo a todas las personas de alguna cultura y honradez, las cuales no pueden ver con resignación que se persiga toda manifestación de libertad de palabra y de pensamiento; indignan a los polacos, finlandeses, hebreos y adeptos de las sectas religiosas rusas, que son perseguidos por igual; indignan a los pequeños comerciantes, industriales y campesinos, que no tienen a quien acudir en busca de defensa contra las tropelías de la burocracia y de la policía. Todos estos grupos de la población son incapaces, tomados por separado, de sostener una lucha política tenaz; pero cuando la clase obrera enarbole la bandera de esa lucha, desde todas partes se le tenderán manos de ayuda. La socialdemocracia rusa se pondrá al frente de todos los combatientes por el derecho del pueblo, de cuantos luchan por la democracia, ¡y entonces será invencible!

Tales son nuestras concepciones fundamentales, que explicaremos de manera sistemática y detallada en nuestro periódico. Estamos convencidos de que así marcharemos por la vía que ha trazado el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en su *Manifiesto*.

*Escrito no antes de octubre de 1899. Publicado por vez primera en 1925, en la "Recopilación Leninista III"*

*T. 4 págs. 182-186*

## EL PARTIDO OBRERO Y EL CAMPESINADO.

Han transcurrido cuarenta años desde la liberación de los campesinos. Es muy natural que nuestra sociedad conmemore con particular entusiasmo el aniversario del 19 de febrero, día en que se derrumbó la vieja Rusia feudal y comenzó una época que prometía al pueblo libertad y bienestar. Pero no debe olvidarse que las frases encomiásticas de los festejantes contienen no sólo una sincera hostilidad al régimen de la servidumbre y a todas sus manifestaciones, sino también una gran dosis de hipocresía. Es hipócrita y falaz desde el comienzo hasta el fin la apreciación en boga de la "gran" reforma, presentándola como "liberación de los campesinos con tierra *mediante la ayuda* de un rescate estatal". Porque, en realidad, lo que se hizo fue liberar *de* la tierra a los campesinos, pues las parcelas que poseían desde hacía siglos quedaron recortadas en proporciones enormes, y centenares de miles de campesinos se vieron privados por completo de la tierra, ya que a eso equivalen los cuartones o lotes de miseria[184] que se les otorgó. En realidad, los campesinos fueron sometidos a un doble despojo, ya que, además de haberles recortado la tierra, se les obligó a pagar un "rescate" para quedar en posesión de una tierra que siempre les había pertenecido; y por si eso no bastara, el rescate fijado superaba en mucho el verdadero valor de la misma. Diez años después de la liberación, los mismos terratenientes reconocieron ante los funcionarios del gobierno encargados de estudiar la situación de la agricultura que se había obligado a los campesinos no sólo a pagar su tierra, sino también su libertad. Pero aun habiéndoles cobrado el rescate de su libertad individual, no se les convirtió en hombres libres, pues, se les dejó por veinte años en dependencia temporal[185], se les dejó -y siguen hoy día en una situación de sector social inferior: pueden ser azotados, están obligados a pagar tributos especiales, no pueden abandonar libremente la comunidad semifeudal ni disponer libremente de su tierra ni instalarse libremente en cualquier lugar del país. Nuestra reforma campesina no constituye una prueba de magnanimidad del gobierno; al contrario, es un gran ejemplo histórico de cómo se envilece cualquier empresa que pasa por las manos del gobierno autocrático. Bajo la influencia de la derrota militar, de las terribles dificultades financieras y de las amenazadoras explosiones de indignación de los campesinos, el gobierno se vio realmente *obligado* a concederles la libertad. El propio zar tuvo que reconocer la necesidad de liberar a los campesinos desde arriba antes de que empezaran a liberarse ellos mismos desde abajo. Pero al emprender la liberación, el gobierno hizo todo lo posible y hasta lo imposible para satisfacer la voracidad de los "agraviados" señores feudales. Ni siquiera se detuvo ante la vileza de suplantar fraudulentamente a las personas llamadas a aplicar la reforma, ¡a pesar de que todas ellas pertenecían a la nobleza! Los primeros mediadores de paz[186] fueron sustituidos por personas incapaces de oponerse al deseo de los señores feudales de engañar a los campesinos incluso en el deslindamiento mismo de las tierras. Y la gran reforma no pudo ser aplicada sin recurrir a las tropas para que apaleasen y ametrallasen a los campesinos que se negaban a aceptar las cédulas reglamentarias. No es de extrañar que los mejores hombres de aquella época, amordazados por la censura, acogiesen esa gran reforma con la maldición del silencio...

El campesino, "liberado" de la prestación personal, salió de las manos de los reformadores tan oprimido, tan despojado y humillado, tan sujeto a su parcela, que no le quedaba más salida que aceptar "voluntariamente" la prestación personal. Y empezó a cultivar las tierras de su antiguo señor, tomándole "en arriendo" las tierras que antes le pertenecieran -y que le habían sido arrebatadas en forma de recortes- y contratándose en invierno para las labores estivales a cambio de un préstamo de grano que le permitiese alimentar a su familia hambrienta. Pagos en trabajo y avasallamiento: a eso quedó reducido, en realidad, el "trabajo libre", para el cual debía implorar el campesino "la bendición de Dios", como le pedía el manifiesto redactado por un pope jesuita.

Y a esta opresión ejercida por el terrateniente, y sostenida merced a la magnanimidad de los funcionarios que prepararon y aplicaron la reforma, vino a sumarse la opresión del capital. El poder del dinero, que mantiene subyugado incluso a un campesino como el francés, liberado del poder de los terratenientes no por una reforma mezquina, de medias tintas, sino por una poderosa revolución popular, ha caído con todo su peso sobre nuestro mujik semisiervo. Había que conseguir dinero a toda costa: para pagar los tributos, acrecentados por la bienhechora reforma; para arrendar tierra; para adquirir los míseros productos de la industria fabril, que han empezado a desalojar a los productos domésticos de los campesinos; para comprar pan, etc. El poder del dinero, además de oprimir a los campesinos, los ha escindido: la inmensa mayoría se ha ido arruinando incontenieblemente, convirtiéndose

en proletarios; una minoría ha destacado de su seno grupos de kulaks y mujiks hacendosos, poco numerosos pero de uñas bien afiladas, que se han apoderado de la hacienda y la tierra de los demás campesinos y que forman la naciente burguesía rural. Los cuarenta años transcurridos desde la abolición de la servidumbre son un proceso ininterrumpido de proletarización, de lenta y dolorosa extinción del campesinado. El campesino fue reducido a un mísero nivel de vida: vivía con las bestias, vestía harapos y se alimentaba de hierbas. Y huyó, cuando pudo encontrar adónde, abandonando su parcela e incluso *pagando* a quien quería hacerse cargo de ella, pues las cargas que imponía su posesión eran superiores a los ingresos que proporcionaba. Los campesinos se hallaban en un estado de inanición crónica y durante las malas cosechas, cada vez más frecuentes, morían por decenas de miles, víctimas del hambre y de las epidemias.

Esta situación sigue existiendo, incluso hoy, en nuestro campo. ¿Cuál es la salida, a qué medios recurrir para mejorar la suerte del campesino? Los pequeños campesinos pueden sacudirse el yugo del capital únicamente sumándose al movimiento obrero y ayudando a los obreros a luchar por el régimen socialista, por convertir la tierra y los otros medios de producción (fábricas, máquinas, etc.) en propiedad social. Tratar de salvar al campesinado defendiendo la pequeña hacienda y la pequeña propiedad contra el embate del capitalismo significaría frenar inútilmente el desarrollo social, engañar al campesino con la ilusión de un posible bienestar en el capitalismo y dividir a las clases trabajadoras, creando una situación privilegiada para la minoría a expensas de la mayoría. Por eso, los socialdemócratas lucharán siempre contra instituciones tan absurdas y perjudiciales como la inalienabilidad de las parcelas campesinas, la caución solidaria, la prohibición de abandonar libremente la comunidad campesina o de que ésta pueda admitir libremente a individuos pertenecientes a cualquier grupo social. Pero hemos visto ya que los padecimientos de nuestros campesinos se deben no sólo, e incluso no tanto, al yugo del capital como al yugo del terrateniente y a los restos de la servidumbre. La lucha implacable contra estas trabas, que empeoran terriblemente la situación de los campesinos y los tienen atados de pies y manos, es posible y necesaria en beneficio de todo el desarrollo social del país, pues la desesperada miseria, la ignorancia, la falta de derechos y la humillación del mujik imprimen un sello de asiatismo a toda la vida de nuestra patria. Y la socialdemocracia faltaría a su deber si no prestase todo el apoyo posible a esa lucha. Tal apoyo, dicho en pocas palabras, debe consistir *en llevar la lucha de clases al campo*.

Hemos visto que en el campo ruso de nuestros días existen contradicciones de clase de dos tipos: primero, las contradicciones entre los obreros agrícolas y los patronos rurales; segundo, las contradicciones entre todo el campesinado y toda la clase de los terratenientes. La primera contradicción crece y se desarrolla; la segunda se va debilitando poco a poco. La primera pertenece por entero al futuro; la segunda, en medida considerable, al pasado. Y pese a ello, para los socialdemócratas rusos de hoy, la segunda es precisamente la más esencial y la de mayor importancia práctica. Se comprende de por sí, y es un axioma para todo socialdemócrata, que debemos aprovechar cualquier ocasión que se nos ofrezca para desarrollar la conciencia de clase de los obreros asalariados del agro y que, por ello, debemos prestar atención al traslado de obreros urbanos al campo (por ejemplo, de mecánicos para las trilladoras a vapor, etc.) y a los mercados de contratación de obreros agrícolas.

Pero nuestros obreros agrícolas están ligados aún al campesinado por vínculos demasiado fuertes; sobre ellos pesan todavía demasiado las calamidades que azotan a todos los campesinos. Por esta razón, el movimiento de los obreros agrícolas en modo alguno puede, ni ahora ni en un futuro próximo, adquirir una significación nacional. Por el contrario, barrer los restos de la servidumbre, extirpar de toda la vida del Estado ruso el espíritu de la desigualdad estamental y la humillación de decenas de millones de “plebeyos" es un problema que tiene ya hoy importancia nacional, y un partido que pretenda desempeñar el papel de campeón en la lucha por la libertad no puede eludido.

Casi todo el mundo reconoce hoy (en forma más o menos general) las calamidades que padece el campesino. La frase de que la reforma de 1861 tiene "defectos" y de que es necesaria la ayuda del Estado se ha convertido en una perogrullada. Nuestro deber es señalar que esas calamidades se deben precisamente a la opresión del campesinado como clase; que el gobierno es un fiel defensor de las clases opresoras, y que quienes desean sincera y verdaderamente una mejoría radical de la situación del campesinado no deben buscar la ayuda del gobierno, sino el modo de librarse de su yugo y conquistar la libertad política. Se afirma que los rescates son exorbitantes y que el gobierno haría bien en rebajados y conceder una moratoria. Diremos a esto que todos esos rescates no son sino una expoliación de los campesinos por los terratenientes y el gobierno, encubierta con formas legales y frases burocráticas; no son sino un tributo pagado a los señores feudales por la liberación de sus esclavos. Nosotros exigiremos la abolición total e inmediata de los rescates y los tributos, exigiremos que se devuelvan al pueblo los cientos de millones que durante muchos años ha ido arrebatándole el gobierno zarista para satisfacer los apetitos de los esclavistas. Se dice que los campesinos tienen poca tierra, que se precisa la ayuda del Estado para darles más tierra. Responderemos a esto que, *debido*

precisamente a la ayuda del Estado -la ayuda a los terratenientes, claro está-, los campesinos se han visto privados en tan gran número de casos de las tierras que más necesitan. Exigiremos que se devuelvan a los campesinos los recortes, por medio de los cuales se mantiene el trabajo forzado, avasallado, basado en la prestación personal, es decir, de hecho, el trabajo de siervos. Exigiremos la constitución de comités campesinos para corregir las escandalosas injusticias que han cometido con los esclavos en proceso de liberación los comités de nobles instituidos por el poder del zar. Exigiremos la creación de tribunales que tengan derecho a rebajar las rentas exorbitantes que los terratenientes han impuesto a los campesinos, abusando de la situación desesperada de éstos, y ante los cuales puedan ellos denunciar por usura a cuantos ajusten contratos leoninos, aprovechándose de la extrema miseria de otros. Procuraremos siempre y en todas las ocasiones, explicar a los campesinos que quienes les hablan de tutelas o ayudas del Estado moderno son unos tontainas o unos charlatanes y sus peores enemigos; que los campesinos necesitan, ante todo, liberarse de la arbitrariedad y la opresión del poder burocrático; que necesitan, sobre todo, que se reconozca su plena y absoluta igualdad de derechos en los diversos aspectos con respecto a los demás grupos sociales, que se reconozca la completa libertad de desplazamiento y de traslado; la libertad de disponer de la tierra, la libertad de disponer de todos los asuntos y de todos los ingresos del mir*.

Los hechos más corrientes de la vida de cualquier aldea rusa pueden proporcionar en todo momento miles de argumentos para hacer agitación en favor de las reivindicaciones mencionadas. Esta agitación debe partir de las más apremiantes necesidades concretas de los campesinos de cada lugar, pero sin limitarse a ellas, sino procurando ampliar sin cesar el horizonte de los campesinos, desarrollar incansablemente su conciencia política, señalar el lugar especial que ocupan en el Estado los terratenientes y los campesinos, indicar el único camino que puede liberar al campo del yugo de la arbitrariedad y la opresión que pesa sobre él: la convocación de una asamblea de representantes del pueblo, el derrocamiento de la burocracia de los funcionarios. Es absurdo y ridículo el aserto de que esta reivindicación de libertades políticas no está al alcance de la conciencia de los obreros. No sólo los obreros, que han vivido años de lucha abierta contra los fabricantes y la policía y que ven constantemente las detenciones y las persecuciones arbitrarias de que se hace víctima a los mejores de entre ellos; no sólo estos obreros, contagiados ya de socialismo, sino cualquier campesino despierto, por poco que medite en lo que ve en torno suyo, podrá comprender y asimilar por qué luchan los obreros, podrá comprender la idea de un Zemski Sobor que libere a todo el país del poder omnímodo de los odiados funcionarios. Y la agitación basada en las necesidades inmediatas y más apremiantes de los campesinos sólo podrá cumplir su misión -llevar la lucha de clases al campo- cuando cada vez que denuncie algún mal "económico" sepa plantear, en relación con ello, reivindicaciones políticas concretas.

Ahora bien, ¿puede el Partido Obrero Socialdemócrata incluir en su programa reivindicaciones del tipo de las mencionadas? ¿Puede encargarse de la agitación entre los campesinos? ¿No significará eso que desperdigamos nuestras fuerzas revolucionarias, de por sí tan poco numerosas, y que las apartamos del cauce principal del movimiento, del único cauce seguro?

Tales objeciones se basan en una incomprensión. Sí, tenemos el deber ineludible de incluir en nuestro programa la reivindicación de que se libere a nuestro campo de toda supervivencia de la esclavitud; debemos incluir reivindicaciones capaces de despertar entre la parte mejor del campesinado, si no una lucha política independiente, por lo menos un apoyo consciente a la lucha emancipadora que sostiene la clase obrera. Cometeríamos un error si propugnáramos medidas capaces de frenar el desarrollo social o de preservar artificialmente al pequeño campesino del desarrollo del capitalismo, del desarrollo de la gran producción; pero el error sería aún más funesto si no supiésemos aprovechar el movimiento obrero para difundir entre el campesinado las reivindicaciones democráticas que no pudo satisfacer la reforma del 19 de febrero de 1861 por haberla desfigurado los terratenientes y los funcionarios. Nuestro partido debe incluir esas reivindicaciones si quiere marchar al frente de todo el pueblo en la lucha contra la autocracia**. Pero tal inclusión no significa en modo alguno que nos dediquemos a invitar a las fuerzas revolucionarias activas de la ciudad a que se vayan al campo. Ni mucho menos. No cabe la menor duda de que todos los elementos combativos del partido deben procurar ir a las ciudades y a los centros fabriles, de que sólo el proletariado industrial es capaz de luchar en masa y resueltamente contra la autocracia, de que sólo ese proletariado es capaz de soportar todo el peso de medios de lucha como son celebrar una manifestación pública o asegurar la salida regular y la amplia difusión de un periódico político *popular*. Y si nosotros debemos incluir en nuestro programa las reivindicaciones campesinas, no es para sacar de

* Comunidad campesina. (*N. de la Edit.*)

** Hemos redactado ya un proyecto de programa socialdemócrata que incluye las reivindicaciones mencionadas. Confiamos en que, después de su discusión y reelaboración con ayuda del grupo Emancipación del Trabajo, podremos publicar en uno de los próximos números el proyecto de programa de nuestro partido.

la ciudad a los socialdemócratas convencidos y enviarlos al campo, no es para atarlos al campo. No, no es para eso, sino para proporcionar una guía a la actividad de las fuerzas que *no pueden* encontrar aplicación más que en el campo, para aprovechar, en beneficio de la causa democrática y de la lucha política por la libertad, los vínculos con el campo que las circunstancias ofrecen a muchos intelectuales y obreros fieles a la socialdemocracia y que necesariamente se amplían y multiplican a medida que se desarrolla el movimiento.

Hace ya mucho que hemos superado la etapa en que no éramos sino un pequeño destacamento de voluntarios, en que toda la reserva de fuerzas socialdemócratas se reducía a los círculos juveniles, entregados todos ellos a la labor de "ir a los obreros". Nuestro movimiento cuenta ahora con ejércitos enteros: con el ejército de los obreros incorporados a la lucha por el socialismo y la libertad, con el ejército de los intelectuales que han participado y participan en el movimiento y que se han extendido ya por todos los confines de Rusia, con el ejército de los simpatizantes que contemplan con fe y esperanza el movimiento obrero y están dispuestos a prestarle mil servicios. Y ante nosotros se alza una gran tarea: organizar todos estos ejércitos, organizarlos de modo que seamos capaces no sólo de preparar explosiones fugaces, no sólo de asestar al enemigo golpes ocasionales y dispersos (y por ello nada peligrosos), sino de perseguir al enemigo con una lucha constante, tenaz, firme y desplegada en toda la línea y acosar al gobierno absolutista en todas partes donde siembre opresión y coseche odio. Mas ¿acaso se puede conseguir esto sin sembrar en las masas de millones de campesinos las semillas de la lucha de clases y de la conciencia política? Que no se nos diga que tal cosa es imposible: no sólo es posible, sino que ya se está produciendo, y, además, por miles de caminos que escapan a nuestra atención y a nuestra influencia. Y cuando sepamos dar una consigna que permita ejercer esa influencia e icemos la bandera de la liberación del campesinado ruso de todos los restos del oprobioso régimen de la servidumbre, ese proceso se desarrollará con una amplitud y una rapidez incomparablemente mayores. Los hombres del campo que acuden a las ciudades se fijan ya con curiosidad e interés en la lucha de los obreros -incomprensible para ellos- y difunden la noticia de esta lucha por los rincones más apartados del país. Podemos y debemos conseguir que la curiosidad de estos simples espectadores vaya dando paso a la comprensión, aunque sólo sea confusa e incompleta, de que los obreros luchan por los intereses de todo el pueblo y sea sustituida con una simpatía cada vez mayor hacia esa lucha de los obreros. Y entonces, el día de la victoria del partido obrero revolucionario sobre el gobierno policiaco se acercará con una rapidez insospechada por nosotros mismos.

*Escrito en febrero, después del día 19 (4 de marzo), de 1901. Publicado en abril de 1901, en el núm. 3 de "Iskra".*

*T. 4, págs. 429-437.*

## ¿POR DONDE EMPEZAR?

"¿Qué hacer?": tal es la pregunta que los socialdemócratas rusos se formulan con extraordinaria insistencia durante los últimos años. No se trata de elegir el camino a seguir (como sucedía a fines de la década del 80 y a principios de la del 90), sino de saber qué pasos prácticos debemos dar por un camino conocido y cómo darlos. Se trata de un sistema y de un plan de actividad práctica. Y debemos reconocer que este problema del carácter de la lucha y de sus métodos, fundamental para un partido realista, sigue sin resolver y suscita todavía serias divergencias que revelan una lamentable inestabilidad y vacilación del pensamiento. Por una parte, está muy lejos aún de haber muerto la tendencia "economista", que procura truncar y restringir la labor de organización y de agitación políticas. Por otra, sigue alzando orgullosamente la cabeza la tendencia del eclecticismo sin principios, que se adapta a cada nueva "moda" sin saber distinguir entre las demandas del momento y las tareas fundamentales y necesidades constantes del movimiento en su conjunto. Es sabido que esta tendencia ha anidado en *Rabócheie Dielo*[187]. Su última declaración "programática" -un rimbombante artículo titulado de manera no menos rimbombante, *Viraje histórico* (núm. 6 de *Listok "Rabóchego Diela"*[188])- confirma con evidencia singular la definición que acabamos de hacer. Ayer todavía coqueteaban con el "economismo", se indignaban porque se había criticado duramente a *Rabóchaya Mysl* y "suavizaban" la forma en que Plejánov plantea el problema de la lucha contra la autocracia. Hoy citan ya las palabras de Liebknecht: "Si las circunstancias cambian en veinticuatro horas, hay que cambiar de táctica también en veinticuatro horas"; hablan ya de "una fuerte organización combativa" para el ataque directo, para el asalto contra la autocracia, de "una amplia agitación política revolucionaria (¡vean con qué energía lo dicen: y política y revolucionaria!) entre las masas", de "un constante llamamiento a protestar en la calle", de "organizar en las calles manifestaciones de carácter marcadamente (*¡sic!*) político", etc., etc.

Podríamos, quizá, expresar nuestra satisfacción por el hecho de que *Rabócheie Dielo* haya asimilado con tanta rapidez el programa que formulamos ya en el primer número de Iskra: formar un partido fuerte y organizado que tienda no sólo a arrancar concesiones aisladas; sino a conquistar la fortaleza misma de la autocracia. Pero la falta de firmeza en los puntos de vista de quienes han asimilado ahora el nuestro puede malograr toda satisfacción.

Por supuesto, *Rabócheie Dielo* invoca en vano el nombre de Liebknecht. En veinticuatro horas se puede cambiar de táctica en la agitación respecto a algún problema especial, se puede cambiar de táctica en la realización de algún detalle de organización del partido; pero cambiar, no digamos en veinticuatro horas, sino incluso en veinticuatro meses de criterio acerca de si hace falta en general, siempre y en absoluto una organización combativa y una agitación política entre las masas es cosa que sólo pueden hacer personas sin principios. Es ridículo hablar de situación distinta, de alternación de períodos: laborar para crear una organización combativa y hacer agitación política es obligatorio en todas las circunstancias "monótonas y pacíficas", en cualquier período de "decaimiento del espíritu revolucionario". Es más: precisamente en tales circunstancias y en tales períodos es necesario de una manera especial el trabajo indicado, pues en los momentos de explosiones y estallidos es ya tarde para crear una organización; la organización debe estar preparada para desplegar inmediatamente su actividad. "¡Cambiar de táctica en veinticuatro horas!" Mas para cambiar de táctica hay que empezar por tener una táctica, y si no existe una organización fuerte, con experiencia de lucha política en cualquier situación y en cualquier período no se puede ni hablar de un plan sistemático de actividad basado en principios firmes y aplicado rigurosamente, del único plan que merece el nombre de táctica. Fíjense, en efecto: se nos dice ya que "el momento histórico" ha planteado ante nuestro partido un problema "absolutamente nuevo", el problema del terrorismo. Hace poco era "absolutamente nuevo" el problema de la agitación y la organización políticas, ahora, el del terrorismo. ¿No es extraño oír cómo hablan de un cambio radical de táctica personas que olvidan hasta tal punto su parentesco?

Por fortuna, *Rabócheie Dielo* no tiene razón. El problema del terrorismo no tiene nada de nuevo, y nos bastará con recordar brevemente las opiniones, ya determinadas, de la socialdemocracia rusa.

En principio, jamás hemos renunciado ni podemos renunciar al terror. El terror es una acción militar que puede ser utilísima y hasta indispensable en cierto momento de la batalla, con cierto estado de las fuerzas y en ciertas condiciones. Pero el quid de la cuestión está precisamente en que el terror se propugna ahora no como una operación de un ejército en campaña, como una operación ligada de

manera estrecha a todo el sistema de lucha y coordinada con él, sino como un medio de agresión individual, independiente y aislado de todo ejército. Y el terror no puede ser otra cosa cuando falta una organización revolucionaria central y son débiles las locales. Por eso declaramos categóricamente que tal medio de lucha en las circunstancias actuales no es oportuno ni adecuado; que aparta a los militantes más activos de su verdadero cometido, más importante desde el punto de vista de los intereses de todo el movimiento; que no desorganiza las fuerzas gubernamentales, sino las revolucionarias. Recuerden los últimos sucesos: ante nuestros propios ojos, grandes masas de obreros y de la "plebe" de las ciudades arden en deseos de lanzarse a la lucha, pero resulta que los revolucionarios carecen de un Estado Mayor de dirigentes y organizadores. En esas condiciones, el paso de los revolucionarios más enérgicos al terror ¿no amenaza con debilitar los únicos destacamentos de combate en que se pueden cifrar esperanzas serias? ¿No implica el peligro de que se rompa el lazo de unión entre las organizaciones revolucionarias y las dispersas masas de descontentos, que protestan y están dispuestos a luchar, pero que son débiles precisamente a causa de su dispersión? Porque no debe olvidarse que este lazo de unión es la única garantía de nuestro éxito. Estamos muy lejos de pensar que deba negarse todo valor a heroicos golpes aislados, pero es nuestro deber prevenir con toda energía contra la afición al terror, contra su concepción como medio principal y fundamental de lucha, cosa a la que tanto se inclinan muchísimos en el momento actual. El terror jamás será una acción militar de carácter ordinario: en el mejor de los casos, sólo es utilizable como uno de los medios que se emplean en el asalto decisivo. Cabe preguntar: ¿podemos, en el momento actual, *llamar* a semejante asalto? *Rabócheie Dielo*, al parecer, cree que sí. Por lo menos exclama: "¡Formad en columnas de asalto!" Pero también eso es empeño desatinado. La masa principal de nuestras fuerzas de combate la componen voluntarios e insurrectos. Sólo tenemos unos cuantos destacamentos pequeños de ejército regular, y además sin movilizar y sin ligazón, que no saben todavía formar en columnas militares en general, y menos aún en columnas de asalto. En esta situación, todo el que sea capaz de observar las condiciones generales de nuestra lucha, sin olvidarlas en cada "viraje" del desarrollo histórico de los acontecimientos, debe ver con claridad que nuestra consigna en el momento actual no puede ser "lanzarse al asalto", sino "organizar debidamente el asedio de la fortaleza enemiga". Dicho en otros términos: la tarea inmediata de nuestro partido no puede consistir en llamar a todas las fuerzas existentes a atacar ahora mismo, sino en exhortar a formar una organización revolucionaria capaz de unir todas las fuerzas y de dirigir el movimiento no sólo nominalmente, sino en realidad, es decir, capaz de estar siempre dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión, aprovechándolas para multiplicar y reforzar los efectivos que han de utilizarse en el combate decisivo.

Las enseñanzas de los sucesos de febrero y marzo[189] son tan impresionantes que apenas si podrán encontrarse ahora objeciones de principio contra esta conclusión. Pero lo que se exige de nosotros en el momento actual es que resolvamos el problema de una manera práctica, y no en principio. No sólo debemos comprender qué organización necesitamos y para qué labor; tenemos también que trazar *un plan* concreto de esta organización, a fin de que se pueda emprender su creación en todos los aspectos. Dada la urgencia e importancia del asunto, nos decidimos por nuestra parte a someter a la consideración de los camaradas el bosquejo de un plan que desarrollaremos con más detalle en un folleto en preparación [190].

A nuestro juicio, el punto de partida de nuestra actividad, el primer paso práctico hacia la creación de la organización deseada y, por último, el hilo fundamental al que podríamos asimos para desarrollar, ahondar y ampliar incesantemente esta organización debe ser la fundación de un periódico político para toda Rusia. Necesitamos, ante todo, un periódico. Sin él será imposible desplegar de modo sistemático una propaganda y una agitación que se atengan con firmeza a los principios y abarquen todos los aspectos. Esta tarea, constante y fundamental, en general, de la socialdemocracia, es singularmente vital en estos momentos, en los que el interés por la política y por los problemas del socialismo se ha despertado en los más vastos sectores de la población. Nunca se ha sentido tanto como ahora la necesidad de completar la agitación dispersa, efectuada por medio de la influencia personal, de hojas locales, folletos, etc., con la agitación regular y general, que sólo puede hacerse a través de la prensa periódica. No será exagerado decir que el grado de frecuencia y regularidad con que se publica (y difunde) un periódico puede ser la medida más exacta de la seriedad con que está organizada esta rama de nuestra actividad combativa, más primordial y urgente. Además, necesitamos un periódico destinado precisamente a toda Rusia. Si no sabemos unir nuestra influencia en el pueblo y en el gobierno por medio de la palabra impresa, y mientras no sepamos hacerlo, será utópico pensar en unir otras formas de influencia más complejas, más difíciles, pero, en cambio, más decisivas. Nuestro movimiento, tanto en el sentido ideológico como en el sentido práctico, de organización, adolece más que nada de dispersión, de que la inmensa mayoría de los socialdemócratas están absorbidos casi en absoluto por una labor puramente local, que limita sus horizontes, el alcance de su actividad y su aptitud y preparación para la clandestinidad, Precisamente en esta dispersión deben buscarse las raíces más

profundas de la inestabilidad y de las vacilaciones de que hemos hablado más arriba. Y *el primer* paso para eliminar esta deficiencia, para transformar los diversos movimientos locales en un solo movimiento de toda Rusia, debe ser la publicación de un periódico para toda Rusia.

Por último, necesitamos sin falta un periódico *político*. Sin un órgano político es inconcebible en la Europa contemporánea un movimiento que merezca el nombre de movimiento político. Sin ese periódico será imposible en absoluto cumplir nuestra misión: concentrar todos los elementos de descontento político y de protesta y fecundar con ellos el movimiento revolucionario del proletariado. Hemos dado el primer paso, hemos despertado en la clase obrera la pasión por las denuncias de carácter "económico", de los atropellos cometidos en las fábricas. Debemos dar el paso siguiente: despertar en todos los sectores del pueblo con un mínimo de conciencia la pasión por las denuncias *políticas*. No debe desconcertamos que las voces que hacen denuncias políticas sean ahora tan débiles, escasas y tímidas. La causa de ello no es, ni mucho menos, una resignación general con la arbitrariedad policíaca. La razón está en que las personas capaces de denunciar y dispuestas a hacerlo no tienen una tribuna desde la que puedan hablar, no tienen un auditorio que escuche ávidamente y anime a los oradores, no ven por parte alguna en el pueblo una fuerza a la que merezca la pena dirigir una queja contra el "todopoderoso" gobierno ruso. Pero ahora todo eso cambia con extraordinaria rapidez. Esa fuerza existe: es el proletariado revolucionario, que ha demostrado ya estar dispuesto no sólo a escuchar y apoyar el llamamiento a la lucha política, sino también a lanzarse valientemente a la lucha. Ahora podemos y debemos crear una tribuna para denunciar ante todo el pueblo al gobierno zarista: esa tribuna tiene que ser un periódico socialdemócrata. La clase obrera rusa, a diferencia de las demás clases y sectores de la sociedad rusa, revela un interés permanente por los conocimientos políticos, y su demanda de publicaciones clandestinas es siempre inmensa (y no sólo en períodos de efervescencia singular). Ante semejante demanda masiva, cuando se ha iniciado ya la formación de dirigentes revolucionarios experimentados, cuando la clase obrera ha llegado a un grado tal de concentración que la convierte de hecho en dueña de la situación en los barrios obreros de las grandes ciudades, en los poblados de las fábricas y en las localidades fabriles, la organización de un periódico político está plenamente al alcance del proletariado. Y a través del proletariado, el periódico penetrará en las filas de la pequeña burguesía urbana, de los artesanos rurales y de los campesinos, y será un verdadero periódico político popular.

La misión del periódico no se limita, sin embargo, a difundir ideas, a educar políticamente y a conquistar aliados políticos. El periódico no es sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo. En este último sentido se le puede comparar con los andamios que se levantan alrededor de un edificio en construcción, que señalan sus contornos, facilitan las relaciones entre los distintos constructores, les ayudan a distribuirse la tarea y a observar los resultados generales alcanzados por el trabajo organizado. Con la ayuda del periódico, y en ligazón con él, se irá formando por sí misma una organización permanente, que se ocupe no sólo en la labor local, sino también en la labor general regular; que habitúe a sus miembros a seguir atentamente los acontecimientos políticos, a apreciar su significado y su influencia sobre los distintos sectores de la población, a concebir los medios más adecuados para que el partido revolucionario influya en estos acontecimientos. La sola tarea técnica de asegurar un suministro normal de informaciones al periódico y una difusión normal del mismo obliga ya a crear una red de agentes locales del partido único, de agentes que mantengan entre sí relaciones intensas, que conozcan el estado general de las cosas, que se acostumbren a cumplir sistemáticamente funciones parciales de una labor realizada en toda Rusia y que prueben sus fuerzas en la organización de distintas acciones revolucionarias. Esta red de agentes* será precisamente la armazón de la organización que necesitamos: lo suficientemente grande para abarcar todo el país; lo suficientemente vasta y variada para instaurar una rigurosa y detallada división del trabajo; lo suficientemente firme para saber proseguir sin desmayo su labor en todas las circunstancias y en todos los "virajes" y situaciones inesperadas; lo suficientemente flexible para saber, de un lado, rehuir las batallas en campo abierto contra un enemigo que tiene superioridad aplastante de fuerzas cuando concentra éstas en un punto, y para saber, de otro lado, aprovechar la torpeza de movimientos de este enemigo y lanzarse sobre él en el sitio y en el momento en que menos espere ser atacado. Hoy se nos plantea una tarea relativamente fácil: apoyar a los estudiantes que se manifiestan en las calles de las grandes ciudades. Mañana se nos planteará, quizá, una tarea más difícil: por ejemplo, apoyar un movimiento de obreros sin trabajo en una región determinada. Pasado mañana tendremos que estar en nuestro puesto para participar de un modo revolucionario en un alzamiento campesino. Hoy debemos aprovechar la agravación de la situación

---

* Por supuesto, estos agentes podrían trabajar eficazmente sólo vinculados por entero a los comités locales (grupos, círculos) de nuestro partido. Y, en general, todo el plan que trazamos es irrealizable, desde luego, sin el apoyo más activo de los comités, que más de una vez han dado pasos para unificar el partido y que -estamos seguros de ello- lo conseguirán un día u otro, en una u otra forma.

política, provocada por el gobierno con su cruzada contra los zemstvos. Mañana deberemos respaldar la indignación de la población contra el desenfreno de tal o cual bachibozuk zarista y ayudar -por medio de un boicot, de una campaña de hostigamiento, de una manifestación, etc.- a darle una lección que le obligue a una franca retirada. Semejante grado de disposición combativa sólo puede lograrse con la actividad constante a que se dedica un ejército regular. Y si unimos nuestras fuerzas para asegurar la publicación de un periódico común, esa labor preparará y destacará no sólo a los propagandistas más hábiles, sino también a los organizadores más expertos, a los dirigentes políticos del partido más capaces, que puedan, en el momento necesario, lanzar la consigna del combate decisivo y dirigirlo.

Como conclusión, unas palabras para evitar posibles confusiones. Hemos hablado todo el tiempo sólo de preparación sistemática, metódica; pero con eso no hemos querido decir en modo alguno que la autocracia pueda caer exclusivamente por un asedio acertado o por un asalto organizado. Tal punto de vista sería de un doctrinarismo insensato. Al contrario, es plenamente posible, e históricamente mucho más probable, que la autocracia caiga bajo la presión de una de esas explosiones espontáneas o complicaciones políticas imprevistas, que amenazan siempre por todas partes. Pero ningún partido político puede, sin caer en el aventurerismo, basar su actividad en semejantes explosiones y complicaciones. Nosotros debemos seguir nuestro camino y realizar sin desfallecimientos nuestra labor sistemática. Y cuanto menos contemos con lo inesperado, tanto más probable será que no nos pille desprevenidos ningún "viraje histórico".

*Escrito en mayo de 1901. Publicado en mayo de 1901, en el núm. 4 de "Iskra".*
*T. 5, págs. 1-13.*

## ANARQUISMO Y SOCIALISMO.

Tesis:

1) El anarquismo, en 35-40 años (Bakunin y la *Internacional* 1866) de existencia (y con Stirner muchos más años) no ha dado nada, excepto frases generales contra *la explotación*.

Estas frases están en uso desde hace más de 2.000 años. Falta (a) comprensión de las causas de la explotación; (b) comprensión del *desarrollo* de la sociedad, que conduce al socialismo; (c) comprensión de *la lucha de las clases* como fuerza creadora de la realización del socialismo.

2) Comprensión de *las causas* de la explotación. La propiedad privada como base de la economía *mercantil*. La propiedad social de los medios de producción. *Nil*[*] en el anarquismo.

El anarquismo es *el individualismo* burgués a la inversa. El individualismo como base de toda la concepción del mundo del anarquismo.

Defensa de la pequeña propiedad y de la *pequeña hacienda* en la tierra.

*Keine Majorität*[**].

Negación de la fuerza unificadora y organizadora del poder.

3) Incomprensión del desarrollo de la sociedad - papel de la gran producción- transformación del capitalismo en socialismo.

(El anarquismo es fruto de la *desesperación*. Es la psicología del intelectual descarriado o del elemento desclasado, pero no del proletario.)

4) Incomprensión de la lucha *de clase* del proletariado.

Negación absurda de la política en la sociedad burguesa.

Incomprensión del papel de la organización y de la educación de los obreros.

Panaceas compuestas de remedios unilaterales, sin conexión.

5) ¿Qué ha dado el anarquismo, dominante en otros tiempos en los países latinos, en la historia contemporánea de Europa?

- Ninguna doctrina, ninguna enseñanza revolucionaria, ninguna teoría.
- División del movimiento obrero.
- *Fiasco* completo en las experiencias del movimiento revolucionario (el proudhonismo en 1871, el bakuninismo en 1873).
- Subordinación de la clase obrera a la política *burguesa* bajo la apariencia de negación de la política.

*Escrito en 1901. Publicado por vez primera en 1936, en el núm. 7 de la revista "Proletárskaya Revoliutsia".*

*T. 5, págs. 377-378.*

---

[*] Nada. (*N. de la Edit.*)

[**] Ninguna mayoría (es decir, negación por los anarquistas de la subordinación de la minoría a la mayoría). (*N. de la Edit.*)

## NOTAS.

1 *Rússkoie Bogatstvo* ("La Riqueza Rusa"): revista mensual que se publicó en Petersburgo desde 1876 hasta mediados de 1918. A comienzos de los años 90 pasó a ser órgano de los populistas liberales, teniendo como directores a S. N. Krivenko y N. K. Mijailovski. Propagaba la reconciliación con el gobierno zarista y combatió encanizadamente el marxismo y a los marxistas rusos.

2 Se alude al artículo de N. K. Mijailovski *La literatura y la vida*, inserto en la revista *Rússkoie Bogatstvo*, núm. 10 de 1893.

3 Se trata del artículo de Y. G. Zhukovski *Carlos Marx y su libro acerca del capital*, aparecido en la revista *Véstnik Evropy* ("El Mensajero de Europa"). núm. 9 de 1877, que contenía una interpretación falsa de *El Capital*, así como de la respuesta de N. Mijailovski a dicho artículo, titulada *Carlos Marx ante el juzgado del señor Y. Zhukovski*, publicada en el núm. 10 de 1877 de la revista *Otiéchestvennie Zapiski* ("Anales Patrios").

4 Véase Carlos Marx. *El Capital*, t. I. Prólogo a la primera edición alemana.

5 Lenin cita el prólogo de *Contribución a la crítica de la economía política*, de Marx (véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. II, ed. en español, Moscú).

6 *El Contrato Social*: una de las obras fundamentales de Juan Jacobo Rousseau. Su título completo es: *Du Contract social; ou Principes du droit politique* (*Del contrato social, o principios del derecho político*): se editó en Ámsterdam en 1762. La idea básica de esta obra es la afirmación de que todo régimen social debe ser resultado de un acuerdo libre, de un contrato entre los hombres. Idealista en el fondo, la teoría del "contrato social", formulada en vísperas de la revolución democrática burguesa del siglo XVIII en Francia, desempeñó, no obstante, un papel revolucionario. Fue una expresión de las demandas de igualdad burguesa, un llamamiento a la abolición de los privilegios feudales de los estamentos y a la proclamación de la república burguesa.

7 Carlos Marx escribió la *Carta a la Redacción de Otiéchestvennie Zapiski* a fines de 1877 con motivo del artículo de N. Mijailovski *Carlos Marx ante el juzgado del señor Y. Zhukovski*. Engels envió esta carta a Rusia después de la muerte de Marx.

8 Véase F. Engels. *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugenio Dühring* (Segunda parte. *Economía política*. Capítulo primero. *Objeto método*).

9 Marx y Engels escribieron juntos la obra aludida aquí, *La Ideología Alemana*, en la que trabajaron durante 1845 y 1846. El manuscrito constaba de dos tomos, el primero de los cuales contenía principalmente la elaboración de las tesis fundamentales del materialismo histórico y la crítica de las opiniones filosóficas de L. Feuerbach, B. Bauer y M. Stirner; el segundo, la crítica de las opiniones de diversos representantes del "socialismo verdadero".
La característica aducida que Engels dio de *La Ideología Alemana* está tomada de la nota preliminar de su obra *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. III, ed. en español, Moscú).

10 Véase F. Engels. Prólogo a la primera edición alemana de la obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. III, ed. en español, Moscú).

11 *Organización gentilicia de la sociedad*: régimen de la comunidad primitiva, primera formación socioeconómica en la historia de la humanidad.

12 *Sistema de "pomestie"*: peculiar sistema de posesión feudal de la tierra que surgió y se afianzó en Rusia en el siglo XV y, sobre todo, en el siglo XVI. La tierra de "pomestie" (feudo), considerada propiedad del soberano feudal, era concedida por el gobierno a quienes contraían la obligación de prestar servicios de armas o en la corte. A diferencia de la "vótchina" (señorío ruso), que era propiedad plena y hereditaria del boyardo, el "pomestie' era una posesión condicional y temporal del noble que sentaba plaza. En el siglo XVII desapareció la diferencia entre estas dos formas de posesión feudal de la tierra.

13 *Asociación Internacional de los Trabajadores, I Internacional*: primera organización internacional del proletariado, fundada por Carlos Marx en 1864. La I Internacional dirigió la lucha económica y política de los obreros de distintos países y reforzó su solidaridad internacional; desempeñó un magno papel en la difusión del marxismo y en la unión del socialismo con el movimiento obrero.
Tras la derrota de la Comuna de Paris, se planteó a la clase obrera la tarea de fundar partidos nacionales de masas basados en los principios propugnados por la I Internacional.
La I Internacional fue disuelta oficialmente en 1876.

14 Lenin alude a la *Comuna de Paris de 1871*, primera experiencia conocida en la historia de dictadura del proletariado, de gobierno revolucionario de la clase obrera. Fue creado por la revolución proletaria en Paris y existió 72 días: desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo.

15 *Nóvoie Vremia* ("Tiempos Nuevos"): diario que se publicó en Petersburgo desde 1868 hasta 1917; perteneció a diversos editores y cambió varias veces de orientación política. Liberal moderado al principio, se convirtió desde 1876 en órgano de los medios reaccionarios y burocráticos.
En el folletín *Ensayos críticos*, publicado el 4 de febrero de 1894, V. Burenin elogió a N. Mijailovski

por su lucha contra los marxistas.

16 Palabras de la fábula de I. Krylov *El elefante y el gozque*.

17 Véase F. Engels. Prefacio a la primera edición de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. (C. Marx y E. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. III, ed. en español, Moscú).

18 Se alude a la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

19 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I. *Palabras finales* de Marx a la segunda edición.

20 Lenin se refiere a la revista *Deutsch-Franzüsiche Jahrbücher* ("Anales Franco-Alemanes"), que se editó en Paris, en alemán, bajo la dirección de C. Marx y A Ruge. No salió más que el primer número, doble, en febrero de 1844.

21 *Triada* (del griego *trias*): en filosofía, fórmula del desarrollo en tres fases. Los primeros en expresar la idea de este desarrollo fueron los filósofos idealistas de la antigua Grecia. La triada alcanzó el mayor desenvolvimiento en la filosofía idealista de Hegel, quien consideró que todo proceso de desarrollo tiene tres fases: tesis, antitesis y síntesis. La segunda fase significa la negación de la primera y el tránsito a ella es la transformación en su contrario; la tercera fase es la negación de la segunda, o sea, la negación de la negación; implica, en el fondo, el retorno a la forma inicial, pero enriquecida con un nuevo contenido. Marx, Engels y Lenin encarecieron los elementos racionales de la dialéctica de Hegel, elaboraron con espíritu crítico el método dialéctico de ésta y crearon la dialéctica materialista, que refleja las leyes más generales del desarrollo del mundo objetivo y del pensamiento humano.

22 Véase F. Engels. *Anti-Dühring* (Primera parte. *Filosofía*. Capitulo XIII. *La dialéctica. La negación de la negación*).

23 *Véstnik Evropy* ("El Mensajero de Europa") revista mensual política, histórica y literaria de orientación liberal; se publicó en Petersburgo de 1866 a 1918. Insertaba artículos contra los marxistas revolucionarios.

El autor del comentario *El punto de vista de la crítica de C. Marx sobre la economía política* fue I. I. Kaufman, catedrático de la Universidad de San Petersburgo. Marx calificó el suelto de certera exposición del método dialéctico.

24 Lenin aduce luego en el texto (presente volumen) un fragmento del *Anti-Dühring*, de Engels (Primera parte. *Filosofía*. Capítulo XIII. *La dialéctica. La negación de la negación*).

25 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, sección I, cap. 1, § 4.

26 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, sección VII, cap. XXIV, § 7.

27 Se alude a las *Palabras finales a la segunda edición* del primer tomo de *El Capital*.

28 *Otiéchestvennie Zapiski* ("Anales Patrios"): revista política y literaria que se publicó en San Petersburgo desde 1820 hasta 1884. De 1839 a 1846 la encabezó V. G. Belinski; de 1868 a 1877 estuvo en manos de Nekrásov y Saltykov-Schedrln y agrupó en tomo suyo a los intelectuales democráticos revolucionarios. A partir de 1877 predominaron en ella los populistas. Esta revista sumó persecuciones constantes de la censura y, en definitiva, fue clausurada por el gobierno zarista.

29 Se trata de las siguientes tesis que Marx y Engels formularon en el capitulo segundo del *Manifiesto del Partido Comunista*:

"Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados por tal o cual reformador del mundo.

"No son sino la expresión del conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos". (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, ed. en español, Moscú).

30 Véase F. Engels. *Anti-Dühring* (Primera parte. *Filosofía*. Capitulo IX. *La moral y el derecho. Las verdades eternas*).

31 Lenin alude a dos artículos de N. K. Mijailovski: A propósito de la edición rusa del libro de Carlos Marx (*Otiéchestvennie Zapiski* núm. 4 de 1872) y *Carlos Marx ante el juzgado del señor Y. Zhukovski* (*Oliéchestvennie Zapiski* núm. 10 de 1877).

32 Lenin cita una carta de C. Marx a A. Ruge (septiembre de 1843).

33 Lenin alude a S. N. Yuzhakov, colaborador de *Rússkoie Bogatstvo*, cuyas concepciones acerca de la economía política criticó en el fascículo segundo del libro *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*. No se ha encontrado ni el manuscrito ni la edición en hectógrafo de este fascículo.

34 *Rússkaya Mysl* ("El Pensamiento Ruso") revista mensual de orientación populista liberal que se publicó en Moscú desde 1880 hasta 1918. En los años 90, durante la polémica de los marxistas con los populistas liberales, la revista sustentó posiciones populistas, pero a veces dio cabida en sus páginas a artículos de los marxistas.

Después de la revolución de 1905, la revista pasó a ser órgano del ala derecha del Partido Demócrata Constitucionalista, de carácter burgués.

35 Lenin se refiere al grupo *Emancipación del Trabajo*, primer grupo marxista ruso fundado por I. Plejánov, en Ginebra (Suiza), en 1883.

El grupo realizó una gran labor de propaganda del marxismo en Rusia, Tradujo al ruso, editó en el extranjero y difundió en Rusia las obras de Marx y Engels; además, divulgó el marxismo en sus publicaciones.

Con su actividad, el grupo asestó un duro golpe al populismo. Los dos proyectos de programa de los socialdemócratas rusos, que escribió Plejánov en 1883 y 1885, fueron un importante paso en la preparación y fundación del Partido Socialdemócrata de Rusia.

El grupo Emancipación del Trabajo entró en contacto con el movimiento obrero internacional y, a partir del primer Congreso de la II Internacional (Paris, 1899), representó en todos sus congresos a los socialdemócratas de Rusia.

Pero el grupo Emancipación del Trabajo incurrió también en graves errores: sobrestimo el papel de la burguesía liberal y subestimó la capacidad revolucionaria del campesinado como reserva de la

revolución proletaria. Estos errores fueron el embrión de las ulteriores concepciones mencheviques de Plejánov y de otros miembros del grupo.

36 *Libertad del Pueblo*: organización revolucionaria secreta de populistas terroristas que se formó en agosto de 1879. Su objetivo inmediato era derrocar la autocracia zarista y proclamar la república democrática. Los adeptos de esta organización plantearon, por vez primera en la historia del populismo, la necesidad de la lucha política, pero la redujeron al complot y al terrorismo individual.
Tras una serie de intentos frustrados, el 1 de marzo de 1881 murió asesinado el zar Alejandro II. Los organizadores del atentado fueron detenidos y ejecutados, después de lo cual se celebraron numerosos procesos. Al poco tiempo cesó la actividad de Libertad del Pueblo. La teoría y la táctica erróneas, así como la falta de vastos vínculos con las masas populares, determinaron el fracaso de esta organización, pese a la abnegación y el heroísmo de sus componentes.

37 *Populismo*: corriente pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario ruso surgida en los años 60 y 70 del siglo XIX. Los populistas propugnaban el derrocamiento de la autocracia y la entrega de la tierra de los latifundistas a los campesinos. Se consideraban socialistas, pero su socialismo era utópico.
Los populistas negaban el desarrollo regular de las relaciones capitalistas en Rusia y, de conformidad con esto, consideraban que la principal fuerza revolucionaria era el campesinado y no el proletariado. Según ellos, la comunidad rural era el embrión del socialismo. Negaban asimismo el papel de las masas populares en el proceso histórico y afirmaban que la historia la hacen los grandes hombres, "los héroes", que eran contrapuestos a "la multitud", inerte según el populismo. Deseosos de alzar a los campesinos a la lucha contra la autocracia, los populistas iban a las aldeas, "al pueblo" (y de ahí su denominación).
El populismo atravesó en Rusia por una serie de etapas, evolucionando de la democracia revolucionaria al liberalismo. Los populistas revolucionarios de los anos 70 del siglo XIX iban a las aldeas para hacer agitación entre los campesinos y tratar de lanzarlos a un levantamiento contra el zar y los terratenientes, pero no encontraron allí apoyo. En los años 80 y 90 apareció en la prensa legal rusa una nueva corriente populista, conocida con la denominación de populismo liberal. Los populistas liberales renunciaron a la lucha revolucionaria contra la autocracia y pretendieron conseguir del gobierno zarista algunas reformas, en beneficio principalmente de la parte acomodada del campesinado: los kulaks. Estos populistas sostuvieron, en sus revistas y en sus libros, una encarnizada lucha contra los marxistas.

38 *Advertencia de los editores*: epílogo a la primera edición del primer fascículo de la obra de Lenin *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*, editado en hectógrafo en junio de 1894.

39 *A propósito de la presente edición*: epilogo a la segunda edición de la obra *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*, editada en hectógrafo en julio de 1894.

40 No se ha encontrado hasta ahora el segundo fascículo de la obra *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*, dedicado a refutar las concepciones económicas de Yuzhakov.

41 *Yuridícheski Véstnik* ("Noticiero Jurídico"): revista mensual de tendencia liberal burguesa; apareció en Moscú de 1867 a 1892.

42 *Tierra parcelaria*: tierra dejada en usufructo a los campesinos después de ser abolida la servidumbre en Rusia en 1861; estaba en posesión comunal y se distribuía en usufructo entre los campesinos mediante repartos periódicos.

43 Lenin alude al manifiesto sobre la abolición del régimen de la servidumbre en Rusia, firmado el 19 de febrero de 1861 por el zar Alejandro II.

44 *Zemstvo*: sedicente administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Sus atribuciones estaban limitadas a los asuntos económicos puramente locales (construcción de hospitales y caminos, estadística, seguros, etc.), Controlaban su actividad los gobernadores y el Ministerio del Interior, que podían anular cualquier acuerdo indeseable para el gobierno.

45 *Los datos de unos cuantos distritos* sobre la disociación del campesinado, que Lenin aduce, se incluyeron en el segundo fascículo, no hallado, del libro *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*.

46 *Campesinos "chetviertnie"* nombre que se daba en la Rusia zarista a una categoría de campesinos que habían sido siervos del Estado y descendían de los hombres de armas modestos establecidos en los siglos XVI y XVI1 en las zonas periféricas del Estado de Moscovia. Por su servicio de guarda de las fronteras, dichos hombres de armas recibían en usufructo temporal o hereditario pequeños terrenos, que se medían por "chétverti". A partir de 1719, estos colonos del Estado empezaron a denominarse campesinos propietarios de una hacienda y a disfrutar de diversos privilegios, incluido el derecho de tener siervos. A lo largo del siglo XIX, los colonos mencionados fueron igualándose poco a poco en derechos a los restantes campesinos. Según el Reglamento de 1866, la tierra que poseían (tierra "chetviertnaya") fue reconocida propiedad privada suya.

47 Lenin cita aquí y en otros lugares de este volumen el libro de I. A. Gúrvich *Situación económica de la aldea rusa*.

48 *Kolupáev y Derunov*: tipos de capitalistas rapaces presentados en las obras del satírico ruso M. Saltykov-Schedrín.

49 Lenin cita la obra de Marx *Crítica de la filosofía hegeliana del Derecho*. *Introducción*.

50 *Pornpadour*: tipo satírico generalizado que M. Saltykov-Schedrin presentó en su obra Los Pompadoures y las Pompadoures. El gran escritor

satírico ruso estigmatizó en esta obra a la alta administración zarista, a los ministros y gobernadores. La certera definición de Saltykov-Schedrín ha arraigado en el ruso como sinónimo de arbitrariedad y despotismo burocrático.

51 Palabras de la poesía *A los sembradores*, del literato ruso N. A Nekrásov.

52 *Landbills de Gladstone*: leyes agrarias que aprobó el ministro liberal inglés de Gladstone en los años 70 y 80 del siglo XIX. Con el fin de atenuar la lucha entre los arrendatarios y los *landlords* (terratenientes) y ganarse los votos de los primeros, el gobierno de Gladstone hizo algunas restricciones insignificantes de la arbitrariedad de los *landlords*, que desahuciaban en masa a los arrendatarios. Prometió asimismo regular el pago de los atrasos de los arrendatarios, crear tribunales agrarios especiales para fijar un pago "justo" de las rentas, etc.

53 *Pagos de rescate*: cantidades que, según el reglamento del 19 de febrero de 1861 sobre la abolición de la servidumbre en Rusia, debían pagar los campesinos a los terratenientes por las parcelas que recibían. Los pagos de rescate superaban en mucho el precio real de la tierra. Al cerrar el trato de rescate, el gobierno abonaba a los terratenientes una suma, considerada deuda de los campesinos y que éstos debían amortizar en cuarenta y nueve años. Las partes correspondientes de dicha deuda que entregaban cada año los campesinos se llamaban pagos de rescate. Eran tan abrumadores y superiores a las fuerzas de los campesinos que originaban su ruina y depauperación en masa.

El movimiento campesino durante la primera revolución rusa de 1905-1907 obligó al gobierno zarista a abolir los pagos de rescate desde enero de 1907.

54 Lenin se refiere al cuento de M. Saltykov-Schedrín *El liberal*.

55 El cargo administrativo de jefe del zemstvo fue instituido en 1889 por el gobierno zarista con el propósito de reforzar el poder de los terratenientes sobre lo campesinos. Los jefes de los zemstvos eran designados de entre los terratenientes nobles de cada lugar y gozaban de inmensos derechos administrativos y judiciales sobre los campesinos, incluido el de encarcelados y someterlos a castigos corporales.

*Consejo de los Zemstvos*: en la Rusia prerrevolucionaria, organismo ejecutivo de las asambleas de los zemstvos distritales y provinciales. Fueron instituidas en 1864 y tenían derechos y funciones restringidos.

56 *Nedelia* ("La Semana"): periódico político y literario de orientación populista liberal; apareció en San Petersburgo desde 1866 hasta 1901. Propagaba la sedicente teoría de las "acciones pequeñas y exhortaba a los intelectuales a renunciar a la lucha revolucionaria contra la autocracia y dedicarse al "culturalismo".

57 Lenin se refiere al socialismo utópico francés, que se difundió mucho a comienzos del siglo XIX y fue una de las principales corrientes ideológicas de aquel período. Los representantes más insignes del socialismo utópico francés fueron Saint-Simon y Fourier.

58 Lenin alude al libro de V. V. (Y. P. Vorontsov) *Nuestras tendencias*, editado en 1893.

59 N. K. Mijailovski respondió a V. V. en el artículo *La literatura y la vida*, publicado en el núm. 10 de *Rússkoie Bogatstvo* de 1893.

60 *Bakuninistas y rebeldes*: adeptos y secuaces de M. Bakunin, ideólogo del anarquismo. A juicio de los bakuuinistas, una sociedad revolucionaria secreta compuesta de personalidades "insignes" debía dirigir los motines populares que se producirían inmediatamente, Así, los bakuninistas opinaban que los campesinos de Rusia estaban preparados para sublevarse en el acto. Su táctica de conspirar, promover motines al instante y cometer actos de terrorismo era una táctica aventurera en pugna con la doctrina marxista de la insurrección.

61 Lenin se refiere a la institución representativa central. Para muchos revolucionarios rusos, convocar el Zemski Sobor era tanto como destronar a la dinastía zarista.

La convocatoria del Zemski Sohor, compuesto de representantes de todos los ciudadanos, para redactar una constitución fue una de las reivindicaciones programáticas del Partido Socialdemócrata de Rusia.

62 Se alude a N. Chernyshevski y A Herzen. En este caso y más adelante se cita la carta de Marx a la Redacción de *Oliéchestvennie Zapiski* (noviembre de 1877).

63 *Sozialpolitischers Centralblatt* ("Hoja Sociopolítica Central"): órgano del ala derecha de la socialdemocracia alemana. Empezó a publicarse en 1892.

64 Se alude a los periódicos y revistas venales, sobornados por el gobierno del zar y prosternados ante él.

65 Lenin se refiere al *grupo de socialistas-populistas* de la emigración revolucionaria rusa (N. I. Utin. A D. Trúsov, V. l. Barténev y otros). A comienzos de 1870 formó la sección rusa de la Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional) y fue admitida en ésta.

Los miembros de la sección rusa apoyaron a Marx en su lucha contra los anarquistas hicieron propaganda revolucionaria de las ideas de la Internacional y trataron de fortalecer los vínculos del movimiento revolucionario ruso con el euroccidental. La sección no pudo establecer una relación estrecha con el movimiento revolucionario de Rusia, lo que, en fin de cuentas, fue la causa principal de su disolución en 1872.

66 *Sotsial-Demokrat* ("El Socialdemócrata"): revista Política y literaria editada por el grupo Emancipación del Trabajo en el extranjero (Londres y Ginebra) de 1890 a 1892. Desempeñó un importante papel en la difusión de las ideas del marxismo en Rusia; aparecieron en total cuatro números.

67 Lenin cita un pasaje de la novela de N. Chernyshevski *El Prólogo* primera parte: *Prólogo al prólogo*.

68 *"Recortes" o "tierras recortadas"*: tierras

segregadas de las parcelas de los campesinos en beneficio de los terratenientes al abolirse el régimen de la servidumbre en Rusia en 1861. Eran, en lo fundamental, las partes mejores de los lotes campesinos -prados, bosques, pastizales y abrevaderos-, sin las cuales los campesinos no podían, en la práctica, llevar independientemente su hacienda, por lo que se vieron obligados a tomarlas en arriendo a los terratenientes en condiciones onerosas.

69 *Intelectuales de origen no noble*: "individuos de diverso rango y título", como se los denominaba, que procedían de distintos sectores: de los mercaderes, del clero, de la pequeña burguesía y del campesinado.

70 Lenin alude al protagonista de la novela *Los señores Golovliov*, del satírico ruso M. Saltykov-Schedrín; era un tipo de terrateniente feudal llamado Judas por su santurronería, hipocresía y crueldad. El nombre de Judas Golovliov se ha hecho genérico.

71 Lenin se refiere al *Partido del Derecho del Pueblo*, organización clandestina de la intelectualidad democrática rusa, fundado en el verano de 1893 por antiguos componentes del grupo Libertad del Pueblo. Los del Derecho del Pueblo se propusieron agrupar a todas las fuerzas oposicionistas para luchar por reformas políticas. Esta organización publicó dos documentos programáticos: *Manifiesto* y *Un problema palpitante*. El gobierno zarista la aniquiló en la primavera de 1894. La mayoría de los afiliados al Partido del Derecho del Pueblo se incorporó posteriormente al partido de los eseristas (socialistas-revolucionarios) Véase en el presente tomo la opinión que tenía Lenin del Partido del Derecho del Pueblo.

72 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, sección VII, cap. XXIV, § 7.

73 Lenin cita unas palabras de la fábula de I. Krylov *El gato y el cocinero*.

74 Lenin cita aquí y más adelante, traducido por él, el prefacio a la segunda edición de la obra de Engels *Contribución al problema de la vivienda* (véase C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, t. II, ed. en español, Moscú).

75 Lenin cita la obra de Marx *Crítica del Programa de Gotha* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. III, ed. en español, Moscú).

76 *Manilovismo*: del nombre del terrateniente Manílov, personaje de la obra del escritor ruso N. Gógol *Las almas muertas*. Es sinónimo de placidez, sentimentalismo melifluo y fantasía ilusoria.

77 *Lecho de Procusto*: expresión relacionada con el nombre del gigante Procusto, bandido mitológico que atraía a los caminantes a su casa y los tendía en su lecho: si no daban la longitud de éste, los estiraba hasta que la diesen, y si no cabían en él, les cortaba la parte de las piernas que sobraba. De allí la expresión: tender en el lecho de Procusto, o sea, acomodar por la fuerza y de manera innatural algo a una forma inadecuada.

78 Véase *Palabras finales* de Marx a la segunda edición del primer tomo de *El Capital*.

79 Lenin cita la carta de C. Marx a A. Ruge (de septiembre de 1843), que reproduce, con mayor amplitud, en el presente volumen.

80 *Naidiónov*, *Morózov*, *Kazi* y *Belov*: grandes financieros e industriales rusos.

81 Las líneas que encabezan como epígrafe el artículo Federico Engels fueron tomadas por Lenin de la poesía de N. Nekrásov *En memoria de Dobroliúbov*.

82 Véase F. Engels. Prefacio a *La guerra campesina en Alemania* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. II, ed. en español, Moscú).

83 *Liga de los Comunistas*: primera organización internacional del proletariado revolucionario. A comienzos de 1847, Marx y Engels ingresaron en la Liga de los Justicieros, organización alemana secreta que en los primeros días de junio del mismo año celebró en Londres un congreso. En él se acordó dar a la sociedad el nombre de Liga de los Comunistas. El vago lema anterior -"¡Todos los hombres son hermanos!"- fue sustituido con un lema internacionalista: "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

La Liga de los Comunistas se señaló como fin derrocar a la burguesía, abolir la antigua sociedad burguesa cimentada sobre el antagonismo de clase y crear una sociedad nueva sin clases ni propiedad privada. Marx y Engels participaron en las labores del II Congreso de la Liga, celebrado en noviembre y diciembre de 1847, y escribieron su programa: el *Manifiesto del Partido Comunista*.

La Liga de los Comunistas -que existió hasta 1852- desempeñó un importante papel histórico como escuela de revolucionarios proletarios, como precursora de la I Internacional.

84 "*Nueva Gaceta del Rin”* ("Neue Rheinische Zeitung"): periódico que se editó en Colonia desde el 1 de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1849.

85 Con este título apareció en 1892 la edición rusa do la obra de F, Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico*, a la que sirvieron de base tres capítulos del libro *Anti-Dühring*.

86 Lenin alude al artículo de F. Engels *La política exterior del zarismo ruso*, publicado en los dos primeros cuadernos de *Sotsial-Demokrat* con el título de *La política extranjera del Imperio Ruso*. Véase, acerca de *Sotsial-Demokrat*, la nota 66.

87 Lenin se refiere al artículo de Engels *Contribución al problema de la vivienda*.

88 Se trata del artículo de Engels *Las relaciones sociales en Rusia* y del epilogo del mismo, incluidos en el libro *Federico Engels acerca de Rusia*.

89 De conformidad con la indicación de Engels, Lenin denomina *cuarto tomo de "El Capital"* a la obra de Marx *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, escrita en 1862 y 1863. Sin embargo, Engels no tuvo tiempo de preparar para la imprenta el tomo IV de *El Capital*. *La Historia crítica de la teoría de la plusvalía* vio la luz en 1905 y 1910 bajo la redacción de C. Kautsky. En esta edición se infringieron los requisitos fundamentales que exigía la publicación científica del texto y se tergiversaron diversos postulados del marxismo.

El Instituto de Marxismo-Leninismo, adjunto al CC

del PCUS, publicó en 1955-1961 la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* de plena conformidad con el manuscrito de 1862.

90 Lenin se refiere a la carta de F. Engels a J. F. Becker del 15 de octubre de 1884.

91 Véase C. Marx. *Estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores*; F. Engels. Prefacio a la edición alemana de 1890 del *Manifiesto del Partido Comunista*. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, ed. en español, Moscú).

92 Se alude a la guerra franco-prusiana.

93 La expresión "enviar de Poncio a Pilatos" proviene del nombre de Poncio Pilatos, gobernador romano de Judea en los años 26-36 de nuestra era, que se hizo célebre por su crueldad e hipocresía. Dicha expresión significa condenar a alguien a penosos trámites burocráticos por cuanto ambos nombres corresponden a una sola persona.

94 Véase C. Marx. *El Capital*, t II, cap. XIX.

95 Lenin se remite a su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.

96 Véase C. Marx. *El Capital*, t. II, cap. XIX.

97 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I cap. XV.

98 Véase C. Marx. *Discurso sobre el librecambio*. De este trabajo de Marx se habla también en el presente volumen.

99 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I cap. XVI.

100 *Socialistas de cátedra*: representantes de una tendencia de la economía política burguesa de los años 70 y 80 del siglo XIX que, so capa de socialismo, predicaban el reformismo liberal burgués desde las cátedras universitarias. Afirmaban que el Estado burgués está por encima de las clases, puede conciliarlas o ir implantando poco a poco el "socialismo" sin lesionar los intereses de los capitalistas y teniendo en cuenta, en la medida de lo posible, las reivindicaciones de los trabajadores. En Rusia propugnaban las ideas de los socialistas de cátedra los "marxistas legales" Struve y otros.

101 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, cap. XXIII.

102 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, cap. XXIII.

103 Lenin se refiere a la obra de N. Ziber *David Ricardo y Carlos Marx en sus investigaciones socioeconómicas*.

104 Proteccionismo: sistema de medidas económicas encaminadas a desarrollar la industria capitalista o la agricultura de un país y a protegerlas de la competencia extranjera. Las más importantes de dichas medidas son los elevados aranceles aduaneros para las mercancías extranjeras con el fin de disminuir su importación, restringida, estimular la exportación de mercancías nacionales mediante la rebaja de los aranceles de salida, la concesión de subsidios a capitalistas, etc. El proteccionismo surgió en la época de la acumulación originaria en Inglaterra.

105 *Free trade* (librecambio): tendencia de la economía política burguesa que exige la libertad de comercio y la no intervención del Estado en la actividad económica privada. Surgió en Inglaterra a fines del siglo XVIII. Entre los años 30 y 40 del siglo XIX su baluarte fueron los fabricantes de la ciudad de Manchester, por lo que los librecambistas recibieron también el nombre de "manchesterianos". Encabezaron la "escuela manchesteriana" Cobden y Bright. Las tendencias del librecambio se manifestaron en la política de Francia, Alemania, Rusia y otros Estados.

106 Se trata del juicio emitido acerca del socialismo pequeñoburgués de Sismondi en el *Manifiesto del Partido Comunista* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. I. ed. en español, Moscú), aducido por N. F. Danielsón en el articulo *Algo sobre las condiciones de nuestro desarrollo económico*.

107 *Zur Kritik*: comienzo del título del libro de C. Marx *Zur Kritik der politischen Okononie* ("Contribución a la crítica de la economía política").

108 Véase C. Marx. *El Capital*, t. III, cap. I.

109 Se alude a los escritos polémicos de los populistas contra los marxistas: al artículo de N. F. Danielsón *La apología del poder del dinero como síntoma de la época*, publicado con el seudónimo de Nikolái-on en los núms. 1 y 2 de 1895 (le la revista *Rússkoie Bogatstvo*, y al artículo de Y. P. Vorontsov *La socialdemocracia alemana y el burguesismo ruso*, publicado con el seudónimo de V. V. en los núms. 47 y 49 de 1894 del periódico *Nedelia* ("La Semana").

110 Véase C. Marx. *Miseria de la filosofía*, cap. 1, § 11.

111 Véase C. Marx. *El Capital*, t. III, cap. XIX.

112 Lenin llama irónicamente publicista "avanzado" de fines del siglo XIX al populista liberal S. N. Yuzhakov, de cuyo artículo *Los problemas de la hegemonía a fines del siglo XIX*, publicado en los núms. 3 y 4 de 1885 de la revista *Rússkaya Mysl* ("El Pensamiento Ruso") citó un fragmento P. Struve.

113 Véase C. Marx. *Miseria de la Filosofía*, cap. 2, punto III, *La competencia y el monopolio*. Para eludir la censura. Lenin sustituyó aquí la palabra "socialistas" con la de "autores".

114 Véase C. Marx. *Miseria de la Filosofía*, cap. 1, § 11.

115 Se alude a la *Société générale du Crédit mobilier*, gran banco francés por acciones que fundaron los hermanos Pereire en 1852; se hizo famoso por sus operaciones financieras especulativas y, en fin de cuentas, quebró.

116 Véase C. Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*.

117 *Comunidad* (rural) en Rusia: forma de usufructo mancomunado de la tierra por los campesinos, que se distinguía por la rotación forzosa de los cultivos y el aprovechamiento indiviso de los bosques y los pastos. Los rasgos más importantes de la comunidad rural rusa eran la caución solidaria, el reparto periódico de las tierras, la falta del derecho de renunciar al lote y la prohibición de la compra-venta de la tierra.

Después de la reforma de 1861, que abolió el régimen de la servidumbre en Rusia la comunidad se conservó como una de las supervivencias principales de dicho régimen y fue utilizada por el gobierno zarista y los terratenientes para arrancar a los campesinos pagos de rescate, contribuciones,

etc.
El problema de la comunidad en Rusia motivó acaloradas discusiones y dio origen a multitud de escritos de economía. Dedicaban mucha atención a la comunidad, sobre todo, los populistas, quienes veían en ella una garantía del desarrollo peculiar de Rusia hacia el socialismo. Barajando tendenciosamente los hechos y falsificándolos, los populistas querían demostrar que el campesinado comunal de Rusia tenía una "estabilidad" singular y que la comunidad lo protegía de la penetración de las relaciones capitalistas en su vida, que lo "salvaba" de la ruina y de la diferenciación en clases. Plejánov mostró ya en los años 80 del siglo XIX la insolvencia de las ilusiones de los populistas en el "socialismo comunal", y en los años 90 Lenin aniquiló por completo las teorías populistas. Mostró con inmensidad de datos cómo penetraban las relaciones capitalistas en la comunidad, descomponiendo al campesinado en clases antagónicas: campesinos ricos (*kulaks*) y campesinos pobres.

118 Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, ed. en español, Moscú.

119 Véase la nota 34.

120 *Nóvoie Slovo* ("Nueva Palabra"): revista mensual científica literaria y política que empezó a publicarse en San Petersburgo en 1894. Al principio la editaban los populistas liberales; después, los "marxistas legales". En 1897 fue clausurada por el gobierno zarista.

121 Lenin cita unas palabras de la comedia de Alexandr Ostrovski *Pagan justos por pecadores*, dirigidas a un mercader rico y déspota. Lenin llamaba Kit Kitich a los magnates capitalistas (la palabra rusa "kit" significa ballena).

122 C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista* (*Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, ed. en español, Moscú).

123 Véase C. Marx. *El Capital*, t. III, cap. XXXVII.

124 *Novorrossia*: denominación oficial, desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta 1917, del territorio meridional de Ucrania en las costas de los mares Negro y de Azov.

125 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, cap. XIII.

126 Véase F. Engels. *Anti-Dühring*, parte III, cap. I.

127 Véase la nota 63.

128 *Restauración en Francia*: período durante el cual volvió a reinar por segunda vez la dinastía de los Borbones (1814-1830). El reaccionario régimen borbónico, que representaba los intereses de la nobleza y del clero, fue derrocado por la revolución de julio de 1830.

129 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, cap. XIII.

130 C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista* (*Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, ed. en español, Moscú).

131 *Las leyes cerealistas* fueron promulgadas en Inglaterra en 1815. Imponían elevados aranceles para los cereales importados de otros países y, a veces, prohibían totalmente su importación. Permitieron a los grandes terratenientes subir los precios del trigo en el mercado interior y obtener una renta fabulosa; consolidaron asimismo las posiciones políticas de la aristocracia latifundista. En tomo de estas leyes se entabló una lucha tenaz y prolongada entre los grandes propietarios agrícolas y la burguesía, que vino a terminar con la derogación de las mismas en 1846.

132 "*Por una parte, no se puede menos de confesar, y por otra parte, hay que reconocer*": expresión irónica de las obras de Saltykov-Schedrín *Diario de un provinciano en Petersburgo* y *Un entierro*.

133 La *Anti-Corn-Law-League* (Liga Contra las Leyes Cerealistas) fue fundada en 1838 por Cobden y Bright, fabricantes de Manchester. Defendía la necesidad del librecambio y luchaba por la abolición de las leyes cerealistas (véase la nota 131) con el fin de mermar el salario de los obreros y debilitar las posiciones económicas y políticas de la aristocracia terrateniente. La Liga intentó utilizar a las masas obreras en su lucha contra los terratenientes. La lucha entre la burguesía industrial y la aristocracia terrateniente en tomo a esta cuestión terminó en la adopción en 1846 de una ley que abolió las leyes cerealistas.

134 Véase C. Marx. *Discurso sobre el librecambio*.

135 *Die Neue Zeil* ("Tiempos Nuevos"): revista teórica de la socialdemocracia alemana que apareció en Stuttgart de 1883 a 1923. Entre 1885 y 1895 se publicaron en ella algunos artículos de Marx y Engels. Desde la segunda mitad de los años 90, después de fallecer Engels, la revista insertó regularmente artículos de los revisionistas.

136 Los trabajos de Marx y Engels mencionados por Lenin, *Una circular contra Kriege* y el cuarto capítulo del tomo segundo de *La Ideología Alemana*, se publicaron en los números de julio de 1846 y agosto - septiembre de 1847 de la revista *Das Westphälisches Damptboot*. Algunos fragmentos de ellos fueron reproducidos en los números 27 y 28 de 1895 y 1896 de la revista *Die Neue Zeit*.
*Das Westphälisches Damptboot* ("El Buque de Westfalia"): revista mensual, órgano de una de las tendencias del socialismo pequeñoburgués alemán o "socialismo verdadero"; se publicó desde enero de 1845 hasta marzo de 1848.

137 Véase C. Marx. Prólogo a la primera edición alemana del tomo I de *El Capital* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, ed. en español, Moscú).

138 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, cap. XXIIL.

139 Véase C. Marx. *Discurso sobre el librecambio*.

140 *Tendencia "economista" o "economismo"*: corriente oportunista que existió en la socialdemocracia de Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Tenía como órganos de prensa el periódico *Rabóchaya Mysl* ("El Pensamiento Obrero"), en Rusia (1897- 1902), y la revista *Rabócheie Dielo* ("La Causa Obrera"), en el extranjero (1899-1902).
Los "economistas" limitaban las tareas de la clase obrera a la lucha económica por aumento de salarios, mejoramiento de las condiciones de trabajo, etc., y afirmaban que la lucha política incumbía a la burguesía liberal. Negaban el papel dirigente del partido de la clase obrera, considerando que el partido debía limitarse a

contemplar el proceso espontáneo del movimiento y registrar lo acontecimientos. Rindiendo culto a la espontaneidad del movimiento obrero, los "economistas" minimizaban la importancia de la teoría revolucionaria, de la conciencia, y afirmaban que la ideología socialista podía surgir del movimiento obrero espontáneo.

141 El I Congreso del POSDR se celebró en Minsk del 1 al 3 (13-15) de marzo de 1898.

142 *El grupo Libertad del Pueblo* surgió en el otoño de (891 en San Petersburgo. Sustentaba el programa de la organización Libertad del Pueblo (véase la nota 36) y publicó en su imprenta diversos folletos y proclamas clandestinos. En abril de 1894 el grupo fue aplastado por la policía, pero poco después reanudó su actividad. Durante aquel período pasó paulatinamente de las concepciones populistas a las socialdemócratas, estableció contacto con la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo, y editó en su imprenta algunas publicaciones de esta última. En 1896, al ser asaltada la imprenta y detenidos los miembros del grupo, éste dejó de existir.

143 Véase la nota 71.

144 *Socialistas-revolucionarios* (eseristas): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902 mediante la unificación de diversos grupos y círculos populistas. Los eseristas se llamaban socialistas, pero su socialismo era utópico y pequeñoburgués.

El programa agrario de los eseristas contenía la reivindicación de suprimir la gran propiedad agraria, abolir la propiedad privada de la tierra y entregar toda la tierra a las comunidades campesinas en usufructo igualitario laboral, con repartos periódicos según el número de bocas o de miembros de la familia aptos para el trabajo (la llamada "socialización de la tierra").

En realidad, el "usufructo igualitario laboral del suelo", al conservarse las relaciones de producción capitalistas, no habría significado el paso al socialismo y habría conducido únicamente a suprimir las relaciones semifeudales en el campo y acelerar el desarrollo del capitalismo.

Los eseristas no veían las diferencias de clase existentes entre el proletariado y el campesinado, velaban la disgregación de clase y las contradicciones en el seno de este último -entre los campesinos trabajadores y los *kulaks*- y negaban el papel dirigente del proletariado en la revolución. Su método principal de lucha contra el zarismo era el terrorismo individual.

Al ser derrotada la primera revolución rusa de 1905-1907, el partido de los socialistas-revolucionarios sufrió una crisis: sus dirigentes abjuraron prácticamente de la lucha revolucionaria contra el zarismo. Después de ser derrocado éste en febrero de 1917, los líderes eseristas formaron parte del Gobierno Provisional burgués, lucharon contra la clase obrera -que preparaba la revolución socialista- y participaron en la represión del movimiento campesino en el verano de 1917. Cuando triunfó la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas lucharon activamente contra el Poder soviético.

145 *Iskra* ("La Chispa") primer periódico marxista clandestino para toda Rusia, fundado por Lenin en 1900. Se publicó en el extranjero, siendo enviado ilegalmente a Rusia. Desempeñó un magno papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en los preparativos para unificar en un partido marxista revolucionario las organizaciones socialdemócratas locales dispersas. Después de la escisión del partido en bolcheviques y mencheviques en el II Congreso del POSDR (1903), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (a partir del número 52) y empezó a denominarse "nueva" *Iskra* para diferenciarse de la "vieja" Iskra, la leninista. La nueva *Iskra* dejó de ser un órgano del marxismo revolucionario; los mencheviques transformaron el periódico en un órgano de lucha contra el marxismo y contra el partido, en una tribuna del oportunismo.

146 *Revoliutsiónnaya Rossia* ("La Rusia Revolucionaria"): periódico clandestino de los eseristas, publicado en Rusia desde fines de 1900 por la Unión de Socialistas de enero de 1902 a diciembre de 1905 se editó en Ginebra como órgano oficial del partido eserista.

147 *Osvobozhdenie* ("Liberación"): revista quincenal que se editó en el extranjero desde 1902 hasta 1905 bajo la dirección de P. Struve; fue órgano de la burguesía liberal rusa. En 1903, alrededor de la revista empezó a formarse (y se constituyó en enero de 1904) la Unión de la Liberación, que existió hasta octubre de 1905. Más tarde, los adeptos de *Osvobozhdenie* fueron el núcleo del Partido Demócrata Constitucionalista, principal partido de la burguesía monárquica liberal de Rusia, fundado en octubre de 1905.

148 *Sozialistische Monatshefte* ("Cuadernos Mensuales Socialistas"): revista, principal órgano de prensa de los oportunistas alemanes y uno de los órganos del revisionismo internacional. Se publicó en Berlín de 1897 a 1933.

149 Se trata de los intentos hechos por intelectuales, miembros de los zemstvos y terratenientes liberales de fundar un partido cuya reivindicación programática fuese instaurar en Rusia una monarquía constitucional. Con este fin, durante 1902 se celebraron en Moscú, San Petersburgo y otras ciudades diversos congresos y reuniones privadas de miembros de los zemstvos e intelectuales liberales, en los que se discutió la plataforma del futuro partido. Sin embargo, éste no llegó a formarse. En octubre do 1905, los constitucionalistas de los zemstvos ingresaron en el Partido Demócrata Constitucionalista, que se fundó a la sazón.

150 *Bernsteinianismo* (bernsteiniada): corriente oportunista en la socialdemocracia alemana e internacional; surgió a fines del siglo XIX en Alemania y debe su nombre al socialdemócrata alemán Eduardo Bernstein.

De 1896 a 1898 Bernstein publicó en la revista *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"), órgano teórico de la socialdemocracia alemana, una serie de artículos con el titulo general de *Problemas del socialismo*. Encubriéndose con la bandera de la "libertad de

crítica", intentó revisar en ellos las bases filosóficas, económicas y políticas del marxismo revolucionario y sustituidas con teorías burguesas que propugnaban la conciliación de las contradicciones de clase y la colaboración de las clases. Las ideas de Bernstein fueron apoyadas por el ala derecha de la socialdemocracia alemana y por los oportunistas de la II Internacional. En Rusia propagaron el bernsteinianismo los "marxistas legales" y los "economistas".

151 *El III Congreso del POSDR*, celebrado del 12 al 27 de abril (25 de abril-10 de mayo) de 1905, planteó la tarea de preparar la insurrección armada.

152 *Proletari* ("El Proletario"): semanario bolchevique clandestino, fundado por acuerdo del III Congreso del partido; se publicó en Ginebra desde el 14 (27) de mayo hasta el 12 (25) de noviembre de 1905.

153 *Los de "Osvobozhdenie"*: intelectuales, miembros de los zemstvos y terratenientes liberales que se agruparon alrededor de la revista *Osvobozhdenie* (véase la nota 147). En enero de 1904 fundaron la Unión de la Liberación, de carácter monárquico liberal, que en octubre de 1905 fue el núcleo del Partido Demócrata Constitucionalista.

154 *La Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero* se fundó en 1894 en Ginebra por iniciativa del grupo Emancipación del Trabajo, que redactaba todas las publicaciones de la Unión, incluida la recopilación no periódica *Rabótnik* ("El Trabajador"). El I Congreso del POSDR (marzo de 1898) reconoció a la Unión como representante del partido en el extranjero. Pero más adelante la encabezaron elementos oportunistas: los "economistas" o los llamados "jóvenes". La Unión empezó a editar en abril de 1899 la revista *Rabócheie Dielo* ("La Causa Obrera"), de cuya Redacción formaron parte los "economistas". El grupo Emancipación del Trabajo condenó la línea oportunista de la Unión y se negó a redactar sus publicaciones.
En el II Congreso de la Unión (1900) se produjo la escisión; el grupo Emancipación del Trabajo y sus adeptos abandonaron el congreso y formaron una organización independiente: *Sotsial-Demokrat* ("El Socialdemócrata"). El II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, acordó disolver la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero.

155 *Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera*: organización clandestina fundada en San Petersburgo, en el otoño de 1895, por y V. I. Lenin, A. A. Vanéiev, P. K. Zaporózhets y otros. La Unión de Lucha agrupó cerca de veinte círculos obreros marxistas. Toda su actividad se basaba en los principios del centralismo y de una disciplina rigurosa. Dirigía el movimiento obrero, uniendo la lucha de los obreros por sus reivindicaciones económicas con la lucha política contra el zarismo. Como dijera Lenin, la Unión de Lucha fue el embrión del partido revolucionario de la clase obrera.
En diciembre do 1895, Lenin y otros dirigentes de la Unión de Lucha fueron detenidos por el gobierno zarista y deportados a Siberia. Pasaron a dirigir la Unión los llamados “jóvenes", que propagaban las ideas del "economismo".

156 Lenin se refiere a la política aplicada en 1881 y 1882 por el ministro del Interior, N. P. Ignátiev, quien, dándole visos de democracia, trataba de encubrir el paso del gobierno de Alejandro III a la reacción descarada. Con este fin se celebraron reuniones de "personas bien informadas" (mariscales de la nobleza, presidentes de los consejos de los zemstvos, etc.) para examinar diversos problemas reducción de los pagos de rescate, reglamentación de las migraciones interiores, reforma de la administración local, etc. Se pensó incluso en convocar una asamblea anodina de tres mil personas denominada Zemski Sobor. Después de dimitir Ignátiev, en 1882, comenzó una época de reacción.

157 *Emancipación del Trabajo*: véase la nota 35.

158 Lenin se refiere a las recopilaciones de artículos *Materiales para la historia del movimiento social revolucionario ruso*, editadas en Ginebra en 1893-1896 por el Grupo de viejos adeptos de Libertad del Pueblo (P. L. Lavrov, N. S. Rusánov y otros). Se publicaron solamente cuatro recopilaciones en cinco cuadernos, de los diecisiete planeados.

159 *Blanquismo*: corriente del movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés.
Los blanquistas negaban la lucha de clases y, como señalara Lenin, "esperaban que la humanidad se liberaría de la esclavitud asalariada no por medio de la lucha de clase del proletariado, sino mediante un complot de una pequeña minoría de intelectuales".

160 *Bachibozuks*: denominación de las unidades irregulares del ejército turco en los siglos XVIII-XIX, que se distinguían por su falta de disciplina, crueldad e inclinación al pillaje.

161 *Moskovskie Viédomosti* ("Las Noticias de Moscú"): uno de los periódicos rusos más antiguos; se publicó desde 1756 hasta 1917. A partir de 1863 fue portavoz monárquico nacionalista de los más reaccionarios sectores terratenientes y clericales.

162 *"Los discípulos rusos"*: denominación que se daba en la prensa, para eludir la censura, a los marxistas rusos.

163 Véase la nota 28.

164 Se alude a la reforma que abolió el régimen de la servidumbre en Rusia. El manifiesto correspondiente fue firmado el 19 de febrero de 1861.

165 *Manchesteriano*: véase la nota 105.

166 Al hablar de la "herencia" ideológica de los años 60 del siglo XIX, Lenin se vio obligado, para eludir la censura, a remitirse a Skaldin. En realidad, Lenin consideraba a N. G. Chernyshevski el representante principal de la mencionada "herencia".

167 *Zemlediélcheskaya Gazeta* ("La Gaceta Agrícola): órgano de prensa del Ministerio de Bienes Fiscales; se publicó en San Petersburgo desde 1834 hasta 1917.

168 *Véstnik Evropy*: véase la nota 23.

169 Lenin se refiere a Skaldin y cita su libro *En una perdida aldea y en la capital*.

170 Se trata del artículo de J. Pleyánov *Sobre la*

*concepción materialista de la historia*, que se publicó en 1897 con la firma de N. Kámenski en el número 12 de la revista *Nóvoie Slovo* ("Nueva Palabra").

171 Schmollers Jahrbuch ("Anuario de Schmoller"); su título completo es *Jahrbuch für Gesetzgebung, Vertwaltung und Volkswirtschaft in Deutschen Reich* ("Anuario de Legislación, Dirección y Economía Nacional del Imperio Alemán"): revista de economía política que editaron a partir de 1877 los socialistas de cátedra L. Brentano y F. Holtzendorf, y desde 1881, G. Schmoller.

172 *Nedelia*: véase la nota 56.

173 La autora del *Credo* fue E. D. Kuskova, a la sazón militante de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero. El manifiesto del grupo de los "economistas" no estaba destinado a la prensa, por cuanto no deseaban una crítica pública de sus concepciones oportunistas.

174 *Cartismo*: primer movimiento masivo de la clase obrera de Inglaterra conocido en la historia; se desarrolló en los años 30 y 40 del siglo XIX. Publicó la Carta del Pueblo (y de ahí la denominación de Cartismo) y lució en defensa de las reivindicaciones que contenía: sufragio universal, abolición de la obligatoriedad de poseer tierra para ser diputado al Parlamento, etc. Durante varios años se celebraron en todo el país mítines y manifestaciones en los que participaron millones de obreros y artesanos.

El Parlamento inglés se negó a aprobar la Carta del Pueblo y rechazó todas las peticiones de los cartistas. El gobierno desencadenó contra ellos crueles represiones y encarceló a sus líderes. El movimiento fue aplastado, pero el cartismo ejerció gran influencia en el desarrollo ulterior del movimiento obrero internacional.

175 *Socialismo verdadero*: corriente ideológica de la pequeña burguesía alemana que se difundió en los años 40 del siglo XIX.

Los "socialistas verdaderos" remplazaban las ideas del socialismo con una prédica sentimental del amor, la fraternidad y el "humanitarismo" abstracto. Combatían la participación en la vida política y negaban la necesidad de la revolución democrática burguesa en Alemania.

176 *Proudhonismo*: corriente del socialismo pequeñoburgués, hostil al marxismo, a la que se dio el nombre de su ideólogo, el anarquista francés Pedro José Proudhon. Proudhon criticaba duramente el capitalismo, pero no comprendía que el modo de producción capitalista engendra de manera ineluctable la miseria, la desigualdad y la explotación de los trabajadores. Por eso, la salida que proponía no era suprimir dicho modo de producción sino "perfeccionar" el capitalismo y corregir sus defectos y abusos mediante una serie de reformas. Proudhon soñaba con eternizar la pequeña propiedad privadas proponía organizar un "Banco del Pueblo" y un "Banco de Cambio", con ayuda de los cuales podrían los obreros, según él, adquirir medios de producción propios, hacerse artesanos y asegurar la venta "equitativa" de sus productos. No comprendía la misión histórica del proletariado, impugnaba la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado y negaba con un criterio anarquista la necesidad del Estado.

177 Lenin critica aquí la conocida tesis de los lassalleanos de que, con respecto a la clase obrera, todas las demás clases son solamente una masa reaccionaria. Esta tesis fue incluida en el programa de la socialdemocracia alemana aprobado en Gotha en 1875.

178 *Rabóchaya Mysl* ("El Pensamiento Obrero"): periódico de los "economistas"; se publicó en el extranjero (a partir del número 3) desde 1897 hasta 1902.

179 *Sankt-Petersburgski Rabochi Listok* ("Hoja Obrera de San Petersburgo"): periódico clandestino, órgano de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo; vieron la luz dos números, en febrero y septiembre de 1897.

180 *Rabóchaya Gazeta* ("La Gaceta Obrera"): órgano clandestino del grupo de socialdemócratas de Kiev; aparecieron dos números, en agosto y diciembre de 1897. El 1 Congreso del POSDR (marzo de 1898) reconoció a *Rabóchaya Gazeta* como órgano oficial del partido. Después del congreso fueron detenidos los miembros del Comité Central y de la Redacción de *Rabóchaya Gazeta* y asaltada la imprenta en que se editaba; a causa de ello, el número 3 del periódico, ya en prensa, no vio la luz.

181 Se alude al artículo de J. Plejánov *Bernstein y el materialismo*, publicado en julio de 1898 en el núm. 44 de *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevo"), órgano de la socialdemocracia alemana.

182 *El Congreso de Hannover de la socialdemocracia alemana* se celebró del 9 al 14 de octubre de 1899. Después de discutir el problema principal que figuraba en el orden del día -*Ataques contra las ideas fundamentales y la táctica del partido*-, el congreso condenó las concepciones revisionistas de Beinstein.

183 Lenin se refiere a la ley del 2 (14) de junio de 1897 por la que se reducía a once horas y media la jornada de trabajo en las fábricas. Esta ley fue promulgada bajo la presión del vasto movimiento huelguístico desencadenado en toda Rusia, y sobre todo en San Petersburgo, en 1893 y 1896.

184 *Cuartones o lotes de miseria*: una cuarta parte del llamado lote "superior" o "de ucase", es decir, del lote asignado por la ley a los campesinos de la respectiva localidad durante la aplicación de la reforma de 1861. Una parte de los antiguos campesinos siervos recibía de los terratenientes estas misérrimas parcelas a título gratuito (sin rescate). Por eso los "cuartones" eran denominados también lotes "dárstvennie" ("regalados"), dándose el nombre de "dárstvenniki" a los campesinos que los recibían.

185 Se denominaba *campesinos en dependencia temporal* a los antiguos campesinos siervos que, incluso después de ser abolido el régimen de la servidumbre en 1861, seguían sujetos a diversas cargas (tributos o prestación personal) por el usufructo de la tierra hasta que empezaban a pagar el rescate de su parcela a los terratenientes.

Desde el momento en que se firmaba el contrato de

rescate, los campesinos dejaban de ser "temporalmente dependientes" para pasar a la categoría de "campesinos propietarios".

186 *Mediadores de paz*: cargo administrativo instituido por el gobierno zarista en el periodo de aplicación de la "reforma campesina" (abolición de la servidumbre) de 1861. A los mediadores de paz los nombraban los gobernadores de entre los nobles de las localidades para investigar y resolver los conflictos que surgían entre los campesinos y los terratenientes al aplicarse el "Reglamento" sobre la liberación de los primeros; pero, de hecho, estaban llamados a proteger los intereses de los segundos. La función principal de los mediadores de paz consistía en redactar las llamadas "actas reglamentarias", en las que se señalaba con precisión el emplazamiento y las dimensiones de las parcelas, las obligaciones de los campesinos y la fiscalización de la autogestión campesina. Los mediadores de paz ratificaban en sus cargos a los funcionarios electivos de la administración campesina, tenían el derecho de imponer sanciones a los campesinos, detenerlos o multarlos y anular los acuerdos de las asambleas rurales. Lenin alude a los mediadores de paz de tendencias liberales de la provincia de Tula, que se negaron a aplicar el "Reglamento".

187 *Rabócheie Dielo* ("La Causa Obrera"): revista no periódica, órgano de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero; se editó en Ginebra desde abril de 1899 hasta febrero de 1902, apareciendo doce números. La revista apoyó el lema bernsteiniano de "libertad de crítica" del marxismo y respaldó a los "economistas" declarados.

188 *Listok "Rabóchego Diela"* ("Hoja de "La Causa Obrera"): suplemento no periódico de la revista *Rabócheie Dielo*; apareció en Ginebra desde junio de 1900 hasta julio de 1901, viendo la luz ocho números.

189 Lenin se refiere a las acciones revolucionarias masivas de los estudiantes y los obreros en muchas ciudades de Rusia durante febrero y marzo de 1901: manifestaciones políticas, asambleas, huelgas, etc. El gobierno reprimió cruelmente a los participantes en estas acciones.

190 Se alude al libro de Lenin *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, que se editó en Stuttgart en marzo de 1902.